

# **FANTASMAS**

**Dean R. Koontz**

# **PRIMERA PARTE**

## **VÍCTIMAS**

*Se apoderó de mí el miedo y me puse a temblar.*

*Libro de Job, 4,14*

*El espíritu humano civilizado (...) no puede  
librarse de una atracción por lo sobrenatural.*

*El doctor Fausto, THOMAS MANN*

## Los calabozos municipales

El grito sonó breve y distante. Un grito de mujer.

El agente Paul Henderson alzó la vista de su ejemplar del *Time* y ladeó la cabeza, escuchando con atención.

Unas motas de polvo se movían ociosamente en el brillante rayo de sol que se colaba por una de las ventanas de doble hoja. La fina segundera roja del reloj de pared completaba sus círculos sin el menor sonido.

El único ruido que se apreciaba era el crujido de la silla de despacho cuando Henderson cambiaba de posición en ella.

A través de unos grandes ventanales, el agente contempló una parte de la calle principal de Snowfield, Skyline Road, que aparecía absolutamente tranquila y pacífica bajo el sol dorado de la tarde. Únicamente los árboles se movían, con sus hojas meciéndose bajo una suave brisa.

Después de escuchar con atención durante unos segundos, Henderson no estuvo seguro de haber oído algo realmente.

Imaginaciones, se dijo. Meras fantasías.

Casi habría preferido que alguien hubiera gritado de verdad. Se sentía inquieto.

Durante la temporada baja, de abril a septiembre, Henderson era el único agente asignado permanentemente a la comisaría de Snowfield, y el trabajo era tedioso. En invierno, cuando la población acogía a varios miles de esquiadores, había que encargarse de los borrachos, intervenir en las peleas callejeras e investigar los robos en las habitaciones de hoteles, pensiones y moteles donde se alojaban los visitantes. En cambio, ahora, a principios de septiembre, únicamente estaban abiertos el Candleglow Inn, una pensión y dos pequeños moteles. Además, los residentes eran gente tranquila y Henderson –que apenas tenía veinticuatro años, y estaba terminando su primer año como agente – se aburría soberanamente.

Lanzó un suspiro, echó una ojeada a la revista que tenía sobre el escritorio... y escuchó otro grito. Como la vez anterior, éste también fue breve y lejano, pero, en esta ocasión, parecía una voz de hombre. No era una simple exclamación de excitación o un mero grito de alarma; era el sonido de una voz aterrorizada.

Henderson frunció el ceño, se incorporó y se dirigió hacia la puerta mientras se ajustaba el revólver, guardado en su funda, junto a la cadera derecha. Cruzó la puerta batiente de la barandilla que separaba la zona destinada al público de las celdas de prevención. Ya estaba casi en la puerta de la comisaría cuando percibió un movimiento en la oficina, a su espalda.

Era imposible. Llevaba todo el día solo en la comisaría y las tres celdas habían permanecido desocupadas desde principios de la semana anterior. La puerta de atrás

estaba cerrada, y era el único acceso al depósito de detenidos, sin contar la entrada principal.

Sin embargo, cuando se volvió, Henderson descubrió que ya no estaba solo. Y, de pronto, desapareció de él todo aburrimiento.

## 2

## De vuelta a casa

Durante el crepúsculo de aquel domingo de principios de septiembre, las montañas sólo estaban teñidas de dos colores: verde y azul. Los árboles –pinos y abetos– parecían vestidos con el mismo fieltro que cubre las mesas de billar. Aquí y allá, las frías sombras azules aumentaban de dimensión y minuto a minuto adquirían tonalidades más oscuras.

Tras el volante de su Pontiac, Jennifer Paige sonrió, embebida por la belleza de las montañas y por la emoción de estar regresando a su lugar de origen. Aquél era su hogar.

Salió de la autopista estatal y condujo el coche por la carretera comarcal que ascendía serpenteando unos seis kilómetros, salvando el paso de montaña hasta Snowfield.

En el asiento de al lado viajaba su hermana Lisa, de catorce años.

–Me encanta todo esto –comentó Lisa.

–A mí también.

–¿Cuándo tendremos nieve?

–Dentro de un mes, o quizá antes.

Los árboles se apiñaban en torno a la carretera. El Pontiac avanzó por el túnel formado por grandes ramas y Jenny conectó las luces del vehículo.

–No he tocado nunca la nieve, sólo la he visto en imágenes.

–La próxima primavera estarás harta de ella –respondió Jenny.

–Jamás. Eso es imposible. Siempre he soñado con vivir en tierra de nieve, como tú.

Jenny dirigió una mirada a Lisa. Se parecían mucho, incluso para ser hermanas: los mismos ojos verdes, el mismo cabello castaño rojizo, los mismos pómulos elevados.

–¿Me enseñarás a esquiar? –preguntó Lisa.

–Verás, cariño, cuando empiecen a llegar los esquiadores tendré que atender los habituales huesos rotos, esguinces de tobillo, lesiones de espalda, roturas de ligamentos... Me temo que estaré muy ocupada.

–¡Oh! –murmuró Lisa, sin poder ocultar su decepción.

–Además, ¿por qué aprender de mí cuando puedes tomar lecciones de un auténtico profesional?

–¿Un profesional? –repitió Lisa, recuperando en parte su ánimo.

–Claro. Si se lo pido, Hank Sanderson te enseñará.

–¿Quién es?

–Es el propietario del albergue Pine Knoll y da lecciones de esquí, pero sólo a un puñado selecto de alumnos.

–¿Es tu novio?

Jenny sonrió, recordando qué significaba tener catorce años. A esa edad, por encima de cualquier otra cosa, la mayoría de las chicas tenían una preocupación obsesiva por los chicos.

–No, Hank no es mi novio. Hace dos años, que le conozco, desde que llegué a Snowfield, pero sólo somos buenos amigos.

Dejaron atrás un gran cartel verde donde se leía: SNOWFIELD – 5 KM.

–Apuesto a que encontraré un montón de chicos guapos de mi edad.

–Snowfield no es un pueblo grande –le advirtió Jenny–, aunque supongo que podrás conocer un par de chicos lo bastante atractivos para ti.

–¡Pero durante la temporada de esquí supongo que habrá decenas de ellos!

–¡Lisa! No quiero que salgas con chicos que no sean del pueblo. Al menos, durante algunos años.

–¿Porqué?

–Porque he dicho que no.

–Pero ¿por qué no?

–Antes de salir con un chico, debes saber de dónde proviene, cómo es y con qué clase de familia vive.

–Bien, soy estupenda para juzgar el carácter de la gente –replicó la hermana pequeña–. La primera impresión siempre resulta acertada. No tienes que preocuparte por mí, no voy a liarme con un asesino sádico o con un violador loco.

–Estoy segura de que no lo harás –dijo Jenny mientras reducía la velocidad al entrar en una curva pronunciada–, porque sólo vas a salir con chicos del pueblo.

Lisa suspiró y meneó la cabeza en una teatral demostración de desagrado.

–Por si no lo habías notado, Jenny, he entrado en la pubertad mientras estábamos separadas.

–¡Oh, desde luego! No creas que no me he dado cuenta...

Salieron de la curva. Delante, se extendía una nueva recta y Jenny empezó a acelerar.

–Incluso tengo tetas...

–También me he dado cuenta de eso –asintió Jenny, sin dejarse perturbar por la brusca franqueza de su hermana.

–Ya no soy una niña –insistió.

–Pero tampoco eres una adulta. Aún estás en la adolescencia.

–Soy una mujer joven.

–Joven, sí; mujer, todavía no.

–¡Jesús!

–Escucha, Lisa. Soy tu tutora legal y soy responsable de ti. Además, soy tu hermana y te quiero. Hago lo que me parece, o mejor, lo que creo más conveniente para ti.

Lisa soltó un profundo suspiro.

–Y lo hago porque te quiero –insistió Jenny.

–Vas a ser tan estricta como mamá –replicó Lisa, frunciendo el ceño.

–Quizá peor –asintió Jenny.

–¡Jesús!

Jenny dirigió una mirada a su hermana menor. La muchachita estaba mirando por la ventanilla del coche. Apenas se le distinguía el rostro, pero no parecía enfadada; no se le veía enfurruñada. En realidad, sus labios parecían esbozar una vaga sonrisa.

Jenny pensó que todos los chicos y chicas deseaban, aunque fuera de forma inconsciente, que se les marcaran normas. La disciplina es una expresión de cariño y preocupación. La cuestión es no excederse en ella.

Jenny volvió de nuevo la atención al asfalto, flexionó las manos en el volante y comentó:

–Te diré lo que pienso permitirte hacer.

–¿Qué?

–Dejaré que te ates los zapatos tú sola.

–¿En? –exclamó Lisa, parpadeando de incredulidad.

–Y te dejaré ir al baño cuando quieras.

Incapaz de seguir manteniendo su expresión de dolida indignación, Lisa soltó una risilla.

–¿Me dejarás comer cuando tenga hambre?

–Desde luego que sí –sonrió Jenny–. Incluso permitiré que te hagas la cama cada mañana.

–¡Eres toda permisividad! –exclamó Lisa.

En aquel instante, la pequeña parecía aún más joven de lo que era.

Con las zapatillas de tenis, los vaqueros y la blusa estilo montañero, incapaz de controlar su risa, la pequeña Lisa le pareció dulce, tierna y terriblemente vulnerable.

–¿Amigas? –dijo Jenny.

–Amigas.

Jenny estaba sorprendida y complacida ante la facilidad con que se habían relacionado ella y Lisa durante el largo viaje hacia el norte desde Newport Beach. Al fin y al cabo, pese a su vínculo de sangre, eran prácticamente dos desconocidas. Jenny, con sus treinta y un años, le llevaba diecisiete a su hermana. Había dejado la casa de su familia cuando Lisa tenía dos añitos, seis meses antes de que muriera su padre. Durante los años, en la facultad de Medicina y como interna del Hospital Presbiteriano de Columbia, en Nueva York, Jenny había estado sobrecargada de trabajo y demasiado lejos de casa como para ver a su madre y a Lisa, salvo en visitas esporádicas. Luego, después de completar el período como residente, había regresado a California para abrir una consulta en Snowfield. Durante los dos últimos años, Jenny había trabajado con toda intensidad para consolidar una clientela regular repartida por Snowfield y algunas pequeñas aldeas de las montañas. Recientemente, su madre había muerto y sólo entonces había empezado a lamentar no haber



mantenido una relación más íntima con Lisa. Quizá ahora que sólo quedaban ellas dos, podrían empezar a recuperar los años, perdidos.

La carretera comarcal ascendía suavemente y el crepúsculo se hizo más luminoso en unos minutos mientras el Pontiac dejaba atrás el valle en sombras.

–Noto como si tuviera los oídos tapados con algodones –dijo Lisa, bostezando para equilibrar la presión.

Dejaron atrás una pronunciada curva y Jenny redujo la marcha. Ante ellas se extendía una larga recta inclinada hacia arriba y la carretera se convertía en Skyline Road, la calle principal de Snowfield.

Lisa miró con atención por el sucio parabrisas y estudió el pueblo con manifiesto placer.

–¡No se parece en nada a lo que pensaba encontrar!

–¿Qué esperabas, pues?

–Ya sabes, un montón de feos hoteluchos y moteles con rótulos de neón, demasiadas gasolineras y cosas así. ¡Pero este pueblo es una auténtica preciosidad!

–Tenemos normas de construcción muy estrictas –afirmó Jenny–. Los neones son inaceptables. No se permiten rótulos de plástico. Nada de colores chillones y nada de cafeterías decoradas como botes de café.

–Es impresionante –dijo Lisa, embelesada, mientras el coche se adentraba en el pueblo.

Los anuncios exteriores estaban limitados a rótulos en madera donde iba escrito el nombre de la tienda y el ramo al que pertenecía. La arquitectura era algo ecléctica –noruega, suiza, bávara, franco–alpina, italo–alpina –, pero todas las casas estaban edificadas según el estilo de construcción de alguna región de montaña, con abundante uso del granito, la pizarra, el ladrillo, la madera, las vigas a la vista, las ventanas de doble hoja y los cristales emplomados y coloreados. Las viviendas del extremo superior de Skyline Road también mostraban balcones, alféizares llenos de flores y porches de entrada con vallas adornadas.

–Realmente bonito –musitó Lisa mientras ascendían la larga colina hacia los remotes de esquí, junto al extremo superior del pueblo–, pero ¿siempre está tan tranquilo?

–Oh, no –respondió Jenny–. En invierno, el pueblo cobra vida y...

Dejó la frase sin terminar al darse cuenta de que el lugar no estaba simplemente tranquilo. Parecía muerto.

En esta época del año, y a esa hora de la tarde del domingo debería haber al menos algunos vecinos paseando por las aceras de empedrado o sentados en los porches y balcones que se asomaban a Skyline Road. El invierno se acercaba y aquellos últimos días otoñales eran oro en paño. Sin embargo, este día, cuando los últimos rayos de sol se difuminaban en el crepúsculo, aceras, balcones y porches aparecían desiertos. No había rastro de vida ni siquiera en las tiendas y casas donde las luces estaban encendidas. El Pontiac de Jenny era el único coche que circulaba por la larga calle.

Frenó ante una señal de stop en el primer cruce. Saint Moritz Way cruzaba Skyline Road y se extendía tres manzanas de casas al este y cuatro al oeste. Miró en ambas direcciones pero no vio a nadie.

La siguiente calle transversal también estaba desierta. Y la otra.

–Qué extraño –dijo Jenny.

–Debe de haber un programa estupendo en la televisión –comentó Lisa.

–Supongo que debe de ser eso.

Dejaron atrás el restaurante Mountainview, en la esquina de Skyline con Vail Lane. El interior estaba iluminado y la mayor parte del comedor quedaba a la vista tras las grandes cristaleras en ángulo, pero no se veía a nadie en las mesas. El Mountainview era un lugar habitual de reunión de los vecinos tanto en invierno como fuera de temporada y era muy raro que el restaurante estuviese completamente desierto a aquella hora de la tarde. Ni siquiera se veían camareras.

Lisa ya parecía haber perdido el interés por la extraña quietud, aunque había sido la primera en advertirla, y volvía a contemplar con embeleso la original arquitectura del pueblo.

Jenny, en cambio, no podía aceptar sin más que todo el mundo estuviera apiñado ante el televisor, como había sugerido Lisa. Perpleja, frunció el ceño y escrutó una a una las ventanas de las casas mientras conducía calle arriba, pero siguió sin encontrar el menor rastro de vida.

Snowfield tenía seis calles transversales desde la parte inferior de la empinada calle principal, y la casa de Jenny estaba en el centro del último bloque, en el lado oeste de la calzada, cerca del pie de los remotes mecánicos. Era un chalé de dos pisos, construido en piedra y madera, con tres ventanas ojivales en la buhardilla que proporcionaban un aire especial a la fachada que daba a la calle. El tejado, que formaba innumerables ángulos, era de pizarra de diferentes tonalidades grises, negras y azul marino. La casa se alzaba a menos de diez metros de la acera de empedrado, tras un seto de arbustos siempre verdes que le llegaba hasta la cintura. En una esquina del porche había un rótulo donde podía leerse: DRA. JENNIFER PAIGE; junto al nombre, se indicaba también el horario de la consulta.

Jenny aparcó el Pontiac en el corto camino particular.

–¡Qué casa más encantadora! –exclamó Lisa.

Era la primera casa que Jenny tenía en propiedad; estaba orgullosa de ella y se sentía muy cómoda en su interior. La mera visión de la vivienda la animó y la tranquilizó; por unos instantes se olvidó de la extraña quietud que cubría Snowfield como un sudario.

–Bueno, es un poco pequeña, sobre todo porque la mitad del piso de abajo está ocupada por la consulta y la sala de espera. Y el banco todavía es más propietario de ella que yo. Sin embargo, es una casa con personalidad, ¿no crees?

–Sí, muchísima.

Se apearon del coche y Jenny advirtió que la puesta de sol había dado paso a un viento helado. Aunque llevaba un suéter verde de manga larga con sus pantalones

tejanos, se puso a tiritar. En la región de las Sierras, el otoño era una sucesión de días con temperaturas suaves y noches que, por contraste, resultaban muy frescas.

Jenny se estiró, desentumeciendo los músculos que notaba agarrotados tras el largo viaje, y cerró la portezuela del coche. El ruido resonó con el eco en la montaña, por encima de ellas, y en el pueblo que se extendía a sus pies. Fue el único sonido que se escuchó en la quietud del crepúsculo.

Se detuvo un instante junto al maletero del Pontiac y contempló Skyline Road y el centro de Snowfield. No se movía nada.

–Me quedaría aquí para siempre –afirmó Lisa alegremente, mientras observaba con aire de felicidad el pueblo que se extendía ante ella.

Jenny escuchó con atención. El eco de la portezuela del coche se difuminó... y no fue reemplazado por otro sonido que el leve susurro del viento.

Hay silencios y silencios. Y no hay dos silencios iguales. Está el silencio del duelo en la sala forrada de terciopelo de una funeraria de lujo, que es muy distinto al silencio desolado y terrible del dolor de un viudo a solas en su dormitorio. A Jenny le pareció, precisamente, que en el silencio de Snowfield había una razón para el duelo, para la pena; sin embargo, no habría sabido concretar por qué tenía aquella sensación ni habría podido explicar siquiera la razón de que se le hubiera ocurrido una idea tan extraña. Pensó en el silencio de una agradable noche estival, que no es en absoluto un silencio, sino un coro sutil de alas de mariposa batiendo en los cristales de las ventanas, de grillos moviéndose por la hierba y de mecedoras gimiendo y crujendo levemente en los porches. El mudo sopor de Snowfield tenía también algo de este silencio, una insinuación de actividad febril –voces, movimientos, lucha– justo fuera del alcance de sus sentidos. Sin embargo, había algo más que eso. Había el silencio de una noche de invierno, profundo, frío y despiadado, pero que contiene la expectativa de los sonidos de la vida renovada de la primavera. El silencio que ahora la envolvía, también estaba impregnado de expectativas y la sensación que le producía ponía nerviosa a Jenny.

Quiso gritar en voz alta, preguntar si había alguien. Sin embargo, no lo hizo por si salían los vecinos, sobresaltados por sus gritos, todos ellos sanos y salvos y desconcertados por sus temores. No quería quedar en ridículo. Una doctora que se comportaba estúpidamente en público en lunes, era, sin duda, una doctora sin pacientes al día siguiente.

–... quedarme aquí para siempre –decía Lisa, aún sobrecogida por la belleza del pueblecito de montaña.

–¿No te hace sentir... inquieta? –preguntó Jenny.

–¿El qué?

–El silencio.

–Ah, me encanta. Es todo tan tranquilo...

Realmente lo era. No había la menor señal de problemas. Entonces, ¿por qué estaba tan nerviosa?, se preguntó Jenny.

Abrió el maletero del coche, sacó una de las maletas de Lisa y luego otra. Lisa agarró la segunda maleta y se inclinó sobre el maletero para sacar una bolsa que contenía libros.

–No te cargues en exceso –dijo Jenny–. De todos modos, tenemos que hacer un par de viajes más.

Cruzaron el césped hasta un sendero de losas y siguieron éste hasta el porche delantero donde, en respuesta al crepúsculo ámbar y púrpura, las sombras se alzaban y abrían sus pétalos como flores nocturnas.

Jenny abrió la puerta delantera y penetró en el vestíbulo a oscuras.

–¡Hilda! ¡Ya hemos llegado!

No hubo respuesta.

La única luz encendida de la casa estaba al otro extremo del pasillo, más allá de la puerta abierta de la cocina.

Jenny dejó la maleta en el suelo y encendió la luz del vestíbulo.

–¿Hilda?

–¿Quién es Hilda? –preguntó Lisa, dejando caer también su maleta y la bolsa de libros.

–La asistente. Ella sabía a qué hora llegaríamos y pensé que ya estaría empezando a preparar la cena.

–¡Vaya, una asistente! ¿Vive en la casa?

–Tiene el apartamento encima del garaje –dijo Jenny mientras ponía el bolso y las llaves del coche en la mesilla del vestíbulo, bajo un gran espejo con marco dorado.

Lisa estaba impresionada.

–¿Oye, eres rica o algo así?

–En absoluto –respondió Jenny con una carcajada–. En realidad, no puedo permitirme tener a Hilda... pero tampoco puedo permitirme prescindir de ella.

Jenny se preguntó por qué estaba encendida la luz de la cocina si Hilda no se encontraba allí, y echó a andar por el pasillo seguida de cerca por Lisa.

–De no ser por Hilda, entre el horario normal de la consulta y las visitas de urgencia a domicilio en Snowfield y otros tres pueblos de estas montañas, no comería nunca otra cosa que bocadillos de queso y bollos.

–¿Es buena cocinera? –preguntó Lisa.

–Maravillosa. Demasiado, por lo que se refiere a pasteles.

La cocina era una estancia grande, de techos altos. Cazos, sartenes, cucharones y otros utensilios colgaban de una reluciente estantería de acero inoxidable sobre una isla central con cuatro quemadores eléctricos, una plancha y una superficie de trabajo, a base de losetas de cerámica. Las alacenas eran de madera oscura de roble. Al otro lado de la estancia había un fregadero doble, un doble horno, un microondas y el frigorífico.

Jenny se volvió tan pronto como hubo cruzado la puerta y se dirigió al escritorio empotrado donde Hilda anotaba los menús y elaboraba las listas para la compra. La asistente debería de haber dejado allí alguna nota. Sin embargo, Jenny no encontró ninguna. Se disponía a alejarse del escritorio cuando escuchó jadear a Lisa.

La pequeña había avanzado hasta el otro lado de la isla central donde se encontraban los fogones. Jenny la vio junto al frigorífico, contemplando algo en el suelo, ante el fregadero. Tenía el rostro pálido y estaba temblando.

Presa de un repentino temor, Jenny avanzó rápidamente hacia su hermanita.

Hilda Beck estaba tendida en el suelo, de espaldas, muerta. Miraba el techo con ojos ciegos y su lengua descolorida asomaba, rígida, entre unos labios hinchados.

Lisa apartó los ojos del cadáver, miró a Jenny e intentó hablar, pero no logró articular ningún sonido.

Jenny tomó del brazo a su hermana y la llevó al otro extremo de la cocina, donde no pudiera ver el cuerpo. Luego, la abrazó.

La pequeña le devolvió el abrazo. Se apretó contra Jenny con ferocidad.

—¿Te encuentras bien, cariño?

Lisa no respondió, presa de un temblor incontrolable.

Una tarde, hacía apenas seis semanas, al volver a casa después de ir al cine con unas amigas, Lisa había encontrado a su madre tendida en el suelo de la cocina de su casa de Newport Beach, muerta de una hemorragia cerebral. La pequeña había quedado abrumada. No había llegado a conocer a su padre, que había muerto cuando apenas tenía dos años, y siempre había estado muy unida a su madre. Durante algún tiempo, la pérdida de ésta había dejado a Lisa profundamente conmovida, confundida y deprimida. Poco a poco, había ido aceptando la muerte de su madre y había aprendido de nuevo a reír y a sentirse alegre. Durante los últimos días, Lisa parecía haber vuelto a ser la de antes. Y, ahora, sucedía aquello.

Jenny llevó a la pequeña hasta el escritorio, la obligó a sentarse y luego se puso en cuclillas delante de ella. Tomó un pañuelo de papel de la caja que había en el escritorio y secó la frente sudorosa de Lisa. La piel de ésta no sólo tenía la palidez del hielo, sino también su temperatura.

—¿Qué puedo hacer por ti, hermanita?

—Ya... ya me encuentro mejor —dijo Lisa, temblando.

Se tomaron de la mano y el apretón de Lisa fue casi dolorosamente tenso. Por fin, la pequeña murmuró:

—He pensado... Cuando la he visto ahí... en el suelo, de esa manera... lo primero que he pensado es... Parecerá una estupidez, pero he pensado... que era mamá. —En sus ojos brillaron unas lágrimas, pero fue capaz de contenerlas—. Ya sé que mamá ha muerto. Y esa mujer ni siquiera se le parece, pero ha sido... una sorpresa... un *shock*... Me ha dejado tan confusa...

Continuaron asidas de las manos y, poco a poco, el apretón de Lisa fue relajándose.

Al cabo de un rato, Jenny musitó:

—¿Te sientes mejor?

—Sí, un poco.

—¿Quieres acostarte?

—No.

Lisa soltó la mano de Jenny para sacar un pañuelo de papel de la caja. Se sonó la nariz y dirigió la mirada a la isla central de los fogones, tras la cual estaba caído el cuerpo.

–¿Es Hilda?

–Sí –confirmó Jenny.

–Lo siento.

A Jenny le había gustado mucho Hilda Beck y lamentaba profundamente la muerte de la mujer, pero en aquel instante le preocupaba más Lisa que cualquier otra cosa.

–Creo que será mejor que salgas de aquí, hermanita. ¿Por qué no me esperas en la consulta mientras inspecciono más detenidamente el cuerpo? Después, tendré que llamar a la comisaría y al forense.

–Esperaré aquí contigo.

–Sería mejor si...

–¡No! –exclamó Lisa, rompiendo de nuevo a temblar repentinamente–. No quiero estar sola.

–Está bien –asintió Jenny con voz apaciguadora–. Quédate sentada donde estás.

–¡Cielo santo! –murmuró Lisa, abrumada–. Su aspecto... toda hinchada... toda negra y... amoratada. Y la expresión de su rostro... –Se limpió las lágrimas con el revés de la mano–. ¿Por qué está así de negra e hinchada?

–Bueno, es evidente que lleva muerta varios días –respondió Jenny–. Pero escucha, tienes que intentar no pensar en cosas como...

–Si lleva varios días muerta –le interrumpió Lisa, estremeciéndose–, ¿por qué no huele aquí dentro? ¿No debería apestar?

Jenny frunció el ceño. Claro que debería oler mal en la cocina si Hilda Beck llevaba muerta el tiempo suficiente para que la carne tomara aquel color oscuro y los tejidos corporales se hubieran hinchado tanto como podía apreciar. Sí, realmente debería apestar. Pero no era así.

–¿Qué le sucedió, Jenny?

–Todavía no lo sé.

–Tengo miedo.

–No te asustes. No hay ninguna razón para tener miedo.

–La expresión de su cara –murmuró Lisa–. Es horrible.

–No sé cuál pudo ser la causa, pero la muerte fue rápida. No parece haber estado enferma o haber luchado. No debió de sufrir mucho.

–Y, sin embargo... parece que murió en mitad de un grito.

## La mujer muerta

Jenny Paige no había visto nunca un cadáver como aquél. Nada de cuanto había observado en sus años, de estudiante o durante su ejercicio de la medicina podía compararse con el extraño estado del cuerpo de Hilda Beck. Se puso en cuclillas junto al cadáver y lo examinó con tristeza y desagrado, pero también con considerable curiosidad y con creciente perplejidad.

El rostro de la mujer estaba abotargado; ahora era una caricatura redondeada, sin arrugas y algo reluciente, de las facciones que había tenido en vida. El cuerpo también estaba hinchado y, en algunas zonas, amenazaba con reventar las costuras de su bata gris y amarilla. Donde quedaba visible la carne –cuello, antebrazos, manos, pantorrillas y tobillos–, ésta tenía un aspecto blando, excesivamente maduro. Por otro lado, el estómago debería haber estado muy distendido a causa de los gases, más hinchado que cualquier otra parte del cuerpo, pero sólo estaba moderadamente dilatado. Además, no se apreciaba el menor olor a descomposición.

Al inspeccionarla más de cerca, Jenny observó que la piel oscura y manchada no parecía ser resultado de un deterioro de los tejidos. No consiguió localizar ninguna señal evidente de que se estuviera produciendo el proceso de descomposición: no había lesiones, ampollas ni pústulas supurantes. Al estar compuestos de un tejido relativamente más blando, los ojos de los cadáveres suelen dar muestras de degeneración física antes que la mayoría de las demás partes del cuerpo. En cambio, los ojos de Hilda Beck –muy abiertos y con la mirada fija– seguían intactos. El blanco de los ojos era nítido, no amarillento o descolorido por el estallido de los vasos sanguíneos. Los iris también eran claros; no había en ellos ni siquiera unas lechosas cataratas post mortem que oscurecieran su agradable color azul.

En vida, los ojos de Hilda solían expresar felicidad y amabilidad. La asistente era una mujer de sesenta y dos años, y cabellos grises, con un rostro dulce y un aire de abuela en sus ademanes. Hablaba con un ligero acento alemán y tenía una encantadora y sorprendente voz cantarina. A menudo, Jenny la oía cantar mientras hacía las tareas domésticas y parecía complacerse en las cosas más sencillas.

Jenny sintió una aguda punzada de dolor al comprender lo mucho que iba a echar de menos a la señorita Hilda. Cerró los ojos un momento, incapaz de seguir mirando el cadáver. Contuvo las lágrimas, se serenó, y, por fin, cuando hubo recuperado su indiferencia profesional, abrió de nuevo los ojos y continuó la exploración.

Cuanto más contemplaba el cuerpo, más le parecía que la piel estaba contusionada. La coloración indicaba fuertes contusiones: el negro, el morado y un rancio amarillo intenso se sucedían en la piel, fundiéndose unos con otros. Sin

embargo, el aspecto general no se parecía a ninguna contusión que Jenny hubiera visto en su vida. Hasta donde podía observar, el amoratamiento era general; no había un sólo centímetro cuadrado de piel libre del mismo. Jenny asió con cuidado una manga de la bata que vestía la difunta y tiró de ella hacia arriba para poner al descubierto toda la superficie del brazo. Bajo la ropa, la piel también aparecía oscura y Jenny dio por hecho que todo el cuerpo estaba cubierto por una serie increíble de contusiones sucesivas.

Contempló de nuevo el rostro de la señora Beck. Cada centímetro de piel presentaba el mismo color amoratado. En ocasiones, las víctimas de accidentes graves de tráfico sufren lesiones que les producen contusiones en la mayor parte de la cara, pero tales lesiones siempre van acompañadas de traumatismos más graves como roturas de nariz, labios partidos, fisuras de mandíbula, etcétera. ¿Cómo podía haber recibido la señora Beck contusiones tan extraordinarias sin sufrir otras lesiones más importantes?

—¿Jenny? —escuchó decir a Lisa—. ¿Por qué tardas tanto?

—Sólo será un momento. Tú quédate donde estás.

Así pues... quizá las contusiones que cubrían el cuerpo de la señora Beck no eran consecuencia de golpes externos. ¿Era posible, entonces, que la coloración de la piel estuviera causada por una presión interna, por la hinchazón del tejido subcutáneo? Al fin y al cabo, la hinchazón era un fenómeno claramente presente en el cadáver. No obstante, para que hubiese ocasionado un amoratamiento tan completo, la hinchazón debería de haberse producido de pronto, con una violencia increíble. Y esto, maldita sea, carecía de sentido. El tejido vivo no podía hincharse con aquella rapidez. La hinchazón brusca era un síntoma de ciertas alergias, ciertamente, y una de las peores era la reacción alérgica grave a la penicilina. Sin embargo, Jenny no conocía nada que pudiera causar una hinchazón con la rapidez necesaria para producir aquel amoratamiento general, desagradable y espantoso.

La hinchazón no era el típico abotargamiento *post mortem*, de eso estaba segura Jenny. Y, aunque ésta hubiera sido la causa del aspecto tumefacto del cuerpo, por todos los santos, ¿cuál había sido la causa de que se produjera tal hinchazón? Desde luego, quedaba descartada cualquier reacción alérgica.

Si la causa era algún veneno, debía de tratarse de una sustancia muy exótica. Sin embargo, ¿dónde podía haber entrado en contacto con tan extraña sustancia una mujer como Hilda? La asistente carecía de enemigos y la idea de un asesinato resultaba absurda. Si bien se podría temer que un niño pequeño se llevara a la boca algún producto tóxico para comprobar su sabor, Hilda no cometería nunca una tontería semejante. No, no podía tratarse de un veneno.

¿Una enfermedad?

Si era una enfermedad causada por bacterias o virus, no se parecía a nada de cuanto había estudiado Jenny. ¿Y si resultaba contagioso?

—¿Jenny? —dijo Lisa.

Una enfermedad.



Aliviada al recordar que no había tocado directamente el cadáver y deseando no haber rozado siquiera la manga de la bata de Hilda, Jenny se incorporó, vaciló y se apartó del cuerpo.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

Por primera vez, advirtió lo que había en la encimera de la cocina. Cuatro patatas grandes, una col, una bolsa de zanahorias, un cuchillo grande y un utensilio de pelar vegetales. Hilda estaba preparando una comida cuando había caído muerta. Así de sencillo. ¡Bang! Al parecer, no se había sentido indispuesta ni había notado la menor advertencia. Era clarísimo que una muerte tan repentina no podía ser consecuencia de una enfermedad.

¿Qué dolencia producía la muerte sin pasar previamente por diversas fases cada vez más debilitadoras en las que el enfermo notara progresivamente el malestar y el deterioro físico? Ninguna. Ninguna que la medicina moderna conociera.

–¿Podemos salir ya de aquí, Jenny? –preguntó Lisa.

–¡Chist! Un minuto. Déjame pensar –respondió Jenny apoyándose en la isla central de la cocina y contemplando desde allí el cadáver de la mujer.

En lo más profundo de su mente había empezado a rondar una idea vaga y atemorizadora: la peste. La peste –bubónica o de otro tipo– no era desconocida en algunas partes de California y del Sudoeste. En años, recientes, se había informado de un par de decenas de casos; sin embargo, actualmente era extraño que alguien muriera de peste, pues ésta podía curarse mediante la administración de estreptomycin, coranfénicol o cualquier tetraciclina. Algunas variedades de peste se caracterizaban por la aparición de petequias, pequeños puntos y manchas hemorrágicas cutáneas de color púrpura. En casos extremos, las petequias se hacían casi negras y se extendían hasta afectar a grandes zonas del cuerpo; en la Edad Media, la enfermedad era conocida con el simple nombre de Peste Negra. Sin embargo, ¿era posible que surgieran petequias en tal abundancia que el cuerpo de la víctima se volviera completamente oscuro como el de Hilda?

Además, la asistenta había muerto de pronto, mientras cocinaba, sin padecer anteriormente vómitos, fiebres o incontinencia, lo cual descartaba la acción de la peste. Y, en realidad, descartaba también cualquier otra enfermedad contagiosa conocida.

Con todo, no se apreciaban señales manifiestas de violencia. No había heridas sangrantes de arma de fuego, ni rastros de puñaladas. Tampoco había indicios de que Hilda hubiera sido golpeada o estrangulada.

Jenny rodeó con cuidado el cadáver y se dirigió a la encimera próxima al fregadero. Tocó la col y comprobó, sorprendida, que la verdura todavía estaba fría, como recién sacada del frigorífico. No debía de hacer más de una hora que había sido colocada sobre la madera de cortar.

Apartó la mirada de la encimera y la volvió de nuevo hacia Hilda, esta vez con más espanto que antes.

La mujer había muerto hacía apenas una hora. Quizá el cuerpo todavía estaba caliente.

Pero ¿qué la había matado?

Jenny no estaba más cerca de la respuesta ahora que antes de examinar el cadáver. Y, aunque la causa no parecía ser ninguna enfermedad, tampoco podía descartar por completo tal posibilidad. El riesgo de un contagio, aunque remoto, resultaba atemorizador.

Ocultando su preocupación, Jenny dijo a Lisa:

–Vamos, cariño. Usaremos el teléfono de la consulta.

–Ya me siento mejor –informó Lisa poniéndose en pie al instante, visiblemente impaciente por salir de la cocina.

Jenny pasó el brazo por los hombros de su hermana y la acompañó fuera de la cocina.

Un silencio aterrador llenaba la casa. La quietud era tal que el sonido de sus pisadas sobre la alfombra del vestíbulo en comparación resultaba estruendoso.

Pese a las luces fluorescentes del techo, la consulta de Jenny no era la sala austera e impersonal que tantos médicos prefieren hoy día. Al contrario, era un consultorio de médico rural, pasado de moda. Las estanterías rebosaban de libros y revistas médicas. Había seis archivadores antiguos de madera que Jenny había adquirido a buen precio en una subasta. De las paredes colgaban los diplomas, varios gráficos de anatomía y dos grandes acuarelas con paisajes de Snowfield. Junto al armario de los medicamentos, cerrado con llave, había una balanza y, junto a ésta, sobre una mesilla, una caja de juguetes baratos –cochecitos de plástico, soldados, muñecas en miniatura– y paquetes de goma de mascar sin azúcar que regalaba como recompensa –o como soborno– a los niños que no lloraban mientras los examinaba.

La pieza principal del mobiliario era un gran escritorio de pino, oscuro y lleno de marcas, y Jenny condujo a Lisa al gran sillón de cuero que había tras él.

–Lo siento –dijo la pequeña.

–¿Lo sientes? –repitió Jenny, sentándose en el borde del escritorio y acercando el teléfono.

–Lamento haberte fallado así. Cuando he visto... el cuerpo... yo... En fin, me he puesto histérica.

–No te has puesto histérica en absoluto. Sólo estabas conmocionada y asustada, lo cual es comprensible.

–Pero tú no estabas ninguna de ambas cosas.

–Claro que sí –reconoció Jenny–. No sólo conmocionada, sino pasmada.

–Pero no te has asustado como yo.

–He tenido miedo, y todavía lo tengo.

Jenny titubeó pero, por último, decidió que, al fin y al cabo, no debía ocultar la verdad a su hermana e informó a ésta de la inquietante posibilidad de un contagio.

–No creo que estemos ante una enfermedad, pero podría equivocarme. Y si es así...

Lisa miró a su hermana con los ojos abiertos de asombro.

–Estabas asustada como yo y, a pesar de eso, te has quedado todo ese rato examinándola. ¡Jesús!, yo no habría sido capaz. Desde luego que no. Nunca.

–Bueno, cariño, yo soy médico. Estoy preparada para ello.

–De todos modos...

–Tranquila, no me has fallado –le aseguró Jenny.

Lisa asintió, con aire nada convencido.

Jenny levantó el auricular del teléfono con la intención de llamar a la comisaría de Snowfield antes de ponerse en contacto con el forense de Santa Mira, la capital del condado. No escuchó el tono de marcar, sino sólo un leve siseo. Pulsó los botones del pie del teléfono, pero siguió sin línea.

Había algo siniestro en el hecho de que el teléfono no funcionara cuando había una mujer muerta en la cocina. Quizá la señora Beck había sido asesinada, después de todo. Si alguien había cortado el cable telefónico y luego se había colado en la casa, y si había asaltado a Hilda con cuidado y astucia... Bueno, el agresor podría haberla acuchillado por la espalda con un arma de hoja larga que se habría clavado lo suficiente para desgarrarle el corazón, matándola instantáneamente. En tal caso, la herida quizá estaría donde Jenny no podía verla, a menos que diera media vuelta al cadáver, poniéndolo boca abajo. Eso no explicaría la ausencia del menor rastro de sangre. Tampoco explicaría la hinchazón y el amoratamiento general. Sin embargo, cabía la posibilidad de que la herida estuviera en la espalda de la asistente y, dado que Hilda debía de haber muerto hacía menos de una hora, también era concebible que el asesino –si existía– pudiera estar todavía en la casa.

«Estoy dejándome arrastrar por la imaginación», se dijo Jenny.

Sin embargo, decidió que sería conveniente que ella y Lisa salieran de la casa inmediatamente.

–Tendremos que ir a la casa de al lado y pedirles a Vince o a Angie Santini que hagan las llamadas por nosotras –explicó con calma Jenny mientras se incorporaba del borde del escritorio–. El teléfono no funciona.

–¿Tiene eso algo que ver con... con lo sucedido? –preguntó Lisa, parpadeando.

–No lo sé –respondió Jenny.

El corazón le latía con fuerza cuando cruzó la consulta hacia la puerta entreabierta. ¿Habría alguien esperándola al otro lado? Detrás de ella, Lisa dijo:

–Eso de que el teléfono se haya averiado precisamente ahora... es un poco extraño, ¿no?

–Sí, un poco.

Jenny casi esperaba encontrarse con un extraño corpulento y sonriente empuñando un cuchillo. Uno de esos psicópatas que tanto parecen abundar en estos tiempos. Uno de esos imitadores de Jack el Destripador cuyos sangrientos trabajos mantienen bien provistos a los periodistas de televisión de imágenes espeluznantes para los noticiarios.

Se asomó al pasillo antes de aventurarse en él, dispuesta a retroceder de un salto y cerrar la puerta si veía a alguien. Estaba desierto.

Al volverse por un instante hacia su hermana, advirtió que Lisa se había hecho cargo rápidamente de la situación.

Cruzaron a toda prisa el pasillo en dirección a la puerta principal y, al acercarse a la escalera que conducía al piso superior, junto a la entrada al vestíbulo, Jenny notó los nervios más tensos que nunca. El asesino –si había un asesino, se recordó una vez más– podía estar en los escalones, escuchándolas acercarse a la puerta de la casa. Podía saltar sobre ellas cuando pasaran junto a él, con un cuchillo levantado en la mano...

Pero no acechaba nadie en la escalera.

Ni en el vestíbulo. Ni tampoco en el porche.

Fuera, el crepúsculo daba paso rápidamente a la noche. La luz que aún se apreciaba tenía un tono púrpura, y las sombras –formando todo un ejército de zombies– surgían de miles de rincones donde se habían ocultado del sol. En diez minutos más, sería noche cerrada.

## 4

## La casa de al lado

La casa de granito y secoya de los Santini tenía un diseño más moderno que la de Jenny, formando ángulos suaves y esquinas redondeadas. Se alzaba del suelo rocoso ciñéndose a los contornos de la pendiente, contra un fondo de soberbios pinos; casi parecía una formación natural del terreno. Las luces estaban encendidas en un par de estancias de la planta inferior.

La puerta delantera estaba entornada. En el interior se oía música clásica.

Jenny llamó al timbre y retrocedió unos pasos hasta el lugar donde esperaba Lisa. En su opinión, las dos debían mantenerse a cierta distancia de los Santini, pues era posible que estuvieran contagiadas por el mero hecho de haber estado en la cocina junto al cuerpo de la señora Beck.

–No podría encontrar unos vecinos mejores –le contó a Lisa, esperando que se disolviera el duro y frío nudo que sentía en el estómago–. Son gente estupenda.

Nadie respondió a la llamada.

Jenny se adelantó, pulsó de nuevo el timbre y volvió al lado de Lisa.

–Tienen una tienda de artículos de esquí y otra de objetos de regalo en el pueblo.

La música crecía, descendía y volvía a crecer. Beethoven.

–Quizá no hay nadie en la casa –apuntó Lisa.

–Tiene que haber alguien. La música, las luces...

Bajo el alero del porche se levantó de pronto un potente torbellino, y el aire, como el filo de un hacha, cortó las melodías de Beethoven transformando por unos instantes su dulce música en un sonido irritante y discordante.

Jenny abrió de par en par la puerta de la casa. A la izquierda del vestíbulo, en el estudio, había una lámpara encendida. Una luminosidad lechosa surgía de la estancia, cuyas puertas se hallaban abiertas, y se dispersaba en el vestíbulo de suelo de madera de roble hasta el umbral del salón en sombras.

–¿Angie? ¿Vince? –llamó Jenny.

No recibió respuesta.

Sólo la música de Beethoven. El viento amainó y la distorsionada melodía recuperó toda su armonía al volver la calma. Era la Tercera Sinfonía, la Heroica.

–¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

La sinfonía llegó a su conmovedor final y, cuando murió la última nota, no empezó a sonar ninguna otra pieza. Apparently, el tocadiscos se había desconectado.

–¿Hola?

Nada. Detrás de Jenny, la noche estaba callada; delante de ella, la casa también estaba ahora en silencio.

–¿No piensas entrar? –preguntó Lisa con voz nerviosa.

–¿Qué sucede? –replicó Jenny, volviéndose hacia su hermana.

–Aquí hay algo extraño –añadió Lisa, mordiéndose el labio–. Tú también lo notas, ¿verdad?

Jenny titubeó. Luego, a regañadientes, asintió.

–Sí, yo también lo noto.

–Es como si... como si estuviéramos solas aquí, tú y yo... y, al mismo tiempo, hubiera algo más.

En efecto, Jenny tenía la extraña sensación de que estaban siendo observadas. Se volvió y estudió el césped y los arbustos, que habían sido tragados por las sombras casi por completo. Luego, observó una a una las ventanas que se abrían a la fachada principal. Había luz en el estudio, pero las demás ventanas estaban cerradas, a oscuras y con los cristales como espejos. Detrás de cualquiera de ellos podía haber alguien espiándolas sin ser visto.

–Vámonos, por favor –suplicó Lisa–. Llamemos a la policía o algo parecido. ¡Vámonos ahora mismo, por favor!

Jenny hizo un gesto de negativa con la cabeza.

–Estamos sobreexcitadas y nuestra imaginación está jugándonos una mala pasada. En cualquier caso, tengo el deber de echar un vistazo ahí dentro por si hay alguien herido o enfermo: Angie, Vince, quizá alguno de los niños...

–¡No!

Lisa agarró del brazo a Jenny, reteniéndola.

–Soy médico y estoy obligada a prestar ayuda.

–Pero si te has contagiado con algún germen de la señora Beck, ahora podrías infectar a los Santini. Tú misma lo has dicho.

–Sí, pero quizá ya estén muriendo de lo mismo que mató a Hilda. ¿Y si fuera así? Puede que necesiten atención médica.

–No creo que eso sea una enfermedad –murmuró Lisa en tono sombrío, como un eco de los pensamientos de la propia Jenny–. Es otra cosa peor.

–¿Qué podría ser peor?

–No lo sé, pero... puedo notarlo. Es algo mucho peor.

El viento se levantó de nuevo y los arbustos susurraron a lo largo del porche.

–Está bien –dijo Jenny–. Espérame aquí mientras voy a echar un vistazo...

–No –se apresuró a decir Lisa–. Si estás dispuesta a entrar, voy contigo.

Penetraron juntas en la casa.

Jenny se detuvo en el vestíbulo y dirigió la mirada hacia las puertas abiertas de su izquierda.

–¿Vince?

Dos lámparas bañaban de una cálida luz dorada todos los rincones del estudio de Vince Santini. La estancia estaba vacía.

–¿Angie? ¿Vince? ¿Hay alguien en casa?

Ningún sonido perturbaba aquel silencio sobrenatural, aunque la propia oscuridad parecía de algún modo alerta, vigilante, como si fuera un inmenso animal al acecho.

A la derecha de Jenny, la sala de estar quedaba envuelta en unas sombras densas como un tupido paño de lana negra. Al otro lado de la estancia, una luz mortecina se colaba por los bordes y por el resquicio inferior de la puerta de doble hoja que cerraba la entrada al comedor, pero esa leve luminosidad no bastaba para disipar la penumbra que reinaba en la estancia.

Jenny localizó un interruptor en la pared y encendió una lámpara, iluminando así la sala de estar, también desocupada.

–¿Lo ves? –dijo Lisa–. No hay nadie en casa.

–Echemos un vistazo al comedor.

Atravesaron el salón, amueblado con unos cómodos sofás de color beige y unos elegantes sillones de orejas de estilo reina Ana, tapizados en color verde esmeralda. El bafle de sonido junto con el tocadiscos estaba colocado discretamente en una rinconera. De allí había salido la música de Beethoven; los Santini se habían marchado sin desconectar el aparato.

Cuando llegó al otro extremo de la sala, Jenny abrió la puerta doble, cuyas hojas produjeron un leve chirrido.

Tampoco había nadie en el comedor, pero la araña de luces iluminaba una escena sorprendente. La mesa estaba preparada para una temprana cena dominical. Cuatro manteles individuales, cuatro juegos de platos, cuatro cuencos para ensalada –tres de ellos completamente limpios y el otro con una ración de ensalada–, cuatro juegos de cubiertos de acero inoxidable y cuatro vasos, dos de ellos llenos de leche, otro con agua y el último con un líquido de color ámbar que podía ser zumo de manzana. En el zumo y en el agua flotaban unos cubitos de hielo que aún no se habían fundido del todo. En el centro de la mesa estaban las fuentes con la comida: un bol con ensalada, una bandeja con jamón, unas patatas al horno y una gran fuente con guisantes y zanahorias. Toda la comida estaba intacta salvo la ensalada, de la cual ya se había servido una parte. El jamón cocido se había enfriado. En cambio, la capa de queso gratinado de las patatas al horno estaba aún entera y, cuando Jenny apoyó una mano en la cacerola, comprobó que todavía estaba muy caliente. La comida había sido servida a la mesa hacía menos de una hora, o quizá apenas treinta minutos.

–Parece como si hubieran tenido que marcharse con una prisa increíble –comentó Lisa.

Jenny frunció el ceño y respondió:

–Casi da la impresión de que se los hubieran llevado contra su voluntad.

Había varios detalles inquietantes que apoyaban tal impresión, como la silla caída de lado a unos palmos de la mesa. El resto de las sillas estaba colocado en su sitio; sin embargo, junto a una de ellas, Jenny descubrió en el suelo una cuchara de servir y un tenedor para carne de dos puntas. En un rincón, también en el suelo, había una servilleta hecha una pelota; parecía como si, en lugar de haber caído allí

casualmente, alguien la hubiera arrojado con premeditación. Encima de la mesa, uno de los saleros se había volcado.

Minucias. Nada espectacular. Nada concluyente.

A pesar de ello, Jenny se sentía preocupada.

–¿Raptados contra su voluntad? –preguntó Lisa, atónita.

–Quizá.

Jenny seguía hablando en voz baja, igual que su hermana. Todavía notaba la inquietante sensación de que alguien las acechaba en las proximidades, oculto, observándolas... o, al menos, escuchando sus voces.

Paranoia, se dijo mentalmente.

–No he oído nunca que alguien secuestrara a una familia entera –comentó Lisa.

–Bueno, quizá me equivoque. Lo más probable es que uno de los niños haya enfermado de pronto y los padres le hayan tenido que llevar corriendo al hospital de Santa Mira, o algo así.

Lisa inspeccionó de nuevo la estancia y ladeó la cabeza para escuchar el silencio de la casa, que parecía una tumba.

–No. No creo que se trate de eso.

–Yo tampoco –reconoció Jenny.

Rodearon lentamente la mesa, estudiándola como si esperaran descubrir algún mensaje secreto dejado por los Santini, y su miedo dio paso a la curiosidad.

–Esto me recuerda de algún modo lo que leí cierta vez en un libro que exponía una serie de hechos inexplicables. Ya sabes, *El triángulo de las Bermudas* o algún libro de ese estilo. Había un gran velero, el *Mary Celeste*... Esto sucedió hacia 1870, creo recordar... En pocas palabras, el *Mary Celeste* fue encontrado a la deriva en mitad del Atlántico, con la mesa preparada para la cena, pero toda la tripulación había desaparecido. El barco no había sido dañado por ninguna tormenta ni tenía ninguna vía de agua en el casco. No parecía haber razón alguna para que los tripulantes lo abandonaran. Además, todos los botes salvavidas estaban en su sitio. Las lámparas estaban encendidas, y las velas, adecuadamente aparejadas; como ya he dicho, la comida estaba en la mesa. Todo se encontró exactamente como debía estar y, sin embargo, todos los hombres que viajaban a bordo habían desaparecido. Todavía hoy, sigue siendo uno de los grandes misterios del mar.

–¡Bah! Estoy segura de que aquí no hay ningún gran misterio –respondió Jenny, inquieta–. Estoy convencida de que los Santini no han desaparecido para siempre.

Mientras daban la vuelta en torno a la mesa, Lisa se detuvo, levantó los ojos y miró a Jenny, parpadeando agudamente.

–Si realmente alguien se los ha llevado contra su voluntad, ¿crees que eso puede tener algo que ver con la muerte de tu asistente?

–Quizá. Con lo que sabemos, no podemos afirmarlo con certeza.

Bajando todavía más la voz, Lisa susurró:

–¿Crees que deberíamos buscar una pistola o algún arma?

–No, no. –Jenny contempló la comida intacta de las fuentes, la sal derramada, la silla caída... Apartó la vista de la mesa y murmuró:– Vamos, cariño.



–¿Adonde me llevas ahora?

–Veamos si funciona el teléfono.

Cruzaron la puerta que comunicaba el comedor con la cocina y Jenny encendió la luz.

El teléfono estaba en la pared, junto al fregadero. Jenny descolgó, escuchó, pulsó varias veces la palanca de la horquilla e intentó marcar un número, pero no había línea.

Sin embargo, esta vez la línea no estaba realmente cortada, como la de su casa. Era una línea abierta, llena del suave susurro de la electricidad estática. Los números del servicio de bomberos y de la comisaría estaban en una etiqueta adhesiva pegada a la base del teléfono. A pesar de no escuchar el tono de marcar, Jenny pulsó las siete cifras de la comisaría. No dio resultado.

En ese instante, mientras volvía a pulsar la palanca de la horquilla en un nuevo intento, Jenny empezó a sospechar que había alguien al otro lado de la línea, escuchándola.

–¿Hola? –dijo por el aparato.

Un susurro lejano, como de huevos friéndose en una sartén.

–¿Hola? –insistió.

Sólo un distante crepitar de la electricidad estática, eso que llaman «ruido blanco».

Jenny se dijo a sí misma que no oía nada más que los sonidos normales cuando la línea telefónica está abierta. No obstante, le pareció que podía oír a alguien que la escuchaba con interés mientras ella hacía lo propio.

Tonterías.

Un escalofrío le recorrió el espinazo y, tonterías o no, Jenny se apresuró a colgar el auricular.

–La comisaría no puede estar lejos en un pueblo tan pequeño –comentó Lisa.

–A un par de calles.

–¿Por qué no vamos caminando hasta ella?

Jenny había pensado inspeccionar el resto de la casa por si los Santini estaban en alguna parte, enfermos o heridos. Ahora, tras la sensación de tener a alguien al otro lado de la línea, se preguntó si tal sensación sería real y si el desconocido la habría oído por algún supletorio instalado en otra parte de la casa. Aquella posibilidad lo cambiaba todo. Jenny no se tomaba a la ligera su juramento hipocrático; en realidad, le gustaban las responsabilidades especiales que exigía su trabajo, pues era una persona que necesitaba poner a prueba frecuentemente su capacidad de juicio, su valor y su resistencia. Se crecía con las dificultades. Sin embargo, en aquel momento, su principal responsabilidad era para con Lisa y para con ella misma. Quizá lo más sensato era ir a buscar al agente Paul Henderson, volver a la casa con él y continuar entonces la inspección.

Aunque deseaba creer que sólo eran imaginaciones suyas, seguía percibiendo una mirada inquisitiva. Alguien las observaba... Alguien las acechaba.

–Vámonos –dijo a Lisa–. En seguida.

La pequeña, visiblemente aliviada, abrió la marcha a toda prisa y cruzó el comedor y el salón hasta la puerta delantera.

Fuera, había caído la noche. La temperatura era más fría que a la hora del crepúsculo y pronto descendería todavía más, hasta los cinco o seis grados, en un claro recordatorio de que el paso del otoño por las Sierras era siempre breve y que el invierno estaba ya impaciente por llegar a instalarse en la región.

Las farolas de Skyline Road se habían encendido automáticamente con la llegada de la noche. En varios escaparates se habían puesto en marcha también las luces permanentes, activadas por unos diodos fotosensibles que habían respondido al oscurecimiento exterior.

Jenny y Lisa se detuvieron en la acera, frente a la casa de los Santini, sobrecogidas por la panorámica que se abría ante ellas.

Agarrado a la pronunciada ladera, con sus techos puntiagudos y en caballete alzados contra el cielo nocturno, el pueblo resultaba todavía más bonito ahora que bajo la luz del crepúsculo. Algunas chimeneas lanzaban fantasmagóricas columnas de humo de leña. También algunas ventanas estaban iluminadas desde el interior, pero la mayoría de ellas reflejaba la luz de las farolas, como espejos oscuros. La leve brisa hacía que los árboles se mecieran suavemente, a ritmo de nana, y el susurro que producían era como los tiernos suspiros y los murmullos somnolientos de un millar de niños dormitando apaciblemente.

Sin embargo, no era solamente la belleza del paisaje lo sobrecogedor. Era la quietud absoluta, el silencio total, lo que había hecho detenerse a Jenny. A su llegada, lo había encontrado extraño. Ahora, le resultaba siniestro.

–La comisaría del pueblo está en la calle principal –indicó a Lisa–. A sólo dos manzanas y media de aquí.

Las dos apretaron el paso hacia el paralizado corazón del pueblo.

## Tres balas

Una única lámpara fluorescente brillaba en la penumbra del depósito municipal, pero tenía el brazo flexible doblado con firmeza para enfocar la luz sobre el escritorio y apenas permitía distinguir nada más de la gran sala. Sobre el escritorio había una revista abierta, justo bajo el círculo de luz, blanca y potente. El resto de la estancia quedaba a oscuras, salvo por la pálida luminosidad que se filtraba por las ventanas procedente de las farolas de la calle.

Jenny abrió la puerta y entró, seguida muy de cerca por Lisa.

—¿Hola? ¿Paul? ¿Está aquí?

Localizó el interruptor, dio las luces del techo... y retrocedió instintivamente al observar lo que había en el suelo ante ella.

Paul Henderson. Su carne, oscura, amoratada. Hinchado. Muerto.

—¡Oh, Jesús! —exclamó Lisa, volviéndose rápidamente de espaldas.

Caminó tambaleándose hasta la puerta abierta, se apoyó en el marco y aspiró entre escalofríos el vigorizante aire nocturno.

Jenny dominó con considerables esfuerzos el temor primigenio que empezaba a surgir dentro de ella y corrió junto a Lisa. Posó una mano en el débil hombro de su hermana y le preguntó si se encontraba bien.

—¿Vas a devolver?

Lisa pareció esforzarse por contener las arcadas hasta que, por fin, movió la cabeza en gesto de negativa.

—No, no voy a vomitar. Ya estoy mejor. Salgamos de aquí.

—Dentro de un momento —respondió Jenny—. Antes quiero echar un vistazo al cuerpo.

—¡Es imposible que quieras hacer eso!

—Tienes razón. No quiero, pero quizá así pueda hacerme una ligera idea de a qué nos enfrentamos. Tú puedes esperar aquí, en la entrada. Lisa suspiró, resignada.

Jenny se acercó al cadáver tendido en el suelo y se arrodilló junto a él.

Paul Henderson presentaba el mismo estado que Hilda Beck. Cada centímetro cuadrado de su piel estaba amoratado. El cuerpo estaba hinchado: la cara, abotargada y distorsionada; el cuello, casi tan grueso como la cabeza; los dedos parecían una ristra de salchichas y tenía el abdomen distendido. Sin embargo, Jenny tampoco pudo apreciar en él ni siquiera el más leve hedor a descomposición.

Los ojos, vidriosos, sobresalían de su rostro embotado y cárdeno. Aquellos ojos, junto con la boca abierta y crispada, reflejaban una emoción inconfundible: el miedo. Igual que Hilda, Paul Henderson parecía haber muerto de repente... presa de un terror profundo y estremecedor.

Jenny no había tenido mucho trato con el muerto. Le conocía, naturalmente, pues en un pueblo tan pequeño como Snowfield todo el mundo se conocía. Parecía un muchacho bastante agradable y un buen agente de policía. Jenny se sintió abrumada por lo que le había sucedido al pobre Paul. Mientras contemplaba sus facciones contraídas, notó en el estómago un nudo, un dolor sordo y tenso, y hubo de apartar la vista para contener las náuseas.

El policía no tenía su arma en la cartuchera sino en el suelo, cerca del cuerpo. Un revólver de calibre 45.

Jenny contempló el arma, meditando sobre qué significaba aquello. Quizá había caído de su funda al rodar por el suelo su propietario. Era posible, pero Jenny lo dudaba. La conclusión más evidente era que Henderson había sacado el revólver para defenderse de un agresor.

Si así habían sucedido las cosas, el hombre no había sido víctima de ningún veneno ni enfermedad.

Jenny se volvió y observó a Lisa, que seguía de pie junto a la puerta, apoyada en el quicio y contemplando Skyline Road.

Se puso en pie, dio la espalda al cadáver y se agachó junto al revólver durante unos largos segundos, estudiándolo y tratando de decidir si lo tocaba o no. Ahora no le preocupaba tanto la posibilidad de un contagio como en los momentos inmediatos al hallazgo del cuerpo de Hilda Beck. Aquello cada vez tenía menos el aspecto de alguna peste extraña. Además, si alguna enfermedad exótica acechaba realmente Snowfield, debía de tener una virulencia terrible, y Jenny, casi con toda seguridad, ya debía de estar contagiada. No tenía nada que perder si levantaba el revólver y lo estudiaba con más detenimiento. Lo que más le preocupaba era no borrar con ello alguna huella dactilar delatora u otras pruebas importantes.

No obstante, aun en el caso de que Henderson hubiera sido asesinado, no parecía probable que su agresor hubiera utilizado el arma de la propia víctima, dejando las oportunas marcas en ella. Además, no parecía que nadie hubiera disparado contra Paul; muy al contrario, si había habido algún disparo, probablemente había sido él mismo quien había tirado del gatillo.

Levantó el revólver y lo examinó. El cilindro tenía capacidad para seis balas, pero tres de las cámaras estaban vacías. El acre olor a pólvora quemada le indicó que el arma había sido disparada recientemente; en algún momento de aquel día, quizá hacía menos de una hora.

Con el 45 en la mano, se incorporó y recorrió de un extremo a otro la sala de recepción, examinando el suelo de baldosas azules. Sus ojos captaron un destello metálico, otro y un tercero; tres casquillos vacíos.

Ninguno de los disparos había sido hecho hacia abajo, contra el suelo. Las baldosas azules, perfectamente enceradas, estaban intactas.

Jenny pasó la puerta batiente de la barandilla de separación y penetró en la zona que los policías de las series de televisión siempre llaman «la nevera». Recorrió un pasillo entre escritorios colocados frente a frente, archivadores por parejas y mesas de trabajo. Jenny se detuvo y dejó que sus ojos recorrieran lentamente las

paredes verde pálido y el techo de ladrillo antisonoro blanco en busca de algún agujero de bala. No encontró ninguno.

Aquello le sorprendió. Si el revólver no había sido disparado contra el suelo ni contra las ventanas de la fachada –y no había sido así, pues no vio cristales rotos–, tenía que haberlo sido con el cañón apuntando a la sala, a la altura de la cadera o más arriba. Entonces, ¿dónde estaban las balas? No vio muebles dañados, maderas astilladas, chapas metálicas abolladas o plásticos agrietados, aunque sabía que una bala de aquel calibre producía considerables daños en el punto de impacto.

Si las balas disparadas no estaban en la sala, sólo podían encontrarse en otro lugar: en el hombre o los hombres a los que Paul Henderson apuntaba.

Pero si el agente había herido a un asaltante –o a dos, o a tres– con tres disparos de un revólver de policía de calibre 45, tres disparos tan perfectamente puestos en el cuerpo del agresor que las balas le habían quedado dentro, sin atravesarle, debería haber manchas de sangre por todas partes y, en cambio, no había una sola gota en toda la comisaría.

Desconcertada, Jenny volvió al escritorio donde la lámpara fluorescente iluminaba un ejemplar abierto del *Time*. En una placa de metal ponía SARGENTO PAUL J. HENDERSON. Allí debía de estar sentado, pasando una tarde aparentemente aburrida, cuando de pronto había sucedido... lo que había sucedido.

Segura ya de lo que oiría, Jenny descolgó el teléfono del escritorio de Henderson. No había línea. Sólo el zumbido electrónico, como de alas de insecto, de la línea abierta.

Igual que antes, cuando había intentado usar el teléfono de la cocina de los Santini, tuvo la sensación de que no era la única que escuchaba.

Colgó el auricular. Con demasiada brusquedad. Con demasiada fuerza.

Le temblaban las manos.

En la pared posterior de la sala había dos tablones con notas y boletines, una fotocopidora, un armario cerrado, una radio policial (una pequeña central para radiopatrullas) y un teletipo. Jenny no sabía cómo funcionaba este último. De todos modos, estaba mudo y parecía desconectado. Tampoco consiguió poner en marcha la radio. Aunque el interruptor de encendido estaba en la posición correcta, la lámpara piloto no se iluminaba. El micrófono siguió sin funcionar. Quienquiera que hubiera matado al policía, había inutilizado también el teletipo y la radio.

Cuando volvió a la zona de recepción, a la entrada de la comisaría, Jenny advirtió que Lisa no estaba en la entrada y, por un instante, el corazón le dio un vuelco. Luego, vio a la muchacha en cuclillas junto al cuerpo de Paul Henderson, observándolo atentamente.

Lisa alzó la mirada cuando Jenny volvió a cruzar la puerta batiente. Señalando el cadáver, terriblemente hinchado, la pequeña dijo:

–No sabía que la piel pudiera estirarse así sin cuartearse.

Su actitud de curiosidad científica, de distanciamiento, de estudiada indiferencia ante el horror de la escena, era transparente como el cristal. Sus ojos

sobresaltados la traicionaban. Aparentando que la presencia del cadáver no le afectaba, Lisa se apartó del cuerpo y se incorporó.

–¿Por qué no te has quedado en la puerta, querida?

–Estaba disgustada conmigo misma por haber sido tan cobarde.

–Escucha, hermanita, ya te he dicho que...

–Me refiero a que tengo miedo de que nos vaya a suceder algo, algo malo. Aquí mismo, en Snowfield, esta noche, en cualquier momento. Algo realmente horrible. Sin embargo, no me avergüenzo de este miedo porque es de sentido común tenerlo después de lo que hemos visto. En cambio, hasta hace un momento, me daba miedo incluso mirar el cadáver, y ésa ya es una actitud decididamente infantil.

Cuando Lisa efectuó una pausa, Jenny no hizo comentarios. La pequeña aún quería añadir algo más y necesitaba sacarlo de su mente.

–Ese hombre está muerto. No puede hacerme daño. No hay ninguna razón para tenerle miedo. Está mal dejarse llevar por los temores irracionales. Es una muestra de debilidad y una estupidez. Las personas deben hacer frente a ese tipo de miedos – insistió Lisa–. Hacerles frente es el único modo de vencerlos. Tengo razón, ¿verdad? Por eso he decidido acercarme a esto –y ladeó la cabeza señalando el cadáver tendido a sus pies.

Qué angustia había en sus ojos, se dijo Jenny.

No era únicamente la situación en Snowfield lo que abrumaba a su hermana. Todavía tenía muy cercano el recuerdo de la tarde clara y cálida del mes de julio en que había encontrado a su madre muerta de una apoplejía. De pronto, debido a todo esto, todo lo demás revivía en la mente de Lisa, volvía a su recuerdo con toda crudeza.

–Ahora estoy bien –dijo Lisa–. Todavía tengo miedo de lo que nos pueda suceder, pero ya no tengo miedo de él. –Dirigió una nueva mirada al cadáver para demostrar su afirmación; luego, levantó los ojos y miró fijamente a Jenny–. ¿Lo ves? Ahora puedes contar conmigo. No voy a fallarte de nuevo.

Por primera vez, Jenny se dio cuenta de que constituía un modelo de conducta para su hermana. Con sus ojos, su rostro, su voz y sus manos, Lisa ponía de manifiesto en mil y un sutiles detalles un respeto y una admiración por Jenny muy superiores a cuanto ésta había podido imaginar. Sin expresarlo con palabras, la muchacha estaba diciendo algo que conmovió profundamente a Jenny: «Te quiero; pero, más aún que eso, me gustas; estoy orgullosa de ti; creo que eres fabulosa y si tienes paciencia conmigo, te haré sentir orgullosa y feliz de tener una hermana pequeña como yo».

Fue toda una sorpresa para Jenny darse cuenta de que ocupaba una posición tan elevada en el panteón personal de Lisa. Dada la diferencia de edad y el hecho de que apenas había parado en casa de sus padres desde que Lisa tenía dos años, , Jenny había creído ser prácticamente una desconocida para la muchacha. Ahora se sentía a la vez halagada y abrumada por aquella nueva perspectiva en sus relaciones.

–Sé que puedo contar contigo –aseguró a Lisa–. Siempre he pensado que podría.

Lisa sonrió, cohibida.

Jenny la abrazó.

Por un instante, Lisa se agarró a ella impetuosamente. Cuando se separaron, la pequeña murmuró:

–Así pues... ¿has encontrado alguna pista sobre qué ha sucedido aquí?

–Nada que tenga sentido.

–El teléfono no funciona, ¿verdad?

–No.

–Entonces, están cortados en todo el pueblo.

–Probablemente.

Se dirigieron a la puerta y salieron al exterior. Tras echar un vistazo a la calle silenciosa desde la acera de empedrado, Lisa hizo un comentario:

–Todo el mundo está muerto.

–No podemos estar seguras.

–Todo el mundo –insistió la pequeña con voz débil, sombría–. El pueblo entero. Hasta el último vecino. Se nota en el ambiente.

–Los Santini no han muerto, sino desaparecido –le recordó Jenny.

Una luna casi llena había aparecido sobre las montañas mientras ella y Lisa permanecían en la comisaría. En los rincones más oscuros, donde no alcanzaba la luz de las farolas y los escaparates, el claro de luna dibujaba el perfil de las formas envueltas en sombras. Sin embargo, la luz plateada del astro nocturno no permitía identificar nada. Al contrario, caía como un velo, iluminando más, unos objetos que otros, proporcionando sólo vagos indicios de su forma real y, como todos los velos, haciendo de algún modo que todo cuanto quedaba bajo él pareciera más misterioso y oscuro que si hubiera estado en total oscuridad.

–Un cementerio –continuó Lisa–. El pueblo entero es un cementerio. ¿Por qué no nos metemos ahora mismo en el coche y vamos a buscar ayuda?

–Sabes que no podemos. Si alguna enfermedad...

–No es ninguna enfermedad.

–No podemos estar absolutamente seguras de eso.

–Yo sí. Estoy segura. Además, tú misma has dicho que casi lo habías descartado también.

–Sin embargo, mientras exista la menor posibilidad, por remota que sea, tenemos que considerarnos en cuarentena.

Lisa pareció advertir por primera vez la presencia del revólver.

–¿Era del policía?

–Sí.

–¿Está cargado?

–Disparó tres veces, pero aún quedan tres balas en el tambor.

–¿Contra qué disparó?

–Ojalá lo supiera.

–¿Piensas quedártelo? –preguntó Lisa con un escalofrío.

Jenny contempló el arma que empuñaba con su mano derecha y asintió.

—Creo que debo hacerlo.

—Sí... Aunque a él no le sirvió de mucho, ¿verdad?



## Baratijas y chucherías

Avanzaron por Skyline Road, pasando sucesivamente por tramos en sombra, zonas bañadas por la luz amarillenta de las farolas de sodio, trechos de total oscuridad y otros iluminados por la claridad fosforescente de la luna. A su izquierda, colocados a intervalos regulares, crecía una fila de grandes árboles junto al bordillo de la acera. A la derecha, dejaron atrás una tienda de objetos de regalo, una cafetería y la tienda de artículos de esquí de los Santini. Jenny y Lisa se detuvieron delante de cada establecimiento y se asomaron a los escaparates en busca de algún rastro de vida, sin encontrar ninguno.

También pasaron ante varias viviendas cuya entrada daba directamente a la acera. Jenny subió la escalera de cada una de ellas y llamó al timbre. Nadie respondió, ni siquiera en las casas donde se observaba luz detrás de las ventanas. Por un momento, pensó en tantear algunas de esas puertas y, si estaban abiertas, entrar en las casas. Sin embargo, resolvió no hacerlo pues sospechaba, igual que Lisa, que sus ocupantes –caso de encontrar alguno– estarían en el mismo estado horripilante que Hilda Beck y Paul Henderson. Necesitaba encontrar gente con vida, supervivientes, testigos. Ya no podía averiguar nada más de los cadáveres.

–¿Hay alguna central nuclear por aquí? –preguntó Lisa.

–No. ¿Porqué?

–¿Alguna base militar importante?

–No.

–Pensaba que quizá la radiación...

–La radiación no mata con esta rapidez.

–¿Y una descarga realmente fuerte de radiación?

–No dejaría con ese aspecto a las víctimas.

–¿No?

–Tendrían quemaduras, ampollas y lesiones.

Llegaron al salón de belleza *Lovely Lady*, donde Jenny siempre acudía a cortarse el cabello. El local estaba desierto, como era lógico al ser domingo. Jenny se preguntó qué habría sido de Madge y Dani, las esteticistas propietarias del salón. Las dos muchachas le caían muy bien y Jenny rogó a Dios que hubieran pasado fuera todo el día, visitando a sus novios en Mount Larson.

–¿Algún veneno? –preguntó Lisa mientras se alejaban del salón de belleza.

–¿Cómo podría haberse envenenado todo el pueblo al mismo tiempo?

–Con algún alimento en mal estado...

–Bien, podría ser... si todo el mundo hubiese acudido a la fiesta campestre del pueblo y hubiese comido la misma ensalada de patata contaminada o el mismo lomo

de cerdo infectado. Pero no fue así. En el pueblo sólo se celebra un picnic público anual, y es el cuatro de julio.

–¿Algún tóxico en los depósitos de agua?

–No, a menos que, por casualidad, todo el mundo estuviera tomando un vaso de agua del grifo precisamente en el mismo instante, de modo que nadie tuviera ocasión de advertir a los demás.

–Lo cual es prácticamente imposible.

–Además, no se parece en absoluto a ninguna reacción a sustancias tóxicas que conozca.

La panadería de Liebermann. Era un edificio blanco, impoluto, con un toldo a rayas blancas y azules. Durante la temporada de esquí, los turistas hacían cola de hasta media manzana de casas durante todo el día, siete días a la semana, únicamente para comprar los grandes pasteles hojaldrados de canela, los bollos, las galletas bañadas en chocolate, los pastelillos de almendra con dulces corazones de chocolate a la naranja y otras delicias que Jakob y Aida Liebermann preparaban con inmenso orgullo y deliciosa maestría. Los Liebermann disfrutaban tanto con su trabajo que incluso habían elegido vivir cerca de él, en un piso sobre la panadería (Jenny no observó ninguna luz encendida en la planta superior) y, aunque no sacaban tantos beneficios durante el período de abril a octubre como en el resto del año, seguían trabajando de lunes a sábado durante la temporada baja. La gente acudía en coche de todos los pueblos de montaña vecinos –Mount Larson, Shady Roost y Pineville– para comprar cajas y bolsas llenas de golosinas de los Liebermann.

Jenny se inclinó hacia la gran cristalera y Lisa apoyó la frente en el frío cristal. De la parte de atrás del edificio, donde se encontraban los hornos, surgía, por la puerta abierta una potente luz, que dejaba a la vista un extremo del mostrador e iluminaba indirectamente el resto del lugar. A la izquierda había un par de mesas de café, cada una con un par de sillas. Las bandejas, esmaltadas de blanco y cubiertas con un cristal protector, estaban vacías.

Jenny rogó que Jakob y Aida hubieran escapado al destino que parecía haberse abatido sobre el resto de Snowfield. Eran las personas más amables y agradables que había conocido nunca. Gente como los Liebermann hacían de Snowfield un buen lugar para vivir, un refugio del áspero mundo donde la violencia y la desconsideración por los demás era moneda tan común.

Lisa se retiró del escaparate de la panadería y continuó sus preguntas.

–¿Y algún humo tóxico? Un escape de productos químicos. Algo que haya formado una nube de gas letal.

–Aquí, no –respondió Jenny–. En estas montañas no existen depósitos de residuos tóxicos. Tampoco hay fábricas. Nada por el estilo.

–A veces sucede que un tren descarrila y se rompe una cisterna llena de productos químicos...

–La línea de ferrocarril más próxima está a treinta kilómetros.

Lisa frunció el ceño, pensativa, y empezó a alejarse de la panadería.

–Espera. Quiero echar una ojeada ahí dentro –dijo Jenny, encaminándose a la puerta delantera de la tienda.

–¿Por qué? Ahí tampoco hay nadie.

–No podemos estar seguras. –Intentó abrir la puerta pero no pudo–. Hay luz en la habitación de atrás, la cocina. Podrían estar ahí, preparando las cosas para el pan de mañana sin la menor idea de lo que ha sucedido al resto del pueblo. Esta puerta está cerrada. Vamos por atrás.

Un estrecho callejón cubierto, cerrado por una sólida verja de madera, separaba la panadería de los Liebermann y el salón de belleza Lovely Lady. La verja estaba asegurada con un sencillo pasador que cedió en seguida bajo los torpes dedos de Jenny, abriéndose con un chirrido y un gemido de sus goznes desengrasados. El túnel entre los dos edificios estaba amenazadoramente oscuro; la única luz que se apreciaba quedaba al otro extremo, como una mortecina mancha grisácea en forma de arco donde terminaba el pasadizo.

–Esto no me gusta –dijo Lisa.

–No es nada, cariño. Sígueme y no te alejes. Si te desorientas, tantea las paredes con la mano.

Aunque Jenny no quería aumentar el miedo de su hermana poniendo de manifiesto sus propias dudas, el lóbrego pasadizo también le producía un escalofrío. A cada paso, el túnel parecía estrecharse más y más, rodeándola y sofocándola.

Se habían adentrado en el corredor una cuarta parte de su longitud cuando Jenny fue asaltada por la extraña sensación de que Lisa y ella no estaban solas. Un instante después, percibió que algo se movía en el fondo de aquella oscuridad, bajo el techo del túnel, a tres o cuatro metros por encima de ellas. No sabía explicar cómo había percibido aquella presencia. Sólo escuchó el ruido de sus pasos y los de Lisa, repitiéndose con el eco; en todo caso, no hubiera podido ver gran cosa. De pronto, notó una presencia hostil y, mientras intentaba escrutar el techo del túnel, negro como un tizón, tuvo la certeza de que la oscuridad estaba... cambiando.

La oscuridad parecía desplazarse, moverse... Sí, se movía allá arriba, entre las vigas.

Jenny se dijo que eran imaginaciones suyas pero, cuando llegó a la mitad del túnel, sus instintos más primarios le gritaron que saliera en seguida, que echara a correr. Se suponía que los médicos no cedían al pánico; la ecuanimidad y la frialdad eran parte de su preparación. Apretó el paso, pero sólo un poco, no mucho, sin dejarse llevar por el pánico; al cabo de unas zancadas, apresuró la marcha un poco más, y más, hasta que se descubrió corriendo a pesar de ella misma.

Al otro lado del pasadizo fue a salir a un callejón. Allí apenas había luz, pero no estaba tan oscuro como el túnel.

Lisa apareció por la boca de éste a la carrera, resbaló en un charco en el asfalto y estuvo a punto de caer al suelo. Jenny lo evitó sujetándola a tiempo.

Juntas, retrocedieron por el callejón con la mirada vuelta hacia la abertura del pasadizo, negra y atemorizadora. Jenny alzó el revólver que había tomado de la comisaría.

–¿Lo has notado? –preguntó Lisa, sin aliento.

–Sí, había algo bajo el techo. Probablemente eran sólo unos pájaros o, como mucho, algún murciélago.

–No –replicó Lisa, meneando la cabeza–. No era bajo el techo. Estaba agazapado junto a la pared.

Continuaron mirando hacia la boca del túnel.

–Yo he visto algo entre las vigas –afirmó Jenny.

–No –insistió su hermana, sacudiendo la cabeza enérgicamente.

–¿Qué has visto tú?

–Estaba junto a la pared. A la izquierda. Aproximadamente en el centro del túnel. Casi he tropezado con ello.

–¿De qué se trataba?

–No... No lo sé con seguridad. En realidad, no he llegado a verlo.

–¿Has oído algo?

–No –repitió Lisa con la mirada fija en el tenebroso pasadizo.

–¿Has notado algún olor?

–No, pero... la oscuridad estaba... Bueno, en un lugar concreto de ahí dentro, la oscuridad era... diferente. He notado que algo se movía... o daba la impresión de moverse... de cambiar de forma y de lugar...

–Eso mismo es lo que he creído ver yo... pero arriba, entre las vigas del techo.

Esperaron unos instantes, pero no surgió nada del pasadizo.

Poco a poco, los latidos del corazón de Jenny pasaron de un galope tendido a un trote apresurado. Bajó el arma.

Su respiración recobró la normalidad. El silencio nocturno volvió a extenderse como una densa capa de aceite.

Jenny empezó a dudar de la experiencia, sospechando que Lisa y ella habían sido, sencillamente, presa de la histeria. La explicación no le gustaba en absoluto, pues no se ajustaba a la imagen que tenía de sí misma, pero era lo bastante sincera como para afrontar la desagradable realidad de que, aunque sólo fuera por esta vez, se había dejado llevar por el pánico.

–Sólo estamos un poco asustadas –dijo a Lisa–. Si hubiera alguien o algo peligroso ahí dentro, ya habría salido a por nosotras hace rato, ¿no te parece?

–Quizá.

–¡Ah!, ¿sabes qué ha podido ser?

–¿Qué? –preguntó Lisa.

Se levantó de nuevo un viento frío que pasó con un leve susurro por el callejón.

–Puede que fueran unos gatos –dijo Jenny–. Unos cuantos gatos. Les encanta merodear por esos pasadizos cubiertos.

–No creo que fuera ningún gato.

–Podría ser. Un par de gatos subidos a una viga y un par más en el suelo, junto a la pared, donde tú creíste ver alguna cosa.

–Parecía mayor que un gato. Mucho más grande que un gato –comentó Lisa con voz nerviosa.

–Está bien, quizá no fueran gatos. Lo más probable es que no fuera nada en absoluto. Estamos muy excitadas y tenemos los nervios a flor de piel. –Lanzó un suspiro y añadió–: Vayamos a ver si la puerta trasera de la panadería está abierta. Esto es lo que habíamos venido a comprobar, ¿recuerdas?

Se dirigieron hacia la puerta posterior de la panadería de los Liebermann, sin dejar de lanzar miradas a su espalda, hacia la entrada del pasadizo.

La puerta de servicio de la panadería estaba abierta y en el interior había luz y calor. Jenny y Lisa penetraron en una sala larga y estrecha que servía de almacén.

La puerta interior del almacén daba paso al enorme obrador, del cual salía un agradable aroma a canela, harina, nueces y extracto de naranja. Jenny inspiró profundamente. Las apetitosas fragancias que llenaban la estancia eran tan hogareñas y tan naturales, recordaban con tal intensidad otros momentos y lugares reconfortantes y llenos de tranquilidad, que la muchacha notó evaporarse una parte de su tensión.

El obrador estaba equipado con un doble fregadero, una cámara frigorífica, varios hornos, diversos armarios de almacenaje de gran tamaño y esmaltados en blanco, y gran número de otros utensilios. El centro de la sala estaba ocupado por un mostrador largo y ancho que constituía la principal zona de trabajo; uno de sus extremos tenía una plancha de reluciente acero inoxidable y el otro, un taco de carnicero. La superficie de acero inoxidable, y en el extremo de la mesa más próximo a la puerta del almacén por la que habían entrado las muchachas, había encima una pila de cazos, moldes de pasteles y bandejas de hornear galletas, cacerolas, sartenes y demás instrumentos de pastelería, todos ellos limpios y brillantes. Todo el obrador estaba reluciente.

–Aquí no hay nadie –dijo Lisa.

–Eso parece –asintió Jenny, algo más animada, al tiempo que se adentraba unos pasos en la estancia.

Si la familia Santini había escapado, y si Jakob y Aida estaban ilesos, quizá, después de todo, la mayoría de los vecinos no estaban muertos como creían. Quizá...  
¡Dios Santo!

Al otro lado del montón de utensilios de cocina, en medio del taco de carnicero de la mesa, había un gran disco de masa de pastel. Un rodillo de amasar de madera descansaba sobre la mesa y, agarradas a sus extremos, había dos manos. Dos manos humanas, cortadas de cuajo.

Lisa retrocedió contra uno de los armarios y chocó con él con tal fuerza que las bandejas de su interior resonaron con estrépito.

–¿Qué diablos está sucediendo? ¿Qué diablos...?

Atraída por una fascinación morbosa y por la urgente necesidad de comprender qué estaba pasando, Jenny se acercó a la mesa y contempló las manos seccionadas, estudiándolas por igual con repugnancia e incredulidad... y con un terror tan cortante como una hoja de afeitar. Las manos no estaban amoratadas ni hinchadas; tenían el color casi normal de la carne, aunque con un ligero tono gris pálido. Unas gotas de sangre –las primeras que había visto hasta el momento– caían viscosas de

las muñecas brutalmente desgarradas y formaban regueros y gotas brillantes sobre una fina capa de harina en polvo. Eran unas manos fuertes; más exactamente, lo habían sido. Unos dedos gruesos y cortos. Unos nudillos pronunciados. Sin duda, unas manos de hombre, con un vello canoso y rizado en el revés. Las manos de Jakob Liebermann.

—¡Jenny!

Jenny alzó la mirada, sobresaltada.

Lisa tenía el brazo extendido hacia adelante, señalando el otro extremo del obrador.

Más allá del taco de carnicero, empotrados en la pared opuesta de la estancia, había tres hornos. Uno de ellos era enorme, con un par de puertas de acero inoxidable macizo, de aspecto muy sólido. Los otros dos eran más pequeños, aunque mayores que los modelos convencionales utilizados en la mayoría de los hogares. Cada uno de estos dos últimos tenía una puerta y, en su centro, un panel de cristal que permitía ver su interior. Ninguno de los hornos estaba en funcionamiento en aquel instante, lo cual era una bendición pues, de haber estado encendidos los pequeños, el obrador se habría llenado de un hedor vomitivo.

En cada uno de los hornos pequeños había una cabeza cortada.

¡Jesús!

Unos rostros espantosos, espectrales, contemplaban la estancia con la nariz apretada contra la parte interior del cristal.

Aida Liebermann. Los dos ojos abiertos. La boca también abierta, como si tuviera las mandíbulas desencajadas.

Jakob Liebermann. Las canas salpicadas de sangre. Un ojo medio cerrado y una mirada de horror en el otro. Los labios, apretados en una mueca de dolor.

Por un instante, Jenny no pudo aceptar que las cabezas fueran reales. Era demasiado. No podía reaccionar. Recordó esas máscaras tan costosas y realistas que asoman tras las tapas transparentes de sus cajas en las tiendas de artículos para disfraces; surgieron en su mente las imágenes de esas espeluznantes chucherías que venden en las tiendas de artículos de broma —esas cabezas de cera con pelo de nailon y ojos de cristal, esos objetos absurdos que a los chicos les parecen a veces tan graciosos (y que seguramente lo son)—. Y le vino a la cabeza también, incoherentemente, el estribillo de un anuncio de masa para pasteles de la televisión: «¡Nada habla de amor como lo que sale del horno!».

El corazón le latía descontroladamente.

Se sentía enfebrecida, mareada.

Las manos seccionadas sobre el taco de carnicero seguían agarradas al rodillo de amasar. Jenny casi esperaba que, de pronto, empezaran a arrastrarse sobre la mesa como dos cangrejos.

¿Dónde estarían los cuerpos decapitados de los Liebermann? ¿Encerrados en el horno grande, tras las puertas de acero sin cristales? ¿Rígidos y helados en la cámara frigorífica?

Un sabor amargo le subió a la garganta, pero logró contenerlo.

El revólver del 45 parecía ahora una defensa inútil frente a aquel enemigo desconocido e increíblemente violento.

Una vez más, Jenny tuvo la sensación de que la observaban y el retumbar de sus latidos dejó de parecerse al de un tambor para convertirse en el de unos timbales.

–¡Vámonos de aquí! –exclamó, volviéndose hacia Lisa.

Esta se encaminó hacia la puerta del almacén.

–¡Por ahí, no! –gritó de inmediato Jenny. Lisa dio media vuelta, parpadeando confusa.

–¡Por el callejón, no! –dijo Jenny–. Y por el túnel, menos.

–No, Dios mío –asintió Lisa.

Atravesaron el obrador a toda prisa y penetraron en la zona destinada a tienda. Dejaron atrás las bandejas vacías, las mesillas de café y las sillas.

Jenny tuvo algunas dificultades con el pestillo de la puerta delantera. Estaba atrancado. Pensó que, después de todo, tendrían que salir por el callejón. Entonces advirtió que estaba tratando de correr el pasador al revés. Cuando lo hizo girar en la dirección inversa, el pasador se retiró con un *clac* y Jenny se apresuró a abrir la puerta.

Las dos salieron corriendo al frío aire de la noche.

Lisa cruzó la acera hasta un gran pino. Parecía necesitar apoyarse en algo.

Jenny llegó junto a su hermana y lanzó una temerosa mirada a su espalda, hacia la panadería. No le habría sorprendido ver dos cuerpos decapitados avanzando hacia ellas con las peores intenciones. Sin embargo, detrás de las muchachas no se movía nada, salvo el borde festoneado del toldo a rayas blancas y azules, que se agitaba bajo la inconstante brisa nocturna.

La noche seguía en silencio.

La luna estaba un poco más alta en el firmamento tras el rato que habían permanecido en el túnel.

Transcurrieron unos instantes hasta que Lisa murmuró:

–Radiación, enfermedad, veneno, gas tóxico... Chica, desde luego nos equivocábamos de pista. Estas cosas tan extrañas sólo puede hacerlas una persona. Un enfermo, ¿no crees? Todo esto debe ser obra de algún psicópata asesino.

Jenny movió la cabeza en gesto de negativa.

–Un hombre solo no puede haber hecho todo esto. Para acabar con un pueblo de casi quinientos habitantes se necesitaría todo un ejército de asesinos psicópatas.

–Entonces, ha sido eso –insistió Lisa con un escalofrío.

Jenny miró con aire nervioso hacia ambos extremos de la calle desierta. Parecía una imprudencia, incluso una temeridad, quedarse allí, al descubierto; sin embargo, no se le ocurría ningún lugar donde pudieran estar más seguras.

–Los psicópatas no forman clubes ni planifican asesinatos en masa como si fueran miembros de los Rotarios haciendo proyectos para un baile de beneficencia. Casi siempre, esos tipos actúan solos.

Pasando la mirada de una sombra a la siguiente, como si esperara que una de ellas fuera material y tuviera intenciones malévolas, Lisa comentó:

–¿Qué me dices de esa comuna de Charles Manson en los años, sesenta? Esa gente que mató a una actriz de cine... ¿cómo se llamaba?

–Sharon Tate.

–Esa. ¿No podría tratarse de un grupo de chalados por el estilo?

–En el seno de la familia Manson había, como mucho, media docena de personas. Además, ésa fue una variante muy poco frecuente de la misma tipología del lobo solitario habitual entre psicópatas peligrosos. En cualquier caso, media docena de individuos no podría haber hecho todo esto en Snowfield. Serían necesarios cincuenta, cien, tal vez más, y es imposible que tal cantidad de psicópatas actuara conjuntamente.

Hubo unos instantes de silencio. Luego, Jenny añadió:

–Además, hay otro detalle que no encaja: ¿Por qué encontramos tan poca sangre en la cocina?

–Había un poco.

–Apenas unas gotas sobre la mesa. Y debería haber sangre por todas partes.

Lisa se frotó enérgicamente los brazos con las manos para entrar en calor. Su rostro tenía un tono céreo bajo la luz amarillenta de la farola más próxima. Parecía mucho mayor de sus catorce años, . El terror le había hecho madurar.

–Tampoco había señales de lucha –dijo la muchacha.

–Es cierto –asintió Jenny, frunciendo el ceño.

–Me he dado cuenta en seguida –añadió Lisa–. Resulta extraño. No parecen haberse resistido. Nada por el suelo, nada roto... El rodillo de amasar podría haber sido una buena arma, ¿no? En cambio, no la usaron. Tampoco había nada fuera de lugar.

–Es como si no hubieran tratado de defenderse. Como si... hubieran puesto voluntariamente la cabeza en el taco de cortar.

–Pero ¿por qué harían una cosa así?

¿Por qué harían una cosa así?

Jenny volvió la mirada Skyline Road arriba hacia su casa, a menos de tres calles de distancia, y luego miró en dirección contraria, hacia la taberna Ye Olde Towne, el bazar Big Nickle, la heladería de Patterson y la pizzería Mario's.

Hay silencios y silencios. No hay dos exactamente iguales. Está el silencio de la muerte que se encuentra en las tumbas, en los cementerios solitarios y en la cámara refrigerada de un depósito de cadáveres urbano, o, a veces, en las salas de hospital; es un silencio perfecto, no una simple quietud, sino un vacío. Como médico que había tratado a algunos enfermos terminales, Jenny conocía aquel silencio tétrico y peculiar.

El mismo que ahora percibía. Aquel silencio de Snowfield era el de la muerte.

No había querido reconocerlo. Por eso todavía no había gritado «hola» una sola vez en aquellas fúnebres calles. Había tenido miedo de que nadie respondiera.

Y, ahora, tampoco gritó por miedo a que alguien le contestara. Alguien, o algo. Alguien o algo peligroso.



Finalmente, no tuvo más remedio que aceptar los hechos. Snowfield estaba indiscutiblemente muerto. Ya no era un pueblo; era un cementerio, un elaborado conjunto de tumbas de granito, madera, grava y ladrillo con ventanas geminadas y balcones, un camposanto diseñado a imagen de un idílico pueblecito alpino.

El viento arreció de nuevo, silbando bajos los aleros de los edificios. Sonaba a eternidad.

## El comisario del condado

Las autoridades del condado, con cuartel en Santa Mira, todavía no estaban enteradas de la crisis de Snowfield. Tenían sus propios problemas.

El teniente Talbert Whitman entró en la sala de interrogatorios en el preciso momento que el comisario Bryce Hammond ponía en marcha el magnetófono y empezaba a informar de sus derechos al sospechoso. Tal cerró la puerta sin hacer ruido. Para no interrumpir el trabajo que estaba iniciando su colega, prefirió no tomar asiento a la mesa junto a la cual estaban los otros tres hombres y se acercó a la gran ventana, la única de la habitación.

El Departamento de Policía del condado de Santa Mira ocupaba un edificio de estilo español erigido a finales de los años, treinta. Las puertas eran sólidas y sonaban macizas cuando alguien las cerraba y las paredes eran lo bastante gruesas como para dejar unos antepechos de medio metro en las ventanas, como el que escogió Tal Whitman para instalarse.

Al otro lado del cristal estaba Santa Mira, la capital del condado, con una población de dieciocho mil habitantes. Por las mañanas, cuando el sol se alzaba por fin sobre las Sierras y borraba con su calor las sombras de las montañas, Tal se descubría a veces contemplando admirado y complacido las suaves colinas cubiertas de bosques en las que se levantaba Santa Mira, pues era una ciudad excepcionalmente limpia y fragante que había asentado sus raíces de hormigón y de acero con notable respeto por la belleza natural en que había nacido. Ahora, había caído la noche. Miles de luces parpadeaban en las redondeadas colinas al pie de las montañas y parecía como si las estrellas hubieran caído sobre ellas.

Nacido en Harlem, entre la pobreza y la ignorancia, negro como una marcada sombra invernal, Tal Whitman había ido a parar a sus treinta años, , a un rincón inesperado. Inesperado, pero encantador.

Sin embargo, a este lado del cristal, la escena no era tan especial. La sala de interrogatorios recordaba a otras muchas parecidas de recintos policiales y comisarías de todo el país. Un suelo barato de baldosas de linóleo. Archivadores abollados. Una mesa de conferencias redonda con cinco sillas. Paredes de color verde oficial. Lámparas fluorescentes desnudas.

En la mesa de conferencias, en el centro de la estancia, el ocupante de la silla de los sospechosos era un agente inmobiliario de veintiséis años, , alto y bien parecido, llamado Fletcher Kale. El hombre parecía a punto de estallar de justa indignación.

—Escuche, comisario —decía Kale—, ¿no podríamos dejar ya toda esa basura? No es preciso que me lea otra vez mis derechos, por el amor de Dios. ¿No hemos pasado ya por esto una decena de veces en los últimos tres días?

Bob Robine, el abogado de Kale, se apresuró a dar unas palmaditas en la espalda a su cliente para que se callara. Robine era un tipo regordete, de cara redonda, con una sonrisa dulce pero con la mirada dura de un jefe de mesa en un casino.

–Fletch –dijo Robine–, el comisario Hammond sabe que te ha retenido como sospechoso casi todo el tiempo que permite la ley, y sabe que yo también lo sé. Te explicaré qué va a hacer ahora: va a resolver este asunto en un sentido o en otro durante la próxima hora.

Kale parpadeó, asintió y cambió de táctica. Se derrumbó en su asiento como si le abrumara un gran peso. Cuando habló, había un ligero temblor en su voz.

–Lamento haber perdido la cabeza por un momento, comisario. No debería haberle gritado así, pero es tan difícil... es tan duro para mí... –Su rostro parecía hundido y el temblor de su voz se hizo más pronunciado–. ¡Por el amor de Dios, he perdido a mi familia! Mi mujer... mi hijo... los dos han muerto.

–Lamento que piense que le he tratado injustamente, señor Kale –respondió Bryce Hammond–. Sólo intento hacer las cosas lo mejor posible. A veces, acierto. Quizá en esta ocasión me equivoco.

Fletcher Kale decidió, aparentemente, que al fin y al cabo no estaba en tan mala situación y que podía permitirse una actitud magnánima. Se secó las lágrimas, se incorporó más en la silla y murmuró:

–Sí, bien... Creo que entiendo su posición, comisario.

Kale estaba subestimando a Bryce Hammond.

Bob Robine conocía al comisario mejor que su cliente. Frunció el ceño, miró a Tal y luego clavó sus ojos en Bryce.

Por lo que Tal Whitman había podido comprobar, la mayoría de la gente que trataba con el comisario le subestimaba, como acababa de sucederle a Fletcher Kale. Era fácil hacerlo, pues Bryce tenía un aspecto nada imponente. Había cumplido los treinta y nueve, pero parecía mucho más joven. El cabello rubio pajizo, muy espeso, le caía sobre la frente dándole un aspecto desaliñado y juvenil. Tenía una nariz respingona salpicada de pecas hasta los pómulos. Sus ojos azules, claros y despiertos, estaban cubiertos por unos párpados grandes que les daban un aire aburrido, soñoliento, incluso un poco estúpido. Su voz también inducía a confusión. Era suave, melodiosa, amable. Además, muchas veces hablaba pausadamente y siempre lo hacía con medida ponderación; algunas personas creían ver en este cuidadoso modo de hablar cierta dificultad para formar sus pensamientos. Nada más lejos de la realidad. Bryce Hammond era muy consciente de cómo le veían los demás y, cuando podía aprovecharse de ello, reforzaba estas ideas erróneas con unos modales obsequiosos, una sonrisa casi lerda y un hablar todavía más arrastrado que le hacía parecer el típico policía palurdo.

Sólo un detalle impedía que Tal disfrutara plenamente de la confrontación: sabía que la investigación sobre Kale había afectado a Bryce Hammond profundamente, en un aspecto personal. El comisario estaba condolido hasta lo más hondo de su corazón por las muertes sin sentido de Joanna y Danny Kale, pues,

curiosamente, este caso le recordaba otros acontecimientos de su propia vida. Igual que Fletcher Kale, el comisario había perdido a su esposa y un hijo, aunque las circunstancias de esa pérdida eran considerablemente distintas de las de Kale.

Un año atrás, Ellen Hammond había muerto instantáneamente en un accidente de tráfico. Timmy, su hijo de siete años, , viajaba en el asiento de al lado, junto a su madre, y había sufrido lesiones muy graves que le mantenían en coma desde el suceso, hacía doce meses. Los médicos no concedían a Timmy muchas posibilidades de recobrar la conciencia.

Bryce había estado a punto de derrumbarse tras la tragedia y sólo últimamente Tal Whitman había empezado a notar que su amigo y superior se apartaba progresivamente del abismo de la desesperación.

El caso Kale había reabierto las heridas de Bryce Hammond, pero el comisario no había permitido que los sentimientos ofuscaran su cerebro; su estado emocional no le había llevado a pasar por alto ningún detalle. Tal Whitman había notado el momento exacto, el último jueves por la noche, en que Bryce había empezado a sospechar que Fletcher Kale era culpable de dos asesinatos premeditados: de pronto, una expresión fría e implacable había cubierto los ojos de abultados párpados del comisario.

Ahora, mientras manoseaba un bloc de notas amarillento como si sólo tuviera la mitad de la cabeza en el interrogatorio, el comisario declaró:

–Más que volver a responder a todas esas preguntas que ya ha escuchado una decena de veces, señor Kale, ¿me permite que resuma lo que nos ha contado hasta el momento? Si el resumen le parece acertado, podremos continuar con esas nuevas preguntas que deseo hacerle.

–Muy bien. Repasémoslo todo y salgamos de aquí de una vez –asintió Kale.

–Vamos allá, pues. Según su declaración, señor Kale, su esposa, Joanna, se sentía atrapada por el matrimonio y la maternidad y se consideraba demasiado joven para aceptar tantas responsabilidades. Pensaba que había cometido un terrible error y que se vería obligada a pagarlo el resto de su vida. Entonces, buscó algún estímulo, alguna evasión, y empezó a drogarse. ¿Diría usted que he resumido fielmente su descripción del estado mental de su esposa?

–Sí –respondió Kale–. Con toda exactitud.

–Bien –continuó Bryce–. Así pues, su mujer empezó a fumar hierba. Al poco tiempo, estaba drogada casi continuamente. Durante dos años, y medio, vivió con una adicta a la marihuana, siempre esperando lograr que cambiara. Entonces, hace una semana, su mujer se volvió loca, rompió un montón de platos, tiró la comida por el suelo de la cocina y usted las pasó de mil diablos para conseguir calmarla. Fue entonces cuando descubrió que su esposa había empezado recientemente a utilizar la sustancia PCP, que popularmente se denomina «polvo de ángel». Usted quedó conmocionado. Conocía que algunas personas sufren accesos de violencia psicópata bajo los efectos del PCP, de modo que la obligó a mostrarle dónde guardaba sus reservas y las destruyó. A continuación, advirtió a su mujer que si volvía a tomar drogas teniendo cerca a Danny, le daría una paliza de muerte.

Kale carraspeó y continuó el relato del comisario.

–Ella, sin embargo, se burló de mí. Dijo que era incapaz de pegar a una mujer y que dejara de hacerme el macho. Me dijo, «¡Diablos, Fletch, si te diera una patada en los huevos, me darías las gracias por haber dado un poco de color al día!».

–¿Y entonces fue cuando usted se derrumbó y se echó a llorar? –preguntó Bryce.

–Yo sólo... Bueno, me di cuenta de que no tenía la menor influencia sobre ella.

Tal Whitman contempló desde el antepecho de la ventana cómo aparecía en el rostro de Kale una mueca de profundo dolor... o una imitación bastante aceptable. Aquel cerdo era un buen actor.

–Y, cuando ella le vio llorando –continuó Bryce–, de algún modo se sintió conmovida y recuperó la cordura.

–Exacto –asintió Kale–. Supongo que... que le afectó ver a un tipo grande como un toro sollozando como un bebé. Ella también se echó a llorar y me prometió no volver a tomar PCP. Hablamos del pasado, de lo que habíamos esperado de nuestro matrimonio... Nos dijimos muchas cosas que quizá deberíamos haber hablado antes y nos sentimos más cerca el uno del otro que en los dos años, que llevábamos casados. Al menos, yo me sentí más cerca, y pensaba que ella también. Me juró que iba a empezar a reducir el consumo de hierba.

Bryce Hammond, todavía manoseando el bloc de notas, prosiguió su resumen:

–Entonces, el jueves pasado, volvió usted pronto del trabajo y encontró a su hijito, Danny, muerto en el dormitorio principal. Escuchó algo a su espalda. Era Joanna, que empuñaba un hacha de carnicero, el arma que había utilizado para matar a Danny.

–Estaba drogada –dijo Kale–. PCP. Me di cuenta en seguida. Aquella ferocidad en sus ojos, aquel aspecto animal...

–Ella le gritó una serie de incoherencias sobre serpientes que vivían dentro de la cabeza de la gente, sobre personas controladas por serpientes perversas. Usted se apartó de ella dando un círculo a su alrededor, y ella le siguió. Usted no intentó quitarle el hacha...

–Creí que me mataría si lo intentaba y probé a calmarla con palabras.

–Así pues, usted siguió retrocediendo hasta que pudo alcanzar la mesilla de noche donde guardaba una automática del 38.

–Le advertí que soltara el hacha. Se lo advertí.

–Pero ella, al contrario, se lanzó contra usted con el hacha levantada. Entonces, usted le disparó. Un solo tiro. En el pecho.

Kale estaba ahora inclinado hacia adelante con el rostro entre las manos.

El comisario dejó el bolígrafo, juntó las manos sobre el estómago y entrecruzó los dedos.

–Bien, señor Kale, espero que pueda aguantarme un poco más. Sólo unas preguntas finales y, luego, todos podremos salir de aquí y continuar nuestras vidas.

Kale apartó las manos del rostro. Tal Whitman no dudaba que, para Kale, la frase «continuar nuestras vidas» sólo podía significar que, por fin, le iban a soltar.

–Estoy bien, comisario. Adelante.

Bob Robine, el abogado, no abrió la boca.

Repantingado en su asiento, todavía con su aspecto de debilidad tanto física como de carácter, Bryce Hammond murmuró:

–Mientras le reteníamos aquí como sospechoso, señor Kale, nos hemos topado con algunas preguntas que necesitamos aclarar para poder dar por concluido este terrible asunto. Verá, algunas de esas preguntas pueden parecerle absolutamente triviales, casi una pérdida de tiempo para usted y para nosotros. Son, en efecto, minucias. Lo reconozco. La razón de que le haga pasar por este nuevo trago es... Bien, la razón es que deseo ser reelegido el año próximo, señor Kale. Si mis contrincantes electorales me pillaran en algún tecnicismo, aunque sólo fuera una tontería sin importancia, lo proclamarían a bombo y platillo hasta convertirlo en un escándalo. Dirían que estoy durmiendo, o que soy un vago...

Bryce dirigió una sonrisa a Kale. Una sonrisa auténtica.

Tal Whitman no podía creer lo que veía.

–Lo comprendo, comisario –asintió Kale.

Desde el antepecho de la ventana, Tal se puso en tensión y se inclinó hacia adelante.

Bryce Hammond añadió entonces:

–Lo primero que quiero saber es... Lo que no entiendo es por qué disparó contra su esposa y luego llenó de ropa sucia la lavadora y la puso en marcha antes de llamarnos para informar de lo sucedido.

## 8

## Barricadas

Manos seccionadas. Cabezas cortadas.

Jenny no podía quitarse de la mente aquellas imágenes horrendas mientras avanzaba apresurada por la acera junto a Lisa.

Dos calles al este de Skyline Road, en Vail Lane, la noche era tan silenciosa y pacíficamente amenazadora como en todo el pueblo de Snowfield. Aquí, los árboles eran más grandes que en la calle principal y ocultaban casi por completo la luz de la luna. Las farolas también estaban más espaciadas y los pequeños charcos de luz amarillenta quedaban separados por siniestros mares de oscuridad.

Jenny cruzó una verja y recorrió un sendero de ladrillos que conducía a una casa de estilo campestre inglés de un solo piso que se levantaba en medio de un gran jardín. Tras las cristaleras emplomadas con paneles en forma de rombo, se apreciaba una luz cálida.

Tom y Karen Oxley habitaban la casa, que parecía engañosamente pequeña cuando, en realidad, tenía siete habitaciones y dos cuartos de baño. Tom llevaba la contabilidad de la mayoría de albergues y moteles de la ciudad. Karen se encargaba de una encantadora cafetería durante la temporada alta. Los dos eran radioaficionados y poseían una emisora de onda corta, que era la razón de que Jenny hubiera acudido a la casa.

–Si alguien sabotó la radio de la comisaría –dijo Lisa–, ¿qué te hace pensar que no habrá hecho lo mismo con ésta?

–Quizá no sabía que existía. Merece la pena echar un vistazo.

Llamó al timbre y, al comprobar que nadie respondía, empujó la puerta. Estaba cerrada.

Dieron un rodeo hasta la parte posterior de la casa, de donde salía una luz color coñac por las ventanas. Jenny observó con cautela el patio de atrás, cuyos árboles impedían el paso del resplandor de la luna. Sus pasos resonaron, huecos, sobre el suelo de madera del porche trasero. Empujó la puerta de la cocina y comprobó que también estaba cerrada.

Las cortinas de la ventana más próxima estaban descorridas. Jenny observó el interior y sólo vio una cocina normal: mostradores verdes, paredes de color crema, armarios de roble, electrodomésticos relucientes. Ninguna señal de violencia.

En la fachada del porche se abrían también otras ventanas batientes y una de ellas pertenecía a un cuarto de trabajo. Jenny sabía cuál era y avanzó hasta ella. La luz estaba encendida pero la cortina estaba corrida. Dio unos golpecitos en el cristal pero no obtuvo respuesta. Intentó abrir la ventana, pero estaba asegurada con un pestillo. Agarró el revólver por el cañón y rompió uno de los cristales en forma de

rombo cerca del listón central de la ventana. El sonido del cristal al quebrarse provocó un estruendo escalofriante. Aunque aquello era una emergencia, Jenny se sintió una ladrona. Coló la mano por el cristal roto, descorrió el pestillo, abrió las dos hojas de la ventana y penetró en la casa saltando el alféizar. Se peleó con la cortina y luego la apartó a un lado para que Lisa pudiera entrar con más facilidad.

En el pequeño cuarto de trabajo había dos cuerpos. Tom y Karen Oxley.

Karen estaba tendida de costado en el suelo, con las piernas encogidas hacia el vientre, los hombros hundidos hacia adelante y los brazos cruzados sobre los pechos. Una posición fetal. Estaba amoratada e hinchada. Los ojos, casi salidos de sus órbitas, tenían una expresión de terror. La boca estaba abierta, paralizada para siempre en un grito.

–Lo peor de todo son sus rostros –musitó Lisa.

–No entiendo por qué los músculos faciales no se relajan después de la muerte. No comprendo cómo pueden seguir así de tensos.

–¿Qué fue lo que vieron? –se preguntó Lisa.

Tom Oxley estaba sentado delante de su emisora de onda corta. Se encontraba caído sobre la radio, con la cabeza vuelta a un lado. Estaba cubierto de morados y horrorosamente hinchado, igual que Karen. Su mano derecha permanecía agarrotada en torno a un micrófono de mesa, como si hubiera muerto negándose a soltarlo. Sin embargo, era evidente que no había conseguido lanzar una llamada de ayuda. Si hubiera logrado enviar un mensaje fuera de Snowfield, la policía habría llegado ya al pueblo.

La radio no funcionaba.

Jenny ya se lo había imaginado desde el instante en que había visto los cuerpos.

Sin embargo, ni el estado de la radio ni el de los cuerpos era tan interesante como la presencia de la barricada. La puerta del pequeño cuarto estaba cerrada, probablemente con llave. Karen y Tom habían arrastrado un pesado armario delante de ella. También habían colocado un par de sillones contra el armario y, finalmente, habían añadido un mueble de televisión contra los sillones.

–Estaban dispuestos a impedir que algo entrara –comentó Lisa.

–Pero lo hizo de todos modos.

–¿Cómo?

Las dos se volvieron hacia la ventana por la que habían entrado.

–Estaba cerrada por dentro –dijo Jenny.

El cuarto sólo tenía otra ventana.

Acudieron hasta ella y abrieron la cortina.

El pestillo estaba perfectamente cerrado desde el interior.

Jenny escrutó la noche hasta percibir que algo, oculto entre las sombras, la contemplaba a su vez, observándola con detenimiento mientras permanecía perfectamente a la vista ante la ventana iluminada. Se apresuró a correr la cortina.

–Una habitación cerrada –murmuró Lisa.

Jenny dio media vuelta lentamente y estudió el cuarto de trabajo. Había una pequeña abertura de un conducto de calefacción, cubierta con una placa de metal



llena de pequeñas ranuras, y quizá una rendija de un centímetro bajo la puerta atrancada, pero no había modo de que nadie hubiera podido acceder a la estancia.

–Según todos los indicios, únicamente una epidemia de virus o un gas tóxico o algún tipo de radiación ha podido penetrar aquí y matarles.

–Pero no fue nada de eso lo que mató a los Liebermann.

–Tienes razón –reconoció Jenny–. Además, nadie montaría una barricada para aislarse de las radiaciones, los gases o los gérmenes.

¿Cuántos habitantes de Snowfield se habrían encerrado, creyendo encontrar con ello un refugio defendible, para sufrir de todos modos la misma muerte repentina y misteriosa que quienes no habían tenido tiempo de huir? ¿Y qué podía ser aquello que parecía capaz de entrar en las habitaciones cerradas sin abrir puertas o ventanas? ¿Qué era lo que había atravesado la barricada sin moverla?

La casa de los Oxley estaba tan silenciosa como la superficie de la luna.

–Y ahora, ¿qué? –preguntó Lisa, finalmente.

–Creo que quizá deberemos arriesgarnos a extender el posible contagio. Saldremos del pueblo en el coche hasta encontrar la cabina telefónica más próxima, llamaremos al comisario de Santa Mira, le explicaremos la situación y dejaremos que decida cómo hacerle frente. Después, volveremos aquí a esperar. Así, no tendremos contacto directamente con nadie y podrán esterilizar la cabina si lo consideran necesario.

–No me gusta la idea de volver al pueblo después de haber salido de él –replicó Lisa, presa del nerviosismo.

–A mí tampoco, pero tenemos que portarnos con responsabilidad. Vamos – insistió Jenny al tiempo que se encaminaba hacia la ventana abierta por la que habían entrado.

Entonces, sonó el teléfono.

Sobresaltada, Jenny se volvió hacia el estridente sonido.

El teléfono estaba en la misma mesa que la radio.

Sonó de nuevo.

Jenny levantó el auricular.

–¿Hola?

Nadie respondió.

–¿Hola?

Un silencio helado.

La mano se crispó en torno al auricular.

Al otro lado de la línea, alguien escuchaba atentamente, en absoluto silencio, esperando que ella hablara. Jenny no estaba dispuesta a darle esa satisfacción. Se limitó a apretar el auricular contra su oído y a intentar escuchar algo, cualquier cosa, aunque sólo fuera el más leve flujo y reflujo de la respiración del desconocido, como el rumor del mar. Pero al otro lado de la línea, seguía sin producirse el menor sonido. No obstante, Jenny seguía notando la presencia que había percibido al descolgar los teléfonos del hogar de los Santini y de la comisaría.

Inmóvil en el cuarto cerrado con la barricada, en aquella casa silenciosa donde la muerte había penetrado con imposible impunidad, Jenny Paige sintió que se apoderaba de ella una extraña transformación. Jenny era una mujer instruida, guiada por la razón y la lógica, en absoluto supersticiosa. Hasta aquel momento, había intentado resolver el misterio de Snowfield utilizando las vías de la razón y la lógica pero, por primera vez en su vida, no le habían servido absolutamente de nada. Ahora, en lo más profundo de su mente, algo... cambió, como si se abriera una tapa de acero enormemente pesada en un oscuro rincón de su subconsciente. Y aquel rincón, en los más antiguos aposentos de la mente, contenía un hervidero de sensaciones y percepciones primitivas, un supersticioso temor reverencial que era nuevo para ella. Casi al nivel de la memoria racial almacenada en los genes, Jenny percibió que algo estaba sucediendo en Snowfield. Aquel conocimiento estaba dentro de ella y, no obstante, era tan extraño, tan radicalmente ilógico, que se resistió a aceptarlo y luchó por reprimir el terror supersticioso que hervía en su interior.

Agarrada al auricular del teléfono, escuchó la silenciosa presencia del otro lado y discutió consigo misma.

«No es un hombre; es una cosa.»

«Tonterías.»

«No es humano, pero tiene conciencia.»

«Estás histérica.»

«Es abominablemente maléfico; es el mal puro y destilado.»

«¡Basta, basta, basta!»

Deseó colgar inmediatamente el teléfono, pero no pudo hacerlo. La cosa al otro extremo de la línea la tenía hipnotizada.

–¿Qué sucede?. ¿Algo va mal? –preguntó Lisa, acercándose.

Temblorosa, bañada en sudor, sintiéndose como si el mero hecho de escuchar aquella presencia vil la contaminara, Jenny se disponía a arrancar de sus oídos el aparato cuando, de pronto, escuchó un susurro, un chasquido... y, a continuación, el tono de marcar.

Desconcertada, fue incapaz de reaccionar durante unos segundos.

Luego, con un gemido, marcó el cero en el dial.

Escuchó un zumbido en la línea. Era un sonido maravilloso, dulce, reconfortante.

–Buenas noches.

–Telefonista, ésta es una llamada de emergencia –dijo Jenny–. Tengo que hablar con la comisaría de Santa Mira.

## Una llamada de socorro

–¿Ropa sucia? –preguntó Kale–. ¿De qué me habla?

Bryce apreció que Kale quedaba conmocionado por la pregunta y que sólo simulaba no entender de qué le hablaba.

–¿Adonde se supone que nos conduce esto, comisario? –intervino el abogado Robine.

Bryce mantuvo entrecerrados sus gruesos párpados y continuó hablando pausadamente, sin alzar la voz.

–Mira, Bob, sólo estoy tratando de llegar al fondo de las cosas para que todos podamos marcharnos. Te juro que no me gusta trabajar en domingo y éste ya lo tengo fastidiado del todo. Tengo varias preguntas que hacer y el señor Kale no tiene obligación de responder a ninguna, pero voy a hacerlas de todos modos para así poder marcharme a casa y tomar una cerveza con los pies en alto.

Robine lanzó un suspiro y miró a Kale.

–No responda a menos que yo se lo recomiende.

Kale asintió, con gesto ahora preocupado.

–Adelante –añadió el abogado, lanzando una mirada ceñuda al comisario.

–El jueves pasado –dijo Bryce–, cuando llegamos a la casa del señor Kale después de que nos llamara para informar de las muertes, advertí que una pernera de sus pantalones y el borde inferior de su suéter parecían ligeramente húmedos. Resultaba casi imperceptible, pero tuve la sensación de que el señor Kale había lavado todo lo que llevaba puesto y que no había dejado la ropa en la secadora el tiempo suficiente. Así pues, eché un vistazo al cuarto de la lavadora y encontré una cosa muy interesante. En el armario junto a la lavadora, donde la señora Kale guardaba todos sus jabones, detergentes y suavizantes, había dos huellas digitales ensangrentadas en un paquete de jabón en polvo. Una era borrosa, pero la otra era muy nítida. En el laboratorio dicen que pertenece al señor Kale.

–¿De quién es la sangre del paquete? –preguntó Robine inmediatamente.

–Tanto la señora Kale como Danny tenían el tipo O. El señor Kale, también. Eso lo hace un poco más difícil...

–¿De quién es la sangre del paquete de jabón? –repitió el abogado.

–Es de tipo O.

–¡Entonces, puede ser sangre de mi propio cliente! Podría haber manchado la caja en algún momento anterior, quizá después de cortarse mientras arreglaba el jardín hace unos días.

Bryce movió la cabeza en señal de negativa.

–Como ya sabe, Bob, este asunto de los grupos sanguíneos se ha vuelto muy sofisticado últimamente. ¡Caramba!, pueden descomponer una muestra en tantas combinaciones de enzimas y proteínas que la sangre de cada persona es casi tan identificable como sus huellas dactilares. Por eso, en el laboratorio han podido decirnos sin la menor duda que la sangre del paquete de jabón, la sangre que había en la mano del señor Kale cuando dejó esas dos huellas, pertenecía al pequeño Danny.

Los ojos grises de Fletcher Kale permanecieron inmóviles e inexpresivos, pero su rostro palideció ligeramente.

–Puedo explicar eso –dijo.

–¡Un momento! –intervino Robine–. Explíquemelo a mí primero... en privado.

El abogado condujo a su cliente al rincón de la sala más alejado de la mesa.

Bryce se estiró en su asiento. Se sentía triste, abatido. Estaba así desde el jueves, desde que encontrara el cuerpecillo roto, patético, de Danny Kale.

Había pensado que sentiría un placer considerable viendo retorcerse a Kale en su asiento, pero ahora no lo encontraba divertido.

Robine y Kale volvieron junto a la mesa.

–Comisario, me temo que mi cliente hizo una tontería.

Kale intentó mostrar el adecuado abatimiento.

–Hizo algo que podría ser malinterpretado... como lo ha malinterpretado usted. El señor Kale estaba asustado, confundido y lleno de desesperación. No podía pensar con claridad. Estoy seguro de que cualquier jurado le comprendería. Verá, cuando encontró el cuerpo del pequeño, lo levantó y...

–No es eso lo que nos ha dicho hasta ahora.

Kale miró directamente a los ojos a Bryce y balbució:

–Cuando vi a Danny tendido en el suelo... no pude creer que estuviera muerto de verdad. Lo levanté... pensando que debía llevarle corriendo a un hospital... Luego, después de dispararle a Joanna... me miré y vi que estaba cubierto de... de sangre de Danny. Yo había matado a mi esposa, pero... pero de repente comprendí que podía parecer como si también hubiera matado a mi hijo.

–Su esposa todavía tenía el hacha en las manos –dijo Bryce–.

Y ella también estaba cubierta de sangre de Danny. Además, usted podía haber imaginado que el forense encontraría restos de PCP en la sangre de su esposa.

–Ahora me doy cuenta –respondió Kale, sacando un pañuelo del bolsillo y secándose las lágrimas–. Pero en ese momento, tuve miedo de que me acusaran de algo que no había hecho.

La palabra «psicópata» no era exacta para describir a Fletcher Kale, se dijo Bryce. No estaba loco. Tampoco era un sociópata, exactamente. No había una palabra para definirle con propiedad. Sin embargo, cualquier buen policía reconocería en un tipo como Kale la capacidad potencial para la actividad criminal y, tal vez, incluso el talento para la violencia desatada. Hay un tipo de hombre que tiene una gran vitalidad y al que gusta estar siempre en acción, un hombre que tiene más encanto superficial del debido, cuyas ropas son más caras de lo que puede permitirse, que no

tiene un solo libro (como sucedía con Kale), que no parece tener opiniones formadas sobre política, economía, arte o cualquier otro tema de algún interés, que no es religioso salvo cuando el infortunio cae sobre él o cuando desea impresionar a alguien con su piedad (como Kale, que no pertenecía a ninguna iglesia, leía ahora la Biblia en su celda cuatro horas al día, por lo menos), que tiene una complexión atlética pero que parece huir de cualquier cosa que huela a salud como el ejercicio físico, que pasa el tiempo libre en bares y coctelerías, que miente a su esposa por puro hábito (como hacía Kale, según todos los informes), que es impulsivo, de poco fiar y que siempre llega tarde a las citas (como Kale), cuyos objetivos son demasiado vagos o claramente irreales («¿Fletcher Kale? Es un soñador...»), que suele quedarse en números rojos en la cuenta bancaria y miente acerca del dinero, que es rápido en pedir y lento en devolver, que exagera, que está seguro de llegar a rico algún día pero no tiene ningún plan concreto para conseguir esa riqueza, que nunca vacila ni piensa en el año que viene, que sólo se preocupa de sí mismo, y únicamente cuando ya es demasiado tarde. Existe un tipo de hombre así, y Fletcher Kale era un magnífico ejemplar del animal en cuestión.

Bryce había conocido a otros como él. Sus miradas siempre eran inexpresivas; no había forma de hurgar en ellas. Sus rostros expresaban la emoción más adecuada a cada momento, aunque cada expresión resultaba demasiado adecuada. Cuando expresaban preocupación por alguien que no fuera ellos mismos, se podía detectar una nítida aura de insinceridad. No había en ellos rastro de remordimiento, de moralidad, de amor o de comprensión. A menudo, esos hombres llevaban una existencia de aceptable destrucción, arruinando y amargando a quienes les amaban, desgarrando las vidas de los amigos que creían en ellos y les querían, traicionando su confianza, pero sin llegar nunca a cruzar del todo la línea que marcaba la conducta manifiestamente delictiva. Con todo, de vez en cuando, alguno de aquellos hombres iba demasiado lejos. Y como solía ser alguien que nunca hacía las cosas a medias, siempre terminaba por ir, de verdad, demasiado lejos.

El cuerpecito ensangrentado y desgarrado de Danny Kale, tirado en el suelo como un guiñapo.

La nube gris que envolvía la mente de Bryce se hizo más densa, hasta que pareció un humo frío y aceitoso. Se volvió a Kale y le dijo:

–Nos ha dicho usted que su esposa había estado fumando grandes dosis de marihuana durante los últimos dos años, y medio.

–Exacto.

–Por indicación mía, el forense ha buscado ciertas cosas que, habitualmente, no le habrían interesado. Como el estado de los pulmones de Joanna. Su mujer no probaba el tabaco, y tampoco la marihuana. Tiene los pulmones limpios.

–Yo he dicho que fumaba hierba, no tabaco –replicó Kale.

–Tanto el humo de la marihuana como el del tabaco dañan los pulmones –explicó Bryce–. En el caso de Joanna, no había resto alguno que la delatara como fumadora.

–Pero yo...

–Silencio –recomendó Bob Robine a su cliente. Apuntó con un dedo índice largo y huesudo a Bryce, lo agitó delante de él y dijo–: Lo importante es si había o no PCP en la sangre de la mujer.

–Lo había –informó el comisario–. Estaba en la sangre, pero no lo fumó. Joanna tomó el PCP por vía oral. Todavía tenía una buena dosis en el estómago.

Robine parpadeó de sorpresa pero se recuperó rápidamente.

–Está bien, la ingirió. ¿Qué importa eso ahora?

–En realidad –continuó Bryce–, tenía más en el estómago que en la sangre.

Kale intentó mostrar curiosidad, preocupación e inocencia... todo al mismo tiempo; incluso sus elásticas facciones estaban tensas con aquella expresión.

Bob Robine frunció el ceño y añadió:

–Bien, tenía más droga en el estómago que en la sangre. ¿Y qué?

–El polvo de ángel se absorbe perfectamente. Ingerido por vía oral, no permanece mucho tiempo en el estómago. Pues bien, aunque Joanna había tomado suficiente droga para que se le fundieran los plomos, no tuvo tiempo para que le hiciera efecto. Verá, la mujer tomó el PCP con helado. Éste formó una capa en el estómago y retardó la absorción de la droga. Durante la autopsia, el forense encontró helado de chocolate parcialmente digerido. Así pues, no hubo tiempo para que la droga produjera alucinaciones a Joanna o la llevara a un estado de furia asesina. – Bryce hizo una pausa y respiró profundamente–. También encontramos helado de chocolate en el estómago de Danny, pero sin rastros de PCP. Cuando el señor Kale nos contó que el jueves había vuelto pronto a su casa del trabajo, no nos mencionó que hubiera llevado una golosina de media tarde para la familia. Un litro de helado de chocolate.

Fletcher Kale mostraba ahora un rostro inexpresivo. Al fin, parecía haber agotado todo su repertorio de expresiones humanas.

–Encontramos un recipiente de helado medio vacío en el frigorífico de los Kale –prosiguió Bryce–. Helado de chocolate. Creo que usted, señor Kale, sirvió esa tarde una copa de helado para cada uno. Y creo que intoxicó la copa de su esposa con PCP sin que le vieran, para luego poder decir que era presa de un frenesí provocado por la droga. Lo que usted no se imaginaba era que el forense le descubriría.

–¡Espere un momento, maldita sea! –gritó Robine.

–Luego, mientras lavaba las ropas ensangrentadas –continuó explicando Bryce a Kale–, limpió las copas de helado y las guardó porque su coartada era que había llegado del trabajo y había encontrado al pequeño Danny ya muerto y a su madre completamente desquiciada por la droga.

–Eso son sólo suposiciones –insistió el abogado, Robine–. ¿No ha olvidado el móvil? ¿Por qué, en nombre del Cielo, iba a hacer mi cliente una cosa tan horrible?

Con sus ojos fijos en los de Kale, el comisario masculló:

–Por Inversiones High Country.

El rostro de Kale permaneció impasible, pero sus ojos parpadearon.

–¿Inversiones High Country? –repitió Robine–. ¿Qué es eso?

–¿Compró usted helado antes de volver a su casa el jueves pasado? –preguntó el comisario, mirando fijamente a Kale.

–No –respondió éste secamente.

–El gerente del supermercado de Calder Street dice que sí.

Los músculos de las mandíbulas de Kale quedaron marcados mientras el hombre apretaba los dientes con furia.

–¿Qué es eso de Inversiones High Country?

Bryce disparó otra pregunta a Kale:

–¿Conoce a un hombre llamado Gene Terr?

Kale se limitó a mirarle.

–A veces la gente le llama Jeeter.

–¿Quiénes? –quiso saber Robine.

–El jefe de los Cromados del Diablo –explicó el comisario, sin apartar la mirada de Kale–. Es un grupo de motoristas. Jeeter trafica con droga. En realidad, nunca hemos conseguido cogerle; sólo hemos logrado encerrar a algunos de sus hombres. Presionamos a Jeeter sobre este asunto y nos puso en contacto con alguien que reconoció haber suministrado hierba con regularidad al señor Kale. No a la señora Kale. Ella jamás le compró.

–¿Quién lo dice? –inquirió Robine–. ¿Ese asocial de las motos? ¿Esa basura? ¿Un traficante de drogas? ¡No es un testigo válido!

–Según nuestro informante, el martes pasado, el señor Kale no sólo compró hierba. Se llevó también polvo de ángel. El hombre que vendió las sustancias atestiguará a cambio de inmunidad.

Con astucia y rapidez casi animales, Kale se levantó de un salto, agarró la silla vacía que tenía a su lado, la arrojó contra Bryce Hammond por encima de la mesa y echó a correr hacia la puerta de la sala de interrogatorios.

Cuando la silla salió despedida de las manos de Kale e inició su vuelo, el comisario ya había reaccionado y no tuvo dificultad para esquivarla. Cuando la silla se estrelló en el suelo detrás de él, Bryce ya estaba rodeando la mesa.

Kale abrió la puerta y se lanzó a la carrera por el pasillo.

Bryce iba cuatro pasos detrás de él.

Tal Whitman había saltado del antepecho de la ventana como si le hubiera arrancado de ella una carga explosiva y corría un paso detrás de Bryce, gritando.

Al salir al pasillo, Bryce vio a Fletcher Kale dirigiéndose a una puerta de salida amarilla situada a unos diez metros y salió en persecución de aquel canalla.

Kale apretó la palanca de seguridad y abrió la puerta metálica.

Bryce le alcanzó una fracción de segundo más tarde, mientras Kale daba el primer paso en el asfalto del aparcamiento.

Al notar la proximidad de Bryce, Kale se volvió con agilidad felina y lanzó un potente puñetazo.

Bryce esquivó el golpe, disparó su propio puño y acertó en el grueso vientre de Kale. A continuación, repitió el golpe, descargándolo esta vez en el cuello de su oponente.

Kale retrocedió tambaleándose y se llevó las manos al cuello, tosiendo y jadeando.

Bryce avanzó sobre él.

Pero Kale no estaba en tan malas condiciones como simulaba. Cuando Bryce estuvo cerca, saltó hacia adelante y le agarró como un oso.

—Cerdo —masculló Kale, soltando salivazos.

Tenía, sus ojos grises muy abiertos y los labios dejaban los dientes al descubierto en una mueca de ferocidad. Ofrecía un aspecto lobuno.

Bryce tenía inmovilizados los brazos y, aunque era un hombre fuerte, no logró romper el férreo apretón al que le sometía Kale. Su cabeza golpeó con fuerza contra el suelo y creyó que iba a perder el conocimiento.

Kale le lanzó un nuevo puñetazo, sin consecuencias. Luego, se desembarazó del comisario y retrocedió trastabillando.

Sorprendido de que Kale hubiera desperdiciado su ventaja y luchando por vencer la oscuridad que nublaba sus ojos, Bryce se incorporó a gatas. Agitó la cabeza... y entonces entendió qué se proponía su contrincante.

Un revólver.

Estaba en el asfalto, a unos metros de él, despidiendo un oscuro brillo bajo la luz amarillenta de las lámparas de vapor de sodio. Bryce se llevó la mano a la cartuchera. La funda estaba vacía. El revólver era el suyo. Al parecer, había saltado de la funda y había resbalado por el suelo cuando Kale le había derribado.

Y el asesino tenía la mano cerrada en torno al arma.

Tal Whitman saltó a escena y descargó su porra, golpeando a Kale en la parte posterior del cuello. El hombretón se derrumbó encima de la pistola, inconsciente.

Tal se agachó, dio la vuelta al cuerpo de Kale y le buscó el pulso.

Bryce se aproximó a ellos, frotándose la parte posterior del cráneo.

—¿Está bien, Tal?

—Sí. Volverá en sí dentro de unos minutos.

Recogió el revólver de Hammond y se puso en pie.

Bryce recuperó el arma y la guardó mientras decía:

—Te debo una.

—No es nada. ¿Qué tal la cabeza?

—Ojalá fuera dueño de una fábrica de aspirinas.

—No esperaba que Kale intentara huir.

—Yo tampoco —respondió Bryce—. Los hombres de su clase, cuando las cosas se ponen cada vez peor, suelen mostrarse más fríos, más tranquilos y cuidadosos que antes.

—Bueno, supongo que éste ha visto cerrarse las puertas y...

Bob Robine apareció en el umbral de la puerta abierta y les contempló, sacudiendo la cabeza con aire de consternación.



Unos minutos más tarde, Bryce estaba de nuevo en su escritorio, rellenando los formularios donde se acusaba a Fletcher Kale de dos homicidios, cuando Bob Robine llamó a la puerta del despacho.

–Bien, abogado, ¿qué tal su cliente?

–Está bien. Pero ya no es cliente mío.

–¡Ah! ¿Ha sido decisión de él, o de usted?

–Mía. No puedo aceptar un cliente que me miente en todo. No me gusta que me tomen el pelo.

–Entonces, ¿Kale quiere llamar a otro abogado esta noche?

–No. Cuando le lleven ante el juez, pedirá un defensor de oficio.

–Será lo primero que haga por la mañana.

–No pierde el tiempo, ¿verdad?

–Con este pájaro, no –asintió Bryce.

–Muy bien –añadió Robine–. Esa es una manzana muy podrida, Hammond. Yo he sido un católico no practicante durante más de quince años, ¿sabe? Hace mucho que decidí que no había ángeles, demonios, milagros y cosas de esas. Pensaba que era demasiado culto para creer que el Mal, con mayúscula, recorre el mundo esparciendo perversidad. Sin embargo, ahí, en esa celda, Kale se ha vuelto de repente hacia mí y ha dicho: «No me atraparán. No me destruirán. Nadie puede hacerlo. Saldré de ésta». Cuando le he advertido que no fuera excesivamente optimista, ha añadido: «No tengo miedo de los tipos como tú. Además, no he cometido ningún asesinato; sencillamente, me he deshecho de una basura que yaapestaba en mi vida».

–¡Jesús! –exclamó Bryce.

Los dos permanecieron en silencio. Por fin, el abogado exhaló un suspiro.

–¿Qué era eso de Inversiones High Country? ¿De qué forma constituía el móvil?

Antes de que Bryce pudiera explicarlo, Tal Whitman entró apresuradamente en el despacho.

–¿Tienes un momento, Bryce? –dijo. Miró a Robine y añadió–: ¡Hum!, será mejor en privado.

–Desde luego –se apresuró a decir Robine.

Tal cerró la puerta cuando el abogado hubo salido.

–Bryce, ¿conoces a la doctora Jennifer Paige?

–Sí. Abrió una consulta en Snowfield hace algún tiempo.

–Exacto. Pero ¿qué tipo de persona dirías que es?

–No la he visto nunca. He oído decir que es buena doctora, y la gente de las aldeas de montaña están satisfechos de no tener que conducir hasta Santa Mira para acudir al médico.

–Yo tampoco la conozco. Sólo me preguntaba si no habrás oído algún rumor... respecto a que beba. Me refiero al alcohol...

–No, nadie me ha dicho nada de eso. ¿Por qué? ¿Qué sucede?

–Ha llamado hace un par de minutos. Dice que ha habido un desastre en Snowfield.

–¿Un desastre? ¿A qué se refiere?

–Bueno, dice que no lo sabe.

Bryce parpadeó.

–¿Te ha parecido histérica?

–Asustada, sí. Pero no histérica. No quiere dar muchos detalles a nadie que no sea a ti. Está al aparato ahora mismo.

Bryce descolgó el teléfono.

–Una cosa más –añadió Tal con la frente surcada de arrugas por la preocupación.

–¿Sí?

–Dice que ahí arriba están todos muertos. Todos los vecinos de Snowfield. Dice que ella y su hermana son las únicas que están con vida.

## Hermanas y policías

Jenny y Lisa salieron de casa de los Oxley por donde habían entrado: por la ventana.

La noche era cada vez más fría. El viento se había levantado de nuevo.

Regresaron a la casa de Jenny, en lo alto de Skyline Road, y se pusieron unas chaquetas para protegerse del frío.

Después, tomaron de nuevo carretera abajo hasta la comisaría. En la acera, junto al bordillo y frente al depósito de detenidos, había un banco de madera y las dos hermanas se sentaron en él a esperar que llegara la ayuda de Santa Mira.

–¿Cuánto tardarán en llegar? –preguntó Lisa.

–Santa Mira está a casi cincuenta kilómetros y las carreteras están llenas de curvas. Además, habrán tenido que adoptar algunas precauciones extraordinarias. – Jenny consultó el reloj y añadió–: Supongo que estarán aquí dentro de otros cuarenta y cinco minutos. Una hora como mucho.

–¡Señor!

–No es tanto, cariño.

La pequeña se levantó el cuello forrado de su chaqueta tejana.

–Jenny, cuando sonó el teléfono en la casa de los Oxley y descolgaste...

–¿Sí?

–¿Quién llamaba?

–Nadie.

–¿Qué escuchaste?

–Nada –mintió Jenny.

–Por la expresión que pusiste, me pareció que alguien te amenazaba o algo así.

–Bueno, me sobresalté mucho, lo reconozco. Cuando sonó el timbre, creí que el teléfono volvía a funcionar pero, cuando lo descolgué, advertí que seguía sin línea. Me sentí... desconcertada, eso es todo.

–Y, entonces, oíste la señal de marcar.

–Exacto.

Jenny se dijo que, probablemente, Lisa no la creía. Debía pensar que intentaba protegerla de algo. Y, en efecto, lo estaba haciendo. ¿Cómo podía explicar la sensación de que al otro lado del auricular no había algo maléfico? ¿Quién o qué estaba al teléfono? ¿Por qué le había permitido llamar, finalmente?

Un pedazo de papel pasó volando por la calle. Era lo único que se movía.

Un leve jirón de nube cubrió brevemente una porción de luna. Transcurrieron unos instantes y, por fin, Lisa murmuró:

–Jenny, en el caso de que esta noche me suceda algo...

–No va a sucederte nada, cariño.

–Pero, en el caso de que así fuera –insistió Lisa–, quiero que sepas que... bueno... que estoy realmente... orgullosa de ti.

Jenny pasó un brazo por los hombros de su hermana y la apretó contra sí.

–Lamento que no hayamos pasado demasiado tiempo juntas a lo largo de estos años, , hermanita.

–Ibas por casa siempre que podías –dijo Lisa–. Sé que no te era fácil. Debo de haber leído una decena de libros sobre lo que debe pasar una persona para llegar a médico. Siempre he sabido que tenías una pesada carga sobre los hombros, y muchos asuntos de que preocuparte.

Sorprendida, Jenny respondió:

–Pero aun así, podría haberos visitado con más frecuencia.

En ocasiones, no había vuelto a casa porque no era capaz de soportar la mirada acusatoria en los tristes ojos de su madre, una acusación que resultaba aún más insoportable e intensa porque nunca era expresada abiertamente en palabras: «Tú mataste a tu padre. Jenny; le partiste el corazón y eso lo mató».

–Y mamá siempre estaba muy orgullosa de ti –añadió Lisa.

La frase no sólo sorprendió a Jenny, sino que la emocionó.

–Mamá siempre le hablaba a todo el mundo de su hija, la doctora –sonrió Lisa, recordándolo–. Creo que, a veces, sus amigas llegaban a amenazarla con expulsarla del club de bridge si decía una sola palabra más sobre tus becas y tus buenas notas.

–¿Lo dices en serio? –parpadeó Jenny.

–Claro que sí.

–Entonces, ¿mamá no...?

–Mamá no, ¿qué?

–Bueno... ¿no dijo nunca nada... sobre papá? Murió hace doce años, .

–Eso ya lo sé. Murió cuando yo tenía dos años, y medio –dijo Lisa frunciendo el ceño –. Pero ¿de qué estás hablando?

–¿Quieres decir que no oíste nunca a mamá echarme la culpa?

–¿La culpa de qué?

Antes de que Jenny pudiera responder, la fúnebre tranquilidad de Snowfield cesó de pronto. Todas las luces se apagaron.

Tres coches patrulla salieron de Santa Mira y se encaminaron hacia las colinas envueltas en las sombras, en dirección a las empinadas laderas de las Sierras, bañadas por la claridad de la luna. Camino de Snowfield, sus luces de emergencia rojas destellaban en la noche.

Tal Whitman conducía el coche que encabezaba la veloz comitiva y a su lado viajaba el comisario Hammond. Gordy Brogan estaba en el asiento posterior con otro agente, Jake Johnson.

Gordy estaba asustado.

Sabía que su miedo no era visible y daba las gracias por ello. De hecho, daba la impresión de no saber qué era el miedo. Era un chico alto, de huesos largos y músculos fuertes. Tenía las manos grandes y poderosas de un jugador profesional de baloncesto y parecía capaz de poner a dormir de un golpe a cualquiera que le molestara. Sabía que su rostro era bastante atractivo porque las mujeres se lo habían dicho. Pero también tenía unas facciones duras, sombrías. Sus labios eran finos y daban a su boca un aire de crueldad. Jake Johnson lo había descrito muy bien: «Gordy, cuando te enfadas, tienes el aspecto de un hombre que se desayunara con pollos vivos».

Sin embargo, pese a esa apariencia de ferocidad, Gordy Brogan estaba asustado. No era la perspectiva de una enfermedad o un envenenamiento lo que causaba miedo a Gordy. El comisario había dicho que existían indicios de que los vecinos de Snowfield habían sido muertos no por gérmenes o sustancias tóxicas, sino por otras personas. A Gordy le asustaba la posibilidad de tener que utilizar su arma por primera vez desde que se hiciera agente, dieciocho meses atrás. Le asustaba verse obligado a dispararle a alguien, fuera para salvar su propia vida, la de otro agente o la de una víctima.

No creía que fuese capaz de hacerlo.

Cinco meses atrás, había descubierto una peligrosa debilidad en él al acudir a una llamada de emergencia en la tienda de deportes Donner. Un antiguo empleado descontento, un tipo corpulento llamado Leo Sipes, había vuelto por la tienda dos semanas después de ser despedido, había dado una paliza al dueño y le había roto un brazo al empleado contratado para sustituirle. Cuando Gordy llegó al escenario del delito, Leo Sipes –enorme, corto de entendederas y borracho– estaba utilizando un hacha de leñador para romper y hacer añicos toda la mercancía. Gordy no consiguió convencerle de que se entregara. Cuando Sipes se lanzó sobre él blandiendo el hacha, Gordy había sacado el revólver. Y, a continuación, había descubierto que era incapaz de usarlo. El dedo del disparador se le había vuelto tan rígido y frágil como el hielo. Había tenido que apartar el arma y correr el riesgo de una confrontación física con Sipes. Sin saber cómo, Gordy había conseguido finalmente quitarle el hacha de la mano.

Ahora, cinco meses después, sentado en el asiento trasero del coche patrulla y escuchando conversar a Jake Johnson y el comisario Hammond, a Gordy se le hizo un nudo en el estómago al pensar en lo que podía hacerle a un hombre una bala de punta hueca de calibre 45. Literalmente, arrancarle la cabeza. Un disparo así podía convertir el hombro de cualquiera en unos jirones de carne y unas esquirlas de hueso. Podía abrirle un agujero en el pecho a un hombre, destrozando el corazón y cuanto encontrara a su paso. Podía arrancar una pierna de un impacto en la rodilla, o convertir un rostro en una masa sanguinolenta. Y Gordy Brogan, por Dios bendito, era incapaz de hacerle una cosa así a nadie.

Esa era su terrible debilidad. Sabía que había gente que diría que esta incapacidad para disparar a otro ser humano no era una debilidad, sino un signo de superioridad moral. De todos modos, también sabía que no siempre era así. Había

ocasiones en que disparar era un acto moralmente aceptable. Un agente de la ley hacía juramento de proteger a los ciudadanos. En un policía, la incapacidad para disparar (cuando tal acción estaba claramente justificada) no era sólo una debilidad sino también una locura; quizá, incluso, un pecado.

Durante los cinco meses anteriores, desde el desalentador episodio de la tienda de deportes, Gordy había tenido suerte. Sólo había recibido contadas llamadas referidas a sospechosos violentos y, afortunadamente, había conseguido reducirlos utilizando los puños, la porra o las amenazas, o bien efectuando disparos al aire. Una vez, cuando había parecido inevitable abrir fuego, el otro agente, Frank Autry, había disparado primero y había abatido al pistolero antes de que Gordy se viera enfrentado a la imposible acción de apretar el gatillo.

Sin embargo, ahora, algo de inimaginable violencia había surgido en Snowfield. Y Gordy sabía demasiado bien que, con frecuencia, a la violencia sólo se le puede hacer frente con violencia.

El revólver que llevaba a la cintura parecía pesar una tonelada.

Se preguntó si se acercaba el momento en que su debilidad quedaría de manifiesto. Se interrogó sobre si moriría aquella noche o si, por su debilidad, causaría la muerte de otro.

Rogó fervientemente poder superar aquella sensación. Sin duda, era posible que un hombre fuera pacífico por naturaleza y, al mismo tiempo, poseyera el valor necesario para salvarse a sí mismo, a los suyos y a sus amigos.

Con los rojos destellos de las luces de emergencia sobre las capotas, los tres coches patrulla blancos y verdes siguieron la carretera serpenteante hacia las montañas cubiertas por el velo de la noche, ascendiendo hacia los picos donde el claro de luna creaba la ilusión de que la primera nevada de la temporada había caído ya.

Gordy Brogan tenía miedo.

Las farolas de las calles y todas las demás luces se apagaron, dejando el pueblo sumido en la oscuridad.

Jenny y Lisa saltaron del banco de madera.

—¿Qué ha sucedido?

—¡Chist! —susurró Jenny—. ¡Escucha! Sin embargo, sólo se oía el silencio.

El viento había dejado de soplar, como si le hubiera sobresaltado el repentino apagón de las luces del pueblo. Los árboles esperaron quietos, con las ramas inmóviles como viejas ropas colgadas en un armario.

Gracias a Dios que hay luna, se dijo Jenny.

Con el corazón desbocado, Jenny se dio la vuelta y estudió los edificios que tenía detrás: el depósito de detenidos, una cafetería, las tiendas, las casas...

Todas las puertas estaban tan envueltas en sombras que resultaba difícil decir cuáles estaban abiertas y cuáles no, o si todas ellas estaban abriéndose en aquel

preciso instante, muy lentamente, para dejar salir a los espantosos e hinchados muertos, reanimados por algún arte demoníaco.

¡Basta!, se exigió Jenny. Los muertos no vuelven a la vida.

Su mirada se detuvo en la verja frente al pasadizo cubierto entre la comisaría y la tienda de objetos de regalo contigua. Era exactamente igual que el túnel tétrico y angosto junto a la panadería de los Liebermann.

¿Habría también algo oculto en aquel pasadizo? ¿Y no estaría eso arrastrándose inexorablemente hasta la proximidad de la verja, aprovechando la ausencia de luz, dispuesto a salir a la acera en sombras?

De nuevo, aquel miedo primitivo.

Aquella sensación de maldad.

Aquel terror supersticioso.

–Vamos –dijo a Lisa.

–¿Adonde?

–Al medio de la calle. Ahí no puede acercarse nada...

–... sin que lo veamos venir –terminó la frase Lisa, comprendiendo a qué se refería.

Se apartaron del banco de madera hasta quedar en el centro de la calzada iluminada por la luna.

–¿Cuánto tardará en llegar el comisario? –preguntó Lisa.

–Todavía, quince o veinte minutos más, por lo menos.

Todas las luces del pueblo se encendieron a la vez. Un brillante torrente de luz eléctrica sacudió sus ojos sorprendidos.

A continuación, se hizo de nuevo la oscuridad. Jenny levantó el revólver, sin saber dónde apuntar. Tenía la voz sofocada por el miedo, la boca seca de temor.

Un potente y súbito sonido, un aullido impío, recorrió las calles de Snowfield.

Jenny y Lisa lanzaron al unísono un grito de sobresalto y se volvieron, tropezando la una con la otra e intentando ver algo bajo las sombras apenas teñidas por la luna.

Volvió el silencio.

Y hubo un nuevo aullido.

Y silencio.

–¿Qué es? –preguntó Lisa.

–¡El cuartelillo de bomberos!

Lo escucharon de nuevo: una breve ráfaga de la aguda sirena instalada en la acera este de Saint Moritz Way. donde estaba ubicado el cuartelillo de los Bomberos Voluntarios de Snowfield.

¡Dong!

Jenny volvió a dar un respingo y se volvió.

¡Dong! ¡Dong!

–Una campana de iglesia –dijo Lisa.

–La iglesia católica, en Vail Lane.

La campana tañó una vez más, con un sonido grave, doliente y poderoso que resonó en las oscuras ventanas de las casas en sombras de Skyline Road y de otras ventanas invisibles, también en sombras, de las demás calles del pueblo sin vida.

–Para que suene una campana, alguien tiene que tirar de la cuerda –continuó Lisa–. Y para disparar una sirena, alguien debe pulsar un botón. Por tanto, aquí tiene que haber alguien, además de nosotras.

Jenny no dijo nada.

La sirena volvió a sonar, aulló y quedó en silencio, aulló y quedó en silencio, y la campana de la iglesia empezó a tañer de nuevo, y la campana y la sirena sonaron al mismo tiempo, una y otra vez, como si anunciaran la llegada de alguien de tremenda importancia.

En las montañas, a poco más de un kilómetro del desvío de Snowfield, el paisaje sólo presentaba dos colores, el negro y el plateado de la luna. Los árboles espectrales no eran en absoluto verdes; sólo eran formas tétricas, apenas sombras con perfiles blanquecinos de hojas y agujas borrosas, indefinidas.

En contraste, los cambios de rasante de la carretera quedaban ensangrentados por las luces que destellaban en las capotas de los tres Ford, cuyas portezuelas delanteras llevaban dibujado el distintivo del Departamento de Policía del condado de Santa Mira.

El agente Frank Autry conducía el segundo coche patrulla y su compañero, Stu Wargle, iba arrellanado en el asiento de al lado.

Frank Autry era flaco, fibroso, con un cabello salpimentado perfectamente cortado. Sus facciones eran angulosas y económicas, como si Dios no hubiera estado de buen humor para cosas superfluas el día que había creado el código genético de Frank: unos ojos castaños bajo unas cejas finamente cinceladas, una nariz recta, patricia, una boca ni demasiado avara ni excesivamente generosa, unas orejas casi sin lóbulos, aplastadas contra el cráneo. Llevaba un bigote cuidadosamente recortado.

Lucía el uniforme tal y como indicaba el manual que debía hacerse, hasta el último detalle: botas negras relucientes como espejos, pantalones marrones con la raya perfectamente marcada, cartuchera y funda de cuero elásticas y brillantes a base de lanolina, y camisa marrón limpia y planchada.

–No es justo, maldita sea –dijo Stu Wargle.

–Los oficiales al mando no tienen que ser siempre justos; sólo deben tomar decisiones acertadas –replicó Frank.

–¿Qué oficial al mando? –preguntó Wargle, con voz quejumbrosa.

–El comisario Hammond, ¿no?

–Yo no le considero el oficial al mando.

–Pues ése es el cargo de Hammond –respondió Frank.

–El muy cerdo, sólo tiene ganas de joderme –masculló Wargle.

Frank no replicó.



Antes de formar parte de las fuerzas policiales del condado, Frank Autry había hecho carrera en el Ejército. A los cuarenta y cuatro años, , después de un cuarto de siglo de servicios distinguidos, se había dado de baja y regresado a Santa Mira, la ciudad donde nació y creció. Había intentado abrir un pequeño negocio de algún tipo para complementar su pensión y mantenerse ocupado, pero no había conseguido encontrar nada que le interesara. Poco a poco, se había dado cuenta de que, al menos para él, no merecía la pena ningún empleo que no tuviera un uniforme, una cadena de mando, un elemento de riesgo físico y un sentido de servicio público. Tres años, atrás, a los cuarenta y seis, había entrado a trabajar en el Departamento de Policía y, pese a haber perdido con ello el empleo de comandante, que era el que había alcanzado en el Ejército, no había vuelto a sentirse mal desde entonces.

Es decir, se había sentido bastante feliz menos en las ocasiones –generalmente, una semana al mes– en que tenía por compañero de patrulla a Stu Wargle. Stu era insoportable y Frank sólo toleraba su presencia como ejercicio de autodisciplina.

Wargle era un patán desaliñado. Muchas veces, su cabello necesitaba un buen lavado. Cuando se afeitaba, siempre se olvidaba un par de pelos. Siempre llevaba el uniforme arrugado y sus botas nunca brillaban. Tenía demasiada barriga, demasiados michelines y demasiadas posaderas.

Wargle era, además, un tipo sumamente aburrido. No tenía el menor sentido del humor. No leía ni conocía nada, pero tenía sólidas opiniones sobre cualquier tema social o político.

Wargle era también un guarro. A sus cuarenta y cinco años, seguía hurgándose la nariz en público, eructaba y soltaba ventosidades sin el menor rubor.

Arrellanado todavía contra la portezuela del coche, Stu Wargle masculló:

–Se suponía que terminaba el turno a las diez. ¡A las diez en punto, maldita sea! No es justo que Hammond me obligue a venir para toda esa mierda de Snowfield. ¡Y yo que tenía un plan seguro!

Frank no mordió el anzuelo. No le preguntó a Wargle con quién se había citado. Se limitó a seguir conduciendo y a mantener los ojos fijos en la carretera, esperando que su compañero no le contara quién era aquel «plan».

–Es una camarera del restaurante de Spanky –le informó Wargle, de todos modos–. Quizá la conozcas. Una rubia que se llama Beatrice. Se hace llamar Bea.

–Casi nunca entro en ese local –respondió Frank.

–Bueno, esa chica no está nada mal. Tiene un par de tetas impresionantes. Le sobran unos kilos, ¿sabes?, pero ella piensa que está mucho más fea de lo que es en realidad. Poca seguridad en sí misma, ¿comprendes? Así que, si uno sabe enredarla, si uno sabe sacar provecho de sus dudas sobre sí misma y le dice que la quiere de todos modos, aunque esté un poco más rolliza de la cuenta... bueno, ella es capaz de hacer cualquier cosa que uno quiera. Cualquier cosa.

El patán soltó una risotada, como si acabara de decir algo tremendamente gracioso.

Frank deseó estrellar el puño contra aquel rostro, pero se contuvo.

Wargle odiaba a las mujeres. Hablaba de ellas como si se refiriera a una especie inferior. La idea de un hombre compartiendo felizmente su vida y sus pensamientos más profundos con una mujer, la idea de que una mujer pudiera ser amada, querida, admirada, respetada, valorada por su inteligencia, su capacidad de análisis o su sentido del humor... todo ello eran conceptos absolutamente extraños para Stu Wargle.

Frank Autry, por el contrario, llevaba veintiséis años, casado con su encantadora Ruth, a quien adoraba. Aunque sabía que era un pensamiento egoísta, Frank rogaba a Dios en ocasiones para que le permitiera morir primero, de modo que no tuviese que soportar la vida sin Ruth.

—Ese condenado Hammond quiere fastidiarme. No hace más que buscarme las cosquillas.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a todo. No le gusta cómo llevo el uniforme. No le gusta cómo redacto los informes. Me ha dicho que debo mejorar mi actitud. ¡Santo cielo, mi actitud! Me quiere joder, pero no lo permitiré. Seguiré trabajando cinco años, más para alcanzar así los treinta de servicio y la pensión. Ese cerdo no va a dejarme sin pensión.

Hacía casi dos años, los votantes de la ciudad de Santa Mira habían aprobado una iniciativa legislativa que disolvía la policía metropolitana, dejando la vigilancia de la ley en manos del Departamento de Policía del condado, a cargo del comisario. Sin embargo, ninguna cláusula de la iniciativa exigía a los agentes de la fuerza extinta la pérdida del puesto de trabajo o de la pensión debido a la transferencia de funciones. Por ello, Bryce Hammond recibió en herencia a Stu Wargle.

Ante ellos apareció el desvío de Snowfield.

Frank echó un vistazo por el retrovisor y observó que el tercer coche patrulla se detenía, separándose de la comitiva motorizada. Según lo previsto, el coche quedó cruzado en la calzada, bloqueando el paso.

El coche del comisario Hammond continuó hacia Snowfield, seguido por el de Frank.

—¿Por qué diablos tuvimos que traer agua? —preguntó Wargle.

Los tres bidones de veinte litros ocupaban el piso de la parte trasera del coche.

—Es posible que el agua de Snowfield esté contaminada.

—¿Y toda esa comida que cargamos en el portaequipajes?

—Tampoco podemos fiarnos de la comida del pueblo —respondió Frank.

—No creo que estén todos muertos.

—El comisario no pudo conectar con Paul Henderson en la comisaría.

—¿Y qué? Paul Henderson es un inútil.

—Esa doctora que llamó dijo que Henderson está muerto, igual que...

—¡Jesús!, esa mujer debe de estar borracha o mal de la cabeza. De todos modos, ¿quién diablos iría a consultar a una mujer médico? Probablemente aprobó las asignaturas acostándose con los profesores...

—¿Qué estás diciendo?

—Ninguna mujer tiene lo que hay que tener para sacar un título de medicina.

–Wargle, nunca dejas de sorprenderme.

–¿Qué narices te sucede? –quiso saber Wargle.

–Nada. Olvídalo.

–Te lo repito –dijo Wargle, soltando un eructo–. No me creo que estén todos muertos.

Otro problema con Stu Wargle era que no tenía la menor imaginación.

–¡Vaya mierda! –rezongó de nuevo–. Con el plan que tenía para esta noche...

Frank Autry, por el contrario, tenía una imaginación desbordante. Quizá en exceso. Mientras seguía la ascensión hasta las montañas y dejaba atrás una señal donde podía leerse SNOWFIELD – 5 KMS, su imaginación producía un zumbido como una máquina bien engrasada. Frank tuvo la perturbadora sensación – ¿premonición?, ¿intuición?– de que estaban conduciendo directamente a la boca del Infierno.

La sirena de los bomberos aulló. La campana de la iglesia sonó cada vez más de prisa. Un estrépito cacofónico y ensordecedor se extendió por todo el pueblo.

–¡Jenny! –gritó Lisa.

–¡Mantén los ojos muy abiertos! ¡Atenta a cualquier movimiento!

La calle era un conjunto de diez mil sombras; había demasiados rincones oscuros que vigilar.

La sirena aulló, la campana sonó y las luces empezaron a lanzar destellos otra vez. Las luces de las casas, de las tiendas, de las farolas, se encendieron y apagaron, se encendieron y apagaron a tal velocidad que creaban un efecto estroboscópico. Skyline Road aparecía y desaparecía, parpadeando; los edificios parecían saltar hacia la calle, retirarse después, y volver a saltar hacia adelante; las sombras bailaban con movimientos convulsivos.

Jenny dio una vuelta completa en torno a sí misma, apuntando con el revólver delante de ella.

Si algo se acercaba al amparo de la luz estroboscópica, sería incapaz de verlo.

¿Y si, cuando el comisario llegara, encontraba dos cabezas degolladas en medio de la calle?, se preguntó Jenny. La suya y la de Lisa.

La campana de la iglesia sonaba más fuerte que nunca y sus tañidos eran continuos, alocados.

La sirena aumentó de potencia, lanzando un aullido que hacía crujir los huesos y rechinar los dientes. Parecía un milagro que los cristales de las ventanas no saltaran hechos pedazos.

Lisa se cubría los oídos con las manos.

A Jenny le temblaba el revólver en las suyas. No conseguía sostenerlo con firmeza.

Entonces, tan bruscamente como se había iniciado, el pandemónium cesó. La sirena calló. La campana de la iglesia se detuvo. Las luces permanecieron encendidas.

Jenny observó la calle con atención, esperando que sucediera algo más, algo peor.

Pero no pasó nada.

De nuevo, el pueblo estaba tranquilo como un cementerio.

Una ráfaga de viento se levantó de la nada y agitó los árboles, que se mecieron como si respondieran a una música etérea que los oídos humanos no podían captar. Lisa pareció despertar de un trance y murmuró:

–Era casi como si... como si quisieran asustarnos... y burlarse al mismo tiempo.

–Burlarse –repitió Jenny–. Sí, eso parecía, exactamente.

–Estaban jugando con nosotras.

–Como el gato y el ratón –añadió Jenny en un susurro.

Continuaron en medio de la calle silenciosa, sin atreverse a volver al banco frente al depósito de detenidos, no fuera a ser que sus movimientos dispararan de nuevo la sirena y la campana.

De pronto, escucharon un sordo murmullo. Por un instante, a Jenny se le hizo un nudo en el estómago. Alzó el arma una vez más aunque no podía ver nada contra lo que disparar. Después, reconoció el sonido: dos motores de automóvil subiendo laboriosamente las pronunciadas cuestas de la carretera.

Se volvió y miró calle abajo. El gruñido de los motores aumentó. Un coche apareció tras la última curva, en la parte baja del pueblo. Hubo un destello de luces sobre el vehículo. Un coche patrulla. A continuación, otro.

–Gracias a Dios –suspiró Lisa.

Jenny condujo rápidamente a su hermana hacia la acera de adoquines frente a la comisaría.

Los dos coches patrulla blancos y verdes subieron lentamente la calle desierta y se acercaron al bordillo frente al banco de madera. Los dos motores se apagaron al mismo tiempo. El silencio de muerte de Snowfield se adueñó de la noche una vez más.

Un joven negro bastante bien parecido, con el uniforme de policía, saltó del primer coche dejando abierta la portezuela. Observó a Jenny y Lisa pero no habló en seguida. Su atención estaba centrada en el silencio sobrenatural de la calle desierta.

Un segundo hombre bajó de la parte delantera del mismo vehículo. Tenía el cabello rubio, rebelde. Sus párpados eran tan abultados que el hombre parecía a punto de caer dormido. Iba vestido de paisano –pantalones grises, una camisa azul celeste y una chaqueta de fibra azul oscura–, pero llevaba una insignia en la chaqueta.

Cuatro hombres más bajaron de los vehículos. Los seis recién llegados permanecieron un largo instante callados, recorriendo con la mirada las casas y tiendas, sin rastro de actividad.

En aquella especie de burbuja donde el tiempo parecía haberse detenido, Jenny tuvo una terrible premonición que se resistió a aceptar. Tuvo la certeza, la percepción, el conocimiento, de que no todos ellos saldrían de aquel lugar con vida.

## 11

## Explorando

Bryce hincó una rodilla junto al cuerpo de Paul Henderson.

Los otros siete –sus hombres, la doctora Paige y Lisa– permanecieron en la zona del público, al otro lado de la barandilla de madera, de la comisaría de Snowfield. Estaban callados en presencia de la Muerte.

Paul Henderson había sido un buen hombre, razonable y honesto. Su muerte era una pérdida terrible.

–¿Doctora Paige? –dijo Bryce.

–¿Sí?

Jenny se agachó al otro lado del cadáver.

–¿No ha movido el cuerpo?

–Ni siquiera lo he tocado, comisario.

–¿No había sangre?

–Estaba igual que lo ve ahora. Nada de sangre.

–La herida puede estar en la espalda –sugirió Bryce.

–Aunque así fuera, sigue sin haber ni rastro de sangre en el suelo.

–Puede ser. –El comisario contempló los impresionantes ojos de la muchacha, verdes con una orla dorada–. En circunstancias normales, no tocaría un cadáver hasta que lo viera el forense, pero ésta es una situación extraordinaria. Tengo que darle la vuelta a ese cuerpo.

–No sé si es seguro tocarlo.

–Alguien debe hacerlo –respondió Bryce.

La doctora Paige se puso en pie y todos se retiraron un par de pasos.

Bryce puso una mano en el rostro de Henderson, distorsionado y casi negro.

–La piel todavía está un poco tibia –dijo, sorprendido.

–Creo que no debe de hacer mucho tiempo que han muerto –dijo la doctora.

–Pero un cuerpo no se decolora ni se hincha así en apenas un par de horas –comentó Tal Whitman.

–Estos cuerpos, sí –replicó la doctora.

Bryce dio la vuelta al cadáver, poniéndolo boca abajo. No tenía heridas.

Bryce hundió los dedos en los espesos cabellos del muerto, palpando el hueso con la esperanza de encontrar algún hueco anormal en el cráneo. Si el agente había recibido un golpe fuerte en la parte posterior de la cabeza... Sin embargo, no era así. El cráneo estaba intacto. Bryce se incorporó.

–Doctora, esas dos decapitaciones que mencionó antes... Creo que será mejor echarles una ojeada.

–¿Le parece bien si uno de sus hombres se queda aquí con mi hermana? –dijo Jenny.

–Entiendo lo que siente –respondió Bryce–. pero no creo prudente que mis hombres se dividan. Quizá el número no nos dé más seguridad pero, por otro lado, puede que sí.

–Por mí, de acuerdo –aseguró Lisa a su hermana–. De todos modos, no me gusta la idea de quedarme.

Era una chica valiente. Tanto ella como su hermana mayor tenían intrigado a Bryce Hammond. Estaban pálidas y en sus ojos se reflejaban unas sombras de conmoción y de horror, pero estaban enfrentándose a aquella extraña y espantosa pesadilla mejor de lo que se habría comportado la mayoría de la gente.

Las Paige condujeron al resto del grupo calle abajo, hacia la panadería.

A Bryce le costaba creer que Snowfield hubiera sido un pueblo normal, lleno de vida, apenas un rato antes. El lugar parecía seco, agostado y muerto como una antigua ciudad perdida de algún desierto lejano, en un rincón del mundo que incluso el viento se olvidaba de visitar. La quietud que envolvía el pueblo parecía el silencio de incontables años, de décadas, de siglos, un silencio de eras y eras, inconcebiblemente largas.

Poco después de su llegada a Snowfield, Bryce había utilizado un altavoz eléctrico para hacer una llamada general a las silenciosas casas del lugar. Ahora, parecía estúpido haber esperado una respuesta.

Entraron en la panadería de los Liebermann por la puerta delantera y penetraron en la cocina de la parte posterior del edificio.

Sobre la mesa del taco de carnicero, dos manos seccionadas asidas a los extremos del rodillo de amasar.

Dos cabezas cortadas mirando tras los cristales de los hornos.

–¡Oh, Dios mío! –musitó Tal con un hilo de voz.

Bryce notó un escalofrío.

Jake Johnson, necesitado visiblemente de un soporte, se apoyó contra una gran alacena blanca.

–¡Vaya! –comentó Wargle–, les han descuartizado como si fueran un par de condenadas vacas.

A continuación, todos hablaron al mismo tiempo.

–... ¿por qué iba alguien a... ?

–... enfermizo, retorcido...

–... ¿y dónde están los cuerpos?

–Sí –intervino Bryce, alzando su voz por encima de la barahúnda–, ¿dónde están los cuerpos? Busquémoslos.

Durante un par de segundos nadie se movió, paralizados por el pensamiento de lo que podían encontrar.

–Doctora Paige, Lisa... no es necesario que nos ayuden –añadió Bryce–. Quédense aun lado.

La doctora asintió. La pequeña le dedicó una sonrisa de gratitud.

Con una actividad desbordante, miraron todos los armarios y abrieron todos los cajones y puertas. Gordy Brogan miró en el horno grande que no tenía portilla de cristal y Frank Autry entró en la cámara frigorífica. Bruce inspeccionó el pequeño lavabo impoluto situado en un extremo de la cocina. A pesar de todo, no encontraron los cuerpos, ni más partes de los cuerpos de los ancianos.

–¿Por qué habrían de llevarse los cuerpos sus asesinos? –preguntó Frank.

–Quizá estamos tratando con un grupo de seguidores de algún culto extraño –sugirió Jake Johnson–. Tal vez querían los cuerpos para algún ritual.

–Si ha habido algún ritual –replicó Frank–, me parece que se ha celebrado precisamente aquí.

Gordy Brogan corrió al lavabo, vacilando y agitando los brazos, como un chico grande y larguirucho compuesto únicamente de piernas largas, brazos aún más largos, codos y rodillas. Se escucharon unas náuseas tras la puerta que cerró a su espalda.

Stu Wargle se echó a reír y exclamó:

–¡Jesús, qué papanatas!

Bryce se volvió hacia él y frunció el ceño.

–¿Qué diablos encuentras tan divertido, Wargle? Esa gente de ahí está muerta. Me parece que la reacción de Gordy es mucho más natural que la de cualquiera de nosotros.

El rostro de Wargle, de prominente papada y ojos de gorrino, se nubló de ira. Le faltaba sensatez para sentirse avergonzado. ¡Dios, cuánto desprecio a ese hombre!, se dijo Bryce. Cuando Gordy regresó del baño, traía una actitud pusilánime.

–Lo siento, comisario.

–No hay nada que sentir, Gordy.

Avanzaron en grupo hacia la zona destinada a tienda y salieron a la calle. Bryce se dirigió inmediatamente a la valla de madera entre la panadería y la tienda contigua. Contempló el oscuro pasadizo cubierto asomándose por encima de la valla. La doctora Paige se colocó a su lado y el comisario preguntó:

–¿Es ahí donde creyó ver algo entre las vigas?

–Bueno, Lisa creyó percibirlo agachado junto a la pared.

–Sí, pero ¿fue en este pasadizo?

–Sí.

El túnel estaba totalmente negro.

Bryce tomó la linterna de Tal, abrió la valla con un crujido, sacó el revólver y penetró en el túnel. Un olor vago, a humedad, impregnaba el lugar. El chirrido de los goznes oxidados, primero, y el sonido de sus propios pasos, después, resonaron en el túnel delante de él.

El haz de luz de la linterna era potente y penetraba hasta más de la mitad del pasadizo. Sin embargo, el comisario lo enfocó cerca de sí, barriendo la zona más próxima repetidas veces para estudiar los muros y enfocando luego hacia el techo, a unos tres o cuatro metros por encima de su cabeza. En aquella parte del túnel, por lo menos, las vigas estaban desiertas.

A cada paso, Bryce tuvo la creciente certeza de que había sido inútil desenfundar el revólver... hasta que se encontró casi a mitad del túnel. Entonces, de pronto, notó... algo extraño... un estremecimiento, un escalofrío cargado de malos augurios que le recorrió el espinazo. Supo que ya no estaba solo.

Bryce era un hombre que confiaba en sus intuiciones y no desechó ésta. Detuvo su avance, alzó el arma, escuchó con más atención que antes el silencio, movió rápidamente la linterna por las paredes y el techo, escrutó con especial detenimiento las vigas, intentó distinguir algo en la oscuridad hasta casi la boca del pasadizo e incluso echó un vistazo detrás de sí para comprobar si algo se había deslizado mágicamente tras su espalda. No había nada aguardándole en las sombras. Sin embargo, continuó notando que unos ojos hostiles le observaban.

Reinició el avance y la linterna captó algo. Cubierto por una reja metálica, un desagüe de algo más de un palmo cuadrado se abría en el piso del túnel. Dentro del desagüe brillaba algo indefinible que reflejaba la luz de la linterna. Y aquello se movía.

Con cautela, Bryce se aproximó al lugar y enfocó el haz de luz directamente en el desagüe. Lo que producía el reflejo brillante al otro lado de la reja había desaparecido.

Se agachó junto a la abertura y miró entre los barrotes de la reja. La luz sólo reflejaba las paredes de una cañería. Era un aliviadero para el agua de lluvia de casi medio metro de diámetro y estaba seco, lo cual significaba que no era simple agua lo que había visto.

¿Una rata? Snowfield era un lugar de recreo que acogía a un público bastante rico y, por ello, el pueblo tomaba medidas inusualmente estrictas para mantenerse libre de cualquier tipo de plagas. Naturalmente, pese a la suma atención de Snowfield a tales cuestiones, era imposible descartar la existencia de un par de ratas en el subsuelo. Podía haberse tratado de uno de tales animales, desde luego, pero Bryce no creía que lo fuera.

Recorrió el pasadizo hasta el fondo y luego desanduvo sus pasos hasta la valla donde aguardaban Tal y los demás.

—¿Ha visto algo? —preguntó Tal.

—No mucho —respondió Bryce, saltando a la acera y cerrando la valla tras él.

A continuación, les explicó la sensación de haberse sentido observado y el movimiento que había apreciado en el desagüe.

—Los Liebermann fueron muertos por personas —dijo Frank Autry—, no por algo lo bastante pequeño para ocultarse en una cañería.

—Desde luego, eso es lo que parece —asintió Bryce.

—Pero ¿notó usted eso ahí dentro? —preguntó Lisa, inquieta.

—Noté algo —respondió el comisario—. Al parecer, no me afectó con la misma fuerza que a ustedes, pero era una sensación decididamente extraña...

—Bueno —añadió Lisa—, me alegra saber que no nos considera un par de mujeres histéricas.



–Considerando lo que han pasado ustedes, creo que están lo menos histéricas que podría esperarse.

–Verá –continuó la muchacha–, Jenny es médico y yo creo que me gustaría serlo algún día, y los médicos no pueden permitirse, sencillamente, ponerse histéricos.

Era una chica bonita... aunque Bryce no podía dejar de advertir que su hermana mayor era todavía más guapa. Tanto la pequeña como la doctora tenían el cabello del mismo tono castaño rojizo; era el color intenso de la madera de cerezo bien pulimentada, tupido y lustroso. Las dos tenían también la misma piel dorada. Sin embargo, al ser las facciones de la doctora Paige más maduras que las de Lisa, resultaban también más interesantes y atractivas a Bryce. Además, los ojos de Jenny eran un poco más verdes que los de su hermana.

–Doctora Paige, me gustaría ver la casa donde encontró los cadáveres en la estancia protegida por la barricada –dijo Bryce.

–Sí –intervino Tal–. Los asesinatos de la habitación cerrada por dentro.

–Es la casa de los Oxley, en Vail Lane.

Jenny les condujo calle abajo hacia la esquina de Vail Lane y Skyline Road. El seco arrastrar de sus pies era el único sonido que se escuchaba y llevó a Bryce a pensar de nuevo en lugares desiertos, en escarabajos pululando animadamente entre montones de antiguos rollos de papiro frágiles y quebradizos en tumbas del desierto.

Al doblar la esquina de Vail Lane, la doctora Paige se detuvo y explicó:

–Tom y Karen Oxley viven... ¡hum!, vivían... dos bloques más allá.

Bryce estudió la calle y luego dijo:

–En lugar de ir directamente a casa de los Oxley, echaremos una ojeada a todas las casas y tiendas desde aquí hasta esa vivienda..., al menos todas las de este lado de la calle. Creo que no corremos peligro si nos dividimos en dos grupos, cuatro en cada uno. No iremos en direcciones totalmente opuestas y estaremos lo bastante cerca para ayudarnos si se presenta alguna dificultad. Doctora Paige, Lisa..., se quedarán ustedes conmigo y con Tal. Frank, toma el mando del segundo grupo.

Frank asintió.

–Los cuatro debéis permanecer juntos –advirtió el comisario a sus hombres–. Insisto: juntos. Cada uno de vosotros debe permanecer a la vista de los otros tres en cada momento, ¿entendido?

–Sí, comisario –respondió Frank Autry.

–Muy bien, vosotros cuatro echad un vistazo en el primer edificio, detrás del restaurante, mientras nosotros nos encargamos de la casa contigua. Avanzaremos escalonadamente y compararemos notas al final del bloque. Si encontráis algo realmente interesante, algo más que nuevos cuerpos, venid a avisarme. Si necesitáis ayuda, disparad dos o tres tiros. Escucharemos los estampidos aunque estemos en el interior de otro edificio. Y vosotros también podréis escuchar nuestros disparos del mismo modo.

–¿Puedo hacer una sugerencia? –preguntó la doctora.

–Claro –respondió Bryce.

–Si encuentran algún cuerpo que muestre señales de hemorragias oculares, nasales o bucales –dijo Jenny a Frank Autry–, háganmelo saber al momento. También, si encuentran restos de vómitos o diarrea.

–¿Porque tales signos pueden indicar la presencia de una enfermedad? –preguntó el comisario.

–Sí –respondió ella–. O de envenenamiento.

–Pero ¿no habíamos descartado eso como causa? –preguntó Gordy Brogan.

Jack Johnson, que parecía tener muchos más de sus cincuenta y siete años, comentó que no era una enfermedad lo que había cortado la cabeza a aquellos ancianos.

–He estado pensando en eso –comentó la doctora–. ¿Y si se trata de una enfermedad o un tóxico químico que no se ha visto nunca, una variedad mutante de la rabia, por ejemplo, que mata a algunas personas pero sólo provoca en otras un estado de pura locura violenta? ¿Y si las mutaciones han sido causadas por las víctimas de esa furia paroxística?

–¿Es probable una cosa así? –preguntó Tal Whitman.

–No, pero por otra parte, tal vez no sea imposible. Además, ¿quién puede decir ya qué es posible y qué no? ¿Acaso era posible que una cosa así sucediera en Snowfield?

Frank Autry se atusó el bigote y replicó:

–Pero si realmente hay un grupo de locos furiosos suelto por aquí... ¿dónde se han metido?

Todos observaron la calle silenciosa. Los charcos de sombras más oscuras que cubrían jardines, aceras y coches aparcados. Las ventanas sin luz de las buhardillas. Las cristaleras en sombras de las plantas bajas.

–Se esconden –dijo Wargle.

–Acechan –añadió Gordy Brogan.

–No, eso no tiene sentido –protestó Bryce–. Una partida de locos violentos no se ocultaría, ni acecharía, ni establecería planes. Se lanzaría directamente contra nosotros sin el menor orden ni control.

–De todos modos –intervino Lisa sin alzar la voz–, no se trata de personas desquiciadas. Es algo mucho más extraño.

–Probablemente, Lisa tiene razón –dijo la doctora Paige.

–Aunque eso no me hace sentir mejor, precisamente –comentó Tal.

–Bien, si encontramos algún indicio de vómitos, diarreas o hemorragias –resumió Bryce–, entonces lo sabremos. Y si no...

–Tendré que plantearme una nueva hipótesis –terminó la frase la doctora Paige.

Todos callaron, sin ninguna impaciencia por iniciar el rastreo porque no sabían lo que podían encontrar... o lo que podía encontrarlos a ellos.

El tiempo parecía haberse detenido.

El amanecer no llegaría nunca a menos que empezaran a moverse, pensó para sí Bryce Hammond.

–Vamos allá –dijo finalmente.

El primer edificio era estrecho y largo, con una combinación de galería de arte y tienda de artesanía en la planta baja. Frank Autry rompió un cristal de la puerta delantera, introdujo la mano y abrió el pestillo. Entró y encendió la luz.

Hizo un gesto a los demás para que le siguieran.

–Desplegaos. No os quedéis demasiado cerca unos de otros. No debemos ofrecer un blanco fácil.

Mientras hablaba, Frank recordó las acciones que había llevado a cabo en Vietnam casi veinte años, antes. Esta operación de Snowfield producía el mismo efecto sobre los nervios que las tensas misiones de búsqueda y destrucción en el territorio dominado por la guerrilla.

Recorrieron cautelosamente la zona de exposición de la galería, pero no encontraron a nadie. Tampoco había nadie en la pequeña oficina, al fondo de la sala. Sin embargo, una puerta de esa oficina daba paso a una escalera que conducía al primer piso.

Tomaron la escalera al estilo militar. Frank subió arriba solo, con el arma preparada, mientras los demás esperaban. Localizó el interruptor de la luz en el rellano superior de la escalera, lo pulsó y vio que estaba en un rincón de la sala de estar del piso donde vivía el propietario de la galería de arte. Cuando se cercioró de que la sala estaba desierta, indicó con un gesto a sus hombres que subieran. Mientras lo hacían, Frank dio unos pasos en la estancia, pegado a la pared y muy alerta.

Registraron el resto del piso, afrontando cada puerta como un posible punto de emboscada. El cuarto de trabajo y el comedor estaban desiertos. Nadie se ocultaba en los armarios.

En cambio, en la cocina encontraron un hombre muerto. Llevaba sólo unos pantalones de pijama azules y mantenía abierta la puerta del frigorífico con su cuerpo hinchado y amoratado. No tenía heridas visibles ni mirada de horror en el rostro. Al parecer, había muerto sin que le diera tiempo a ver a su asaltante... y sin el menor aviso previo de que tenía la muerte cerca. Los ingredientes de un bocadillo estaban esparcidos por el suelo a su alrededor: un tarro roto de mostaza, un sobre de embutido, un tomate medio aplastado, y una bolsa de queso suizo.

–Seguro que no fue una enfermedad lo que le mató –dijo Jake Johnson enfáticamente–. ¡No debía de estar muy enfermo si iba a tomarse un bocadillo de embutido!

–Y todo sucedió a increíble velocidad –añadió Gordy–. Tenía las manos ocupadas con lo que había sacado del frigorífico y, cuando se dio la vuelta... sucedió todo. ¡Pam!, de golpe, sin más.

Descubrieron otro cadáver en el dormitorio. La mujer estaba en la cama, desnuda. Tendría entre los veinte y cuarenta años, de edad, pero resultaba difícil concretar más debido al amoratamiento y la hinchazón generalizados. Tenía el rostro contraído de terror, exactamente como el de Paul Henderson. Había muerto en mitad de un grito.

Jake Johnson sacó un bolígrafo del bolsillo de su camisa y lo pasó por el aro del gatillo de una automática del 22 caída entre las sábanas arrugadas junto al cuerpo.

–No creo que debamos preocuparnos por ese arma – dijo Frank–. A la mujer no le dispararon. No tiene heridas ni hay sangre. Si alguien usó el arma, fue ella. Veamos.

Tomó la pistola que Jake había levantado y liberó el cargador. Estaba vacía. Movi6 la guía, apuntó el cañón hacia la lámpara de la mesilla de noche y estudió su interior; no había ninguna bala en la recámara. Se llevó la boca del cañón a la nariz y notó el olor a pólvora. Jake preguntó si había sido disparada recientemente.

–Hace muy poco. Si el cargador estaba lleno cuando la mujer utilizó la pistola, eso significa que hizo diez disparos.

–Mirad aquí –llamó Wargle.

Frank se volvió y vio que Stu señalaba un impacto de bala en la pared frente al pie de la cama. Estaba a unos dos metros de altura.

–Y aquí –anunció Gordy Brogan, dirigiendo la atención del grupo a otra bala alojada en la astillada madera de pino de la cómoda.

Finalmente, encontraron los diez casquillos en la cama o a su alrededor, pero no lograron descubrir las ocho balas que faltaban.

–No creerás que hizo ocho blancos, ¿verdad? –preguntó Gordy a Frank.

–¡Señor, eso es imposible! –asintió Wargle, ajustándose la cartuchera en torno a sus gruesas caderas–. Si le hubiera dado a alguien ocho veces, el de esa mujer no sería el único condenado cadáver de esta habitación.

–Es cierto –aceptó Frank, aunque no le gustaba estar de acuerdo con Stu Wargle en nada–. Además, no hay sangre, y ocho balazos deberían haber derramado mucha sangre.

Wargle acudió al pie de la cama y contempló a la muerta. Estaba recostada en un par de grandes almohadas y tenía las piernas abiertas en una parodia grotesca de lascivia.

–El tipo de la cocina debía de estar aquí, jodiendo con esa mujer –murmuró Wargle–. Cuando hubo terminado con ella, bajó a la cocina para llevar al dormitorio algo de comer. Mientras estaban separados, entró alguien y la mató a ella.

–El hombre de la cocina murió primero –le rectificó Frank–. No podrían haberle pillado por sorpresa si le hubieran atacado después de que la mujer disparara diez veces.

–Amigo, a mí no me habría importado nada pasarme todo el día en el catre con una mujer así –añadió Stu Wargle.

Frank se volvió hacia él, boquiabierto.

–Wargle. eres repugnante. ¿Incluso un cuerpo deformado como éste te excita, por el mero hecho de estar desnudo?

Wargle enrojeció y apartó la vista del cadáver.

–¿Qué diablos te sucede, Frank? ¿Qué crees que soy, una especie de pervertido? ¿Es eso? ¡Pues no, diablos! Estaba mirando esa foto de la mesilla de noche –añadió, señalando una instantánea en un marco de plata, situada junto a la lámpara–. ¿Lo

ves?, lleva un bikini. Se puede ver que estaba condenadamente buena. Unas tetas grandes y unas piernas largas, sí señor. ¡Eso es lo que me excita!

Frank movió la cabeza en gesto de negativa.

–Lo que me asombra es que algo pueda excitarte en medio de todo esto, en medio de tanta muerte.

Wargle tomó sus palabras por un cumplido e hizo un guiño.

«Si salgo con vida de este asunto –se dijo Frank–, no permitiré que Bryce Hammond me vuelva a emparejar con Wargle. Antes de eso, soy capaz de dimitir.»

–¿Cómo es posible que la mujer hiciera ocho blancos y no detuviera a su agresor? –quiso saber Gordy Brogan–. ¿Cómo es que no se ve una gota de sangre?

Jake Johnson se mesó de nuevo su cabello canoso.

–No lo sé, Gordy. Pero de una cosa estoy seguro, créeme: ojalá Bryce no me hubiera escogido nunca para venir aquí.

Junto a la galería de arte, el rótulo de la fachada del pintoresco edificio de dos pisos decía:

Brookhart's  
*Beer \* Wine \* Liquor \* Tobacco*  
*Magazines \* Newspapers \* Books*

Las luces estaban encendidas y la puerta, sin cerrar. Brookhart's permanecía abierto hasta las nueve incluso las tardes de los domingos en la temporada baja.

Bryce entró primero, seguido de Jennifer y Lisa Paige. Tal cerró la comitiva. Cuando debía escoger a un hombre para proteger la retaguardia en una situación de peligro, Bryce siempre prefería a Tal Whitman. Nadie, ni siquiera Frank Autry, le merecía tanta confianza como el teniente.

Brookhart's era un local abigarrado, aunque curiosamente cálido y acogedor. Había grandes frigoríficos de puertas acristaladas llenos de latas y botellas de cerveza, estanterías y cestas de botellas de vino y licores, y otros estantes rebosantes de periódicos, revistas y libros de bolsillo. Habanos y cigarrillos se amontonaban en cajas y cartones y en varios mostradores había puñados de latas de tabaco de pipa apilados al azar. Allí donde había un espacio, se repartían las bolsas de chucherías y golosinas: barras de caramelo, goma de mascar, cacahuets, palomitas de maíz, patatas fritas, maíz tostado y otras.

Bryce abrió la marcha a través de la tienda desierta, buscando cuerpos en los pasillos. Sin embargo, no encontró ninguno.

Había, en cambio, un enorme charco de agua de un par de centímetros de profundidad que cubría la mitad del suelo. Todos rodearon el charco con cuidado.

–¿De dónde saldrá toda esta agua? –se preguntó Lisa.

–Debe de haber un escape en el panel de condensación bajo uno de esos frigoríficos de cervezas –respondió Tal Whitman.

Rodearon unas cajas de vino y realizaron un detenido repaso de todos los aparatos refrigeradores. No había agua alguna en las cercanías de aquellas máquinas de suave zumbido.

–Quizá hay un escape en las cañerías –aventuró Jennifer Paige.

Continuaron la exploración y bajaron a la bodega, que se utilizaba para almacenar el vino y los licores en cajas de cartón; después, subieron al piso de arriba, donde había un despacho. No encontraron nada fuera de lo corriente.

De nuevo en la tienda, cuando ya se encaminaban a la puerta delantera, Bryce se detuvo y se agachó para echar un vistazo más de cerca al charco del suelo. Mojó un dedo en la sustancia y comprobó que tenía tacto a agua, además de ser inodora.

–¿Qué sucede? –preguntó Tal.

–Resulta extraño... Toda esa agua ahí... –dijo Bryce, reincorporándose.

–Probablemente será lo que decía la doctora Paige: sólo un escape en las cañerías.

Bryce asintió. Sin embargo, aunque no sabía decir la razón, aquel charco le parecía significativo e importante.

La farmacia de Tayton era un local pequeño que atendía a Snowfield y a todas las aldeas montañosas de los alrededores. Una vivienda ocupaba los dos pisos encima de la farmacia. El piso estaba decorado en tonos crema y melocotón, con estancias en verde esmeralda subido y con diversas antigüedades de considerable valor.

Frank Autry condujo a sus hombres por todo el edificio sin encontrar nada de interés... salvo la alfombra de la sala de estar, que estaba literalmente empapada y producía un chapoteo bajo sus pasos.

El hotel Candleglow Inn irradiaba una positiva sensación de refinamiento y buen trato: los pronunciados aleros y las cornisas delicadamente talladas, las ventanas geminadas con las blancas contras de madera labrada. Dos lámparas de carruaje antiguo estaban fijadas sobre unas pilastras de piedras, enmarcando el breve sendero enlosado. Tres pequeños focos extendían unos espectaculares abanicos luminosos por la fachada del hotel.

Jenny. Lisa, el comisario y el teniente Whitman hicieron una pausa en la acera frente al Candleglow Inn y Hammond preguntó:

–¿Está abierto en esta época del año?

–Sí –respondió Jenny–. Consiguen estar a media ocupación incluso en la temporada baja. Pero también tienen una maravillosa fama de saber escoger a su clientela... y sólo tienen dieciséis habitaciones.

–Está bien... vamos a echar una ojeada.

Las puertas principales daban paso a un vestíbulo pequeño y de aspecto cómodo: un piso de madera de roble, una alfombra oriental de tonos oscuros, unos sofás beige claro, un par de sillas estilo reina Ana tapizadas con una tela de color rosa, rinconeras de madera de cerezo y lámparas de bronce.

El mostrador de recepción estaba a la derecha. Sobre él había una campanilla y Jenny la hizo sonar varias veces con gesto enérgico, sin esperar respuesta ni obtenerla.

—Dan y Sylvia tienen un apartamento detrás de esta zona de oficina —indicó, señalando el despacho tras el mostrador.

—¿Son los propietarios? —preguntó el comisario.

—Sí. Dan y Sylvia Kanarsky.

—¿Amigos suyos? —preguntó el comisario, deteniéndose un instante a observarla.

—Sí. Amigos íntimos.

—Entonces, quizá será mejor no mirar en su apartamento —sugirió Bryce.

En sus ojos azules de párpados caídos brillaba una llama cálida, de apoyo y comprensión. Jenny se sorprendió al advertir de pronto la ternura e inteligencia que reflejaban aquellas facciones. Durante la hora anterior, viéndole actuar, Jenny se había dado cuenta gradualmente de que el policía era mucho más despierto y eficiente de lo que aparentaba a primera vista. Ahora, al contemplar sus ojos sensibles y compasivos, comprendió que estaba ante un hombre perspicaz, interesante, formidable.

—No podemos marcharnos sin más —declaró—. Tarde o temprano, habrá que investigar este lugar. Todo el pueblo tendrá que ser inspeccionado, de modo que podemos empezar por aquí.

Jenny alzó una parte del mostrador que se abría mediante unas bisagras y empezó a abrir una barandilla que daba paso a la zona dedicada a oficina.

—Por favor, doctora —dijo el comisario—, deje siempre que yo o el teniente Whitman pasemos primero.

Jenny retrocedió, obediente, y Bryce la precedió al interior de los aposentos de Dan y Sylvia, pero no encontraron a nadie en ellos. No había ningún cadáver.

Gracias a Dios.

De vuelta en el mostrador de recepción, el teniente repasó el registro de huéspedes.

—Sólo hay seis habitaciones ocupadas y están todas en el piso superior.

El comisario encontró una llave maestra en un tablero junto a las casillas del correo.

Con cautela casi monótona, subieron la escalera y registraron las seis habitaciones. En las cinco primeras encontraron equipajes, cámaras de fotografía, postales a medio escribir y otras muestras evidentes de que realmente había huéspedes en el establecimiento, pero no vieron a ninguno de ellos.

En la sexta habitación, cuando el teniente Whitman probó a abrir la puerta del baño, la encontró cerrada. Golpeó con el puño y gritó:

–¡Policía! ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

Whitman observó el pomo de la puerta y se volvió al comisario.

–No hay ojo de cerradura por este lado, de modo que debe de haber alguien ahí dentro. ¿La rompo?

–Parece una puerta bastante sólida –respondió Hammond–. No te arriesgues a dislocarte el hombro. Haz saltar la cerradura.

Jenny tomó del brazo a Lisa y se retiraron a un lado, a salvo de los fragmentos que pudieran saltar.

El teniente Whitman gritó una advertencia a quienquiera que pudiera estar en el baño y, acto seguido, efectuó un disparo. Abrió la puerta de un puntapié y entró rápidamente.

–Aquí no hay nadie.

–Quizá han salido por una ventana –aventuró el comisario.

–Este baño no tiene ventanas –replicó Whitman, frunciendo el ceño.

–¿Estás seguro de que la puerta estaba cerrada?

–Del todo. Y sólo podía cerrarse desde dentro.

–Pero ¿cómo? Si no había nadie ahí...

–Además, hay algo a lo que deberías echar una ojeada –añadió Whitman, encogiéndose de hombros.

En realidad, todos echaron la ojeada, pues el cuarto de baño era suficientemente espacioso para acomodar a cuatro personas. En el espejo, sobre el lavabo, alguien había escrito un mensaje apresurado con letras negras, grasientas y de considerable tamaño:

TI M O T H Y  
F L Y T E  
T H E A N C I E N T  
E N E M Y

En otro piso encima de otra tienda, Frank Autry y sus hombres encontraron moqueta empapada de agua que chapoteó bajo sus pies. En el salón, el comedor y los dormitorios, la moqueta estaba seca; en cambio, en el pasillo que conducía a la cocina, estaba totalmente empapada. Y en la propia cocina, tres cuartas partes del suelo de losetas de vinilo estaba cubierto de agua hasta una altura de un par de dedos en algunos lugares.

Desde el pasillo, mientras contemplaba la cocina, Jake Johnson murmuró:

–Debe de ser un escape en las cañerías.

–Eso es lo que has dicho en el otro piso –le recordó Frank–. Una curiosa coincidencia, ¿no os parece?



–Sólo es agua –intervino Gordy Brogan–. No veo qué relación podría tener con... todos esos asesinatos.

–¡Mierda! –masculló Stu Wargle–, estamos perdiendo el tiempo.

Aquí no hay nada, vámonos.

Sin hacer caso de ellos, Frank se internó en la cocina pisando cautelosamente un extremo del pequeño lago y dirigiéndose a una zona seca junto a una fila de armarios. Abrió las puertas de varios hasta encontrar una pequeña cubeta de plástico utilizada para guardar sobras. Estaba limpia y seca y tenía una tapa incorporada que la cerraba herméticamente. En un cajón encontró un cucharón y lo utilizó para verter agua en el recipiente de plástico.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Jake desde el umbral.

–Recoger una muestra.

–¿Una muestra? ¿Por qué? ¡Si sólo es agua!

–Sí –replicó Frank–, pero le encuentro algo raro.

El baño. El espejo. Las letras grandes, negras, grasientas. Jenny contempló las palabras garabateadas.

–¿Quién es Timothy Flyte? –preguntó Lisa.

–Podría ser el tipo que escribió eso –dijo el teniente Whitman.

–¿Es el tal Flyte el huésped de esta habitación? –preguntó el comisario.

–Estoy seguro de no haber visto ese apellido en el registro –contestó el teniente–. Podemos comprobarlo cuando bajemos, pero estoy completamente seguro de ello.

–Quizá Timothy Flyte sea uno de los asesinos –apuntó Lisa–. Tal vez el tipo que alquiló la habitación le reconoció y dejó ese mensaje.

–No –respondió el comisario, acompañándose de un gesto de cabeza–. Si Flyte tuviera algo que ver con lo sucedido en el pueblo, no dejaría su nombre en el espejo de esta manera. Lo habría borrado.

–A menos que no supiera que estaba escrito ahí –intervino Jenny.

–O quizá supiera que estaba ahí pero sea uno de esos locos furiosos que antes ha mencionado la doctora y no le importe nada si le capturamos o no.

–¿Hay alguien en el pueblo que se apellide Flyte? –preguntó Bryce Hammond a Jenny.

–No he oído nunca ese nombre.

–¿Conoce usted a todo el mundo en Snowfield?

–Sí.

–¿A los quinientos vecinos?

–A casi todos.

–A casi todos, ¿eh? Entonces, es posible que exista un Timothy Flyte aquí, ¿no es cierto?

–Aunque no le conociera, habría oído mencionar su nombre en alguna ocasión. Éste es un pueblo pequeño, comisario. Al menos, durante la temporada baja.

–¿No podría ser alguien de Mount Larson, Shady Roost o Pineville? –sugirió el teniente.

Jenny deseó marcharse a otra parte a discutir sobre el mensaje del espejo. Fuera. Al aire libre. Donde nada pudiera acercárseles sin ponerse al descubierto. La muchacha tenía la extraña, indemostrable pero innegable sensación de que algo –algo condenadamente extraño– se estaba moviendo en otra parte del hotel en aquel mismo instante, llevando a cabo con sigilo alguna maquinación amenazadora de la cual ella, el comisario. Lisa y el teniente permanecían peligrosamente ignorantes.

–¿Qué hay de la segunda parte del mensaje? –preguntó Lisa, refiriéndose a las palabras EL ANTIGUO ENEMIGO.

–Bien, volvamos a lo primero que dijo Lisa –comentó finalmente Jenny–. Parece como si el hombre que escribió esto nos estuviera diciendo que Timothy Flyte era su enemigo. Y el nuestro también, supongo.

–Tal vez –respondió Bryce Hammond, dubitativo–. Con todo, parece una manera muy enrevesada de escribirlo: «el antiguo enemigo». Resulta bastante complicado. Casi parece una frase arcaica. Si el autor se encerró en el baño para escapar de Flyte y luego escribió una advertencia apresurada, ¿por qué no poner «Timothy Flyte, mi viejo enemigo» o algo más directo?

El teniente Whitman asintió y comentó:

–De hecho, si deseaba dejar un mensaje acusando a Flyte, más bien habría escrito, «lo hizo Timothy Flyte», o quizá, «Flyte los mató a todos». Lo que menos querría un tipo en sus circunstancias es resultar poco claro.

El comisario se puso a revolver los objetos de la ancha repisa colocada sobre el lavabo, justo debajo del espejo: una botella de acondicionador de piel masculino, loción de afeitado con aroma a lima, una máquina de afeitar eléctrica para hombre, un par de cepillos de dientes, pasta dentífrica, peines, cepillos y una cajita de maquillaje femenina.

–Por lo que parece, había dos personas en la habitación. Así pues, quizá fueron ambos los que se encerraron en el baño... lo cual significa que fueron dos los que se desvanecieron en el aire. Sin embargo, ¿con qué escribieron el mensaje del espejo?

–Parece estar hecho con lápiz de ojos –dijo Lisa.

–Sí, a mí también me lo parece –asintió Jenny.

Buscaron un lápiz de ojos negro por todo el baño sin conseguir encontrarlo.

–Magnífico –masculló el comisario, exasperado–. De modo que el lápiz de ojos ha desaparecido junto con, tal vez, dos personas que se encerraron aquí. Dos personas esfumadas de una habitación cerrada.

Los cuatro bajaron al mostrador de recepción. Según el registro de huéspedes, la habitación donde habían encontrado el mensaje estaba ocupada por un tal señor Harold Ordway y esposa, de San Francisco.

–No hay ningún huésped con el nombre de Timothy Flyte –informó el comisario, cerrando el registro.

–Bien –comentó el teniente Whitman–, supongo que es todo lo que podemos hacer aquí de momento.

Jenny se sintió aliviada al oírle decir eso.

–De acuerdo –asintió Bryce Hammond–. Vamos a buscar a Frank y los demás. Quizá hayan encontrado algo más que nosotros.

Echaron a andar por el vestíbulo. Tras un par de pasos, Lisa hizo que todos se detuvieran con un grito.

Entonces, un segundo después de que aquello captara la atención de la pequeña, todos los demás lo vieron. Estaba en una rinconera, justo bajo la luz teñida de rosa de una lámpara, tan minuciosamente enfocada que casi parecía una obra de arte de una exposición. Era la mano de un hombre. La mano seccionada de un hombre.

Lisa apartó la vista de tan macabro hallazgo.

Jenny sostuvo a su hermana, mirando por encima del hombro de ésta con espantada fascinación. La mano. La maldita, burlona, imposible mano...

Sostenía con fuerza un lápiz de ojos entre el pulgar y el índice. El lápiz de ojos. El mismo. Tenía que serlo.

Jenny estaba tan horrorizada como Lisa pero se mordió los labios y reprimió el grito. No era sólo la visión de la mano lo que le repelía y aterraba. Lo que había detenido y hecho arder cada respiración en su pecho era la certeza de que aquella mano no había estado en la rinconera unos minutos antes. Alguien la había colocado allí mientras estaban en el piso de arriba, sabedor de que la descubrirían. Alguien estaba burlándose de ellos; alguien con un sentido del humor terriblemente retorcido.

Los ojos caídos de Bryce Hammond estaban abiertos como no los había visto Jenny hasta entonces.

–Maldita sea, esa cosa no estaba aquí antes..., ¿verdad?

–No –confirmó Jenny.

El comisario y su segundo habían empuñado hasta este momento sus armas con el cañón apuntando al suelo. Ahora, las levantaron como si pensarán que la mano cortada podía soltar el lápiz de ojos, saltar de la mesa a la cara de alguno y arrancarle los ojos.

Se habían quedado sin habla.

Los dibujos en espiral sobre la alfombra parecían haberse convertido en serpientes de refrigeración que despidieran oleadas de aire helado.

Por encima de ellos, en una habitación alejada, un tablero o una puerta desengrasada crujió, gimió y volvió a cruji.

Bryce Hammond alzó la vista al techo del vestíbulo.

*Creeeeeeaaak.*

Podía tratarse solamente de un ruido de asentamiento natural. O podía ser cualquier otra cosa.

–Ahora no hay duda –dijo el comisario.

–¿No hay duda de qué? –preguntó el teniente Whitman, sin mirar al comisario y buscando otras posibles entradas al vestíbulo.

El comisario se volvió hacia Jenny.

–Cuando escucharon la sirena y la campana de la iglesia antes de nuestra llegada, usted dijo que se había dado cuenta de que, fuera lo que fuese que había sucedido en Snowfield, podía seguir produciéndose todavía.

–Sí.

–Y ahora sabemos que tenía usted razón.

## Campo de batalla

Jake Johnson aguardó junto a Frank, Gordy y Stu Wargle al final de la manzana de edificios, en un tramo de acera brillantemente iluminado frente al supermercado Gilmartin's.

Observó a Bryce Hammond saliendo del hotel Candleglow Inn y rogó a Dios que el comisario apretara el paso. No le gustaba estar bajo aquella luz. ¡Qué diablos!, era como encontrarse en medio del escenario. Jake se sentía vulnerable.

Era cierto que minutos antes, mientras investigaban algunos de los edificios de la calle, habían tenido que cruzar zonas en sombras donde la oscuridad había parecido latir y moverse como una criatura viviente, y Jake había mirado entonces aquel tramo de acera brillantemente iluminada con esperanza, impaciente por alcanzarlo. Jake había temido aquella oscuridad tanto como ahora temía la luz.

Se pasó una mano por su tupido cabello cano, con gesto nervioso. La otra mano reposaba en la empuñadura del revólver, guardado en su funda.

Jake Johnson no sólo tenía fe en la cautela, sino que la adoraba. La precaución era su dios. «Más vale prevenir que curar; más vale pájaro en mano que ciento volando; en boca cerrada no entran moscas.» Tenía un millón de refranes parecidos que, para él, eran hitos que señalaban la única ruta segura; más allá de ellos quedaba un frío vacío de riesgo, azar y caos.

Jake no se había casado. El matrimonio significaba la adopción de muchas responsabilidades nuevas. Significaba poner en riesgo las emociones, el dinero y todo el futuro de uno.

En lo relativo a las finanzas, también había llevado una vida cauta, frugal. Había ahorrado una suma bastante sustanciosa que tenía invertida en una amplia variedad de actividades.

A sus cincuenta y ocho años, Jake llevaba trabajando en el departamento de Policía del condado de Santa Mira más de treinta y siete. Hacía mucho que podría haberse retirado a disfrutar de su pensión, pero le preocupaba mucho la inflación y por ello había continuado en activo, engordando su pensión y ahorrando más y más dinero.

Su empleo de agente de la ley era, tal vez, la única decisión imprudente que Jake Johnson había tomado en su vida. Nunca había querido ser policía. ¡No, por Dios! Sin embargo, su padre. Big Ralph Johnson, había sido comisario del condado durante los años, cuarenta y cincuenta, y había puesto sus expectativas en que el hijo continuara sus pasos. Big Ralph nunca aceptaba un no por respuesta y Jake seguía convencido de que su padre le habría desheredado si no hubiera ingresado en el cuerpo de Policía. No era que la familia tuviese una gran fortuna, desde luego, pero

había una casa muy bonita y unas cuentas bancarias respetables. Y detrás del garaje de la casa, enterrados a un metro de profundidad, había varios tarros de vidrio de buen tamaño llenos de apretados fajos de billetes de veinte, cincuenta y cien dólares que Big Ralph había conseguido aceptando sobornos y que tenía reservados por si llegaban malos tiempos. Así pues, Jake se había hecho policía como su padre, quien finalmente había muerto a la edad de ochenta y dos años, cuando Jake tenía cincuenta y uno. Para entonces, Jake ya estaba condenado a ser un policía el resto de su vida laboral porque era lo único que sabía hacer.

Era un policía precavido. Por ejemplo, evitaba intervenir en las peleas y conflictos domésticos porque, en ocasiones, algún agente había muerto al tratar de interponerse entre parejas furiosas; en aquel tipo de confrontaciones, las pasiones se exacerbaban en exceso. Sólo había que ver a aquel agente inmobiliario. Fletcher Kale. Un año atrás, Jake había adquirido una parcela de terreno de montaña a través de Kale y el tipo le había parecido de lo más normal. Ahora, Kale había matado a su esposa y a su hijo. Si un policía hubiera aparecido en la escena, Kale le habría matado también. Por eso, cuando la central alertaba a Jake de que se estaba produciendo un atraco, él solía mentir sobre su situación y decía encontrarse tan alejado del lugar del delito que siempre había otra patrulla más próxima. Más tarde, aparecía en la escena del hecho, cuando la acción ya había terminado.

Sin embargo no era un cobarde. En más de una ocasión se había encontrado en plena línea de fuego y, en tales circunstancias, se había portado como un tigre, como un león, como un oso furioso. Simplemente, Jake era un hombre prudente.

Había algunos aspectos del trabajo policial que realmente le gustaban. La dirección del tráfico era agradable y el papeleo burocrático le encantaba. El único placer que le causaba efectuar un arresto era el hecho de tener que rellenar después los numerosos formularios que le mantenían anclado durante un par de horas en la central, a salvo de los peligros de la calle.

Por desgracia, esta vez el truco del papeleo le había salido mal. Precisamente estaba en la central rellenando formularios cuando se había recibido la llamada de la doctora Paige. Si hubiera estado en la calle, conduciendo su coche patrulla, habría podido evitar la misión.

Fuera como fuese, allí estaba ahora, inmóvil bajo una luz potente y ofreciendo un blanco perfecto. Maldita sea.

Para empeorar las cosas era evidente que algo tremendamente violento había recorrido el interior del supermercado Gilmartin's. Dos de las cinco grandes cristalerías de la fachada del establecimiento habían sido rotas desde dentro y los fragmentos de cristal cubrían toda la acera. Latas de carne para perros y otros productos habían atravesado los escaparates y aparecían ahora esparcidas por el pavimento. Jake tenía miedo de que el comisario se dispusiera a hacerles entrar en el supermercado para ver qué había sucedido, y temió que allí dentro todavía hubiera algo peligroso esperándoles.

El comisario, Tal Whitman y las dos mujeres llegaron por fin ante el supermercado y Frank Autry les enseñó el recipiente de plástico que contenía la

muestra de agua. El comisario informó que había encontrado otro charco enorme en Brookhart's y todos estuvieron de acuerdo en que quizá tuviera algún significado. Tal Whitman explicó al otro grupo lo del mensaje del espejo –¡y lo de la mano seccionada, Dios santo!– en el hotel. Nadie supo tampoco cómo interpretarlo.

El comisario Hammond se volvió hacia la fachada destrozada del establecimiento y dijo lo que Jake temía oír:

–Echemos una ojeada.

Jake no quiso ser el primero en cruzar las puertas. Ni tampoco de los últimos. Se las arregló para colarse en el centro de la comitiva.

La tienda estaba totalmente revuelta. Varios expositores metálicos habían sido volcados junto a las tres cajas registradoras. Caramelos, gomas de mascar, cuchillas de afeitar, libros de bolsillo y otros productos cubrían el suelo. Cajas de cereales estaban reventadas y vaciadas, con el reluciente cartón semienterrado bajo pequeñas dunas de copos de avena y maíz. Numerosas botellas de vinagre rotas emitían un penetrante olor. Tarros de mermelada, pepinillos en vinagre, mostaza, mayonesa y otras salsas, rotos en el suelo, formaban una masa viscosa.

Al llegar al principio del último pasillo de estanterías, Bryce Hammond se volvió hacia la doctora Paige.

–¿Solía estar abierta la tienda los domingos por la tarde?

–No –respondió Jenny–, pero creo que a veces empleaban esas horas para reponer los artículos de las estanterías. Lo hacían en ocasiones, no siempre.

–Echemos un vistazo a la parte de atrás –indicó el comisario–. Quizá encontremos algo interesante.

«Eso es lo que temo», se dijo Jake.

Avanzaron por el último pasillo detrás de Bryce Hammond, saltando o rodeando un montón de bolsas de azúcar y de harina de dos kilos, algunas de las cuales se habían abierto.

En la parte posterior del supermercado se alineaban los frigoríficos con las carnes, los quesos, los huevos y los productos lácteos. Detrás de los frigoríficos, que llegaban hasta la cintura del comisario, quedaba la zona de servicio del establecimiento, limpia a conciencia y reluciente, donde se cortaba, pesaba y envolvía para la venta la carne y los embutidos.

Jake paseó su nerviosa mirada por las mesas de porcelana y los tacos de carnicero, suspirando de alivio al comprobar que no había nada en ninguno de ellos. No le habría sorprendido ver el cuerpo del encargado del establecimiento limpiamente convertido en filetes, costillas y carne para asado.

–Inspeccionemos el almacén –indicó Bryce Hammond.

«No lo hagamos», pensó Jake.

–Quizá si... –empezó a decir Hammond.

Todas las luces se apagaron.

Las únicas cristaleras estaban en la fachada del supermercado, pero incluso allí reinaba la oscuridad; las farolas de la calle también estaban apagadas. Dentro, la oscuridad era completa, cegadora.

Varias voces hablaron al unísono.

–¡Las linternas!

–¡Jenny!

–¡Las linternas!

A continuación, sucedieron muchas cosas vertiginosamente.

Tal Whitman encendió una linterna y el haz de luz barrió el suelo como una cuchilla. En ese mismo instante, algo le golpeó por detrás; algo invisible que se había aproximado a él con increíble rapidez y sigilo al amparo de las sombras. Whitman fue lanzado hacia adelante y tropezó contra Stu Wargle.

Autry llevaba la otra linterna de mango largo sujeta al cinto mediante una presilla y se apresuró a sacarla. Sin embargo, antes de que pudiera encenderla, Wargle y Tal Whitman cayeron sobre él y los tres rodaron por el suelo.

En la caída, la linterna saltó de las manos de Tal. Bryce Hammond, brevemente iluminado por el descontrolado haz de luz, trató de asirla al vuelo, pero falló.

La linterna cayó al suelo y rodó por él dando forma a sombras extravagantes y movedizas con cada vuelta, sin llegar a iluminar nada.

Y algo frío tocó la nuca de Jake. Algo frío y ligeramente húmedo... pero indudablemente vivo.

Dio un salto al percibir el contacto, tratando de apartarse y volverse.

Algo le rodeó por el cuello con la rapidez de un látigo.

Jake jadeó, luchando por respirar.

Antes de que pudiera levantar las manos para resistirse a su agresor, se encontró con los brazos inmovilizados.

Estaba siendo levantado del suelo como si fuera un niño.

Intentó gritar pero una mano helada le tapó la boca. Por lo menos

Jake pensó que era una mano, aunque el tacto era el de una anguila, frío y húmedo.

Además apestaba. No mucho. No emitía vaharadas de hedor, pero el olor era tan diferente a cualquier cosa que Jake pudiera reconocer, tan penetrante e inclasificable, que incluso en pequeñas dosis resultaba casi insoportable.

Una oleada de terror y repulsión recorrió todo su ser y Jake notó que estaba en presencia de algo inimaginablemente extraño e incuestionablemente maléfico.

La linterna todavía rodaba por el suelo. Apenas había transcurrido un par de segundos desde que Tal la había dejado caer, aunque a Jake le parecía que había pasado mucho más tiempo. Ahora, la linterna dio una última vuelta y fue a chocar contra la base del frigorífico de productos lácteos; el cristal se rompió en incontables pedazos y se vieron privados incluso de aquella escasa luz errática. Con ella, se apagó también la esperanza.

Jake se agitó, saltó, se retorció y se revolvió en un baile epiléptico presa del pánico, en un fandango espasmódico tratando de escapar. A pesar de todo, no consiguió liberar ni siquiera una mano. Su invisible adversario se limitó a apretar más su abrazo.

Jake escuchó a los demás llamarse unos a otros; sus voces sonaban muy lejanas.



## De repente

Jake Johnson había desaparecido.

Antes de que Tal pudiera localizar la linterna intacta, la que se le había caído a Frank Autry, las luces del supermercado parpadearon y volvieron a brillar con normalidad. El apagón no había durado más de quince o veinte segundos.

Pero Jake no estaba.

Le buscaron. No estaba en los pasillos, ni en la zona de carnicería, ni en el almacén, ni en la oficina ni en el aseo de empleados.

Salieron de la tienda –ahora sólo eran siete– y siguieron a Bryce avanzando con extrema cautela, con la esperanza de encontrar a Jake fuera, en la calle. Sin embargo, tampoco estaba allí.

El silencio de Snowfield era un mudo grito de burla.

Tal Whitman pensó que la noche parecía ahora infinitamente más oscura que minutos antes. Era una enorme boca en la que habían entrado sin advertirlo. Y aquella noche profunda y vigilante estaba hambrienta.

–¿Dónde puede haber ido? –preguntó Gordy con aspecto casi salvaje, como sucedía siempre que fruncía el ceño, aunque esta vez sólo estaba, en realidad, atemorizado.

–No ha ido a ninguna parte –replicó Stu Wargle–. Se lo han llevado.

–¿Por qué no ha pedido ayuda?

–No ha tenido ocasión.

–¿Cree que está vivo... o muerto? –preguntó la menor de las hermanas Paige.

–Encanto, yo no tendría muchas esperanzas –respondió Wargle frotándose la perilla–. Apuesto hasta el último dólar a que encontraremos a Jake en alguna parte, tieso como un palo, hinchado y amoratado como los demás.

La chiquilla frunció el ceño y se apretó con fuerza a su hermana.

–¡Eh!, no demos por muerto a Jake tan de prisa –intervino Bryce.

–Estoy de acuerdo –añadió Tal–. Es cierto que hay muchos muertos en el pueblo, pero me parece que la mayoría de los vecinos no están muertos, sino desaparecidos.

–Están todos más muertos que niños bombardeados con napalm, ¿no es cierto, Frank? –insistió Wargle, que no dejaba pasar la menor oportunidad para pinchar a Autry con referencias a sus años, de guerra en Vietnam–. Sólo que aún no los hemos encontrado.

Frank no mordió el anzuelo. Era demasiado listo y se controlaba lo suficiente para no hacerlo.

–Lo que no entiendo –se limitó a responder– es por qué eso no se nos llevó a todos cuando tuvo ocasión. ¿Por qué se limitó a derribar a Tal?

–Estaba manipulando la linterna –respondió el teniente–. Y esa cosa no quería que lo hiciera.

–Sí –continuó Frank–, pero ¿por qué fue Jake el único del grupo que se llevó y por qué huyó luego tan rápidamente?

–Está burlándose de nosotros –dijo la doctora Paige. La luz de la farola hizo destellar en sus ojos una llamarada verde–. Es como lo que decía de la campana de la iglesia y la sirena de los bomberos. Parece estar jugando al gato y al ratón.

–Pero ¿porqué? –preguntó Gordy con exasperación –. ¿Qué busca esa cosa con todo esto? ¿Qué quiere?

–Un momento –pidió Bryce–. ¿Cómo es que todo el mundo ha empezado a hablar de repente de «eso», de «esa cosa»? La última vez que he realizado una encuesta informal, creo que el consenso general era que únicamente un grupo de psicópatas asesinos podría haber hecho algo así. Un grupo de maníacos. Personas.

Se miraron unos a otros con inquietud. Nadie tenía ganas de decir lo que le rondaba en la cabeza. Ahora eran concebibles cosas antes impensables. Eran cosas que la gente razonable no podía poner fácilmente en palabras.

Llegó una racha de viento salida de las tinieblas y los dóciles árboles se inclinaron en gesto de reverencia.

Las farolas parpadearon.

Todos dieron un brinco, alarmados por la inconstancia de la iluminación. Tal se llevó la mano a la empuñadura del revólver, que guardaba en su funda. Sin embargo, las luces no se apagaron.

Escucharon con atención el silencio del «pueblo cementerio». El único sonido era el susurro de los árboles agitados por el viento, que era como el último largo jadeo antes de la muerte, un prolongado aliento agónico.

«Jake está muerto –pensó Tal para sí–. Por una vez, Wargle tiene razón. Jake está muerto y quizá el resto de nosotros también, sólo que todavía no lo sabemos.»

Bryce se volvió hacia Frank Autry y le preguntó:

–Frank, ¿por qué ha dicho «eso» en lugar de «ellos» o cualquier otra cosa?

Frank volvió la mirada a Tal en busca de ayuda, pero el teniente no estaba seguro de por qué él mismo había dicho «eso». Frank carraspeó. Cambió el peso del cuerpo de una pierna a la otra y observó a Bryce. Luego, se encogió de hombros.

–Bien, comisario, supongo que he dicho «eso» porque... en fin... porque un soldado, un adversario humano, habría acabado con nosotros en el supermercado cuando tuvo la oportunidad. Podía haber terminado con todos nosotros en un instante, bajo la oscuridad.

–Entonces, ¿qué cree? ¿...Qué ese adversario no es humano?

–Quizá podría ser algún tipo de... de animal.

–¿Un animal? ¿Es eso realmente lo que piensa?

–No, comisario.

Frank parecía cada vez más incómodo.

–Entonces, ¿qué? –insistió Bryce.

–Diablos, no sé qué pensar –replicó Frank con voz de frustración–. Yo tengo entrenamiento militar, como ya sabe. Y a los militares no les gusta meterse a ciegas en ninguna situación. Los militares planifican su estrategia meticulosamente. Pero sobre todo, una estrategia acertada y sólida depende para su planificación de una serie de datos y experiencias fiables: ¿Qué han hecho otros en circunstancias parecidas? ¿Qué ha sucedido en batallas comparables de otras guerras? ¿Qué soluciones triunfaron y cuáles fracasaron? En cambio, esta vez no existen batallas comparables, ni experiencias en las que basarse. Este asunto es tan extraño que no puedo dejar de concebir al enemigo como «una cosa» neutra y sin rostro.

Bryce se volvió hacia la doctora Paige y repitió la pregunta:

–¿Qué me dice usted? ¿Por qué ha utilizado la palabra «eso»?

–No estoy segura. Tal vez porque escuché usarla al agente Autry.

–Pero fue usted quien propuso la teoría de una variedad mutante de rabia que podía crear una jauría de locos homicidas. ¿Acaso la descarta ahora?

–No –respondió ella, frunciendo el ceño–. De momento no podemos descartar nada. De todos modos, comisario, en ningún momento pretendí dar a entender que era la única teoría posible.

–¿Tiene alguna otra?

–No.

–¿Qué me dices tú? –dijo Bryce, volviéndose hacia Tal.

El teniente parecía tan incómodo como lo había estado Frank momentos antes.

–Bueno, supongo que he empleado la palabra «eso» porque ya no puedo seguir aceptando la teoría de los maníacos homicidas.

Los párpados caídos de Bryce se alzaron más de lo habitual.

–¡Ah! ¿Por qué no?

–Por lo que ha sucedido en el hotel –respondió Tal–. Cuando bajamos al vestíbulo y encontramos la mano sobre la rinconera, sosteniendo el lápiz de ojos que estábamos buscando..., bueno... eso no parecía propio de la actuación de un desquiciado homicida. Todos hemos sido policías el tiempo suficiente para haber afrontado algunos casos de personas desequilibradas. ¿Alguien se ha encontrado alguna vez con un tipo de esos que tuviera sentido del humor? ¿Aunque fuera un humor retorcido y desagradable? No, siempre son personas sin humor. Han perdido la capacidad de reírse de nada y ésa es, en parte, probablemente la razón de que estén desquiciadas. Por eso, cuando vi esa mano en la mesilla del vestíbulo, me pareció ilógico. Estoy de acuerdo con Frank: a partir de ahora, voy a pensar en nuestro enemigo como en un «eso» sin rostro.

–¿Por qué no está dispuesto ninguno de ustedes a aceptar lo que siente? –intervino Lisa Paige en voz baja. Tenía catorce años, era una adolescente camino de convertirse en una muchacha encantadora, pero todavía les contempló uno por uno abiertamente, con la inconsciencia de una niña–. De algún modo, en lo más hondo de cada uno, todos sabemos que no han sido personas las que han hecho todo esto. Se trata de algo realmente horrible... ¡Señor, sólo hay que notarlo...! Algo extraño y

desagradable. Sea lo que sea, todos lo hemos notado. Y todos le tenemos miedo. Por eso todos nos esforzamos en no reconocer que existe y está aquí.

Sólo Bryce mantuvo la mirada de la muchacha, estudiándola pensativo. Los demás apartaron los ojos de Lisa. Y prefirieron no mirarse tampoco entre ellos.

«No queremos asomarnos a nuestro fuero interno –pensó Tal–, y eso es precisamente lo que nos está diciendo que hagamos esa chiquilla. No queremos mirar en nosotros mismos y descubrir una serie de supersticiones primitivas. Nosotros somos adultos civilizados, razonablemente instruidos, y se supone que los adultos no creen en el hombre del saco.»

–Lisa tiene razón –respondió Bryce–. El único modo en que vamos a resolver esto..., el único modo, quizá, de evitar convertirnos nosotros también en víctimas, será mantener abiertas nuestras mentes y dar rienda suelta a la imaginación.

–Estoy de acuerdo –intervino la doctora Paige.

–Pero entonces, ¿qué se supone que debemos pensar? –quiso saber Gordy Brogan, moviendo la cabeza en gesto de negativa–. ¿Cualquier cosa? Me refiero a si no hay límites. ¿Se supone que debemos empezar a preocuparnos de fantasmas, espectros, hombres lobo y... vampiros? Seguro que habrá cosas que podamos descartar.

–Naturalmente –asintió Bryce con tono paciente–. Nadie dice que nos estemos enfrentando a fantasmas o a licántropos, pero tenemos que entender que estamos tratando con lo desconocido. Eso es: con lo desconocido.

–No lo acepto –protestó Stu Wargle con aire hosco–. ¡Lo desconocido...! ¡Una mierda! Cuando todo esto haya acabado, descubriremos que ha sido obra de algún perverso, de algún cerdo apestoso nada distinto a cualquiera de los cerdos apestosos con los que hemos tratado en otras ocasiones.

–Wargle, esa manera de pensar es precisamente lo que nos puede hacer pasar por alto algún rastro importante. Y también lo que nos puede llevar a todos a la muerte –sentenció Frank.

–Espera y verás –replicó Wargle–. Descubrirás que tenía razón.

Escupió en la acera, enganchó los pulgares en el cinto e intentó dar la impresión de que era el único del grupo con la cabeza en su sitio.

Tal Whitman vio algo más tras la pose de macho de Wargle: vio terror. Aunque era el hombre menos sensible que Tal había conocido en su vida, Stu no había dejado de percibir la respuesta primitiva de la que había hablado Lisa Paige. Lo reconociera o no, era evidente que sentía el mismo escalofrío que helaba hasta los huesos a todos los demás.

Frank Autry también advirtió que la actitud imperturbable de Wargle era una postura. En un tono de admiración exagerada, falsa, comentó:

–Stu, tu excelente ejemplo nos da fuerzas. Nos inspira. ¡Qué haríamos sin ti!

–Sin mí –replicó Wargle con acritud–, tú te colarías en seguida por el agujero del retrete, Frank.

Con fingido desmayo, Frank paseó la mirada por Tal, Gordy y Bryce.

–¡Vaya humos tiene ese hombre!

–Desde luego, pero no le des la culpa a Stu. En su caso –dijo Tal–, esos humos sólo son el resultado de los frenéticos esfuerzos de la naturaleza para llenar un vacío: el de su cabeza.

Era una pequeña broma, pero la risa que provocó fue grande. Si bien a Stu le gustaba utilizar el aguijón, le desagradaba ser víctima de él; a pesar de todo, consiguió esbozar una sonrisa.

Tal se dio cuenta de que no se estaban riendo tanto del chiste como de la Muerte, riéndose ante su rostro esquelético.

Pero cuando la risa se desvaneció, la noche seguía oscura.

El pueblo seguía en un silencio sobrenatural.

Jake Johnson seguía desaparecido.

Y «eso» seguía allí.

La doctora Paige se volvió a Bryce Hammond.

–¿Está dispuesto a investigar la casa de los Oxley?

Bryce hizo un gesto de negativa con la cabeza.

–Ahora mismo, no. Me parece que no es aconsejable seguir haciendo más pesquisas hasta que tengamos refuerzos. Si puedo evitarlo, no quiero perder otro hombre.

Tal vio pasar por los ojos de Bryce una sombra de angustia al mencionar a Jake.

«Bryce, amigo mío –pensó–, siempre te cargas en exceso la responsabilidad cuando algo sale mal, igual que siempre te apresuras demasiado a compartir los honores por unos éxitos que han sido enteramente tuyos.»

–Volvamos a la comisaría –añadió Bryce–. Tenemos que planificar con cuidado nuestros movimientos, y hay unas llamadas que debo hacer.

Regresaron por la misma ruta que habían seguido al venir. Stu Wargle, dispuesto todavía a demostrar su valentía, insistió en ocupar la retaguardia en esta ocasión y avanzó contoneándose detrás del grupo.

Cuando llegaron a Skyline Road, sonó una campana de iglesia, provocando un sobresalto. La campana tañó otra vez, lentamente, otra vez, lentamente, otra vez...

Tal notó reverberar en sus dientes el sonido metálico.

Todos se habían detenido en la esquina a escuchar las campanadas y miraban al oeste, hacia el otro extremo de Vail Lane. Apenas a una bocacalle de distancia, un campanario de ladrillo se alzaba sobre los demás edificios; tenía una pequeña luz en cada esquina del tejado de pizarra, muy puntiagudo.

–Es la iglesia católica –les informó la doctora Paige, levantando la voz para hacerse oír en el estruendo–. Todas las aldeas de los alrededores pertenecen a su parroquia. Nuestra Señora de las Montañas.

El tañido de una campana de iglesia puede ser una música armoniosa, pero no había nada de alegre en ésta, se dijo Tal.

–¿Quién la hace sonar? –se preguntó Gordy en voz alta.

–Quizá no la mueve nadie –respondió Frank–. Tal vez está conectada a algún artillugio cronometrador.

La campana sonó una vez más en la torre iluminada, esparciendo su tañido metálico con una nota diáfana.

–¿Suena habitualmente a esta hora de la noche del domingo? –preguntó Bryce a la doctora Paige.

–No –respondió ésta.

–Entonces, no funciona automáticamente.

A una calle de distancia, allá arriba, la campana se movió y sonó una vez más.

–¿Quién tira de la cuerda, pues? –preguntó Gordy Brogan.

Una imagen macabra asaltó la mente de Tal Whitman: Jake Johnson, amoratado, abotargado y frío como una piedra, en la cámara del campanero al pie de la torre de la iglesia con la cuerda enrollada en sus manos sin sangre, muerto pero diabólicamente animado. Muerto pero tirando de la cuerda de todos modos, tirando y tirando, con su rostro vuelto hacia arriba y la ancha sonrisa melancólica de un cadáver, con los ojos saltones fijos en la campana que se balanceaba y tañía bajo el tejado puntiagudo.

Se estremeció.

–Quizá deberíamos ir hasta la iglesia y ver quién anda ahí – propuso Frank.

–No –replicó Bryce al instante–. Eso es lo que pretende que hagamos. Esa cosa quiere que entremos a investigar. Quiere tenernos dentro de la iglesia y entonces apagar las luces y...

Tal advirtió que también Bryce utilizaba ahora la expresión «esa cosa».

–Sí –le apoyó Lisa Paige–. Está por aquí en este mismo instante, esperándonos.

Ni siquiera Stu Wargle estaba dispuesto a animarles a visitar la iglesia, de momento.

Bajo el alero del tejado la campana, visible ahora, se meció reflejando un haz de luz metálica, se balanceó, brilló y siguió moviéndose y parpadeando como si, al tiempo que liberaba su monótono sonido, estuviera lanzando un mensaje en morse con poder hipnótico: Tenéis sueño... cada vez más sueño... Os estáis durmiendo, durmiendo... estáis profundamente dormidos, en trance... estáis bajo mi poder... vendréis a la iglesia. .. vendréis ahora, venid, venid, venid a la iglesia y veréis la maravillosa sorpresa que os aguarda aquí... venid... venid...

Bryce se sacudió como si despertara de un sueño.

–Si eso quiere que vayamos a la iglesia –dijo–, es una buena razón para no ir. No seguiremos explorando hasta que sea de día.

El grupo dio media vuelta en Vail Lane y se encaminó al norte por Skyline Road hacia la comisaría, más allá del restaurante Mountainview.

Apenas habían recorrido diez metros cuando la campana dejó de sonar. Una vez más, el lúgubre silencio cayó sobre el pueblo como un fluido viscoso, cubriéndolo todo.

Cuando llegaron a la comisaría, descubrieron que el cuerpo de Paul Henderson había desaparecido. Parecía como si el agente se hubiera levantado y echado a andar, sencillamente. Como Lázaro.

## Contención

Bryce estaba sentado ante el escritorio que había pertenecido a Paul Henderson. Había apartado a un lado el ejemplar abierto del *Time* que, al parecer, Paul estaba leyendo cuando los acontecimientos se habían precipitado sobre Snowfield. Ahora, sobre el escritorio había una hoja de papel amarillo garabateada con la económica escritura de Bryce.

En torno a él, los otros seis se afanaban en llevar a cabo las tareas que les habían asignado. En la comisaría reinaba una atmósfera de tiempo de guerra. La resuelta determinación de sobrevivir había provocado que surgiera entre ellos un frágil, aunque creciente, sentido de camaradería. Incluso había un cauto optimismo, basado quizá en la observación de que todavía estaban vivos mientras tanto otros habían muerto.

Bryce repasó rápidamente la lista que había redactado, tratando de averiguar si se había dejado algo. Por fin, acercó el teléfono. Al descolgar, obtuvo el tono de marcar inmediatamente y se sintió aliviado por ello, pensando en las dificultades que había tenido Jennifer Paige en este aspecto.

Titubeó antes de efectuar la primera llamada. La comprensión de la inmensa importancia de aquel momento caía como una pesada carga sobre sus hombros. El salvaje exterminio de toda la población de Snowfield no se parecía a nada sucedido con anterioridad. En cuestión de horas llegarían al condado de Santa Mira centenares de periodistas de todas partes del mundo. Las principales cadenas de televisión empezarían a interrumpir sus emisiones habituales con boletines y conexiones durante el tiempo que durara la crisis. La cobertura de los medios de comunicación sería intensa. Hasta que el mundo supiera si había tenido que ver en los hechos algún tipo de germen mutado, cientos de millones de personas aguardarían sin aliento y se preguntarían si en Snowfield se había dado a conocer su propia sentencia de muerte. E, incluso si se descartaba la presencia de una enfermedad, la atención del mundo no se desviaría de Snowfield hasta que el misterio hubiera sido explicado. Las presiones para encontrar una solución serían insoportables.

A nivel personal, la vida de Bryce cambiaría también para siempre. Estaba al mando de las fuerzas policiales y, por tanto, saldría su nombre en todas las informaciones. La perspectiva le consternaba, pues no era el tipo de comisario a quien gustara destacar. Prefería mantenerse en segundo plano.

Pero ahora no podía limitarse a abandonar Snowfield.

Marcó el teléfono de emergencia de su despacho en Santa Mira, saltándose a la telefonista. El sargento de guardia era Charlie Mercer, un buen hombre con el que se podía contar para que hiciera exactamente lo que se le ordenaba.

Charlie respondió antes de que terminara el segundo zumbido.

–Despacho del comisario –dijo con su voz llana, nasal.

–Charlie, soy Bryce Hammond.

–Sí, señor. Nos estábamos preguntando qué sucedía ahí arriba. Bryce le hizo un breve resumen de la situación en Snowfield.

–¡Santo Dios! –exclamó Charlie–. ¿Jake también está muerto?

–No lo sabemos con seguridad. Esperemos que no. Ahora escuche,

Charlie, tenemos un montón de cosas que hacer durante las próximas dos horas y sería más fácil para nosotros si pudiéramos guardar el secreto hasta que hayamos establecido nuestra base aquí y hayamos cerrado los accesos. Contención, Charlie, ésa es la clave. Snowfield debe quedar cerrado herméticamente, y será mucho más fácil conseguirlo si podemos actuar antes de que empiecen a asomar los periodistas por las montañas. Sé que puedo contar con usted para mantener las bocas cerradas, pero hay algunos agentes que...

–No se preocupe –dijo Charlie–. Podemos retener la información ese par de horas.

–Muy bien. En primer lugar, quiero doce hombres más. Dos, al control de carreteras del desvío a Snowfield. Los otros diez, aquí conmigo. Si puede, escoja hombres solteros, sin familia.

–¿Realmente están tan feas las cosas?

–Lo están. Y es mejor que sea gente sin parientes en Snowfield. Algo más: tendrán que traer comida y agua para un par de días. No quiero que consuman nada de Snowfield hasta que sepamos con seguridad que los productos del pueblo no están contaminados.

–De acuerdo.

–Cada hombre debe traer su arma corta, un fusil antidisturbios y gases lacrimógenos.

–Anotado.

–Esto le dejará con pocos efectivos, y la cosa se pondrá peor cuando empiecen a llegar los medios de comunicación. Tendrá que llamar a los agentes auxiliares para dirigir el tráfico y controlar a la gente. Otra cosa, Charlie, usted conoce bastante bien esta parte del condado, ¿verdad?

–He nacido y crecido en Pineville.

–Eso me parecía. He estado estudiando el mapa y, por lo que he observado, sólo hay dos rutas que conduzcan a Snowfield. Primero está la carretera, que ya tenemos bloqueada. –Bryce hizo girar la silla y observó el enorme mapa enmarcado en la pared–. Después hay un viejo camino cortafuegos que conduce hasta poco antes de la cresta de la montaña, por el otro lado. Donde termina el camino, parece empezar un sendero conocido y transitado. Desde ese punto sólo se puede avanzar a pie pero, por lo que parece en el mapa, va a salir justo en la parte alta de la pista de esquí más larga de esta cara de la montaña, encima de Snowfield.



–Sí –respondió Charlie–. He recorrido de excursión ese paraje. Su nombre oficial es sendero de montaña de Old Mount Greentree, aunque la gente de aquí lo llamamos la carretera del Linimento.

–Tendremos que situar un par de hombres al pie del camino cortafuegos y echar atrás a cualquiera que intente llegar por ahí.

–Tendría que ser un reportero de lo más intrépido para intentarlo.

–No podemos correr riesgos. ¿Conoce alguna ruta más que no aparezca en el mapa?

–No –respondió Charlie–. Salvo por esos dos caminos, no se puede llegar a Snowfield más que a campo traviesa, abriéndose paso cada condenado palmo de terreno. Esa zona es de matorral tupido; en absoluto es un lugar adecuado para excursionistas de fin de semana. ¡Ni hablar! Ni siquiera un montañero avezado intentaría llegar a campo traviesa. Sería una absoluta estupidez.

–Muy bien. Otra cosa que necesito es un número de teléfono de los archivos. ¿Recuerda aquel seminario sobre mantenimiento del orden al que asistí en Chicago hace unos... dieciséis meses? Uno de los participantes era un militar. Copperfield, creo que se llamaba. General Copperfield.

–Claro –dijo Charlie–. De la división de Guerra Química y Bacteriológica del cuerpo de Sanidad del Ejército.

–Eso es.

–Creo que la oficina de Copperfield se llama Unidad de Defensa Civil. Aguarde. –Charlie estuvo lejos del teléfono menos de un minuto. Volvió con el número y se lo cantó a Bryce–. Está en Dugway, Utah. ¡Jesús!, ¿cree usted que eso del pueblo es algo que podría hacer venir corriendo a esa gente? Parece alarmante.

–Lo es de verdad –asintió Bryce–. Un par de cosas más. Quiero que ponga un nombre en el teletipo. Timothy Flyte. –Bryce lo deletreó–. Sin descripción. Sin dirección conocida. Investigue si está reclamado en alguna parte. Compruébelo con el FBI, también. Después, descubra lo que pueda del señor Harold Ordway y esposa, de San Francisco. –Leyó a Charlie la dirección que habían encontrado en el registro de huéspedes del hotel Candleglow Inn–. Una última cosa. Cuando esos doce hombres salgan para aquí, hágalos traer unas bolsas de plástico para cadáveres del depósito municipal.

–¿Cuántas?

–Para empezar, unas... doscientas.

–¿Eh...? ¿Dos... doscientas?

–Quizá necesitemos muchas más antes de que todo esto termine.

Tal vez tengamos que pedir las prestadas a otros condados. Será mejor que lo compruebe. Mucha gente parece haber desaparecido únicamente, pero aún podrían aparecer sus cuerpos. Había unas quinientas personas viviendo aquí. Es posible que necesitemos esa cantidad de bolsas.

Y quizá más de quinientas, pensó Bryce. Porque tal vez necesitarían unas cuantas para ellos mismos.

Aunque Charlie había prestado atención cuando Bryce le decía que todo el pueblo había sido aniquilado, y aunque sin duda había creído sus palabras, era evidente que no había comprendido del todo, emocionalmente, las terribles dimensiones del desastre hasta que había oído la solicitud de doscientas bolsas para conservar cuerpos. Una imagen de todos aquellos cadáveres, sellados en plástico opaco y apilados unos sobre otros en las calles de Snowfield... eso era lo que finalmente le había sacudido.

–¡Santa Madre de Dios! –musitó Charlie Mercer.

Mientras Bryce Hammond estaba al teléfono con Charlie Mercer, Frank y Stu empezaron a desmontar la voluminosa emisora de radio policial colocada junto a la pared del fondo de la sala. Bryce les había dicho que averiguaran qué le sucedía al aparato, pues no había señales visibles de daños.

La placa frontal estaba sujeta mediante diez tornillos apretados con fuerza. Frank los fue aflojando uno a uno.

Como de costumbre, Stu no fue de gran ayuda y se pasó todo el rato mirando a la doctora Paige, que estaba en el otro extremo de la sala trabajando en otro asunto con Tal Whitman.

–Desde luego, está para comérsela –murmuró Stu, lanzando una mirada codiciosa a la doctora al tiempo que se hurgaba la nariz.

Frank no dijo nada.

Stu contempló lo que se había sacado de la nariz, inspeccionándolo como si fuera una perla descubierta en una ostra. Después, volvió a mirar a la doctora.

–Mira cómo llena los tejanos. ¡Señor, me encantaría hundir mi palo ahí!

Frank miró fijamente los tres tornillos que ya había extraído de la placa y contó hasta diez, venciendo el deseo de arrojar uno de ellos a la dura mollera de Stu.

–Espero que no seas tan estúpido como para dar el menor paso hacia ella.

–¿Porqué no? Es una tía buena como he visto pocas.

–Inténtalo y el comisario te enseñará lo que es bueno.

–No me asusta.

–Me asombras, Stu. ¿Cómo puedes pensar en el sexo en estos momentos? ¿No se te ha ocurrido pensar que todos podríamos morir aquí esta noche, quizá dentro de un minuto?

–Más a mi favor para darle un buen repaso si tengo ocasión –replicó Stu Wargle –. ¡Mierda!, si estamos viviendo de prestado, ¿a quién le importa? Quién quiere morir flácido, ¿no? Incluso la otra no está mal.

–La otra, ¿qué?

–La chica, la pequeña –dijo Stu.

–Sólo tiene catorce años.

–¡Qué maravilla!

–Es una niña, Wargle.

–Ya es lo bastante mayor.

–Eres repugnante.

–¿No te gustaría tener sus firmes muslitos alrededor de la cintura, Frank?

El destornillador se salió de la muesca del tornillo y resbaló por la placa metálica con un penetrante chirrido.

Con una voz apenas audible pero que, a pesar de todo, dejó helada la sonrisa de Wargle, Frank masculló:

–Si alguna vez me entero de que has puesto uno solo de tus asquerosos dedos en esa chica o en cualquier otra niña de su edad, en algún sitio y en alguna ocasión, no sólo voy a presentar cargos contra ti, Wargle, sino que iré a por ti. Sé cómo cargarme a un hombre, te lo advierto. En Vietnam no fui ningún chupatintas. Estuve en los campos. Y todavía sé manejarme. Y sé cómo tratarte, ¿me oyes? ¿Me crees?

Por un instante, Wargle fue incapaz de hablar. Se limitó a contemplar a Frank a los ojos.

Hasta ellos llegaban las conversaciones desde otros puntos de la sala, pero las palabras resultaban irreconocibles. Con todo, era evidente que nadie se había dado cuenta de lo que sucedía junto a la radio.

Por fin, Wargle parpadeó, se humedeció los labios, se miró las puntas de los zapatos y alzó de nuevo los ojos al tiempo que ponía una sonrisa entre temerosa y desilusionada.

–¿Me crees? –insistió Frank.

–Claro, claro. Pero te juro que no lo decía en serio. Sólo estaba dándole a la lengua. Comentarios de oficina, ya sabes. Seguro que entiendes que no lo decía en serio. Por el amor de Dios, ¿acaso crees que soy un perverso de esos? Vamos a olvidarlo Frank, ¿de acuerdo?

Frank siguió mirándole unos instantes más. Luego, dijo:

–Terminemos de desmontar esa radio.

Tal Whitman abrió el gran armero metálico.

–Cielo santo, es un buen arsenal –dijo Jenny Paige.

El teniente le pasó las armas y ella las alineó sobre una mesa próxima. El armero parecía contener una cantidad excesiva de armas de fuego para un pueblo como Snowfield. Dos fusiles de alta potencia con miras telescópicas. Dos subfusiles semiautomáticos. Dos rifles no mortales para disturbios, que eran armas especialmente modificadas que sólo disparaban perdigones blandos de plástico. Dos pistolas de bengalas. Dos rifles para lanzar granadas de gases. Y tres armas cortas, dos de calibre 38 y una gran Smith & Wesson 357 Magnum.

Mientras el teniente apilaba cajas de munición en la mesa, Jenny inspeccionó detenidamente la Magnum.

–Un auténtico monstruo, ¿verdad?

–Sí. Se puede detener en seco a un toro con eso.

–Parece que Paul lo tenía todo en perfecto estado.

–Maneja usted las armas como si las conociera bien –dijo Tal, colocando más munición en la mesa.

–Nunca me han gustado las armas, ni pensaba que llegara a tener ninguna – comentó ella–. Sin embargo, cuando llevaba tres meses viviendo aquí, empezamos a tener problemas con una pandilla de motoristas que decidió establecer una especie de retiro de verano en un paraje junto a la carretera de Mount Larson.

–Los Demonios del Cromado.

–Exacto –asintió Jenny–. Unos tipos de aspecto desagradable.

–Es una descripción muy suave.

–Un par de veces, mientras atendía unas llamadas nocturnas a domicilio en Mount Larson y Pineville, me encontré con una escolta motorizada que no había pedido. Se colocaron a ambos lados del coche, demasiado cerca para las normas de seguridad, y me sonrieron por las ventanillas, me gritaron, me hicieron gestos, muecas y otras tonterías. En realidad, no intentaron nada, pero la sensación fue realmente...

–... ¿de amenaza?

–Usted lo ha dicho. Así pues, compré una pistola, aprendí a dispararla y me saqué una licencia para llevarla.

El teniente empezó a abrir las cajas de munición.

–¿Ha tenido ocasión de usarla alguna vez?

–Bueno –dijo ella–, nunca he tenido que dispararle a nadie, gracias a Dios. Pero una vez tuve que enseñarla. Acababa de anochecer, iba camino de Mount Larson y los Demonios me escoltaron de nuevo. Pero esta vez fue distinto. Cuatro de ellos me cerraron y luego empezaron a reducir la velocidad, obligándome a hacerlo también. Finalmente, me forzaron a detenerme por completo en mitad de la carretera.

–Le debió de dar un buen vuelco el corazón.

–¡Desde luego que sí! Uno de los Demonios se apeó de su moto. Era grande, quizá uno noventa, con el cabello largo y rizado y con barba. Llevaba una cinta en la frente y un pendiente de oro. Tenía el aspecto de un pirata.

–¿Llevaba tatuado un ojo amarillo y rojo en la palma de cada mano?

–¡Sí! Bueno, al menos en la palma que puso contra el cristal del coche cuando miró al interior.

El teniente se apoyó en la mesa donde habían colocado las armas.

–Se llama Gene Terr –informó a Jenny–. Es el líder de los Demonios del Cromado. Ha estado dos o tres veces encerrado pero nunca por nada serio ni por mucho tiempo. Cuando parece que Jeeter, su apodo, está metido en algún lío importante, alguno de los suyos se responsabiliza de todas las acusaciones. Tiene un poder increíble sobre sus seguidores. Hacen lo que él quiere; es casi como si le adoraran. Incluso cuando están en la cárcel, Jeeter se ocupa de ellos haciéndoles llegar dinero y drogas, con lo cual se asegura su fidelidad. Sabe que no podemos tocarle y por eso siempre trata de sacarnos de nuestras casillas mostrándose educado y cooperador y simulando ser un ciudadano respetable. Para él, esa actuación resulta de lo más divertida. Pero volvamos a lo que usted estaba contando; ¿así que Jeeter se acercó al coche y se asomó a los cristales, observándola?

–Sí. Quería que saliera, pero me negué. Entonces dijo que, por lo menos, debería bajar el cristal de la ventanilla para que no tuviéramos que gritar para oírnos. Respondí que no me importaba gritar un poco. Él amenazó con romper el cristal si no lo bajaba. Yo sabía que, de hacerlo, Jeeter metería la mano y quitaría el seguro de la portezuela, de modo que consideré preferible apearme del coche por mi propia voluntad. En cuanto abrí y bajé, él intentó abalanzarse sobre mí. Yo respondí apretando la boca del cañón contra su vientre. El arma estaba amartillada, a punto para el disparo, y Jeeter lo advirtió al instante.

–¡Vaya!, me gustaría haber visto su cara –comentó el teniente Whitman con una sonrisa.

–Yo tenía un miedo de muerte –continuó Jenny, recordando la escena–. Me refiero a que estaba asustada de su presencia, por supuesto, pero también me daba miedo la idea de tener que apretar el gatillo. Ni siquiera estaba segura de poder hacerlo. Con todo, me daba cuenta de que no podía permitir que Jeeter viera la menor vacilación en mi actitud.

–Si la hubiera visto, Jeeter se la habría comido viva.

–Es lo que pensé. Por eso me mostré muy fría, llena de firmeza. Le dije que era médico, que iba camino de visitar a un paciente muy enfermo y que no permitiría que me detuvieran. Mantuve la voz baja. Los otros tres hombres seguían montados en sus motos y, desde la distancia a que se hallaban, no podían ver el arma ni escuchar claramente la conversación. Ese Jeeter parecía un tipo dispuesto a morir antes que permitir que alguien le viera obedecer las órdenes de una mujer, de modo que yo no quería ponerle en evidencia y arriesgarme con ello a que intentara alguna tontería.

–Desde luego, supo usted calarle en seguida –comentó el teniente, moviendo la cabeza.

–Después le recordé que algún día él podía necesitar un médico también. ¿Qué sucedería si por casualidad se caía de esa moto suya y quedaba tendido en medio de la carretera gravemente herido, y era yo el médico que aparecía... después de que él me hubiera hecho daño o me hubiera dado suficientes razones para tratarle mal? Le conté que los médicos pueden hacer cosas para complicar una herida, para asegurarse de que el paciente tenga una recuperación larga y dolorosa. Le pedí que pensara en ello.

Whitman la miró, boquiabierto. Jenny continuó:

–No sé si fue eso lo que le inquietó o si sólo fue la pistola, pero le vi titubear y, a continuación, empezó una gran parodia destinada a sus compinches. Les dijo que yo era una amiga de un amigo, y que me había conocido cierta vez, hacía años, pero que no me había reconocido al principio. También les ordenó que me trataran con toda la cortesía de que fueran capaces los Demonios. Nadie debía molestarme bajo ninguna circunstancia. Después, montó de nuevo en su Harley y se marchó, escoltado por los otros tres.

–¿Y usted continuó su camino a Mount Larson?

–¿Qué iba a hacer, si no? Todavía tenía que atender a mi paciente.

–Increíble.

–De todos modos, he de reconocer que estuve sudando y temblando hasta que llegué al pueblo.

–¿Y desde entonces no la ha molestado ningún motorista?

–No. De hecho, cuando pasan junto a mí alguna vez por esta zona, se limitan a sonreír y saludarme con la mano.

Whitman se echó a reír.

–Así pues –añadió Jenny–, ahí tiene la respuesta a su pregunta: Sé manejar un arma, en efecto, pero espero no tener que disparar nunca contra nadie.

La doctora contempló la Magnum 357 que tenía en la mano, frunció el ceño, abrió una caja de munición y empezó a cargar el arma.

El teniente sacó un par de balas de otra caja y cargó un fusil. Ambos permanecieron unos momentos en silencio. Luego, Whitman dijo:

–¿Realmente habría hecho usted lo que le dijo a Jeeter?

–¿El qué? ¿Dispararle?

–No. Me refiero a que si la hubiera lastimado, tal vez violado, y luego hubiera tenido usted ocasión de tratarle como paciente... ¿habría usted...?

Jenny terminó de cargar la Magnum, cerró el tambor con un chasquido y dejó el arma sobre la mesa.

–Bueno, estaría tentada de hacerlo. Sin embargo, por otra parte, tengo un respeto enorme por el juramento hipocrático, de modo que...

Bien..., supongo que esto significa que me dejo llevar por el corazón, pero le daría a Jeeter la mejor atención médica que pudiera.

–Sabía que diría eso.

–Hablo mucho, pero por dentro soy un pedazo de pan.

–Seguro –replicó él–. La manera cómo se enfrentó a ese Jeeter es la más valiente que he visto nunca, pero si él la hubiera maltratado y usted se hubiera aprovechado más tarde de su condición de médico para arreglar cuentas con él... Bueno, eso ya habría sido distinto.

Jenny alzó la vista del revólver del 38 que acababa de tomar del muestrario que llenaba la mesa y sus ojos miraron fijamente a los del negro teniente, claros e inquisitivos.

–Doctora Paige, usted tiene, como decimos nosotros, «lo que hay que tener». Si quiere, puede tutearme y llamarme Tal. Casi todo el mundo lo hace. Es la abreviatura de Talbert.

–Está bien, Tal. Y tú puedes llamarme Jenny.

–Hum... No estoy seguro de eso.

–¿Por qué no?

–Porque usted es médico y todo eso. Mi tía Becky, que fue quien me educó, siempre les tuvo un gran respeto a los médicos. Me suena raro llamar a una doctora por su... por su nombre de pila.

–Los médicos también somos personas, ¿sabes? Y teniendo en cuenta que aquí todos estamos en una especie de olla a presión...

–Eso no importa –la cortó Tal, moviendo la cabeza en gesto de negativa.

–Si te molesta, llámame como lo hace la mayoría de mis pacientes.

–¿Cómo?

–Simplemente, doc. Y tutéame.

–¿Doc? –El teniente se lo pensó unos segundos y una sonrisa cubrió luego su rostro lentamente–. Doc. Me hace pensar en uno de esos viejos bobalicones y pendencieros que solía interpretar Barry Fitzgerald en las películas de los años, treinta y cuarenta.

–Lo siento, pero no soy nada pendenciera.

–Tienes razón. Y tampoco eres una vieja bobalicona. Jenny se rió en silencio.

–Me gusta –continuó Whitman–. Doc. Sí. Y cuando te imagino clavándole el revólver en el vientre a ese Jeeter, lo encuentro perfecto. Cargaron dos armas más.

–Oye, Tal, ¿por qué tantas armas en la comisaría de un pueblo tan pequeño como Snowfield?

–Si se quiere contar con fondos estatales y federales para el presupuesto destinado al mantenimiento del orden en el condado, se debe cumplir una serie de requisitos de todo tipo que resulta ridícula. Una de las condiciones es que cada comisaría de estas características tenga este arsenal mínimo. Y ahora..., bueno... quizá deberíamos alegrarnos de contar con todo este armamento.

–Aunque de momento no hemos visto a nadie contra quien disparar.

–Sospecho que pronto lo encontraremos –dijo Tal–. Y te diré una cosa.

–¿Qué?

El rostro agraciado, oscuro y cuadrado del teniente podía mostrarse inquietamente hosco.

–No creo que debas preocuparte de si tienes que disparar contra otras personas. Por alguna razón, me parece que no es de las personas de lo que debemos preocuparnos.

Bryce marcó el número privado de la residencia del gobernador en Sacramento, que no aparecía en la guía telefónica. Habló con una sirvienta que insistió en que el gobernador no podía ponerse al teléfono, ni siquiera para atender una llamada de vida o muerte de un viejo amigo. La sirvienta quería que Bryce dejara el mensaje. A continuación, habló con el jefe de personal de la casa, que también le indicó que dejara el mensaje. Por fin, después de una larga espera, pudo hablar con Gary Poe, principal colaborador y consejero político del gobernador, Jack Retlock.

–Bryce –le dijo Gary–, Jack no puede ponerse al teléfono ahora mismo. Está ofreciendo una cena muy importante en el comedor. El ministro japonés de Comercio y el cónsul general en San Francisco.

–Gary...

–Estamos tratando por todos los medios que esa nueva fábrica de componentes electrónicos americano-japonesa se instale en California. Tenemos miedo de que termine yéndose a Texas, a Arizona o, tal vez, incluso a Nueva York. ¡Santo cielo, Nueva York!

–Gary...

–¿Por qué iban a tomar en consideración Nueva York, con todos los problemas sindicales y los impuestos que existen allí? A veces me parece que...

–¡Cállate, Gary!

–¿Eh?

Bryce nunca cortaba así a nadie. Incluso Gary Poe, que era capaz de hablar más alto y más de prisa que un charlatán de feria, enmudeció al instante.

–Gary, esto es una emergencia. Consigue que se ponga Jack.

En tono dolido, Poe respondió:

–Bryce, estoy autorizado para...

–Escucha, Gary, tengo muchas cosas que hacer durante las próximas dos horas. Esto es, si vivo el tiempo suficiente para ello. No puedo perder un cuarto de hora explicándote todo el asunto y luego otro cuarto de hora repitiéndoselo a Jack. Atiende: estoy en Snowfield y parece que todos los habitantes han muerto, Gary.

–¿Qué?

–Quinientas personas.

–Si es una broma, Bryce...

–Quinientos muertos. Y eso no es todo. Ahora, ¿querrás llamar a Jack, por el amor de Dios?

–Pero, Bryce, quinientos...

–¡Llama a Jack, maldita sea!

Gary Poe titubeó. Luego, murmuró:

–Amigo mío, será mejor que todo eso no sean tonterías... Soltó el teléfono y fue a buscar al gobernador.

Bryce había conocido a Jack Retlock diecisiete años, antes. Al ingresar en la policía de Los Ángeles, había sido asignado a Jack para el año de prácticas. Para entonces, Jack era un veterano con siete años, en el cuerpo, un agente curado de espantos. De hecho, Jack le había parecido tan astuto y tan conocedor de las calles que Bryce había desesperado de llegar a ser siquiera la mitad de bueno en aquel trabajo. No obstante, en un año, mejoró mucho. Jack y Bryce juraron permanecer juntos, ser compañeros. Sin embargo, dieciocho meses más tarde, harto de un sistema legal que soltaba constantemente a los delincuentes que tanto trabajo le costaba llevar a la cárcel, Jack presentó la dimisión como policía y entró en la política. En sus años, de agente había recibido un puñado de menciones al valor. Se valió de esa imagen de héroe para conseguir un escaño en el consistorio municipal de Los Ángeles y luego se presentó a alcalde, obteniendo una victoria aplastante. De allí, había saltado al sillón de gobernador. Era una carrera mucho más impresionante que el vacilante camino recorrido por Bryce hasta su puesto de comisario de Santa Mira, pero Jack siempre había sido el más agresivo y ambicioso de los dos.

–¿Doody? ¿Eres tú? –preguntó Jack cuando se puso al teléfono.

Doody era un viejo mote que Jack empleaba con Bryce pues siempre

decía que el cabello rubio pajizo, las pecas, el rostro saludable y los ojos de marioneta de éste le daban el aspecto de un antiguo personaje infantil, Howdy Doody. –Sí, soy yo, Jack.



–Gary está divagando sobre no sé qué tonterías...

–Lo que te ha dicho es cierto –respondió Bryce, informando a Jack de todo lo sucedido en Snowfield.

Después de escuchar su relato, el gobernador exhaló un profundo suspiro y murmuró:

–Me gustaría saber que te gusta la bebida, Doody.

–Esto no es cosa de unas copas de más, Jack. Escucha, lo primero que quiero que hagas es...

–¿Llamar a la Guardia Nacional?

–¡No! –exclamó Bryce–. Eso es precisamente lo que deseo evitar mientras sea posible.

–Si no utilizo la Guardia y cualquier otro medio a mi disposición y luego resulta que era la primera decisión que debería haber tomado, me crecerá hierba en el culo y tendré un rebaño de vacas hambrientas a mi alrededor.

–Jack, cuento contigo para tomar las decisiones más convenientes, no las decisiones políticas más convenientes. Hasta que sepamos más de la situación, no queremos hordas de la Guardia Nacional pululando por aquí. Esa gente es fantástica para ayudar en inundaciones, huelgas de correos y cosas así, pero no son militares a dedicación completa. Son vendedores de calzado, abogados, carpinteros y maestros de escuela. Este asunto requiere un grupo policial reducido, eficiente y firmemente controlado, y la única gente así son los policías de verdad, los policías con dedicación exclusiva.

–¿Y si tus hombres no pueden hacerse cargo?

–Entonces seré el primero en llamar a la Guardia Nacional.

–Está bien –dijo por fin Retlock–. Nada de Guardia, por ahora.

Bryce suspiró. Luego, añadió:

–Y también quiero mantener lejos de aquí al departamento de Sanidad estatal.

–Sé razonable, Doody. ¿Cómo podría hacer eso? Si existe alguna posibilidad de que una enfermedad contagiosa haya acabado con los vecinos de Snowfield, o de que algún tipo de contaminación ambiental...

–Escucha, Jack. Sanidad hace un excelente trabajo en lo que se refiere a seguir y controlar estadísticas sobre brotes de pestes, envenenamientos masivos de alimentos o contaminaciones de masas de agua pero, fundamentalmente, son burócratas; se mueven despacio. Y en este asunto no podemos permitirnos ir despacio. Tengo la extraña sensación de que estamos consumiendo estrictamente un tiempo prestado. En cualquier momento podría desencadenarse todo el infierno; de hecho, me sorprendería que no fuera así. Además, el departamento de Sanidad no posee el equipo para afrontar la situación y carece de un plan de acción para hacer frente a la muerte de un pueblo entero. En cambio, hay alguien que sí está preparado, Jack. La división de Guerra Química y Bacteriológica del cuerpo de Sanidad del Ejército tiene un programa relativamente nuevo que denominan Unidad de Defensa Civil.

–¿La división de Guerra Química? –repitió Retlock. Ahora se apreciaba cierta tensión en su voz–. ¿Quieres decir que el asunto puede interesar a esa gente?

–Sí.

–¡Señor! No pensarás que tiene algo que ver con gases nerviosos o con armas bacteriológicas...

–Probablemente, no –respondió Bryce pensando en las cabezas cortadas de los Liebermann, en la inquietante sensación que le había atenazado en el interior del túnel, en la imposible rapidez con que se había desvanecido Jake Johnson–. De todos modos, no tengo los suficientes datos para descartar esa posibilidad, o cualquier otra.

Un deje de cólera cristalizó a continuación en la voz del gobernador:

–¡Si los malditos militares han tenido un descuido con alguno de sus condenados virus del apocalipsis...!

–Calma, Jack. Quizá no es ningún accidente. Tal vez es obra de unos terroristas que se han hecho con una muestra de algún agente de ese tipo. O tal vez son los rusos que quieren hacer una pequeña comprobación de nuestro sistema de análisis y defensa contra este tipo de agresiones. Precisamente, el cuerpo de Sanidad del Ejército ordenó a su división de Guerra Química y Bacteriológica la creación de esa oficina del general Copperfield para hacer frente a situaciones como ésta.

–¿Quién es Copperfield?

–El general Galen Copperfield. Es el jefe al mando de la Unidad de Defensa Civil. Nuestra situación es exactamente la ideal para que solicitemos su intervención. En cuestión de horas, Copperfield puede instalar en Snowfield un equipo de científicos perfectamente preparado. Biólogos, virólogos, bacteriólogos, patólogos con formación en las técnicas más modernas de la medicina forense, al menos un inmunólogo o bioquímico, un neurólogo e incluso un neuropsiquiatra, todos de primera categoría. El departamento de Copperfield ha construido sofisticados laboratorios de campo móviles. Los tienen guardados en diversos puntos del país, de modo que debe de haber alguno relativamente cerca. No llores todavía a la gente de Sanidad del Estado, Jack. No tienen un equipo del calibre que puede proporcionarnos Copperfield ni un laboratorio móvil de diagnóstico con todos los adelantos como el de Copperfield. Yo quiero llamar al general; de hecho, ahora voy a llamarlo, pero antes he preferido tener tu aprobación y tu garantía de que los burócratas del Estado no empezarán a husmear por aquí, entorpeciendo el trabajo.

Tras una breve vacilación, Jack Retlock respondió:

–Doody, ¿en qué hemos dejado que se convierta el mundo si es necesario que exista siquiera un departamento como el de Copperfield?

–¿Mantendrás al margen a los de Sanidad?

–Sí. ¿Qué más necesitas?

Bryce repasó la lista que tenía ante sí.

–Puedes pedir a la compañía telefónica que desconecte los circuitos de acceso a Snowfield. Cuando el mundo descubra lo que está sucediendo aquí, todos los teléfonos del pueblo empezarán a sonar y no habrá modo de mantener las comunicaciones esenciales. Si pudieran canalizar todas las llamadas desde Snowfield a través de un puñado de telefonistas especiales y filtrar así todo lo que no sea importante y...

–Me ocuparé de ello –afirmó Jack.

–Naturalmente, en cualquier momento podemos quedarnos sin teléfono. La doctora Paige tuvo problemas para poder llamar la primera vez que lo intentó, de modo que necesitaremos aparatos de onda corta. La emisora de la comisaría del pueblo parece haber sido sabotada.

–Puedo conseguirte una unidad móvil de onda corta, un vehículo con su propio generador de gasolina. La oficina de Prevención de Terremotos tiene un par. ¿Algo más?

–Hablando de generadores, sería estupendo no tener que depender del alumbrado público. Hemos comprobado que nuestro enemigo aquí puede manipularlo a voluntad. ¿Podrías conseguir un par de generadores grandes?

–Se puede hacer. ¿Qué más?

–Si se me ocurre algo, no dudaré en pedirlo.

–Bryce, permite que te diga que, como amigo, lamento muchísimo verte metido en este trance. En cambio, como gobernador, me alegro muchísimo de que eso, lo que diablos sea, haya sucedido en tu jurisdicción. Por ahí hay algunos estúpidos integrales que ya lo habrían jodido todo si el asunto hubiera caído en sus manos. A estas alturas, si hubiera sido una enfermedad, ya la habrían extendido por medio Estado. Estoy seguro de que prestarás un gran servicio ahí arriba.

–Gracias, Jack.

Ambos permanecieron en silencio un instante. Por fin, Jack Retlock murmuró:

–¿Doody?

–¿Sí, Jack?

–Cuídate.

–Lo haré, Jack –respondió Bryce–. Bien, tengo que hablar con Copperfield. Te llamaré más tarde.

–Hazlo, por favor. Llámame más tarde. ¡No se te ocurra desvanecerte, amigo mío! –se despidió el gobernador.

Bryce colgó el teléfono y echó una mirada a su alrededor. En la sala de la comisaría. Stu Wargle y Frank estaban sacando la placa frontal de la emisora. Tal y la doctora Paige estaban cargando armas. Gordy Bregan y la pequeña Lisa Paige, el más corpulento y la más menuda de los componentes del grupo, preparaban café y comida en una de las mesas.

«Incluso en medio del desastre –pensó Bryce–, incluso en plena desolación y muerte, hemos de tomar nuestro café y nuestra cena. La vida continúa.»

Descolgó el auricular para marcar el número de Copperfield en Dugway, Utah.

No escuchó el tono de marcar.

Pulsó varias veces la tecla de la horquilla.

–Hola –dijo.

Nada.

Bryce notó a alguien o algo escuchando. Pudo percibir la presencia, exactamente como la había descrito la doctora Paige.

–¿Quién está ahí? –preguntó.

En realidad no esperaba respuesta, pero le llegó una. No era una voz, sino un sonido peculiar, aunque reconocible: el chillido de unas aves, quizá gaviotas; sí, gaviotas marinas chillando a gran altura sobre una costa barrida por el viento.

El sonido cambió. Se convirtió en un prolongado chasquido. Un cascabel. Como un sonajero lleno de alubias. El sonido de advertencia de una serpiente de cascabel. Sí, no cabía duda. El inconfundible sonido de una serpiente de cascabel.

Y entonces, el sonido cambió otra vez. Un zumbido electrónico. No, electrónico no: Abejas. Abejas zumbando, formando un enjambre.

Y ahora el chillido de las gaviotas de nuevo.

Y el trino de otro pájaro, una vibrante voz musical.

Y jadeos. Como un perro fatigado.

Y gruñidos, pero no de perro. De algo más grande.

Y el siseo y los bufidos de unos gatos peleándose.

Aunque no había nada especialmente amenazador en los sonidos en sí –salvo, quizá, el de la serpiente de cascabel y los gruñidos–, Bryce notó un escalofrío al escucharlos.

Los ruidos de animales cesaron.

Bryce esperó, escuchó y preguntó al fin:

–¿Quién está ahí? No hubo respuesta.

–¿Qué quiere?

Otro sonido llegó por el cable y atravesó a Bryce como si fuera una daga de hielo. Gritos. Hombres, mujeres y niños. Y no sólo unos pocos. Decenas. Más incluso. No eran gritos fingidos, no expresaban un terror simulado. Eran los gritos desnudos, desgarradores, de los condenados: unos lamentos de dolor, de miedo, de desesperación, que partían el alma.

Bryce se sintió mareado.

El corazón se le disparó.

Le pareció estar en línea abierta con las entrañas del infierno.

¿Eran aquéllos los gritos de los muertos de Snowfield, recogidos en una cinta magnetofónica? ¿Quién los había grabado? ¿Por qué? ¿O quizá no estaban grabados y los escuchaba en directo?

Un grito final. Una niña. Una niña muy pequeña. Al principio, era un grito de terror que luego se transformó en aullido de dolor, de inimaginable sufrimiento, como si la estuvieran desgarrando. Su vocecilla se alzó más y más y...

Silencio.

El silencio era aún peor que los gritos porque la presencia innominable seguía aún al otro lado de la línea y Bryce podía percibirla ahora con más intensidad. El comisario estaba sobrecogido por la conciencia de una maldad pura e inexorable.

Estaba allí.

Con gesto rápido, colgó el teléfono.

Estaba temblando. No había estado en peligro alguno..., pero estaba temblando.

Miró a su alrededor. Los demás seguían ocupados en las tareas que les había encomendado. Al parecer, nadie había advertido que su última llamada telefónica había sido muy distinta de la anterior.

Un reguero de sudor le bajó por el espinazo desde la nuca.

En algún momento, tendría que informar a los demás de lo que había sucedido. Pero no ahora. Porque ahora mismo no podía confiar en su voz. Seguramente, advertirían su nervioso temblor y sabrían que aquella extraña experiencia le había afectado profundamente.

Hasta que llegaran refuerzos, hasta que hubiera establecido una base más sólida en Snowfield, hasta que todos estuvieran menos atemorizados, no era aconsejable dejar que los demás le vieran temblar de miedo. Al fin y al cabo, todos dejaban en sus manos la dirección del asunto y no tenía intención de decepcionarles.

Exhaló un suspiro profundo, purificador.

Levantó de nuevo el auricular y escuchó de inmediato la señal de marcar.

Con inmenso alivio, llamó a la Unidad de Defensa Civil en Dugway, Utah.

A Lisa le gustaba Gordy Brogan.

Al principio le había parecido hosco y amenazador. Era un tipo enorme, con unas manazas tan grandes que le recordaban a uno el monstruo de Frankenstein. En realidad, tenía un rostro bastante bien parecido, pero cuando fruncía el ceño –aunque no fuera de enfado, aunque sólo estuviera preocupado por algo o meditabundo–, sus cejas se juntaban dándole un aire de ferocidad y sus ojos negros, negrísimos, se hacían más oscuros aún de lo habitual y el hombretón parecía un espectro.

En cambio, sonreír le transformaba. Esto era lo más sorprendente. Cuando Gordy sonreía, uno sabía inmediatamente que estaba delante del auténtico Gordy. Uno se daba cuenta de que el otro –el que uno creía ver cuando fruncía el ceño o cuando su rostro estaba relajado– era una pura invención de la imaginación. Su sonrisa ancha y cálida resaltaba la bondad que brillaba en sus ojos y la dulzura de su amplia frente.

Cuando uno le conocía, Gordy era como un gran cachorro que siempre caía bien. Era uno de esos escasos adultos capaces de hablar con un niño sin sentirse ridículo y sin mostrarse condescendiente o protector. En ese aspecto, era todavía mejor que Jenny. Y era capaz de reír incluso en las presentes circunstancias.

Mientras terminaba de colocar la cena en la mesa –carne fría, pan, queso, fruta fresca, bollos– y calentaba el café. Lisa dijo:

–Usted no tiene aspecto de polizonte.

–¡Oh! –respondió Gordy–. ¿Y qué aspecto se supone que debe tener un polizonte?

–¿He dicho algo inconveniente? ¿Es «polizonte» una palabra ofensiva?

–En algunos sitios, sí. En las cárceles, por ejemplo.

A Lisa le sorprendió que el hombretón aún fuera capaz de reírse después de todo lo que había sucedido esa noche.

–En serio –insistió Lisa–, ¿cómo prefiere un agente del orden que le llamen? ¿Policía?

–Tanto da. Llámame agente, policía, polizonte..., lo que más te guste. Lo importante es que no te parezco adecuado para ese papel.

–No, no. Eres perfecto –respondió Lisa–. Sobre todo cuando pones esa mirada... Pero no pareces un polizonte.

–¿Qué te parezco, entonces?

–Déjame pensar. –Lisa se interesó al momento por el juego, pues desviaba su mente de la pesadilla que les envolvía–. Tal vez pareces... un joven predicador.

–¿Yo?

–Bueno, en un púlpito estarías fantástico, lanzando sermones de fuego y azufre. Puedo verte sentado en el confesionario, con una sonrisa de ánimo en el rostro, escuchando los problemas de la gente.

–Yo, un predicador... –repitió Gordy, visiblemente sorprendido–. Con esa imaginación, deberías ser escritora cuando seas mayor.

–Creo que seré médico como Jenny. Una doctora puede hacer mucho bien. –Hizo una pausa–. ¿Sabes por qué no pareces un polizonte? Porque no puedo imaginarte usando esto –señaló el revólver–. No puedo imaginarte disparándole a alguien. Aunque se lo merezca.

Lisa se sorprendió ante la expresión que cubrió el rostro de Gordy Brogan. Estaba visiblemente emocionado.

Antes de que la pequeña pudiera preguntar qué sucedía, las luces parpadearon. Alzó la vista.

Las luces parpadearon una vez. Y otra más.

Volvió la mirada a las cristaleras de la fachada. Fuera, las farolas parpadeaban también.

«No, por favor –se dijo–. Otra vez no, Dios mío. No nos arrojes a las tinieblas, por favor. ¡Por favor!»

Las luces se apagaron.

## La cosa de la ventana

El oficial de guardia a cargo de la línea de emergencia de la Unidad de Defensa Civil en Dugway, Utah, atendió la llamada de Bryce Hammond. Éste no tuvo que dar muchas explicaciones para que le pusieran en comunicación con el domicilio del general Galen Copperfield. El general le escuchó con atención, pero no dijo gran cosa. Bryce quería saber si cabía la posibilidad, aunque fuera remota, de que la causa de las muertes de Snowfield fuera algún agente químico o biológico. Copperfield respondió que sí, pero no añadió nada más al comentario. Luego, advirtió a Bryce que estaban hablando por un teléfono no protegido e hizo referencias vagas, pero severas, al secreto informativo y las normas de seguridad. Cuando hubo escuchado lo fundamental de lo sucedido, salvo algunos detalles, el general interrumpió la narración de Bryce con cierta brusquedad y sugirió que ya le contaría el resto cuando se encontraran cara a cara.

—He oído lo suficiente para convencerme de que mi organización debe intervenir.

El general prometió enviar un laboratorio móvil y un equipo de investigadores a Snowfield, donde llegaría al amanecer o poco después.

Bryce estaba aún colgando el auricular cuando las luces parpadearon, bajaron de intensidad, parpadearon de nuevo... y se apagaron.

Buscó a tientas la linterna que había dejado sobre el escritorio, la encontró y la puso en funcionamiento.

A su regreso a la comisaría, un rato antes, habían localizado dos linternas de policía más, de bastante potencia. Gordy había guardado una y la doctora Paige, la otra. Ahora, ambas luces se encendieron simultáneamente, causando largas heridas brillantes en la oscuridad.

Habían establecido un plan de acción a seguir si las luces volvían a apagarse. Según lo previsto, todos se situaron en el centro de la sala, lejos de puertas y ventanas y apretados en un círculo, mirando hacia afuera y con las espaldas vueltas hacia el centro para quedar así menos vulnerables.

Nadie dijo una palabra. Todos escucharon con suma atención.

Lisa Paige se colocó a la izquierda de Bryce con sus débiles hombros hundidos y la cabeza gacha.

A la derecha de Bryce quedó Tal Whitman, con sus dientes al aire en un mudo gruñido mientras estudiaba las tinieblas más allá del haz de luz de la linterna, que las barría como una guadaña.

Tal y Bryce empuñaban sus revólveres.

Ellos dos y Lisa quedaron de cara a la parte posterior de la sala, mientras los otros cuatro vigilaban la parte de la fachada.

Bryce pasó el foco de su linterna sobre cada rincón y cada objeto, pues hasta el perfil en sombras de las cosas más habituales resultaba, de pronto, amenazador. Sin embargo, no apreció que nada se ocultara o se moviera entre el mobiliario.

Silencio.

En la pared de atrás, hacia el rincón de la derecha de la sala, había dos puertas. Una conducía al pasillo donde se abrían las tres celdas del depósito de detenidos. Anteriormente, habían escrutado aquella parte del edificio; las celdas, la sala de interrogatorios y los dos aseos que ocupaban la mitad de la planta baja estaban desiertos. La otra puerta conducía a la escalera que subía al piso del agente Henderson; esas habitaciones también estaban vacías. No obstante, Bryce llevó repetidas veces el rayo de luz hacia las puertas entreabiertas, que le hacían sentirse inquieto.

En la oscuridad, algo produjo un ruido sordo.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó Wargle.

–Venía de esa parte –dijo Gordy.

–No, de ésa –replicó Lisa Paige.

–¡Silencio! –exclamó Bryce con voz enérgica. Bum... Bum... Bum...

Era el sonido de un golpe acolchado. Como el de una almohada al caer al suelo.

Bryce movió la linterna a un lado y a otro rápidamente.

Tal siguió el haz de luz con el revólver.

«¿Qué haremos si las luces siguen apagadas lo que resta de noche?, –se preguntó Bryce–. ¿Qué haremos cuando las pilas de las linternas se agoten? ¿Qué sucederá entonces?»

No había tenido miedo de la oscuridad desde que era un niño pequeño. Y ahora recordaba lo que entonces sentía.

Bum... bum... bum... bumbum.

El ruido sonó más potente, pero no más cercano.

¡Bum!

–¡Las ventanas! –exclamó Frank.

Bryce se volvió, dirigiendo hacia allí su linterna.

Tres brillantes rayos iluminaron a la vez las ventanas de la fachada, transformando los paneles de cristal en espejos que ocultaban cuanto pudiera haber tras ellos.

–Dirijan las luces al techo o al suelo –ordenó Bryce.

Un haz enfocó el techo; los otros dos, el suelo.

La iluminación indirecta dejó a la vista las ventanas sin volver los cristales en superficies plateadas reflectantes.

¡Bum!

Algo golpeó la ventana, hizo vibrar un panel de cristal y rebotó, perdiéndose en la noche. Bryce creyó captar el movimiento de unas alas.

–¿Qué era eso?



–...pájaro...

–... ninguna especie de ave que conozca...

–...algo...

–... horrible...

Aquello volvió y golpeó el cristal con mayor determinación que la vez anterior:  
¡Bum–bum–bum–bum!

Lisa lanzó un grito.

Frank Autry jadeó y Stu Wargle exclamó:

–¡Santo cielo!

Gordy emitió un sonido ahogado, inarticulado.

Al observar la ventana, Bryce se sintió como si hubiera atravesado el telón de la realidad y se encontrara en un lugar de pesadillas y alucinaciones.

Con las farolas apagadas, Skyline Road quedaba a oscuras, salvo el reflejo luminoso de la luna; a pesar de ello, el ser apostado junto a la ventana quedó vagamente iluminado.

Incluso bajo la escasa luz, la visión de aquel ser monstruoso y aleteante resultaba excesiva. Lo que Bryce vio al otro lado del cristal, lo que creyó ver en la multiplicidad caleidoscópica de luces, sombras y reflejos de la luna, era algo salido de un sueño febril. El ser tenía una envergadura de alas de un metro, aproximadamente, con cabeza de insecto: unas antenas cortas que vibraban incansablemente, unas mandíbulas pequeñas y sobresalientes que no cesaban de moverse y un cuerpo segmentado. Este cuerpo estaba suspendido de unas alas gris pálido y tenía el tamaño y la forma aproximados de dos balones de rugby, colocados uno junto al otro; su color también era gris pálido, del mismo tono que las alas –un gris mohoso, macilento–, y su aspecto era peludo y viscoso. Bryce creyó reconocer también unos ojos: unas lentes enormes, negras como la tinta, de múltiples facetas y saltonas, captaban la luz refractándola y reflejándola con un brillo oscuro y voraz.

Si realmente estaba viendo lo que creía, el ser de la ventana era una mariposa nocturna del tamaño de un águila. Y eso era una locura.

La criatura se lanzó contra las ventanas con renovada furia, batiendo sus alas con tal rapidez que se convirtieron en dos manchas borrosas. Se movió de cristal en cristal, rebotando repetidas veces hasta perderse en la noche y regresando de nuevo, tratando frenéticamente de penetrar en la comisaría por cualquier medio. Sin embargo, no tenía la fuerza suficiente para romper los cristales. Además, carecía de caparazón; todo su cuerpo era blando y, a pesar de su tamaño increíble y de su aspecto formidable, era incapaz de hacer añicos el panel de vidrio.

Bumbumbumbum.

De pronto, la criatura desapareció.

Y volvió la luz.

Era como una maldita obra de teatro, pensó Bryce.

Cuando comprendieron que la cosa de la ventana no iba a regresar, todo el grupo avanzó hacia la parte frontal de la sala, en tácito consenso. Pasaron la verja de

la barandilla y cruzaron la zona destinada al público hasta las ventanas, asomándose en aturdido silencio.

Skyline Road estaba igual que antes.

La noche estaba vacía.

Nada se movía.

Bryce se sentó en la silla del escritorio de Paul Henderson. Los demás se apiñaron a su alrededor.

–¿Y bien? –dijo Bryce.

–¿Y bien? –repitió Tal.

Se miraron unos a otros con inquietud.

–¿Alguna idea? –preguntó el comisario. Nadie contestó.

–¿Alguna teoría sobre qué puede ser eso?

–Era un ser repulsivo –murmuró Lisa con un escalofrío.

–Es cierto –le respondió la doctora Paige, posando una mano confortadora sobre el hombro de su hermana.

Bryce estaba impresionado ante la fortaleza emocional de la doctora, que parecía encajar perfectamente cada sobresalto que Snowfield le enviaba. De hecho, parecía estar soportando la situación mejor que sus propios hombres. Los ojos de Jenny eran los únicos que habían sostenido su mirada al cruzarse; la muchacha le había dirigido una mirada directa.

Estaba ante una mujer muy especial, pensó el comisario.

–Imposible –exclamó Frank Autry–. Eso es lo que era: un ser sencillamente imposible.

–¡Eh!, ¿qué diablos le sucede a todo el mundo? –intervino Wargle, torciendo su rostro carnoso–. Sólo era un pájaro. Eso es todo lo que había ahí fuera. Un maldito pájaro, nada más.

–¡Qué va! –replicó Frank.

–Un piojoso pájaro, eso es todo –insistió Wargle. Al comprobar que los demás no estaban de acuerdo, añadió–: La escasa luz y todas esas sombras os han producido una falsa impresión. No habéis visto lo que os imagináis.

–¿Y qué piensas tú que hemos visto? –quiso saber Tal.

Wargle enrojeció.

–¿Hemos visto lo mismo que tú, esa cosa que te niegas a aceptar? –le presionó Tal–. ¿Una mariposa? ¿Viste acaso una maldita mariposa nocturna condenadamente enorme, repulsiva e imposible?

Wargle se miró la punta de los zapatos.

–He visto un pájaro –insistió–. Nada más.

Bryce comprendió que Wargle estaba tan absolutamente falto de imaginación que no conseguía asimilar la posibilidad de lo imposible, ni siquiera habiéndolo presenciado con sus propios ojos.

–¿De dónde habrá salido? –se preguntó Bryce en voz alta. Nadie tenía la menor idea.

–¿Qué buscaba? –insistió.

–Nos buscaba a nosotros –afirmó Lisa. Todo el mundo pareció estar de acuerdo.

–Pero esa cosa de la ventana no fue lo que se llevó a Jake –dijo Frank–. Ese ser era débil, liviano. No podría arrastrar a un hombre como Jake.

–Entonces, ¿qué se lo llevó? –preguntó Gordy.

–Algo más grande –contestó Frank–. Algo muchísimo más fuerte y perverso.

Bryce decidió que, después de todo, había llegado el momento de contarles lo que había escuchado –y percibido– al teléfono, entre las llamadas al gobernador Retlock y al general Copperfield: la presencia silenciosa, los chillidos de desamparo de las gaviotas, el sonido de advertencia de la serpiente de cascabel y, lo peor de todo, los gritos de agonía y desesperación de hombres, mujeres y niños. Había previsto no mencionar el asunto hasta la mañana siguiente, hasta la llegada de la luz diurna y del equipo de refuerzo. Sin embargo, ahora pensaba que tal vez los demás podrían dar con algo importante que él había pasado por alto, alguna señal, alguna clave que pudiera ser de utilidad. Además, ahora que todos habían visto la cosa de la ventana, el incidente del teléfono ya no resultaba, en comparación, tan espantoso.

El resto del grupo escuchó a Bryce y la nueva información tuvo un efecto negativo sobre su estado de ánimo.

–¿Qué clase de degenerado grabaría los gritos de sus víctimas? –preguntó Gordy.

–Podría tratarse de otra cosa –intervino Tal Whitman, moviendo la cabeza–. Podría ser que...

–¿Sí...?

–Bueno, quizá prefiráis no oírlo.

–Ya que has empezado, termina –insistió Bryce.

–Bueno –dijo entonces el teniente–. ¿Y si no fuera una grabación lo que oíste? Me refiero a que sabemos que muchos vecinos de Snowfield han desaparecido. En realidad, por lo que hemos visto hasta ahora, son más los desaparecidos que los muertos. Entonces... ¿y si los que faltan están retenidos en alguna parte, como rehenes tal vez? Quizá los gritos venían de personas todavía vivas que estaban siendo torturadas y hasta asesinadas en ese mismo momento justo mientras estabas al teléfono, escuchando.

Al recordar aquellos gritos terribles, a Bryce se le heló la sangre.

–Tanto si era una grabación como si no –intervino Frank Autry–, probablemente sea un error considerarlos rehenes.

–Sí –añadió la doctora Paige–. Si el señor Autry quiere decir con eso que debemos tener cuidado de no limitar nuestra imaginación a situaciones convencionales, estoy totalmente de acuerdo con él. Esto no parece uno de esos dramas con rehenes. En este pueblo está sucediendo algo condenadamente extraño, algo con lo que nadie se ha encontrado antes, de modo que no debemos hacer especulaciones sólo porque nos sintamos más cómodos con alguna explicación

conocida o lógica. Además, si estamos tratando con terroristas, ¿dónde encaja la cosa que vimos en la ventana? Es imposible.

–Tiene razón –asintió Bryce–. pero no creo que Tal quisiera referirse a que esas personas estuvieran retenidas por motivos convencionales.

–No. no –corroboró Tal–. No tiene por qué tratarse de terroristas o secuestradores. Aun en el caso de que los vecinos sean rehenes, eso no significa necesariamente que estén retenidos por otras personas; incluso estoy dispuesto a tomar en cuenta la posibilidad de que estén retenidos por algo que no es humano. ¿Te parece que tengo una mentalidad lo bastante abierta? Quizá les tenga retenidos eso, esa cosa que ninguno de nosotros puede definir. Quizá les tenga en su poder para prolongar el placer que encuentra sorbiéndoles la vida. Tal vez sólo les utiliza para burlarse de nosotros con sus gritos, igual que se ha burlado de Bryce por teléfono. Diablos, si estamos tratando con algo extraordinario, radicalmente inhumano, sus razones para retener rehenes, si es que realmente los tiene en su poder, es probable que nos resulten incomprensibles.

–¡Señor, me parece estar escuchando a un puñado de lunáticos! –exclamó Wargle.

Nadie le hizo caso.

Habían pasado al otro lado del espejo, donde lo imposible era posible. El enemigo era lo desconocido.

Lisa Paige carraspeó. Estaba pálida. Con voz apenas audible, musitó:

–Quizá esa cosa ha tejido una telaraña en algún rincón oscuro, en un sótano o una bodega, y tiene a todos los desaparecidos envueltos en ella, conservados dentro de capullos, vivos. Tal vez sólo los está guardando hasta que vuelva a estar hambrienta.

Sí, en efecto, no había absolutamente nada imposible, si hasta la teoría más improbable podía ser cierta, se dijo Bryce, entonces tal vez la chiquilla tuviera razón. Quizá existía de verdad alguna telaraña enorme vibrando suavemente en algún lugar oscuro, reteniendo a cien, doscientas o quizá más personas –hombres, mujeres y niños– envueltas en bocados individuales para alimentarse con ellas a conveniencia.

En algún lugar de Snowfield. podía haber un grupo de seres humanos con vida que había sido reducido al terrible equivalente de pastelillos envueltos en papel de aluminio a la espera únicamente de servir de alimento a un brutal horror llegado de otra dimensión, inimaginablemente perverso y de retorcida inteligencia.

No. Eso era ridículo.

Aunque, por otra parte, quizá...

¡Dios!

Bryce se puso en cuclillas ante la radio de onda corta y observó sus destrozadas entrañas. Los circuitos habían sido arrancados y varios componentes parecían haber sido aplastados a martillazos.

–Tuvieron que quitar la tapa para dejar el interior en ese estado –comentó Frank.

–Entonces, una vez la dejaron machacada –intervino Wargle–, ¿por qué se molestaron en volver a atornillar la tapa?

–¿Y para qué andarse con tantos remilgos? –se preguntó Frank–. Para dejar inutilizada la radio, bastaba con arrancar el cable de la corriente.

Lisa y Gordy se acercaron en el instante en que Bryce se alejaba de la radio.

–Si a alguien le apetece, hay comida y café preparados.

–Estoy famélico –dijo Wargle, relamiéndose.

–Todos debemos comer un poco, aunque no nos apetezca –indicó Bryce.

–Comisario –comentó Gordy–, Lisa y yo nos estábamos preguntando por los animales domésticos. Hemos pensado en ellos al oírle hablar de que escuchó sonidos de perros y gatos por el teléfono. ¿Qué ha sido de los animales, señor?

–No hemos visto ningún perro ni gato –añadió Lisa–. Ni hemos oído ladridos.

Recordando las calles silenciosas, Bryce frunció el ceño y respondió:

–Tiene razón, Gordy. Es extraño.

Jenny dice que había algunos perros muy grandes en el pueblo. Algunos pastores alemanes y un doberman, que ella sepa. Incluso un gran danés. ¿No cree que habrían hecho algo frente al agresor? ¿Y no piensa que alguno habría podido escapar? –preguntó Lisa.

–Muy bien –dijo rápidamente Gordy, anticipándose a la respuesta de Bryce – ; de modo que eso es lo bastante grande como para dominar a un perro doméstico enfurecido. También sabemos que las balas no le detienen, lo cual significa que quizá nada pueda hacerlo. Parece grande y es muy fuerte pero, señor, el tamaño y la fuerza no sirven de mucho, habitualmente, cuando se trata de gatos. Los gatos son como centellas engrasadas. Haría falta algo endiabladamente escurridizo para capturar hasta el último gato del pueblo.

–Algo endiabladamente escurridizo y rápido –añadió Lisa.

–Sí –corroboró Bryce con incomodidad–. Muy rápido.

Jenny apenas había dado el primer bocado a un sándwich cuando el comisario tomó asiento en una silla junto al escritorio, sosteniendo el plato sobre los muslos.

–¿Le importa que le haga compañía?

–En absoluto.

–Tal Whitman me ha contado que es usted el terror de nuestra banda de motoristas local. –Tal exagera.

–El teniente no sabe exagerar –respondió Bryce–. Le contaré algo de él. Hace dieciséis meses estuve fuera tres días asistiendo a una conferencia sobre mantenimiento del orden, en Chicago. Cuando volví, fue la primera persona que encontré. Le pregunté si había sucedido algo de especial mientras estaba fuera y me dijo que sólo los problemas de costumbre con conductores bebidos, peleas de bar, un par de robos, varios GEA...

–¿Qué es un GEA? –preguntó Jenny.

–Ah, es una llamada de «gato en el árbol».

–La policía no se dedicará a rescatar gatos, ¿verdad?

–¿Acaso cree que no tenemos corazón? –replicó él con fingida sorpresa.

–¿Dedicarse a rescatar GEAS? No me venga con ésas...

Bryce sonrió. Jenny se dijo que tenía una sonrisa maravillosa.

–Cada par de meses –explicó el comisario–, tenemos que acudir a alguna casa para rescatar realmente algún gato atrapado en la copa de un árbol, pero el término no se refiere únicamente a este tipo de incidentes. Utilizamos las siglas GEA para referirnos a cualquier llamada fastidiosa que nos desvía de otros trabajos más importantes.

–¡Ah!

–Bien, como decía, cuando regresé de Chicago tras esa conferencia, Tal me dijo que habían sido tres días bastante normales. A continuación, casi como si acabara de recordarlo, me informó de un intento de asalto a mano armada en una tienda de comestibles. Cuando el hecho se produjo, Tal se encontraba precisamente en la tienda, vestido de paisano. Sin embargo, los policías debemos llevar armas incluso cuando no estamos de servicio, y el teniente portaba un revólver en una sobaquera. Tal me explicó que uno de los delincuentes iba armado y que se había visto obligado a matarle, pero que no debía preocuparme si el tiroteo había sido justificado o no. Según él, no había duda de la legitimidad de su acción. Cuando expresé mi preocupación por lo que habría podido sucederle a él. Tal respondió: «Bryce, fue un juego de niños». Más tarde, me enteré de que los asaltantes habían amenazado con matar a todo el mundo y Tal había conseguido abatir al tipo armado..., aunque no sin resultar herido también. El asaltante había atravesado de un balazo el brazo izquierdo de Tal y, apenas una fracción de segundo después, Tal le había matado. La herida del teniente no era grave, pero había sangrado mucho y debía de dolerle terriblemente. Yo no había visto el vendaje porque lo llevaba tapado con la manga de la camisa y no se había molestado en mencionar el asunto.

»Así pues, tenemos a Tal en esa tienda, sangrando a borbotones, cuando descubre que se ha quedado sin munición. El segundo asaltante, que se ha apoderado del arma del primero, está también sin munición y decide escapar. Tal le persigue y libran una batalla a golpes de un extremo a otro del pequeño establecimiento. El tipo es cinco centímetros más alto y diez kilos más pesado que el teniente y, además, no está herido.

»Sin embargo, ¿sabe qué me contó otro de los agentes que encontró a su llegada al lugar de los hechos? Según dijo, Tal estaba sentado sobre el mostrador, junto a la caja registradora, descamisado y dando unos sorbos a una taza de café de cortesía mientras un empleado de la tienda intentaba taponar la salida de sangre. Uno de los asaltantes estaba muerto y el otro seguía inconsciente, tendido en el suelo entre una masa pegajosa de pastelillos rellenos, tartas de coco y bombones. Parecía que habían volcado una estantería de pastas para el desayuno en mitad de la pelea. Un centenar de paquetes de galletitas para aperitivo estaban esparcidos por el suelo y Tal y su

oponente los habían pisoteado mientras se sacudían. La mayoría de los envases se había abierto y uno de los pasillos entre estanterías estaba cubierto de resbaladizas migajas de galletas y pasteles, sobre las cuales habían quedado impresas las huellas vacilantes de las pisadas de los contendientes, de modo que uno podía seguir el desarrollo de la pelea estudiando el rastro dejado.

El comisario terminó el relato y observó a Jenny, expectante.

–¡Oh! Sí, el teniente le había dicho que había sido un arresto fácil, un juego de niños.

–Sí, un juego de niños –se rió el comisario.

Jenny contempló por unos instantes a Tal Whitman, que estaba en el otro extremo de la sala comiendo un bocadillo y charlando con el agente Brogany con Lisa.

–De modo que ya ve –continuó el comisario–, si Tal me dice que es usted el azote de los Demonios del Cromado, sé muy bien que no está exagerando. No es su estilo hacerlo.

Jenny movió la cabeza, impresionada.

–Cuando le he contado a Tal mi encuentro con ese hombre a quien llama Gene Terr, ha reaccionado como si fuera la cosa más valiente que nadie ha hecho nunca. Comparada con ese «juego de niños» suyo, mi aventura debe de haberle parecido una discusión en el patio de un parvulario.

–No. no –respondió Hammond–. Tal no pretendía burlarse. Estoy seguro de que realmente considera que se comportó usted con auténtica valentía. Y yo pienso igual. Jeeter es una víbora, doctora. Y de una especie muy venenosa.

–Llámeme Jenny, por favor. Y tutéeme si quiere.

–Muy bien, Jenny, lo haré. Y tú llámame Bryce.

El comisario tenía los ojos más azules que la muchacha había visto en su vida. Aquellos ojos luminosos definían su sonrisa tanto como la curva de sus labios.

Mientras comían, charlaron de asuntos intrascendentes como si aquélla fuese una velada normal. Bryce poseía una habilidad increíble para hacer sentirse cómodo a cualquiera, no importaba en qué circunstancias. Llevaba consigo un aura de tranquilidad y Jenny agradeció aquel intervalo de calma.

Sin embargo, cuando hubieron dado cuenta de la cena, Bryce condujo de nuevo la conversación a la situación crítica en la que se hallaban.

–Tú conoces Snowfield mejor que yo. Tenemos que encontrar una base de operaciones adecuada para actuar. Este local es demasiado pequeño. Pronto tendré aquí diez hombres más. Y el equipo de Copperfield llegará por la mañana.

–¿Cuánta gente traerá?

–Una docena de personas, por lo menos. Quizá hasta veinte. Necesito una base desde la que puedan coordinarse todos los aspectos de la operación. Quizá tengamos que pasar aquí varios días, de modo que deberá haber sitio donde pueda dormir el turno libre de servicio, y necesitaremos utilizar una cafetería para dar de comer a todo el mundo.

–Quizá lo mejor sea utilizar uno de los albergues –sugirió Jenny.

–Tal vez. Pero no quiero a la gente durmiendo de dos en dos en un montón de habitaciones. Eso les haría demasiado vulnerables. Tenemos que montar un único dormitorio general.

–Entonces, la mejor opción es el Hilltop Inn. Está a una manzana de casas de aquí, al otro lado de la calle.

–¡Ah, sí, claro! Es el mayor hotel del pueblo, ¿verdad?

–Exacto. El Hilltop tiene un vestíbulo muy grande porque contiene también un bar.

–He entrado un par de veces a tomar una copa. Si cambiamos el mobiliario del vestíbulo, podría organizarse como área de trabajo para acomodar a todo el mundo.

–También tiene un gran restaurante dividido en dos salas. Una podría ser la cafetería que quieres. También podríamos bajar colchones de las habitaciones y utilizar la otra sala como dormitorio.

–Vamos a echar un vistazo –dijo Bryce.

Dejó el plato de papel vacío sobre el escritorio y se puso en pie.

Jenny miró hacia las ventanas de la fachada. Pensó en la extraña criatura que había intentado penetrar por ellas y su mente revivió el sordo pero frenético bumbumbum.

–¿Te refieres a... a echar un vistazo al hotel ahora?

–¿Por qué no?

–¿No sería más conveniente esperar a los refuerzos? –apuntó la doctora.

–Probablemente tardarán todavía un buen rato en llegar y no tiene sentido permanecer aquí sentados, mano sobre mano. Todos nos sentiremos mejor si hacemos algo constructivo; así nos quitaremos de la cabeza... las peores cosas que hemos visto.

Jenny no podía borrar de su recuerdo aquellos ojos negros de insecto, tan malévolos y voraces. Contempló las ventanas y la noche cerrada tras los cristales. El pueblo ya no le parecía familiar. Ahora le resultaba absolutamente extraño, un lugar hostil en el cual era una extraña mal recibida.

–No estamos más seguros aquí dentro de lo que lo estaríamos fuera – insistió suavemente Bryce.

Jenny asintió, recordando a los Oxley en su cuarto, encerrados tras una barricada. Y al tiempo que se incorporaba, murmuró:

–No estamos seguros en ninguna parte.



## Surgido de la oscuridad

Bryce Hammond abrió la marcha al salir de la comisaría. El grupo cruzó la acera de empedrado bañada por la luz de la luna, pasó bajo un charco de luz ámbar procedente de una farola y se encaminó a Skyline Road. Bryce llevaba un fusil, igual que Tal Whitman.

El pueblo estaba paralizado. Los árboles no se movían en absoluto y los edificios eran como espejismos vaporosos sostenidos sobre cimientos de aire.

Bryce salió del tramo iluminado y recorrió el pavimento moteado por el reflejo de la luna; al cruzar la calle, apreció las zonas en sombra a un lado y otro. Siempre sombras.

Los demás avanzaron en silencio tras él.

Algo crujió bajo uno de sus zapatos, sobresaltándole. Era una hoja seca.

Vio la silueta del Hilltop Inn, un trecho más arriba por Skyline Road. Era un edificio de piedra gris, de cuatro pisos; quedaba a sólo una calle y estaba muy oscuro. Algunas de las ventanas del piso superior reflejaban la luna casi llena, pero dentro del hotel no había una sola luz encendida.

Todo el grupo había alcanzado o dejado atrás el centro de la calle cuando surgió algo de la oscuridad. Bryce advirtió primero una de las sombras de la luna que palpitaba en la acera, como una ligera onda que rizara la superficie de una piscina. Instintivamente, se agachó. Escuchó un zumbido de alas. Y notó que algo le rozaba levemente la cabeza.

Stu Wargle lanzó un grito.

Bryce se incorporó de un salto y giró sobre sus talones.

La mariposa nocturna.

Estaba firmemente sujeta al rostro de Wargle, agarrada. Bryce no sabía bien cómo. Toda la cabeza de Wargle quedaba oculta por el ser.

Wargle no fue el único que gritó. Los demás lanzaron un alarido y se apartaron, sobresaltados. El insecto también chillaba, emitiendo un sonido agudo y penetrante.

Bajo los rayos plateados de la luna, las enormes alas aterciopeladas y pálidas de aquel insecto imposible se extendían y batían el aire con horrible gracilidad y belleza, golpeando la cabeza y los hombros de Wargle.

Stu dio unos pasos tambaleándose, avanzando a ciegas calle abajo hundiendo los dedos en aquella criatura espantosa que no soltaba su rostro. Sus gritos se apagaron pronto; en un par de segundos, cesaron por completo.

Bryce, como los demás, estaba paralizado de repugnancia e incredulidad.

Stu Wargle echó a correr pero sólo consiguió avanzar unos metros antes de detenerse bruscamente. Sus manos, que aún asían a aquel ser, cayeron a los costados. Las rodillas fallaron.

Despertando de su breve trance, Bryce soltó el inútil fusil y corrió hacia el agente.

Finalmente, Wargle no cayó al suelo. Al contrario, sus rodillas temblorosas quedaron bloqueadas y le sostuvieron erguido. Movié los hombros hacia atrás en un espasmo. Su cuerpo se retorció y se agitó como si le atravesara una corriente eléctrica.

Bryce intentó agarrar la mariposa y arrancarla de Wargle, pero el agente empezó a dar sacudidas en un baile de san Vito de dolor y asfixia y las manos de Bryce se cerraron en el vacío. Wargle se tambaleó dando vaivenes de un lado a otro de la calle, dio unas sacudidas y levantó incontroladamente brazos y piernas mientras giraba sobre sí mismo como si estuviera sujeto a unas cuerdas que manipulara un titiritero ebrio. Las manos le colgaban inertes a los lados, lo cual hacía que sus movimientos frenéticos y espasmódicos parecieran especialmente pavorosos. Las manos se alzaban y se agitaban débilmente, pero sin el menor ademán de resistirse al agresor. Era casi como si Wargle, en lugar de retorcerse de dolor, estuviera ahora estremeciéndose de éxtasis. Bryce fue tras él e intentó acercársele, pero no lo consiguió.

A continuación, Wargle cayó al suelo en redondo.

En ese mismo instante, el insecto se alzó y, suspendido en el aire, dio media vuelta batiendo vertiginosamente las alas y observando a su alrededor con sus ojos odiosos, negros como la noche. Un instante después, voló hacia Bryce.

El comisario retrocedió trastabillando y cruzó los brazos sobre el rostro, cayendo al suelo.

La dantesca mariposa pasó zumbando sobre su cabeza.

Bryce se volvió y alzó la vista.

El insecto gigantesco se deslizó sin el menor ruido hacia los edificios del otro lado de la calle.

Tal Whitman alzó el fusil. El estampido resonó en el pueblo silencioso como un cañonazo.

La mariposa se desvió a un lado en pleno vuelo, hizo una pirueta, bajó casi hasta el suelo, remontó altura nuevamente y continuó volando hasta desaparecer sobre un tejado.

Stu Wargle estaba tendido en el pavimento, de espaldas. Inmóvil.

Bryce se incorporó y acudió junto al agente. Wargle estaba en mitad de la calle, donde había justo la luz suficiente para apreciar que su rostro había desaparecido. ¡Dios santo, desaparecido! Como si se lo hubieran arrancado. El cabello y los jirones de cuero cabelludo estaban erizados sobre el hueso descarnado de su frente. Una calavera con las cuencas vacías contemplaba a Bryce.

## La hora antes de la medianoche

Tal, Gordy, Frank y Lisa estaban sentados en los sillones rojos de imitación de cuero en un rincón del vestíbulo del Hilltop Inn. El hotel permanecía cerrado desde el término de la temporada de esquí y habían tenido que quitar los lienzos polvorientos que cubrían los muebles antes de derrumbarse en los asientos, abrumados por la escena que acababan de vivir. La mesilla de café, de forma ovalada, seguía cubierta con el paño para el polvo; los cuatro contemplaron el objeto oculto a la vista, incapaces de mirarse entre ellos.

En el otro extremo de la estancia, Bryce y Jenny estaban inclinados sobre el cuerpo de Stu Wargle, que yacía en un aparador largo y de poca altura colocado contra la pared. Ninguno de los ocupantes de los sillones tenía ánimos para mirar en aquella dirección.

Sin levantar la vista de la mesilla de café, Tal comentó:

–He disparado contra esa criatura y le he dado. Estoy seguro de haberle acertado.

–Todos le hemos visto encajar el disparo –asintió Frank.

–Entonces, ¿cómo es que el balazo no la destrozó? –quiso saber Tal–. Debería estar más que muerta después de un impacto así. Debería haber quedado hecha pedazos, maldita sea.

–Las armas no van a salvarnos –musitó Lisa.

Gordy, con voz distante y obsesionada, proclamó:

–Ha podido ser cualquiera de nosotros. Esa cosa pudo haberme agarrado a mí. Yo estaba justo detrás de Stu. Si él se hubiera agachado o apartado de su camino...

–No –replicó Lisa–, no. Buscaba al agente Wargle y no a otro. Sólo al agente Wargle.

–¿A qué te refieres? –inquirió Tal.

Lisa parecía haber trasladado a su piel la palidez de sus huesos.

–El agente Wargle –explicó– se negó a admitir que había visto esa cosa cuando quería entrar por la ventana de la comisaría. Wargle insistió en que sólo era un pájaro.

–¿Y?

–Y por eso ha venido a por él. Concretamente. Para darle una lección. Pero, sobre todo, para dárnosla a los demás.

–Es imposible que oyera lo que dijo Stu.

–Lo hizo. Le oyó.

–Pero es imposible que le entendiera.

–Le entendió.

–Creo que le atribuyes demasiada inteligencia –insistió Tal–. Era grande, es cierto, y diferente a cualquier cosa que hayamos visto antes, pero no dejaba de ser un insecto. Una gigantesca mariposa nocturna, ¿verdad?

Lisa no respondió.

–Esa cosa no es omnisciente –añadió Tal, tratando sobre todo de convencerse a sí mismo–. No puedo aceptar que todo lo vea, que todo lo escuche, que todo lo sepa.

La chiquilla continuó mirando en silencio la oculta mesilla de café.

Jenny examinó la repulsiva herida de Wargle reprimiendo las náuseas. Las luces del vestíbulo no eran suficientes, de modo que utilizó una linterna para inspeccionar los bordes de la herida y echar un vistazo al cráneo. El centro del rostro destrozado del cadáver estaba mondo hasta el hueso; todo el resto de piel, carne y cartílago había desaparecido. Incluso el propio hueso parecía estar disuelto parcialmente en algunos lugares, corroído, como salpicado por un ácido. No tenía ojos. En cambio, alrededor de la herida la carne seguía normal; una carne firme e intacta cubría los laterales de su rostro desde el extremo de las mandíbulas hasta el hueso del pómulo y la piel no presentaba la menor marca desde el punto central de la barbilla hacia abajo y desde el entrecejo hacia arriba. Era como si un artista de la tortura hubiera diseñado un marco de piel sana para destacar la horrenda exhibición de huesos que se exponía en el centro del rostro.

Jenny ya había visto bastante y apagó la linterna. Un rato antes, habían cubierto el cuerpo con el lienzo que tapaba uno de los sillones. Ahora, Jenny terminó de cubrir la cabeza del muerto y se sintió aliviada de apartar de la vista aquella sonrisa esquelética.

–¿Y bien? –preguntó Bryce.

–No hay marcas –respondió ella.

–Una criatura como ésa debería tener dientes, ¿no?

–Sé que tenía boca. Una especie de pequeño pico quitinoso. Vi sus mandíbulas en acción cuando se lanzó contra las ventanas de la comisaría.

–Sí, yo también me fijé.

–Una boca así dejaría marcas en la carne. Cortes, señales de mordeduras, rastros de desgarros y puntos a medio masticar...

–Pero no hay nada.

–No –repitió Jenny–. La carne no parece haber sido desgarrada, sino más bien... disuelta. En los bordes de la herida, la carne que queda está incluso como cauterizada, como si se hubiera chamuscado con algo.

–¿Crees que... que ese insecto... segrega algún ácido? Jenny asintió.

–¿Y que disolvió la cara de Stu Wargle?

–Y absorbió la carne licuada –añadió ella.

–¡Oh, Dios mío!

–Sí.

Bryce estaba pálido como una máscara mortuoria y las pecas parecían, por contraste, arder y brillar en su rostro.

–Eso explica por qué causó tanto daño en apenas unos segundos.

Jenny intentó no pensar en aquel rostro de huesos asomando entre la carne, como unas facciones monstruosas puestas al descubierto bajo una máscara de normalidad.

–Creo que le ha chupado la sangre –continuó Jenny–. Hasta la última gota.

–¿Qué?

–¿Estaba acaso el cuerpo en un charco de sangre?

–No.

–Tampoco tenía ninguna mancha en el uniforme.

–Me he dado cuenta de eso.

–Debería haber sangre. Tendría que haberla derramado como una fuente. Las cuencas de los ojos deberían estar llenas de ella, pero no he encontrado ni rastro.

Bryce se pasó una mano por las mejillas. Lo hizo con tal fuerza que incluso le subió un poco de color a la piel.

–Échale un vistazo al cuello –dijo ella–. Mírale la yugular.

Bryce no se movió un centímetro hacia el cadáver.

–Y mírale la parte interior de los brazos y el revés de las manos. No se aprecia ninguna vena.

–¿Los vasos sanguíneos colapsados?

–Sí. Creo que esa cosa le sorbió toda la sangre.

Bryce hizo una profunda inspiración. Luego murmuró:

–Yo le he matado. Soy el responsable. Como tú dijiste, deberíamos haber aguardado a los refuerzos antes de dejar la comisaría.

–No, no. Tú tenías razón; no estábamos más seguros allí que en la calle.

–Pero murió en la calle.

–Los refuerzos no habrían cambiado las cosas. Tal como esa maldita criatura cayó del cielo... ni siquiera todo un ejército habría podido detenerla, diablos. Era demasiado rápida y apareció demasiado por sorpresa.

Una expresión triste, desolada, se había adueñado de los ojos de Bryce. El comisario se sentía abrumado por su responsabilidad e insistió en considerarse culpable de la muerte de su agente.

–Hay algo aún peor –continuó su informe Jenny, a regañadientes.

–No puede ser –dijo Bryce.

–Su cerebro...

Bryce aguardó a que siguiera. Luego, preguntó:

–¿Qué? ¿Qué sucede con su cerebro?

–No está.

–¿No está?

–El cráneo está vacío. Completamente vacío.

–¿Cómo puedes saberlo sin abrirlo...?

Jenny le interrumpió, alargando la linterna hacia él.

–Toma esto e ilumina las cuencas de sus ojos.

Bryce tampoco hizo el menor movimiento para poner en práctica la sugerencia. Ahora, sus ojos no estaban entornados sino muy abiertos, con expresión de sorpresa.

Jenny advirtió que sus manos no podían seguir sosteniendo la linterna, pues le temblaban violentamente.

Bryce también se dio cuenta. Tomó la linterna de las manos de la doctora y la dejó en el aparador, junto al cadáver cubierto con el sudario. Luego tomó las manos de Jenny y las asió entre las suyas, grandes y correosas, calentándolas.

–Detrás de los tabiques oculares no hay nada, nada en absoluto –añadió ella–. El vacío más completo hasta los huesos del cráneo.

Bryce le acarició las manos para calmarla.

–Sólo una cavidad húmeda, exprimida –continuó Jenny. Mientras hablaba, su voz se alzó para luego quebrarse – : Le devoró la cara, ojos incluidos, probablemente en el tiempo que se tarda en parpadear. ¡Por el amor de Dios! Se le comió la boca y le arrancó la lengua de cuajo y le limpió los dientes de encías y luego le disolvió el paladar, ¡Jesús!, y le sorbió el cerebro y le extrajo toda la sangre del cuerpo también; probablemente lo hizo chupando y...

–Calma, calma –le aconsejó Bryce.

Sin embargo, las palabras continuaron saliendo de su boca como eslabones de una cadena que la atara a un albatros:

–...y consumió todo eso en no más de diez o doce segundos. ¡Es imposible, maldita sea, es sencillamente imposible! ¡Esa cosa devoró kilos y kilos de tejidos y órganos...! Los devoró, ¿comprendes?, en apenas esos segundos...

Jenny se quedó de pie, inmóvil, con sus manos aprisionadas entre las de él.

Bryce la condujo a un sofá todavía cubierto con un lienzo polvoriento. Se sentaron uno junto al otro.

Ninguno de los demás miraba en ese instante hacia allí.

Jenny se alegró de ello, pues no deseaba que Lisa la viera en aquel estado. Bryce le pasó una mano por los hombros y le habló con voz suave, reconfortante. Poco a poco, Jenny se calmó. No se sentía menos perturbada ni menos aterrorizada. Sólo más calmada.

–¿Te encuentras mejor? –preguntó Bryce.

–Como dice mi hermana, lamento haberte decepcionado.

–Vamos, vamos, ¿estás de broma? Yo ni siquiera he sido capaz de sujetar la linterna y observar esos ojos como me has pedido. Has sido tú quien ha tenido el valor de examinar el cuerpo.

–Bueno, gracias por darme ánimos. Desde luego, sabes calmar muy bien los ataques de nervios.

–¿Yo? No he hecho nada.

–Tienes una manera muy reconfortante de hacer las cosas. Los dos quedaron callados, pensando en cosas sobre las cuales no querían pensar. Por fin, Bryce murmuró:

–Ese insecto...

Jenny aguardó.

Él continuó:

–¿De dónde habrá salido?

–Del infierno...

–¿Alguna otra sugerencia?

–¿De la era mesozoica? –dijo Jenny medio en broma, encogiéndose de hombros.

–¿Cuándo fue eso?

–En la era de los dinosaurios.

Los ojos azules de Bryce emitieron un destello de interés.

–¿Existían criaturas como ésa entonces?

–No lo sé –reconoció ella.

–Casi me la puedo imaginar volando en los pantanos prehistóricos.

–Sí. Cazando pequeñas presas y molestando a un *Tyrannosaurus rex* casi como nos molestan en verano nuestros insectos habituales.

–Pero, si es de la era mesozoica, ¿dónde ha estado escondida durante los últimos cien millones de años? –se preguntó Bryce, en alta voz.

De nuevo, unos segundos de silencio.

–¿Podría..., podría proceder de algún laboratorio de genética? –reflexionó Jenny–. ¿De algún experimento con ADN recombinante?

–¿Tan lejos han llegado que pueden producir una especie totalmente nueva? Yo sólo conozco lo que leo en los periódicos, pero pensaba que estaban a años, de distancia de ese tipo de cosas. Todavía están trabajando con bacterias.

–Probablemente tienes razón –asintió ella–, pero...

–Sí, no hay nada imposible puesto que la mariposa está aquí.

Tras un nuevo silencio, Jenny susurró:

–¿Y qué será lo otro que vuela o se arrastra por ahí fuera?

–¿Estás pensando en lo que le sucedió a Jake Johnson?

–Exacto. No fue esa criatura la que se lo llevó; por mortífera que sea, es imposible que pudiera matarle en silencio y llevarse su cuerpo. Entonces, ¿qué fue? –Jenny suspiró–. ¿Sabes?, al principio no intenté abandonar el pueblo porque tuve miedo de expandir con ello una epidemia. Ahora, tampoco lo intentaría porque no conseguiríamos salir con vida. Nos lo impedirían.

–No, no. Estoy seguro de que podremos sacaros de aquí –replicó Bryce–. Si podemos demostrar que este asunto no está relacionado con ningún tipo de enfermedad, si la gente del general Copperfield logra descartarlo, tú y Lisa podéis dar por seguro que os sacaremos de aquí sanas y salvas.

–No –repuso ella moviendo la cabeza–. Ahí fuera hay algo, Bryce; algo más astuto y muchísimo más poderoso que ese insecto. Y no quiere dejarnos marchar. Quiere jugar con nosotros antes de matarnos. No nos dejará escapar, de modo que será mejor ir a buscarlo y encontrar el modo de enfrentarnos a él antes de que se canse del juego.

En las dos salas del gran restaurante del Hilltop Inn, las sillas estaban colocadas al revés, encima de las mesas y cubiertas con manteles de plástico verde. Bryce y los demás quitaron los plásticos de la primera sala, bajaron las sillas de encima de las mesas y empezaron a preparar el comedor para utilizarlo como cafetería.

El mobiliario de la segunda sala hubo de ser retirado para dejar sitio a los colchones que más tarde bajarían de las habitaciones.

Apenas habían empezado a vaciar aquella zona del restaurante cuando escucharon el lejano pero inconfundible sonido de unos motores de automóvil.

Bryce se acercó a los ventanales y volvió la vista calle abajo, hacia el pie de Skyline Road. Tres coches patrulla de la policía del condado subían por ella, lanzando destellos con sus luces rojas.

–Ya están aquí –informó Bryce a los demás.

Hasta aquel momento había considerado que los refuerzos serían un complemento poderoso y reconfortante de su diezmado contingente. Ahora, se daba cuenta de que diez hombres más apenas significaban ninguna diferencia.

Jenny Paige había estado en lo cierto al decir que, probablemente, Stu Wargle tampoco habría salvado la vida de haber aguardado a los refuerzos antes de salir de la comisaría.

Todas las luces del Hilltop Inn y de la calle principal parpadearon. Perdieron potencia. Se apagaron. Pero volvieron a encenderse tras apenas un segundo de oscuridad.

Eran las 23.15 de la noche del domingo, en la cuenta atrás hacia la hora de las brujas.



## Londres, Inglaterra

Cuando llegó la medianoche a California, eran las ocho de la mañana del lunes en Londres.

El día era deprimente. Unas nubes grises cubrían la ciudad y, desde antes del amanecer, caía una llovizna suave y persistente. Los árboles, empapados, se alzaban desnudos y las calles emitían un oscuro reflejo. Todos los transeúntes de las aceras parecían llevar paraguas negros.

En el hotel Churchill, en Portman Square, la lluvia repicaba en los cristales y caía en lágrimas que distorsionaban la visión desde el comedor. De vez en cuando, el brillante destello de un relámpago traspasaba las cristaleras perladas de gotas y, por unos instantes, éstas depositaban una sombra en los manteles blancos, impolutos.

En una de las mesas junto a las ventanas se encontraba Burt Sandler, un neoyorquino en viaje de negocios, preguntándose cómo diablos haría para justificar el importe de la factura del desayuno en su cuenta de gastos. Su invitado había empezado pidiendo una botella de buen cava francés, que no era precisamente barato. Con el cava, el hombre había pedido caviar –¡cava y caviar para desayunar!– y fruta fresca de dos clases. Y era evidente que el tipo todavía no había terminado de pedir.

Al otro lado de la mesa, el doctor Timothy Flyte, objeto del asombro de Sandler, estudió la carta con deleite infantil.

–Y quisiera un par de *croissants* –dijo al camarero.

–Sí, señor –respondió éste.

–¿Están crujientes? –Sí, señor. Mucho.

–Espléndido. Y huevos –continuó Flyte–. Dos sabrosos huevos, naturalmente; poco hechos, con tostadas y mantequilla.

–¿Tostadas? –preguntó el camarero–. ¿Además de los *croissants*, señor?

–Sí, sí –dijo Flyte, jugueteando con el cuello, ligeramente gastado, de su camisa blanca–. Y una loncha de jamón con los huevos.

El camarero parpadeó y asintió. Flyte levantó por fin los ojos de la carta y miró a Burt Sandler.

–¿Qué es un desayuno sin una loncha de jamón, no le parece?

–Yo también soy un amante de los huevos con jamón –asintió Burt Sandler con una sonrisa forzada.

–Muy inteligente por su parte –replicó Flyte con voz complacida.

Las gafas de fina montura metálica se le habían deslizado por la nariz y ahora colgaban sobre la punta de ésta, chata y enrojecida. Con uno de sus dedos largos y delicados volvió a colocarlas en su sitio.

Sandler advirtió que el puente de la montura estaba roto y vuelto a soldar. La reparación era tan chapucera que Sandler sospechó que Flyte había efectuado la soldadura por sus propios medios para ahorrar dinero.

–¿Tiene unas buenas salchichas de cerdo? –preguntó Flyte al camarero–. Sea sincero conmigo. Pienso devolverlas inmediatamente si no son de la más alta calidad.

–Tenemos unas salchichas excelentes –le aseguró el camarero–. Yo también soy aficionado a ellas.

–Traiga salchichas, entonces.

–¿En lugar del jamón, señor?

–No, no, no. Además del jamón –respondió Flyte, como si la pregunta del camarero no sólo fuera curiosa, sino un signo de estupidez.

Flyte tenía cincuenta y ocho años, pero parecía al menos diez años, más viejo. Su cabello crespo y cano formaba ligeros rizos en la parte superior de su cabeza y sobresalía en torno a sus grandes orejas como si estuviera erizado de electricidad estática. Tenía el cuello larguirucho y lleno de arrugas, los hombros estrechos y un cuerpo en el que destacaban más los huesos y cartílagos que la musculatura. Su aspecto permitía dudar de que fuera capaz de comer todo lo que había pedido.

–Traiga patatas –continuó Flyte.

–Muy bien, señor –dijo el camarero, tomando nota en una hoja de su bloc, en la que apenas quedaba ya espacio para escribir.

–¿Tienen pasteles? –quiso saber Flyte.

El camarero, un modelo de paciencia y buen trato a la vista de las circunstancias, no hizo la menor alusión a la asombrosa glotonería de Flyte pero se volvió hacia Burt Sandler como diciéndole: «¿Tiene su abuelo alguna enfermedad senil incurable, o es, a su edad, un corredor de maratón que necesita grandes cantidades de calorías?».

Sandler se limitó a sonreír. Mirando de nuevo a Flyte, el camarero respondió:

–Sí, señor, tenemos pasteles de varias clases. Hay un delicioso...

–Traiga un surtido –le interrumpió Flyte–. Al final del desayuno, naturalmente.

–Déjelo de mi cuenta, señor.

–Bien, muy bien. ¡Excelente! –exclamó Flyte, radiante.

Por último, casi a regañadientes, cerró la carta.

Sandler estuvo a punto de soltar un suspiro de alivio. Mientras el profesor Flyte enderezaba el clavel del día anterior que llevaba en la solapa de su traje azul, algo lustroso, Sandler pidió un zumo de naranja, huevos, jamón y una tostada. Cuando terminó de pedir, Flyte se inclinó hacia adelante en su silla, con aire conspirador.

–¿Tomará usted un poco de cava, señor Sandler?

–Creo que tomaré un par de copas –respondió Sandler, con la esperanza de que el líquido burbujeante liberara su mente y le ayudara a formular una explicación creíble para aquel despilfarro, una explicación que convenciera incluso a los meticulosos empleados de la sección de contabilidad, que estudiarían aquella factura con microscopio electrónico.

Flyte se volvió al camarero.

–Entonces, quizá será mejor que traiga dos botellas.

Sandler, que estaba tomando un sorbo de agua helada, estuvo a punto de atragantarse.

El camarero se alejó y Flyte echó una ojeada por la ventana veteada por la lluvia.

–Un tiempo de perros. ¿El otoño también es así en Nueva York?

–Tenemos bastantes días de lluvia, pero el otoño puede ser realmente magnífico en Nueva York.

–Aquí también –respondió Flyte–, aunque imagino que tenemos muchos más días así que ustedes. La fama de lugar húmedo que tiene Londres no es del todo inmerecida.

El profesor insistió en charlar de trivialidades hasta que les sirvieron el cava y el caviar, como si temiera que, una vez tratado el asunto que les había llevado allí, Sandler se apresuraría a cancelar el resto del desayuno.

Mientras, Sandler pensó para sí que estaba ante un auténtico personaje sacado de Dickens. Cuando hubieron brindado a la salud de ambos, tras dar un sorbo a su copa, Flyte dijo por fin:

–Así que ha venido de Nueva York para verme, ¿no es eso?

Sus ojos expresaban contento y curiosidad.

–En realidad, para ver a varios escritores –respondió Sandler–. Hago el viaje una vez al año para sondear los libros que se están escribiendo. Los autores británicos son populares en los Estados Unidos. Sobre todo, los que se dedican a la novela de acción.

–¿MacLean, Follet, Forsythe, Bagley y esa gente?

–Sí. Algunos de ellos son muy populares.

El caviar era soberbio. A instancias del profesor, Sandler probó un poco con cebolla picada. Flyte untó un pedazo de tostada con una cucharadita de huevas y la engulló sin más aditamentos.

–Pero no sólo busco novela de acción. Voy tras libros muy diversos. De autores desconocidos, incluso. Y en ocasiones sugiero proyectos, incluso, cuando tengo un tema para un autor en concreto.

–Al parecer, tiene usted algo en mente para mí.

–En primer lugar, permítame decirle que leí *El antiguo enemigo* cuando se publicó, y que lo encontré fascinante.

–Sí, hubo algunas personas a quienes les pareció fascinante –replicó Flyte, pero la mayoría se enfureció al leerlo.

–He sabido que el libro le creó algunos problemas.

–Eso fue prácticamente lo único que me dio.

–¿Por ejemplo?

–Hace quince años, perdí mi cargo en la Universidad. Tenía entonces cuarenta y tres, justo la edad en que la mayoría de académicos consiguen la seguridad en el empleo.

–¿Perdió su cargo por culpa de *El antiguo enemigo*!

–Bueno, no lo dijeron tan descaradamente –respondió Flyte, llevándose a la boca una buena porción de caviar–. Eso les habría hecho parecer demasiado intolerantes. Los administradores de la facultad, el jefe del departamento y la mayoría de mis distinguidos colegas prefirieron atacarme indirectamente. Mi querido señor Sandler, la competencia entre políticos locos por el poder y las maquiavélicas puñaladas por la espalda de los ejecutivos de una gran empresa no son nada, en cuanto a crueldad y rencor, si se comparan con la conducta de los miembros del claustro académico que, de pronto, ven una oportunidad para ascender en el escalafón universitario a expensas de un colega. Propagaron rumores sin fundamento, rumores escandalosos sobre mis preferencias sexuales, sugerencias de confraternización íntima con las alumnas. Y ya puestos, con los alumnos. Ninguna de estas calumnias fue mencionada nunca abiertamente en un foro donde yo pudiera refutarlas. Sólo eran rumores susurrados a mis espaldas. Pura ponzoña. Luego, de forma más abierta, realizaron educadas sugerencias hablando de incompetencia, exceso de trabajo, fatiga mental. Me dejaron en el ostracismo y no lo pude soportar. Dieciocho meses después de la publicación de *El antiguo enemigo*, me marché. Y ninguna otra Universidad me quiso, excusándose en mi reputación deshonrosa. Naturalmente, la auténtica razón era que mis teorías resultaban demasiado atrevidas para los gustos académicos. Fui acusado de intentar ganar una fortuna complaciendo el gusto del hombre corriente por la pseudociencia y el sensacionalismo, de poner en venta mi credibilidad.

Flyte hizo una pausa para beber un sorbo de cava y lo paladeó. Sandler estaba realmente asombrado de lo que Flyte le había contado.

–¡Pero eso es ultrajante! Su libro era un tratado para eruditos. En ningún momento estuvo dirigido a las listas de ventas. El hombre de la calle habría tenido enormes dificultades para leer *El antiguo enemigo*.

Hacer una fortuna con ese tipo de obra es prácticamente imposible.

–Hecho que pueden certificar mis declaraciones de derechos de autor –asintió Flyte mientras terminaba de comerse el caviar.

–Usted era un arqueólogo respetado –dijo Sandler.

–Bueno, en realidad nunca lo fui demasiado... –replicó Flyte, medio disculpándose–. Aunque, desde luego, no fui nunca una oveja negra de la profesión, como tan a menudo se ha sugerido después. Si la conducta de mis colegas le parece increíble, señor Sandler, es porque no comprende la naturaleza del animal. Me refiero al animal científico. Los académicos están educados para creer que todo conocimiento nuevo llega a base de pequeños pasos, de granitos de arena apilados uno sobre otro. Y, de hecho, es así como se consigue gran parte del conocimiento. Por lo tanto, los científicos no están nunca bien dispuestos hacia esos visionarios que elaboran nuevos análisis con los cuales transforman completamente, de la noche a la mañana, todo un campo de la ciencia. Copérnico fue ridiculizado por sus contemporáneos por creer que los planetas daban vueltas al sol. Naturalmente, ha resultado que Copérnico tenía razón. En la historia de la ciencia hay incontables ejemplos parecidos. –Flyte se sonrojó y tomó un nuevo trago de cava–. No es que

pretenda compararme con Copérnico ni con cualquier otro de esos grandes hombres; sólo intento explicar por qué mis colegas estaban condicionados para volverse contra mí. Debería haberlo presentado.

El camarero se acercó para retirar el plato del caviar y sirvió el zumo de naranja de Sandler y la fruta fresca de Flyte. Cuando los dos comensales quedaron solos de nuevo, Sandler preguntó:

–¿Sigues convencido de que su teoría tenía validez?

–¡Absolutamente! –respondió Flyte–. Es todo cierto o, al menos, existen unas posibilidades casi totales de que lo sea. La historia está llena de misteriosas desapariciones en masa a las cuales historiadores y arqueólogos no encuentran explicación lógica.

Los ojos fríos y húmedos del profesor se hicieron intensos y escrutadores bajo sus despeinadas cejas canosas. Se inclinó hacia adelante sobre la mesa, clavando en Burt Sandler una mirada hipnótica.

–El diez de diciembre de mil novecientos treinta y nueve –dijo Flyte–, cerca de las colinas de Nanking, un ejército de tres mil soldados chinos, camino del frente para combatir a los japoneses, desapareció sin dejar rastro antes de llegar a la línea de vanguardia. No se encontró un solo cuerpo, una tumba, un testigo de lo sucedido. Los historiadores militares japoneses no han encontrado nunca una mención de que alguna unidad hubiera combatido con esa concreta fuerza china. En los campos por los que cruzaron los soldados desaparecidos ningún campesino escuchó disparos u otras señales de confrontación. Un ejército evaporado en el aire. Y en mil setecientos once, durante la guerra de Sucesión española, cuatro mil soldados iniciaron una expedición a los Pirineos. Hasta el último hombre desapareció en territorio propio, en una zona que conocían bien, antes de establecer el primer campamento nocturno.

Flyte seguía tan entusiasmado por el tema como diecisiete años, atrás, cuando había escrito el libro. Se había olvidado por entero de la fruta y el cava y contemplaba a Sandler como si le desafiara a poner en duda su escandalosa teoría.

–A mayor escala –continuó el profesor–, piense en las ciudades mayas de Copan, Piedras Negras. Palenque, Menché, Seibal y varias más que fueron abandonadas de la noche a la mañana. En el año seiscientos diez de nuestra era, aproximadamente, decenas y hasta miles de mayas dejaron sus casas en un plazo de una semana, de un solo día, quizá. Parece que algunos huyeron hacia el norte y fundaron otras ciudades, pero existen datos de que innumerables miles desaparecieron sin dejar rastro. Y todo ello en un lapso de tiempo increíblemente breve. No se preocuparon de recoger muchos de sus objetos de alfarería, herramientas, utensilios de cocina... Mis eruditos colegas dicen que la tierra en torno a esas ciudades mayas se hizo poco fértil, lo cual provocó la migración de ese pueblo hacia el norte, donde la tierra fuese más productiva. Sin embargo, si ese gran éxodo fue planificado, ¿por qué abandonaron tantas pertenencias? ¿Por qué se dejaron el preciado grano de maíz para la siembra? ¿Por qué no regresó nunca un solo superviviente para saquear los tesoros abandonados en esas ciudades? –Flyte golpeó ligeramente la mesa con el puño–. ¡Es ilógico! Los emigrantes no emprenden un viaje

largo y arduo sin preparación, sin llevar con ellos todos los instrumentos que puedan serles de utilidad. Además, en algunas de las casas de Piedras Negras y Seibal, existen evidencias de que algunas familias partieron después de preparar elaborados platos... pero antes de comerlos. Esto parece indicar, sin duda, que la partida fue repentina. Ninguna de las teorías actuales responde adecuadamente a esas preguntas... salvo la mía, por extraña, rocambolesca e imposible que parezca.

–Aterradora, lo es –añadió Sandler.

–Exacto –asintió Flyte.

El profesor se arrellanó en su silla, sin aliento. Advirtió que tenía vacía la copa, la llenó, la vació de nuevo de un trago y se relamió.

El camarero se acercó a llenarles las copas.

Flyte devoró ávidamente la fruta, como si temiera que el camarero fuese a llevarse las fresas de invernadero antes de poderlas probar.

Sandler sintió lástima por el pobre hombre que tenía delante. Era evidente que había pasado mucho tiempo desde que el profesor comiera por última vez un menú caro en una atmósfera elegante.

–Me acusaron de intentar explicar todas las desapariciones misteriosas de la historia, desde los mayas al juez Cráter y Amelia Earhart, todo en una misma teoría. Es una absoluta falacia. Yo nunca mencioné al juez o a esa infortunada aviadora. A mí sólo me interesan las desapariciones inexplicables en masa de seres humanos y animales, de las cuales ha habido literalmente cientos a lo largo de la historia.

El camarero trajo *croissants*.

Fuera, un relámpago surcó velozmente el cielo plomizo y puso su afilado pie en el suelo en otra parte de la ciudad; su fulgurante descenso estuvo acompañado de un terrible estruendo y un rugido que resonó por todo el firmamento.

–Sí después de la publicación de su libro se hubiera producido una nueva desaparición en masa inexplicable –dijo Sandler–, esa teoría suya adquiriría una considerable credibilidad...

–¡Ah! –le interrumpió Flyte, dando unos enérgicos golpes en la mesa con la yema de un dedo–, ¡pero es que ha habido varias de esas desapariciones!

–Si fuera cierto, seguro que habría aparecido la noticia en grandes titulares...

–Yo conozco dos casos, y puede que haya más –insistió Flyte–. Uno de ellos hace referencia a la desaparición de grandes masas de formas de vida inferiores; concretamente, peces. La noticia apareció en los periódicos, pero no despertó un gran interés. Lo único que preocupa a los periódicos es la política, los asesinatos, el sexo y las cabras de dos cabezas. Hay que leer las revistas científicas para saber qué está sucediendo realmente. Así me enteré de que, hace ocho años, los biólogos marinos notaron una espectacular disminución en las poblaciones de peces de cierta región del Pacífico. En concreto, el número de ejemplares de determinadas especies se había reducido a la mitad. En ciertos círculos científicos hubo pánico al principio, temiendo que las temperaturas oceánicas estuvieran experimentando un cambio repentino que fuera a dejar las aguas despobladas de todas las especies salvo las más resistentes. Sin embargo, posteriores observaciones demostraron que no era así. Poco a poco, la

vida marina de la zona, que se extendía cientos de kilómetros cuadrados, recuperó su anterior abundancia. Finalmente, nadie supo explicar qué había sucedido con los millones y millones de criaturas que se habían esfumado.

–La contaminación –sugirió Sandler, alternando los sorbos de zumo de naranja con los de cava.

–No, no, no –respondió Flyte mientras untaba de mermelada uno de los *croissants*–. No, señor. Para causar una devastación tal en una zona tan enorme del océano, habría tenido que producirse el caso más grave de contaminación de las aguas de toda la historia. Un accidente de esa proporción no habría pasado inadvertido. Además, no hubo ningún accidente, ningún derrame de petróleo. De hecho, ningún derrame de crudo podría haber causado una catástrofe así; la región afectada y el volumen de agua eran demasiado grandes. Y los peces muertos no aparecieron en las costas, arrastrados por el mar. Sencillamente, se esfumaron sin dejar rastro.

Burt Sandler estaba excitado. Podía oler el dinero. Tenía presentimientos respecto a algunos libros, y ninguno de estos presentimientos le había fallado nunca. Bueno, excepto tal vez aquella dieta de la actriz de cine que, justo una semana antes de la fecha de la publicación, había muerto de desnutrición después de subsistir seis meses con poco más que pomelo, papaya, pasas y zanahorias. En esta ocasión, estaba ante un *best-seller* fijo: dos o trescientos mil ejemplares en tapas duras, tal vez incluso más; dos millones en edición de bolsillo. Si lograba convencer a Flyte de hacer más popular y poner al día el árido material académico de *El antiguo enemigo*, el profesor podría pagarse su propio cava durante muchos años.

–Dijo que tenía conocimiento de dos desapariciones en masa desde la publicación de su obra –insistió Sandler, animándole a continuar.

–La otra se produjo en África en mil novecientos ochenta. Entre dos y cuatro mil miembros de una tribu primitiva, hombres, mujeres y niños, desaparecieron en una zona relativamente remota del África central. Los poblados fueron encontrados vacíos; habían abandonado todas sus pertenencias, incluidas grandes cantidades de comida. Parecían haberse dispersado apresuradamente por la jungla. Las únicas señales de violencia eran algunas piezas de alfarería rotas. Es cierto que, en esa parte del mundo, las desapariciones en masa son desalentadoramente más frecuentes que en otras épocas, debido principalmente a la violencia política. Los mercenarios cubanos, armados con material soviético, han contribuido a la liquidación de tribus enteras que no estaban dispuestas a poner su identidad étnica por detrás de los objetivos revolucionarios. Sin embargo, cuando una población es arrasada por motivos políticos, siempre se producen saqueos e incendios y se entierra a los muertos en fosas comunes. En este caso no hubo pillaje ni fuego y tampoco se encontró ningún cuerpo. Unas semanas más tarde, los guardas forestales de la zona informaron de una inexplicable disminución de la vida animal. Nadie relacionó el asunto con la desaparición de la gente de esos poblados; ambos fenómenos fueron considerados asuntos distintos.

–Pero usted sabe que no era así.

–Bien, lo sospecho –le corrigió Flyte, poniendo mermelada de fresa en una última punta de *croissant*.

–La mayoría de esas desapariciones parece producirse en zonas remotas –apuntó Sandler–. Eso hace difíciles las comprobaciones.

–Sí, también me echaron eso en cara. En realidad, es probable que la mayoría de incidentes se produzca en el mar, pues las aguas cubren la mayor parte de la superficie del planeta. El mar puede ser tan lejano como la luna, y gran parte de lo que tiene lugar bajo las olas nos pasa totalmente inadvertido. Sin embargo, no debe olvidar esos dos ejércitos que he mencionado antes, el chino y el español. Estos sucesos sucedieron dentro del contexto de la civilización moderna. Y si decenas de miles de mayas cayeron víctimas de ese antiguo enemigo cuya existencia he apuntado, estaríamos ante un caso en el que fueron atacadas con espantosa audacia ciudades enteras, centros de civilización.

–¿Piensa usted que podría suceder ahora, hoy...?

–Indudablemente.

–¿En un lugar como Nueva York o incluso aquí, en Londres?

–¡Por supuesto! Podría suceder virtualmente en cualquier lugar que posea el asentamiento geológico que he perfilado en mi libro.

Los dos tomaron un sorbo del líquido burbujeante, pensativos.

La lluvia tamborileaba en los cristales con más fuerza que antes.

Sandler no estaba seguro de creer en las teorías que Flyte había propagado en *El antiguo enemigo*. Sabía que podían sentar las bases para un libro de éxito espectacular escrito en clave popular, pero eso no significaba que tuviera que creer en ellas. En realidad, no lo deseaba. Aceptar que pudieran ser ciertas era como abrirle las puertas al infierno.

Miró a Flyte, que estaba enderezando de nuevo su marchito clavel, y murmuró:

–Me produce escalofríos pensarlo.

–Así debe ser –respondió Flyte, asintiendo–. Así debe ser. Llegó el camarero con los huevos, el jamón, las salchichas y la tostada.



## En mitad de la noche

El hotel era una fortaleza.

Bryce estaba satisfecho con los preparativos que habían realizado.

Por fin, tras dos horas de ardua tarea, tomó asiento ante una mesa de la cafetería y dio unos sorbos a un café descafeinado servido en unas tazas de cerámica blanca en la que había esmaltado el anagrama azul del establecimiento.

A la una y media de la madrugada, con la colaboración de los diez agentes que habían llegado de Santa Mira, ya lo tenían casi todo dispuesto. Una de las dos salas del restaurante había sido convertida en dormitorio; en el suelo se alineaba una veintena de colchones, suficientes para acomodar a todos los componentes de uno de los turnos de guardia, incluso cuando llegara el equipo del general Copperfield. En la otra mitad del restaurante, en uno de los rincones, se habían colocado dos aparadores con bandejas para servirse uno mismo, ante los cuales podrían formarse las colas a la hora de la comida. La cocina estaba limpia y en orden. El espacioso vestíbulo había sido convertido en un enorme centro de operaciones con escritorios, mesas improvisadas, máquinas de escribir, archivadores, tableros de notas y un gran plano de Snowfield.

Además, se había realizado una minuciosa inspección de seguridad en el hotel y se habían adoptado las medidas necesarias para prevenir una irrupción del enemigo. Las dos entradas traseras –una en la cocina y la otra cruzando el vestíbulo– fueron cerradas con candado y aseguradas, además, con grandes planchas de madera encajadas bajo los barrotes y clavadas a los marcos de las ventanas. Bryce había ordenado aquella precaución extraordinaria para no tener que malgastar hombres vigilando tales entradas. La puerta a la escalera de incendios fue sellada de manera similar; nada podría entrar en los pisos altos del hotel y saltar sobre los agentes por sorpresa. Ahora, sólo un par de pequeños ascensores conectaban el vestíbulo con los tres pisos superiores y, frente a las puertas, estaban apostados dos guardias. Otro de ellos vigilaba la entrada principal. Un grupo de cuatro hombres había comprobado que todas las habitaciones de los pisos superiores estuvieran vacías. Otro grupito se había asegurado de que todas las ventanas de la planta baja estuvieran cerradas con pasador; la mayoría de ellas estaba, además, atrancada. No obstante, pese a todo, las ventanas seguían siendo los puntos débiles de aquella improvisada fortificación.

Bryce pensó que, por lo menos, si algo trataba de introducirse a través de una ventana, el sonido de los cristales al romperse les serviría de advertencia.

Durante las últimas horas, el grupo había prestado atención a muchos otros detalles. El cuerpo mutilado de Stu Wargle había quedado guardado provisionalmente en un cuarto de servicio anexo al vestíbulo. Bryce había establecido

una lista de actividades y había estructurado unos turnos de guardia de doce horas para los tres días siguientes, por si la crisis se prolongaba hasta entonces. Finalmente, había decidido que no quedaba nada más por hacer hasta las primeras luces del alba.

Ahora, sentado a solas en una de las mesas redondas del comedor con la taza de café en las manos, intentó encontrar un sentido a los acontecimientos de aquella noche. Sin embargo, su mente no dejaba de darle vueltas a un pensamiento aterrador: La criatura le había sorbido a Wargle el cerebro y toda la sangre del cuerpo. Hasta la última gota.

Intentó apartar de su cabeza la nauseabunda y deprimente visión del rostro destrozado del agente; se puso en pie, fue a por más café y volvió a la mesa.

El hotel estaba muy silencioso.

En otra mesa, tres de los agentes de guardia –Miguel Hernández, Sam Potter y Henry Wong– jugaban a cartas, pero sin apenas hablar entre ellos. Cuando hacían algún comentario, era siempre en un susurro.

El hotel seguía silencioso.

El hotel era una fortaleza.

Sí, maldita fuera: una fortaleza.

Pero ¿resultaría segura?

Lisa escogió un colchón en un rincón del dormitorio, donde poder apoyar la espalda contra una pared lisa.

Jenny extendió una de las dos mantas apiladas al pie del colchón y cubrió con ella a su hermana.

–¿Quieres la otra?

–No –respondió Lisa–. Con ésta bastará. De todas maneras, me parece raro esto de acostarme vestida.

–Las cosas volverán a la normalidad muy pronto –intentó confortarla Jenny.

Sin embargo, en el mismo instante de pronunciar esas palabras se dio cuenta de que las decía sin ninguna base.

–¿Vas a acostarte ya? –preguntó Lisa.

–Todavía no.

–Ojalá lo hicieras. Me gustaría que te acostaras aquí, en el colchón de al lado.

–No estás sola, cariño –aseguró Jenny, acariciando el cabello de su hermana.

Algunos agentes, entre ellos Tal Whitman, Gordy Brogan y Frank Autry, se habían tendido en otros colchones. También había en la estancia tres policías fuertemente armados que montarían guardia el resto de la noche.

–No apagarán más las luces, ¿verdad? –preguntó Lisa.

–No, no podemos arriesgarnos a quedar a oscuras.

–Bien. A mí ya me parecen lo bastante mortecinas. ¿Te quedarás conmigo hasta que me duerma? –le pidió Lisa, que ahora parecía mucho menor de sus catorce años.

–Claro que sí.

–¿Te gustaría charlar?

–Sí, pero lo haremos en voz baja para no molestar a nadie.

Jenny se tendió junto a su hermana con la cabeza apoyada en una mano.

–¿De qué quieres hablar? –preguntó.

–No importa –respondió Lisa–. De cualquier cosa..., excepto de esta noche.

–Bueno, yo quería preguntarte algo –murmuró Jenny–. No es sobre esta noche, pero es acerca de algo que has dicho hace un rato. ¿Recuerdas cuando estábamos sentadas en el banco frente al depósito de detenidos, esperando al comisario? ¿Recuerdas que estábamos hablando de mamá y tú decías que ella... solía hablar de mí con orgullo?

–¡Su hija, la doctora! –exclamó Lisa con una mueca burlona–.

Oh, sí, estaba tan orgullosa de ti...

Igual que la vez anterior, la frase conmovió a Jenny.

–¿Y mamá nunca me echó la culpa de la apoplejía de papá?

–¿Por qué iba a hacerlo? –frunció el ceño Lisa.

–Bueno... porque supongo que yo le causé a papá un buen dolor en el corazón durante una época. Dolor de corazón y muchas preocupaciones.

–¿Tú? –exclamó Lisa, atónita.

–Y cuando el médico de papá no pudo controlarle la hipertensión y tuvo el ataque...

–Según mamá, lo único que has hecho mal en tu vida fue cuando decidiste teñir al gato de negro para la noche de Halloween y manchaste de pintura todo el mobiliario del porche.

–Ya se me había olvidado esa escena –se rió Jenny, sorprendida–. Sólo debía de tener ocho años, entonces.

Se sonrieron mutuamente y, en ese instante, se sintieron más hermanas que nunca. Luego, Lisa comentó:

–¿Por qué pensabas que mamá te culparía de la muerte de papá?

Falleció de muerte natural. Una apoplejía, ¿no? ¿Cómo podría haber sido culpa tuya?

Jenny titubeó mientras su memoria retrocedía trece años, hasta el principio de aquella obsesión. El hecho de que su madre no le hubiera atribuido nunca la culpa de la muerte de su padre le producía un sentimiento de profunda liberación. Era la primera vez, desde que cumpliera diecinueve años, que se sentía libre.

–¿Jenny?

–¿Sí?

–¿Estás llorando?

–No, estoy bien –respondió la doctora, luchando por contener las lágrimas–. Si mamá no me culpó nunca de lo sucedido, supongo que me equivoqué considerándome a mí misma responsable. Ahora me siento feliz, cariño. Me siento muy contenta de lo que me has contado.

–Pero ¿qué creías que habías hecho? Si vamos a ser buenas hermanas, no debemos tener secretos. Cuéntamelo, Jenny.

—Es una larga historia, hermanita. Algún día te la explicaré, pero no ahora. Ahora quiero que me cuentes cosas de ti.

Charlaron de asuntos triviales durante unos minutos y a Lisa empezaron a pesarle los párpados cada vez más.

Jenny recordó los ojos amables de Bryce Hammond, con sus párpados extrañamente caídos.

Y recordó también los ojos de Jakob y Aida Liebermann, mirando fijamente desde sus cabezas cortadas.

Y los ojos del agente Wargle. Los ojos ausentes. Las cuencas vacías, chamuscadas, en aquel cráneo vacío.

Intentó apartar de sus pensamientos aquellas imágenes horripilantes, aquella repulsiva mirada de la mortífera criatura. Sin embargo, su mente continuó evocando una y otra vez la escena de espantosa violencia que había vivido un rato antes.

Jenny deseó que alguien le hiciera compañía y le hablara hasta conciliar el sueño, igual que ella estaba haciendo con Lisa. Iba a ser una noche de tensión.

En el cuarto de servicio anexo al vestíbulo y situado junto a la caja de los ascensores, la luz estaba apagada. La estancia no tenía ventanas.

Un leve olor a productos de limpieza llenaba el lugar. Abrillantador de muebles, cera para los suelos, limpiasuelos con aroma a pino y otros suministros estaban almacenados en estantes a lo largo de una de las paredes.

En el rincón de la derecha, al fondo del cuarto, había un gran fregadero de metal. Sobre él, un grifo mal ajustado dejaba caer una gota tras otra a intervalos de diez o doce segundos. Cada gota de agua producía un sordo y hueco *ping* al golpear el fregadero.

En el centro de la habitación, envuelto en la más absoluta oscuridad como todo lo demás, descansaba el cuerpo sin rostro de Stu Wargle sobre una mesa, cubierto con un lienzo.

Todo estaba en silencio.

Salvo el monótono *ping* del agua.

Una expectación sofocante impregnaba el aire.

Frank Autry se acurrucó bajo la manta con los ojos cerrados y pensó en Ruth. Su Ruth. Alta, esbelta y de dulces facciones. Ruthie, con su voz tranquila pero firme, con su risa cantarina que tanta gente encontraba contagiosa. Ruth, con la que llevaba casado veintiséis años. Ruth era la única mujer a la que había amado en su vida; todavía la amaba.

El agente había hablado con ella por teléfono unos instantes, justo antes de acostarse. Frank no había podido contarle gran cosa de lo que estaba sucediendo; le había dicho que se había decretado el estado de sitio en Snowfield, que la noticia debía mantenerse en secreto el mayor tiempo posible y que, a juzgar por cómo

pintaban las cosas, no volvería a casa esa noche. Ruthie no le había presionado para que se explicara con más detalle. A lo largo de los años, de servicio de Frank, Ruth había sido siempre una buena esposa de policía. Y continuaba siéndolo.

Pensar en Ruth era el principal mecanismo de defensa psicológico de Frank. En momentos de tensión, en instantes de dolor, miedo y depresión, sólo tenía que pensar en Ruth, que concentrarse en ella, y el mundo lleno de conflictos desaparecía. El agente Autry había pasado la mayor parte de su vida dedicado a un trabajo de alto riesgo, a una ocupación que rara vez le permitía olvidar que la muerte era una íntima parte de la vida. Una mujer como Ruth era, para él, una medicina indispensable. Una vacuna contra el desánimo.

Gordy Brogan tenía miedo de cerrar los ojos de nuevo. Cada vez que lo había hecho, le habían atormentado las visiones ensangrentadas que surgían de sus propias tinieblas interiores. Ahora, cubierto con la manta, mantenía sus ojos abiertos, fijos en la espalda de Frank Autry.

Redactó mentalmente una carta de dimisión a Bryce Hammond, aunque estaba dispuesto a no mecanografiarla y presentarla hasta que aquel asunto de Snowfield quedara resuelto. No quería abandonar a sus compañeros en mitad de la batalla; le parecía una actitud incorrecta. En realidad, podía resultarles de alguna ayuda teniendo en cuenta que no parecía haber muchas probabilidades de tener que disparar contra ninguna persona. Sin embargo, cuando la misión hubiera concluido, en cuanto estuvieran de regreso en Santa Mira. Gordy escribiría la carta y la entregaría en mano al comisario.

Ahora no le quedaba la menor duda: el trabajo de policía no era para él, ni lo había sido nunca.

Todavía era joven y tenía tiempo para cambiar de ocupación. Se había metido a policía, en parte, por rebeldía contra sus padres, pues era lo último que éstos habían deseado. En su casa habían observado su asombrosa facilidad para tratar a los animales, su habilidad para ganarse la confianza y la amistad de cualquier criatura de cuatro patas en un abrir y cerrar de ojos, y todos habían tenido la esperanza de que se convertiría en veterinario. Gordy siempre se había sentido asfixiado por el absorbente afecto de sus padres y, cuando éstos le empezaron a orientar hacia la carrera de veterinario, el muchacho había reaccionado contra tal posibilidad. Ahora, Gordy se daba cuenta de que tenían razón y que únicamente habían deseado lo mejor para él. En realidad, en lo más profundo de su corazón, siempre había sabido que sus padres tenían razón. Su vocación era curar, no mantener el orden.

También le había atraído en principio el uniforme y la placa, porque ser policía le había parecido una buena manera de reafirmar su masculinidad. A pesar de su tamaño y su formidable musculatura, a pesar de su acusado interés por las mujeres, siempre había creído que los demás le consideraban un andrógino. De muchacho no se había interesado nunca por los deportes, tema que obsesionaba a todos sus coetáneos varones.

Y los interminables comentarios sobre los coches de carreras le habían aburrido siempre soberanamente. Los asuntos que le interesaban eran muy otros y, a juicio de algunos, parecían demasiado finos. Le gustaba pintar, aunque no tenía un talento excepcional para ello. Tocaba la trompa, le fascinaba la naturaleza y era un ávido observador de aves. Su aborrecimiento de la violencia no era cosa que hubiese adquirido de adulto; ya de niño, evitaba las confrontaciones. Su pacifismo, aunado a sus reticencias a frecuentar la compañía de las chicas, le había hecho aparecer –al menos ante sí mismo– como una persona de poca hombría. Sin embargo ahora, por fin, Gordy se daba cuenta de que no necesitaba demostrarle nada a nadie.

Ingresaría en la Facultad y se haría veterinario. Se sentiría satisfecho. Y sus padres también. Su vida volvería a avanzar por el cauce adecuado.

Cerró los ojos, suspiró y deseó que le invadiera el sueño. Sin embargo, en la oscuridad surgieron las imágenes espantosas de un montón de cabezas de perro y de gato cortadas, las imágenes desgarradoras de sus cuerpos desmembrados y torturados.

Abrió los ojos con un jadeo.

¿Qué había sido de los animales domésticos de Snowfield?

El cuarto de servicio, junto al vestíbulo.

Sin ventanas. Sin luces.

El monótono *ping* del agua goteando en el fregadero metálico se había detenido.

Pero ahora no había silencio. Algo se movió en la oscuridad y emitió un sonido sordo, húmedo, sigiloso mientras se arrastraba por la sala, negra como el hollín.

Jenny todavía no tenía ganas de acostarse. Acudió a la cafetería, se sirvió una taza de café y fue a hacer compañía al comisario, sentado en una mesa del fondo.

–¿Lisa duerme? –preguntó Bryce.

–Como un tronco.

–¿Qué tal te sientes? Todo esto debe de ser muy duro para ti. Todos tus vecinos, amigos...

–Me resulta difícil sentir el dolor que debiera –respondió ella–. Estoy como aturdida. Si hubiera reaccionado a cada muerte que me afecta, no habría dejado de llorar a lágrima viva desde que llegué. Por eso parece como si mis emociones permanecieran insensibles.

–Es una respuesta normal, saludable. Así estamos reaccionando todos para afrontar la situación.

Los dos tomaron un sorbo de café y charlaron un poco. Al cabo de un rato, el comisario preguntó a Jenny si estaba casada.

–No, ¿y tú?

–Lo estuve.

–¿Divorciado?

–Mi mujer murió.

–Oh, sí, por supuesto. Leí la noticia. Lo siento. Fue hace un año, ¿verdad? Un accidente de tráfico, ¿no?

–Un camión que se dio a la fuga.

Jenny estaba mirando a Bryce a los ojos y le pareció que se nublaban y perdían un poco de su color azul.

–¿Cómo está tu hijo? –preguntó la doctora.

–Continúa en coma. No creo que salga nunca de ese estado.

–Lo siento, Bryce. De veras.

El comisario cruzó los brazos delante de la taza y contempló su interior.

–Con Timmy en ese estado, realmente será una bendición cuando por fin nos abandone. Durante un tiempo, lo sucedido me dejó insensible. No podía sentir nada; no sólo en el aspecto emocional, sino también en el físico. Una vez me corté el dedo mientras mondaba una naranja y estuve sangrando por toda la maldita cocina e incluso comí algunos gajos ensangrentados antes de darme cuenta de lo que sucedía. Y ni siquiera entonces noté dolor alguno. Últimamente, he empezado a experimentar cierta comprensión, cierta aceptación. –Bryce alzó la vista y encontró los ojos de Jenny–. Sucede una cosa bastante extraña: desde que he llegado a Snowfield, el velo gris ha desaparecido.

–¿El velo gris?

–Desde hace mucho tiempo, todo lo veía sin color. Todo estaba bajo una capa gris. Esta noche, en cambio... es todo lo opuesto. Esta noche ha habido tanta agitación, tanta tensión, tanto miedo, que todo me ha parecido extraordinariamente vivido.

Tras escucharle, Jenny habló de su madre, del impacto –sorprendente por su intensidad– que le había causado su muerte pese a los doce años, de alejamiento prácticamente total, que deberían haber amortiguado el efecto del hecho.

Una vez más, a Jenny le impresionó la capacidad de Bryce Hammond para hacerla sentirse cómoda. Parecía que se conocían desde hacía años.

Incluso se descubrió a sí misma contándole los errores que había cometido cuando tenía dieciocho y diecinueve años, hablándole de su comportamiento infantil, obstinado y terco, que tanto dolor había causado a sus padres. Hacia el final de su primer año en la Universidad, Jenny había conocido a un hombre que la había cautivado. Su nombre era Campbell Hudson –ella le llamaba Cam– y era un estudiante graduado que le llevaba cinco años, de edad. Su encanto, su actitud atenta y su apasionado acoso habían hecho perder la cabeza a la muchacha. Hasta entonces, Jenny había llevado una vida muy recogida; nunca se había atado a un novio fijo ni, en realidad, había tenido muchas citas. Era pues, un objetivo fácil. Tras enamorarse de Cam, pasó a ser no sólo su amante, sino también su apasionada alumna y discípula, casi su devota esclava.

–No te imagino sometiéndote a nadie –comentó Bryce.

–Entonces era muy joven.

–Siempre tienes una excusa aceptable.

Jenny se había ido a vivir con Cam sin tomar las suficientes medidas de seguridad para ocultar el pecado a sus padres, pues pecado era la palabra que éstos utilizarían para definir la situación de su hija. Más adelante, Jenny decidió –o, más bien, dejó que Cam decidiera por ella– que debía abandonar la Universidad y ponerse a trabajar de camarera para ayudar al chico a pagar los gastos hasta que hubiera terminado la licenciatura y el doctorado.

Una vez atrapada en el mundo egoísta de Cam Hudson, Jenny vio que éste se mostraba cada vez menos atento y menos encantador. Descubrió que Cam tenía un carácter violento. Poco después, mientras todavía estaba con Cam, murió el padre de la muchacha y Jenny, en el funeral, creyó notar que su madre le culpaba de su muerte prematura. Al mes justo del día en que fue enterrado su padre, Jenny supo que estaba embarazada. Ya lo estaba cuando se había celebrado el funeral. Cam se puso furioso e insistió en un aborto rápido. Jenny le pidió un día para pensárselo, pero él se salió de sus casillas. No estaba dispuesto a esperar ni siquiera esas veinticuatro horas y le dio tal paliza que la muchacha perdió el niño. Tras esto, todo terminó entre los dos. Jenny se hizo adulta de golpe, aunque esa brusca transformación llegaba demasiado tarde para satisfacer a su padre.

–Desde entonces –contó Jenny al comisario–, he pasado la vida trabajando duro, quizá demasiado, para demostrarle a mi madre que lo lamentaba mucho y que, en el fondo, era merecedora de su amor. He trabajado en fines de semana, he rechazado innumerables invitaciones a fiestas, apenas he hecho vacaciones en los últimos doce años... y todo para ser mejor. Nunca fui por casa con la frecuencia debida. No me sentía capaz de presentarme ante mi madre, pues podía ver en sus ojos una mirada acusatoria. Y ahora, esta noche, he sabido por Lisa algo sorprendente...

–Que tu madre nunca te echó la culpa –terminó la frase Bryce, poniendo nuevamente de relieve la asombrosa sensibilidad y agudeza de percepción que la muchacha ya había podido apreciar con anterioridad.

–Sí –asintió Jenny–. Jamás me responsabilizó de lo sucedido.

–Es probable –continuó Bryce– que incluso estuviera muy orgullosa de ti.

–Aciertas otra vez. Mamá jamás me culpó de la muerte de papá. Era yo la que me metí eso en la cabeza. La mirada acusatoria que creía ver en sus ojos sólo era un reflejo de mis propios sentimientos de culpa. –Jenny emitió una risa ronca y amarga, sacudiendo la cabeza–. Resultaría divertido si no fuera un asunto tan triste.

Jenny apreció en los ojos de Bryce Hammond la simpatía y la comprensión que había estado buscando desde el funeral de su padre.

–Somos muy parecidos en algunos aspectos –comentó Bryce–. Creo que los dos tenemos complejo de mártir.

–Ya no –respondió ella–. La vida es demasiado corta. Lo sucedido esta noche me lo ha recordado. A partir de ahora pienso dedicarme a vivir, a vivir de verdad... si Snowfield me lo permite.

–Saldremos de ésta –afirmó él.

–Ojalá pudiera estar tan segura.



–¿Sabes?, tener algo que hacer más adelante puede ayudarnos a conseguirlo. ¿Qué te parece si me das a mí algo que esperar del futuro?

–¿Eh?

–Una cita. –Bryce se inclinó hacia adelante. El cabello, tupido y de color de arena, le caía sobre los ojos–. El restaurante Gervasio's, en Santa Mira. Minestrone Scampi con mantequilla de ajo. Un buen asado de ternera o un bistec, con guarnición de pasta. Hacen unos fideos al *pesto* maravillosos. Y tienen buen vino.

–Me encantaría probarlo –dijo Jenny, sonriente.

–He olvidado mencionar el pan de ajo.

–Oh, me encanta el pan de ajo.

–Y de postre, *zabaglione*.

–Tendrán que sacarnos a rastras –comentó ella.

–Nos ocuparemos de que nos lleven a casa en carretilla.

Continuaron charlando un par de minutos más para aligerar la tensión y, por fin, los dos se sintieron a punto para intentar conciliar el sueño.

*Ping.*

En el oscuro cuarto de servicio donde estaba guardado el cuerpo de Stu Wargle, el agua había empezado a gotear de nuevo en el fregadero.

*Ping.*

Algo continuó moviéndose sigilosamente en la oscuridad, dando vueltas y vueltas a la mesa con un ruido húmedo, aceitoso, como de algo escurriéndose en el fango.

Pero aquél no era el único sonido de la estancia; había muchos otros sonidos, todos ellos apagados y roncós. El jadeo de un perro fatigado. El bufido de un gato furioso. La risa serena, plateada y fantasmal de un niño pequeño. Luego, el gemido de dolor de una mujer. Un murmullo. Un suspiro. El trino de una golondrina, perfectamente claro pero apenas susurrado, como para no atraer la atención de los hombres apostados de guardia en el vestíbulo. Y el sonido de advertencia de una serpiente de cascabel. Y el zumbido de unos abejorros junto con el sonido siniestro, muy agudo, del vuelo de las avispas. Y el gruñido de otro perro.

Los ruidos cesaron con la misma brusquedad con que se habían iniciado.

Volvió el silencio.

*Ping.*

La quietud se mantuvo tal vez un minuto, rota únicamente por las gotas de agua que caían a intervalos regulares.

*Ping.*

En la estancia a oscuras se produjo un roce de telas. El sudario que cubría el cuerpo de Wargle. El lienzo había resbalado del cadáver y había caído al suelo.

De nuevo, el ruido de algo escurridizo.

Y el sonido de una madera seca astillándose. Un sonido quebradizo, amortiguado pero violento. Un ruido brusco y seco, como el de un hueso al quebrarse.

De nuevo, silencio.

*Ping.*

Silencio.

*Ping. Ping. Ping.*

Mientras aguardaba el sueño, Tal Whitman pensaba en el miedo. Aquélla era la palabra clave, la emoción fundamental que había forjado su carácter. Miedo. Toda su vida había sido una larga y enérgica negación del miedo, una refutación de su misma existencia. Tal se negaba a sentirse afectado, humillado o impulsado por el miedo. No estaba dispuesto a reconocer que nada le asustaba. Desde muy temprana edad, la dura experiencia le había enseñado que el mero hecho de aceptar la existencia del miedo podía dejarle expuesto a su voraz apetito.

Tal había nacido y crecido en Harlem, donde el miedo reinaba por todas partes: miedo a las bandas callejeras, a los drogadictos, a la violencia desatada, a las privaciones económicas, a verse excluido de la posibilidad de prosperar en la vida. En aquel barrio, en aquellas calles grises, el miedo acechaba para devorarlo a uno en el mismo instante en que daba la menor señal de reconocerlo.

Durante su infancia, el pequeño no había estado a salvo ni siquiera en el piso que habitaba con su madre, un hermano y tres hermanas. El padre de Tal era un sociópata que solía pegar a su mujer y que sólo aparecía por la casa un par de veces al mes, por el mero placer de dar una paliza a la mujer sin ninguna razón de aterrorizar a los niños. Naturalmente, su madre no había sido mucho mejor que el padre. Era una mujer que bebía demasiado vino, tomaba demasiadas drogas y trataba a los hijos casi tan mal como el padre.

Cuando Tal tenía nueve años, una de las raras noches en que el padre estaba en casa, se declaró un incendio en el edificio. Tal fue el único superviviente de la familia. La madre y el padre murieron en la cama, intoxicados por el humo mientras dormían. Oliver, el hermano de Tal, y sus hermanas –Heddy, Louisa y Francesca, que todavía era un bebé– murieron también y ahora, transcurridos tantos años, al teniente le costaba a veces creer que hubieran existido realmente.

Tras el incendio, el pequeño fue a vivir con la tía Rebecca, la hermana de su madre, que también vivía en Harlem. Becky no bebía, ni consumía drogas. No tenía hijos propios pero trabajaba y asistía a una escuela nocturna. Creía en la autosuficiencia y tenía grandes esperanzas. Muchas veces, la tía Becky explicaba a Tal que no debía temerle a nada salvo al Propio Miedo, y que el Propio Miedo era como el hombre del saco: una sombra a quien no merecía la pena temer.

–Dios te ha concedido salud, Talbert, y un buen cerebro. Si te desvías del buen camino, será culpa tuya y de nadie más.

Con el amor, la disciplina y la guía de la tía Becky, el pequeño Talbert había llegado a considerarse prácticamente invencible. No le asustaba nada en la vida, y tampoco le tenía miedo a la muerte.

Esa fue la razón de que años, después, tras sobrevivir al tiroteo de la tienda de comestibles de Santa Mira, hubiera sido capaz de decirle a Bryce Hammond que el episodio había sido un juego de niños.

Ahora, por primera vez en muchos, muchísimos años, se sentía atenazado por el miedo.

Pensó en Stu Wargle y el nudo de su estómago se hizo más tenso, contrayéndole las entrañas.

La extraña criatura le había devorado los ojos.

El Propio Miedo.

Pero este hombre del saco era real.

Faltando medio año para su treinta y un aniversario, Tal Whitman estaba descubriendo que todavía podía sentir miedo por mucho que insistiera en negarlo. Su intrepidez le había acompañado largo tiempo pero, en contraposición a todo cuanto había creído hasta entonces, se daba cuenta de que había ocasiones en que sentir miedo era también una demostración de inteligencia.

Poco antes del alba, Lisa despertó de una pesadilla que no pudo recordar.

Vio que Jenny y los demás estaban durmiendo y se volvió hacia las ventanas. Fuera, Skyline Road aparecía engañosamente pacífica con la proximidad del fin de la noche.

Le entraron ganas de orinar. Se levantó y avanzó en silencio entre dos hileras de colchones. A la entrada de la sala habilitada como dormitorio, sonrió al agente de guardia y éste le guiñó un ojo en respuesta.

En el comedor había otro hombre leyendo una revista.

Ya en el vestíbulo, dos hombres más estaban apostados junto a la puerta del ascensor. Las dos hojas de la puerta de entrada al hotel, de madera de roble pulimentada, cada una de las cuales tenía un óvalo de cristal en su centro, permanecían cerradas; pese a ello, un tercer agente permanecía de guardia junto a la puerta. Empuñaba un fusil y observaba el exterior por uno de los óvalos, vigilando por si algo se acercaba al edificio.

Un cuarto hombre se hallaba en el vestíbulo. Lisa había hablado con él antes de acostarse: era un agente llamado Fred Turpner, un hombre calvo y de rostro encarnado. Turpner estaba sentado ante el escritorio más grande, al cuidado del teléfono. Debía de haber sonado con frecuencia durante la noche, pues la muchacha advirtió un par de hojas de papel oficial llenas de mensajes. Mientras Lisa pasaba cerca del escritorio, el aparato volvió a sonar. Fred alzó una mano para saludar a la muchacha y después descolgó el auricular.

Lisa fue directamente a los aseos, situados en un rincón del vestíbulo. Sobre dos puertas idénticas, podía leerse:

## CONEJITAS

## CERVATILLOS

La broma no guardaba coherencia con el resto del Hilltop Inn.

Lisa abrió la puerta con el rótulo de CONEJITAS. Los aseos se había considerado lugar seguro porque no tenían ventanas y sólo se podía acceder a ellos desde el vestíbulo, donde siempre había vigilantes. El aseo de señoras era limpio y espacioso, con cuatro lavabos y otros tantos retretes. El suelo y las paredes estaban cubiertos de azulejos de cerámica blanca con un marco de losetas azul marino en el suelo y en la parte superior de las paredes.

Lisa utilizó el primer excusado y, a continuación, el lavabo más próximo a la puerta. Cuando terminó de secarse las manos y alzó la mirada al espejo que tenía delante, le vio. Vio a Wargle, al muerto.

Estaba detrás de ella, a unos tres metros, en mitad de la estancia. Sonriendo.

Lisa se volvió en redondo, convencida de que era algún tipo de defecto del espejo, algún truco óptico. Seguro que aquella visión no estaría allí cuando se diera media vuelta.

Pero sí estaba. Desnudo. Con una sonrisa obscena en los labios.

El rostro de Wargle había recuperado la carne: sus fuertes mandíbulas, la boca de labios gruesos y aspecto grasiento, la nariz de cerdo, los ojillos vivarachos. La carne volvía a estar intacta, por arte de magia.

Era imposible.

Antes de que Lisa pudiera reaccionar, Wargle se situó entre ella y la puerta. Sus pies desnudos hicieron un ruido llano, como un chapoteo, sobre el suelo enlosado.

Alguien golpeaba la puerta.

Wargle no parecía oírlo.

Golpeaba y golpeaba y golpeaba...

¿Por qué no se decidían a abrir la puerta y entrar?

Wargle extendió los brazos e hizo gestos a Lisa con las manos para que se acercara. Seguía sonriendo.

A Lisa le había caído mal Stu Wargle desde el mismo instante de conocerlo. Le había pillado mirándola cuando creía que ella no se daba cuenta, y la expresión que Lisa había visto en sus ojos había resultado perturbadora.

–Ven aquí, encanto –dijo Wargle.

Lisa miró hacia la puerta y comprendió que nadie la golpeaba. Sólo estaba escuchando el frenético latir de su propio corazón.

Wargle se pasó la lengua por los labios con gesto obsceno.

De pronto, Lisa soltó un jadeo que la sorprendió a ella misma. Había quedado paralizada hasta tal punto por la vuelta del reino de los muertos de aquella figura amenazadora que hasta se le había olvidado respirar.

–Ven aquí, golfilla.

Lisa intentó gritar. No pudo.

Wargle se tocó con ademán pornográfico.

–Apuesto a que te gustaría probar esto, ¿no? –dijo sonriendo, con los labios humedecidos por una lengua que no dejaba de agitar vorazmente.

Una vez más, Lisa intentó gritar. Una vez más, no pudo. Apenas era capaz de aspirar el aire que con tanta urgencia necesitaban sus pulmones.

No puede ser real, se dijo a sí misma.

Si cerraba los ojos unos segundos, si los apretaba con fuerza y contaba hasta diez, cuando volviera a abrirlos seguro que el espectro habría desaparecido.

–Golfilla...

Era una ilusión. Quizá era parte de un sueño. Quizá su ida al baño formaba parte también, en realidad, de la misma pesadilla.

Pero Lisa no puso a prueba su teoría. No cerró los ojos ni contó hasta diez. No se atrevió.

Wargle dio un paso hacia ella, sin dejar de gesticular.

«No es real. Es una ilusión.»

Otro paso.

«No es real. Es una ilusión.»

–Ven aquí, encanto, déjame acariciar esas tetitas.

«No es real, es una ilusión, no es real, es una...»

–Te va a encantar, monada.

Lisa retrocedió, apartándose de él.

–Tienes un cuerpecito precioso, encanto. Realmente precioso.

El espectro continuó su avance.

Ahora, la luz quedaba detrás de él... y la sombra de su cuerpo cubrió a la muchacha.

Los fantasmas no producían sombras.

Pese a las risas y a su sonrisa imperturbable, la voz de Wargle se hacía cada vez más áspera, más desagradable.

–Estúpida putilla. Te voy a dejar bien, realmente bien. Mucho mejor que cualquiera de esos estudiantillos te ha dejado nunca. Cuando haya terminado contigo, no vas a poder caminar derecha en una semana, encanto.

Su sombra cubrió por entero a la muchacha.

El corazón le latía a Lisa con tal fuerza que parecía a punto de saltar de su pecho. La pequeña retrocedió más y más... pero pronto topó con la pared. Estaba en una esquina del cuarto de aseo.

Buscó algo que pudiera servirle de arma, algo que pudiera arrojarle, por lo menos. No encontró nada.

Cada respiración le costaba más esfuerzo que la anterior. Se sentía mareada y débil.

«No es real. Es una ilusión.»

Pero no pudo seguir engañándose por más tiempo. No podía seguir creyendo que se trataba de un sueño.

Wargle se detuvo a la distancia de un brazo de la muchacha y la contempló con expresión de voracidad. Primero, se mecía de un lado a otro; después, se balanceó

adelante y atrás sobre las almohadillas de sus pies desnudos, como si se sintiera transportado por alguna música interior, lúgubre e inconexa.

El espectro cerró sus ojos odiosos, moviéndose en un estado de aparente somnolencia.

Transcurrió un segundo.

«¿Qué hace ahora?»

Dos segundos, tres, seis, diez.

Sus ojos continuaron cerrados.

Lisa se sintió arrastrada a un torbellino de histeria.

Tal vez podría aprovechar que el espectro tenía los ojos cerrados para escabullirse... ¡No, Dios santo! Estaba demasiado próximo. Para escapar, tendría que rozarle. ¡Señor! ¿Rozar a aquel muerto viviente? ¡Jamás! Si le tocaba, tal vez despertaría de su trance o lo que fuera y la agarraría, y sus manos estarían frías, mortalmente frías. No podría reunir el valor necesario para tocarlo. Imposible.

Entonces, la chiquilla advirtió que estaba sucediendo algo extraño tras los párpados de Wargle. Era un movimiento agitado, anormal. En unos instantes, los párpados habían dejado de adecuarse a la curvatura de los globos oculares.

El espectro abrió los ojos.

Y no tenía ojos.

Bajo los párpados sólo había dos cuencas negras, vacías.

Por fin, Lisa lanzó un grito. Sin embargo, el chillido que salió de su boca estaba fuera del alcance de un oído humano. El aliento salió de ella a la velocidad de un tren expreso y Lisa notó que su garganta trabajaba entre convulsiones, pero no surgió de sus labios sonido alguno que pudiera traer ayuda.

Sus ojos.

Aquellos ojos vacíos.

Lisa tuvo la certeza de que aquellas cuencas huecas todavía podían verla, que la absorbían con su vacío.

La sonrisa no se había borrado del rostro de Wargle.

–Gatita... –susurraron sus labios.

Lisa lanzó de nuevo su mudo grito.

–Gatita. Bésame, gatita...

De algún modo, aquellas cuencas rodeadas de hueso, oscuras como la medianoche, conservaban un aire de malévola consciencia.

–Bésame.

«¡No!»

«Que me muera –rogó Lisa–. ¡Dios mío, por favor, haz que muera ahora mismo!»

–Quiero chuparte esa lengua jugosa –murmuró Wargle con voz imperiosa, estallando luego en una risotada.

Alargó la mano hacia la muchacha.

Ella se apretó contra la firme pared del fondo.

Wargle le tocó el rostro.

Ella le esquivó e intentó apartarse.

Las puntas de sus dedos se deslizaron un instante por la mejilla de Lisa.

La mano era helada y resbaladiza.

Lisa escuchó un gemido seco, espectral y débil, un «uh–uh–uh–uhhhhh» sobrecogedor, y comprendió que estaba oyendo su propia voz.

Notó un olor extraño, acre. ¿Era el aliento de Wargle? ¿El aliento viciado de un muerto, expelido de unos pulmones descompuestos? ¿Respiraban los muertos vivientes? El hedor era leve, pero insoportable. Lisa sintió náuseas.

El espectro bajó el rostro hacia ella.

La muchacha contempló sus ojos huecos y la negrura que parecía agitarse en su fondo. Era como estar viendo por dos aberturas las cámaras más profundas del Infierno.

La mano del muerto se apretó en torno al cuello de Lisa.

–Dame... –le ordenó.

Lisa tuvo que aspirar su repulsivo aliento.

–... un besito.

Lisa exhaló un nuevo grito.

Esta vez, el grito no fue silencioso. En esta ocasión, emitió un chillido que pareció a punto de romper los espejos del aseo y resquebrajar las losetas de cerámica.

Mientras el rostro muerto y sin ojos de Wargle descendía sobre ella lenta, lentísimamente, y mientras escuchaba el eco de su propio grito resonar en las paredes, el torbellino de histeria en el que había estado dando vueltas se convirtió, ahora, en un torbellino de oscuridad que la arrastró hacia el olvido.

## Ladrones de cadáveres

En el vestíbulo del Hilltop Inn, sobre un sofá color de orín colocado junto a la pared más alejada de los cuartos de aseo, Jennifer Paige estaba sentada al lado de su hermana pequeña, sosteniéndola entre sus brazos.

En cuclillas frente al sofá, Bryce apretaba entre las suyas la mano de Lisa pero, por mucho que la frotara, parecía incapaz de devolverle el calor a sus dedos helados.

Salvo los hombres de guardia, todos los demás se habían reunido detrás de Bryce, formando un semicírculo frente al sofá.

Lisa tenía un aspecto horrible. Sus ojos estaban hundidos, inquietos y temerosos. Sus facciones tenían la palidez de las baldosas blancas del aseo de señoras, sobre las cuales la habían encontrado, inconsciente.

–Stu Wargle está muerto –le volvió a asegurar Bryce.

–Quería que le... que le besara –repitió la muchacha, reafirmandose resueltamente en su extraño relato.

–Ahí dentro sólo estabas tú –dijo Bryce–. Sólo tú, Lisa.

–Wargle estaba ahí –insistió la pequeña.

–Hemos acudido corriendo cuando te hemos oído gritar. Te hemos encontrado sola...

–Estaba ahí –repitió Lisa.

–... te encontramos en el suelo, en un rincón, desmayada y fría.

–Wargle estaba ahí.

–El cuerpo está en el cuarto de servicio –explicó Bryce, apretándole la mano con suavidad–. Lo pusimos allí hace un rato. Recuerdas eso, ¿verdad?

–¿Está seguro de que todavía sigue allí? –preguntó la muchacha–. Tal vez será mejor que lo compruebe.

Bryce cruzó una mirada con Jenny y ésta asintió. Recordando que cualquier cosa era posible esa noche, Bryce se puso en pie y soltó la mano de Lisa. Después, se volvió hacia el cuarto donde habían guardado el cadáver.

–¿Tal?

–¿Sí?

–Ven conmigo.

Tal desenfundó su revólver. Bryce también sacó el suyo de la sobaquera y añadió:

–Los demás, quedaos a distancia.

Llevando a Tal a su lado, el comisario cruzó el vestíbulo hasta la puerta del cuarto y se detuvo frente a ella.



–Lisa no me parece del tipo de chicas capaces de inventar una historia tan fantástica –comentó Tal.

–A mí, tampoco.

Bryce recordó cómo había desaparecido de la comisaría el cadáver de Paul Henderson. Sin embargo, aquello había sido muy diferente, maldita sea. El cuerpo de Paul había quedado desprotegido, accesible a cualquiera. En cambio, aquí nadie podía haberse apoderado del cadáver de Wargle –y mucho menos podía el muerto haberse levantado y echado a andar por propia iniciativa– sin ser visto por alguno de los tres agentes apostados en el vestíbulo. Y ninguno de ellos había advertido nada.

Bryce se colocó a la izquierda de la puerta e hizo un gesto a Tal para que se situara a la derecha.

Escucharon atentamente durante unos segundos. El hotel estaba en silencio y no se oía el menor ruido procedente del interior del cuarto.

Bryce se mantuvo apartado del hueco de la puerta todo lo posible, se inclinó hacia adelante al tiempo que alargaba el brazo hacia la puerta, asió el picaporte y lo hizo girar lentamente y en silencio hasta que la cerradura no dio más de sí. El comisario vaciló. Lanzó una mirada a Tal y éste le indicó que estaba preparado. Bryce respiró profundamente, empujó la puerta hacia dentro y saltó hacia atrás, apartándose del quicio de la misma.

No surgió nada de la habitación en sombras.

Tal avanzó cuidadosamente hasta el quicio de la puerta, introdujo una mano con la que tanteó la pared en busca del interruptor de la luz, y por fin lo encontró. Bryce estaba ahora en cuclillas, a la expectativa. En el mismo instante en que su compañero conectó la luz, se lanzó al interior del cuarto con el revólver en la mano, a punto para disparar.

Dos paneles gemelos situados en el techo emitieron su austera luz fluorescente que se reflejó en los bordes del fregadero de metal y en las latas y botellas de materiales para la limpieza.

El lienzo en el que habían envuelto el cadáver estaba en el suelo, junto al aparador donde habían colocado a Wargle. El cuerpo había desaparecido.

Deke Coover era el agente de guardia en la puerta principal del hotel, pero no le fue de gran ayuda a Bryce. Se había pasado gran parte del turno de guardia vigilando Skyline Road, de espaldas al vestíbulo. Una persona podría haberse llevado el cuerpo de Wargle sin que Coover se enterara.

–Usted me dijo que vigilara la entrada, comisario –afirmó Deke–. A menos que se hubiera acompañado de una canción, Wargle podría haber salido de ahí dentro por sus propios medios y haberse paseado por el vestíbulo sin hacer ruido, incluso agitando una banderita en cada mano, y yo no me habría enterado.

Los dos agentes de guardia junto a los ascensores, cerca del cuarto de servicio, eran Kelly MacHeath y Donny Jessup. Eran dos de los hombres más jóvenes de Bryce con sus veintipocos años, pero ambos eran capaces, razonablemente experimentados y dignos de confianza.

MacHeath, un muchacho rubio y rollizo con un cuello de toro y poderosos hombros, movió la cabeza en gesto de negativa mientras decía:

–No ha entrado ni salido nadie del cuarto de servicio en toda la noche.

–Exacto, nadie –repitió Jessup, un hombre nervudo, de cabello rizado y ojos del color del té–. Le hubiéramos visto.

–La puerta está ahí mismo –indicó MacHeath.

–Y no nos hemos movido de aquí en toda la noche.

–Usted nos conoce bien, comisario –añadió MacHeath.

–Y sabe que no somos unos holgazanes –dijo Jessup.

–Cuando se supone que...

–... estamos de servicio –terminó la frase su compañero.

–¡Maldita sea!, el cuerpo de Wargle ha desaparecido. ¡Y no ha podido bajarse de ese aparador y salir por la pared! –exclamó el comisario.

–Tampoco ha podido bajarse y salir por esa puerta –insistió MacHeath.

–Wargle estaba muerto, comisario –intervino Jessup–. Yo no he llegado a ver el cuerpo con mis ojos pero, por lo que he oído, estaba más que muerto. Y los muertos se quedan quietos donde uno los deja.

–No necesariamente –replicó Bryce–. Al menos, no en este pueblo y esta noche.

Bryce penetró con Tal en el cuarto de servicio.

–No existe más salida que la puerta –comentó el comisario.

Los dos hombres recorrieron detenidamente la estancia, estudiándola.

El grifo dejó caer una gota de agua que golpeó el fondo del fregadero de metal con un leve *ping*.

–El conducto de la ventilación –sugirió Tal, señalando con el dedo una rejilla situada en una de las paredes, justo debajo del techo–. ¿Qué opinas de eso?

–¿Lo dices en serio?

–Será mejor echar una ojeada.

–No es lo bastante grande para permitir el paso de un hombre.

–¿Recuerdas el robo de la joyería Krybinsky?

–¿Cómo podría olvidarlo? Todavía no lo hemos resuelto, como se encarga de recordarme Alex Krybinsky cada vez que nos encontramos.

–Ese tipo entró en el sótano de la joyería por una ventana sin asegurar que casi era tan pequeña como esa rejilla.

Como todos los policías que investigan robos con escalo, Bryce sabía que un hombre de constitución normal necesita una abertura sorprendentemente pequeña para conseguir entrar en un edificio. Cualquier hueco del tamaño suficiente para introducir la cabeza basta para poder pasar todo el cuerpo. Los hombros son más

anchos que la cabeza, por supuesto, pero pueden apretarse hacia adelante y contorsionarse hasta conseguir pasarlos; de igual modo, la anchura de las caderas resulta casi siempre lo bastante modificable como para poder colarse por donde lo han hecho los hombros. No obstante, Stu Wargle no había sido un hombre de constitución normal.

–La tripa de Stu se habría quedado atascada ahí como un tapón en una botella –afirmó Bryce.

Pese a todo, asió un taburete bajo que encontró en un rincón, se encaramó a él y efectuó un detenido examen de la rejilla y el conducto.

–La rejilla no está fijada con tornillos –indicó a Tal–. Se ajusta a la pared mediante un muelle, de modo que es posible que Wargle la volviera a colocar en su lugar desde el interior del conducto una vez se hubiera introducido en él, siempre que lo hiciera con los pies por delante.

El comisario quitó la rejilla de la pared,

Tal le alcanzó una linterna.

Bryce dirigió el haz de luz al oscuro conducto de la ventilación y frunció el ceño. El estrecho pasadizo de metal sólo se extendía una corta distancia antes de formar un ángulo de noventa grados hacia arriba.

Bryce apagó la linterna, la devolvió a Tal y comentó:

–Imposible. Para haber pasado por ahí, Wargle habría tenido que ser menudo como Sammy Davis Jr., y flexible como el hombre de goma de un espectáculo de feria.

Frank Autry se acercó al escritorio situado en mitad del vestíbulo, convertido en centro de operaciones, tras el cual estaba sentado el comisario repasando los mensajes que habían llegado durante la noche.

–Hay una cosa que debe saber acerca de Wargle, señor.

–¿De qué se trata? –preguntó Bryce al tiempo que alzaba la vista.

–Verá... no me gusta tener que hablar mal de los muertos, pero...

–A ninguno de nosotros nos importaba mucho Stu –replicó llanamente el comisario–. Cualquier intento de honrar su recuerdo sería una hipocresía. Por tanto, si tiene algo que decir, será mejor que lo escupa, Frank.

–Habría hecho usted una buena carrera en el ejército, señor –comentó Frank con una sonrisa–. Anoche, mientras desmontábamos la emisora en la comisaría, Wargle hizo unos comentarios muy desagradables sobre la doctora Paige y su hermana.

–¿De tipo sexual?

–Exacto.

Frank le resumió la conversación que había tenido con Wargle.

–¡ Señor! – exclamó Bryce, moviendo la cabeza.

–Lo que más me molestó fue lo que dijo de la chiquilla –añadió Frank Autry–. Wargle hablaba medio en serio cuando dijo que quizá se le insinuaría si surgía la oportunidad. No creo que hubiera llegado a violarla, pero era un tipo capaz de hacer

un uso muy desagradable de su autoridad, de su insignia, para coaccionarla. Aunque tampoco creo que ella se dejara coaccionar; es demasiado resuelta. De todos modos, creo que Wargle tal vez lo habría intentado.

El comisario dio unos golpecitos sobre el escritorio con un lápiz, mirando al vacío con aire pensativo.

–En cualquier caso, Lisa no podía saberlo –continuó Frank.

–¿No es posible que oyera algo de la conversación?

–Imposible. No escuchó una sola palabra.

–Tal vez podía sospechar qué tipo de hombre era Wargle por el modo en que la miraba.

–Pero no podía estar segura –dijo Frank–. ¿Comprende usted dónde pretendo llegar?

–Sí.

–La mayoría de los jóvenes de su edad –continuó el agente–, si fueran a inventar una historia falsa, se contentarían con decir que les había perseguido un muerto. Generalmente, no adornarían el relato diciendo que el cadáver intentó propasarse.

–En efecto, las ideas de los chicos no suelen ser tan barrocas –asintió Bryce–. Sus mentiras suelen ser sencillas, no elaboradas.

–Exacto. Lo cierto es que Lisa dijo que Wargle estaba desnudo y que quiso besarla... Bien, a mi modo de ver, eso da verosimilitud a su historia. Ahora mismo, a todos nos gustaría convencernos de que alguien se introdujo en el cuarto de servicio y se llevó el cuerpo de Wargle. Y querríamos convencernos de que ese «alguien» colocó el cuerpo en el aseo de señoras, que Lisa lo vio, que fue presa del pánico y que se imaginó todo lo demás. Y también desearíamos creer que, cuando la muchacha se hubo desmayado, alguien sacó el cuerpo de allí de una manera increíblemente astuta. Sin embargo, esa explicación está llena de agujeros. Lo que ha sucedido es mucho más extraño que todas esas explicaciones.

Bryce dejó caer el lápiz y se recostó contra el respaldo del asiento.

–¡Mierda!, ¿cree usted en los fantasmas, Frank? ¿En los muertos vivientes?

–No. Existe una explicación real a todo esto –respondió Frank–. Algo más que una serie de galimatías supersticiosos.

–Estoy de acuerdo –asintió Bryce–. Pero Wargle tenía la cara...

–Lo sé. La vi.

–¿Cómo pudo recomponérsele?

–No tengo idea.

–Y Lisa dijo que sus ojos...

–Sí, escuché lo que dijo.

–¿Has tenido en las manos alguna vez un cubo de Rubik? –preguntó Bryce tras un profundo suspiro.

–No, nunca –respondió Frank, parpadeando.

–Yo sí –continuó el comisario–. El condenado aparato casi me volvió loco al principio, pero luego le descubrí el truco y terminé por encontrar la solución. Todo el

mundo lo considera un rompecabezas complicado pero, en comparación con este caso, el cubo de Rubik es un juego de niños.

–Hay otra diferencia –murmuró Frank.

–¿Cuál?

–Si no consiguen resolver el cubo de Rubik, el castigo no es la muerte.

Fletcher Kale, asesino de su esposa y su hijo, despertó antes del amanecer en su celda de la cárcel del condado, en Santa Mira. Permaneció inmóvil sobre el fino colchón de espuma con los ojos fijos en la ventana, por la que se podía ver una parcela rectangular del cielo nocturno con las primeras luces del alba.

El no iba a pasar el resto de su vida en prisión. De ningún modo.

Le esperaba un destino magnífico. Eso era lo que nadie entendía. Todos veían al Fletcher Kale que existía ahora, pero no eran capaces de ver al que sería más adelante. Era un hombre destinado a tenerlo todo: más dinero del que podía contar, más poder del que podía imaginar, fama, respeto...

Kale sabía que era distinto de la gran mayoría de la humanidad y era ese conocimiento lo que le mantenía firme ante cualquier adversidad. La semilla de grandeza que llevaba dentro ya estaba brotando. Con el tiempo, les haría ver a todos lo equivocados que habían estado respecto a él.

Mientras permanecía acostado, contemplando la ventana cerrada con barrotes, Fletcher Kale continuó hablando consigo mismo. «La perspicacia es mi mayor don – se dijo–. Soy extraordinariamente perspicaz.»

Kale entendía que a los seres humanos, sin excepción, les movía el propio interés. No había nada de malo en ello. Estaba en la naturaleza de la especie. Así era como tenía que ser la humanidad. Sin embargo, la mayoría de la gente no podía soportar esa verdad desnuda y soñaba con conceptos denominados «elevados», como el amor, la amistad, el honor, la fidelidad, la sinceridad y la dignidad individual. La gente proclamaba su fe en todas esas cosas y más; sin embargo, en lo más hondo, todos sabían que eran estupideces. Simplemente, no podían admitirlo. Y así, se autolimitaban con un código de conducta hipócrita y autocomplaciente, con unos sentimientos nobles pero huecos, frustrando con ello sus verdaderos deseos y condenándose a sí mismos al fracaso y la infelicidad.

Estúpidos... ¡Señor, cuánto les odiaba!

Desde su particular punto de vista, Kale veía que la humanidad era, en realidad, la especie más violenta, peligrosa e implacable que existía sobre la faz de la Tierra. Y él se recreaba en ese conocimiento. Se sentía orgulloso de pertenecer a una raza como aquélla.

«Voy por delante de mi tiempo, –se dijo Kale mientras se sentaba al borde del catre y posaba los pies desnudos en el frío suelo de la celda–. Soy el siguiente paso en la evolución. He evolucionado más allá de la necesidad de creer en la moralidad. Por eso me miran con tanta aversión. No es porque haya matado a Joanna y a Danny. Me

odian porque soy mejor que ellos, porque estoy en más íntimo contacto con mi verdadera naturaleza humana.»

No le había quedado más remedio que matar a Joanna. Al fin y al cabo, se había negado a entregarle el dinero. Joanna había estado dispuesta a humillarle profesionalmente, a dejarle en la ruina económica y a echar a perder todo su futuro.

Había tenido que matarla, por interponerse en su camino.

Era una lástima lo de Danny. Kale lamentaba en cierto modo lo sucedido con él. Aunque no siempre. Sólo de vez en cuando. Era una pena; había sido preciso hacerlo, pero era una pena.

De todos modos, Danny siempre había sido un típico niño de mamá. En realidad, siempre se mostraba absolutamente distante con su padre y, para Kale, aquello era obra de Joanna. Probablemente, había sometido al chico a un lavado de cerebro, volviéndolo contra el padre. Al final, Danny ya no era su hijo en realidad. Se había convertido en un extraño.

Kale se tendió en el suelo boca abajo y empezó a hacer flexiones.

Uno-dos, uno-dos, uno-dos.

Tenía intención de mantenerse en forma para el momento en que se presentara la ocasión de escapar. Sabía perfectamente dónde ir cuando huyera. No hacia el oeste, no fuera del condado, no en dirección a Sacramento. Eso era lo que esperarían que hiciera.

Uno-dos, uno-dos.

Conocía un escondite perfecto. Estaba justo ahí, en el condado. No se les pasaría por la cabeza buscarle bajo sus mismas narices. Cuando transcurrieran un par de días sin encontrarle, llegarían a la conclusión de que se había largado de la zona y dejarían de buscarle activamente. Dejaría entonces que pasaran unas semanas hasta que nadie se acordara ya de él, y entonces saldría del escondite, pasaría por el pueblo y se encaminaría al oeste.

Uno-dos.

Pero antes subiría a las montañas. Allí estaba el escondite. Las montañas le ofrecerían las mejores posibilidades de eludir a la policía después de huir. Tenía un presentimiento: las montañas. Sí, se sentía atraído a las montañas.

El amanecer llegó a las montañas extendiéndose por el cielo como una brillante mancha que empapaba la oscuridad y la destañía.

El bosque sobre Snowfield estaba silencioso. Muy silencioso.

En los matorrales, las hojas estaban perladas de gotas de rocío. El agradable aroma del rico humus se alzaba del mullido suelo del bosque.

El aire era frío, como si el último hálito de la noche cubriera todavía la tierra.

El zorro permaneció inmóvil sobre unas formaciones de roca caliza que se alzaban en una ladera abierta, justo por debajo de la linde del bosque. La brisa agitaba levemente su pelambre grisácea.

El aliento del animal formó una nubecilla fosforescente en el aire vigorizante.

El zorro no era un cazador nocturno, pero llevaba al acecho desde una hora antes del alba. Hacía casi dos días que no comía.

No conseguía localizar ninguna presa. Él bosque estaba sumido en un silencio anormal y vacío de cualquier olor a presa.

En todas sus temporadas de cazador, el zorro no había experimentado nunca un silencio tan absoluto como aquél. Los días más crudos del invierno estaban más llenos de vida que éste. Incluso en las ventiscas de enero, siempre encontraba algún rastro de sangre, algún olor a caza.

Ahora no captaba ninguno.

Ahora no había nada.

La muerte parecía haberse abatido sobre todas las criaturas de aquella parte del bosque..., salvo en un pequeño zorro hambriento. Pero allí no se apreciaba ni siquiera el olor de la muerte, ese hedor penetrante de los cuerpos muertos pudriéndose entre las matas.

No obstante, al fin, tras haber correteado entre las rocas de la excrescencia caliza teniendo cuidado de no introducir las patas en las grietas o canales que conducían a las cuevas existentes bajo los peñascos, el zorro había visto moverse algo en la ladera delante de él, algo que no había sido movido simplemente por el viento. El animal se había quedado inmóvil sobre unas rocas bajas, vuelto ladera arriba y observando con atención el lindero en sombras de aquella zona del bosque.

Una ardilla. Dos ardillas. No, había bastantes más: cinco, diez, veinte. Estaban colocadas en fila, una junto a otra, en el límite de las sombras de los árboles.

Primero no había nada de caza. Ahora, aparecía en una abundancia igualmente extraña.

El zorro olfateó el aire.

Aunque las ardillas sólo estaban a cinco o seis metros de distancia, no conseguía captar su olor.

Las ardillas le miraban directamente, pero no parecían asustadas.

El zorro ladeó la cabeza; la suspicacia refrenaba al hambre.

Las ardillas se movieron hacia la izquierda, todas al mismo tiempo, en un grupito apretado, y luego salieron de las sombras de los árboles, a terreno abierto, lejos de la protección del bosque, directamente hacia el zorro. Corrían atropelladamente, saltando unas sobre otras y apartándose en una frenética confusión de pieles marrones, un movimiento confuso sobre la hierba parda. Cuando se detuvieron, bruscamente y todas de golpe, estaban sólo a tres o cuatro metros del zorro, y ya no eran ardillas.

El zorro se crispó y emitió un siseo.

Las veinte pequeñas ardillas eran ahora cuatro grandes mapaches.

El zorro lanzó un sordo gruñido.

Sin hacerle caso, uno de los mapaches se levantó sobre las patas traseras y empezó a dar palmadas con las delanteras.

Al zorro se le erizó la piel del espinazo.

Olfateó el aire.

No había ningún olor.

Bajó la cabeza y estudió detenidamente a los mapaches. Sus músculos se pusieron aún más tensos, no porque se dispusiera a atacar sino porque se disponía a huir.

Algo iba muy mal allí.

Los cuatro mapaches estaban ahora levantados, con las garras delanteras contra el pecho y sus blandos vientres a la vista.

Estaban contemplando al zorro.

Los mapaches no eran presas habituales de los zorros. Eran demasiado agresivos, tenían unos dientes demasiado afilados y unas zarpas demasiado rápidas. Sin embargo, aunque estaban a salvo del zorro, los mapaches no buscaban nunca la confrontación; jamás se exponían como estaban haciendo éstos.

El zorro tanteó el aire frío con la lengua.

Olfateó de nuevo y, por fin, captó un olor.

Echó las orejas hacia atrás, pegándolas al cráneo, y gruñó.

No era el olor de los mapaches. No era el olor de ninguna criatura del bosque que hubiera encontrado nunca. Era un olor desconocido, acre, desagradable. No muy intenso, pero repulsivo.

Aquel olor nauseabundo no venía de los mapaches que posaban delante del zorro. El animal no estaba muy seguro de dónde procedía. Presintiendo un grave peligro, el zorrabo trotó por el afloramiento calizo y se apartó de los mapaches, aunque era reacio a darles la espalda.

Sus patas se apoyaron en la dura superficie rocosa ayudándose de las garras, ladera abajo, y cruzó las losas aplanadas por el viento y la lluvia con la cola flotando tras él. Saltó una grieta de un palmo de anchura en la piedra...

... Y a medio salto fue capturado en el aire por algo oscuro, frío y pulsante.

La cosa surgió de la grieta con fuerza y velocidad brutales, asombrosas.

El grito de agonía del zorro fue breve y penetrante.

Inmediatamente después de ser atrapado, el zorro fue atraído al fondo de la grieta. Dos metros más abajo, en el fondo de la minúscula sima, había un pequeño agujero que conducía a las cuevas bajo el afloramiento calizo. El agujero era demasiado pequeño para que el zorro pasara por él; sin embargo, todavía debatiéndose, el animal fue absorbido de todos modos por él. Sus huesos se quebraron con un crujido mientras desaparecía.

No había quedado rastro.

Y todo en un abrir y cerrar de ojos. En la mitad de ese tiempo.

De hecho, el zorro había sido absorbido a las entrañas de la tierra antes de que el eco de su grito de agonía llegara rebotado de una montaña distante.

Los mapaches habían desaparecido.

Ahora, una oleada de ratones camperos llenaba las redondeadas losas de piedra caliza. Multitud de ellos. Un centenar, por lo menos.

Los ratones se acercaron al borde de la grieta.

Miraron hacia su interior.



Uno a uno, los ratones saltaron al vacío, cayeron al fondo y pasaron por la pequeña abertura natural que conducía a la caverna del subsuelo.

Pronto, todos los ratones también habían desaparecido.

Una vez más, el bosque sobre Snowfield estaba en completo silencio.

# **SEGUNDA PARTE**

## **FANTASMAS**

*El mal no es un concepto abstracto. Está vivo. Tiene una forma.  
Acecha. Es muy real.*

DOCTOR TOM DOOLEY

*¡Fantasmas! Cada vez que pienso haber comprendido  
plenamente el propósito de la existencia de la humanidad sobre  
la Tierra, cada vez que imagino, tonto de mí, que he captado el  
sentido de la vida... veo de pronto fantasmas que ejecutan una  
gavota que dice, con palabras afiladas como espadas: «Lo que  
sabes no es nada, hombrecillo; lo que tienes por aprender,  
inmenso».*

CHARLES DICKENS

## La noticia bomba

Santa Mira.

Lunes: 1.02 de la madrugada.

–¿Diga?

–¿Es el *Santa Mira Daily News*?

–Aja.

–¿El periódico?

–Señora, el periódico está cerrado. Es la una de la madrugada.

–¿Cerrado? Yo pensaba que un diario no cerraba nunca.

–Esto no es el *New York Times*.

–Pero ¿no están imprimiendo ahora la edición de mañana?

–La impresión no se hace aquí. Esto son las oficinas comerciales y editoriales.

¿Quiere hablar con la imprenta o qué?

–Bueno, yo... tengo una noticia.

–Si es un fallecimiento o una reunión parroquial o algo así, lo que tiene que hacer es llamar por la mañana, a partir de las nueve, y entonces...

–No, no. Es una noticia bomba.

–Ah, una tómbola infantil, ¿no?

–¿Una qué?

–Olvídelo. Tendrá que volver a llamar por la mañana.

–¡Eh, escuche! Yo trabajo para la compañía telefónica.

–Eso no es una noticia bomba.

–No, verás; es precisamente porque trabajo en la telefónica que lo he descubierto.

¿Es usted un redactor?

–No. Me encargo de contratar los anuncios por palabras.

–Bueno, quizá pueda ayudarme a pesar de todo...

–Escuche, señora. Estoy aquí solo, en una oficinucha deprimente, en plena noche de domingo..., no, en plena madrugada del lunes, ya..., intentando encontrar el modo de hacer el dinero suficiente para mantener a flote este periódico. Estoy cansado. Estoy irritable y...

–¡Cuánto lo siento!

–... y me temo que tendrá usted que llamar de nuevo mañana.

–¡Pero algo terrible ha sucedido en Snowfield! Ignoro qué, exactamente, pero sé que ha muerto gente. Tal vez ha muerto mucha gente o, al menos, está en peligro de morir.

–¡Vaya, debo de estar más cansado de lo que pensaba! Me estoy interesando a pesar de mí mismo. Cuénteme.

—Hemos desviado todo el servicio telefónico de Snowfield, lo hemos desconectado del sistema de comunicación automática y hemos restringido todas las llamadas con destino al pueblo. Ahora mismo sólo se puede hablar con dos números de Snowfield, y responden a ambos agentes del comisario. La razón de que hayan actuado así es cerrar herméticamente el lugar antes de que los periodistas descubran que sucede algo ahí arriba.

—¿Ha estado usted bebiendo, señora?

—No pruebo una gota.

—¿No habrá fumado nada extraño?

—Escuche, sé algunas cosas más. Están recibiendo continuas llamadas de la oficina del comisario de Santa Mira, y del despacho del gobernador, y de una base militar de Utah, y...

San Francisco.

Lunes: 1.40 horas.

—Aquí Sid Sandowicz. ¿En qué puedo ayudarle?

—¡Cuántas veces tendré que repetirlo! ¡Quiero hablar con un reportero del *San Francisco Chronicle*, tío!

—Yo lo soy.

—¡Tío, ya me habéis colgado tres veces! ¿Qué coño os pasa?

—Cuida ese lenguaje.

—¡Mierda!

—Escucha, ¿tienes idea de cuántos chicos como tú llaman a los periódicos haciéndonos perder el tiempo con bromas estúpidas y palabras malsonantes?

—¿Eh? ¿Cómo has sabido que era un chico?

—Porque tienes voz de doce años.

—¡Tengo quince!

—Felicidades.

—¡Mierda!

—Escucha, chico, tengo un hijo de tu edad y por eso me tomo la molestia de escucharte cuando cualquier otro no lo haría, de modo que, si de verdad tienes algo interesante que contar, escúpelo.

—Verás, mi viejo es profesor en Stanford. Es virólogo y epidemiólogo. ¿Sabes qué es eso?

—Investiga virus, enfermedades, cosas así.

—Exacto. Y se ha dejado corromper.

—¿Cómo es eso?

—Aceptó un puesto de los malditos militares. Mi padre está involucrado en algún asunto de guerra biológica. Se supone que es una aplicación pacífica de sus investigaciones, pero ya sabes que todo eso no es más que basura. Ha vendido su alma, y ahora por fin se la están reclamando. Esa mierda se lo va a tragar.

–El hecho de que tu padre se haya vendido, si realmente lo ha hecho, quizá sea una gran noticia en tu casa, hijo, pero me temo que no interese mucho a nuestros lectores.

–¡Eh, tío, que no he llamado para joderte la noche! Tengo una noticia de verdad. Esta noche han venido a buscarle. Hay una crisis de algún tipo. Se supone que yo me he tragado que viaja al este por negocios, pero antes me había colado escalera arriba y le oí explicárselo todo a la vieja en el dormitorio. Hay algún tipo de contaminación en Snowfield. Una emergencia máxima. Y todo el mundo trata de mantenerlo en secreto.

–¿Snowfield, California?

–Sí, sí. Lo que yo sospecho, tío, es que han estado haciendo algún experimento secreto con algún arma biológica usando a nuestra propia gente y que se les ha escapado de las manos. O quizá ha habido una fuga accidental. No sé qué, pero seguro que está sucediendo algo gordo ahí.

–¿Cómo te llamas, hijo?

–Ricki Bettenby. Mi viejo es Wilson Bettenby.

–¿Stanford, has dicho?

–Sí. ¿Vas a ocuparte de esto, tío?

–Quizá ocurra algo ahí. Pero antes de empezar a llamar a gente en Stanford, necesito hacerte un montón de preguntas más.

–Dispara. Te contaré todo lo que pueda. Quiero que se entere de esto todo el mundo, tío. Quiero que pague por haberse vendido.

A lo largo de la noche, las filtraciones se sucedieron. En Dugway, Utah, un oficial del ejército, que debería haber sido más prudente, utilizó una cabina fuera de la base para llamar a Nueva York y contó el asunto a su querido hermano menor, que era reportero novato en el *Times*. En una cama, después de hacer el amor, un ayudante del gobernador habló del tema a su amante, una reportera. Éstos y otros agujeros en la presa provocaron que el flujo de información se convirtiera de un reguero en una inundación.

A las tres de la madrugada, la centralita de la comisaría central del condado de Santa Mira estaba colapsada. Al amanecer, los periodistas de la prensa, la radio y la televisión invadían las calles de la ciudad. Pocas horas después de las primeras luces, la calle frente a la oficina del comisario estaba atestada de coches de prensa, unidades móviles con los logotipos de las emisoras de TV de Sacramento y San Francisco, reporteros, mirones y curiosos de todas las edades.

Los agentes dejaron de intentar impedir que la gente se congregara en medio de la calle, pues eran demasiados para conseguir que se mantuvieran en las aceras. Cerraron la calle con unos caballetes y la convirtieron en una gran sala de prensa al aire libre. Un par de muchachos emprendedores de un edificio de pisos próximo empezó a vender refrescos, galletas y –con la ayuda de una serie de cables eléctricos que nadie había visto nunca– café caliente. Su puesto de refrescos se convirtió en

centro de rumores donde se reunían los reporteros para cruzar teorías y comentarios mientras esperaban el último parte oficial.

Otros periodistas se repartieron por Santa Mira buscando personas que tuvieran amigos o parientes en Snowfield, o que tuvieran alguna relación con los agentes de policía destacados allí en aquel momento. En el cruce de la carretera del condado y Snowfield Road, un tercer grupo de informadores se había instalado en el control establecido por la policía.

A pesar de todo aquel bullicio, la mitad de la prensa estaba todavía por llegar. Muchos representantes de los medios del este y de la prensa extranjera viajaban hacia allí en aquel momento. Para las autoridades que se esforzaban por dominar el alboroto, lo peor aún no había llegado. A media tarde del lunes, aquello sería un circo.

## La mañana en Snowfield

Poco después del amanecer, la emisora de onda corta y los dos generadores de electricidad llegaron al control de carretera que marcaba el perímetro de la zona en cuarentena. Las dos furgonetas que transportaban el material iban conducidas por miembros de la Patrulla de Caminos de California. Les franquearon el paso en el control y avanzaron hasta aproximadamente la mitad de los seis kilómetros que medía Skyline Road. Una vez allí, aparcaron los vehículos y los abandonaron.

Cuando los patrulleros estuvieron de vuelta en el control policial, los agentes del condado informaron por radio a la base de Santa Mira. De allí, y a continuación se dio aviso a Bryce Hammond, instalado en el hotel Hilltop Inn, de que podía continuar el plan.

Tal Whitman, Frank Autry y dos hombres más tomaron un coche patrulla hasta aquel punto de Skyline Road y se hicieron cargo de las furgonetas abandonadas. De esta forma, se mantenían las normas de aislamiento de posibles factores de enfermedad.

La emisora de onda corta fue instalada en un rincón del vestíbulo del hotel. Se recibió un mensaje de la base de Santa Mira y enviaron la respuesta. Ahora, si sucedía algo con los teléfonos, no quedarían totalmente aislados.

Una hora más tarde, uno de los generadores había sido conectado a los cables de la línea que alimentaba las farolas de Skyline Road. El otro fue incorporado a las instalaciones eléctricas del hotel. Por la noche, si el suministro principal quedara misteriosamente cortado, los generadores se pondrían en funcionamiento automáticamente. La oscuridad duraría apenas un par de segundos.

Bryce confiaba en que ni siquiera su desconocido enemigo sería capaz de apoderarse de una víctima tan de prisa.

Jenny Paige inició la mañana con un baño apresurado y poco satisfactorio, seguido de un espléndido desayuno a base de huevos, jamón, tostadas y café.

Luego, acompañada de tres hombres fuertemente armados, recorrió la calle hasta su casa, donde recogió ropa limpia para ella y para Lisa. También se detuvo en la consulta, donde preparó un botiquín con estetoscopio, esfigmomanómetro, depresores linguales, apósitos de algodón, gasa, tablillas, vendas, torniquetes, antisépticos, jeringas hipodérmicas desechables, analgésicos, antibióticos y otros instrumentos y equipo que necesitaría para montar una enfermería de emergencia en un rincón del vestíbulo del Hilltop Inn.

La casa estaba en silencio.



Los agentes no dejaban de mirar alrededor con aire nervioso, y de entrar en cada nueva habitación como si sospecharan la presencia de una guillotina suspendida sobre cada puerta.

Mientras Jenny terminaba de meter en bolsas el equipo médico, sonó el teléfono de la consulta. Todos se volvieron hacia el aparato.

Sabían que sólo funcionaban dos teléfonos en todo el pueblo, y que ambos estaban en el Hilltop Inn.

El teléfono volvió a sonar.

Jenny levantó el auricular. No dijo nada.

Silencio.

Jenny esperó.

Un segundo después, escuchó los gritos lejanos de unas gaviotas. Un zumbido de abejas. Un maullido de gato. Un sollozo de niño. Otro niño, riéndose. El jadeo de un perro. El chaca-chaca-cha-cha de una serpiente de cascabel.

Bryce había escuchado ruidos similares por el teléfono la noche anterior, en la comisaría, justo antes de que la criatura apareciera tras los cristales. El comisario había dicho que los sonidos le habían parecido perfectamente naturales, de animales de verdad, normales y familiares. Sin embargo, le habían inquietado aunque no supiera explicar por qué.

Ahora Jenny sabía perfectamente qué había querido decir Bryce.

Trinos de pájaros.

Ranas croando.

El ronroneo de un gato.

El ronroneo se transformó en un siseo. El siseo, en un bufido gatuno de furia. El bufido, en un breve pero terrible grito de dolor.

Y entonces oyó una voz:

«Voy a hundir mi espadón en tu apetitosa hermanita.»

Jenny reconoció la voz de Wargle. El muerto.

«¿Me oyes, doctora?»

Ella no dijo nada.

«Y no me importa en absoluto por qué lado se lo meto», añadió la voz con una risilla.

Jenny colgó de un golpe.

—Hum... no había nadie al otro lado —murmuró, resuelta a no contar a los policías lo que acababa de escuchar. Ya estaban demasiado nerviosos.

Al salir de la consulta de Jenny, pasaron por la farmacia Tayton, en Vail Lane, donde la doctora recogió otros medicamentos: más analgésicos, un amplio lote de antibióticos, coagulantes, anticoagulantes y todo lo que se le ocurrió que podría necesitar.

Cuando ya estaban terminando en la farmacia, sonó el teléfono.

Jenny era la más próxima al aparato. No quería contestar, pero no logró resistirse.

Y allí estaba aquello otra vez.

Jenny aguardó un momento. Luego dijo:

–¿Hola?

La voz de Wargle respondió:

«Voy a usar tanto a tu hermanita que no podrá andar en una semana.» Jenny colgó.

–No había nadie –dijo a los agentes.

No estaba segura de que la creyeran. Los tres hombres le miraban fijamente las manos temblorosas.

Bryce estaba sentado en el escritorio central, hablando por teléfono con la comisaría de Santa Mira.

No se había encontrado ningún dato acerca de Timothy Flyte. No estaba buscado por ningún policía en los Estados Unidos o en Canadá. El FBI no le conocía. El nombre escrito en el espejo del baño que habían encontrado en el Candleglow Inn seguía siendo un misterio.

La policía de San Francisco, en cambio, había conseguido aportar antecedentes sobre el desaparecido matrimonio Ordway, en cuya habitación habían descubierto el nombre. Harold Ordway y su esposa eran propietarios de dos librerías en San Francisco. Una era una tienda al por menor como tantas. La otra era un comercio de libros raros y antiguos. Al parecer, este último era, con mucho, el más rentable. Los Ordway eran conocidos y respetados en los círculos de coleccionistas. Según su familia, la pareja había acudido a Snowfield a pasar un fin de semana de cuatro días para celebrar su treinta y un aniversario. Los familiares no habían oído hablar de Timothy Flyte. Cuando la policía consiguió el permiso para inspeccionar la agenda personal de los Ordway, no encontraron en la lista a nadie apellidado Flyte.

La policía todavía no había podido localizar a ninguno de los empleados de las librerías; sin embargo, esperaban hacerlo cuando las dos tiendas abrieran, a las diez de la mañana. Cabía la esperanza de que Flyte tuviera alguna relación comercial con los Ordway y que los empleados le conocieran.

–Téngame al corriente –dijo Bryce al oficial de guardia del turno de mañana en Santa Mira–. ¿Cómo están las cosas por ahí?

–Un auténtico pandemónium.

–Se pondrán aún peor.

Cuando Bryce colgó, Jenny regresaba de su safari en busca de medicamentos y equipo sanitario.

–¿Dónde está Lisa?

–Con el grupo de la cocina –respondió Bryce.

–¿Se encuentra bien?

–Claro. Están con ella tres hombres grandes, fuertes y bien armados, ¿recuerdas? ¿Sucedo algo?

–Te lo contaré más tarde.

Bryce asignó otras tareas a los tres agentes que habían escoltado a Jenny, y luego ayudó a la doctora a montar la enfermería en un rincón del vestíbulo.

–Probablemente es un esfuerzo baldío –comentó ella.

–¿Porqué?

–Hasta ahora no ha habido heridos. Sólo muertos.

–Bueno, eso podría cambiar.

–Yo creo que esa cosa sólo ataca con intención de matar. No se queda a medias tintas.

–Tal vez, pero con tantos hombres con las armas en la mano y los nervios tan exaltados, no me sorprendería nada que alguien hiriera accidentalmente a otro o que se atravesaran de un disparo su propio pie.

Mientras colocaba unos frascos en un cajón de la mesa, Jenny le explicó al comisario:

–Cuando estábamos en mi consulta, sonó el teléfono. Y volvió a hacerlo en la farmacia. Era Wargle.

Jenny le contó a Bryce lo sucedido.

–¿Estás segura de que era él?

–Recuerdo perfectamente su voz. Una voz desagradable.

–Pero, Jenny, ese hombre estaba...

–Lo sé, lo sé. Tenía el rostro comido y el cráneo vacío y el cuerpo sin una sola gota de sangre, lo sé. Y me estoy volviendo loca tratando de entenderlo.

–¿Alguien puede estar suplantando su personalidad?

–Si es así, hace que el mejor imitador parezca un aficionado.

–Su voz sonaba como si...

Bryce se interrumpió a media frase; tanto él como Jenny se volvieron de inmediato cuando Lisa apareció corriendo en el umbral. La pequeña les hizo un gesto.

–¡Venid, de prisa! Está sucediendo algo muy raro en la cocina.

Antes de que Bryce pudiera detenerla, Lisa echó a correr por donde había venido.

Varios hombres empezaron a ir tras ella al tiempo que sacaban sus armas, pero Bryce les ordenó detenerse.

–Quédense aquí. Continúen con sus cosas.

Jenny ya había echado a correr tras su hermana.

Bryce se apresuró a entrar en el comedor, alcanzó a Jenny. la sobrepasó, sacó el revólver y siguió a Lisa tras las puertas batientes de la cocina del hotel.

Los tres agentes asignados a la preparación de la comida y la vigilancia de la cocina – Gordy Brogan, Henry Wong y Max Dunbar– habían dejado los abrelatas y utensilios de cocina para empuñar sus revólveres reglamentarios, pero no sabían a qué apuntar. Los tres miraron a Bryce con aire desconcertado y confundido.

*Demos vueltas a la zarzamora,  
a la zarzamora, a la zarzamora.*

En el aire sonaba una canción infantil. Era una voz de niño, clara, frágil y dulce.

*Demos vueltas a la zarzamora  
de buena mañana.*

–El fregadero –musitó Lisa, señalando en aquella dirección. Aturdido, Bryce se acercó al más próximo de los tres fregaderos dobles. Jenny avanzó pegada a él.

La canción había cambiado, aunque la voz era la misma:

*El viejecito con el bastón  
toca que toca en mi tambor.*

La voz infantil salía del desagüe del fregadero, como si el niño estuviera atrapado en las entrañas de las cañerías.

*...el viejecito con el bastón.*

Durante unos segundos metronómicos, Bryce escuchó con fascinada intensidad. Estaba sin habla.

Se volvió hacia Jenny. Ella le devolvió la misma mirada asombrada que Bryce había visto en el rostro de sus hombres en el instante de abrir las puertas batientes de la cocina.

–Ha empezado de repente –dijo Lisa, levantando la voz por encima de la tonada.

–¿Cuándo? –preguntó Bryce.

–Hace un par de minutos –dijo Gordy Brogan.

–Yo estaba junto al fregadero –añadió Max Dunbar, un hombre corpulento, velludo y de aspecto rudo con unos ojos castaños, cálidos y llenos de timidez–. Cuando empezó la canción... ¡Dios mío, debo de haber dado un salto de un metro!

La canción volvió a cambiar. La voz dulce fue reemplazada por un tono de piedad empalagoso, casi burlón:

*El Niño Jesús me ama  
y yo le rezo cada mañana.*

–Esto no me gusta –dijo Henry Wong–. ¿Cómo es posible?

*Los niños pequeños a El nos acercamos  
y bajo su manto nos cobijamos.*

En la canción no había nada abiertamente amenazador; sin embargo, igual que los ruidos que Bryce y Jenny habían oído por el teléfono, la tierna voz infantil que surgía de un lugar tan imposible resultaba inquietante. Tétrica.

*Sí, Jesús me ama.*

*Sí, Jesús me ama.*

*Sí, Jesús...*

El canto cesó bruscamente.

–¡Gracias a Dios! –dijo Max Dunbar con un estremecimiento de alivio, como si la melodiosa tonada del niño hubiera sido insoportable al oído, desafinada y chirriante–. ¡Esa voz me estaba taladrando hasta la médula!

Cuando hubieron transcurrido unos segundos de silencio, Bryce empezó a inclinarse sobre el fregadero, a asomarse...

... Y Jenny dijo que quizá no debería...

... Y algo salió, en un estallido, de aquel agujero oscuro y redondo.

Todos lanzaron un grito, y Lisa un agudo chillido. Bryce se echó hacia atrás trastabillando, lleno de miedo y sorpresa. Maldiciéndose a sí mismo por no haber tenido más cuidado, alzó el revólver apuntando hacia la cosa que salía por el desagüe.

Pero sólo era agua.

Un chorro a presión de un agua excepcionalmente sucia, grasienta, se alzó casi hasta el techo y salpicó en todas direcciones. Fue una rociada corta, apenas un par de segundos, pero les alcanzó a todos.

Algunas gotas del líquido asqueroso salpicaron el rostro de Bryce. En la pechera de su camisa aparecieron manchas oscuras. El agua apestaba.

Era exactamente lo que uno esperaría que surgiera de un conducto de aguas muertas si alguien soplara en dirección contraria: un agua marrón oscura, hilos de un cieno viscoso, fragmentos de sobras de los desayunos después de pasar por el triturador de basuras.

Gordy encontró un rollo de toallas de papel y todos se frotaron la cara con ellas e intentaron limpiar las manchas de sus ropas.

Todavía estaban limpiándose, casi esperando a ver si el cántico se iniciaba otra vez, cuando Tal Whitman abrió una de las puertas de un empujón.

–Bryce, acabamos de recibir una llamada. El general Copperfield y su equipo han llegado al control de carreteras y les han franqueado el paso hace un par de minutos.

## El equipo para las emergencias

Snowfield parecía recién aseado y tranquilo bajo la luz cristalina de la mañana. Una leve brisa mecía los árboles y no había una sola nube en el cielo.

Cuando salió del hotel en compañía de Bryce, Frank, la doctora Paige y algunos de los demás, Tal Whitman alzó la vista al sol y le vino a la memoria un recuerdo de su infancia en Harlem. Entonces siempre compraba caramelos en el quiosco de Boaz, que estaba en el otro extremo del bloque de casas donde tenía su piso la tía Becky. Sus dulces favoritos eran los de limón. Tenían el color amarillo más bonito que jamás había visto. Y ahora, esta mañana. Tal vio que el sol presentaba exactamente aquel mismo tono dorado, suspendido en el cielo como un enorme caramelo de limón. Y le vinieron a la memoria, con una intensidad sorprendente, las imágenes, sonidos y sabores del quiosco de Boaz.

Lisa avanzó al lado del teniente y todo el grupo se detuvo junto al bordillo de la acera, mirando calle abajo y aguardando la llegada de la unidad especial contra la guerra química y bacteriológica.

Al pie de la colina no había el menor movimiento. Seguía reinando un opresivo silencio. Evidentemente, el equipo de Copperfield estaba a cierta distancia.

Mientras esperaba bajo el sol de limón, Tal se preguntó si el quiosco de Boaz aún seguiría en pie. Lo más probable era que fuese otra tienda vacía como tantas, sucia y destruida. O tal vez aún seguía vendiendo revistas, tabaco y dulces como tapadera del comercio con la droga.

Con el paso de los años, Tal Whitman se había dado cuenta progresivamente de que todas las cosas tenían una tendencia a la decadencia. Un barrio bonito se convertía, sin saberse cómo, en una zona vieja; las zonas viejas pasaban a ser, con el tiempo, barrios pobres y, finalmente, se convertían en núcleos marginales. El orden daba paso al caos. Era una realidad que en estos tiempos podía apreciarse por todas partes. Más homicidios este año que el pasado. Más y más consumo de drogas, índices crecientes de robos, asaltos y violaciones... Lo que salvaba a Tal de sentirse pesimista respecto al futuro de la humanidad era su ferviente convicción de que las buenas personas –la gente como Bryce, Frank y la doctora Paige; la gente como su tía Becky– podía hacer frente a aquella marea de degeneración y tal vez incluso ganarle terreno de vez en cuando.

Pero su fe en el poder de las buenas personas y de las personas responsables estaba sufriendo una dura prueba aquí, en Snowfield. Este mal parecía invencible.

–¡Atentos! –dijo Gordy Brogan–. Oigo unos motores.

–Pensaba que no iban a llegar hasta el mediodía –comentó Tal a Bryce–. Traen tres horas de adelanto.

–El mediodía era el plazo máximo de llegada –respondió Bryce–. Copperfield quería llegar antes, si era posible. A juzgar por la conversación que tuve con él, es un organizador concienzudo, el tipo de hombre que suele conseguir de su gente exactamente lo que quiere.

–Igual que tú, ¿no? –comentó Tal.

Bryce le miró fijamente con sus ojos cálidos, adormilados.

–¿Yo? ¡Qué va! Si soy un gatito...

–Las panteras también lo son –sonrió el teniente.

–¡Ahí vienen!

Un vehículo de gran tamaño asomó al pie de Skyline Road y el ruido de su potente motor se hizo más audible.

La Unidad de Defensa Civil ABQ estaba compuesta por tres grandes vehículos. Jenny los observó mientras ascendían trabajosamente la calle larga y empinada hacia el Hilltop Inn.

Encabezando la procesión iba una casa rodante blanca, reluciente; un pesado monstruo de doce metros que parecía ligeramente modificado. No tenía puertas ni ventanas en los lados. La única entrada visible era por detrás. El parabrisas panorámico y curvo de la cabina estaba teñido muy oscuro, no se podía ver el interior y parecía hecho de un cristal mucho más grueso que el utilizado en las casas remolque normales. No llevaba identificación alguna en la carrocería: ningún nombre de proyecto o indicación de que fuera propiedad del ejército. La matrícula era la del estado de California. Evidentemente, el anonimato durante el traslado era una de las normas de Copperfield.

Detrás del primer vehículo venía un segundo, parecido al anterior. Cerraba la marcha un camión sin marcas que arrastraba un remolque de diez metros, de color gris. Incluso el camión tenía las ventanillas de cristal blindado y oscuro.

No muy seguro de que el conductor del primer vehículo hubiera visto al grupo situado ante el hotel, Bryce se adelantó unos pasos y agitó el brazo por encima de la cabeza.

El peso de las casas rodantes y del camión era, obviamente, muy considerable. Los motores rugieron y ascendieron penosamente a menos de quince kilómetros por hora, luego a menos de diez, avanzando centímetro a centímetro, gimiendo y rechinando. Cuando al fin alcanzaron el Hilltop Inn, continuaron adelante, giraron a la derecha al llegar a la esquina y se adentraron en la calle transversal que flanqueaba el hotel.

Jenny, Bryce y los demás doblaron la esquina en el momento en que la caravana motorizada se detenía. Todas las calles transversales de Snowfield se extendían por la amplia ladera de la montaña, de modo que la mayoría de ellas eran llanas. Era mucho más fácil aparcar y asegurar los tres vehículos allí que en la inclinada pendiente de Skyline Road.

Jenny se quedó junto al bordillo, contemplando la puerta trasera del primer vehículo, esperando a que saliera alguien.

Los tres motores sobrecalentados fueron apagados uno tras otro y el silencio dejó caer de nuevo su peso.

Jenny estaba más animada que en ningún otro instante desde su llegada a Snowfield. Ya estaban allí los especialistas. Como muchos norteamericanos, Jenny tenía una enorme fe en los especialistas, en la tecnología y en la ciencia. En realidad, Jenny tenía probablemente más fe que la mayoría, pues ella misma era una especialista, una mujer de ciencia. Ahora, pronto entenderían qué había matado a Hilda Beck y a los Liebermann y a los demás. Los especialistas estaban allí. Por fin, llegaba la carga de la caballería.

La puerta trasera del camión fue la primera en abrirse, y de ella saltaron unos hombres. Iban vestidos para actuar en una atmósfera contaminada con agentes biológicos. Llevaban unos trajes de vinilo herméticos, de color blanco, del estilo de los utilizados por la NASA, con grandes escafandras transparentes dotadas de voluminosas viseras. Cada hombre llevaba a la espalda su carga de aire, así como un sistema de purificación y reciclado de líquidos.

Curiosamente, al principio Jenny no pensó que los hombres parecieran astronautas. Tenían más bien el aspecto de seguidores de alguna extraña religión, resplandecientes con sus vestimentas ceremoniales...

Media docena de ágiles hombres habían saltado del camión. Aún seguían saliendo más cuando Jenny advirtió que iban fuertemente armados. Se desplegaron a ambos lados de la caravana y tomaron posiciones entre los vehículos y el grupo de Bryce, dando la espalda a sus transportes. Aquellos hombres no eran científicos. Eran tropas de apoyo. Los nombres de los militares estaban grabados en los cascos, justo en la visera: SGTO. HARKER, SOL. FODOR, SOL. PASCALLI, TTE. UNDERHILL. Los hombres montaron las armas y apuntaron hacia el cielo, asegurando un perímetro de tal manera que impidiese cualquier interferencia.

Sorprendida y confusa, Jenny se encontró contemplando la boca del cañón de un fusil.

Bryce dio un paso hacia los soldados, al tiempo que decía:

—¿Qué diablos significa todo esto?

El sargento Harker, el más próximo a Bryce, mantuvo su arma hacia el cielo y disparó una breve ráfaga de advertencia. Bryce se detuvo en el acto. Tal y Frank se llevaron la mano al revólver automáticamente.

—¡No! —gritó Bryce—. ¡Nada de tiroteos, por el amor de Dios! ¡Estamos todos en el mismo bando!

Uno de los soldados habló. El teniente Underhill. Su voz surgió débilmente de un pequeño altavoz de quince centímetros cuadrados que llevaba adherido al pecho.

—Permanezcan alejados de los vehículos, por favor. Nuestro primer deber es preservar la integridad de los laboratorios, y lo haremos a cualquier precio.

—Maldita sea —protestó Bryce—, no les vamos a causar ningún problema. He sido yo quien les ha llamado.



–Quédese donde está –insistió Underhill.

Por fin se abrió la compuerta trasera del primer vehículo. Los cuatro individuos que salieron llevaban también trajes herméticos, pero no eran soldados. Se movían sin prisas e iban desarmados. Uno de ellos era una mujer; Jenny alcanzó a captar una breve imagen de un rostro femenino, oriental, increíblemente encantador. Los nombres de los cascos no iban precedidos por la abreviatura del rango: BETTENBY, VALDEZ, NIVEN, YAMAGUCHI. Aquéllos eran los físicos y científicos civiles que, en caso de extrema emergencia de guerra química o biológica, abandonarían sus vidas privadas en Los Ángeles, San Francisco, Seattle y otras ciudades de la costa oeste, para ponerse a disposición del general Copperfield. Según Bryce, había uno de tales equipos en el oeste, otro en la costa este y un tercero en los estados sureños y del Golfo.

Del segundo remolque bajaron seis hombres, GOLDSTEIN, ROBERTS, COPPERFIELD, HOUK. Los dos últimos llevaban trajes sin marcas y sus nombres no aparecían en las viseras. El grupo recorrió la zona acotada por los soldados, siempre detrás de éstos, y se unieron a Bettenby, Valdez, Niven y Yamaguchi.

Los diez llevaron a cabo una breve conferencia entre ellos, mediante radios acopladas a los trajes. Jenny pudo ver cómo se movían sus labios tras las escafandras de plexiglás, pero los altavoces de sus pechos no transmitieron una sola palabra, lo cual significaba que los recién llegados estaban en situación de desarrollar conversaciones tanto públicas como privadas.

Pero ¿por qué?, se preguntó Jenny. No tenían por qué ocultarles nada. ¿O sí?

El general Copperfield, el más alto de los diez, se separó del grupo reunido ante la parte trasera del primer vehículo, dio unos pasos hacia la acera y se acercó a Bryce.

Antes de que el general tomara la iniciativa, Bryce le espetó:

–General, exijo saber por qué nos están apuntando sus hombres.

–Lo siento –dijo Copperfield. Se volvió hacia los soldados inmóviles y les ordenó–: Está bien, soldados, no hay riesgo. Descansen.

Debido a las bombonas de aire que portaban, los soldados no podían adoptar con comodidad la posición clásica de descanso. Pese a ello, moviéndose con la fluida armonía de un equipo altamente preparado, los soldados se colgaron del hombro sus fusiles ametralladores, separaron los pies dejando entre ambos treinta centímetros, exactamente, pusieron los brazos a los costados y permanecieron inmóviles, mirando al frente.

Bryce había estado en lo cierto al decir a Tal que Copperfield parecía un tipo estricto en el trabajo. A los ojos de Jenny, era evidente que no había problemas de disciplina en la unidad del general.

Cuando se volvió otra vez hacia Bryce, Copperfield le dedicó una sonrisa desde el otro lado de la escafandra y comentó:

–¿Está mejor así?

–Mucho mejor –asintió Bryce–, pero sigo exigiendo una explicación.

–Es el POE –respondió Copperfield–. El Procedimiento Operativo Estándar. Forma parte del despliegue normal. No tenemos nada contra usted ni contra su

gente, comisario. Porque usted es el comisario Hammond, ¿verdad? Le recuerdo de la conferencia del año pasado en Chicago.

–Sí, señor, soy Hammond. Pero no me ha ofrecido usted una explicación convincente, todavía. Ese POE no me basta.

–No es preciso que levante la voz, comisario. –Con una mano enguantada, Copperfield dio unos golpecitos en la caja que llevaba al pecho–. Este aparato no es sólo un altavoz. También va equipado con un micrófono extraordinariamente sensible. Verá, Hammond, si nuestro grupo acude a un lugar donde puede haber una contaminación biológica o química de carácter grave, hemos de tener en cuenta la posibilidad de que nos acose una multitud enferma o agonizante. Nosotros, sencillamente, no estamos equipados para efectuar curaciones o tan siquiera para aliviar dolores. Somos un equipo de investigación. Sólo nos ocupamos de la patología, no del tratamiento. Nuestro trabajo es descubrir todo lo que podamos sobre la naturaleza del agente contaminante para que puedan acudir detrás de nosotros los equipos médicos adecuados a dar tratamiento a los supervivientes. Pero esas personas enfermas y desesperadas podrían no comprender que no estamos en condición de tratarles y podrían atacar los laboratorios móviles llevados por la furia y la frustración.

–Y el miedo –añadió Tal Whitman.

–Exacto –asintió el general, sin comprender la ironía–. Nuestras simulaciones de tensión psicológica indican que es una posibilidad muy a tener en cuenta.

–Y si esa gente enferma y moribunda intentara perturbar su trabajo –intervino Jenny–, ¿la matarían?

Copperfield se volvió hacia ella. El sol brilló en su escafandra transformándola en un espejo y, por un instante, Jenny no pudo verle el rostro. Después, el general se movió ligeramente y su cabeza se hizo visible de nuevo, aunque no lo suficiente para permitirle a Jenny comprobar qué aspecto tenía. Era un rostro fuera de contexto, enmarcado en la parte transparente del casco.

–¿La doctora Paige, supongo? –preguntó el general.

–Sí.

–Bien, doctora, si algún terrorista o agente de un gobierno extranjero cometiera una agresión de carácter biológico contra una comunidad norteamericana, sería mi deber y el de mis hombres aislar ese microbio, identificarlo y sugerir medidas para contenerlo. Se trata de una seria responsabilidad. Si permitiera que alguien, aunque fuera una víctima doliente, nos lo impidiera, el peligro de difusión de esa posible peste aumentaría espectacularmente.

–Así pues –repitió Jenny, presionándole–, si las víctimas enfermas intentaran perturbar su trabajo, las mataría.

–Sí –respondió él, sin variar el tono de voz–. Incluso gente honrada y cabal se ve obligada a veces a escoger el mal menor.

Jenny volvió la vista hacia Snowfield, que parecía una tumba bajo el sol matinal igual que en mitad de la noche cerrada. El general Copperfield tenía razón. Cualquier cosa que pudiera hacer para proteger a su equipo sería sólo un mal menor.

El mal mayor era lo que había sucedido –lo que todavía estaba sucediendo– en aquel pueblo.

Jenny no estaba muy segura de por qué se había mostrado tan quisquillosa con el general.

Quizá era porque le había concebido a él y a su equipo como la caballería, llegada justo a tiempo para salvarles. Había imaginado que todos los problemas quedarían resueltos y todas las ambigüedades se aclararían instantáneamente con la llegada de Copperfield. Al darse cuenta de que las cosas no iban a ser así, al levantar los soldados armas de verdad contra ella, su sueño se había desvanecido rápidamente. De manera irracional, había culpado de ello a Copperfield.

Era una reacción impropia de ella. Sus nervios debían de estar mucho más afectados de lo que había creído.

Bryce empezó a presentar a sus hombres al general, pero Copperfield le interrumpió.

–No pretendo ser descortés, comisario, pero no tenemos tiempo para presentaciones. Si acaso más tarde. Ahora mismo lo que quiero es ponerme en acción. Quiero ver todas esas cosas de que me habló anoche por teléfono, y quiero empezar una autopsia.

«Quiere evitarse las presentaciones porque no tiene objeto ser amable con gente que está condenada –pensó Jenny–. Si presentamos síntomas en las próximas horas, si resulta ser alguna enfermedad mental y nos volvemos locos e intentamos asaltar los laboratorios móviles, será más fácil para él ordenar que disparen contra nosotros si no nos conoce apenas.»

«¡Basta!», se dijo a sí misma, furiosa.

Después, miró a Lisa y pensó: «Dios santo, hermanita, si yo estoy así de alterada, ¿en qué estado debes encontrarte tú? Y, sin embargo, has mostrado el mismo tesón y el mismo coraje que cualquiera. Qué magnífica hermana tengo».

–Antes de que se lo enseñemos –dijo Bryce a Copperfield–, tenemos que hablarle de la cosa que vimos anoche y de lo que sucedió con...

–No, no –replicó Copperfield en tono impaciente–. Quiero ir paso a paso, viendo las cosas en el mismo orden que ustedes las descubrieron. Tenemos mucho tiempo para que me digan lo que sucedió anoche. Pongámonos en marcha.

–Verá general, para nosotros empieza a ser evidente que no puede ser una enfermedad lo que ha barrido este pueblo –protestó Bryce.

–Mi gente ha acudido aquí para investigar posibles relaciones con un episodio de guerra biológica, y eso es lo primero que haremos –replicó Copperfield–. Después, podemos investigar otras posibilidades. Es el POE, comisario.

Bryce envió a sus hombres de vuelta al Hilltop Inn, ordenando a Tal y Frank que se quedaran con él.

Jenny tomó de la mano a Lisa y las dos se encaminaron también hacia el hotel, pero Copperfield la llamó.

–¡Doctora! Espere un momento. Quiero que nos acompañe. Usted fue la primera médico en llegar al lugar. Si el estado de los cadáveres ha cambiado, usted es la mejor para notarlo.

Jenny se volvió hacia Lisa.

–¿Quieres venir?

–¿A la panadería otra vez? No, gracias –se estremeció la muchacha.

Al recordar la tétrica voz tierna e infantil que había surgido del desagüe del fregadero, Jenny le advirtió:

–No entres en la cocina. Y si tienes que ir al baño, pide a alguien que te acompañe.

–¡Jenny, si todos son hombres!

–No importa. Pídeselo a Gordy. Él se puede quedar a la entrada del excusado, vuelto de espaldas.

–¡Jesús, qué embarazoso sería!

–¿Acaso prefieres entrar sola en esos aseos otra vez?

El rostro de Lisa empalideció en un instante.

–De ninguna manera –musitó.

–Bien. Mantente cerca de los demás. Y repito: cerca. No sólo en la misma estancia que los demás, sino en la misma parte de la sala que ellos, ¿me lo prometes?

–Prometido.

Jenny recordó las dos llamadas telefónicas de Wargle durante la recogida de material sanitario. Pensó en las abiertas amenazas que la voz había hecho. Aunque fueran las amenazas de un muerto y no debieran haber tenido el menor sentido, Jenny estaba asustada.

–Y tú, ten cuidado también –dijo Lisa.

Jenny besó en la mejilla a la pequeña.

–Ahora, date prisa y alcanza a Gordy antes de que doble la esquina.

Lisa echó a correr, mientras llamaba al agente:

–¡Gordy, espera!

El joven y corpulento policía se detuvo en la esquina de la calle y volvió la cabeza.

Mientras veía correr a Lisa por la acera de empedrado, Jenny notó el corazón latiéndole aceleradamente. ¿Y si cuando regrese ha desaparecido?, se preguntó. ¿Y si no vuelvo a verla con vida?

## Terror frío

La panadería de los Liebermann.

Bryce, Tal, Frank y Jenny entraron en el obrador. El general Copperfield y los nueve científicos del equipo les siguieron inmediatamente, mientras cuatro soldados con sus ametralladoras preparadas cubrían la retaguardia.

La estancia quedaba abarrotada y Bryce se sintió incómodo. ¿Y si eran atacados mientras estaban todos allí, apretujados? ¿Y si tenían que salir a toda prisa?

Las dos cabezas seguían exactamente donde las habían encontrado la noche anterior: dentro de los hornos, mirando por el cristal. Sobre el aparador, las manos cortadas seguían agarrando el rodillo de amasar.

Niven, uno de los hombres del general, tomó varias fotografías del obrador desde varios ángulos, y luego una docena de primeros planos de las cabezas y las manos.

Los demás fueron desplazándose por la estancia para no molestar a Niven en su trabajo. Antes de que el forense se pusiera a trabajar, era preciso fotografiar todos los detalles; en realidad, el procedimiento no era muy diferente del utilizado por la policía al llegar a la escena de un crimen.

Al moverse, las ropas de los científicos con aspecto de astronautas crujían con un ruido a caucho. Sus pesadas botas chirriaban sonoramente sobre las baldosas del suelo.

–¿Todavía cree que esto tiene el aspecto de un simple incidente de guerra biológica? –preguntó Bryce a Copperfield.

–Puede ser.

–¿De veras?

–Phil, tú eres el especialista en gas nervioso del grupo –dijo el general–. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

La respuesta a estas palabras la proporcionó el hombre cuyo casco llevaba grabado el nombre HOUK.

–Es muy pronto para decir algo con seguridad, pero parece que podríamos estar enfrentándonos a una toxina neuroléptica. Y hay algunos detalles en todo esto, especialmente esa violencia extrema y psicópata, que me llevan a pensar si no estaremos ante un caso de T-139.

–Sin duda, es una posibilidad a tener en cuenta –asintió Copperfield–. Es lo mismo que he pensado al entrar.

Niven continuó haciendo fotografías y Bryce preguntó:

–¿Qué es eso del T-139?

–Uno de los principales gases nerviosos del arsenal ruso –respondió el general–. La denominación completa es Timoshenko-139 y lleva el nombre de Ilya Timoshenko, el científico que lo desarrolló.

–Todo un honor... –comentó Tal, sarcástico.

–La mayoría de los gases nerviosos causan la muerte en un plazo de entre treinta segundos y cinco minutos después de entrar en contacto con la piel –explicó Houk–. Sin embargo, el T-139 no es tan misericordioso.

–¡Misericordioso! –exclamó Frank Autry, asombrado.

–El T-139 no es un mero gas mortal –continuó Houk–. Si así fuera, podríamos considerarlo casi una bendición. Ese gas es lo que en estrategia militar se denomina un agente desmoralizador.

–Penetra en la piel –añadió Copperfield– y pasa al torrente sanguíneo en menos de diez segundos; luego, emigra al cerebro y causa casi instantáneamente un daño irreparable en los tejidos cerebrales.

–Durante un período de cuatro a seis horas –retomó la palabra Houk–, la víctima conserva el pleno movimiento de sus miembros y el ciento por ciento de su fuerza normal. Al principio, los daños son únicamente mentales.

–Demencia paranoide –dijo Copperfield–. Confusión mental, miedo, rabia, pérdida de control emocional y un sentimiento muy intenso de que todo el mundo está conspirando contra uno. A esto se suma una irrefrenable tendencia a cometer actos violentos. En esencia, comisario, el T-139 convierte a la gente en máquinas de matar sin freno durante un período de cuatro a seis horas. Sus víctimas se atacan entre sí y agreden a los no afectados de las zonas que no han sufrido el ataque de los gases. Se puede comprender el efecto tremendamente desmoralizador que un ataque así tendría sobre un enemigo.

–Sí, tremendo –asintió Bryce–. La doctora Paige ya hizo referencia a una hipotética enfermedad anoche; ella hablaba de un posible virus mutante de la rabia que mataría a unas personas, convirtiendo a otras en locos asesinos.

–El T-139 no es una enfermedad –se apresuró a replicar Houk–. Es un gas nervioso. Y, si me hicieran tomar una decisión ahora mismo, me inclinaría por la teoría de que, en efecto, fue un ataque con gases nerviosos. Una vez disipado el gas, la amenaza desaparece. Una agresión biológica sería considerablemente más difícil de detener.

–Si fue el gas –intervino Copperfield–, se habrá disipado hace tiempo pero todavía encontraremos rastros de él por todas partes. Residuos por condensación. Podremos identificarlo en un abrir y cerrar de ojos.

Se apretaron contra una pared para dejar paso a Niven y su cámara.

–Doctor Houk –dijo Jenny–, respecto a ese T-139, ha mencionado que el estadio ambulatorio dura entre cuatro y seis horas. Y luego, ¿qué?

–Bueno –respondió el aludido–, el segundo estadio es también la fase terminal. Dura entre seis y doce horas. Se inicia con el deterioro de los nervios eferentes y llega hasta la parálisis de los centros cerebrales de los reflejos cardíacos, vasomotores y respiratorios.

–¡Dios santo! –exclamó Jenny.

–Traduzca eso para los legos en medicina –pidió Frank.

–Significa que durante la segunda fase de la enfermedad –explicó la doctora–, el T-139 reduce gradualmente la capacidad del cerebro para regular las funciones automáticas del cuerpo, como la respiración, el tono cardíaco, la dilatación de los vasos sanguíneos, el funcionamiento de los órganos... La víctima empieza a experimentar un ritmo cardíaco irregular, una dificultad extrema para respirar y un progresivo fallo en todos y cada uno de los órganos y glándulas. Quizá doce horas no parezca un plazo gradual, Frank, pero a la víctima le parecería una eternidad. Sufriría vómitos, diarreas, incontinencia urinaria, continuos y violentos espasmos musculares... Y si sólo resultan afectados los nervios eferentes, si el resto del sistema nervioso permaneciera intacto, padecería un dolor insoportable e imposible de aliviar.

–Entre seis y doce horas de infierno –confirmó Copperfield.

–Hasta que se detiene el corazón –añadió Houk–, o hasta que la víctima, sencillamente, deja de respirar y se ahoga.

Durante un prolongado instante, mientras Niven tomaba sus últimas fotos, todos permanecieron en silencio. Por fin, Jenny comentó:

–Sigo sin creer que todo este asunto esté causado por un gas nervioso. Ni siquiera por ese T-139, que quizá podría explicar estas decapitaciones. En primer lugar, ninguna de las víctimas que encontramos mostraba la menor señal de vómitos o incontinencia.

–Bueno –respondió Copperfield–, podríamos estar ante un derivado del T-139 que no produce esos síntomas. O quizá se trate de otro gas.

–Ningún gas puede explicar lo del insecto –dijo Tal Whitman.

–Ni lo que le sucedió a Stu Wargle –añadió Frank.

–¿Un insecto? –preguntó el general.

–Usted no quería que le contáramos nada hasta haber visto esas otras cosas –le recordó Bryce a Copperfield–. Pero ahora creo que es buen momento para...

–He terminado –le interrumpió Niven.

–Está bien –asintió el general–. Comisario, doctora Paige, agentes, si hacen el favor de guardar silencio hasta que hayamos completado el resto de nuestro trabajo aquí, agradeceremos mucho su colaboración.

Los demás miembros del equipo científico se pusieron inmediatamente manos a la obra. Yamaguchi y Bettenby trasladaron las cabezas cortadas a un par de recipientes para muestras con el interior de porcelana, con tapas herméticas y seguro de apertura. Valdez desprendió con cuidado las manos del rodillo y las colocó en un tercer recipiente. Houk rascó un poco de harina de la mesa y la guardó en un pequeño tarro de plástico, pues la harina seca podía haber absorbido –y contener todavía– trazas del gas nervioso... si realmente había existido tal gas. Houk tomó también una muestra de la masa para hornear que había bajo el rodillo. Goldstein y Roberts inspeccionaron los dos hornos en cuyo interior habían encontrado las cabezas y, a continuación, Goldstein utilizó un pequeño aspirador a pilas para

limpiar todos los restos que contenía el primero. Cuando hubo terminado, Roberts extrajo la bolsa del aspirador, la selló y la etiquetó, mientras Goldstein utilizaba el aspirador para recoger minúsculas e incluso microscópicas muestras del segundo horno.

Todos los científicos se dedicaron a sus tareas salvo los dos hombres cuyos trajes no llevaban ningún nombre en el casco. Éstos permanecieron a un lado, limitándose a observar.

Mientras los demás trabajaban, la pareja se dedicaba a describir lo que estaban haciendo los demás y efectuaban comentarios sobre lo que iban encontrando, utilizando para ello una jerga que Bryce fue incapaz de seguir. Nunca hablaban los dos al mismo tiempo; esto, unido a la petición de silencio que había dirigido Copperfield a los que no eran miembros de su equipo, parecía dar a entender que los dos hombres hablaban para tomar nota de cuanto iba sucediendo.

Entre los objetos que colgaban del cinturón de Copperfield había una grabadora conectada directamente al sistema de comunicaciones del traje del general. Bryce advirtió que la cinta estaba en movimiento.

Cuando los científicos tuvieron todo lo que querían del obrador de la panadería, Copperfield dijo:

–Bien, comisario. ¿Dónde vamos ahora?

–¿No va a desconectar esa grabadora hasta que lleguemos allí? –preguntó Bryce, señalando el aparato.

–No. Empezamos a grabar en el momento en que nos dejaron paso en el control de carreteras y continuaremos grabando hasta que descubramos qué ha sucedido en este pueblo. De este modo, si algo va mal, si todos morimos antes de encontrar la solución, el nuevo equipo conocerá todos los pasos que hayamos dado. No tendrá que empezar por las recogidas de muestras y quizá incluso cuente con un registro detallado del error fatal que nos haya costado la vida.

La segunda visita que efectuaron fue a la galería de arte en la que había entrado Frank Autry la noche anterior, al frente de sus tres hombres. Este abrió de nuevo la marcha por la sala de exposiciones hasta la trastienda, y escalera arriba hasta las habitaciones del primer piso.

A Frank le pareció que había algo casi cómico en la escena: todos aquellos hombres del espacio subiendo trabajosamente la estrecha escalera con sus rostros teatralmente siniestros tras las escafandras de plexiglás. El sonido de su respiración era amplificado por el reducido espacio del casco y se proyectaba por los altavoces que llevaban en el pecho a un volumen exagerado, produciendo un sonido tétrico. Era como una de esas películas de ciencia ficción de los años, cincuenta, El ataque de los monstruos del espacio o algo parecidamente vulgar, y Frank no pudo evitar una sonrisa.

Sin embargo, la vaga mueca desapareció de su rostro cuando entró en la cocina del piso y vio de nuevo el cadáver del hombre. El cuerpo seguía donde lo habían



encontrado la noche anterior, tendido al pie del frigorífico, vestido solamente con los pantalones del pijama. Seguía hinchado, amoratado y con los ojos muy abiertos, fijos en el vacío.

Frank se apartó del camino de los científicos y se colocó junto a Bryce, cerca del mostrador donde estaba el horno.

Mientras Copperfield volvía a pedir silencio a los no iniciados, los científicos avanzaron con cuidado junto a los restos del bocado esparcidos por el suelo, hasta concentrarse en torno al cadáver.

Copperfield se volvió hacia Bryce y le dijo:

–Nos llevaremos este cuerpo para efectuarle la autopsia.

–¿Todavía cree que esto tiene el aspecto de un simple incidente de contaminación por gases o de guerra química? –preguntó el comisario, repitiendo sus palabras de antes.

–Sí, es perfectamente posible –respondió el general.

–Pero la hinchazón y el amoratamiento... –intervino Tal.

–Pueden ser reacciones alérgicas al gas nervioso –replicó Houk.

–Si le levanta las perneras del pijama –dijo Jenny–, creo que comprobará que la reacción se extiende incluso a la piel no expuesta al aire.

–En efecto –asintió Copperfield–, ya lo hemos mirado.

–Entonces, ¿cómo puede haber reacción cutánea si el gas no ha entrado en contacto con la piel?

–Estos gases suelen tener un factor de penetración muy elevado –informó Houk–. Pasan a través de la mayor parte de tejidos. De hecho, lo único que impide el paso de la mayoría de ellos es el vinilo o el caucho.

Justo lo que vosotros lleváis, pensó Frank. Y justo lo que no llevamos nosotros.

–Hay otro cuerpo en la casa –informó Bryce al general–. ¿Quiere echarle un vistazo también a éste?

–Desde luego.

–Es por aquí, general –dijo Frank, guiando al grupo por el corredor con el revólver preparado para disparar.

Frank tenía miedo de entrar en la alcoba donde la mujer yacía desnuda entre las sábanas arrugadas. El agente recordó las obscenidades que Stu Wargle había dicho de ella y tuvo el terrible presentimiento de que ahora iba a encontrar allí a Stu, abrazado a la rubia, con sus cuerpos muertos unidos en una pasión fría y eterna.

Sin embargo, en la estancia sólo encontraron a la mujer. Tendida en el lecho. Con las piernas muy abiertas. Y la boca en un grito perpetuo.

Cuando Copperfield y su gente terminaron el examen preliminar del cadáver y se disponían a marcharse, Frank se aseguró de que hubieran visto la automática de calibre 22 cuyo cargador, al parecer, había vaciado la mujer sobre su asesino.

–¿Cree usted que esa mujer le habría disparado a una simple nube de gas, general?

–Desde luego que no –replicó el aludido–. Pero quizá ya estaba afectada por el gas; quizá su cerebro ya había sufrido daños. Es posible que le disparara a una alucinación, a un fantasma.

–Un fantasma –repitió Frank–. Sí, señor, es exactamente eso lo que debería haber sido, porque... Verá, general, la mujer disparó las diez balas del cargador, pero sólo hemos podido encontrar dos proyectiles, uno en esa cómoda de ahí y otro en la pared, donde puede verse el agujero. Eso significa que casi todos los disparos acertaron en el blanco, fuera éste cual fuese.

–Yo conocía a los difuntos –intervino la doctora Paige, adelantándose–. Eran Gary y Sandy Wechlas. Ella era una tiradora de primera, que siempre acertaba en el blanco. El año pasado ganó varias competiciones de tiro en las ferias del condado.

–Así pues, esa mujer tenía capacidad para acertar ocho blancos de diez disparos –continuó Frank–. Pero ni siquiera ocho impactos detuvieron a lo que se le echó encima. Ocho impactos que ni siquiera hicieron sangrar al agresor. Naturalmente, los fantasmas no sangran pero, mi general, ¿podría acaso un fantasma salir de aquí llevándose con él esas ocho balas?

Copperfield le miró y frunció el ceño.

Todos los científicos adoptaron su misma expresión.

Los soldados no sólo fruncieron el ceño, sino que empezaron a mirar a su alrededor con inquietud.

Frank advirtió que el estado de los dos cadáveres –en especial la expresión dantesca de la mujer– había producido un profundo efecto en el general y en su gente. El temor era ahora más patente en sus ojos. Aunque no deseaban admitirlo, habían topado con algo que escapaba a su experiencia. Todavía seguían agarrándose a explicaciones que tenían sentido para ellos –gases nerviosos, virus, venenos–, pero empezaban a tener sus dudas.

La gente de Copperfield había traído una bolsa de plástico para envolver un cuerpo. Colocaron en ella el cadáver en pijama de la cocina, lo sacaron del edificio y lo dejaron junto a la acera con la intención de recogerlo cuando regresaran a los laboratorios móviles.

Bryce les condujo al supermercado Gilmartin's. Ya dentro, junto a los frigoríficos de productos lácteos donde se había producido, relató al equipo de Copperfield la desaparición de Jake Johnson.

–No hubo gritos, ni el menor sonido. Apenas unos segundos de oscuridad. Unos segundos. Pero cuando la luz volvió, Jake había desaparecido.

–¿Buscaron ustedes...?

–Por todas partes.

–Quizá huyó –apuntó Roberts.

–Sí –añadió la doctora Yamaguchi–. Quizá desertó. Teniendo en cuenta las cosas que había visto...

–¡Dios mío! –exclamó Goldstein–, ¿y si ha salido de Snowfield?

Podría estar fuera del área en cuarentena, portando la infección...

–No, no, no. Jake no desertaría –replicó Bryce–. No era precisamente el hombre más agresivo de la dotación, pero seguro que no desertaría estando yo. No sería tan irresponsable.

–Desde luego que no –asintió Tal–. Además, el padre de Jake fue comisario del condado, de modo que pondría en juego el honor familiar.

–Y Jake era un hombre cauto –añadió Frank–. No se dejaba llevar por el primer impulso.

–En cualquier caso –corroboró sus palabras Bryce–, aunque estuviera lo bastante asustado para huir, se habría llevado uno de los coches patrulla. Seguro que no se habría largado del pueblo a pie.

–Miren –dijo Copperfield–, el hombre se daría cuenta de que no le dejarían pasar el control de carreteras, de modo que evitó los caminos huyendo a pie por el bosque.

Jenny movió la cabeza en gesto de negativa.

–No, general. Ese terreno es realmente difícil. El agente Johnson sabía que internándose en él se perdería y moriría.

–Además –intervino Bryce–, ¿desde cuándo un hombre asustado se lanzaría atropelladamente a un bosque desconocido en plena noche? Me parece imposible, general. En cambio, creo que es momento de explicarle lo sucedido con mi otro agente.

Apoyado en un frigorífico lleno de quesos y embutidos, Bryce les habló del insecto y del estado horripilante del cadáver. Les contó también el encuentro de Lisa con el Wargle resucitado y del posterior descubrimiento de que el cuerpo había desaparecido.

Copperfield y su gente expresaron asombro al principio, confusión después y, por último, temor. Sin embargo, durante la mayor parte de la narración de Bryce, la observaron en prudente silencio y se dirigieron unos a otros miradas de inteligencia. El comisario terminó contándoles el episodio de la voz infantil que había surgido del desagüe de la cocina momentos antes de su llegada. Luego, por tercera vez, preguntó:

–Y bien, general, ¿todavía opina que esto tiene el aspecto de un simple incidente de guerra química o bacteriológica?

Copperfield vaciló, echó una ojeada al supermercado medio destrozado, clavó sus ojos por fin en los de Bryce y respondió:

–Comisario, quiero que los doctores Roberts y Goldstein efectúen un reconocimiento físico completo a todos los que vieron el insecto... incluido usted.

–No me cree, ¿verdad?

–Mire, yo creo que ustedes están genuina y sinceramente convencidos de que vieron esa criatura.

–¡Maldita sea! –exclamó Tal.

–Seguro que comprenderán que a nosotros esas explicaciones nos suenan como si todos ustedes estuvieran contaminados, como si sufrieran alucinaciones –respondió Copperfield.

–¿Cómo cree que todos pudimos tener la misma alucinación?

–preguntó Bryce.

–Las alucinaciones en masa no son desconocidas –replicó Copperfield.

–General –intervino Jenny–, no había nada en absoluto de alucinación en lo que vimos. Tenía la textura de lo real.

–Doctora Paige, en condiciones normales daría un considerable valor a cualquier observación que usted efectuara. Sin embargo, al ser una de las personas que afirman haber visto ese insecto, su opinión médica sobre el tema no me parece, sencillamente, objetiva.

Frank Autry frunció el ceño y protestó:

–Pero, general, si todo esto es una mera alucinación, ¿dónde está Stu Wargle?

–Quizá él y ese Jake Johnson desertaron –apuntó Roberts–. Y quizá ustedes sólo incorporaron esas desapariciones en su delirio.

Por experiencia, Bryce sabía que cualquier discusión estaba perdida desde el momento en que uno se dejaba llevar por las emociones. Se obligó a permanecer en una posición relajada, apoyado contra el frigorífico. Sin alzar la voz y en tono calmado, añadió:

–General, por lo que usted y su gente ha dicho, cualquiera llegaría a la conclusión de que el departamento de Policía del condado de Santa Mira está compuesto exclusivamente de cobardes, estúpidos y crédulos.

Copperfield hizo unos gestos conciliadores con sus manos enguantadas de caucho.

–No, no, no. No estamos diciendo nada de eso. Por favor, comisario, intente comprenderlo. Sólo estamos siendo sinceros con ustedes. Les estamos explicando cómo vemos nosotros la situación, cómo la vería cualquiera con conocimientos especializados sobre la guerra química y bacteriológica. Las alucinaciones son una de las reacciones a esperar en los supervivientes. Son una de las cosas que debemos buscar. Ahora bien, si pudiera usted ofrecernos una explicación lógica para la existencia de ese insecto, de esa... mariposa nocturna del tamaño de un águila... En fin, quizá entonces también nosotros nos convenceríamos. Sin embargo, no puede usted explicarlo y ello deja nuestra sugerencia, la de que se trata de una mera alucinación, como única alternativa coherente.

Bryce advirtió que los cuatro soldados le observaban de manera muy distinta ahora que le juzgaban víctima de los efectos de un gas nervioso. Después de todo, un hombre que sufriera de extrañas alucinaciones era una persona evidentemente inestable, peligrosa, quizá incluso lo bastante violenta para degollar a la gente y meter sus cabezas en los hornos de una panadería. Los soldados alzaron sus armas apenas unos centímetros, aunque no llegaron a apuntar directamente a Bryce. De todos modos, le miraron –a él y también a Jenny, a Tal y a Frank– con un nuevo e inconfundible aire de suspicacia.

Antes de que Bryce pudiera responder a Copperfield, le sorprendió un estruendo procedente del fondo del supermercado, más allá de la mesa de trabajo de los carniceros. Dejó de apoyarse en el frigorífico, se volvió hacia el origen de la conmoción y llevó la mano al revólver que guardaba en la funda.

Por el rabillo del ojo, vio a dos soldados más pendientes de sus movimientos que del ruido. Cuando posó la mano en el arma, ellos alzaron instantáneamente sus fusiles.

El ruido que había atraído su atención era un martilleo, acompañado de una voz. Ambos sonidos procedían del interior de la cámara frigorífica, situada en el otro extremo de la zona destinada a carnicería, a apenas cinco metros de distancia, casi frente al punto donde estaban reunidos Bryce y los demás. La gruesa puerta aislante de la cámara amortiguaba los golpes que descargaba alguien desde el interior, pero aún así les llegaban nítidamente. La voz también sonaba ahogada y las palabras no eran claras, pero Bryce creyó oír que gritaba en petición de auxilio.

–Ahí dentro hay alguien encerrado –dijo Copperfield.

–Imposible –respondió Bryce. Y añadió–: No puede estar encerrado porque la puerta se abre por ambos lados.

El martilleo y los gritos cesaron de repente.

Un golpe seco.

Un chirrido de metal contra metal.

La palanca de la gran puerta de acero inoxidable pulido se movió arriba, abajo, arriba, abajo, arriba...

El pasador soltó un chasquido. La puerta empezó a abrirse... Pero sólo lo hizo un par de dedos. Luego, quedó inmóvil.

El aire refrigerado del interior de la cámara escapó al exterior y se mezcló con la atmósfera, más cálida, del supermercado. Unos zarcillos de vapor helado ascendieron junto a la rendija de la puerta entreabierta.

Aunque la cámara estaba iluminada tras la puerta, Bryce no alcanzó a distinguir nada por la estrecha rendija. Sin embargo, conocía el aspecto del interior de la cámara. Durante la búsqueda de Jake Johnson la noche anterior, Bryce había estado allí, husmeando. Era un lugar frío, sin ventanas, claustrofóbico, de unos cuatro metros de altura. Tenía otra puerta equipada con dos cerrojos que podía abrirse al callejón para una fácil recepción de las piezas del matadero. El suelo era de cemento pintado. Las paredes, de hormigón. Unos fluorescentes lo iluminaban. En tres de los muros, unos conductos de ventilación hacían circular aire frío entre las medias terneras, las piezas de vaca y los cerdos en canal que colgaban de los ganchos del techo.

Bryce no captó más sonido que la respiración amplificadas de los científicos y soldados en el interior de sus trajes de descontaminación, e incluso esos jadeos sonaban amortiguados; algunos de ellos parecían estar conteniendo el aliento.

Entonces, del interior de la cámara llegó hasta sus oídos un gemido de dolor. Una voz débil y lastimera pedía auxilio. Rebotaba en las frías paredes de hormigón, transportada en las corrientes termales en espiral que escapaban por la estrecha

abertura de la puerta, la voz sonaba temblorosa, distorsionada por el eco, pero aun así reconocible.

«¿Bryce... Tal...? ¿Quién está ahí fuera? ¿Frank? ¿Gordy? ¿Hay alguien ahí? ¿Alguien... puede... ayudarme?».

Era Jake Johnson.

Bryce, Jenny, Tal y Frank se quedaron muy quietos, escuchando.

–No sé de quién se trata, pero necesita ayuda en seguida –dijo Copperfield.

«Bryce... por favor... que alguien...»

–¿Sabe quién es? –preguntó el general–. Está llamándole a usted, ¿verdad, comisario?

Sin aguardar la respuesta, el general ordenó a dos de sus hombres –el sargento Harker y el soldado Pascalli– que inspeccionaran la cámara frigorífica.

–¡Espere! –exclamó Bryce–. Que nadie entre ahí. Hasta que sepamos algo más, debemos mantener esos refrigeradores de productos lácteos entre nosotros y esa cámara.

–Escuche, comisario, aunque tengo la plena intención de colaborar con usted hasta donde sea posible, recuerde que no tiene autoridad sobre mí y mis hombres.

«Bryce... soy yo... Jake... Por el amor de Dios, ayúdame. Me he roto la condenada pierna.»

–¿Jake? –preguntó Copperfield mientras dirigía una mirada de curiosidad a Bryce–. ¿Se trata del mismo hombre que, según usted, desapareció de aquí sin dejar rastro anoche?

«Que alguien... me ayude... ¡Jesús, hace tanto frío! ¡Tanto frío...!»

–Parece su voz –reconoció Bryce.

–¡Bien, comisario, ahí lo tiene! –dijo Copperfield–. Después de todo no había nada de misterioso en el asunto. El tipo ha estado aquí mismo todo el tiempo.

Bryce lanzó una mirada de irritación al general.

–Ya le he dicho que anoche buscamos por todas partes. También en esa maldita cámara frigorífica. Y no estaba aquí.

–Pues ahora, sí está –replicó Copperfield.

«¡Eh, los de ahí fuera! Tengo frío... No puedo mo... mover la maldita pierna...»

Jenny tocó a Bryce en el brazo.

–Esto no me gusta. No me gusta nada.

–Comisario, no podemos quedarnos aquí cruzados de brazos y permitir que un hombre herido siga padeciendo.

–Si Jake hubiera estado ahí toda la noche –dijo Frank Autry–, a estas alturas ya habría muerto congelado.

–Bueno, si es una cámara frigorífica para carnes frescas –insistió el general–, el aire del interior no congela, sino que únicamente enfría. Si el hombre llevaba ropas suficientes, puede haber sobrevivido estas horas sin demasiados problemas.

–Pero, de entrada, ¿cómo se metería ahí dentro? –preguntó Frank–. ¿Qué diablos estaría haciendo ahí?

–Además, anoche no estaba en la cámara –añadió Tal con impaciencia.

Jake Johnson volvió a pedir ayuda.

–Ahí dentro existe peligro –dijo Bryce a Copperfield–. Lo percibo. Y mis hombres, también. Y la doctora Paige.

–Yo, no –replicó Copperfield.

–General, no lleva usted el tiempo suficiente en Snowfield para comprender que aquí debe esperar lo más inesperado.

–¿Como mariposas nocturnas del tamaño de un águila?

Bryce contuvo la furia e insistió:

–No ha estado aquí el tiempo suficiente para comprender que... bien... que nada es del todo lo que parece.

Copperfield le observó con aire escéptico.

–No se ponga místico conmigo, comisario.

En el interior de la cámara frigorífica, Jake Johnson rompió a llorar. Sus súplicas y gimoteos eran horribles de escuchar. Sonaba como un anciano aterrado y consumido de dolor. Y no parecía en absoluto peligroso.

–Tenemos que ayudar a ese hombre inmediatamente –insistió el general.

–Yo no voy a arriesgar a mis hombres –replicó Bryce–. Todavía no.

Copperfield ordenó de nuevo al sargento Harker y al soldado Pascalli que echaran un vistazo a la cámara frigorífica. Aunque por sus ademanes era evidente que no creía que hubiera peligro para unos hombres armados de fusiles automáticos, les advirtió que actuaran con cautela. El general todavía pensaba que el enemigo era algo tan minúsculo como una bacteria o una molécula de gas nervioso.

Los dos soldados avanzaron rápidamente entre los refrigeradores hacia la puerta batiente que conducía a la zona de carnicería.

–Si Jake ha podido abrir la puerta, ¿por qué no la empuja del todo para que podamos verle? –preguntó Frank.

–Probablemente ha utilizado sus últimas fuerzas para conseguir abrirla –respondió Copperfield–. ¡Por el amor de Dios, su voz lo dice todo! Está absolutamente agotado...

Harker y Pascalli cruzaron la puerta batiente, detrás de los refrigeradores.

Bryce cerró la mano en torno a la empuñadura de su revólver, sin desenfundarlo.

–Todo esto no tiene ni pies ni cabeza, maldita sea –murmuró Tal Whitman –. Si realmente es Jake, si necesita auxilio, ¿por qué ha esperado hasta ahora para abrir la puerta?

–La única manera de averiguarlo es preguntádoselo –insistió el general.

–No. Me refiero a que hay una entrada posterior a esa cámara –continuó Tal–. Podría haberla abierto antes y gritar por el callejón. Con el silencio que hay en el pueblo, le habríamos oído desde el mismo hotel.

–Quizá ha estado inconsciente hasta ahora –dijo Copperfield.

Harker y Pascalli avanzaron ahora entre los aparadores y la sierra eléctrica para la carne. La voz de Jake Johnson se dejó oír de nuevo:

«¿Viene... viene alguien? ¿Se está... acercando alguien?»

Jenny empezó a formular otra objeción.

–Ahórrate el esfuerzo –le recomendó Bryce.

–Doctora –insistió Copperfield–, ¿de verdad espera que no hagamos caso de esos gritos de auxilio?

–Claro que no –respondió ella–. Pero deberíamos esperar a encontrar un modo seguro de echar un vistazo ahí dentro.

Copperfield la interrumpió, moviendo la cabeza.

–Tenemos que prestarle ayuda sin demoras. ¡Escúchele, doctora! Está malherido.

Jake gemía de dolor otra vez.

Harker avanzó hacia la puerta de la cámara frigorífica.

Pascalli retrocedió un par de pasos y dio uno más hacia la izquierda, cubriendo lo mejor posible al sargento.

Bryce notó los músculos hechos un nudo de tensión en la espalda, en los hombros, en la nuca.

Harker llegó a la puerta.

–¡No! –exclamó Jenny en voz baja.

La puerta se abría hacia dentro. Harker adelantó el cañón de su arma y empujó la hoja hasta abrirla de par en par. Las frías bisagras crujieron y gimieron.

El sonido produjo un escalofrío a Bryce.

Jake no estaba tendido junto a la puerta. No se le veía por ninguna parte.

Más allá del sargento, no podía verse nada salvo las medias reses colgadas de los garfios, oscuras, veteadas de grasa y sanguinolentas.

Harker titubeó...

(¡No lo hagas!, pensó Bryce.)

... y luego cruzó el umbral. Penetró en la cámara agachado, mirando a la izquierda y apuntando con el fusil hacia aquel lado, para volverse casi inmediatamente a la derecha y llevar hacia allí el cañón de su arma.

A su derecha, Harker vio algo. Se incorporó de un salto, en gesto de sorpresa y temor. Al retroceder apresuradamente, trastabillando, tropezó con una pieza de ternera.

«¡Mierda!»

Harker subrayó su exclamación con una breve ráfaga de disparos de su fusil ametrallador.

Bryce dio un respingo. El estruendo del arma resonó como un trueno.

Algo tiró de la puerta por dentro y cerró la cámara.

Harker estaba atrapado allí dentro con eso. Con esa cosa.

–¡Señor! –exclamó Bryce.

Sin perder el tiempo que le habría llevado correr hasta la puerta batiente, Bryce saltó al interior del refrigerador que tenía ante él, pisando los paquetes de lonchas de queso y las porciones envueltas en plástico. Sin perder un instante, saltó al otro lado y se encontró en la zona de trabajo de la carnicería.



Se escuchó otra ráfaga de disparos, esta vez más prolongada. Quizá lo suficiente para vaciar el cargador del fusil.

Pascalli estaba junto a la puerta, tratando frenéticamente de mover la palanca.

Bryce rodeó las mesas de trabajo de los carniceros.

—¿Qué sucede?

El soldado Pascalli parecía demasiado joven para estar en el ejército. Y demasiado asustado.

—¡Vamos a sacarle de aquí! —exclamó Bryce.

—¡No puedo! ¡Esta condenada puerta no se abre! Dentro de la cámara frigorífica, los disparos cesaron. Y empezaron los gritos.

Pascalli insistió desesperadamente en mover la palanca, sin éxito.

Aunque la puerta, gruesa y aislada, amortiguaba los gritos de Harker, éstos podían oírse perfectamente, y muy pronto se hicieron todavía más sonoros. Los gemidos de agonía que transmitía el equipo de comunicaciones incorporado en el traje de Pascalli debían resultar ensordecedores, pues el soldado, de pronto, se llevó una mano a la escafandra como si quisiera cubrirse los oídos con las manos.

Bryce apartó al soldado de un empujón, agarró con ambas manos la larga palanca que aseguraba la puerta e intentó moverla hacia arriba y hacia abajo, pero no cedió un milímetro.

Dentro de la cámara, los gritos desgarradores se alzaban y enmudecían, para volver a alzarse de nuevo, cada vez más sonoros, más agudos, más espantosos.

¿Qué diablos le estaría haciendo aquello a Harker?, se preguntó Bryce. ¿Despellejarle vivo?

Volvió la vista hacia los refrigeradores. Tal había saltado también sobre éstos y se acercaba a toda prisa. El general y otro de los soldados, Fodor, venían por la puerta batiente. Frank había saltado a uno de los frigoríficos pero estaba vuelto hacia la zona principal de la tienda, cubriendo la posibilidad de que la conmoción junto a la cámara frigorífica fuera sólo una maniobra de distracción. Todos los demás formaban un grupo en el pasillo, al otro lado de los refrigeradores.

—¡Jenny! —gritó Bryce.

—¿Sí?

—¿Esta tienda tiene una sección de herramientas?

—Cosas sueltas.

—Necesito un destornillador.

—Puede ser —dijo ella, echando a correr.

Harker gritó.

¡Cielo santo, qué grito tan terrible! Como salido de una pesadilla. De un asilo de locos. Del infierno.

El mero hecho de escucharlo dejó a Bryce bañado en un frío sudor. Copperfield se abalanzó sobre la palanca.

—¡Déjeme eso!

—Es inútil.

—¡Déjemelo!

Bryce se apartó.

El general era un tipo musculoso, el más fuerte de todos los presentes. Parecía lo bastante fuerte para arrancar de cuajo un roble centenario. Aplicando toda su energía entre maldiciones, no consiguió mover la palanca un ápice más de lo que lo había logrado Bryce.

–Esa maldita cerradura debe de estar rota o doblada –dijo Copperfield, jadeante.

Harker gritó y gritó.

Bryce pensó en la panadería de los Liebermann. El rodillo sobre la mesa. Las manos. Las manos cortadas. Así gritaría un hombre al que estuvieran cortando las manos por las muñecas.

Copperfield descargó los puños contra la puerta, de rabia y frustración.

Bryce miró a Tal. Aquello era una novedad: Talbert Whitman estaba visiblemente asustado.

Jenny apareció por la puerta batiente llamando a Bryce. Traía tres destornilladores, cada uno de ellos envuelto en su caja de cartón y plástico de brillantes colores.

–No sabía de qué tamaño lo necesitabas –explicó.

–Está bien –dijo Bryce, asiendo las herramientas–. Ahora, sal de aquí en seguida. Vuelve con los demás.

Sin hacer caso de la orden, Jenny le entregó dos de los destornilladores, pero se quedó el tercero.

Los gritos de Harker se habían hecho tan espeluznantes, tan horripilantes, que ya no parecían humanos.

Mientras Bryce abría uno de los envoltorios, Jenny hizo pedazos el cartón amarillo del suyo y sacó la herramienta.

–Soy médico. Me quedo.

–Ese hombre no necesita la ayuda de un médico –dijo Bryce, abriendo frenéticamente el segundo envoltorio.

–Quizá no. Si tú pensaras que no había ninguna posibilidad, no estarías intentando sacarle de ahí.

–¡Maldita sea, Jenny!

Bryce estaba preocupado por ella, pero sabía que no conseguiría convencerla de que se alejara si ya había decidido quedarse.

Asió el tercer destornillador, empujó al general Copperfield para abrirse paso y se colocó junto a la puerta.

No podía quitar los pasadores de las bisagras. La puerta se abría hacia dentro, de modo que los goznes quedaban en la parte interior.

Pero la palanca de apertura iba sujeta a una gran caja metálica bajo la cual se encontraba el mecanismo de la cerradura. La caja estaba asegurada a la puerta mediante cuatro grandes tornillos. Bryce se acuclilló delante de ella, seleccionó el destornillador más adecuado y extrajo el primer tornillo, dejándolo caer al suelo.

Los gritos de Harker cesaron.

El silencio que siguió fue casi peor que los gritos.

Bryce sacó los tres tornillos restantes.

Seguía sin oírse el menor sonido procedente del sargento.

Cuando la caja quedó suelta, Bryce la deslizó a lo largo de la palanca hasta liberarla y la apartó a un lado. Estudió las entrañas de la cerradura y hurgó en el mecanismo con el destornillador. En respuesta, unos fragmentos rotos de metal saltaron de la cerradura; otras piezas cayeron por un espacio hueco del interior de la puerta. El mecanismo había sido destrozado desde dentro de ésta. Localizó la ranura de la apertura manual en el eje del pestillo, deslizó el destornillador por él y tiró hacia la derecha. El muelle parecía estar muy doblado o aplastado, porque apenas daba juego. Sin embargo, Bryce consiguió echar hacia atrás el pestillo lo suficiente para sacarlo del hueco del marco de la puerta; a continuación, la empujó. Se escuchó un chasquido y la gruesa hoja empezó a abrirse.

Todos, incluido Bryce, se echaron hacia atrás.

El propio peso de la puerta contribuyó lo necesario al impulso, haciendo que continuara abriéndose lentamente hacia el interior.

El soldado Pascalli cubría la abertura con su fusil, Bryce había desenfundado su revólver y Copperfield también empuñaba su arma, aunque el sargento Harker había demostrado sin dejar lugar a dudas que aquel armamento era perfectamente inútil.

La puerta terminó de abrirse.

Bryce esperaba que algo saltaría por sorpresa sobre ellos. Pero no fue así.

Al contemplar mejor el interior de la cámara frigorífica, observó que las compuertas del otro lado también estaban abiertas, contrariamente a cómo se encontraban cuando Harker había penetrado en ella, hacía un par de minutos. Más allá, se divisaba el callejón bañado por el sol.

Copperfield ordenó a Pascalli y Fodor que registraran la cámara. Los dos soldados entraron y se desviaron a izquierda y derecha, fuera de la vista de los demás.

Segundos después, Pascalli reapareció.

—Está todo limpio, señor.

Copperfield entró en la cámara, seguido por Bryce.

El fusil automático de Harker estaba en el suelo.

El sargento Harker estaba colgado entre las reses, suspendido de un enorme gancho para carne de dos puntas, afilado y siniestro, que le cruzaba el pecho.

Bryce sintió náuseas. Empezó a apartar la vista del cadáver colgado... y entonces se dio cuenta de que no se trataba realmente de Harker. Sólo era el traje y el casco de descontaminación del sargento, que permanecía allí colgado, vacío. El resistente tejido de vinilo estaba destrozado. La escafandra de plexiglás estaba rota y medio arrancada de la arandela de caucho en la que estaba firmemente sujeta. Harker estaba fuera del traje cuando éste había sido colgado del garfio.

Pero entonces, ¿dónde estaba Harker?

Desaparecido.

Otro más. Desvanecido en el aire.

Pascalli y Fodor estaban ahora en la plataforma de carga, mirando arriba y abajo del callejón.

–Todos esos gritos –comentó Jenny, avanzando al lado de Bryce–, pero no hay rastro de sangre en el suelo ni en el traje.

Tal Whitman recogió varios casquillos escupidos por el arma automática del sargento; puñados de ellos cubrían el suelo. Los casquillos brillaron en su mano abierta.

–Hay muchos casquillos, pero apenas veo balas. Parece que el sargento acertó a su blanco. Debió de hacer al menos cien disparos. Tal vez doscientos. ¿Cuántas balas caben en uno de esos cargadores grandes, general?

Copperfield contempló los relucientes casquillos pero no respondió.

Pascalli y Fodor regresaron del callejón y el primero informó:

–No hay rastro de él ahí fuera, señor. ¿Quiere que sigamos buscando por el callejón?

Antes de que Copperfield pudiera responder, Bryce intervino:

–General, por doloroso que le resulte, tiene que abandonar la búsqueda del sargento Harker. Está muerto. No tenga ninguna esperanza de lo contrario. Todo este asunto tiene que ver con la Muerte. La Muerte. Nada de toma de rehenes, de terrorismo o de gases nerviosos. No se trata de nada parecido. Aquí valen todas las suposiciones. No sé exactamente qué diablos hay ahí fuera o de dónde ha venido, pero sé que es la Muerte personificada. Ahí fuera está la Muerte en una forma que ni siquiera somos capaces de imaginar todavía, impulsada por algún propósito que tal vez nunca lleguemos a entender. El insecto que mató a Stu Wargle... no era el verdadero aspecto de esa cosa. Lo presiento. El insecto era como la reanimación del cadáver de Wargle cuando acosó a Lisa en el cuarto de aseo: era un poco de distracción... un juego de manos.

–Un fantasma –dijo Bryce–. Todavía no hemos encontrado a nuestro verdadero enemigo. Es algo que, sencillamente, se complace en matar. Puede hacerlo de manera rápida y silenciosa, como hizo con Jake Johnson. En cambio, a Harker le mató más despacio, haciéndole verdadero daño, haciéndole gritar. Lo hizo así porque quería que escucháramos sus gritos. La muerte de Harker fue, en cierto modo, lo que antes decía usted del T-139: un elemento desmoralizador. Esa cosa no se ha llevado al sargento Harker a ninguna parte. Ha acabado con él, general. Ha acabado con él. No arriesgue la vida de más hombres buscando un cadáver.

Copperfield permaneció unos instantes en silencio. Después, murmuró:

–Pero esa voz que oímos... Era Jake Johnson. Su hombre, comisario.

–No –respondió Bryce–. No creo que fuera realmente Jake. Tenía su voz, pero ahora empiezo a sospechar que estamos ante algo que imita las voces terriblemente bien.

–¿Imita? –repitió Copperfield.

Jenny miró a Bryce.

–Esos sonidos de animales por el teléfono...

–Sí. Los perros, gatos, pájaros y serpientes de cascabel, ese niño llorando... Era casi una actuación. Como si estuviera fanfarroneando: «¡Eh, mirad lo que puedo hacer! ¡Mirad lo listo que soy!». La voz de Jake Johnson sólo ha sido un personaje más de su repertorio.

–¿Adonde pretenden llegar? –quiso saber Copperfield–. ¿Están hablando de algo sobrenatural?

–No. Esto es real.

–Entonces, ¿qué es? Déle un nombre –exigió el general.

–¡No puedo, maldita sea! –replicó Bryce–. Quizá se trata de una mutación natural o incluso de algo salido de algún laboratorio de ingeniería genética. ¿Sabe usted algo al respecto, general? Quizá el ejército ha formado toda una condenada división de genetistas dedicada a crear máquinas de luchar biológicas, monstruos hechos por el hombre con el objetivo de matar y aterrorizar, criaturas compuestas a base de ADN de media docena de especies. Algo así como sacar parte de la estructura genética del cocodrilo, la cobra, la avispa, quizá incluso el oso pardo, y luego insertarle los genes de la inteligencia humana para acabarlo de redondear. Se pone todo esto en un tubo de ensayo, se incuba, se alimenta... ¿Qué saldría? ¿Qué aspecto tendría una criatura así? ¿Suena lo que digo a los desvaríos de un loco? ¿A un Frankenstein con un toque moderno? ¿Habrán llegado hasta ese punto en las investigaciones con el ADN recombinante? Tal vez ni siquiera debería de haber descartado lo sobrenatural. Lo que intento decirle, general, es que podríamos estar ante cualquier cosa. Por eso no puedo darle un nombre. Deje volar la imaginación, general. Por muy espantoso que sea lo que imagina, no estamos en condiciones de descartarlo. Estamos tratando con lo desconocido, y lo desconocido abarca todas nuestras pesadillas.

Copperfield le miró y observó de nuevo el traje y el casco del sargento Harker que colgaban del gancho para la carne. Por último, se volvió hacia Pascalli y Fodor.

–No buscaremos en el callejón. Probablemente el comisario tiene razón. El sargento Harker está perdido y no podemos hacer nada por él.

Por cuarta vez desde la llegada de Copperfield al pueblo, Bryce le preguntó:

–¿Aún sigue pensando que esto parece un simple incidente de guerra química o bacteriológica?

–Quizá podrían estar implicados agentes químicos o bacteriológicos, en efecto –dijo Copperfield–. Como usted ha subrayado, no podemos descartar nada. Sin embargo, no estamos ante un caso sencillo. En esto le doy la razón, comisario. Lamento haber sugerido que todos ustedes sólo estaban alucinando...

–Disculpas aceptadas –le cortó Bryce.

–¿Alguna teoría? –preguntó Jenny.

–Bien –dijo Copperfield–, quiero empezar la primera autopsia y los tests patológicos inmediatamente. Quizá no encontremos una enfermedad o un gas nervioso, pero todavía podemos encontrar algo que nos dé una clave.

–Será mejor que lo haga de prisa, general –comentó Tal–. Porque tengo el presentimiento de que se está agotando el tiempo.

## Preguntas

El cabo Billy Velázquez, uno de los integrantes de las tropas de apoyo del general Copperfield, se introdujo por la boca de acceso a las alcantarillas. Aunque apenas había tenido que esforzarse, jadeaba al respirar. Porque estaba asustado.

¿Qué le había sucedido al sargento Harker?

Los demás habían vuelto con aspecto desconcertado. El viejo Copperfield decía que Harker estaba muerto. Y que no estaban muy seguros de qué había matado al sargento, pero que se proponían descubrirlo. ¿Qué significaba todo aquello? Seguro que sabían qué le había matado. Sólo que no querían decirlo. Era una actitud típica de todos los que lucían estrellas: de cualquier cosa hacían un secreto.

La escalerilla descendía un corto tramo en vertical hasta el conducto principal, horizontal. Billy llegó al fondo y sus botas hicieron un ruido potente y seco al posarse en el suelo de cemento.

El túnel no tenía la altura suficiente para permitirle caminar erguido. Se agachó un poco e iluminó el conducto con su linterna.

Unas paredes de cemento gris. Las conducciones de las compañías eléctrica y telefónica. Un poco de humedad, algunos hongos aquí y allá. Nada más.

Billy se apartó de la escalerilla mientras Ron Peake, otro miembro de las tropas de apoyo, seguía sus pasos.

¿Por qué no habían traído consigo, por lo menos, el cuerpo de Harker al regresar del supermercado?

Billy continuó moviendo la linterna a un lado y otro mientras miraba detrás de él con aire nervioso.

¿Por qué había insistido tanto aquel viejo Cooperfield en que tuvieran cuidado y estuvieran alerta allí abajo?

—¿De qué se supone que debemos tener miedo? —le había preguntado Billy.

—De cualquier cosa. De cualquier —había insistió Copperfield—. No sé con exactitud si hay o no peligro. Y, aunque lo haya, no sé exactamente qué decirles que busquen. Tengan muchísimo cuidado. Y si algo se mueve ahí abajo, por inocente que sea su aspecto, aunque sólo sea un ratón, muevan el culo y salgan de ahí inmediatamente.

¿Qué diablos de respuesta era aquélla?

¡Jesús!

Estaba helado de miedo.

Billy deseó haber tenido ocasión de hablar con Pascalli o Fodor. Ésos no llevaban galones ni esas malditas estrellas. Seguro que le habrían contado con todo detalle lo sucedido con Harker... si hubiese tenido la oportunidad de preguntárselo.

Ron Peake alcanzó el fondo de la escalerilla y se volvió hacia Billy con una mirada nerviosa.

Velázquez movió su linterna barriendo con su haz de luz cada rincón para mostrarle a su compañero que no había nada de qué preocuparse.

Ron conectó también su linterna y sonrió con cierta timidez, como avergonzado de estar tan inquieto.

Los hombres de arriba empezaron a pasar un cable eléctrico por la boca de acceso abierta. El cable conducía hasta los dos laboratorios móviles, que estaban aparcados a unos metros de la entrada a la alcantarilla.

Ron tomó el extremo del cable y Billy, avanzando un poco encogido, abrió la marcha hacia el este. Arriba, en la calle, los demás hombres continuaron introduciendo cable por la abertura.

Aquel túnel debía cruzarse con otro del mismo tamaño o aún mayor que corría por debajo de la calle principal, Skyline Road. En la intersección de ambos, tenía que haber una caja de empalme de la compañía de electricidad en la que convergían varios ramales de la red eléctrica del pueblo. Mientras avanzaba con toda la cautela que Copperfield había recomendado, Billy barría los muros del túnel con el haz de luz de la linterna asegurándose de que nada acechaba en el conducto, al tiempo que buscaba el anagrama de la compañía.

La caja de empalme estaba a la izquierda, a un par de metros de la encrucijada de los dos conductos. Billy se adelantó ese par de metros hasta la boca del túnel de Skyline Road, se asomó a éste y apuntó la linterna a izquierda y derecha, comprobando que no había nadie acechando. El túnel bajo Skyline Road tenía las mismas medidas que el primero, pero seguía la pendiente de la calle bajo la cual corría, descendiendo por la ladera de la montaña. No se distinguía nada.

Cuando Billy Velázquez miró hacia abajo, hacia la menguante abertura gris del túnel, recordó el relato que había leído años, atrás en un cómic de horror. Había olvidado el título. La historia era sobre un ladrón de bancos que mataba a dos personas durante el atraco y luego, huyendo de la policía, se colaba en el sistema de alcantarillado de la ciudad. El criminal tomaba un túnel cuesta abajo pensando que le conduciría al río, pero en cambio, donde le llevaba era al Infierno. Aquél era el aspecto del conducto de Skyline Road al perderse en las profundidades: un auténtico camino al Infierno.

Billy se volvió para mirar en la dirección contraria con la esperanza de que el otro lado pareciera un sendero al Cielo. Sin embargo, su aspecto era el mismo en ambas direcciones. Hacia arriba o hacia abajo, siempre parecía el camino al Infierno.

¿Qué le había sucedido al sargento Harker?

¿Le sucedería lo mismo a todos los demás, tarde o temprano?

¿Incluso a William Luis Velázquez, que siempre (hasta ese momento) había estado convencido de que viviría eternamente?

De pronto, notó la boca seca.

Movió la cabeza en el interior del traje y llevó sus labios sedientos a la tetilla del tubo de alimentación. Chupó por ella y fluyó a su boca un líquido dulce, frío, rico en

vitaminas, minerales e hidratos de carbono. Lo que realmente deseaba era una cerveza pero, hasta que pudiera salir del traje, el líquido con nutrientes era lo único que tenía al alcance. Llevaba consigo un suministro para cuarenta y ocho horas, siempre que no bebiera más de un cuarto de litro por hora.

Billy dio la espalda al camino del Infierno y volvió junto a la caja de empalme. Ron Peake ya estaba manos a la obra. Con movimientos eficientes pese a los abultados trajes anticontaminación y a la estrechez del conducto, los dos hombres se dedicaron a su trabajo en el tablero de conexiones eléctricas.

La unidad de Copperfield había traído su propio generador, pero sólo se pondría en marcha si fallaba el servicio de la red general.

Velázquez y Peake terminaron en unos minutos. Billy utilizó la radio de su traje para llamar a la superficie.

–General, hemos hecho la conexión. Ahora deberían tener energía, señor.

La respuesta llegó al instante.

–La tenemos. Y ahora, ¡salgan de ahí abajo a paso ligero!

–Sí, señor –dijo Billy.

Entonces oyó... algo.

Unos crujidos.

Unos jadeos.

Y Ron Peake agarró del hombro a Billy. Señalaba a su espalda, hacia el túnel de Skyline Road.

Billy se volvió, se agachó todavía más y dirigió la luz de la linterna hacia la intersección, donde ya enfocaba la de Peake.

Por el conducto de Skyline Road bajaban animales. Decenas y decenas de animales. Perros. Blancos, grises, negros, marrones, rojizos y dorados, perros de todos los tamaños y razas: la mayoría de ellos, mestizos, pero también sabuesos, caniches, perros de aguas de gran talla, pastores alemanes, spaniels, dos grandes daneses, un par de fox-terriers, un schnauzer, otro par de dobermans negros como el azabache con el hocico moteado de marrón. Y también había gatos. Grandes y pequeños. Gatos delgados y gordos. Negros, pintados, blancos, amarillos y con la cola anillada, y gatos pardos y manchados y a rayas y grises. Ninguno de los perros ladraba o gruñía. Ninguno de los gatos maullaba o bufaba. Los únicos sonidos eran los jadeos y el leve roce de sus patas sobre el cemento. Los animales pasaron túnel abajo con una curiosa concentración, todos ellos mirando directamente hacia adelante, sin dirigir la menor mirada a la intersección de los conductos, donde Billy y Ron Peake observaban, asombrados.

–¿Qué están haciendo aquí? –quiso saber Billy–. ¿Cómo han llegado?

Desde la calle, la voz de Copperfield se escuchó por la radio:

–¿Qué sucede? ¿Velázquez?

Billy estaba tan sorprendido ante la procesión de animales que no respondió inmediatamente.

Empezaron a aparecer otros animales mezclados con los perros y gatos. Ardillas. Conejos. Un zorro gris. Mapaches. Más zorros y más ardillas. Mofetas.



Todos ellos miraban fijo al frente, sin más estímulo que la necesidad de continuar avanzando. Zarigüeyas y tejones. Ratones y ardillas listadas. Coyotes. Todos corriendo por el camino del infierno abajo, apretándose unos contra otros, saltando, pero sin tropezar nunca, titubear o agredirse entre ellos. Aquel extraño desfile era tan rápido, continuo y armonioso como una corriente de agua.

–¡Velázquez! ¡Peake! ¡Informen!

–Son animales –dijo Billy al general–. Perros, gatos, mapaches, de todas las especies. Todo un río de animales.

–Señor –añadió Peake–, bajan corriendo por el túnel de Skyline Road, justo delante de la abertura de nuestro conducto.

–Por el subterráneo –insistió Billy, confuso–. Es de locos.

–¡Retrocedan, maldita sea! –ordenó Copperfield con un tono de urgencia en la voz–. Salgan de ahí en seguida. ¡En seguida!

Billy recordó el aviso del general cuando se disponían a descender por la boca de acceso de la calle: «Y si algo se mueve ahí abajo, aunque sólo sea un ratón, muevan el culo y salgan de ahí rápidamente».

Al principio, el desfile de animales había resultado sorprendente pero no especialmente atemorizador. Ahora, la extraña procesión se hacía de pronto tétrica, casi amenazadora.

De repente había también serpientes entre los animales. Serpientes a puñados. Largas culebras negras que reptaban rápidamente, con la cabeza a un par de palmos por encima del suelo del desagüe. Y también había serpientes de cascabel, con sus cabezas planas y malévolas más agachadas que las de sus primas, las culebras, pero avanzando con la misma rapidez y la misma sinuosidad, apresurándose con misteriosa determinación hacia un destino oscuro e igualmente misterioso.

Aunque los reptiles no prestaron más atención a Velázquez y a Peake de lo que lo habían hecho los perros y los gatos, su llegada bastó para sacar a Billy de su trance. El cabo odiaba las serpientes. Dio media vuelta por donde había venido y achuchó a Peake.

–Vamos, vamos, vamos. Salgamos de aquí. ¡Corre!

Algo chilló–gritó–rugió.

El corazón le latió a Billy en el pecho con la ferocidad de un martillo neumático.

El sonido procedía del túnel de Skyline Road, de aquel camino del Infierno. Billy no se atrevió a mirar atrás.

No era un grito humano ni el sonido de ningún animal, pero era incuestionablemente la voz de un ser vivo. No había confusión posible en las descarnadas emociones de aquella exclamación extraña que helaba la sangre. No era un grito de miedo ni de dolor. Era un estallido de rabia, odio y febril sed de sangre.

Por fortuna, el malévolos rugido no provenía de las proximidades sino de montaña arriba, cerca del extremo superior del conducto de Skyline Road. La bestia –fuera lo que fuese– no estaba, por lo menos, encima de ellos. Pero se acercaba de prisa.

Ron Peake retrocedió apresuradamente hacia la escalerilla y Billy le siguió. Estorbados por los voluminosos trajes anticontaminación y por el suelo curvo del conducto, avanzaron arrastrando los pies y dando tumbos. Aunque no tenían que ir muy lejos, su avance resultaba enloquecedoramente lento.

La cosa del túnel volvió a gritar.

Más cerca.

Era un gemido, un rugido, un aullido, un gruñido y un chillido rencoroso, todo a la vez. Un sonido como un alambre de espino que perforaba los oídos de Billy y le atravesaba el corazón con frías espinas de metal puntiagudo.

Más cerca.

Si Billy Velázquez hubiera sido un nazareno temeroso de Dios o un cristiano fundamentalista pegado a su Biblia y acostumbrado a los sermones de fuego y azufre, habría sabido al instante qué bestia podía lanzar aquel grito. Si le hubieran enseñado que el Maligno y sus inicuos secuaces acechaban la Tierra en formas carnales a la busca de almas incautas que devorar, habría identificado inmediatamente a la bestia. Habría dicho: «Es Satán». El rugido que resonaba por los túneles de cemento, era, realmente, así de terrible.

Y estaba más cerca.

Se acercaba.

Se aproximaba muy de prisa.

Pero Billy era católico. El catolicismo moderno ha tendido a olvidar las historias de pozos infernales entre vapores de azufre para hacer hincapié en la gran bondad de Dios y su infinita misericordia. Los fundamentalistas protestantes más extremistas ven la mano del Demonio en cualquier cosa, desde la programación de televisión hasta las novelas picantes o la invención del sujetador transparente, mientras que los católicos se muestran más sosegados, más relajados en este aspecto. La Iglesia de Roma ofrecía ahora al mundo cosas tales como monjas cantantes, bingos los miércoles por la tarde y sacerdotes todo dulzura. Por eso, Billy Velázquez, educado en el catolicismo, no asoció inmediatamente a fuerzas satánicas sobrenaturales el grito escalofriante de aquella criatura desconocida... ni siquiera a pesar de haber recordado de manera tan vivida la vieja historieta del camino al Infierno. Billy sólo sabía que la criatura que se aproximaba a ellos por las entrañas de la tierra era una cosa mala. Una cosa muy mala.

Y estaba cerca. Mucho más cerca.

Ron Peake alcanzó la escalerilla y empezó a subir. Se le escapó de las manos la linterna pero no se preocupó en regresar a por ella.

Peake subía demasiado despacio y Billy le gritó:

—¡Mueve el culo!

El grito de la bestia desconocida se había convertido en un tétrico alarido que llenaba el laberinto subterráneo de desagües como una verdadera inundación.

Peake estaba a mitad de la escalerilla.

Casi quedaba espacio para que Billy se colara debajo de él e iniciara la ascensión. Puso una mano en el escalón.

A Peake le resbaló un pie y cayó un peldaño.

Billy soltó una maldición y apartó la mano rápidamente.

El espectral aullido creció en intensidad.

Más cerca. Cada vez más cerca.

La linterna de Peake, caída en el suelo, apuntaba hacia el desagüe de Skyline Road pero Billy no se volvió en esa dirección. Sólo miraba hacia arriba, hacia la luz. Si miraba detrás de él y veía algo espantoso, las fuerzas le abandonarían y sería incapaz de moverse y aquello le atraparía... ¡Dios santo, le atraparía!

Peake reinició el ascenso. Esta vez, sus pies acertaron en los peldaños.

El desagüe de cemento transmitía unas poderosas vibraciones que Billy podía apreciar bajo la suela de las botas. Las vibraciones parecían proceder de unas pisadas poderosas, contundentes, pero rápidas como el rayo.

«¡No mires, no mires!»

Billy se agarró a los peldaños y subió todo lo de prisa que le permitía el avance de Ron Peake. Un peldaño. Dos. Tres.

Arriba, Peake pasó la boca de acceso y salió a la calle.

Al hacerlo, el resplandor de la luz otoñal bañó a Billy Velázquez; había algo en ella que le recordó la claridad que se filtraba por los rosetones de las iglesias... quizá porque representaba la esperanza.

Estaba en la mitad de la escalerilla.

«¡Voy a conseguirlo, voy a conseguirlo, finalmente voy a conseguirlo!», se dijo a sí mismo sin aliento.

Pero aquel chillido, aquel aullido... ¡Señor, era como estar en el centro de un ciclón!

Otro peldaño.

Y otro más.

El traje anticontaminación le pesaba como nunca lo había hecho. Una tonelada. Un traje como una armadura medieval. Que le empujaba hacia abajo. Ya estaba en el último tramo, justo bajo la calle. Miró con esperanza hacia la luz y hacia los rostros que asomaban por la abertura, y continuó subiendo.

Iba a conseguirlo.

Asomó la cabeza por la boca de acceso.

Alguien alargó la mano, ofreciéndole ayuda. Era el propio Copperfield.

Debajo de Billy, el grito cesó.

Subió un peldaño más, soltó una mano de su asidero, la alargó hacia el general...

... pero algo le agarró por las piernas antes de que pudiera asir la mano de Copperfield.

«¡No!»

Algo le agarró, arrancó sus pies de la escalerilla y le arrastró. Billy cayó gritando —extrañado, se escuchó a sí mismo llamando a su madre—, golpeándose el casco contra la pared del conducto y luego contra uno de los peldaños metálicos de la escalerilla, casi perdiendo el sentido, rozando con rodillas y codos contra el cemento,

tratando desesperadamente de asirse a un peldaño sin conseguirlo y derrumbándose finalmente en el poderoso abrazo de algo abominable que empezó a arrastrarle hacia el conducto de Skyline Road.

Billy se retorció, lanzó patadas y puñetazos... Nada dio resultado. Estaba firmemente sujeto y era arrastrado a las profundidades de la red de desagües.

Bajo la luz que entraba por la abertura, y luego bajo el foco de la linterna de Peake, que se apagaba rápidamente a lo lejos, Billy tuvo una breve visión de la criatura que le había atrapado. No vio mucho. Sólo unos fragmentos surgiendo de las sombras y desvaneciéndose en ellas al instante. Pero vio lo suficiente para que se le aflojaran los intestinos y la vejiga. Era parecido a un lagarto. Pero no un lagarto. Como un insecto. Pero no un insecto. Lanzaba siseos, maullidos y ladridos. Daba tirones del traje y lo desgarraba mientras huía con él. Tenía unas fauces como una caverna, llenas de dientes. Una doble hilera de púas afiladas como cuchillas. El ser tenía garras, era enorme y tenía unos ojos encarnados con pupilas alargadas, negras como el fondo de una tumba. Tenía escamas en lugar de piel, y dos cuernos que surgían de su frente sobre aquellos ojos maléficos, dos cuernos puntiagudos como dagas. Un hocico, más que una nariz; un hocico que rezumaba mucosidades. Una lengua bífida que entraba y salía, entraba y salía de entre aquellos colmillos letales. Y algo que parecía el aguijón de una avispa o tal vez unas pinzas.

La cosa arrastró a Billy Velázquez hacia el conducto bajo Skyline Road. El cabo tanteó el cemento buscando desesperadamente algo de lo cual asirse, pero sólo consiguió desgarrarse los guantes. Notó el fresco aire del subterráneo en las palmas de las manos y los dedos, y se dio cuenta de que tal vez estaba contaminándose; sin embargo, ésta era ahora la menor de sus preocupaciones.

La cosa le arrastró al martilleante corazón de la oscuridad. Se detuvo, manteniéndole asido con fuerza. Desgarró su traje y aplastó su casco contemplándole desde el otro lado de la escafandra de plexiglás. La cosa le trataba como si fuera un delicioso bocado bajo una cáscara.

A Billy apenas le quedaba un hálito de cordura pero luchó por mantenerse consciente de lo que sucedía, por intentar entenderlo. Al principio, le pareció que era una criatura prehistórica, algo perteneciente a millones de años, atrás que, de algún modo, había surgido por un agujero en el tiempo en los desagües de Snowfield. Pero aquello era una locura. Notó que le invadía una risa aguda, argentina, desquiciada, y supo que estaría perdido si dejaba que su boca la emitiera. La criatura le arrancó la mayor parte del traje anticontaminación. Ahora estaba encima de él, apretando con fuerza. Una cosa fría, desagradable y viscosa que parecía latir y, de algún modo, cambiar al tocarle. Billy, entre sollozos y jadeos, recordó de pronto una ilustración de un viejo catecismo. Una imagen del Demonio. Éste era su aspecto. Igual que la ilustración. Sí, exactamente igual. Los cuernos. La lengua, oscura y bífida. Los ojos encendidos. Un demonio surgido del Infierno. Y, a continuación, Billy pensó: ¡No, no, es una locura! Y mientras estos pensamientos se apelotonaban en su mente, la ominosa criatura terminó de desnudarle y le arrancó casi por completo el casco. Bajo la absoluta oscuridad, el hombre notó el hocico introduciéndose entre las dos partes

del casco roto, acercándose a su rostro, olisqueándole. Notó la lengua bífida junto a su nariz y su boca. Percibió un olor indefinido y repulsivo, distinto a cualquiera que hubiese conocido. La criatura le apretó el vientre y los muslos y, de inmediato, Billy notó un fuego extraño, brutalmente doloroso, que le devoraba por dentro. Un fuego ácido. Se agitó, se retorció, luchó por desasirse... Todo ello, sin el menor éxito. Billy escuchó su propia voz gritando de terror, de dolor y de confusión: «¡Es el Diablo, es el Diablo!». Se dio cuenta de que había estado gritando y murmurando palabras casi continuamente desde el momento en que la cosa le había agarrado en la escalerilla. Ahora, incapaz de hablar mientras el fuego sin llamas le quemaba los pulmones y le alcanzaba la garganta, se puso a rezar una muda jaculatoria para liberarse del terror mortal y de la terrible sensación de pequeñez e insignificancia que se había adueñado de él: «Santa María, Madre de Dios, escucha mi súplica... Escucha mi súplica, Virgen Santa, y ruega por mí... Ruega por mí, Santa Madre de Dios, Virgen Santísima, intercede por mí y...».

Su pregunta había tenido respuesta.

Ahora, Billy sabía qué le había sucedido al sargento Harker.

Galen Copperfield era un amante del aire libre y tenía grandes conocimientos sobre la vida salvaje en América del Norte. Una de las criaturas que encontraba más interesante era la araña de la trampa. Se trataba de una hábil constructora que realizaba un nido en el suelo, profundo y tubular, con una tapa que se abría hacia dentro. Esta tapa quedaba tan perfectamente camuflada en el terreno que otros insectos se aventuraban sobre ella sin advertir el peligro hasta caer de pronto al nido, donde eran inmovilizados y devorados. La rapidez de la captura producía, a la vez, horror y fascinación. En un instante, el insecto estaba allí, sobre la trampa, y en el instante siguiente había desaparecido, como si nunca hubiera estado allí.

La desesperación del cabo Velázquez había sido tan repentina como si hubiera pisado la trampa de una de aquellas arañas.

Se había esfumado.

Los hombres de Copperfield ya estaban nerviosos por la desaparición del sargento Harker y atemorizados por el aullido dantesco que había cesado justo antes de que Velázquez fuera arrastrado a las entrañas del pozo. En el instante en que esto sucedió, todos habían retrocedido instintivamente temiendo que algo estuviera a punto de saltar sobre ellos por la boca de acceso a los desagües.

Copperfield, que tenía extendida la mano hacia Velázquez cuando éste fue arrastrado hacia abajo, saltó también hacia atrás. Luego, permaneció inmóvil, indeciso. Aquello era impropio de él. Jamás se había mostrado indeciso en un momento crítico.

Velázquez estaba gritando por el sistema interno de comunicaciones.

Rompiendo el hielo que atenazaba sus articulaciones, Copperfield se acercó a la abertura y se asomó a ella. En el fondo del conducto vio brillar la linterna de Peake, pero no apreció nada más. Ni rastro de Velázquez.

Copperfield titubeó.

El cabo continuó gritando.

¿Debía enviar otros hombres tras el pobre desgraciado?

No. Habría sido una misión suicida. El general se acordó de Harker y se dijo que debía abandonar al cabo a su suerte.

Pero, Dios santo, sus gritos eran tremendos. No eran tan horribles como los de Harker, pues los de éste habían sido de insoportable agonía. Los alaridos del cabo reflejaban un terror mortal. No eran tan horribles, pero producían espanto. Copperfield no había escuchado nada igual en ningún campo de batalla.

Entre los gritos se escuchaban algunas palabras sueltas, pronunciadas entre explosivos jadeos. El cabo estaba haciendo un intento desesperado, balbuciente, de explicar a los de la superficie –y quizá a sí mismo– lo que estaba viendo.

«... lagarto...»

«... insecto...»

«... dragón...»

«... prehistórico...»

«... demonio...»

Y, finalmente, con una mezcla de dolor físico y angustia cósmica en la voz, el cabo gritó: «¡Es el Diablo, es el Diablo!».

Tras esto, los gritos fueron exactamente iguales a los de Harker. Por lo menos, esta vez no se prolongaron tanto.

Cuando sólo quedó el silencio, Copperfield colocó de nuevo en su sitio la tapa de la boca de acceso a la alcantarilla. Debido al cable eléctrico, la plancha metálica no podía cerrar del todo y quedó inclinada en uno de los lados, aunque cubriendo la mayor parte del hueco.

El general dejó dos hombres apostados en la acera, a tres metros de la boca de acceso, con órdenes de disparar a cualquier cosa que saliera de ella.

Dado que el arma no había sido de utilidad a Harker, Copperfield y algunos soldados recogieron lo necesario para confeccionar varios cócteles Molotov. Sacaron un par de cajas de vino de la licorería Brookhart's, en Vail Lane, vaciaron las botellas, colocaron dos dedos de pólvora en polvo en el fondo de cada una, las llenaron de gasolina e introdujeron un trapo empapado con ella por el cuello de cada una hasta que quedaron firmemente sujetos.

¿Lograría el fuego lo que las balas no habían podido?

¿Qué le había sucedido a Harker?

¿Qué le había sucedido a Velázquez?

¿Qué va a sucederme a mí?, se preguntó Copperfield.

El primero de los dos laboratorios móviles había costado más de tres millones de dólares y el departamento de Defensa había invertido bien su dinero.

El laboratorio era una maravilla de la miniaturización tecnológica. Por un lado, su ordenador –basado en un trío de microprocesadores Intel 432; 690.000 transistores comprimidos en sólo nueve chips de silicio– no ocupaba más espacio que un par de maletas, pero era un sistema muy sofisticado, capaz de complejos análisis médicos. De hecho, era un aparato más complejo, con una mayor capacidad lógica y de

memoria, que los que se podía encontrar en la mayoría de los principales laboratorios de patología de los hospitales universitarios.

En el remolque había gran cantidad de aparatos de diagnóstico, diseñados y colocados para un aprovechamiento máximo del espacio. Además de un par de terminales de acceso al ordenador colocados en una de las paredes, había diversos instrumentos y máquinas: una centrifugadora destinada a separar los principales componentes de la sangre, la orina y otras muestras de líquidos; un espectrógrafo; un microscopio electrónico con interpretación de imagen potenciada dotado de conexión a una de las pantallas del ordenador; una máquina compacta que congelaba instantáneamente muestras de sangre y tejidos para su almacenado y su utilización en diversos tests en los cuales la extracción de elementos se realizaba más fácilmente en materiales congelados, y otros muchos, muchísimos aparatos especializados.

Hacia la parte delantera del vehículo, detrás de la cabina de conducción, había una mesa para autopsias abatible que se sujetaba a la pared cuando no se utilizaba. En aquel momento, la mesa estaba desplegada y sobre su superficie de acero inoxidable yacía el cuerpo de Gary Wechlas: varón. 37 años, caucásico. El pantalón de pijama azul le había sido retirado al cadáver para un posterior examen.

El doctor Seth Goldstein, uno de los tres principales especialistas en medicina forense de la Costa Oeste, realizaría la autopsia. Se colocó a un lado de la mesa con el doctor Daryl Roberts y el general Copperfield se situó al otro lado, frente a ellos y con el cadáver de por medio.

Goldstein pulsó un botón del panel situado en la pared a su derecha y puso en marcha la cinta que permitiría grabar cada palabra que se pronunciara durante la intervención, según el procedimiento habitual en todo examen *post mortem*. También se estaba efectuando una grabación en imágenes: dos cámaras de vídeo montadas en el techo enfocaban el cadáver, activadas por el mismo interruptor que había pulsado el doctor Goldstein.

Goldstein empezó con un examen detenido y una descripción del estado del cadáver: su inusual expresión, el amoratamiento general, la curiosa hinchazón. Buscaba especialmente pinchazos, abrasiones, contusiones localizadas, cortes, lesiones, ampollas, fracturas y otros indicios de puntos específicos de lesiones, pero no pudo encontrar ninguno.

Con la mano enguantada sobre la bandeja del instrumental, Goldstein titubeó, no muy seguro de por dónde empezar. Por lo general, al iniciar una autopsia, él tenía ya una idea bastante ajustada de la causa de la muerte. Cuando el fallecido había sido víctima de alguna enfermedad, Goldstein solía haber repasado con anterioridad el informe clínico. Si la muerte había sido causada por un accidente, presentaba traumatismos visibles. Si se había producido a manos de otra persona, mostraba signos de violencia. Sin embargo, en este caso, el estado del cadáver provocaba más interrogantes de los que resolvía; unos interrogantes distintos a todos los que se le habían planteado en su carrera como forense.

Como si adivinara los pensamientos de Goldstein, Copperfield comentó:

–Tiene que encontrar usted algunas respuestas, doctor. Es probable que nuestras vidas dependan de ello.

El segundo remolque tenía muchos instrumentos y aparatos de diagnóstico idénticos a los del primer vehículo –una centrifugadora de tubos de ensayo, un microscopio electrónico, etc–, además de otras máquinas que no estaban duplicadas en el otro remolque. En cambio, carecía de mesa de autopsias y sólo tenía un sistema de grabación en vídeo. Por contra, poseía tres terminales de ordenador en lugar de dos.

El doctor Enrico Valdez estaba sentado ante uno de los tableros de programación, en un mullido sillón diseñado para dar acomodo a un hombre con el traje anticontaminación completo, incluida la mochila con el oxígeno. El doctor estaba trabajando con Houk y Niven en los análisis químicos de las muestras de diversas sustancias recogidas de diferentes tiendas y viviendas de Skyline Road y Vail Lane, como la harina y la masa que habían tomado del aparador de la panadería de los Liebermann. El equipo buscaba rastros de condensación de gas nervioso u otras sustancias químicas. Hasta el momento, no habían encontrado nada fuera de lo corriente.

El doctor Valdez no creía que el responsable de la situación fuera el gas nervioso o alguna enfermedad.

Estaba empezando a preguntarse si todo aquel asunto no competiría, en realidad, a la especialidad de Isley y Arkham. Estos dos hombres, que llevaban los trajes anticontaminación sin rótulo identificador, ni siquiera eran miembros de la Unidad de Defensa Civil. Pertenecían a otra sección totalmente distinta. Esa misma mañana, antes del alba, cuando los dos hombres le habían sido presentados en el punto de cita del grupo en Sacramento, el doctor Valdez casi había soltado una carcajada al ser informado del tipo de investigaciones al que se dedicaban. Entonces había considerado tales investigaciones un despilfarro del dinero de los contribuyentes, pero ahora no estaba tan seguro. Ahora se preguntaba si...

Y, junto a la duda, le asaltó la preocupación.

La doctora Sara Yamaguchi también estaba en el segundo remolque.

Se hallaba preparando unos cultivos de bacterias. Empleando una muestra de sangre extraída del cuerpo de Gary Wechlas, se dedicaba a contaminar sistemáticamente una serie de medios de cultivo, compuestos gelatinosos a base de nutrientes en los cuales solían reproducirse las bacterias: agar de sangre de equino, agar de sangre de ovino, simplex, agar de chocolate y muchos otros.

Sara Yamaguchi era una genetista y había pasado varios años, investigando con ADN recombinante. Si resultaba que Snowfield había sido arrasado por un microorganismo elaborado por el hombre, el trabajo de Sara resultaría crucial para la investigación. Ella dirigiría el estudio de la morfología del microbio y, cuando lo



hubiera terminado, tendría un papel muy importante en los esfuerzos por determinar el modo de actuar del microorganismo.

Igual que el doctor Valdez, Sara Yamaguchi había empezado a preguntarse si Isley y Arkham no resultarían más importantes para la investigación de lo que había pensado en un principio. La pasada madrugada, la especialidad de los dos hombres le había parecido tan exótica como el vudú. Ahora, en cambio, a la luz de lo que había sucedido en Snowfield desde su llegada al pueblo, se veía obligada a admitir que la presencia de Isley y Arkham cada vez parecía más pertinente.

Y, como el doctor Valdez, Sara Yamaguchi también se sentía preocupada.

El doctor Wilson Bettenby, jefe de la rama científica civil del equipo de la Costa Oeste de la Unidad de Defensa AQB, estaba sentado ante un terminal de ordenador a dos sillas de distancia del doctor Valdez.

Bettenby estaba ejecutando un programa automatizado de análisis con varias muestras de agua. Las muestras se colocaban en un procesador que destilaba el agua, almacenaba los productos de destilación y sometía éstos a un análisis espectrográfico y a otras pruebas. Bettenby no buscaba microorganismos, pues esto exigía otros métodos. Su programa sólo identificaba y cuantificaba los elementos minerales y químicos presentes en el agua. Los datos aparecían reflejados en la pantalla.

Todas las muestras de agua, salvo una, habían sido tomadas de los grifos de cocinas y baños en casas y comercios de Vail Lane, y demostraron estar libres de impurezas químicas peligrosas.

La otra muestra de agua era la que el agente Autry había recogido en el suelo de la cocina de la casa de Vail Lane, durante la noche anterior. Según el comisario Hammond, en varias de las viviendas habían descubierto charcos de agua y alfombras empapadas. Por la mañana, sin embargo, el agua se había evaporado ya casi por completo, salvo un par de moquetas húmedas de las cuales Bettenby no había podido sacar una muestra en condiciones. El doctor colocó la muestra del agente en el procesador.

En escasos minutos, el ordenador ofreció en la pantalla el análisis químico y mineralógico del agua y de los residuos que dejaba la destilación:

	% De Solución	% De Residuo		% De Solución	% De Residuo
H	11,19	00,00	HE	00,00	00,00
LI	00,00	00,00	BE	00,00	00,00
B	00,00	00,00	C	00,00	00,00
N	00,00	00,00	O	88,81	00,00
NA	00,00	00,00	MG	00,00	00,00
P	00,00	00,00	SI	00,00	00,00
CL	00,00	00,00	K	00,00	00,00

El ordenador continuó mostrando datos durante varios minutos, reflejando los resultados de las sustancias que en condiciones normales podían detectarse. En su estado original, la muestra de agua no contenía el menor rastro de otros elementos que no fueran sus componentes esenciales, hidrógeno y oxígeno. La destilación y filtración completas realizada por la máquina no había dejado ningún residuo, ni siquiera micro elementos. Aquella muestra no podía proceder del suministro de agua del pueblo, pues no contenía cloro ni flúor. Tampoco era agua embotellada corriente, pues ésta debería haber presentado un contenido de minerales normal. Quizá hubiera algún sistema de filtración bajo el fregadero de la cocina de la casa –una unidad Culligan– pero, aunque así fuera, el agua que pasara por ella seguiría presentando un contenido en minerales superior a aquello. Lo que Autry había recogido era agua destilada y filtrada con la máxima pureza que podía conseguirse en un laboratorio.

Entonces... ¿qué estaba haciendo aquello en el suelo de una cocina?

Bettenby contempló la pantalla del ordenador y frunció el ceño.

¿Estaría compuesto también de aquel agua ultra pura el charco que habían visto en la licorería Brookhart's?

¿Para qué andaría alguien por el pueblo derramando litros y litros de agua destilada?

Y, para empezar, ¿dónde podría nadie encontrarla en tal cantidad?

Era muy extraño.

Jenny, Bryce y Lisa estaban en torno a una mesa en un rincón del comedor del Hilltop Inn.

El comandante Isley y el capitán Arkham, que llevaban los trajes anticontaminación sin sus apellidos en los cascos, estaban sentados en dos taburetes al otro lado de la mesa. Acababan de comunicar a los reunidos lo sucedido con el cabo Velázquez y procedieron a colocar una grabadora en el centro de la mesa.

–Sigo sin entender por qué no pueden esperar –protestó Bryce.

–No tardaremos mucho –respondió el comandante Isley.

–Tengo preparado un equipo de investigación –insistió Bryce–. Tenemos que recorrer cada edificio del pueblo, hacer un recuento de los cuerpos y determinar cuántos vecinos están muertos y cuántos han desaparecido, además de buscar alguna clave de qué ha matado a esa gente. Nos esperan varios días de trabajo, sobre todo teniendo en cuenta que no podemos continuar las pesquisas a partir del crepúsculo. No estoy dispuesto a que mis hombres rondan por ahí en plena noche, cuando la electricidad puede cortarse en cualquier momento. Desde luego que no estoy dispuesto.

Jenny recordó el rostro devorado de Wargle. Las cuencas de los ojos vacías.

–Sólo unas preguntas –dijo el comandante Isley.

Arkham puso en marcha la grabadora.

Lisa miraba al comandante y al capitán con expresión adusta.

Jenny se preguntó qué estaría rondando en la mente de su hermana.

–Empezaremos por usted, comandante –dijo Isley–. ¿Durante las cuarenta y ocho horas anteriores a estos acontecimientos, recibió su comisaría informes de cortes de electricidad o interrupciones del servicio telefónico?

–Si hubiera problemas de esta índole –respondió Bryce–, la gente llamaría normalmente a la compañía suministradora, no al comisario.

–Sí, pero ¿no le llamarían a usted las compañías? ¿No aumentan las actividades delictivas cuando se produce un corte de energía?

–Desde luego –asintió Bryce–. Y, por lo que puedo recordar, no recibimos ninguna alerta de este tipo.

–¿Han notado perturbaciones en la recepción de la señal de radio o televisión en esta zona? –intervino el capitán Arkham.

–No tengo noticia de ello.

–¿Alguna denuncia de explosiones inexplicables?

–¿Explosiones?

–Sí –insistió Isley–. Explosiones o estallidos de sonido o ruidos inusualmente elevados y de procedencia desconocida.

–No, nada de eso.

Jenny se preguntó adonde diablos querían llegar los dos hombres.

Isley titubeó y dijo:

–¿Algún informe sobre el vuelo de aviones inhabituales en las cercanías?

–No.

–Ustedes no forman parte del equipo general Copperfield, ¿verdad? –intervino Lisa–. Por eso no llevan el apellido en los cascos.

–Y los trajes anticontaminación no les quedan tan ajustados como a los demás. Los de ellos son hechos a medida, mientras que los de ustedes están sacados del ropero –dijo Bryce.

–Muy observador –comentó Isley.

–Si no pertenecen a la Unidad de Defensa Civil –continuó Jenny–, ¿qué diablos hacen aquí?

–De entrada, no queríamos sacar el tema a colación –explicó Isley–. Pensábamos que quizá obtendríamos respuestas más claras de ustedes si no conocían previamente lo que estábamos buscando.

–No pertenecemos al cuerpo de Sanidad del Ejército –añadió Arkham–. Somos miembros de las Fuerzas Aéreas.

–Proyecto «Vigías del Cielo» –dijo Isley–. No somos exactamente una organización secreta, pero... digamos que no nos interesa la publicidad.

–¿«Vigías del Cielo»? –dijo Lisa, al tiempo que se le iluminaban los ojos–. ¿Se refieren ustedes a los OVNI? ¿Es eso? ¿Platillos volantes?

Jenny vio que Isley fruncía el ceño al escuchar la expresión «platillos volantes».

–No piensen que nos dedicamos a investigar cada testimonio que dice haber tenido un encuentro con unos hombrecillos verdes de Marte. Para empezar, no

tenemos los fondos para hacerlo. Nuestra tarea es planificar los aspectos científicos, sociales y militares del primer encuentro de la humanidad con una inteligencia de otros mundos. En realidad, somos un grupo de analistas, más que otra cosa.

Bryce meneó la cabeza.

–Nadie de la zona ha informado sobre avistamientos de platillos volantes.

–Eso es precisamente a lo que se refiere el comandante Isley –intervino Arkham–. Verá comisario, nuestros estudios indican que el primer encuentro podría tener unas características tan extrañas que ni siquiera fuéramos capaces de reconocer ante qué nos encontrábamos. La idea popular de unas naves espaciales descendiendo del Cielo... Bien, podría no parecerse en nada a eso. Si nos encontráramos ante auténticos seres inteligentes de otro mundo, sus naves podrían ser tan distintas a nuestra concepción de las mismas que ni siquiera nos diéramos cuenta de su llegada.

»Y por esa razón investigamos los fenómenos extraños que no parecen relacionados con OVNI a primera vista –continuó Arkham–. Como la pasada primavera, en Vermont, donde había una casa en la que se registraba un *Poltergeist* tremendamente activo. Los muebles levitaban. Los platos volaban en la cocina hasta estrellarse contra las paredes. Surgían chorros de agua de unas paredes por las cuales no pasaban conducciones ni cañerías. Bolas de fuego se encendían en el aire...

–¿No se supone que el *Poltergeist* está causado por un fantasma? –preguntó Bryce–. ¿Qué relación puede haber entre los fantasmas y el tema que a ustedes les ocupa?

–Ninguno –respondió Isley–. No creemos en fantasmas, pero nos preguntábamos si los fenómenos de *Poltergeist* podían ser resultado de un intento fallido de comunicación entre especies. Si tuviéramos que comunicarnos con una raza alienígena que sólo estableciera contacto por telepatía, quizá la energía psíquica no recibida podría provocar fenómenos destructivos del tipo que a veces se atribuye a algún espíritu maligno.

–¿Y finalmente, qué decidieron respecto a ese *Poltergeist* de Vermont? –preguntó Jenny.

–¿Decidir? Nada –respondió Isley.

–Sólo que era... interesante –añadió Arkham.

Jenny miró a Lisa y vio que la muchacha tenía los ojos abiertos como platos. Aquello era algo que Lisa podía entender y aceptar. Aquél era un miedo para el cual estaba completamente preparada gracias a las películas, los libros y la televisión. Monstruos del espacio exterior. Invasores de otros mundos. Eso no hacía menos horribles las muertes de Snowfield pero, al menos, se trataba de una amenaza conocida, y esto la hacía infinitamente preferible a lo desconocido. Jenny tenía profundas dudas de que aquél fuera el primer encuentro de la humanidad con criaturas de las estrellas, pero Lisa parecía ansiosa por convencerse.

–¿Y qué hay de Snowfield? –preguntó la pequeña–. ¿Es eso lo que está sucediendo? ¿Ha aterrizado algo de... de ahí fuera?

Arkham se volvió hacia el comandante Isley con un gesto de incomodidad. Isley carraspeó. El sonido que transmitió el altavoz que llevaba al pecho resultó un chasquido mecánico.

–Todavía es muy pronto para hacer cualquier juicio al respecto. En efecto, consideramos que existe una pequeña posibilidad de que el primer contacto entre el hombre y un ser de otro mundo pueda conllevar el riesgo de una contaminación biológica. Por eso tenemos un acuerdo de intercambio de información con el equipo del doctor Copperfield. Un brote inexplicable de una enfermedad desconocida podría indicar un contacto no reconocido como tal con una presencia extraterrestre.

–Pero si realmente estamos ante un ser extraterrestre –dijo Bryce con evidentes dudas–, parece demasiado salvaje para poseer una inteligencia «superior».

–Lo mismo había pensado yo –añadió Jenny.

Isley enarcó las cejas.

–No tenemos ninguna garantía de que una criatura con una inteligencia superior debiera ser pacifista y bienintencionada.

–Efectivamente –asintió Arkham–. Está muy extendida la idea de que los seres extraterrestres deberían haber aprendido a vivir en completa armonía consigo mismos y con las demás especies. Como dice la vieja canción... no ha de ser necesariamente así. Después de todo, la humanidad está considerablemente más avanzada en el camino de la evolución que los gorilas pero, como especie, en sus momentos de máxima agresividad, es mucho más belicosa que los gorilas.

–Quizá un día encontraremos una raza de otro mundo con buenas intenciones que nos enseñe a vivir en paz –dijo Isley–. Quizá nos darán los conocimientos y la tecnología para resolver todos nuestros problemas terrestres e incluso nos enseñarán el camino de las estrellas. Tal vez.

–Pero no podemos descartar la alternativa contraria –añadió Arkham en un tétrico comentario.

## Londres, Inglaterra

Las siete de la mañana del lunes en Snowfield eran las siete de la tarde del mismo día en Londres.

El día, lluvioso y deprimente, había dado paso a una noche igualmente lluviosa y melancólica. Las gotas tamborileaban en la ventana de la minúscula cocina de la buhardilla de dos habitaciones que ocupaba Timothy Flyte.

El profesor estaba de pie ante una mesa, preparando un bocadillo. Después del espléndido desayuno con cava pagado por Burt Sandler, Timothy no se había sentido con hambre para almorzar y también había pasado por alto el té de las cinco.

Durante la jornada había recibido a dos alumnos. A uno de ellos le daba clases particulares de análisis de jeroglíficos y al otro, de latín. Saciado tras el desayuno, se había quedado casi dormido durante ambas lecciones. Una situación embarazosa aunque, por el poco dinero que le pagaban por las lecciones, los alumnos apenas podían quejarse si, por una vez, le vencía el sueño en mitad de una clase.

Mientras colocaba una loncha de jamón cocido y otra de queso suizo sobre el pan untado con mostaza, oyó sonar el teléfono en el vestíbulo de la casa de huéspedes. No pensó que fuera para él, pues acostumbraba a recibir pocas llamadas.

Sin embargo, segundos más tarde, llamaron a su puerta. Era el joven indio que ocupaba una habitación en la planta baja. Con su marcado acento, comunicó a Timothy que la llamada era para él. Y urgente.

—¿Urgente? ¿Quién es? —preguntó Timothy mientras seguía al joven escalera abajo—. ¿Le ha dado el nombre?

—Sandler —respondió el indio.

—¿Sandler? ¿Burt Sandler?

Durante el desayuno, habían llegado a un acuerdo para una nueva edición de *El antiguo enemigo*, reescrita de cabo a rabo para atraer al lector medio. Tras la publicación de la obra, diecisiete años antes, había recibido varias ofertas para popularizar sus teorías sobre desapariciones en masa históricas, pero se había resistido a la idea considerando que la edición de una versión popular de *El antiguo enemigo* sería dar argumentos a aquellos que le acusaban injustamente de sensacionalismo, fraude y codicia. Ahora, en cambio, los años, de pobreza le habían hecho más abierto a la idea. La aparición de Sandler en escena y su oferta de contrato había llegado en un momento en que las penurias económicas de Timothy, cada vez más acusadas, habían llegado a una situación límite. Realmente, era un milagro. Por la mañana, Sandler y él habían determinado un anticipo de quince mil dólares a cuenta de los derechos de autor. No era una fortuna, pero aquellas casi ocho mil

libras esterlinas eran más dinero del que Timothy había visto en mucho, muchísimo tiempo y, en el momento en que se hallaba, parecía una cantidad desorbitada.

Mientras bajaba la estrecha escalera hacia el vestíbulo, donde se hallaba el teléfono sobre una mesita y debajo de una reproducción barata de un cuadro mediocre, Timothy se preguntó si Sandler llamaría para echarse atrás del acuerdo.

El corazón del profesor empezó a latir con una fuerza casi dolorosa.

–Espero que no sea ningún problema –dijo el joven indio antes de entrar nuevamente en su habitación y cerrar la puerta.

Flyte levantó el auricular.

–¿Sí?

–¡Dios mío! ¿Ha leído usted el periódico de la tarde? –preguntó Sandler con una voz chillona, casi histérica.

Timothy se preguntó si su interlocutor estaría borracho. ¿Eso era lo que consideraba tan urgente?

Antes de que pudiera responder, Sandler continuó hablando:

–¡Creo que ha sucedido! ¡Cielo santo, doctor Flyte, creo que ha sucedido de verdad! Viene en el periódico de hoy. Y dan la noticia por la radio. Todavía no hay muchos detalles, pero tiene todo el aspecto de haber sucedido.

A la preocupación del profesor por el contrato del libro se unía ahora la irritación.

–Por favor, señor Sandler, ¿no podría ser más explícito?

–El antiguo enemigo, doctor Flyte. Uno de esos seres ha actuado de nuevo. Precisamente ayer. En un pueblo de California. Hay numerosos muertos y la mayoría de los vecinos ha desaparecido. Centenares de personas. Todo un pueblo. Borrado del mapa.

–Que Dios les proteja –musitó Flyte.

–Tengo un amigo en la oficina de Londres de la Associated Press y me ha leído los últimos datos recibidos –dijo Sandler–. Sé cosas que todavía no han aparecido en la prensa. Lo más importante es que la policía de California ha lanzado una orden de búsqueda a su nombre. Al parecer, una de las víctimas había leído su libro. Al producirse el ataque, se encerró en el baño. No le sirvió de mucho, pero tuvo tiempo suficiente para escribir su nombre y el título del libro en el espejo.

Timothy estaba sin habla. Había una silla junto al teléfono y, de pronto, tuvo necesidad de sentarse en ella.

–Las autoridades de California no tienen idea de qué ha sucedido.

Ni siquiera han averiguado que *El antiguo enemigo* es el título de un libro y, por tanto, desconocen cuál es el papel de usted en el asunto. Creen que se trata de un ataque con gases nerviosos, una acción de guerra biológica o incluso un contacto con extraterrestres. Sin embargo, el hombre que escribió su nombre en el espejo sabía a qué se refería. Y nosotros también. Le seguiré explicando el asunto en el coche.

–¿El coche? –repitió Timothy.

–¡Dios mío, espero que tendrá usted el pasaporte en regla!

–Hum...Sí.

–Llegaré en un taxi para acompañarle al aeropuerto. Quiero que viaje a California, doctor Flyte.

–Pero...

–Esta noche. Tiene un asiento reservado a su nombre en un vuelo que sale de Heathrow.

–Pero no puedo permitirme...

–El editor se hace cargo de todos los gastos, no se preocupe. Es preciso que vaya usted a Snowfield. No escribirá una mera versión popular de *El antiguo enemigo*. No señor. Lo que escribirá ahora será un relato humano perfectamente minucioso de los sucesos de Snowfield; todo el material sobre desapariciones en masa a lo largo de la historia, junto con su teoría del antiguo enemigo, servirán de apoyo a la nueva narración. ¿Se da cuenta? ¿No es un proyecto magnífico?

–Pero ¿será correcto por mi parte aparecer allí de improviso?

–¿A qué se refiere? –quiso saber Sandler.

–¿Será apropiado? –insistió Flyte, preocupado–. ¿No parecerá que estoy intentando sacar provecho material de una desgracia terrible?

–Escuche doctor Flyte, va a haber un centenar de charlatanes buscándose la vida en Snowfield, cada uno con un contrato para un libro en el bolsillo. Todos ellos van a lanzarse sobre el material que usted ha recopilado. Si no escribe usted ese libro, Flyte, cualquiera de ellos lo hará aprovechándose de su trabajo.

–Pero ha habido centenares de muertos –protestó Timothy, sintiéndose enfermo–. Centenares. El dolor, la tragedia...

Sandler estaba visiblemente impaciente ante las vacilaciones del profesor.

–Muy bien, pues. Tal vez tenga usted razón. Tal vez no me he detenido a pensar realmente en lo terrible de los hechos. ¡Es precisamente por ello que debe ser usted quien escriba el libro definitivo sobre el tema! Nadie puede igualar sus conocimientos sobre el asunto.

–Bien...

Aprovechando las vacilaciones de Timothy. Sandler se apresuró a añadir:

–Estupendo. Haga la maleta en seguida. Estaré ahí en media hora.

Sandler colgó y Timothy permaneció sentado unos instantes, con el auricular en las manos y escuchando el tono de marcar. Estaba anonadado.

La lluvia parecía de plata ante los faros del taxi. Las gotas formaban cortinas impulsadas por el viento, como miles de finas guirnaldas de brillantes adornos navideños. Sobre el pavimento, se reflejaba en charcos de mercurio.

El taxista era un conductor temerario que hacía derrapar el coche por las calles resbaladizas. Timothy se agarraba firmemente a la puerta con una mano. Evidentemente, Burt Sandler había prometido una espléndida propina al hombre si se daba prisa.

Sentado junto al profesor, Sandler continuó hablando:

–Al llegar a Nueva York tendrá que esperar un poco para el enlace, pero no será gran cosa. Uno de nuestros empleados le recibirá y le ayudará en los trámites. No alertaremos a los medios de comunicación de Nueva York. Reservaremos la



conferencia de prensa para San Francisco, de modo que deberá prepararse para hacer frente a un ejército de reporteros ansiosos de noticias cuando baje del avión en esa ciudad.

–¿No podría acercarme de incógnito a Santa Mira y presentarme allí a las autoridades? –preguntó Timothy con voz lastimera.

–¡No, no, no! –replicó Sandler, visiblemente horrorizado por la mera sugerencia–. Hemos de celebrar una rueda de prensa. Usted es el único que tiene la respuesta, doctor Flyte. Tenemos que hacer saber a todo el mundo que es usted al que buscan. Tenemos que empezar a caldear los ánimos para ese libro antes de que Norman Mailer deje aparcado su último estudio sobre Marilyn Monroe y se meta de cabeza en este asunto.

–Pero si todavía no he empezado a escribir...

–¡Dios santo, ya lo sé! Pero cuando la publiquemos, la demanda será fenomenal.

El taxi dobló una esquina. Las llantas chirriaron y Timothy se vio arrojado contra la portezuela del vehículo.

–Un relaciones públicas le recibirá al pie del avión en San Francisco y le prestará ayuda en la rueda de prensa –añadió Sandler–. De un modo u otro, ese hombre le hará llegar a Santa Mira. Es un trayecto largo, de modo que quizá lo haga en helicóptero.

–¿Helicóptero? –repitió Timothy, asombrado.

El taxi cruzó un profundo charco a toda velocidad, levantando una cortina plateada de agua.

El aeropuerto quedaba a la vista.

Burt Sandler había estado hablando sin cesar desde que Timothy entrara en el taxi. Ahora, añadió:

–Una cosa más. En la conferencia de prensa, cuénteles los casos que me refirió esta mañana sobre los mayas desaparecidos y los tres mil soldados chinos de infantería que se desvanecieron en el aire. Y procure hacer todas las referencias posibles a las desapariciones en masa acaecidas en los Estados Unidos... incluso anteriores a la fundación del país, hasta en eras geológicas remotas. Eso atraerá a la prensa nacional. Antecedentes locales, ¿entiende? Eso siempre ayuda. ¿No desapareció sin dejar rastro la primera colonia británica en tierras americanas?

–Sí, la colonia de Roanoke.

–No se olvide de citarla.

–Pero no puedo afirmar de forma concluyente que la desaparición de esa colonia guarde relación con el antiguo enemigo.

–¿Existe alguna posibilidad de que sea ésa la explicación?

Fascinado como siempre por el tema, Timothy fue capaz, por primera vez, de apartar su atención del pilotaje suicida del taxista.

–Bueno, cuando una expedición británica financiada por sir Walter Raleigh regresó a la colonia Roanoke en marzo de 1590, no encontraron a nadie. Ciento veinte

personas habían desaparecido sin dejar rastro. Se han propuesto innumerables teorías sobre la suerte que corrieron. Por ejemplo, la más extendida sostiene que los pobladores de la colonia fueron víctimas de un ataque de los indios croatones, que vivían en la zona. El único mensaje que dejaron los colonos fue el nombre de esa tribu grabado apresuradamente en la corteza de un árbol. Sin embargo, los indios aseguraron no saber nada de la desaparición. Además, era una tribu pacífica, que nunca dio la menor muestra de belicosidad. De hecho, ayudaron a establecerse a los colonos. Además, no se encontraron signos de violencia en la colonia. No se encontró nunca un solo cuerpo. Ningún hueso. Ninguna tumba. Así pues, incluso la teoría más aceptada deja abiertos más interrogantes de los que resuelve.

El taxi tomó otra curva y tuvo que frenar bruscamente para evitar la colisión con un camión.

Sin embargo, a estas alturas, Timothy apenas era consciente del temerario modo de conducir del taxista.

–Entonces –añadió–, me pasó por la cabeza que tal vez esa palabra grabada en el árbol por los colonos, ese «croatones», no hubiera sido escrita como testimonio acusador contra los indios. Leí los diarios personales de varios exploradores británicos que más tarde hablaron con miembros de la tribu sobre la desaparición de la colonia y hay indicios de que los indios tenían, de hecho, una vaga idea de lo que había sucedido. O creían tenerla. Sin embargo, cuando intentaron explicarla a los hombres blancos, éstos no les tomaron en serio. Los croatones informaron que, simultáneamente a la desaparición de los colonos, se produjo una gran disminución de la caza en los bosques y campos que ocupaba la tribu. Prácticamente todas las especies de animales salvajes habían visto drásticamente reducido su número. Un par de los exploradores más perspicaces anotaron en sus diarios que los indios hablaban del tema con un visible temor supersticioso. Y parecían tener una explicación religiosa para las desapariciones aunque, por desgracia, los hombres blancos que hablaron con ellos sobre los colonos perdidos no estaban interesados en las supersticiones indias y no profundizaron más en sus pesquisas por ese camino.

–Deduzco de sus palabras que usted ha investigado las creencias de los croatones, ¿no? –dijo Burt Sandler.

–En efecto –asintió Timothy–. No es un tema fácil, pues la tribu se extinguió hace mucho, muchísimo tiempo. Sin embargo, he descubierto que los croatones eran animistas. Creían que el espíritu permanecía en la Tierra y vagaba por ella incluso después de muerto el cuerpo, y creían también que había unos «espíritus superiores» que se manifestaban en los elementos: aire, tierra, fuego y agua. Pero lo más importante, por lo que a nosotros nos concierne, es que también creían en un espíritu del mal. origen de todo mal. Una especie de equivalente al Satán cristiano. He olvidado la palabra india exacta para denominarlo, pero su traducción aproximada es «El que puede ser cualquier cosa pero no es ninguna».

–¡Dios mío! –exclamó Sandler–. No es una mala descripción del antiguo enemigo.

–A veces, en las supersticiones se oculta alguna verdad. Los croatones creían que la caza y los colonos habían sido arrebatados por «El que puede ser cualquier cosa pero no es ninguna». Así pues... aunque no puedo afirmar tajantemente que el antiguo enemigo tuviera algo que ver en la desaparición de los integrantes de la colonia de Roanoke, me parece que el asunto contiene los indicios suficientes como para tomar en cuenta tal posibilidad.

–¡Fantástico! –exclamó Sandler–. Cuente todo eso en la conferencia de prensa en San Francisco. Expóngalo tal como acaba de explicármelo a mí. Exactamente.

El taxi se detuvo con un chirrido de las llantas frente a la terminal del aeropuerto.

Burt Sandler puso un puñado de billetes de cinco libras en la mano del taxista. Después, echó una ojeada al reloj.

–Ahora, doctor Flyte, suba usted a ese avión.

Desde su asiento de ventanilla, Timothy Flyte vio desaparecer las luces de la ciudad bajo las nubes de tormenta. El reactor ascendió como una saeta bajo la fina lluvia. Muy pronto, el aparato dejó atrás la capa de nubes y la tormenta. Ahora, el cielo aparecía totalmente despejado. La luz de la luna se reflejaba en la agitada masa nubosa y la noche en torno al avión contenía una luz tenue y espectral.

La señal de mantener puesto el cinturón de seguridad se apagó.

Flyte se desabrochó el suyo pero no logró tranquilizarse. Su mente estaba tan agitada como las nubes de tormenta que habían dejado atrás.

La azafata recorrió el pasillo ofreciendo bebidas y Flyte pidió un whisky.

Se sentía como un resorte a punto de saltar. De la noche a la mañana, su vida había cambiado radicalmente. En un solo día había tenido más emociones que en todo el año anterior.

La tensión que le atenazaba no le resultaba desagradable. Se sentía más que contento de haber dejado atrás su deprimente existencia y se estaba acoplando a aquella vida nueva y mejor con la misma rapidez con que se habría cambiado de ropa. Al hacer públicas de nuevo sus teorías, Flyte se exponía al ridículo y a levantar otra vez las viejas acusaciones y polémicas. Pero también había una posibilidad de que, al fin, pudiera demostrar la verdad de cuanto afirmaba.

Llegó su whisky y lo apuró de un trago. Pidió otro. Poco a poco, fue tranquilizándose.

En torno al avión, la noche no tenía fin.

## La huida

Desde la ventana cerrada por gruesos barrotes de su celda provisional en el depósito de detenidos, Fletcher Kale tenía una buena vista de la calle. Durante toda la mañana, había observado cómo iban congregándose periodistas. Debía de haber sucedido algo realmente gordo.

Varios de los otros detenidos estaban pasándose noticias de una celda a otra, pero ninguno de ellos tenía la menor intención de compartirlas con Kale.

Todos le odiaban. De vez en cuando, le retaban llamándole asesino de niños. Incluso entre rejas, existían las clases sociales y nadie estaba más bajo en la escala que los asesinos de criaturas.

Resultaba casi divertido. Incluso los ladrones de coches, los asaltantes callejeros, los rateros de pisos, los atracadores de bancos y los desfalcadores necesitaban sentirse moralmente superiores a alguien. Acosando e insultando a quien había hecho daño a un niño, de algún modo se sentían, en comparación, santos varones.

Estúpidos. Kale les despreciaba.

No le pidió a nadie que le pusiera al corriente. No les daría la satisfacción de excluirle explícitamente.

Se desperezó en el catre y se perdió una vez más en ensoñaciones sobre el espléndido destino que le esperaba: fama, poder, riqueza...

A las once y media, todavía estaba acostado en el catre cuando vinieron a buscarle para conducirlo al juzgado con una doble acusación de asesinato. El vigilante de las celdas abrió la puerta. Otro hombre, un agente de policía de pelo cano y de vientre prominente, entró en la celda y le puso las esposas a Kale.

—Hoy vamos escasos de personal —comentó a éste—. Me encargaré yo solo de llevarte, pero ni se te ocurra la tontería de pensar que tienes la menor posibilidad de escapar. Estás esposado, yo tengo un arma y nada me gustaría tanto como meterte un tiro en el maldito trasero.

Tanto el celador como el agente miraban a Kale con repugnancia.

Por fin, la posibilidad de pasar el resto de su vida en la cárcel empezó a hacerse real para el detenido. Kale, para su propia sorpresa, rompió a llorar cuando le sacaron de la celda.

Los demás ocupantes de las celdas le abuchearon, se burlaron de él y le lanzaron insultos. El policía empujó a Kale por las costillas.

—Muévete.

Kale se tambaleó por el corredor, apenas sosteniéndose sobre sus piernas. Pasó una verja de seguridad que se abrió ante la comitiva y salió a otro pasillo, fuera de la zona de celdas. El celador se quedó tras la verja, mientras el policía empujaba a Kale

hacia el ascensor; le empujaba con demasiada fuerza y con excesiva frecuencia, incluso cuando no era necesario. Kale notó que la autocompasión dejaba paso a la cólera.

En el pequeño ascensor, que descendía lentamente, se dio cuenta de que el policía ya no consideraba a su prisionero como una amenaza. El agente estaba disgustado, impaciente y embarazado por el derrumbamiento emocional de Kale.

Cuando las puertas se abrieron, también en Kale se había producido un profundo cambio. Todavía sollozaba en silencio, pero sus lágrimas ya no eran auténticas y su temblor era más de excitación que de desesperación.

Pasaron ante otro puesto de control. El policía presentó una serie de documentos a otro celador, que le llamó Joe. El celador miró a Kale con manifiesto desdén. Kale apartó el rostro como si estuviera avergonzado de sí mismo. Y continuó sollozando.

A continuación, Kale y Joe se encontraron al aire libre, cruzando un gran aparcamiento hacia una hilera de coches patrulla blancos y verdes alineados ante una valla de alambre. El día era cálido y soleado.

Kale continuó sus lamentos y simuló que seguían fallándole las piernas, como si fueran de goma. Mantuvo los hombros hundidos y la cabeza gacha, avanzando con indiferencia, como lo haría un hombre abatido, roto.

El policía y Kale eran las únicas personas en el aparcamiento. El lugar estaba desierto. Perfecto.

Durante todo el trayecto hasta el coche, Kale buscó el momento adecuado para jugar sus cartas. Por un instante, creyó que la ocasión no se presentaría.

Entonces, Joe le empujó contra un coche y se volvió a medias para abrir la portezuela... y Kale actuó. Se lanzó contra el policía mientras éste se inclinaba para introducir la llave en la cerradura. El agente soltó un jadeo y lanzó el puño contra Kale. Demasiado tarde. El preso esquivó el golpe, se lanzó hacia adelante rápidamente y aplastó al agente contra el coche. Joe palideció de dolor cuando la empuñadura de la portezuela le golpeó con fuerza en la base de la columna vertebral. El llavero salió despedido de sus manos y, mientras los dos hombres caían, el policía intentó desenfundar su arma.

Kale sabía que, con las manos esposadas, no podría evitar que la sacara. Y la lucha terminaría en el preciso segundo en que se hiciera visible el revólver.

Así pues, Kale se lanzó sobre la garganta de su adversario. Se lanzó sobre ella con los dientes. Mordió con todas sus fuerzas y notó que la sangre salía a borbotones, aplicó su boca a la herida como un perro de ataque, mordió otra vez y el policía lanzó un grito, pero sólo le salió un jadeo, un carraspeo que nadie podía escuchar, y el arma cayó de la funda y de la mano temblorosa de Joe. Juntos, los dos hombres cayeron pesadamente al suelo; Kale consiguió colocarse encima y el agente trató de gritar otra vez, de modo que Kale le soltó un rodillazo en la entrepierna mientras de la garganta de Joe seguía manando la sangre a chorros.

—Cerdo —masculló Kale.

Los ojos del policía quedaron inmóviles y la sangre dejó de manar de la herida. Todo había terminado.

Kale no se había sentido nunca tan poderoso, tan lleno de vida.

Echó un vistazo a su alrededor. Seguía sin verse a nadie en el aparcamiento.

Recogió el manajo de llaves y las probó una a una hasta abrir las esposas. Después, arrojó éstas bajo el coche.

Arrastró el cadáver también bajo el vehículo, para no dejarlo a la vista.

Se secó la frente con la manga. Tenía la camisa manchada y salpicada de sangre. No podía hacer nada al respecto. Y tampoco podía cambiar el hecho de llevar puestas las ropas de preso, azules y de un tejido áspero, y un par de zapatillas de lona con suela de goma.

Consciente de que estaba al descubierto, Kale corrió junto a la valla hasta colarse por la verja abierta. Cruzó el callejón y pasó a otro aparcamiento situado detrás de un gran complejo de apartamentos de dos pisos. Alzó la mirada hacia las ventanas y esperó que nadie estuviera mirando.

En el aparcamiento había unos veinte coches. Un Datsun amarillo tenía las llaves puestas. Se sentó al volante, cerró la portezuela y soltó un suspiro de alivio. Estaba a cubierto y tenía un medio de transporte.

En el salpicadero había una caja de pañuelos de papel. Con ellos y su propia saliva, se limpió la cara. Cuando hubo limpiado la sangre, se miró en el retrovisor... y sonrió.

## El recuento

Mientras el equipo del general Copperfield realizaba la autopsia y las pruebas pertinentes en el laboratorio móvil, Bryce Hammond formó dos grupos de investigación e inició una inspección del pueblo casa por casa. Frank Autry estaba al mando del primer grupo, al que se incorporó el comandante Isley como observador del Proyecto Vigías del Cielo. Por su parte, el capitán Arkham se integró en el grupo de Bryce. Bloque tras bloque, calle por calle, los dos grupos nunca estaban a más de un edificio de distancia, permaneciendo en contacto en todo momento mediante los walkie-talkies.

Jenny acompañó a Bryce. Ella era quien mejor conocía a los habitantes de Snowfield y quien más fácilmente podría identificar los cadáveres que encontraran. En la mayoría de las ocasiones, también podría decirles quién ocupaba cada vivienda y cuántas personas componían cada familia. Se trataba de una información fundamental para elaborar una lista de los desaparecidos.

A Jenny le preocupaba tener que exponer a Lisa a más escenas grotescas y repulsivas, pero no podía negarse a ayudar al equipo de investigación. Tampoco podía dejar a su hermanita en el Hilltop Hill. Sobre todo, después de lo sucedido con Harker. Y con Velázquez. Sin embargo, la muchacha soportó bien la tensión de la búsqueda casa por casa. Aún seguía poniéndose a prueba para no defraudar a Jenny, y ésta se sentía cada vez más orgullosa de ella.

Durante un tiempo, no encontraron más cadáveres. Los primeros comercios y viviendas en los que entraron estaban desiertos. En varias casas, la mesa estaba a punto para la cena dominical. En otras, había bañeras llenas de agua ya fría. En varios hogares, los televisores seguían funcionando todavía, pero no quedaba nadie para mirarlos.

En una cocina encontraron una cena a medio preparar en el horno eléctrico. Los alimentos de los tres recipientes se habían cocido durante tantas horas que todo su contenido de agua se había evaporado. Los restos estaban secos, duros, requemados, llenos de burbujas e imposibles de identificar. Los cazos, de acero inoxidable, estaban inservibles. Tanto por dentro como por fuera, presentaban un color negro azulado. Los mangos de plástico se habían ablandado y fundido parcialmente. Toda la casa despedía el hedor más acre y nauseabundo que Jenny había conocido en su vida.

Bryce desconectó el horno.

—Es un milagro que toda la casa no se haya incendiado —comentó.

—Probablemente habría ardido si el horno fuera de gas —asintió Jenny.

Encima de los tres cazos había una campana de humos de acero inoxidable con un extractor. Al quemarse la comida, la campana había absorbido las pocas llamas

que pudieran haberse levantado, evitando así que el fuego se extendiera a los armarios próximos.

Cuando salieron de la casa, todo el mundo (salvo el comandante Arkham, enfundado en su traje anticontaminación) aspiró profundamente el fresco aire de las montañas. Necesitaron un par de minutos para limpiar sus pulmones de la viciada atmósfera que habían respirado en el interior de la vivienda.

Luego, en la casa siguiente, encontraron el primer cadáver del día. Se trataba de John Farley, propietario de la Mountain Tavern, que sólo estaba abierta durante la temporada de esquí. Farley había sido un individuo impresionante: tenía cuarenta y tantos años, el cabello a mechones blancos y negros, una nariz grande y una boca amplia que solía mostrar una sonrisa tremendamente cautivadora. Ahora, el hombre estaba abotargado y amoratado, con los ojos sobresaliéndole de las órbitas y las ropas desgarradas por las costuras debido a la hinchazón del cuerpo.

Farley estaba sentado en la mesa, en un extremo de la gran cocina. Delante de él había un plato de raviolis rellenos de queso y albóndigas. También había un vaso de vino tinto. Sobre la mesa, junto al plato, había una revista abierta. Farley estaba sentado muy erguido en su silla, con una mano en el muslo, vuelta hacia arriba. Tenía la otra mano sobre la mesa y, entre sus dedos, un pedazo de pan. La boca del hombre aparecía parcialmente abierta y todavía asomaba un poco de corteza de pan entre sus dientes. Farley había muerto en pleno acto de mascar; los músculos de sus mandíbulas no habían llegado a relajarse.

–¡Santo cielo! –musitó Tal–, ni siquiera le dio tiempo a escupir ese bocado o a tragarlo. La muerte debe de haber sido instantánea.

–Y tampoco parece que la viera llegar –añadió Bryce–. Mirad su rostro. No presenta la expresión de horror, sorpresa o conmoción de la mayoría de los otros.

Contemplando las apretadas mandíbulas del difunto, Jenny comentó:

–Lo que no comprendo es por qué la muerte no provoca la menor relajación muscular. Es muy extraño.

En la iglesia de Nuestra Señora de las Montañas, el sol se filtraba por las cristaleras de colores, compuestas predominantemente de tonos azules y verdes. Cientos de manchas de formas irregulares, de colores azul marino, azul celeste, turquesa, aguamarina, verde esmeralda y muchos tonos más, salpicaban los bancos de madera pulimentada, formaban charcos en los pasillos y brillaban tenuemente en las paredes.

Era como estar bajo el agua, se dijo Gordy Brogan mientras seguía a Frank Autry al interior de la nave, iluminada de forma tan extraña y hermosa.

Justo detrás del atrio de entrada, un rayo de luz carmesí bañaba la pila de mármol blanco que contenía el agua bendita. La luz tenía el color de la sangre de Cristo, pues atravesaba una imagen del corazón sangrante de éste antes de iluminar con ese color el agua que brillaba en la pila de mármol lechoso.



De los cinco componentes del grupo de investigación, Gordy era el único católico. El hombre introdujo dos dedos en el agua, se santiguó y realizó una genuflexión.

La iglesia estaba silenciosa, envuelta en una solemne inmovilidad.

Un agradable olor a incienso endulzaba la atmósfera.

No se apreciaba a nadie en las hileras de bancos. A primera vista, parecía que la iglesia estaba desierta.

Entonces, Gordy observó el altar con más detenimiento y soltó un jadeo.

Frank lo vio también.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

La parte del presbiterio y el altar quedaba más envuelto en sombras que el resto de la iglesia y por esa razón no habían advertido desde el primer momento el horrible y sacrílego espectáculo que les aguardaba allí. Las velas del altar habían ardido hasta consumirse muchas horas atrás.

Cuando los miembros del grupo de investigación continuaron su titubeante avance por el pasillo central, tuvieron una visión cada vez más nítida del crucifijo, a tamaño real, que se alzaba sobre el centro del altar y junto al muro posterior del presbiterio. Era una cruz de madera con una imagen de Cristo clavada en ella. La imagen era una escultura en yeso exquisitamente tallada, pintada y barnizada a mano. En aquel momento, la mayor parte de la imagen divina quedaba oculta por otro cuerpo que colgaba delante de ella. Un cuerpo de verdad, no una escultura de yeso. Era el sacerdote y estaba clavado a la cruz con sus ropas de ceremonia.

Ante el altar, arrodillados, había dos monaguillos. Ambos estaban muertos, amoratados, abotargados.

Las carnes del sacerdote habían empezado a oscurecerse y a mostrar otras señales de inminente descomposición. Su cadáver no presentaba el extraño aspecto de todos los demás cuerpos que habían encontrado hasta entonces. En su caso, el color de la piel era el que cabría esperar en un hombre que llevaba un día muerto.

Frank Autry, el comandante Isley y los otros dos policías cruzaron la verja de la barandilla que separaba la zona de bancos y el presbiterio, penetrando en éste.

Gordy no se sintió con fuerzas para acompañarle. Estaba demasiado conmovido y tuvo que sentarse en el primer banco para no derrumbarse.

Después de inspeccionar la zona del altar y echar una ojeada a la sacristía desde la puerta, Frank utilizó el transmisor para ponerse en comunicación con Bryce Hammond, que se hallaba en el edificio contiguo.

—Comisario, hemos encontrado tres cuerpos aquí. Necesitamos a la doctora Paige para identificarlos, pero la escena es demasiado espeluznante y opino que será mejor dejar a Lisa a la entrada con un par de hombres.

—Estaremos ahí en un par de minutos —respondió Bryce.

Frank retrocedió hasta los bancos y tomó asiento junto a Gordy con el transmisor en una mano y un revólver en la otra.

—¿Tú eres católico?

—Sí.

–Lamento que hayas tenido que ver esto.

–Me recuperaré –aseguró Gordy–. No debe de ser más fácil para ti sólo porque no seas católico.

–¿Conoces al sacerdote?

–Creo que se llamaba padre Callahan, aunque yo nunca he frecuentado esta iglesia. Suelo acudir a la de Saint Andrew, en Santa Mira.

Frank dejó el transmisor en el banco y se rascó el mentón.

–Según todos los demás indicios, parecía que el ataque se había producido ayer por la tarde, no mucho antes de que la doctora y Lisa llegaran al pueblo. Sin embargo, ahora encontramos esto... Si esos tres murieron por la mañana, durante la misa...

–Probablemente sucedió durante la bendición –dijo Gordy–. No durante la misa.

–¿La bendición?

–La bendición del Santísimo Sacramento. La ceremonia del domingo por la tarde.

–¡Ah! Entonces, coincide con lo que hemos calculado. –Echó una mirada a los bancos vacíos y añadió–: ¿Qué ha debido ser de los feligreses? ¿Por qué sólo hemos encontrado al sacerdote y a los dos monaguillos?

–Bueno, a la bendición no suele asistir mucha gente –respondió Gordy–. Lo más probable es que hubiera dos o tres personas más en la iglesia, pero esa cosa se las llevó.

–¿Por qué no hizo lo mismo con todos?

Gordy no respondió.

–¿Por qué tuvo que hacer una cosa así? –insistió Frank.

–Para burlarse de nosotros. Para ridiculizarnos. Para robarnos toda esperanza –murmuró Gordy, abatido.

Frank le contempló fijamente.

–Quizá algunos de nosotros contábamos con la ayuda de Dios para salir de esto con vida –añadió su compañero–. Probablemente, la mayoría de nosotros tenía esta esperanza. Por mi parte, te aseguro que he rezado mucho desde que llegamos aquí. Es posible que tú también. Y esa cosa sabía que lo haríamos, sabía que pediríamos auxilio a Dios. Pues bien, ésta es su manera de hacernos saber que Dios no puede auxiliarnos. O, al menos, es lo que quiere que creamos. Porque, ésa es su manera de obrar. Inculcándonos dudas respecto a Dios. Ésa ha sido siempre su manera de obrar.

–Hablas como si supieras sin la menor duda contra qué nos estamos enfrentando –comentó Frank.

–Tal vez –respondió Gordy. Contempló al sacerdote crucificado y se volvió de nuevo hacia Frank–. ¿Y tú, Frank? ¿No lo sabes? ¿Seguro que no lo sabes?

Cuando salieron de la iglesia y doblaron la esquina de la calle transversal, encontraron dos coches accidentados.

Un Cadillac Seville había invadido el jardín delantero de la rectoría aplastando a su paso los macizos de flores y había colisionado con uno de los postes del porche, en una esquina de la casa. El poste estaba prácticamente partido en dos y el techo del porche se había hundido en esa parte.

Tal Whitman echó un vistazo por el cristal del lado del conductor.

–Hay una mujer al volante.

–¿Muerta?

–Sí, pero no a causa del accidente.

Jenny intentó abrir la portezuela del otro lado. Estaba cerrada. Todas las puertas lo estaban, y todos los cristales aparecían completamente subidos.

A pesar de ello, la mujer al volante –Edna Gower; Jenny la conocía de vista– tenía el mismo aspecto que los demás cadáveres. Amaratado. Hinchado. Con un grito de terror congelado en el rostro.

–¿Cómo pudo entrar eso en el coche y matarla? –se preguntó Tal en voz alta.

–Recuerda el cuarto de baño cerrado del Candleglow Inn –respondió Bryce.

–Y la habitación atrancada en casa de los Oxley –añadió Jenny.

–Esto es casi un argumento en favor de la teoría del gas nervioso del general –comentó el capitán Arkham.

A continuación, éste sacó un contador geiger miniaturizado del equipo que llevaba en el cinturón y examinó detenidamente el vehículo. Sin embargo, no era ninguna radiación lo que había matado a la mujer que lo ocupaba.

El segundo coche, a media manzana de distancia, era un Lynx gris perla. Detrás del vehículo, sobre el asfalto, quedaban las marcas de un frenazo. El Lynx estaba cruzado en la calle, bloqueando ésta, con la parte frontal empotrada en el costado de una furgoneta amarilla. No había sufrido grandes daños porque casi había logrado detenerse antes de colisionar con la furgoneta aparcada.

El conductor era un hombre de mediana edad con un tupido mostacho, que vestía unos pantalones tejanos cortados a medio muslo y una camiseta de los Dodgers. Jenny también le conocía. Era Marty Sussman, que había sido administrador municipal de Snowfield durante los últimos seis años. El honrado y afable Marty Sussman. Muerto. Y, de nuevo, la causa de la muerte no radicaba, obviamente, en la colisión.

Las puertas del Lynx estaban cerradas y las ventanillas subidas a tope como las del Cadillac.

–Parece como si los dos estuvieran tratando de escapar de algo –comentó Jenny.

–Tal vez –respondió Tal–. O quizá habían salido a dar una vuelta o a hacer algún recado cuando se desencadenó el ataque. Si trataban de huir de algo, es seguro que eso les detuvo en seco y les obligó a salir de la calle.

–El domingo fue un día agradable. Cálido, pero no en exceso –comentó Bryce–. No lo suficiente para ir en el coche con las ventanillas cerradas y el aire acondicionado en marcha. Era uno de esos días en que casi todo el mundo lleva los cristales bajados para deleitarse con la brisa refrescante. Por eso me parece como si,

después de ser obligados a detenerse, hubieran subido las ventanillas y se hubieran encerrado tratando de protegerse de algo.

–Pero ese algo les alcanzó de todos modos –concluyó Jenny.

Algo.

Ned y Sue Marie Bischoff tenían una encantadora casa de estilo Tudor que se alzaba entre inmensos pinos de una gran parcela de terreno. La pareja vivía allí con sus dos hijos. Lee Bischoff, a sus ocho años, tocaba el piano con sorprendente maestría pese a la pequeñez de sus dedos y, en cierta ocasión, le había contado a Jenny que él iba a ser el próximo Stevie Wonder «sólo que no ciego». Terry, de seis años, era el vivo retrato en negro de Daniel el travieso, pero tenía un carácter dulce y pacífico.

Ned era un pintor de éxito. Sus óleos se cotizaban incluso a seis o siete mil dólares y sus litografías en edición limitada se vendían a cuatrocientos y quinientos dólares cada una.

El hombre era paciente de Jenny. Aunque sólo tenía treinta y dos años, y ya había conseguido el éxito en la vida, la doctora había tenido que tratarle una úlcera de estómago.

La úlcera ya no volvería a molestarle. Ned estaba en su estudio, tendido en el suelo ante su caballete, muerto.

Sue Marie estaba en la cocina. Igual que Hilda Beck, la asistente de Jenny, y que tantas otras personas del pueblo, Sue Marie había muerto mientras preparaba la cena. Había sido una mujer muy hermosa. Pero ya no lo era.

Encontraron a los dos niños en una de las alcobas.

Era una habitación espléndida para los niños, grande y espaciosa, con literas por camas. Tenía estanterías empotradas llenas de libros infantiles. De las paredes colgaban cuadros que Ned había hecho para los pequeños, extravagantes escenas fantásticas muy distintas a las obras por las que era famoso: un cerdo vestido con un traje de tres piezas bailando con una vaca en traje de noche, el interior de la sala de mando de una nave espacial en la que todos los astronautas eran ranas, una escena misteriosa pero encantadora de un patio de colegio en plena noche, bañado por la luz de una luna llena, sin ningún niño a la vista pero con un enorme hombre lobo de aspecto monstruoso pasándose en grande en un columpio.

Los niños estaban en un rincón, tras un montón de juguetes. El menor, Terry, se hallaba detrás de Lee, que parecía haber realizado un valeroso esfuerzo para proteger a su hermanito. Los dos estaban de cara a la habitación con los ojos casi salidos de las órbitas y sus muertas miradas fijas todavía en lo que fuera que les había asaltado el día anterior. Lee tenía los músculos agarrotados de tal modo que sus delicados bracitos seguían en la misma posición que en sus últimos segundos de vida: levantados frente al rostro en un gesto defensivo, con las manos abiertas, como si intentara protegerse de un golpe.

Bryce se arrodilló delante de los niños y tocó con su mano temblorosa el rostro de Lee, como si no quisiera aceptar que el pequeño estaba realmente muerto.

Jenny se arrodilló a su lado.

–Son los dos hijos de los Bischoff –murmuró, sin poder evitar que la voz se le quebrara–. Ahora ya está completa toda la familia.

Por el rostro de Bryce corrían las lágrimas.

Jenny intentó recordar cuántos años, tenía el hijo del comisario. ¿Siete u ocho? Aproximadamente, la edad de Lee Bischoff. El pequeño Timmy Hammond estaba en aquel mismo instante en el hospital de Santa Mira, en estado de coma, igual que había pasado más de un año. En un estado parecido al de un vegetal. Era cierto, pero incluso eso era mejor que esto. Cualquier cosa era mejor que esto.

Por fin, las lágrimas de Bryce cesaron. Ahora, en su interior ardía la rabia.

–Les cogeré por esto –exclamó–. Sean quienes sean... les haré pagar por esto.

Jenny no había conocido nunca a un hombre como Bryce. Tenía una energía y una determinación considerables y muy varoniles, pero también era capaz de expresar ternura.

Deseó abrazarle. Y ser abrazada por él.

Pero, como siempre, se guardó muy mucho de expresar su estado emocional. Si hubiera poseído la franqueza y naturalidad de Bryce, jamás se habría distanciado tanto de su madre. Sin embargo, Jenny no era así; todavía no lo era, aunque lo deseaba. Así pues, en respuesta a la promesa de Bryce de atrapar a los asesinos de los pequeños Bischoff, Jenny replicó:

–Pero ¿y si lo que les ha matado no es humano? No todo el mal lo causan los hombres. El mal existe en la naturaleza. La malicia ciega del terremoto. El mal progresivo del cáncer. Esta cosa con que nos enfrentamos podría ser algo así..., algo remoto e inexplicable. No habrá modo de llevarlo ante un tribunal, si ni tan sólo es humano. ¿Qué harás entonces?

–Sea lo que diablos sea, lo atraparé. Acabaré con ello. Le haré pagar por lo que ha sucedido aquí –insistió Bryce obstinadamente.

El grupo de Frank Autry registró tres edificios desiertos tras abandonar la iglesia. La cuarta casa no estaba vacía. En ella encontraron a Wendell Hulbertson, un maestro de enseñanza media que trabajaba en Santa Mira pero que había escogido vivir allí, en las montañas, en la casa que había pertenecido a su madre. Gordy había sido alumno de Hulbertson apenas cinco años antes. El maestro no estaba abotargado o ennegrecido como los otros cadáveres. Se había quitado la vida él mismo. Acorralado en un rincón de su dormitorio, se había llevado el cañón de su automática calibre 32 a la boca y había apretado el gatillo. Era evidente que morir por su propia mano le había parecido preferible a caer en manos del horror que le había atacado.

Al salir de la vivienda de los Bischoff, Bryce guió a su grupo de casa en casa sin encontrar más cuerpos. Por fin, en la quinta vivienda descubrieron a un matrimonio de ancianos encerrado en el baño, donde habían intentado ocultarse de su asesino. La mujer estaba dentro de la bañera. El hombre, hecho un guiñapo en el suelo.

–Eran pacientes míos –dijo Jenny–. Nick y Melina Papandrakis.

Tal anotó los nombres en la lista de fallecidos.

Igual que Harold Ordny y su esposa en el Candleglow Inn, Nick Papandrakis había querido dejar un mensaje que señalara al autor de la matanza. Había tomado un poco de yodo del botiquín y lo había utilizado para escribir en la pared. Pero no había tenido oportunidad de terminar ni siquiera una palabra. Sólo pudieron leer dos letras y parte de otra:

PR(

–¿Alguien es capaz de imaginar qué pretendía escribir? –preguntó Bryce.

Por turno, todos procedieron a entrar en el pequeño baño a echar un vistazo a las letras anaranjado pardo de la pared, pasando por encima del cadáver de Nick Papandrakis. Sin embargo, nadie tuvo el menor destello de inspiración.

Balas.

En la casa siguiente a la de los Papandrakis, el suelo de la cocina estaba cubierto de balas disparadas. No cartuchos enteros. Sólo decenas de proyectiles de plomo, sin sus casquillos.

El hecho de que no hubiera cartuchos vacíos en la estancia indicaba que no se había producido allí ningún tiroteo. No había olor a pólvora ni agujeros de bala en las paredes o los muebles.

Sencillamente, incontables balas cubriendo el suelo, como si hubieran llovido del aire por arte de magia.

Frank Autry recogió un puñado de aquellas piezas de metal gris. No era un experto en balística pero comprobó, extrañado, que ninguno de los proyectiles estaba fragmentado o deformado, lo cual le permitió comprobar que procedían de una gran variedad de armas. La mayoría de ellos –una cantidad enorme– parecía ser del mismo tipo y calibre que la munición utilizada por los fusiles automáticos de las tropas de apoyo del general Copperfield.

¿Son éstas las balas del arma del sargento Harker?, se preguntó Frank. ¿Son éstas las ráfagas que disparó Harker a su asesino en la cámara frigorífica del supermercado Gilmartins's?

Frunció el ceño, perplejo.

Dejó caer los proyectiles y rebotaron en el suelo. Recogió varias balas más. Había una del calibre 22, una del 32 y otra del 22, y otra del 38. Incluso había un montón de perdigones de caza.

Recogió una única bala, de calibre 45, y la examinó con especial interés. Era exactamente igual a la munición que cargaba su propia arma.

Gordy Bregan se agachó a su lado.

Frank no volvió los ojos hacia él, sino que continuó estudiando fijamente la bala. Estaba luchando contra una idea pavorosa.

Gordy recogió un puñado de balas de las baldosas de la cocina.

—No están deformadas en absoluto —murmuró.

Frank asintió con la cabeza.

—Pero debieron impactar en algo y, por tanto, deberían estarlo. Al menos, algunas de ellas —añadió Gordy. Tras hacer una pausa, exclamó—: ¡Eh, Frank. pareces estar a un millón de kilómetros de aquí! ¿En qué estás pensando?

—En Paul Henderson —respondió Frank mientras sostenía el proyectil de calibre 45 ante el rostro de Gordy—. Anoche, en la comisaría del pueblo, Paul disparó tres balas como ésta.

—¿Contra su asesino?

—Sí.

—¿Y?

—Y tengo el absurdo presentimiento de que, si pidiéramos al laboratorio que realizara las pruebas balísticas pertinentes, descubriríamos que este proyectil salió del revólver de Paul.

Gordy parpadeó enérgicamente al escucharle.

—Y también pienso —continuó Frank—, que si buscáramos entre todas las balas que hay en el suelo, encontraríamos precisamente dos más iguales a ésta. No una ni tres, sino exactamente dos con las marcas idénticas a las de ésta.

—¿Te refieres a... a las tres que disparó Paul anoche?

—Sí.

—Pero ¿cómo habrían podido llegar aquí?

Frank no respondió. Se puso en pie y pulsó el botón que le permitía hablar por el transmisor.

—¿Comisario?

La voz de Bryce Hammond surgió entre crepitaciones por el pequeño altavoz.

—¿Qué sucede, Frank?

—Todavía estamos en la casa de los Sheffield. Creo que será mejor que venga. Hay algo que debería ver.

—¿Más cuerpos?

—No, señor. Se trata de... hum, de una cosa muy rara.

—Vamos para allá —respondió el comisario.

A continuación, Frank se volvió hacia Gordy.

—Me parece que... —empezó a decir a su compañero—, que en algún momento de las dos últimas horas, en algún momento después de que el sargento Harker

desapareciera en el supermercado, esa cosa ha estado aquí, en esta misma estancia. Y aquí se ha librado de todas las balas que recibió anoche y durante esta mañana.

–¿Las balas que le acertaron?

–Sí.

–¿Se ha librado de ellas? ¿Así, sin más?

–Así, sin más –confirmó Frank.

–Pero ¿cómo?

–Parece como si las hubiera... expulsado. Parece como si se hubiera desprendido de ellas igual que un perro se sacude los pelos sueltos.



## En fuga

Mientras cruzaba Santa Mira en el Datsun robado, Fletcher Kale oyó hablar de Snowfield por la radio.

Aunque el suceso había atraído la atención del resto del condado, Kale no estaba demasiado interesado por lo sucedido. Nunca le habían preocupado especialmente las tragedias de los demás.

Alargó la mano para desconectar la radio, harto ya de tanta charla sobre Snowfield cuando él tenía otros problemas mucho más urgentes que solucionar. Entonces escuchó un nombre que sí le dijo algo. Jake Johnson. Johnson era uno de los policías que habían subido a Snowfield la noche anterior. Ahora le daban por desaparecido e incluso por muerto.

Jake Johnson...

Un año antes, Kale le había vendido a Johnson una cabaña de troncos sólidamente construida que ocupaba una parcela de dos hectáreas en las montañas.

El policía le había comentado que quería la cabaña para usarla de base en sus cacerías, a las que era un gran aficionado. Sin embargo, por una serie de detalles que dejó escapar en sus comentarios, Kale llegó a la conclusión de que Johnson era, en realidad, un supervivencialista, uno de esos agoreros que creían que el mundo se dirigía al apocalipsis y que la sociedad iba a derrumbarse a causa de una inflación desatada, de una guerra nuclear o de cualquier otra catástrofe. Kale terminó por convencerse de que Johnson quería la cabaña como escondite donde poder almacenar alimentos y munición... y donde poder defenderse con garantías en una época de convulsiones sociales.

Desde luego, la cabaña quedaba lo bastante apartada para tal propósito. Estaba en el monte Snowtop, situado a la espalda de Snowfield y al que se accedía dando un rodeo por detrás del pueblo. Para llegar al lugar, había que subir una pista forestal que servía de cortafuegos, continuar por una estrecha senda de tierra que prácticamente sólo podían salvar los vehículos con tracción a las cuatro ruedas, y luego pasar a otro camino todavía más difícil. El último medio kilómetro tenía que cubrirse a pie.

Dos meses después de que Johnson comprara la parcela y la casa de las montañas, Kale había acudido al lugar una cálida mañana de junio teniendo la seguridad de que el policía estaba de servicio en Santa Mira. Quería comprobar si, como sospechaba, Johnson estaba convirtiendo el lugar en una fortaleza.

Kale encontró intacta la cabaña, pero descubrió que Johnson estaba realizando grandes obras en varias de las cuevas que horadaban el terreno de piedra caliza y a las cuales se podía acceder desde las tierras que había adquirido el policía. A la entrada de las cuevas, descubrió sacos de cemento y arena, una carretilla y un montón de piedras.

Justo en la boca de una de las oquedades, Kale encontró dos quinqués de petróleo en el suelo, junto a uno de los muros. Tras encender uno de ellos, Kale se había internado en las cámaras subterráneas.

La primera cueva era larga y estrecha, poco más que un túnel. Cuando llegó al fondo, siguió una serie de pasadizos que serpenteaban a través de unas antecámaras de suelos irregulares hasta llegar a la primera cámara propiamente dicha.

Allí encontró, apiladas junto a una de las paredes, numerosas cajas de latas de dos kilos de leche en polvo, selladas al vacío y conservadas en nitrógeno, frutas y verduras liofilizadas, sopa deshidratada, huevo en polvo, miel y tambores de cereales integrales. También había un colchón de aire. Y muchas cosas más. Jake no había perdido el tiempo.

La primera cámara conducía a otra y, en ésta, Kale descubrió un agujero de origen natural en el suelo, de aproximadamente un palmo de diámetro, del que surgían unos extraños ruidos. Susurros y voces. Risas amenazadoras. Estuvo a punto de dar media vuelta y echar a correr, pero entonces se dio cuenta de que aquellos sonidos siniestros no eran más que el murmullo de una corriente de agua. Un río subterráneo. Jake Johnson había introducido un tubo de goma de tres centímetros de diámetro en aquel pozo natural y había instalado una bomba manual junto a él.

Todas las comodidades del hogar.

Kale llegó a la conclusión de que Johnson no era simplemente cauteloso. Aquel hombre estaba obsesionado.

Otro día, a finales de aquel mismo verano, Kale había vuelto a la parcela de montaña. Para su sorpresa, la boca de la cueva –de un metro de alto por uno y medio de ancho– resultaba invisible. Johnson había creado una eficaz barrera de vegetación para ocultar la entrada a su escondite.

Kale se abrió paso entre los matorrales teniendo cuidado de no estropearlos.

Esta vez había traído su propia linterna. Entró a gatas por la abertura de la oquedad, se incorporó una vez estuvo en el interior, recorrió una parte del túnel... y de pronto topó con el final del pasadizo. Allí debía de haber una curva más, un breve pasadizo y la entrada a la primera de las grandes cavernas. En cambio, tenía ante él un muro de caliza, una losa que impedía el paso al resto de la cueva.

Durante unos instantes, Kale contempló la piedra, perplejo. A continuación, la examinó más detenidamente y, en cuestión de minutos, descubrió el truco. La losa era, en realidad, una placa delgada de caliza adherida con resina a una puerta que Johnson había montado astutamente en el marco natural del pasadizo, entre la última curva y la primera de las salas de gran tamaño.

Aquel día de agosto, maravillado ante la puerta camuflada, Kale decidió que, si alguna vez surgía la necesidad, sería él quien aprovechara aquel refugio. Después de

todo, quizá aquellos supervivencialistas no estaban tan locos. Quizá tenían razón. Tal vez algún idiota intentaría cualquier día destruir el mundo. Si tal cosa sucedía, él llegaría antes al refugio y, cuando apareciera Johnson por aquella puerta tan hábilmente camuflada, sólo tendría que apretar el gatillo para quitárselo de en medio.

La idea le encantó.

Le hizo sentirse astuto. Superior.

Trece meses más tarde, para gran sorpresa y horror suyos, Kale había visto acercarse el fin del mundo. De su mundo. Encerrado en la cárcel del condado, acusado de asesinato, supo dónde debería ir si conseguía escapar: a las montañas, a las cuevas. Podía ocultarse allí varias semanas, hasta que la policía dejara finalmente de buscarle en el condado de Santa Mira y sus alrededores.

Gracias, Jake Johnson.

Jake Johnson...

Ahora, al volante del Datsun amarillo robado y con la cárcel apenas a unos minutos detrás de él, Kale oyó hablar de Johnson por la radio. Mientras escuchaba, empezó a sonreír. El destino estaba de su parte.

Después de escapar, su principal problema era librarse de las ropas de preso y encontrar las prendas adecuadas para las montañas. Hasta entonces, no había estado muy seguro de cómo conseguirlo.

Cuando escuchó al locutor anunciando que Jake Johnson había muerto –o, por lo menos, que estaba allá arriba en Snowfield, lejos de su camino–, Kale decidió ir directamente a la casa de Johnson en Santa Mira. El policía no tenía familia y la casa era un escondite seguro, provisionalmente. Johnson no tenía la talla exacta de Kale, pero los dos hombres eran lo bastante similares como para que el fugitivo pudiera cambiar su uniforme de la cárcel por otras ropas más adecuadas del armario del policía.

Y estaban las armas. Como buen supervivencialista, Jake Johnson debía de tener una colección de armas en algún lugar de la casa.

El agente vivía en la misma casa de una planta y tres habitaciones que había heredado de su padre, Big Ralph Johnson. No era precisamente un lugar digno de verse. Big Ralph no había gastado descuidadamente el dinero de los sobornos y chanchullos; había sabido mantener el anonimato y no hacer nada que pudiera atraer la atención de cualquier inspector de Hacienda que llegara de paso. Tampoco podía decirse que la casa de Johnson fuera un antro. Estaba en el bloque central de Pine Shadow Lane, un barrio acomodado de casas grandes, solares de considerable tamaño y árboles crecidos. La vivienda de Johnson, una de las más pequeñas, tenía una gran bañera de burbujas en el suelo embaldosado del porche trasero, una enorme sala de juegos con una mesa de billar antigua y diversas comodidades materiales más, invisibles desde el exterior.

Kale había estado allí en dos ocasiones durante la venta de la cabaña a Johnson. No le costó encontrarla otra vez.

Detuvo el Datsun en el camino particular, apagó el motor y se apeó. Esperaba que no hubiera vecinos mirando.

Llegó a la parte trasera de la casa, rompió una ventana de la cocina y se coló por ella.

Fue directamente al garaje. Había espacio para dos coches, pero sólo estaba ocupado por una berlina Jeep de cuatro ruedas motrices. Kale sabía que Johnson tenía aquel vehículo y había esperado encontrarlo allí. Abrió la puerta del garaje y guardó el Datsun robado. Cuando la puerta se cerró de nuevo y el Datsun quedó fuera de la vista de la calle, Kale se sintió más seguro.

Abrió el armario del dormitorio principal y encontró un par de resistentes botas de montaña sólo media talla más grandes de su número. Johnson era unos cinco centímetros más bajo que Kale, de modo que los pantalones no tenían la longitud adecuada pero, con las perneras metidas por dentro de las botas, el detalle no tendría importancia. En la cintura, le iban demasiado grandes y utilizó un cinturón para ajustárselos. Escogió una camisa deportiva y se la probó. Consideró que le iba perfecta.

Una vez vestido, se estudió detenidamente en el espejo.

–Qué buen aspecto tienes –comentó a su reflejo.

A continuación, recorrió la casa en busca de armas. No encontró ninguna.

Muy bien, debían de estar escondidas en alguna parte. Si era preciso, haría pedazos la casa para encontrarlas.

Empezó por el dormitorio principal. Vacío el contenido de la cómoda y los cajones del armario. Ningún arma. Rebuscó en las dos mesillas de noche. Ningún arma. Sacó todo el contenido del armario empotrado: ropas, zapatos, maletas, cajas, un baúl de camarote. Ningún arma. Arrancó las esquinas de la moqueta y buscó debajo de ésta por si había alguna trampa oculta en el suelo. No encontró nada.

Media hora más tarde, estaba sudando pero no se sentía cansado. De hecho, estaba eufórico. Contempló la destrucción que había producido a su alrededor y sintió un extraño placer. La estancia parecía haber sido arrasada por una bomba.

Pasó a la habitación siguiente y buscó, rompió, volcó y destrozó cuanto fue encontrando a su paso.

Ardía en deseos de encontrar aquellas armas. Pero también se lo estaba pasando en grande.

## Algunas respuestas / Más preguntas

La casa estaba excepcionalmente limpia y ordenada, pero la distribución de colores y su implacable repetición pusieron nervioso a Bryce Hammond. Todo era o bien amarillo, o bien verde. Absolutamente todo. Las moquetas eran verdes y las paredes, amarillo pálido. En el salón, los sofás tenían un estampado floral en verdes y amarillos tan contrastados que casi le hacían a uno salir corriendo a la consulta de un óptico. Los dos sillones eran verde esmeralda y las dos sillas, amarillo limón. Las lámparas de cerámica eran amarillas con dibujos en verde y las pantallas, color chartreuse con borlas. En las paredes había colgadas dos grandes litografías de margaritas amarillas en un campo verdoso. El dormitorio principal era peor: papel pintado con motivos florales más extremado aún que la tela de los sofás del salón y cortinas de un amarillo lacerante con una cenefa en la franja superior. En la cabecera de la cama se amontonaba una decena de cojines: unos, verdes con adornos de bordados amarillos; los demás, verdes con bordados amarillos.

Según Jenny, la casa estaba habitada por Ed y Theresa Lange, sus tres hijos adolescentes y la madre Theresa, una mujer de setenta años.

No encontraron a ninguno de los ocupantes. No había ningún cuerpo y Bryce dio gracias por ello. De alguna manera, un cadáver hinchado y amoratado hubiera sido una visión especialmente terrible allí, en medio de una decoración tan desquiciadamente chillona.

La cocina también era verde y amarilla.

–Aquí hay algo –dijo Tal Whitman al asomarse al fregadero–. Será mejor que le eches un vistazo a eso, jefe.

Bryce, Jenny y el capitán Arkham se acercaron a Tal, pero los otros dos policías permanecieron junto a la puerta, con Lisa entre ambos. Era difícil saber qué podía aparecer en un fregadero de aquel pueblo, en medio de aquella pesadilla digna de Lovecraft. La cabeza de alguien, tal vez. O un nuevo par de manos limpiamente seccionadas. O algo aún peor.

Pero no era nada de este estilo. Sencillamente, era algo muy raro.

–Toda una tienda de joyería –comentó Tal.

Las dos piletas del fregadero estaban llenas de joyas, sobre todo, anillos y relojes. Relojes de pulsera tanto de hombre como de mujer: Timex, Seiko, Bulova, incluso un Rolex; algunos, con sus correas flexibles; otros, sin correa; no había ninguno con correa de cuero o de plástico. Bryce vio puñados de anillos de boda y de compromiso cuyos diamantes brillaban cegadores. También había anillos con las piedras del zodiaco: granates, amatistas, hematites, topacios, turmalinas, y otros con rubíes y esmeraldas. Aros de universitarios y de jóvenes de secundaria. La bisutería

se mezclaba con las piezas de valor. Bryce enterró las manos en una de las pilas de objetos igual que los piratas de las películas hundían siempre las suyas en el cofre del tesoro. Revolvió las relucientes sortijas y vio otro tipo de joyas: pendientes, brazaletes, perlas sueltas de un par de collares rotos, cadenas de oro, un encantador camafeo...

–Todo esto no puede pertenecer a los Lange –dijo Tal.

–Un momento –dijo Jenny, al tiempo que sacaba un reloj del montón y lo examinaba detenidamente.

–¿Lo reconoces? –preguntó Bryce.

–Sí, es un Cartier. Un sumergible. Pero no del tipo clásico de reloj subacuático con números romanos. Éste no lleva números y tiene la superficie plana. Sylvia Karnasky se lo regaló a Dan, su marido, en su quinto aniversario de boda. Bryce frunció el ceño.

–¿Dónde he oído esos nombres? –preguntó.

–Son los dueños del Candleglow Inn –dijo Jenny.

–Sí, claro. Tus amigos.

–Están entre los desaparecidos –recordó Tal.

–A Dan le encantaba ese reloj –explicó Jenny–. Cuando Sylvia se lo compró, fue un capricho carísimo para su bolsillo. El hotel todavía estaba en una situación financiera bastante insegura y el reloj costó trescientos cincuenta dólares. Ahora, por supuesto, vale bastante más. Dan solía decir de broma que era la mejor inversión que habían hecho.

Jenny sostuvo en alto el reloj de modo que Tal y Bryce pudieran ver el reverso. En la parte superior de la placa de oro, justo encima del logotipo de Cartier, había grabada una leyenda: A MI DAN. Y en la parte inferior, bajo el número de serie, se leía: CON AMOR, SYL. Bryce contempló de nuevo el montón de joyas. –Entonces, estos objetos pertenecen probablemente a gente de todo Snowfield.

–Bien, yo diría que, en cualquier caso, pertenecen a los desaparecidos –le corrigió Tal–. Las víctimas que hemos encontrado hasta ahora llevaban puestos los relojes y joyas.

–Tienes razón –asintió Bryce–. Así pues, los desaparecidos fueron despojados de sus objetos de valor antes de ser llevados a... a... bueno, adonde diablos los llevaran.

–Unos ladrones no dejarían de este modo un botín así –dijo Jenny–. No se dedicarían a recogerlo para luego dejarlo en el fregadero de una casa cualquiera. Unos ladrones meterían todos esos objetos en una bolsa y se los llevarían.

–Entonces, ¿qué está haciendo aquí todo esto? –preguntó Bryce.

–No tengo idea –respondió Jenny.

Tal se encogió de hombros.

Las joyas continuaron refulgiendo en los dos fregaderos.

Los chillidos de las gaviotas.

Unos perros ladrando.

Galen Copperfield alzó la vista de la terminal de ordenador, en cuya pantalla había estado leyendo datos. Dentro de su traje anticontaminación, estaba sudoroso, cansado y dolorido. Por un instante, no estuvo muy seguro de estar escuchando de verdad los sonidos de aves y canes.

Entonces, maulló un gato.

Y un caballo relinchó.

El general echó un vistazo en torno al laboratorio móvil, al tiempo que fruncía el ceño.

Serpientes de cascabel. En gran número. Con su familiar y mortífero sonido: *chika-chika-chika-chika*.

Zumbidos de abejas.

Los demás también oían los sonidos y se miraron unos a otros con aire inquieto.

–Se escucha por la radio de comunicación de traje a traje –dijo Roberts.

–Afirmativo –asintió el doctor Bettemby desde el segundo remolque–. Nosotros también lo oímos aquí.

–Muy bien –comentó Copperfield–, démosle una oportunidad de ofrecer su espectáculo. Si queréis hablar entre vosotros, utilizad los sistemas de comunicación externos.

Las abejas acallaron su zumbido de repente.

Un niño –de sexo indeterminado, andrógino– empezó a cantar con mucha suavidad, desde muy lejos:

*El Niño Jesús me ama*

*y yo le rezo cada mañana.*

*Los niños pequeños a Él nos acercamos*

*y bajo su manto nos cobijamos.*

La voz era dulce, melodiosa.

Pero también helaba la sangre.

Copperfield no había oído nunca nada parecido. Aunque era una voz infantil, tierna y frágil, contenía sin embargo... algo que no debería percibirse en una voz de niño. Una profunda falta de inocencia. Una premeditación, tal vez. Sí, un penetrante conocimiento de demasiadas cosas terribles. Amenaza. Odio. Burla. Un matiz inaudible en la superficie de la dulce melodía, pero que se percibía por debajo de la música, pulsante y lóbrego e infinitamente perturbador.

*Sí, Jesús me ama.*

*Sí, Jesús me ama.*

*Sí, Jesús me ama...*

*y yo le rezo cada mañana.*

–La doctora Paige y el comisario ya nos hablaron de esto –comentó Goldstein–. Oyeron esa voz por el teléfono y surgiendo de los desagües de la cocina del hotel. Antes no les creímos. La historia sonaba tan ridícula...

–Ahora no lo parece –replicó Roberts.

–No –asintió Goldstein, cuyos temblores resultaban visibles incluso estando enfundado en el abultado traje anticontaminación.

–Está emitiendo en la misma longitud de onda que nuestras radios –apuntó Roberts.

–Pero ¿cómo? –quiso saber Copperfield.

–Velázquez –dijo Goldstein de pronto.

–Claro –comentó Roberts–. Velázquez tenía una radio en el traje. Esa cosa está emitiendo a través de la radio del cabo.

La voz infantil dejó de canturrear. En un susurro, dijo a continuación: «Es mejor que recéis vuestras oraciones. Que todo el mundo rece sus oraciones. Que nadie olvide rezar sus oraciones».

Seguidamente, soltó una risilla.

El grupo de Copperfield aguardó a que sucediera algo más.

Pero sólo quedó el silencio.

–Creo que nos estaba amenazando –comentó Roberts.

–Dejad ya de hablar así, maldita sea –intervino Copperfield–. No nos dejemos llevar por el pánico.

–¿Habéis advertido que estamos diciendo «esa cosa»? –dijo Goldstein.

Copperfield y Roberts volvieron los ojos hacia él y cruzaron luego una mirada, pero no dijeron nada.

–Estamos diciendo «esa cosa» igual que la doctora Paige, el comisario y los policías. Así pues... ¿nos hemos pasado por completo a sus teorías?

El general todavía podía escuchar en su mente la voz infantil, inquietante, humana y, al propio tiempo, inhumana.

«Esa cosa.»

–Vamos –dijo, refunfuñando–. Todavía nos queda mucho trabajo por hacer.

Volvió la atención de nuevo a la terminal del ordenador, pero tuvo dificultades para concentrarse.

«Esa cosa.»

Hacia las 4.30 de la tarde del lunes, Bryce dio por terminada la búsqueda casa por casa. Quedaba un par de horas de luz, pero todo el mundo estaba hartos. Harto de subir y bajar escaleras. Harto de cadáveres horrendos. Harto de sorpresas desagradables. Harto de las dimensiones de aquella tragedia humana, de aquel horror que embotaba los sentidos. Harto del nudo que el miedo formaba en su interior. La tensión constante era tan agotadora como un trabajo manual pesado.

Además, Bryce había comprendido que la labor era, sencillamente, demasiado grande para ellos. En cinco horas y media, apenas habían cubierto una pequeña parte del pueblo. A aquel paso, limitado a las horas de luz natural y con el reducido equipo del cual podía disponer, necesitaría al menos un par de semanas para efectuar un



examen completo de Snowfield. Por último, si los desaparecidos no podían ser localizados después de registrado el último edificio, y si nadie descubría una clave de lo sucedido con ellos, Bryce debería iniciar una búsqueda todavía más difícil por los bosques que rodeaban el pueblo.

La noche anterior, Bryce no había querido a la Guardia Nacional dando vueltas por el pueblo. Ahora, en cambio, él y sus hombres habían tenido Snowfield para ellos solos durante casi todo un día, y los especialistas de Copperfield habían recogido sus muestras y habían iniciado el trabajo de análisis. Tan pronto como Copperfield pudiera certificar que la población no había sido víctima de un agente bacteriológico, Bryce haría acudir a la Guardia Nacional para colaborar con sus hombres.

En un primer momento, sin conocer gran cosa de la situación en el pueblo, Bryce se había negado a entregar un ápice de su autoridad en un lugar bajo su jurisdicción. Ahora, en cambio, aunque seguía reacio a cederla, se sentía inclinado a compartir esa autoridad. Necesitaba más hombres. Hora a hora, la responsabilidad se estaba convirtiendo en un peso agobiante y Bryce estaba dispuesto a traspasar una parte de éste a los hombros de otras personas.

Por eso, a las 4.30 de la tarde del lunes, condujo a sus dos equipos de búsqueda de vuelta al Hilltop Inn. Llamó por teléfono al despacho del gobernador y cambió impresiones con Jack Retlock. Llegaron al acuerdo de que la Guardia Nacional sería puesta en alerta para una llamada al servicio activo, a la espera de la señal del general Copperfield.

Apenas le había dado tiempo a colgar el auricular cuando recibió la llamada de Charlie Mercer, el sargento al mando de la comisaría central de Santa Mira. Mercer tenía noticias. Fletcher Kale había huido mientras era conducido al tribunal del condado para ser acusado de dos asesinatos en primer grado.

Bryce se puso furioso.

Charlie le dejó expresar su irritación durante unos minutos y, cuando Bryce se serenó, el sargento añadió:

–La cosa es aún peor. Kale ha matado a Joe Freemont.

–¡Oh, mierda! –exclamó el comisario–. ¿Lo sabe Mary?

–Sí. Yo mismo he ido a contárselo.

–¿Qué tal se lo está tomando?

–Mal. Llevaban veintiséis años, casados.

Más muerte.

Muerte por todas partes.

Dios bendito.

–¿Qué se sabe de Kale? –preguntó Bryce al sargento.

–Creemos que se llevó un coche del complejo de apartamentos del otro lado de la calle. Alguien robó uno del aparcamiento hace pocas horas, de modo que pusimos controles de carreteras en el mismo momento en que se supo que Kale se había fugado. A pesar de todo, calculo que nos lleva casi una hora de ventaja.

–Eso es mucho tiempo. Ya debe de haber roto el cerco.

–Es probable. Si no ponemos la mano encima a ese hijo de puta antes de las siete, haré levantar los controles de carretera. Estamos tan escasos de personal con todo lo que está sucediendo, que no podemos tener a los hombres inmovilizados en los controles.

–Haz lo que consideres más conveniente –respondió Bryce con voz cansina–. ¿Qué hay de la policía de San Francisco? Ya sabes, sobre el mensaje que Harold Ordway dejó en el espejo del hotel, aquí arriba.

–Ésa es la otra razón de mi llamada. Por fin, nos han respondido.

–¿Algo que nos sea de utilidad?

–Bueno, los agentes hablaron con los empleados de las librerías de Ordway. Te conté que una de las tiendas trataba únicamente con libros fuera de catálogo y ediciones raras, ¿recuerdas? La gerente adjunta de esa tienda, llamada Celia Meddock, conocía de nombre a Timothy Flyte.

–¿Es algún cliente? –inquirió Bryce.

–No. Es un autor.

–¿Autor? ¿De qué?

–De un libro. Adivina el título.

–¿Cómo diablos pretendes que...? ¡Ah, por supuesto! *El antiguo enemigo*.

–Exacto –asintió Charlie Mercer.

–¿De qué trata el libro?

–Eso es lo mejor de todo. Según Celia Meddock, parece que trata de las desapariciones en masa a través de la historia.

Por un instante, Bryce se quedó sin habla. Luego, respondió:

–¿Hablas en serio? ¿Significa eso que ha habido muchos episodios más de desapariciones en masa?

–Supongo que sí. Al menos, los suficientes como para llenar un libro.

–¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo es que nunca he oído hablar de ellas?

–Esa Celia Meddock dijo algo sobre la desaparición de antiguas poblaciones mayas...

(Un recuerdo despertó en la mente de Bryce. Un artículo que había leído en una vieja revista científica. Civilizaciones mayas. Ciudades abandonadas.)

–... y sobre la colonia de Roanoke, que fue el primer emplazamiento británico en América del Norte –terminó la frase Charlie Mercer.

–De esto último sí que he oído hablar. Viene en los libros de texto.

–Supongo que muchas de las desapariciones se remontan a épocas antiguas –comentó el sargento.

–¡Santo Cielo!

–Sí. al parecer, Flyte tiene alguna teoría que explicaría tales hechos –continuó Charlie–. La expone en su obra.

–¿Cuál es esa teoría?

–Celia Meddock lo ignoraba. No ha leído el libro.

–Pero Harold Ordina y sí debía conocerla. Y lo que ha sucedido en Snowfield, sea lo que sea, debió parecerle exactamente igual a lo descrito por Flyte. Por eso escribió el título del libro en el espejo del baño.

–Así parece.

Presa de la excitación, Bryce preguntó:

–¿Ha conseguido algún ejemplar del libro la policía de San Francisco?

–No. En la librería no quedaba ninguno. La única razón de que la empleada conociera su existencia es que Ordna y vendió un ejemplar recientemente ... hace dos o tres semanas.

–¿No hay manera de encontrar alguno?

–La edición estaba agotada. De hecho, no ha llegado a imprimirse nunca en este país. El ejemplar que vendieron era británico y, evidentemente, fue allí donde se hizo la única edición publicada hasta ahora. Una edición muy reducida, además. Realmente, es un libro raro.

–¿Qué se sabe de la persona que compró el libro a Ordna y? El coleccionista. ¿Cómo se llama y cuál es su dirección?

–La mujer no lo recuerda. El tipo no es un cliente habitual. Dice que Ordna y lo sabría, probablemente.

–Y eso no nos sirve de nada. Escucha, Charlie, es preciso que consiga un ejemplar de ese libro.

–Estoy ocupándome de ello –respondió Charlie Mercer–. Pero tal vez no lo necesites. Podrás conocer todo el asunto de primera mano. Flyte ha salido de Londres y está volando hacia aquí en este momento.

Jenny estaba sentada en el canto de la mesa central de operaciones, colocada en mitad del vestíbulo, y contemplaba a Bryce, que se había recostado en su asiento. La doctora estaba asombrada ante lo que el comisario acababa de anunciarle.

–¿Que viene hacia aquí desde Londres? ¿Ahora mismo? ¿Ya? ¿Significa eso que el tal Flyte sabía que esta pesadilla iba a producirse?

–Probablemente, no –respondió Bryce–. Pero supongo que, cuando se enteró de las noticias, reconoció en seguida que el suceso podía cuadrar en su teoría.

–Sea la que sea...

–Exacto.

–¿Cuándo se espera que llegue? –preguntó Tal, de pie frente a la mesa.

–Estará en San Francisco poco después de medianoche. Su editor norteamericano ha preparado una conferencia de prensa en el aeropuerto. Después, vendrá directamente a Santa Mira.

–¿Su editor norteamericano? –repitió Frank Autry–. He creído oírte decir que su libro no llegó a editarse aquí.

–Eso dije –confirmó Bryce–. Evidentemente, está escribiendo otro.

–¿Un libro sobre Snowfield? –preguntó Jenny.

–No lo sé. Tal vez. Probablemente.

–Desde luego, no pierde el tiempo –comentó Jenny con expresión ceñuda–. Hace menos de un día que se ha producido el hecho y ya tiene un contrato para escribir un libro al respecto.

–Por mí, ojalá hubiera sido todavía más rápido. Me gustaría que ya estuviera aquí.

–Creo que la doctora –intervino Tal– se refiere a que ese Flyte tal vez no sea más que otro charlatán avisado dispuesto a hacer dinero rápido.

–Exacto –asintió Jenny.

–Puede ser –reconocía Bryce–. Pero no olvidéis que Ordny escribió el nombre de Flyte en el espejo. En cierto modo, Ordny es nuestro único testigo. Y, a juzgar por su mensaje, tenemos que llegar a la conclusión de que lo sucedido guardaba muchas semejanzas con lo que Timothy Flyte escribía en su obra.

–Maldita sea –exclamó Frank Autry–, si ese Flyte tenía realmente alguna información de que esto podía suceder, debería haberse comunicado con nosotros. No debería hacernos esperar así.

–Sí –le apoyó Tal–. Podríamos estar todos muertos a medianoche. Debería haber llamado para indicarnos qué podemos hacer.

–Ahí está el quid de la cuestión –dijo Bryce.

–¿A qué te refieres? –preguntó Jenny.

Bryce soltó un suspiro y se explicó:

–Bueno, tengo la impresión de que Flyte habría llamado si hubiera podido decirnos algo para protegernos. Sí, me parece que tal vez sepa con qué clase de criatura o de fuerza nos estamos enfrentando, pero tengo la profunda sospecha de que no tiene la menor idea de qué hacer ante ello. Por muchas cosas que Flyte pueda contarnos, me temo que no esté en condiciones de aclararnos lo que más necesitamos saber: cómo salvar el pellejo.

Jenny y Bryce apuraban un café junto al escritorio del comisario. Estaban comentando lo que habían descubierto durante la jornada y trataban de encontrar un sentido a aquella sucesión de hechos absurdos: la escarnecedora crucifixión del sacerdote, las balas esparcidas en el suelo de la cocina, los cuerpos encerrados en los coches...

Lisa se encontraba cerca de ellos. Parecía totalmente concentrada en una revista de pasatiempos y crucigramas que había cogido de alguna de las casas inspeccionadas durante el día. De pronto, alzó la mirada y afirmó:

–Yo sé por qué esas joyas estaban amontonadas en el fregadero.

Jenny y Bryce la contemplaron con aire expectante.

–En primer lugar –continuó la muchacha, inclinándose hacia adelante en su asiento–, tenéis que aceptar que en realidad todas esas personas desaparecidas están muertas. Lo están. Muertas. No hay ninguna duda al respecto.

–Pero no hemos podido determinarlo con seguridad, cariño –protestó Jenny.

–Están todos muertos –insistió Lisa en voz baja–. Yo lo sé, y tú también. –Sus vivaces ojos verdes tenían un reflejo casi febril–. Esa cosa se los ha llevado y se los ha comido.

Jenny recordó la respuesta de Lisa la noche anterior en la comisaría, después de que Bryce les contara que había oído gritos torturados por el teléfono cuando eso se había adueñado de la línea. Lisa había dicho: «Quizá esa cosa ha tendido una telaraña en algún rincón oscuro en un sótano o una bodega, y tiene a todos los desaparecidos envueltos en ella, conservados dentro de capullos, vivos. Quizá los está guardando hasta que vuelva a estar hambrienta».

La noche anterior, todo el mundo había contemplado a la muchacha deseando reírse de sus palabras, pero comprendiendo que podría haber algo de desquiciada verdad en lo que decía. No necesariamente una telaraña, ni capullos ni una araña gigantesca. Pero algo. Ninguno de ellos había querido reconocerlo, pero la posibilidad estaba ahí. Lo desconocido. La cosa desconocida. La cosa desconocida que devoraba gente.

Y ahora, Lisa volvió a ese mismo tema.

–Se los ha comido.

–Pero ¿cómo explica eso la aparición de las joyas y relojes en el fregadero? –preguntó Bryce.

–Bueno –añadió Lisa–, después de comerse a la gente, tal vez esa cosa... tal vez se limitó a escupir todos esos objetos... del mismo modo que cualquiera escupe los huesos de cereza.

La doctora Sara Yamaguchi penetró en el Hilltop Inn, se detuvo a responder una pregunta de uno de los hombres de guardia ante la puerta principal y cruzó el vestíbulo en dirección a Jenny y Bryce. Todavía llevaba el traje anticontaminación, pero se había despojado del casco, de la bombona de aire comprimido y de la unidad de reciclado de desechos. Sostenía en sus manos algunas prendas de vestir y un grueso puñado de papeles verde pálido.

Jenny y Bryce se incorporaron para saludarla y Jenny comentó:

–¿Se ha levantado ya la cuarentena, doctora?

–¿Ya? ¡A mí me parece haber pasado años, encerrada dentro de este traje!

La voz de la doctora Yamaguchi resultaba muy distinta a como había sonado por el altavoz del traje. Era una voz frágil y dulce, más diminuta incluso que la propia mujer.

–Me encanta poder respirar aire fresco otra vez –añadió.

–Ha realizado ya los cultivos bacterianos, ¿verdad? –preguntó Jenny.

–Hemos empezado.

–Bueno, en ese caso... ¿no son precisas de veinticuatro a cuarenta y ocho horas para obtener los resultados?

–Sí, pero hemos decidido que era inútil esperar a las pruebas. No vamos a cultivar ninguna bacteria en nuestros tubos de ensayo. Ni benignas, ni de ningún otro tipo.

«Ni benignas, ni de ningún otro tipo.» Aquella curiosa afirmación dejó intrigada a Jenny pero, antes de que pudiera preguntar a qué se refería, la genetista añadió:

–Además, Meddy nos ha dicho que no hay peligro bacteriológico.

–¿Meddy?

–Es la abreviatura de Medanacomp –explicó la doctora Yamaguchi–. Lo cual, a su vez, es una abreviatura de Sistemas de Cálculo y Análisis Médico. Es nuestro ordenador. Una vez asimilados todos los datos de las autopsias y las pruebas, hemos pedido a Meddy un cálculo de posibilidades de que exista una causa biológica para lo aquí sucedido. Meddy afirma que existe un cero coma cero por ciento de probabilidades de que el causante sea un agente bacteriológico.

–Y usted confía en un análisis de ordenador hasta el punto de atreverse a respirar aire fresco sin más precauciones –comentó Bryce, claramente sorprendido.

–Meddy ha realizado más de ochocientas pruebas teóricas sin el menor error.

–Pero esto no es una prueba teórica –dijo Jenny.

–Es cierto, pero después de lo que encontramos en las autopsias y en todos los tests patológicos... –la genetista se encogió de hombros y entregó el puñado de papeles a Jenny–. Aquí tiene. Los resultados lo dicen muy claro. El general Copperfield cree que le gustará ver los datos. Si tiene alguna pregunta, yo le explicaré lo que desee. Ahora mismo, todos los hombres están en el laboratorio despojándose de sus trajes anticontaminación, y yo estoy impaciente por hacer lo mismo. Tengo todo el cuerpo irritado.

La genetista sonrió y se rascó el cuello. Sus dedos enguantados dejaron unas ligeras marcas rojas en su piel, delicada como porcelana.

–¿Hay algún sitio donde pueda lavarme? –preguntó.

–Tenemos jabón, toallas y una jofaina en un rincón de la cocina. No ofrece mucha intimidad, pero todos estamos dispuestos a sacrificar un poco de comodidad antes que quedarnos solos.

–Muy comprensible –asintió la doctora Yamaguchi–. ¿Dónde dice que está esa jofaina?

Lisa saltó de su asiento, dejando a un lado la revista de crucigramas.

–Yo le acompaño. Así me aseguraré de que los tipos que están trabajando en la cocina permanezcan vueltos de espalda y con los ojos fijos en el suelo.

Los papeles de color verde pálido eran copias impresas de datos de ordenador, cortadas en hojas sueltas, numeradas y encuadradas a lo largo del margen izquierdo con una guía de plástico a presión.

Mientras Bryce echaba vistazos por encima del hombro de Jenny, ésta hojeó la primera parte del informe, que era una transcripción de ordenador de las notas

tomadas durante la autopsia por Seth Goldstein. El forense apuntaba indicios de posible asfixia, junto a otros signos más evidentes de reacción alérgica grave a una sustancia no identificada; sin embargo, no estaba en condiciones de fijar una causa concreta de la muerte.

A continuación, Jenny centró su atención en uno de los primeros análisis patológicos. Era un examen bajo el microscopio óptico de una serie de cultivos de bacterias sin teñir, procedentes de diversas muestras contaminadas con tejidos y fluidos del cuerpo de Gary Wechlas. En la prueba, se había utilizado iluminación de campo para identificar hasta el menor microorganismo, buscando cualquier tipo de bacteria que todavía viviera en el cadáver. Los resultados del test resultaban desconcertantes.

CULTIVOS DE MICROORGANISMOS  
ANÁLISIS AUTOMÁTICO – MEDANACOMP  
VERIFICACIÓN VISUAL – BETTENBY  
FRECUENCIA DE VERIFICACIÓN VISUAL – 20 % DE MUESTRAS  
IMPRESIÓN

MUESTRA 1

GÉNERO ESCHERICHIA

FORMAS PRESENTES:

NINGUNA FORMA PRESENTE

NOTA: DATOS ANORMALES.

NOTA: VARIANTE IMPOSIBLE – AUSENCIA DE E. COLI ANIMADOS EN  
LOS INTESTINOS DE LA MUESTRA CONTAMINADA.

|

GÉNERO CLOSTRIDIUM

FORMAS PRESENTES:

NINGUNA FORMA PRESENTE

NOTA: DATOS ANORMALES.

NOTA: VARIANTE IMPROBABLE – AUSENCIA DE C. WELCHII  
ANIMADOS EN LOS INTESTINOS DE LA MUESTRA CONTAMINADA.

|

GÉNERO PROTEUS

FORMAS PRESENTES:

NINGUNA FORMA PRESENTE

NOTA: DATOS ANORMALES.

NOTA: VARIANTE IMPROBABLE – AUSENCIA DE P. VULGARIS  
ANIMADOS EN LOS INTESTINOS DE LA MUESTRA CONTAMINADA.

Las hojas continuaban enumerando una serie de otras bacterias que tanto el doctor Bettenby como el ordenador habían buscado en las muestras, con idéntico resultado que las anteriores.

Jenny recordó lo que había dicho la doctora Yamaguchi, el comentario que le había sorprendido y sobre el cual había querido interrogar a la genetista: «Ni bacterias benignas ni de ningún otro tipo». Y aquí tenía los datos, punto por punto tan anormales como afirmaba el ordenador.

–Qué extraño –comentó Jenny.

–Yo no entiendo nada de lo que pone ahí –dijo Bryce–. ¿Puedes traducírmelo?

–Bueno, verás: Un cadáver es un excelente campo de cultivo para todo tipo de bacterias... al menos a corto plazo. Después de las horas transcurridas desde la muerte de Gary Wechlas, el cadáver debería estar rebosante de *Clostridium welchii*, que está relacionada con el proceso de la gangrena gaseosa.

–¿Y no aparece?

–No han logrado encontrar un solo ejemplar de *C. welchii* vivo en la solución acuosa contaminada con muestras de tejido intestinal. Y ésa es precisamente la zona del cuerpo que debería estar llena de esos microorganismos. Y también deberían abundar los ejemplares de *Proteus vulgaris*, que son bacterias saprófitas.

–¿Traducción? –preguntó Bryce con voz paciente.

–Lo siento. Saprófita significa que aprovecha la materia muerta o en descomposición.

–Y Wechlas estaba indiscutiblemente muerto.

–Indiscutiblemente. Pero no aparece ningún *P. vulgaris*. Y también debería haber otras bacterias, como el *Micrococcus albus* y el *Bacillus mesentericus*. En resumen, no hemos podido encontrar ninguno de los microorganismos asociados a la descomposición, ni ninguna de las bacterias que deberían hallarse presentes en las muestras. Y algo todavía más extraño: no existe una sola *Escherichia coli* en todo el cuerpo. Es una bacteria que debería encontrarse en su organismo en gran número y en perfectas condiciones desde mucho antes de su muerte, y que aún debería sobrevivir en él sin problemas. La *E. coli* habita en el colon. En el tuyo, en el mío, en el de Wechlas y en el de cualquiera. Y mientras su ubicación en el organismo se limite a los intestinos, suele resultar una bacteria benigna. –Jenny continuó repasando por encima el informe–. Aquí está: observa esto. Al utilizar métodos de tinción general y diferencial para investigar la presencia de microorganismos muertos, han encontrado gran cantidad de *E. coli*. Pero todos los especímenes hallados están muertos. No existe una sola bacteria viva en el cuerpo de Wechlas.

–¿Y qué se supone que significa eso? –preguntó Bryce–. ¿Que el cadáver no se está descomponiendo como debería?

–No se está descomponiendo en absoluto. Pero no sólo eso, sino algo mucho más extraño aún. La razón de que no se corrompa es que, al parecer, le ha sido inyectada una dosis masiva de un agente esterilizante y estabilizante. Un conservante, Bryce. Parece haber recibido una inyección de un conservante extremadamente efectivo.



Lisa se acercó a la mesa con una bandeja en la que traía cuatro tazas de café, cucharillas y servilletas. Pasó los cafés a la doctora Yamaguchi, Jenny y Bryce, reservándose la cuarta taza.

Se encontraban sentados en el comedor del Hilltop, cerca de las ventanas. Fuera, la calle estaba bañada por el sol dorado y anaranjado del crepúsculo.

Dentro de menos de una hora, se dijo Jenny, la oscuridad caería otra vez. Y empezaría otra larga noche de espera.

Notó un escalofrío. Desde luego, necesitaba esa taza de café caliente.

Sara Yamaguchi lucía ahora unos pantalones de pana y una blusa amarilla. El cabello, negro y sedoso, le caía sobre los hombros.

–Bien –la oyó comentar Bryce–, supongo que todos han visto suficientes documentales sobre vida salvaje en televisión para saber que ciertas arañas y avispa, así como otros insectos, inyectan en sus víctimas un conservante y las guardan para devorarlas más tarde o para alimentar a sus crías. El conservante diseminado por los tejidos del cadáver de Wechlas guarda un remoto parecido con esas sustancias, aunque es mucho más potente y sofisticado.

Jenny recordó la mariposa nocturna, de descomunal tamaño, que había atacado y matado a Stewart Wargle. Sin embargo, no era aquélla la criatura que había dejado sin gente a Snowfield. Definitivamente, no lo era. Aunque hubiera cientos de tales criaturas acechando en algún lugar del pueblo, no podían ser las causantes de todas las muertes. Ningún insecto de aquel tamaño podría haberse colado dentro de un coche cerrado, de una casa resguardada o de una habitación atrancada. Allí fuera había algo más.

–¿Pretende usted decir que fue un insecto lo que mató a esa gente?

–preguntó Bryce a Sara Yamaguchi.

–En realidad, las pruebas no van en esa dirección. Un insecto emplearía un aguijón para matar e inyectar esa sustancia. Habría una herida, una incisión, aunque fuera minúscula. Sin embargo, Seth Goldstein repasó todo el cuerpo de Wechlas con lupa, centímetro a centímetro. Dos veces. Incluso empleó una crema depilatoria para eliminar todo el vello corporal y poder examinar la piel más minuciosamente. A pesar de todo ello, fue incapaz de encontrar un pinchazo u otra herida cutánea a través de la cual pudiera haberse inoculado alguna sustancia. Entonces, creímos que nuestros datos eran atípicos o inexactos, de modo que efectuamos un segundo examen *post mortem*.

–En el cuerpo de Karen Oxley –murmuró Jenny.

–Exacto.

Sara Yamaguchi se acercó a las ventanas y contempló la calle en busca del general Copperfield y los demás. Cuando volvió a la mesa, continuó diciendo:

–Sin embargo, los resultados de las pruebas fueron los mismos. Ninguna bacteria viva en el cadáver. La descomposición orgánica, detenida por un medio no natural. Los tejidos, saturados de conservante. De nuevo, los datos eran extraños,

pero esta vez habíamos podido comprobar que los de la primera autopsia no eran erróneos.

–Si ese conservante no fue inoculado, ¿qué medio se utilizó para administrarlo? –preguntó Bryce.

–Nuestra principal teoría es que se trata de una sustancia muy absorbible que entra en el cuerpo por contacto cutáneo y luego circula por los tejidos en cuestión de segundos.

–¿Podría ser un gas nervioso, después de todo? –intervino Jenny–. Quizá el efecto conservante sólo sea una consecuencia, un efecto secundario.

–No –replicó Sara Yamaguchi–. No hemos encontrado el menor rastro en las ropas, y debería haberlo si estuviéramos ante un caso de saturación por gases. Además, aunque la sustancia tiene un efecto tóxico, los análisis químicos muestran que no es primordialmente una toxina, como debería ser si se tratara de un gas; esa sustancia es, fundamentalmente, un conservante.

–Pero ¿fue la causa de la muerte? –inquirió Bryce.

–Contribuyó a ella, pero no podemos precisar la causa exacta. En parte fue la toxicidad del conservante, pero otros factores nos llevan a creer que la muerte se produjo también por privación de oxígeno. Las víctimas habían sufrido bien una constricción prolongada, o un bloqueo completo de la tráquea.

–¿Estrangulamiento? ¿Asfixia? –Bryce se inclinó hacia adelante.

–Sí. Pero ignoramos cuál, con precisión.

–De todos modos, ¿cómo es posible eso? –quiso saber Lisa–. Las muertes que usted está diciendo tardan uno o varios minutos en producirse, pero esa gente murió realmente de prisa. En un par de segundos, como mucho.

–Además –dijo Jenny–, si recuerdo bien la escena de la habitación de los Oxley, no había el menor signo de lucha. La gente que muere estrangulada suele resistirse con todas sus fuerzas, derriba cosas...

–Sí –afirmó la genetista, moviendo la cabeza–. No tiene sentido.

–¿Por qué están hinchados los cuerpos? –preguntó Bryce.

–Creemos que es una reacción tóxica al conservante.

–¿Y el color también?

–No. Eso es... diferente.

–¿A qué se refiere?

Sara no respondió inmediatamente. Frunció el ceño, miró el café de su taza y, por último, dijo:

–La piel y el tejido subcutáneo de ambos cadáveres indican claramente que las contusiones fueron causadas mediante compresión por una fuerza externa. Son típicas contusiones. En otras palabras, el aspecto amoratado no se debe a la hinchazón ni es una reacción alérgica al conservante. Parece como si algo hubiera golpeado a las víctimas. Con fuerza. Repetidamente. Pero eso también es absurdo porque, para causar esas contusiones, debería haber al menos una fractura, una sola, en alguna parte. Y otra cosa absurda: el grado de las contusiones es el mismo en todo

el cuerpo. Los tejidos están dañados exactamente en el mismo grado en los muslos, las manos, el pecho... en todas partes. Y eso es imposible.

–¿Porqué? –preguntó Bryce.

Le respondió Jenny:

–Si tú golpeas a alguien con un arma contundente, ciertas zonas del cuerpo quedarán más dañadas que otras. Es imposible que descargues cada golpe exactamente con la misma fuerza y precisión que los demás. Y eso es lo que se debería hacer para producir el tipo de contusiones que presentan esos cuerpos.

–Además –añadió Sara Yamaguchi – , presentan moratones en lugares donde no podría llegar un objeto contundente. En las axilas. Entre las nalgas. ¡Y en las plantas de los pies! Incluso si, como en el caso de la señora Oxley, llevaban los zapatos puestos.

–Es evidente –reflexionó Jenny– que la compresión tisular que produjo esa contusión generalizada tuvo otra causa distinta a los golpes.

–¿Qué pudo ser? –preguntó Bryce.

–No tengo idea.

–Y murieron muy de prisa –recordó Lisa a los presentes.

Sara se apoyó en el respaldo de su silla, la levantó en equilibrio sobre las dos patas traseras y volvió a mirar hacia la ventana. Ladera arriba, en dirección a los laboratorios móviles.

–¿Cuál es su opinión, doctora Yamaguchi? –preguntó Bryce–. No su opinión profesional, sino personal. Informalmente, ¿qué le parece todo esto? ¿Tiene alguna teoría?

La genetista se volvió hacia él y movió la cabeza. Su cabello ondeó a un lado y otro y los últimos rayos del sol de la tarde jugaron con él enviando breves destellos rojos, verdes y azules entre la sedosa pantalla igual que la luz. al reflejarse en la negra superficie del petróleo, crea breves arco iris sinuosos.

–No, me temo que no tengo ninguna teoría. Ninguna idea coherente. Salvo que...

–¿Qué?

–Verá... ahora creo que fue un acierto incorporar a Isley y a Arkham al grupo.

Jenny seguía escéptica respecto a posibles intervenciones extraterrestres, pero Lisa se mostró intrigada.

–¿De veras cree que esa cosa puede venir de otro mundo? –preguntó.

–Puede haber otras posibilidades –respondió Sara– pero, de momento, resulta difícil saber cuáles.

La genetista echó una ojeada a su reloj, frunció el ceño y, con gesto nervioso, volvió de nuevo la atención hacia la ventana.

–¿Por qué tardan tanto? –murmuró.

Fuera, los árboles estaban inmóviles.

Los toldos a la entrada de las tiendas colgaban lacios.

El pueblo estaba mortalmente quieto.

–Ha dicho que estaban quitándose los trajes anticontaminación.

–Sí, pero no debería llevarles tanto tiempo.  
–Si hubiera habido algún problema habríamos oído disparos.  
–O explosiones –añadió Jenny–. Esos cócteles molotov que han preparado.  
–Deberían haber llegado hace al menos cinco... tal vez diez minutos –insistió Sara Yamaguchi–. Y sigue sin haber rastro de ellos.

Jenny recordó la increíble rapidez con la que esa cosa se había llevado a Jake Johnson.

Bryce titubeó y luego empujó la silla hacia atrás.  
–Supongo que no estará de más que vaya con unos hombres a echar un vistazo.  
Sara Yamaguchi se apartó de la ventana. Las patas delanteras de la silla volvieron al suelo con un golpe seco y estentóreo.

–Algo va mal –musitó.  
–No, no. Probablemente, no sucede nada –replicó Bryce.  
–Usted también lo nota, comisario –insistió Sara–. Puedo percibir que así es. ¡Santo Cielo!

–No se preocupe –insistió Bryce con calma.  
Sin embargo, sus ojos no reflejaban la misma tranquilidad que su voz. Durante las veintitantas horas anteriores, Jenny había aprendido a interpretar muy bien la mirada de aquellos ojos de párpados caídos. Ahora expresaban tensión y un temor helado, punzante como una aguja.

–Es demasiado pronto para preocuparse –musitó.  
Pero todos sabían muy bien qué sucedía.  
No querían creerlo, pero lo sabían.  
El terror había empezado de nuevo.

Bryce escogió a Tal, Frank y Gordy para que le acompañaran al laboratorio.  
–Yo también voy –dijo Jenny.  
Bryce no quería que les acompañase. Tenía más miedo por ella que por Lisa o por cualquiera de sus hombres, o incluso que por él mismo.  
Se había establecido entre ellos una relación inesperada y poco común. Bryce se sentía a gusto con ella, y le parecía que a ella le sucedía lo mismo. No quería perderla y, por eso, respondió:

–Preferiría que no lo hicieras.  
–Soy médico –replicó Jenny, como si aquello no fuera sólo una profesión, sino una armadura que la protegiera de todo mal.  
–El hotel es una buena fortaleza –insistió él–. Aquí estarás más segura.  
–Nadie está seguro en ninguna parte.  
–No he dicho segura, sino más segura.  
–Tal vez haga falta un médico.  
–Si han sido atacados, estarán muertos o desaparecidos. No hemos encontrado a nadie solamente herido, ¿verdad?  
–Siempre hay una primera vez.

Jenny se volvió hacia Lisa y le dijo:

–Tráeme el maletín, cariño...

La muchacha corrió hacia la improvisada enfermería.

–Ella se queda aquí. Eso, seguro –declaró Bryce.

–No –replicó Jenny–. Ella viene conmigo.

Bryce, exasperado, insistió:

–Escucha, Jenny, prácticamente estamos en una situación de ley marcial. Puedo ordenarte que te quedes.

–¿Y cómo me obligarías? ¿A punta de pistola? –repuso ella, pero sin antagonismo.

Lisa volvió con el maletín de cuero negro.

Sara Yamaguchi, junto a la puerta del hotel, apremió a Bryce:

–De prisa, de prisa, por favor.

Si esa cosa había atacado el laboratorio móvil, lo más probable era que no tuviera objeto correr.

Contemplando a Jenny, Bryce pensó: «No puedo protegerte, doctora, ¿te das cuenta? Quédate aquí, donde las ventanas están cerradas y las puertas bien guardadas. No confíes en mí para protegerte porque puedes estar segura de que fracasaré. Igual que le fallé a Ellen... y a Timmy».

–Vámonos –dijo Jenny.

Dolorosamente consciente de sus limitaciones, Bryce les condujo fuera del hotel y calle arriba hacia la esquina... detrás de la cual podía muy bien estar esperándoles aquello. Tal encabezaba el grupo junto a Bryce. Frank y Gordy protegían la retaguardia. Lisa, Sara Yamaguchi y Jenny quedaban en el centro.

El día estaba empezando a refrescar.

En el valle, a los pies de Snowfield, había comenzado a formarse la niebla.

Quedaba menos de tres cuartos de hora para que cayera la noche. El sol derramó un último resplandor de luz ensangrentada sobre el pueblo. Las sombras eran extremadamente largas, distorsionadas. Las ventanas ardían con el reflejo del fuego solar.

El silencio que envolvía la calle parecía aún más siniestro que la noche anterior. Sus pisadas resonaban como si estuvieran recorriendo una enorme catedral abandonada.

Doblaron la esquina con cautela.

En medio de la calle había tres trajes anticontaminación amontonados y vacíos. Otro traje vacío quedaba medio en la cuneta y medio en la acera. Dos de los cascos estaban rotos.

La calle estaba sembrada de fusiles y a lo largo del bordillo había una hilera de cócteles molotov sin utilizar.

La puerta trasera del camión estaba abierta. En el interior había más trajes vacíos y un montón de armas. No encontraron a nadie.

–¿General? ¿General Copperfield? –gritó Bryce.

Silencio sepulcral.

Silencio lunar.

–¡Seth! –llamó Sara Yamaguchi–. ¡Will! ¡Will Bettemby! ¡Galen! ¡Que alguien responda, por favor!

Nada. Nadie.

–Ni siquiera consiguieron hacer un solo disparo –dijo Jenny.

–Ni gritar –añadió Tal–. Si lo hubieran hecho, los hombres de guardia a la entrada del hotel les habrían oído.

–¡Oh, mierda! –exclamó Gordy.

Las puertas traseras de ambos laboratorios estaban entreabiertas.

Bryce tuvo la sensación de que algo les aguardaba en el interior.

Quiso dar media vuelta y alejarse. Pero no pudo. Él era el jefe allí. Si se dejaba arrastrar por el pánico, todos lo harían. Y el pánico era una invitación a la muerte.

Sara echó a andar hacia el primero de los vehículos.

Bryce la detuvo.

–Eran amigos míos, maldita sea –dijo ella.

–Lo sé, pero déjeme ir delante –respondió él.

Por un instante, sin embargo, le fue imposible hacerlo.

Estaba paralizado de miedo.

No podía moverse ni un milímetro. Pero al fin, naturalmente, lo hizo.

## Juegos de ordenador

Bryce tenía el revólver reglamentario en la mano y preparado para disparar. Empujó la puerta con la otra mano y la abrió de par en par. Al mismo tiempo, saltó hacia atrás apuntando con el arma al interior del laboratorio.

Estaba desierto. Vio dos trajes anticontaminación hechos un ovillo en el suelo y otro sobre una silla giratoria frente a uno de los terminales de ordenador.

El comisario se dirigió al segundo vehículo.

–Déjame ésta a mí –dijo Tal.

Bryce le hizo un gesto de negativa con la cabeza.

–Tú quédate ahí. Protege a las mujeres; ellas no llevan armas. Si sale algo de ahí dentro cuando abra la puerta, echad a correr como si os llevara el diablo.

Con el corazón al galope, Bryce vaciló ante el segundo laboratorio móvil. Puso la mano en la puerta. Titubeó de nuevo. Luego, empujó con más precauciones aún que en el primero.

También estaba desierto. Dos trajes anticontaminación. Nada más.

Cuando Bryce asomó la cabeza al interior, todas las luces del techo se apagaron. Dio un brinco de sorpresa ante la repentina oscuridad. Sin embargo, un segundo después volvió a hacerse la luz aunque esta vez no procedía de las lámparas del techo, sino que era una luz inusual, un destello verde que le sobresaltó. Entonces vio que sólo se trataba de las tres pantallas de los terminales de ordenador, que se habían encendido a la vez. Al instante volvieron a apagarse. Los parpadeos se repitieron varias veces. Al principio, las tres pantallas los hacían simultáneamente, luego en secuencia, una y otra vez. Por fin, se encendieron y así quedaron, llenando de un resplandor lúgubre la zona de trabajo. Todas las demás luces siguieron apagadas.

–Voy a entrar –dijo Bryce.

Los demás protestaron, pero el comisario ya estaba en el estribo y cruzó la entrada. Se acercó a la primera pantalla, donde brillaban con letras verdes sobre un fondo verde oscuro cinco palabras.

EL NIÑO JESÚS ME AMA.

Bryce observó las otras dos pantallas. En ambas se leían las mismas palabras. Tras un parpadeo, apareció una nueva frase:

Y YO LE REZO CADA MAÑANA.

Bryce frunció el ceño.

¿Qué clase de programa era éste? Era la misma letra de una de las tonadas que habían surgido del desagüe de la cocina en el hotel.

LA BIBLIA ESTÁ LLENA DE MIERDA, leyó en el ordenador.

Parpadeo.

CRISTO ES UN JODEPERROS.

La frase permaneció en la pantalla varios segundos. A Bryce le pareció que la luz verde de las pantallas era fría. Así como la luz de una chimenea lleva consigo un calor seco, esta luminosidad producía una sensación de frío que le dejaba aterido.

En aquellas pantallas no estaba viendo un programa normal. Aquello no era nada que el equipo del general Copperfield hubiera introducido en el ordenador, no era ningún tipo de código, ningún ejercicio de lógica, ningún test interno de la máquina.

Parpadeo.

JESÚS ESTÁ MUERTO. DIOS ESTÁ MUERTO.

Parpadeo.

YO ESTOY VIVO.

Parpadeo.

¿QUIERES JUGAR CONMIGO AL JUEGO DE LAS 20 PREGUNTAS?

Con los ojos fijos en la pantalla, Bryce notó crecer en su interior un terror primitivo, supersticioso; un pavor reverencial que le atenazaba la garganta y le hacía un nudo en el estómago. En lo más profundo de su ser, casi a nivel subconsciente, percibió que estaba en presencia de algo maléfico, antiguo y... familiar. Pero ¿cómo podía ser familiar si ni tan sólo sabía qué era aquella cosa? Y, con todo... Con todo, quizá era cierto que lo sabía. En su fuero interno. Instintivamente. Si hubiera podido ahondar en sí mismo mucho más allá de la pátina civilizada que le dotaba de tanto escepticismo, si hubiera podido buscar en su memoria racial, habría podido descubrir la verdad sobre la cosa que había atacado y diezmado la población de Snowfield.

Parpadeo.

¿COMISARIO HAMMOND?

Parpadeo.

¿QUIERES JUGAR CONMIGO AL JUEGO DE LAS 20 PREGUNTAS?

La lectura de su nombre le sobresaltó. Y, a continuación, apareció en la pantalla una sorpresa todavía más perturbadora:

ELLEN.

El nombre permaneció en la pantalla. El nombre de su difunta esposa. Todos los músculos de su cuerpo entraron en tensión mientras esperaba a que apareciera algo más pero, durante largos, interminables segundos, sólo pudo leer aquel nombre tan querido del cual no podía apartar los ojos. Y entonces...

ELLEN SE PUDRE.

Bryce se quedó sin aliento.

¿Cómo era posible que conociera la existencia de Ellen?

Parpadeo.

ELLEN ES PASTO DE LOS GUSANOS.

¿Qué mierda era todo aquello? ¿Qué objeto tenía?

TIMMY MORIRÁ.

La profecía brilló en la pantalla, verde sobre verde. Bryce soltó un jadeo.



–No... –murmuró.

Durante todo un año, había pensado que era mejor que Timmy se apagara ya. Era preferible eso a una lenta degradación física. Incluso el día anterior, habría admitido que una muerte rápida sería una bendición para su hijo. Pero ya no pensaba así. Snowfield le había enseñado que no había nada peor que la muerte. En brazos de la muerte no había esperanza. En cambio, mientras Timmy viviera, habría una posibilidad de recuperación. Al fin y al cabo, los doctores decían que el muchacho no había sufrido daños cerebrales irreparables. Por tanto, si alguna vez despertaba de su largo sueño, Timmy tenía bastantes probabilidades de recuperar sus facultades y sus funciones normales. Probabilidades, promesas, esperanzas... Por eso, Bryce dijo «no» al ordenador.

–No –repitió.

Parpadeo.

TIMMY SE PUDRIRÁ. ELLEN SE PUDRE. ELLEN SE PUDRE EN EL INFIERNO.

–¿Quién eres? –exigió saber Bryce.

En el instante en que abrió la boca, se sintió ridículo. No podía hablarle a un ordenador como si fuera otro ser humano. Si quería hacer alguna pregunta, tendría que teclearla.

¿QUIERES QUE CHARLEMOS UN RATO?

Bryce se alejó de la pantalla. Anduvo hasta la puerta del laboratorio móvil y se asomó al exterior.

Los demás se mostraron aliviados al verle.

Carraspeó, tratando de ocultar su profunda agitación, y dijo:

–Doctora Yamaguchi, necesito su ayuda aquí dentro.

Tal, Jenny, Lisa y Sara Yamaguchi entraron en el remolque. Frank y Gordy permanecieron fuera, junto a la puerta, vigilando con gesto nervioso la calle desierta, donde la luz del día se desvanecía rápidamente.

Bryce mostró las pantallas a Sara.

¿QUIERES QUE CHARLEMOS UN RATO?

El comisario explicó lo que había ido apareciendo en las pantallas y, sin darle tiempo a terminar, Sara le interrumpió diciendo:

–Pero eso es imposible. Este ordenador no tiene programa ni vocabulario que le permita...

–Algo tiene el control de su ordenador –dijo Bryce.

–¿El control? ¿Cómo? –frunció el ceño la genetista.

–No lo sé.

–¿Quién?

–No quién –intervino Jenny al tiempo que pasaba un brazo en torno a los hombros de su hermanita–. Di más bien qué.

–Sí –dijo Tal –. Esa cosa, ese asesino, sea lo que diablos sea... Eso es lo que se ha apoderado de su ordenador, doctora Yamaguchi.

Visiblemente incrédula, la genetista se sentó ante una de las pantallas y puso en funcionamiento la máquina de escribir automática.

–Será mejor que tengamos una copia por escrito si realmente llegamos a sacar algo de esto.

Titubeó un instante con sus manos delicadas, casi infantiles, colocadas sobre el teclado. Bryce, a su espalda, la observó. Tal, Jenny y Lisa se volvieron hacia las otras dos terminales... en el instante en que las pantallas quedaron en blanco. Sara contempló la superficie rectangular de luz verde que tenía ante sí y, por fin, tecleó el código de acceso y escribió una pregunta.

¿HAY ALGUIEN AHÍ?

La máquina de escribir traqueteó, iniciando la impresión, y la respuesta llegó al instante:

Si.

¿QUIÉN ERES?

INCONTABLES.

–¿Qué significa eso? –preguntó Tal.

–No lo sé –respondió Sara.

Volvió a teclear la pregunta y recibió la misma confusa respuesta.

INCONTABLES.

–Pregúntale si tiene algún nombre –indicó Bryce.

Sara pulsó las teclas y las palabras correspondientes aparecieron al instante en las tres pantallas:

¿TIENES UN NOMBRE?

SÍ.

¿CUÁL ES?

MUCHOS.

¿TIENES MUCHOS NOMBRES?

SÍ.

DINOS UNO DE ESOS NOMBRES.

CAOS

¿QUÉ OTROS NOMBRES TIENES?

ERES UNA GOLFA ESTÚPIDA Y ABURRIDA. HAZ OTRA PREGUNTA.

Sara, visiblemente perpleja, alzó la mirada a Bryce.

–Decididamente, ésa no es una frase que pueda encontrarse en los lenguajes de ordenador.

–No le preguntes quién es –recomendó Lisa–. Interrógale sobre qué es.

–Exacto –asintió Tal–. Intenta que te dé una descripción física.

–Lo interpretará como una petición de que efectúe unas comprobaciones diagnóstico de su propio funcionamiento –dijo Sara–. Empezará a presentar en pantalla diagramas de sus circuitos internos.

–No, no lo hará –replicó Bryce–. Recuerde que no está dialogando con el ordenador. Es otra cosa. El ordenador sólo es un medio de comunicación.

–Por supuesto –dijo Sara–. A pesar de la frase que acaba de utilizar, aún pienso en él como nuestra apreciada y valiosa Meddy.

Después de pensarlo un instante, tecleó de nuevo:

PROPORCIONA UNA DESCRIPCIÓN FÍSICA DE TI MISMO.

ESTOY VIVO.

SÉ MÁS CONCRETO, le exigió Sara.

SOY POR NATURALEZA INCONCRETO.

¿ERES HUMANO?

ABARCO TAMBIÉN ESA POSIBILIDAD.

–Está jugando con nosotros –dijo Jenny–. Divirtiéndose.

Bryce se pasó una mano por el rostro.

–Pregúntele qué ha sido de Copperfield.

¿DÓNDE ESTA GALLEN COPPERFIELD?

MUERTO.

¿DÓNDE ESTÁ SU CUERPO?

DESAPARECIDO.

¿CÓMO HA DESAPARECIDO?

GOLFA FASTIDIOSA.

¿QUÉ HA SIDO DE LOS HOMBRES QUE ESTABAN CON GALLEN COPPERFIELD?

MUERTOS.

¿LOS HAS MATADO TÚ?

Sí.

¿POR QUÉ LO HAS HECHO?

TODOS.

ACLARA ESO, tecleó Sara.

TODOS VOSOTROS.

ACLARA ESO.

TODOS VOSOTROS ESTÁIS MUERTOS.

Bryce apreció el temblor en las manos de la mujer, pese a lo cual sus dedos continuaron tecleando con precisión y rapidez:

¿POR QUÉ QUIERES MATARNOS?

ÉSA ES VUESTRA RAZÓN DE SER.

¿ESTÁS DICIENDO QUE SÓLO EXISTIMOS PARA QUE NOS MATES?

Sí. SOIS RESES. SOIS CERDOS. NO TENÉIS NINGÚN VALOR.

¿CUÁL ES TU NOMBRE?

VACÍO.

ACLARA ESO.

NADA.

¿CUÁL ES TU NOMBRE?

LEGIÓN.

ACLARA ESO.

ACLÁRAME LA POLLA, GOLFA FASTIDIOSA.

Sara se ruborizó y murmuró:

–Esto es una locura.

–Casi se puede percibir la presencia de esa cosa aquí, con nosotros, en este mismo instante –comentó Lisa.

Jenny estrechó a su hermana por los hombros, tratando de darle ánimos con su gesto, y respondió:

–¿A qué te refieres con eso, cariño?

–Casi se puede notar su presencia –repitió Lisa con voz trémula, tensa. Su mirada recorrió el laboratorio–. El aire parece más denso, ¿no te parece? Y más frío. Es como si algo fuera a... a materializarse aquí mismo, ante nosotros.

Bryce sabía muy bien a qué se refería la chiquilla.

Tal cruzó su mirada con la de Bryce y asintió. También él lo notaba.

Sin embargo, Bryce estaba convencido de que aquella sensación era absolutamente subjetiva. Nada iba a materializarse allí, en realidad. El aire no era más denso que unos minutos antes; sólo lo parecía porque estaban todos tensos y, cuando uno se encuentra en tal estado, la respiración se hace un poco más difícil por causas estrictamente naturales. Y si había descendido la temperatura... bien, eso se debía únicamente a la proximidad de la noche.

Las pantallas del ordenador quedaron de nuevo en blanco. Luego, pudieron leer en ellas:

¿CUÁNDO LLEGARÁ ÉL?

ACLARA ESO, tecleó Sara.

¿CUÁNDO LLEGARÁ EL EXORCISTA?

–¡Santo Cielo! –exclamó Tal –. ¿Qué es esto?

ACLARA ESO.

TIMOTHY FLYTE.

–¡No entiendo nada! –murmuró Jenny.

–Esa cosa conoce al tal Flyte –comentó Tal Whitman–. Pero ¿cómo puede ser? ¿Acaso le tiene miedo a Flyte?

¿TIENES MIEDO A FLYTE?

GOLFA ESTÚPIDA.

¿TIENES MIEDO A FLYTE?, insistió Sara Yamaguchi.

NO TENGO MIEDO A NADA.

¿POR QUÉ TE INTERESA FLYTE?

HE DESCUBIERTO QUE ÉL CONOCE.

¿QUÉ ES LO QUE CONOCE?

MI EXISTENCIA.

–Ahora es evidente que podemos descartar la posibilidad de que Flyte sea sólo un charlatán –comentó Bryce.

Sara formuló una nueva pregunta:

¿FLYTE SABE QUÉ ERES?

SÍ. LE QUIERO AQUÍ.

¿POR QUÉ LE QUIERES AQUÍ?

ÉL ES MI MATEO.

ACLARA ESO.

ÉL ES MI MATEO, MARCOS, LUCAS Y JUAN.

Sara frunció el ceño, hizo una pausa y volvió la mirada hacia Bryce. Después, sus dedos revolotearon de nuevo sobre las teclas:

¿SIGNIFICA ESO QUE FLYTE ES TU APÓSTOL?

NO. ES MI BIÓGRAFO. HA HECHO LA CRÓNICA DE MIS OBRAS. QUIERO QUE VENGA AQUÍ.

¿QUIERES MATARLE A ÉL TAMBIÉN?

NO. A ÉL LE GARANTIZO PASO LIBRE.

ACLARA ESO.

TODOS VOSOTROS MORIRÉIS. PERO A FLYTE LE PERMITIRÉ VIVIR. DEBÉIS DECÍRSELO. SI DESCONOCE QUE LE GARANTIZO PASO LIBRE, NO VENDRÁ.

A Sara le temblaron las manos más que nunca. Falló una tecla, le dio a una letra equivocada y tuvo que borrar lo escrito y empezar de nuevo.

SI TRAEMOS A FLYTE A SNOWFIELD, ¿NOS DEJARÁS VIVIR?

VOSOTROS SOIS MÍOS.

¿NOS DEJARÁS VIVIR?

NO.

Hasta aquel momento, Lisa había demostrado más presencia de ánimo de la que podía esperarse a su edad. Sin embargo, ver expuesto su destino de manera tan directa e implacable en la pantalla del ordenador fue demasiado para ella y rompió a llorar por lo bajo.

Jenny consoló a su hermanita lo mejor que supo.

–Sea lo que sea –comentó Tal Whitman–, a esa cosa no le falta arrogancia.

–Bueno, todavía no estamos muertos –dijo Bryce a los demás–. Todavía hay esperanza. Mientras sigamos con vida, seguirá habiendo esperanza.

Sara utilizó de nuevo el teclado:

¿DE DÓNDE ERES?

DEL TIEMPO INMEMORIAL

ACLARA ESO.

PERRA ESTÚPIDA.

¿ERES EXTRATERRESTRE?

NO.

–Mejor para Isley y Arkham –dijo Bryce antes de caer en la cuenta de que los dos hombres ya estaban muertos.

–A menos que esté mintiendo –replicó Jenny.

Sara insistió en una pregunta que ya había formulado antes:

¿QUÉ ERES?

ME ABURRES.

¿QUÉ ERES?

GOLFA ESTÚPIDA.

¿QUÉ ERES?

JÓDETE.

¿QUÉ ERES?, escribió Sara una vez más, golpeando las teclas con tal fuerza que Bryce pensó que las rompería. La cólera parecía haber vencido al temor en el ánimo de la genetista.

SOY GLASYALABOLAS

ACLARA ESO.

ÉSE ES MI NOMBRE. SOY UN HOMBRE ALADO CON DIENTES DE PERRO. ECHO ESPUMARAJOS POR LA BOCA. HE SIDO CONDENADO A SOLTAR ESPUMARAJOS POR LA BOCA POR TODA LA ETERNIDAD.

Bryce contempló la pantalla sin entender nada. ¿Habría en serio? ¿Un hombre alado con dientes de perro? Seguramente, no. Eso debía de estar jugando con ellos, divirtiéndose a su costa. Pero ¿qué había de divertido en todo aquello?

Las pantallas quedaron en blanco.

Una pausa.

Luego aparecieron nuevas palabras aunque Sara no había formulado ninguna pregunta más.

SOY HABORYM. SOY UN HOMBRE CON TRES CABEZAS: UNA DE HOMBRE, UNA DE GATO Y UNA DE SERPIENTE.

–¿Qué es toda esta basura? –preguntó Tal, frustrado.

La temperatura del laboratorio era indiscutiblemente más fría.

Sólo era el viento, se dijo Bryce. El viento en la puerta, que traía el frío de la noche que se aproximaba.

SOY RANTAN.

Parpadeo.

SOY PALLANTRE.

Parpadeo.

SOY AMLUTIAS, ALFINA, EPYN, FUARD, BELIAL, OMGORMA, NEBIROS, BAAL, ELIGOR Y MUCHOS OTROS.

Los extraños nombres brillaron en las tres pantallas durante unos instantes, y luego desaparecieron en un parpadeo.

SOY TODOS Y SOY NINGUNO. NO SOY NADA Y LO SOY TODO.

Parpadeo.

Las tres pantallas brillaron, luminosas, verdes y parpadeantes durante un segundo, dos, tres. Luego, se apagaron.

Las luces del techo se encendieron.

–Fin de la entrevista –dijo Jenny.

Belial. Éste era uno de los nombres que se había dado a sí mismo aquel ente.

Bryce no era un hombre muy religioso, pero tenía la cultura suficiente para saber que Belial era uno de los apelativos de Satán o de alguno de sus ángeles caídos, aunque no estaba muy seguro de cuál de ambas cosas.

Gordy Brogan, católico practicante, era el más religioso de todos los presentes. Cuando Bryce salió del laboratorio, siendo el último en hacerlo, le pidió a Gordy que echara un vistazo a los nombres que aparecían hacia el final de la transcripción que les había proporcionado la máquina de escribir automática conectada al ordenador.

Los dos hombres permanecieron en la acera junto al vehículo, bajo la luz menguante del crepúsculo, mientras Gordy leía las líneas pertinentes. Dentro de veinte minutos, o quizá menos, la oscuridad ya sería completa.

–Aquí –dijo Gordy–. Ese nombre, Baal –añadió, señalando la palabra con el dedo en una de las hojas de papel continuo, que estaban dobladas como el fuelle de un acordeón–. Pero no recuerdo con precisión dónde lo he visto antes. No fue en la iglesia ni en el catecismo. Tal vez lo leí en un libro cualquiera.

Bryce detectó un ritmo y un tono extraños en la manera de hablar de Gordy. No se trataba de un mero nerviosismo. El hombre alternaba las frases pronunciadas con excesiva lentitud con otras demasiado rápidas, para luego volver a la parsimonia y lanzarse a continuación a un parloteo casi frenético.

–¿En un libro? –preguntó Bryce–. ¿La Biblia, tal vez?

–No, creo que no. No soy un gran lector de la Biblia, aunque debería serlo. Debería leerla con asiduidad. Sin embargo, ese nombre me suena de haberlo leído en un libro normal. Una novela. Pero no consigo recordarlo con claridad.

–Entonces, ¿quién era ese Baal? –preguntó Bryce.

–Creo que se le considera un demonio muy peligroso –respondió Gordy.

Y Bryce comprobó que había algo decididamente raro en su voz. En su comportamiento.

–¿Qué me dice de los otros nombres? –insistió Bryce.

–No tienen ningún significado para mí.

–Pensaba que tal vez serían otros nombres de demonios.

–Bueno, comisario, la Iglesia católica apenas se dedica a los sermones apocalípticos, ¿sabe usted? –explicó Gordy, sin variar su extraña oratoria–. Y quizá debería hacerlo. Sí, quizá debería hacerlo. Porque creo que usted tiene razón. Me parece que todos esos nombres corresponden a demonios.

Jenny emitió un suspiro de fastidio.

–Eso significa que sólo nos estaba sometiendo a otro de sus juegos burlones –murmuró.

Gordy replicó moviendo enérgicamente la cabeza en señal de negativa.

–No, no se trata de un juego. Ni mucho menos. Lo que ese ser nos ha dicho es la verdad.

Bryce frunció el ceño.

–Gordy, no pensarás en serio que se trata de un demonio, del propio Satán o de algo parecido, ¿verdad? –comentó.

–Todo eso son tonterías –afirmó Sara Yamaguchi.

–Sí –le apoyó Jenny–. Toda esa demostración en el ordenador, esa imagen demoníaca que quiere proyectar... Todo eso no son más que pistas falsas. Nunca va a

decirnos la verdad sobre sí mismo porque, si la conociéramos, tal vez podríamos encontrar el modo de derrotarle.

–¿Cómo explicas lo del sacerdote crucificado sobre el altar de Nuestra Señora de las Montañas? –preguntó Gordy.

–Eso sólo era un detalle más de la charada –dijo Tal.

Había algo extraño en los ojos de Gordy. No era sólo miedo. La suya era la mirada de un hombre presa de una gran angustia espiritual, una auténtica agonía.

Bryce se regañó a sí mismo: debería haberse dado cuenta antes del estado en que empezaba a encontrarse el hombre.

Sin alzar la voz, pero con una intensidad fascinadora en sus palabras, Gordy continuó:

–Creo que tal vez se ha cumplido el tiempo. Ha llegado el fin. El final de los tiempos. Tal como dice la Biblia. Era algo en lo que nunca había creído. Yo tenía fe en todo lo que enseña la Iglesia, salvo en eso. No creía en el día del Juicio Final. Supongo que pensaba que todo seguiría para siempre como estaba. Pero ahora ha llegado, ¿verdad? Sí, el día del Juicio Final ha llegado. No sólo para los habitantes de Snowfield, sino para todos nosotros. El fin. Por eso me he estado preguntando cómo seré juzgado. Y tengo miedo. Veréis, Dios me concedió un don, una gracia muy especial, y yo lo desperdicié. Me fue concedido el don de san Francisco de Asís. Yo siempre me he entendido bien con los animales. Es cierto. Ningún perro me ladra nunca, ¿lo sabía alguien? Ningún gato me ha arañado jamás. Los animales me responden, me tienen confianza. Tal vez incluso me quieren. Nunca he encontrado un solo animal que no respondiera así a mi presencia. Incluso he incitado a algunas ardillas silvestres a comer de mi mano. Es un don. Por eso, mis padres querían que me hiciera veterinario. Sin embargo, yo les volví la espalda a ellos y a esa gracia divina. Y me hice policía. Y empecé a ir siempre armado. ¡Armado! Yo no estaba hecho para las armas. Desde luego que no. Jamás lo he estado. En parte, lo hice porque sabía que molestaría a mis padres. Así estaba reafirmando mi independencia, ¿entendéis? Y de este modo, me olvidé de que la Biblia ordena: «Honrarás a tu padre y a tu madre». Al contrario, lo que hice fue herirles. Y volver la espalda al don que Dios me había concedido. Peor todavía: lo que hice fue escupir contra ese don. Anoche tomé la resolución de abandonar la policía, apartar de mi vida las armas y hacerme veterinario. Sin embargo, creo que he llegado demasiado tarde. El Juicio Final ya estaba en marcha, pero no me había dado cuenta de ello. He vuelto la espalda al don que Dios me concedió y ahora... tengo miedo.

Bryce no supo qué decirle a Gordy. Sus imaginarias culpas estaban tan lejos del verdadero mal que casi daban risa. Si había en el grupo alguien destinado al Paraíso, ése era Gordy. No era que Bryce compartiera la idea de que había llegado el día del Juicio; sencillamente, no se le ocurría nada que decirle a Gordy porque el muchacho, larguirucho y huesudo, estaba ahora mismo demasiado desquiciado para sacarle de su fantasía con razonamientos y palabras.



–Timothy Flyte es un científico, no un teólogo –aseguró Jenny con firmeza–. Si Flyte tiene alguna explicación para lo que está sucediendo aquí, será estrictamente científica, no religiosa.

Gordy no la escuchaba. Grandes lágrimas corrían por sus mejillas y tenía los ojos vidriosos. Cuandoladeó la cabeza y levantó la vista hacia el cielo, esos ojos no vieron el crepúsculo; aparentemente, lo que contemplaron fue una gran avenida celestial por la que pronto descenderían en sus carros de fuego los arcángeles y las almas benditas del Paraíso.

Bryce consideró que el muchacho no estaba en condiciones para que se le confiara un arma de fuego cargada; abrió la funda del revólver de Gordy y se apoderó del arma. El agente no pareció darse cuenta de ello.

El comisario advirtió que el incoherente soliloquio de Gordy había afectado profundamente a Lisa. La muchacha parecía haber recibido un golpe muy duro. Se la veía confusa, aturdida.

–Vamos, vamos –le dijo–. Esto no es el fin del mundo. Nada de juicios finales. Lo único que sucede es que Gordy está... perturbado. Vamos a salir con bien de ésta. Me crees, ¿verdad, Lisa? ¿Podrás mantener esa preciosa carita tuya bien alta? ¿Serás capaz de aguantar el tipo y ser valiente un rato más?

La muchacha no respondió inmediatamente. Durante unos instantes rebuscó en su interior hasta encontrar una última reserva de energía y de valor. Entonces, asintió con la cabeza. Incluso logró esbozar una ligera sonrisa vacilante.

–Chica, eres sensacional –dijo Bryce–. Te pareces muchísimo a tu hermana mayor.

Lisa dirigió una mirada a Jenny y luego volvió de nuevo los ojos hacia el comisario.

–Y tú eres un comisario sensacional –respondió.

Bryce se preguntó si su sonrisa sería tan insegura como la de Lisa. La confianza que la pequeña depositaba en él le hacía sentirse inquieto, pues no la merecía.

Te he mentado, chiquilla, pensó para sí. La muerte sigue con nosotros. Y volverá a actuar. Tal vez no en la próxima hora. Quizá ni siquiera en todo un día. Pero tarde o temprano volverá a actuar.

De hecho, aunque no tenía modo de saberlo, uno de ellos iba a morir apenas unos instantes más tarde.

## El destino

En Santa Mira, Fletcher Kale pasó la mayor parte de la tarde del lunes destrozando la casa de Jake Johnson, habitación por habitación. Se lo pasó en grande.

En una habitación auxiliar de la cocina, utilizada como despensa, localizó por fin las reservas secretas de Johnson. No estaban en los estantes, llenos a rebosar de alimentos enlatados o envasados en cantidad suficiente para un año entero, ni en el suelo, donde se apilaban cajas con otros suministros. No; el verdadero tesoro estaba bajo el suelo de la despensa: debajo del linóleo suelto, debajo del piso, en un compartimento oculto.

Jake Johnson había escondido allí una pequeña colección de formidables armas de fuego, escrupulosamente escogidas. Cada arma estaba envuelta en una funda de plástico impermeable y hermética. Como si estuviera abriendo los regalos de Pascua, Kale procedió a desenvolverlas una a una. Había un par de Smith & Wesson modelo Combat Magnum, tal vez el revólver mejor y más potente del mundo. Cargado con balas de calibre 357, era el arma corta más mortífera que podía llevar un hombre, con suficiente potencia para detener a un oso; con munición ligera del 38, era también un arma útil y de extrema precisión para caza menor. También había una escopeta de caza, una Remington 870 Brushmaster calibre 12 con mira telescópica de fusil, culata anatómica, empuñadura de pistola, cargador de gran capacidad y correa portafusil. Kale encontró también dos fusiles. Uno de ellos era un M-1 semiautomático. Sin embargo, el otro era mucho mejor: se trataba de un Heckler & Koch HK91, un fusil de asalto soberbio que llevaba como complemento ocho cargadores de treinta balas, listos ya para montarlos en el arma, y dos mil proyectiles como munición de reserva.

Durante casi una hora, Kale se dedicó a examinar y jugar con las armas, a disfrutar de ellas. Si algún policía se encontraba con él en su huida a las montañas, Kale haría que lamentase no haber buscado por otro lado.

El escondrijo bajo la despensa también contenía dinero. Una buena suma. Los billetes estaban dispuestos en fajos enrollados con fuerza, rodeados con gomas elásticas y luego introducidos en cinco grandes potes de vidrio para conservas, cerrados herméticamente. En cada pote había de tres a cinco fajos.

Llevó los recipientes a la cocina y los depositó sobre la mesa. Buscó una cerveza en el frigorífico, (tuvo que contentarse con una lata de Pepsi), tomó asiento ante la mesa y empezó a contar su botín.

Sesenta y tres mil cuatrocientos cuarenta dólares.

Una de las leyendas modernas más extendidas en el condado de Santa Mira era la referente a la fortuna secreta de Big Ralph Johnson, amasada (según los rumores) a través de sobornos y chanchullos. Evidentemente, aquellos billetes eran lo que quedaba del dinero ilícito adquirido por Big Ralph. Exactamente lo que Kale necesitaba para emprender una nueva vida.

Lo irónico de haber encontrado aquel botín era que, de haber tenido esa cantidad en sus manos la semana anterior, no habría tenido que matar a Joanna y a Danny. Le habría alcanzado de sobras para solventar sus dificultades financieras con Inversiones High Country.

Un año y medio antes, al convertirse en socio de la High Country, no había podido prever que la empresa le conduciría al desastre. En aquel momento, le había parecido la oportunidad de oro que –estaba seguro– el destino tenía que poner a su alcance tarde o temprano.

Cada uno de los socios de Inversiones High Country había aportado una séptima parte de los fondos necesarios para adquirir, parcelar y urbanizar un terreno de doce hectáreas en el extremo oriental de Santa Mira, en lo alto de la sierra Highline. Para poder participar en el negocio, Kale se había visto obligado a comprometer hasta el último dólar que pudo reunir, pero los potenciales beneficios habían parecido justificar el riesgo.

Sin embargo, el proyecto de la sierra Highline había resultado ser un monstruo devorador de dinero, con un apetito voraz.

Según los estatutos de la sociedad, cada accionista se obligaba a realizar aportaciones complementarias si el capital inicial resultaba inadecuado para la culminación de la empresa. Si Kale o cualquier otro socio dejaba de realizar una aportación complementaria, quedaría fuera de Inversiones High Country *ipso facto*, sin ninguna compensación por lo ya invertido; sencillamente, se le diría gracias y adiós muy buenas. A continuación, los socios restantes deberían comprometerse a adquirir la participación del ausente a partes iguales, y a repartirse equitativamente la aportación complementaria de éste. Se trataba de un tipo de contrato que facilitaba la financiación del proyecto atrayendo (por lo general) sólo a los inversores con una gran liquidez..., pero también exigía un estómago de hierro y unos nervios de acero.

Kale no había creído que fuera precisa ninguna aportación complementaria. El capital inicial le había parecido más que adecuado. Pero se equivocaba.

Cuando la primera aportación extraordinaria fue establecida en treinta y cinco mil dólares por socio, se sintió abrumado pero no vencido. Calculó que podía pedir prestados diez mil dólares a los padres de Joanna y que su casa era suficiente para establecer una hipoteca que facilitara otros veinte mil. Los últimos cinco mil podría sacarlos de alguna parte.

El único problema había sido Joanna.

Desde el primer momento, ella se había mostrado reacia a su participación en la empresa. Decía que era un asunto demasiado grande para él y que debía dejar de intentar jugar al magnate de los negocios.

Kale había continuado adelante a pesar de todo, y al llegar la aportación complementaria, Joanna se había recreado en su desesperación. No abiertamente, por supuesto. Era demasiado lista para hacerlo. Sabía que podía representar el papel de mártir mucho mejor que el de arpía. Ni una sola vez le había venido directamente con un «ya te lo dije» o algún comentario por el estilo, pero Kale podía leer la muda acusación en sus ojos y en su humillante manera de tratarle.

Finalmente, Kale le había hablado de la refinanciación de la casa y del préstamo que tenía intención de pedir a sus padres. No había resultado fácil.

Cuando habló con sus suegros, sonrió y asintió a sus hipócritas consejos y a sus mezquinas críticas, pero se prometió a sí mismo que algún día les restregaría a todos las narices con la misma mierda que ahora le estaban volcando encima. Cuando diera el gran golpe con Inversiones High Country, haría que todos se arrastraran ante él. Joanna, sobre todo.

Y entonces, para su consternación, Kale se había encontrado con la espada de Damocles de una nueva aportación de capital. Esta vez, eran cuarenta mil dólares.

También habría podido afrontar aquella obligación si Joanna hubiera deseado sinceramente que triunfara. Su mujer habría podido utilizar el fondo fiduciario para respaldarle. Cuando la abuela de Joanna había muerto, cinco meses después del nacimiento de Danny, había dejado casi la mitad de sus propiedades –cincuenta mil dólares– en herencia a su único bisnieto. Joanna fue nombrada administradora principal de la herencia. Así pues, cuando llegó la segunda aportación complementaria de capital a la empresa, Joanna habría podido sacar los cuarenta mil de la herencia y utilizarlos en la sociedad. Sin embargo, Joanna se había negado. ¿Y si más adelante es necesaria otra cantidad más?, le había dicho cuando trataron el tema. Lo perderías todo, Fletch, todo. Y Danny perdería también la mayor parte de su herencia.

Kale había intentado demostrarle que no habría una tercera vez pero, naturalmente, ella no había querido escucharle porque, en el fondo, no quería verle triunfar. Porque quería verle perder hasta la camisa para humillarle. Porque quería arruinarle, verle fracasar.

Por eso, a Fletcher Kale no le había quedado más opción que matarlos a los dos, a ella y a Danny. Según estaba redactada la herencia, el fideicomiso se disolvería si Danny moría antes de cumplir los veintiuno. El dinero, deducidos los impuestos, pasaría a propiedad de Joanna. Y si ésta moría, todos los fondos pasaban a su esposo; así estaba redactado el testamento de la anciana. Por tanto, si se libraba de los dos, la cantidad total de la herencia –más otros veinte mil dólares procedentes del seguro de vida de Joanna– pasaría directamente a sus manos.

La muy cerda no le había dejado otra opción.

No era culpa suya si ahora estaba muerta.

En realidad, ella misma se lo había buscado. Había puesto las cosas de tal manera que no le había dejado otra salida.

Kale sonrió al recordar la expresión de Joanna cuando había visto el cuerpo del niño... y cuando le había visto apuntarla con el arma.

Ahora, sentado ante la mesa de la cocina de la casa de Jake Johnson, Kale contempló de nuevo los fajos de billetes y su sonrisa se hizo todavía más ancha.

Sesenta y tres mil cuatrocientos cuarenta dólares.

Apenas unas horas antes, se encontraba en la cárcel, prácticamente sin un dólar y pendiente de un juicio que podía conducirle a una sentencia de muerte. Cualquiera en su lugar se habría quedado paralizado de desesperación. En cambio, Fletcher Kale no se había dado por vencido. Sabía que estaba destinado a grandes cosas. Y aquí estaba la demostración. En un plazo increíblemente breve, había pasado de la cárcel a la libertad, de la penuria a una bolsa de sesenta y tres mil cuatrocientos cuarenta dólares. Ahora tenía dinero, armas, medio de transporte y un escondite seguro en las montañas vecinas.

Por fin lo había conseguido.

Su especial destino había empezado a cumplirse.

## Fantasmas

–Será mejor que volvamos al hotel –dijo Bryce.

En menos de un cuarto de hora, la noche se adueñaría del pueblo.

Las sombras crecían con rapidez cancerosa, rezumando de los escondrijos donde habían pasado el día dormidas. Se extendían las unas hacia las otras formando charcos de oscuridad.

El cielo estaba pintado de colores carnavalescos –anaranjado, rojo, amarillo, púrpura– pero sólo iluminaba débilmente las calles de Snowfield,

El grupo salió del laboratorio móvil donde acababan de tener una conversación con aquello a través del ordenador, y se encaminaron hacia la esquina de la calle en el momento en que las farolas se encendían.

En el mismo instante, Bryce escuchó algo. Un gañido. Un maullido. Y luego un ladrido.

Todo el grupo se volvió al unísono.

Detrás de ellos un perro se acercaba cojeando por la acera, a la altura del remolque, tratando con esfuerzo de acortar la distancia que le separaba del grupo. Era un fox–terrier. Parecía tener rota la pata delantera izquierda y la lengua le colgaba de la boca abierta. Tenía el pelaje lacio y enredado, ofreciendo un aspecto desaliñado, vapuleado. Dio un nuevo paso adelante trabajosamente, se detuvo a lamer la pata herida y lanzó un gemido lastimero.

Bryce quedó paralizado ante la súbita aparición del perro. Aquél era el primer superviviente que habían encontrado. No estaba en muy buena forma, pero estaba vivo.

Sin embargo, ¿por qué estaba vivo? ¿Qué había de especial en aquel perro que se había salvado cuando todo lo demás había perecido?

Si lograban descubrirlo, tal vez pudiera servirles para salvarse ellos también.

Gordy fue el primero en reaccionar.

La presencia del fox–terrier herido le afectó más que a ningún otro miembro del grupo. No podía soportar ver a un animal herido. Antes prefería sufrir él mismo. El corazón empezó a latirle aceleradamente. Esta vez, la reacción era incluso más fuerte de lo habitual, pues Gordy sabía que no se trataba sólo de un perro necesitado de ayuda y consuelo. Aquel fox–terrier era una señal divina. Sí. Una señal de que Dios le concedía a Gordon Brogan una oportunidad más de aceptar Su don. Gordy tenía la misma facilidad con los animales que san Francisco de Asís y no debía desdeñar ese don ni tomarlo a la ligera. Si volvía de nuevo la espalda al regalo que Dios le había

concedido, como ya hiciera en otra ocasión, esta vez sería condenado sin remisión. En cambio, si optaba por socorrer al perro... Los ojos de Gordy se llenaron de lágrimas y éstas corrieron por sus mejillas. Lágrimas de alivio y de felicidad. Se sentía abrumado por la misericordia divina. No tuvo ninguna duda de lo que debía hacer. Y echó a andar hacia el fox-terrier, que estaba a menos de diez metros de él.

Al principio, Jenny se quedó atónita al ver el perro. Lo contempló detenidamente. Y luego una alegría impetuosa empezó a crecer en su interior. De alguna manera, la vida había triunfado sobre la muerte. Después de todo, aquel ser no había acabado con todos los seres vivos de Snowfield. El fox-terrier (que se había tendido en el suelo con aire fatigado cuando Gordy empezó a acercarse a él) había sobrevivido; eso significaba que tal vez ellos también podrían conseguir abandonar el pueblo con vida...

... y luego recordó la mariposa nocturna.

El insecto también era un ser vivo. Pero no había mostrado intenciones amistosas.

Y el cadáver reanimado de Stu Wargle.

Allí, en la acera, al borde de las sombras, el perro apoyó la cabeza en el pavimento y soltó un gemido, suplicando ayuda y consuelo.

Gordy se le acercó, se agachó a su lado y le habló en tono cariñoso y estimulante:

—No tengas miedo, muchacho. Tranquilo. Calma, calma. Eres un perro muy bonito. Todo se arreglará, muchacho. Todo se arreglará. Tranquilo...

El horror se apoderó de Jenny. Abrió la boca para gritar, pero otras voces se le adelantaron.

—¡Gordy, no! —aulló Lisa.

—¡Vuelve! —gritó Bryce, al unísono con Frank Autry.

—¡Aléjate de él, Gordy! —exclamó Tal Whitman. Pero Gordy no parecía oírles.

Cuando Gordy se agachó junto al animal, éste alzó el hocico del suelo, levantó su cabeza cuadrada y emitió unos sonidos suaves, zalameros. Era un buen ejemplar. Con la pata curada, un buen baño y un cepillado a fondo del pelaje, tendría un aspecto estupendo.

Extendió una mano hacia el perro.

Éste le frotó con el hocico pero no le lamió.

Gordy le acarició. El pobre bicho estaba frío, increíblemente frío y un poco húmedo.

—Pobrecillo —murmuró.

El perro despedía también un extraño olor. Acre. Nauseabundo, en realidad. Gordy no había oído nunca algo semejante.

—¿Dónde diablos te has metido? —preguntó al perro—. ¿En qué clase de estiércol has estado revolcándote?

El fox-terrier lanzó un gáñido y se sacudió.

Gordy escuchó a los demás gritando a su espalda, pero estaba demasiado concentrado en el perro para entender lo que decían. Pasó ambas manos en torno al animal, lo levantó del suelo, lo sostuvo entre sus brazos y lo apoyó en su pecho, con la pata herida colgando.

Jamás había notado tan frío a un animal. No era sólo que su pelaje estuviera húmedo y, por tanto, frío; tampoco parecía apreciarse ningún calor debajo de la piel.

El perro le lamió la mano.

Tenía la lengua fría.

Frank dejó de gritar. Se limitó a mirar. Gordy había levantado del suelo al animal, había empezado a acunarlo y a acariciarlo, y no había sucedido nada terrible. Así que tal vez era sólo un perro, después de todo. Quizá era... Y entonces...

El perro le lamió la mano a Gordy y una expresión extraña se formó en el rostro de éste mientras el perro empezaba a... a cambiar.

¡Cielo santo!

Era como una masa de arcilla a la que las manos rápidas y hábiles de un escultor invisible estuvieran dando una nueva forma. La pelambre enredada parecía fundirse y cambiar de color; luego, la textura cambió también hasta parecerse, más que a otra cosa, a una superficie escamosa, de escamas verduscas. La cabeza del animal empezó a encogerse en el interior del cuerpo, que ya no era realmente tal cuerpo sino una cosa informe, una masa de tejido que se retorció y se agitaba; sus patas se acortaron y se hicieron más gruesas hasta confundirse con el resto de la masa. Todo esto sucedió en apenas cinco o seis segundos, y entonces...

Gordy contempló, conmovido, la cosa que tenía en sus brazos.

Una cabeza de reptil con unos perversos ojillos amarillentos empezó a tomar forma de la masa amorfa en que había degenerado el perro. La boca del lagarto apareció de aquel tejido viscoso y de su interior surgió una lengua bífida entre incontables dientecillos puntiagudos.

Gordy intentó desprenderse de aquello, pero la cosa permaneció pegada a él. ¡Dios santo, se le había adherido como si hubiera tomado una nueva forma en torno a sus brazos y sus manos, como si éstas estuvieran ahora dentro de la masa!

Entonces, la sensación de frío cesó. De pronto, la masa estaba caliente. Cada vez más. Dolorosamente caliente.

Antes de que el lagarto terminara de cobrar forma de la masa de tejido pulsante, empezó a disolverse también para dar paso a una nueva forma de animal, un zorro esta vez; pero el zorro degeneró asimismo rápidamente antes de terminar de definirse, y se convirtió en una pareja de ardillas cuyos cuerpos estaban unidos como dos gemelos siameses, pero que se separaron rápidamente y...



Gordy empezó a gritar. Agitó los brazos arriba y abajo tratando de liberarse de aquella cosa.

El calor se había convertido ahora en auténtico fuego. El dolor era insoportable.

¡Dios santo, por favor!

El dolor le subió por los brazos hasta más allá de los hombros.

El hombre gritó y sollozó y avanzó un paso vacilante, agitó de nuevo los brazos y trató de liberar las manos, pero la cosa continuó adherida a él.

Las ardillas a medio formar se fundieron nuevamente y empezó a aparecer un gato de aquel tejido amorfo que Gordy sostenía y que le tenía apresado; luego, el gato se desvaneció en un instante y empezó a surgir otra cosa, —«¡oh, no, Dios mío, no! ¡Por Cristo, no!»—, una especie de insecto del tamaño del fox-terrier pero con seis u ocho ojos en la parte superior de su repulsiva cabeza y un montón de patas puntiagudas y...

El dolor le consumió por dentro. Avanzó unos pasos tambaleándose, en zigzag, hasta caer de rodillas y, finalmente, derrumbarse de costado en el suelo. Agitó brazos y piernas y, presa de un dolor agónico, se retorció y rodó por el empedrado de la acera.

Sara Yamaguchi contempló la escena, incrédula. La criatura que estaba atacando a Gordy parecía tener un control total de su ADN. Podía cambiar de forma a voluntad y con asombrosa rapidez.

Un ser así no podía existir. Sara lo sabía muy bien, pues era bióloga, genetista. Aquello era imposible. Y, sin embargo, allí estaba.

La forma parecida a una araña degeneró, pero no ocupó su lugar ninguna otra forma fantasmal. En su estado natural, la criatura parecía ser una mera masa de tejido gelatinoso, veteado de grises y rojos oscuros y marrones, como un cruce entre una inmensa ameba y algún hongo repugnante. La masa rezumaba sobre los brazos de Gordy...

... Y, de pronto, una de las manos de Gordy apareció entre la gelatina que la había cubierto. Pero ya no era una mano. ¡Dios, no lo era! Sólo eran huesos. Dedos esqueléticos, blancos y rígidos, completamente limpios. Toda la carne había desaparecido de ellos.

La genetista sintió náuseas, retrocedió a tropezones, volvió el rostro y vomitó.

Jenny obligó a Lisa a retroceder un par de pasos, apartándola de la cosa contra la cual luchaba Gordy.

La pequeña había roto a gritar.

La masa viscosa rezumó de nuevo en torno a la mano reducida a huesos, se adueñó de los dedos desnudos y los envolvió con una especie de guante de tejido pulsante. En un par de segundos, los huesos desaparecieron también, disueltos, y el guante se transformó en una bola que se confundió nuevamente con la masa

principal del organismo. La masa se agitó repulsivamente, se revolvió por dentro, se hinchó, formó un bulto aquí y una concavidad allá, luego formó un nuevo bulto donde antes había habido una concavidad y viceversa, cambiando de forma febrilmente, como si un solo instante de inmovilidad significara la muerte. La cosa progresó por los brazos de Gordy y éste trató desesperadamente de librarse de ella. Y conforme avanzaba, la masa no dejaba nada detrás de sí. Nada: ni muñones, ni huesos. Lo devoraba todo. Ahora, la masa se empezaba a extender también por el pecho del policía y, allí donde se posaba, Gordy desaparecía bajo ella y no volvía a salir, como si se sumergiera en una cuba de potentísimo ácido corrosivo.

Lisa apartó los ojos del desgraciado Gordy, en plena agonía, y se agarró a Jenny entre sollozos.

Los gritos de Gordy eran insoportables.

Tal ya tenía el revólver en la mano y echó a correr hacia su pobre compañero. Bryce le detuvo.

–¿Estás loco, Tal? ¡Maldita sea, no podemos hacer nada por él! –Podemos librarle de esos padecimientos.

–¡No te acerques a esa maldita cosa!

–No tenemos que acercarnos mucho para rematarle de un tiro.

A cada segundo que transcurría, los chillidos de Gordy sonaban más torturados. Ahora, sus gritos eran de súplica a Dios. Sus talones patalearon sobre el pavimento, su espalda se arqueó y toda la parte visible de su cuerpo vibró de tensión mientras intentaba librarse del peso, cada vez mayor, de su espantoso agresor.

Bryce frunció el ceño.

–Está bien –dijo por fin–. De prisa.

Los dos hombres se aproximaron un poco más a su torturado y agonizante compañero y abrieron fuego. Varios proyectiles se incrustaron en él. Los gritos cesaron.

Tal y Bryce retrocedieron apresuradamente.

No intentaron acabar con la cosa que estaba devorando a Gordy. Sabían que las balas no le afectaban y empezaban a entender por qué. Los proyectiles matan al destruir órganos vitales o vasos sanguíneos esenciales. Sin embargo, según todas las apariencias, aquel ser carecía de órganos y de un sistema circulatorio convencional. Tampoco tenía esqueleto. Parecía una masa de protoplasma indiferenciado, aunque extremadamente sofisticado. Una bala podía desgarrar aquella masa, pero la asombrosa maleabilidad de ésta hacía que rellenara el canal abierto por el proyectil y la posible herida desaparecía al instante.

La criatura continuó dando cuenta de Gordy con renovada voracidad, frenéticamente y en silencio. En cuestión de segundos, no quedó el menor rastro de Gordy. Había dejado de existir. Sólo seguía visible la masa informe y cambiante, más grande ahora que cuando había adoptado la forma del fox-terrier, mayor incluso que Gordy, cuya sustancia acababa de ingerir.

Tal y Bryce regresaron junto a los demás, pero no echaron a correr hacia el hotel. Mientras la luz crepuscular quedaba ahogada lentamente bajo el manto de la

oscuridad nocturna, el grupo permaneció inmóvil contemplando la criatura ameboide posada en la acera, que empezó a adoptar una nueva forma.

En apenas unos segundos, todo el protoplasma informe quedó moldeado como un lobo gris, enorme y amenazador, que echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido al cielo.

Entonces su cara cambió y algunas de sus feroces facciones se transformaron y Tal Whitman pudo apreciar unos rasgos humanos que intentaban imponerse bajo la imagen del lobo. Unos ojos humanos reemplazaron a los del animal, y surgió también parte de una barbilla humana. ¿Eran los ojos de Gordy? ¿Era su barbilla? La metamorfosis licantrópica duró apenas unos segundos; después los rasgos de la criatura retomaron la forma lobuna.

Un hombre lobo, pensó Tal.

Sin embargo, comprendió que no se trataba de nada parecido. Aquella forma no era nada. La identidad lobuna, por real y atemorizadora que pareciera, era tan falsa como todas las formas anteriores.

Durante unos instantes, el animal permaneció donde estaba, vuelto hacia ellos y enseñando sus dientes enormes y perversamente afilados. Su tamaño era superior al de cualquier lobo que hubiera recorrido jamás las planicies y los bosques de este mundo. En sus ojos se reflejó, como dos llamaradas, el color entre fangoso y sanguinolento del crepúsculo.

Está a punto de atacarnos, reflexionó Tal.

Sin pensarlo, disparó. Las balas penetraron en el animal pero éste no pareció recibir ninguna herida ni derramó una gota de sangre, ni dio muestras de dolor.

El lobo volvió su grupa hacia Tal con una especie de fría indiferencia ante sus disparos y se alejó al trote hasta la boca de acceso al alcantarillado por la que desaparecían los cables de electricidad de los laboratorios móviles.

De pronto, algo surgió del agujero, procedente de la red de desagües subterránea. Surgió y empezó a elevarse hacia el cielo crepuscular estremeciéndose, batiendo el aire con tremenda energía; era una masa oscura y pulsante, como un torrente de aguas fecales salvo que no era un líquido, sino una sustancia gelatinosa que formaba una columna casi del diámetro del agujero por el cual continuaba saliendo en un chorro rítmico, obscuro. La columna crecía y crecía: un metro, uno y medio, dos...

Algo golpeó a Tal en la espalda. El teniente dio un brinco y, cuando intentó volverse, advirtió que sólo había tropezado con la pared del hotel. Sin darse cuenta, había estado retrocediendo, apartándose de aquella cosa monstruosa que se levantaba del acceso a las alcantarillas.

El sargento apreció ahora que la columna pulsante, vibrante, era otra masa protoplasmática informe como el fox-terrier que se había convertido en lobo gris; sin embargo, esta cosa era considerablemente mayor que la primera criatura. Era inmensa. Tal se preguntó cuánta de su masa se ocultaría aún bajo la calle, y tuvo el presentimiento de que los desagües estaban llenos de ella, de que lo que tenían a la vista era sólo una pequeña parte de la inconcebible criatura.

Cuando ésta alcanzó una altura superior a los tres metros, dejó de elevarse y empezó a cambiar. La mitad superior de la columna se ensanchó, formando una especie de capucha, de manto, que dio a la criatura cierto parecido con la cabeza de una cobra. Después, continuó saliendo más tejido amorfo de aquella columna rezumante, brillante, cambiante; la capucha se hizo más y más ancha hasta que dejó de serlo. Ahora se había convertido en un par de alas gigantescas, oscuras y membranosas como las de un murciélago, que surgía del tronco central, todavía no moldeado. Y, a continuación, el segmento de cuerpo entre las alas empezó a adquirir cierta textura –de ásperas escamas superpuestas– y comenzaron a tomar forma unas pequeñas patas terminadas en garras. La cosa se estaba convirtiendo en una serpiente alada.

Y empezó a batir las alas.

El sonido que producían recordaba el restallar de un látigo.

Tal Whitman se apretó contra la pared.

Las alas se desplegaron, abriéndose y cerrándose.

Lisa se apretó con más fuerza a Jenny.

La doctora se agarró también a su hermana, pero sus ojos, su mente y su imaginación estaban clavadas en aquella cosa monstruosa que había surgido del canal de desagüe. La criatura se agitaba, latía y se retorció bajo la luz crepuscular y parecía apenas una sombra que hubiera cobrado vida.

Las alas volvieron a batir el aire.

Jenny notó una brisa helada en el rostro.

Aquel nuevo ser fantasmal parecía a punto de desprenderse del resto de masa protoplasmática que pudiera quedar en el interior de los conductos subterráneos. Expectante, Jenny calculó que en cualquier momento la criatura alzaría el vuelo en el aire cada vez más oscuro y se alejaría zumbando... o se abatiría directamente sobre ellos.

El corazón le galopaba; casi le saltaba del cuerpo.

Sabía que la huida era imposible. Cualquier movimiento por su parte sólo conseguiría atraer la atención de aquello. No tenía objeto desperdiciar las energías huyendo. No había rincón donde ocultarse de un ser como aquél.

Un nuevo puñado de farolas se iluminó de pronto y las sombras se encogieron a su alrededor con fantasmal sigilo y rapidez.

Jenny contempló con asombro cómo en la parte superior de la columna de tejido moteado tomaba forma una cabeza de serpiente. Un par de ojos verdes llenos de odio brotaron de la carne informe; era como ver una sucesión de fotografías mostrando el crecimiento de dos tumores malignos. Unos ojos nebulosos, manifiestamente ciegos, que empezaron siendo dos óvalos verde lechosos y rápidamente se aclararon hasta dejar a la vista dos pupilas negras, ovaladas. Y que contemplaron a Jenny y a los demás con expresión malévola. Se abrió en la masa una

boca de un palmo de ancha, como una rendija, y mostró una hilera de afilados colmillos blancos surgiendo de sus negras encías.

Jenny recordó los nombres demoníacos que habían aparecido en las pantallas del ordenador, en aquellos nombres sacados del Infierno que la cosa se había adjudicado a sí misma. Aquella masa de tejido amorfo, que adoptaba la forma de una serpiente alada era, indudablemente, un demonio surgido del Más Allá.

El lobo fantasmal que contenía la sustancia de Gordy Brogan se acercó a la base de la erguida serpiente. Se frotó contra la base de la columna de carne pulsante... y, sencillamente, se fundió con ella. En un abrir y cerrar de ojos, las dos criaturas se hicieron una sola.

Evidentemente, el primer ser de forma cambiante no constituía un individuo aparte. Era, y tal vez había sido en todo momento, parte de la criatura gigantesca que se movía por los conductos de desagüe, bajo las calles. Al parecer, aquel enorme cuerpo-madre podía desprenderse de unas partes de sí misma y enviarlas a cumplir cometidos específicos –como el ataque a Gordy Brogan–, para luego recuperarlas a voluntad.

Las alas batieron el aire y el sonido reverberó por todo el pueblo. Después, empezaron a desaparecer de nuevo en la columna central, y ésta se ensanchó al absorberlas. También la cabeza de serpiente se disolvió. Aquello se había cansado de la exhibición. Las patas y las garras de tres dedos se retiraron al interior de la columna hasta que no quedó más que una masa latente y rezumante de tejido moteado de tonos oscuros, como al principio. Durante unos segundos, aquella masa permaneció así, como una visión dantesca, y luego empezó a retirarse al interior de los conductos, desapareciendo por la boca de acceso a éstos.

Muy pronto, no quedó rastro de él.

Lisa había dejado de gritar. Ahora, jadeaba buscando aire entre sollozos.

Los demás miembros del grupo estaban casi tan aterrados como la chiquilla. Se miraron unos a otros, pero nadie dijo una palabra.

Bryce parecía que acabara de recibir un garrotazo.

Finalmente, murmuró:

–Vamos. Regresemos al hotel antes de que caiga la noche.

No encontraron a nadie de guardia a la entrada del hotel.

–Problemas –dijo Tal.

Bryce asintió. Cruzó la puerta doble con cautela y casi pisó un fusil caído en el suelo.

El vestíbulo estaba desierto.

–Maldita sea –masculló Frank Autry.

Investigaron la planta baja estancia por estancia. No había nadie en la cafetería, ni tampoco en el improvisado dormitorio. La cocina también estaba desierta.

Nadie había disparado un solo tiro.

Nadie había gritado.

Y nadie había escapado.  
Diez policías más habían desaparecido.  
Fuera, caía la noche.

## Despedidas

Los siete supervivientes –Bryce, Tal, Frank, Jenny, Lisa y Sara– se acercaron a las ventanas en el interior del vestíbulo del Hilltop Inn. Fuera, Skyline Road estaba quieta y silenciosa, dividida en zonas de sombras nocturnas y charcos bañados por la luz de las farolas. La noche parecía emitir un tictac casi inaudible, como el temporizador de una bomba.

Jenny estaba recordando el pasadizo cubierto junto a la panadería de los Liebermann. La noche anterior, le había parecido percibir algo entre las vigas del túnel mientras Lisa había creído verlo agachado junto a la pared. Ahora, parecía muy probable que ambas tuvieran razón. Aquella criatura multiforme –o, al menos, una parte de ella– había estado allí, deslizándose sin el menor sonido por las vigas y las paredes. Más tarde, cuando Bryce había visto algo en el desagüe del interior del pasadizo, seguramente se había tratado de una porción de protoplasma que se arrastraba por la cañería, pendiente de ellos o dedicada a alguna labor extraña e insondable.

Recordando también a los Oxley en su cuarto de trabajo, protegidos por la barricada, Jenny comentó:

–De pronto, el misterio de los muertos en las habitaciones y por lugares cerrados ha dejado de serlo. Esa cosa puede deslizarse por debajo de una puerta o a través de un conducto de aire. El menor agujero o rendija le basta. En cuanto a Harold Ordway... cuando se encerró en el baño de su habitación del Candleglow Inn, esa cosa debió de llegar hasta él a través de los desagües del lavabo y de la bañera.

–Lo mismo cabe decir de los coches cerrados con las víctimas dentro –dijo Frank–. Esa cosa pudo rodear los vehículos, envolverlos y colarse en el interior a través de los respiraderos.

–Cuando quiere –añadió Tal–, puede moverse con verdadero sigilo. Por eso pilló por sorpresa a tantas personas. Se colocaba detrás de ellas, deslizándose por debajo de la puerta o rezumando de un conducto de la calefacción, haciéndose más y más grande, pero nadie se daba cuenta de su presencia hasta que desencadenaba su ataque.

En el exterior, una leve niebla ascendía por Skyline Road procedente del valle. En torno a las farolas empezaban a formarse auras brumosas.

–¿Qué tamaño creéis que tiene? –preguntó Lisa.

Nadie respondió inmediatamente. Por fin, Bryce se aventuró:

–Es muy grande.

–Quizá como una casa –dijo Frank.

–Tal vez como todo este hotel –añadió Sara.

–O incluso mayor –dijo Tal–. Después de todo, se abatió en todas las partes del pueblo y, al parecer, simultáneamente. Podría ser como... como un lago subterráneo, un lago de tejido vivo bajo las calles de Snowfield.

–Es como Dios –murmuró Lisa.

–¿Eh?

–Está en todas partes –explicó la muchacha–. Lo ve todo y lo sabe todo. Igual que Dios.

–Tenemos cinco coches patrulla –propuso Frank–. Si nos dividimos, tomamos los cinco coches y salimos exactamente al mismo tiempo...

–Nos atraparía –terminó la frase Bryce.

–Tal vez no podría detenernos a todos. Tal vez alguno de los coches podría pasar.

–Ayer por la tarde liquidó de un plumazo a todo un pueblo.

–Bien... En fin, es cierto –reconoció Frank a regañadientes.

–En cualquier caso –intervino Jenny–, lo más probable es que nos esté escuchando en este mismo momento. Podría detenernos antes incluso de que llegáramos a los coches.

Todos dirigieron sus miradas a los conductos de la calefacción, cerca del techo. No se podía ver nada al otro lado de las rejillas metálicas. Nada, salvo la oscuridad.

Se congregaron en torno a una mesa del comedor de la fortaleza que ya no era tal. Simularon que les apetecía un café porque, de algún modo, compartir unas tazas les proporcionaba una sensación de unidad y de normalidad.

Bryce no se molestó en apostar un centinela a la entrada. Era inútil montar guardia. Si aquello quería, no había ninguna duda de que les atraparía.

Al otro lado de las ventanas, la niebla se hacía más densa y se aplastaba contra los cristales.

Se sentían obligados a hablar de lo que habían visto. Todos eran conscientes de que les esperaba la muerte y tenían necesidad de comprender por qué y cómo iban a morir. Morir era terrible, ciertamente; sin embargo, lo peor era una muerte sin sentido.

Bryce sabía muy bien qué era una muerte sin sentido. Un año atrás, un camión fugitivo le había enseñado cuanto necesitaba conocer del tema.

–El insecto, la mariposa nocturna –dijo Lisa–, ¿era también como el fox-terrier, como la cosa que... que se llevó a Gordy?

–Sí –respondió Jenny–. El insecto era otro fantasma, otro fragmento de esa cosa multiforme.

Tal se volvió hacia Lisa y comentó:



–Cuando Stu Wargle te acosó anoche, no era él en realidad. Probablemente, el ser multiforme absorbió el cuerpo de Wargle después de que lo dejamos en el cuarto trastero. Más tarde, cuando quiso asustarte, asumió su aspecto.

–Al parecer –dijo Bryce–, esa maldita criatura puede adoptar la forma y la personalidad de cualquier ser humano o animal que haya devorado previamente.

–Pero ¿y ese insecto? –replicó Lisa, frunciendo el ceño–. ¿Cómo pudo devorar algo parecido? ¡No existe ningún animal así!

–Bueno –contestó Bryce–, tal vez hubo insectos de ese tamaño hace mucho tiempo, en la era de los dinosaurios, hace decenas de millones de años. Tal vez fue entonces cuando ese ser multiforme los devoró.

Lisa abrió unos ojos como platos.

–¿Me estás diciendo que esa cosa que apareció por la tapa de la alcantarilla puede tener millones de años?

–Desde luego –dijo Bryce–, esa criatura no se ajusta a las normas de la biología según las conocemos, ¿verdad, doctora Yamaguchi?

–Verdad –respondió la genetista.

–En tal caso, ¿por qué no podría ser también inmortal? Jenny le miró, dubitativa.

–¿Tienes alguna objeción? –preguntó Bryce.

–¿A la posibilidad de que sea inmortal, o casi inmortal? No. Puedo aceptarlo. De acuerdo, tal vez sea algo salido del mesozoico, algo con tal capacidad de auto regeneración que sea prácticamente inmortal. De todos modos, ¿cómo cuadra en eso la serpiente alada? Si el multiforme sólo se convierte en cosas que ha ingerido previamente, ¿cómo puede transformarse en algo como eso?

–Han existido animales así –dijo Frank–. Los pterodáctilos fueron reptiles alados.

–Reptiles, sí –replicó Jenny–. Pero no serpientes. Los pterodáctilos fueron los antecesores de las aves. Pero esa cosa tenía la forma inconfundible de una serpiente, que es muy distinto. Parecía una criatura salida de un cuento de hadas.

–No –dijo Tal–. Directamente salida del vudú.

Bryce se volvió a Tal, sorprendido.

–¿Vudú? ¿Qué sabes tú de eso?

Tal pareció incapaz de mirar de frente a Bryce y habló de evidente mala gana.

–Cuando era pequeño, en Harlem, vivía en mi edificio una mujer gordísima, Agatha Peabody, que era *boko*. Es una especie de bruja que utiliza el vudú con propósitos inmorales o malvados. Vendía encantamientos y conjuros, ayudaba a la gente a vengarse de sus enemigos y cosas así. Tonterías. Pero, para un niño, parecía emocionante y misterioso. La señora Peabody tenía una consulta por la que pasaban clientes y desocupados a cualquier hora del día o de la noche. Durante unos meses pasé mucho tiempo allí, mirando y escuchando. Y también había un puñado de libros sobre artes ocultas. En un par de ellos, vi dibujos de las versiones haitiana y africana de Satán, los diablos del vudú y el jujú. Una de ellas era una gigantesca

serpiente alada. Negra, con alas de murciélago. Y unos ojos verdes terribles. Era exactamente como la cosa que vimos antes.

En la calle, tras los cristales, la niebla era ahora muy espesa y se enroscaba perezosamente bajo el difuso resplandor de las farolas.

–¿Es el Diablo de verdad? –preguntó Lisa–. ¿Es un demonio, o algo salido del Infierno?

–No –respondió Jenny–. Eso es sólo una... pose.

–Pero entonces, ¿por qué adopta la forma del Diablo? –insistió Lisa–. ¿Y por qué se da a sí mismo nombres de demonio?

–Supongo que toda esta palabrería satánica le resulta divertida –comentó Frank–. Es una manera más de burlarse de nosotros y desmoralizarnos.

Jenny asintió.

–Sospecho que no está limitado a las formas de sus víctimas. Puede adoptar la imagen de todo lo que absorbe y de todo lo que puede imaginar. De modo que si una de sus víctimas tenía conocimientos de vudú, de allí sacó la idea de convertirse en una serpiente alada.

Aquella posibilidad desconcertó a Bryce.

–¿Te refieres a que no sólo absorbe e incorpora la carne de sus víctimas sino también sus conocimientos y recuerdos?

–Desde luego, así parece –añadió Jenny.

–En el plano biológico, tal posibilidad no resulta descabellada del todo –intervino Sara Yamaguchi, mientras se pasaba ambas manos por sus cabellos largos y negros y los colocaba tras sus delicadas orejas con gesto nervioso–. Por ejemplo... si se hace pasar a cierta especie de gusano platelminto por un laberinto con comida las veces suficientes, al final terminará por sortear el laberinto mucho más de prisa de lo que lo hacía en un principio. Luego, si se mata ese gusano y se alimenta con él a otro espécimen, el segundo gusano sorteará el laberinto también rápidamente, aunque no haya sido sometido a la prueba con anterioridad. Parece como si este segundo gusano devorase los conocimientos y experiencias de su congénere al asimilar su carne.

–Y así es cómo el multiforme ha sabido de la existencia de Timothy Flyte –dijo Jenny–. Harold Ordway conocía la obra de Flyte, de modo que ahora esa cosa también la conoce.

–Pero, por Dios santo, ¿cómo es que Flyte conocía esa cosa? –preguntó Tal.

Bryce se encogió de hombros.

–A eso sólo podrá contestarnos Flyte.

–¿Por qué no se llevó a Lisa anoche, en el cuarto de aseo? Y, ampliando un poco la pregunta, ¿por qué no ha acabado ya con todos nosotros?

–Porque está jugando con nosotros.

–Se está divirtiendo. Una manera de entretenerse enfermiza.

–Es cierto. Pero creo que también nos mantiene con vida para que podamos contarle a Flyte lo que hemos visto y para convencerle de que venga aquí.

–Quiere que transmitamos a Flyte su oferta de salvoconducto.

- No somos más que un cebo.
- Exacto.
- Y cuando hayamos cumplido nuestro propósito...
- Sí.

Algo golpeó pesadamente las paredes exteriores del hotel. Los ventanales vibraron y el edificio pareció estremecerse.

Bryce dio tal respingo que derribó su silla al ponerse en pie.

Una nueva sacudida, más energética y sonora. Después, el ruido de algo que se arrastraba.

El comisario escuchó el sonido con gran atención, tratando de determinar su procedencia. Parecía venir de la pared norte del edificio. Al principio, sonaba a ras del suelo; sin embargo, rápidamente pareció ascender, alejándose de la planta baja.

Era un sonido confuso, seco y estridente. Un sonido como de huesos. Como de esqueletos de gente muerta mucho tiempo atrás que ahora saliera arrastrándose de sus sepulcros.

–Es una cosa muy grande –dijo Frank–. Y está subiendo por la pared del hotel.

–El multiforme –susurró Lisa.

–Pero no en su forma gelatinosa –añadió Sara–. En su estado natural, fluiría pared arriba sin hacer ruido.

Todos alzaron los ojos al techo, escuchando y esperando a que sucediera algo.

¿Qué forma fantasmal habría asumido esta vez?, se preguntó Bryce.

Nuevos ruidos: arañazos, crujidos...

El sonido de la muerte.

Bryce notó su mano más fría que la empuñadura del revólver.

Los seis se acercaron a las ventanas y escutaron el exterior. La niebla lo cubría todo.

Entonces, a casi una manzana calle abajo, en la penumbra de una lámpara de sodio, algo se movió, apenas entrevisto. Una sombra amenazadora, distorsionada por la bruma. Bryce tuvo la impresión de que se trataba de un cangrejo del tamaño de un coche. Distinguió por un instante unas patas de arácnido. Una pinza monstruosa con bordes en dientes de sierra destelló unos segundos bajo la luz, para perderse de inmediato en la oscuridad. Y algo más: dos largas antenas vibrantes, febriles, tanteando el terreno. A continuación, la criatura se perdió nuevamente en la noche.

–Eso es lo que está subiendo por el edificio –informó Tal–. Se trata de otro maldito cangrejo idéntico al que acabamos de ver. Una cosa salida directamente del delirium trémens de un alcohólico.

Escucharon cómo la criatura alcanzaba el tejado. Sus extremidades quitinosas se arrastraban por las planchas de pizarra produciendo golpes y chirridos.

–¿Qué se propone? –preguntó Lisa, preocupada–. ¿Por qué simula ser lo que no es?

–Tal vez es sólo que le gusta hacer imitaciones y exhibirse –respondió Bryce–. Ya sabes, igual que a algunas aves tropicales les gusta imitar sonidos por el puro placer de hacerlo, de escucharse a sí mismas.

Los ruidos del techo cesaron.

Los seis aguardaron.

La noche parecía estar al acecho como un animal salvaje, estudiando a su presa y preparando su ataque.

Estaban demasiado inquietos para sentarse y permanecieron de pie junto a las ventanas.

En el exterior, sólo se movía la niebla.

–Ahora resultan comprensibles esas contusiones generalizadas que presentan los cuerpos –comentó Sara Yamaguchi–. La criatura multiforme envolvió a sus víctimas y las estrujó. Así pues, los moretones son consecuencia de una compresión externa, brutal y sostenida, aplicada por igual en todos los puntos del cuerpo. Y eso también explica la asfixia: esos desgraciados quedaron envueltos por el multiforme, totalmente sellados en su interior.

–Se me ocurre –intervino Jenny– que tal vez produce esa sustancia conservante mientras comprime a sus víctimas.

–Sí, probablemente –asintió Sara–. Por eso no se aprecia ningún punto visible de inoculación en los dos cadáveres que estudiamos. Posiblemente, ese conservante se administra sobre cada centímetro cuadrado del cuerpo, introduciéndolo a presión por cada poro de la piel. Una especie de administración por ósmosis.

Jenny pensó en Hilda Beck, la asistente, la primera víctima que ella y Lisa habían encontrado.

Sintió un escalofrío.

–El agua –dijo Jenny.

–¿Qué? –replicó Bryce.

–Los charcos de agua destilada que encontramos... La criatura multiforme expulsó ese agua.

–¿En qué te basas para decir tal cosa?

–El cuerpo humano está compuesto, sobre todo, de agua. Cuando esa criatura absorbe a sus víctimas, cuando ha usado todas sus vitaminas, todas sus calorías útiles y hasta el último miligramo de contenido mineral, expulsa los residuos que no necesita. Es decir, se libra de las cantidades sobrantes de agua absolutamente pura. Esos charcos que descubrimos eran los únicos restos que vamos a encontrar de los cientos de desaparecidos. Ningún cuerpo. Ni un solo hueso. Sólo agua... que ya se ha evaporado.

Los ruidos del techo no se reanudaron. Reinó el silencio. El cangrejo fantasma había desaparecido.

En la oscuridad, entre la niebla, bajo la luz amarillenta de las farolas de sodio, nada se movía.

El grupo se apartó por fin de las ventanas y regresó a la mesa.

–¿Hay algún modo de matar a esa condenada criatura? –se preguntó Frank.

–Desde luego, sabemos que con balas es imposible –respondió Tal.

–¿Con fuego, tal vez? –sugirió Lisa.

–Los soldados tenían esos cócteles molotov preparados –les recordó Sara–, pero es evidente que el multiforme les atacó tan rápida e inesperadamente que ninguno de ellos tuvo tiempo de prender la mecha y utilizarlos.

–Además –añadió Bryce–, lo más probable es que el fuego tampoco diera resultado. Si esa criatura llegara a quemarse, podría... bueno, podría desprenderse de la parte que quedara afectada por las llamas y poner a salvo la masa principal.

–Los explosivos, probablemente también son inútiles –dijo Jenny–. Tengo el presentimiento de que, si hiciéramos estallar a ese ser en mil pedazos, nos encontraríamos con un millar de multiformes más pequeños que correrían a unirse de nuevo, intactos.

–Así pues, ¿podemos acabar con esa cosa, sí o no? –insistió en su pregunta Frank.

Todos permanecieron callados unos segundos, meditando. Por fin, Bryce respondió:

–No. Al menos, no veo cómo.

–Entonces, ¿qué podemos hacer?

–No lo sé –murmuró Bryce–. De veras que no lo sé.

Frank Autry llamó por teléfono a su esposa, Ruth, y habló con ella durante casi media hora. Tal conversó con algunos amigos por el otro teléfono. Más tarde, Sara Yamaguchi ocupó una de las líneas durante casi una hora. Jenny hizo varias llamadas, una de ellas a su tía de Newport Beach, con la cual también habló Lisa. Bryce conversó con varias personas reunidas en la comisaría de Santa Mira, agentes con los que había trabajado durante años, y a quienes les unía un vínculo fraternal. También se puso en contacto con sus padres, en Glendale, y con el padre de Ellen, en Spokane.

Los seis supervivientes se mostraron animados en sus conversaciones. Hablaron de acabar con aquella cosa y dejar Snowfield muy pronto.

No obstante, Bryce sabía que todos estaban poniendo la mejor cara posible a su desesperada situación. Sabía que no estaban haciendo llamadas normales; a pesar de su aparente optimismo, aquellas conversaciones sólo tenían un lúgubre propósito: los seis supervivientes estaban despidiéndose del mundo.

## Pandemónium

Sal Corello, el agente de publicidad que había sido contratado para recibir a Timothy Flyte en el aeropuerto internacional de San Francisco era un hombrecillo menudo pero musculoso con el cabello rubio pajizo y los ojos azules. Su rostro era imponente. De haber medido un metro ochenta en lugar de apenas uno sesenta, sus facciones habrían podido ser tan famosas como las de Robert Redford. No obstante, su inteligencia, ingenio y agresivo encanto compensaban su corta estatura. Corello sabía muy bien cómo conseguir lo que quería, tanto para sí mismo como para sus clientes.

Habitualmente, Sal Corello incluso era capaz de conseguir que los reporteros se comportaran con tal moderación que cualquiera les tomaría por personas civilizadas, pero en esta ocasión le fue imposible. La noticia era demasiado importante y demasiado reciente. Corello no había visto nunca nada semejante: cientos de periodistas y curiosos se arremolinaron en torno a Flyte en el mismo instante en que le reconocieron, tirando del profesor y sacudiéndole, aplastando micrófonos contra sus labios, deslumbrándole con los flashes de las cámaras y gritando frenéticamente una pregunta tras otra. «Doctor Flyte...» «Profesor Flyte...» «¡...Flyte!» Flyte, Flyte, Flyte–Flyte–Flyte, FlyteFlyteFlyteFly–te... Las preguntas quedaron reducidas a un griterío incoherente de voces compitiendo unas con otras. A Sal Corello le dolían los oídos.

El profesor pareció desconcertado y, más tarde, asustado. Corello agarró del brazo a Flyte y le condujo a través de la excitada muchedumbre, convertido en un pequeño pero muy eficaz ariete. Cuando alcanzaron el estrado que Corello y los agentes de seguridad del aeropuerto habían instalado en un rincón de la sala de espera, el profesor Flyte parecía a punto de expirar de miedo.

Corello tomó el micrófono y consiguió acallar rápidamente a la multitud. Pidió a los periodistas que dejaran hacer una breve declaración a Flyte, prometió que después permitiría algunas preguntas, presentó al orador y se apartó de en medio.

Una vez que todos hubieron echado un vistazo a Timothy Flyte con más calma, se hizo patente entre los periodistas un súbito escepticismo. Corello observó en sus rostros el manifiesto temor a que Flyte estuviera tomándoles el pelo. Realmente, Flyte tenía todo el aspecto de un sabio loco. Llevaba el cabello cano encrespado y casi de punta, como si hubiera metido los dedos en un enchufe eléctrico. Sus ojos estaban muy abiertos, debido al miedo que había pasado y al esfuerzo por vencer la fatiga, y su rostro tenía las facciones lacias y la piel grisácea de un vagabundo alcohólico. Necesitaba un afeitado y su indumentaria, arrugada, le colgaba como un saco. A

Corello su aspecto le recordó a esos fanáticos que, desde cualquier esquina, predicaban la inminencia del Juicio Final.

Horas antes, durante su conferencia telefónica con Londres, Burt Sandler, el director literario de Wintergreen y Wyle, había preparado a Corello para la posibilidad que Flyte causara una mala impresión a los periodistas. Sin embargo, Sandler no debería haberse preocupado. Los representantes de la prensa aguardaron con inquietud mientras Flyte carraspeaba media docena de veces, enérgicamente y ante el micrófono. No obstante, cuando por fin empezó a hablar, no tardaron ni un minuto en quedar cautivados. Flyte les habló de la colonia de Roanoke Island, de las civilizaciones mayas desaparecidas, de las misteriosas caídas de las poblaciones marinas, del ejército desaparecido en 1711. La multitud se apaciguó. Corello se relajó.

Flyte les habló del pueblo esquimal de Anjikuni, a ochocientos kilómetros al noroeste del puesto de la Real Policía Montada del Canadá, en Churchill. Una tarde de nieve, en noviembre de 1930, un cazador y comerciante francocanadiense, Joe LaBelle, se detuvo en Anjikuni y descubrió que todos sus habitantes habían desaparecido. Todas sus pertenencias, incluidos sus valiosos fusiles de caza, habían quedado en las casas. En muchas de éstas, la comida estaba servida y los platos a medio terminar. Los trineos seguían allí (pero no los perros), lo cual significaba que los vecinos no podían haberse trasladado a otra localidad. El lugar, según describiría LaBelle más adelante, «era tan lúgubre como un cementerio en plena noche». El trampero LaBelle informó del hecho al destacamento de la Policía Montada de Churchill y se emprendió una gran investigación, pero jamás se encontró el menor rastro de la gente de Anjikuni.

Mientras los periodistas tomaban notas y dirigían los micrófonos de sus grabadoras hacia él, Flyte continuó hablándoles de su teoría, tan denostada años atrás: el antiguo enemigo. Hubo jadeos de sorpresa y expresiones de incredulidad, pero no se oyeron grandes protestas ni abiertas expresiones de rechazo.

En el mismo instante en que Flyte terminó de dar lectura a la declaración que había preparado, Sal Corello se echó atrás de su promesa de una rueda de prensa. Agarró de nuevo al profesor por el brazo y le introdujo por una puerta situada detrás de la improvisada tarima ante la cual se habían instalado los micrófonos.

Los periodistas protestaron a gritos ante esta traición y saltaron a la tarima tratando de seguir a Flyte.

Corello y el profesor penetraron en un pasillo cerrado al público donde les esperaban varios miembros del servicio de seguridad del aeropuerto. Uno de los hombres cerró la puerta con llave tras ellos dejando al otro lado a los reporteros, cuyos gritos se hicieron todavía más estentóreos que antes.

—Por aquí —dijo un guarda de seguridad.

Avanzaron apresuradamente por un laberinto de pasillos, descendieron por una escalera de cemento, cruzaron una puerta metálica de emergencias y salieron al exterior, a una extensión asfaltada y barrida por los vientos donde les aguardaba un helicóptero azul. Se trataba de un Bell JetRanger II, un aparato lujoso, bien equipado y destinado a personas de alto rango.

–Es el helicóptero del gobernador –explicó Corello a Flyte.

–¿El gobernador? –repitió Flyte–. ¿Está aquí?

–No, pero ha puesto el helicóptero a su disposición.

Mientras penetraban en el cómodo compartimento de los pasajeros, los rotores empezaron a girar sobre sus cabezas.

Con la frente apoyada en el frío cristal de la ventanilla, Timothy Flyte vio perderse en la noche las luces de San Francisco.

Estaba nervioso. Antes de que aterrizara el avión se había sentido amodorrado y cansado, pero ya lo había superado. Ahora se sentía alerta y dispuesto a saber más sobre lo ocurrido en Snowfield.

El JetRanger era un helicóptero con una elevada velocidad de crucero y el viaje a Santa Mira duró menos de dos horas. Corello –un tipo listo, divertido y charlatán– ayudó a Timothy a preparar otra declaración para los periodistas que les esperaban. El trayecto se hizo corto.

Tomaron tierra con un ruido sordo en medio del aparcamiento vallado de la parte posterior de la comisaría. Corello abrió la puerta del compartimento de pasajeros antes incluso de que las aspas dejaran de girar; saltó del aparato, volvió de nuevo a la portezuela luchando contra el viento que levantaban los rotores y tendió una mano a Timothy.

Un agresivo regimiento de periodistas –más incluso que en San Francisco– llenaba el callejón. Apelotonados contra la valla cerrada con candado, gritaban preguntas y apuntaban hacia Flyte sus micrófonos y sus cámaras.

–Haremos la declaración más tarde, cuando a nosotros nos convenga –dijo Corello, a voz en grito para hacerse oír por encima del alboroto. Y dirigiéndose a Flyte añadió–: En este momento, la policía local le espera a usted para ponerle en contacto con el comisario destacado en Snowfield.

Un par de agentes escoltó apresuradamente a Flyte y Corello al interior del edificio. Recorrieron un pasillo y entraron en un despacho donde les aguardaba otro hombre de uniforme. Su nombre era Charlie Mercer. Era un hombre corpulento, con las cejas más pobladas que Flyte había visto en su vida... y los ademanes enérgicos y eficaces de un secretario de dirección de primera clase.

Timothy Flyte fue escoltado hasta un escritorio, tras el cual tomó asiento.

Mercer marcó un número de Snowfield para entrar en comunicación con el comisario Hammond. Después pasó la llamada a un altavoz general para que Timothy no tuviera que sujetar el auricular y para que todos los presentes en la sala pudieran escuchar a ambos interlocutores.

Hammond anunció el primer mazazo apenas terminó de intercambiar saludos con Flyte.

–Doctor Flyte, hemos visto al antiguo enemigo. O, al menos, supongo que es lo que usted denomina con ese nombre. Una cosa enorme... ameboide. Un ser capaz de cambiar de forma y de imitar cualquier cosa.



A Timothy Flyte le temblaban las manos y se agarró a los brazos de su asiento.

–Dios mío –musitó.

–¿Es ése su antiguo enemigo? –preguntó Hammond.

–Sí. Un superviviente de otra era. Con una edad de millones de años.

–Podrá usted contarnos más cuando llegue aquí –continuó Hammond–. Si puedo convencerle para que lo haga.

Timothy sólo escuchó a medias lo que el comisario le decía. Estaba pensando en el antiguo enemigo. Había escrito sobre él y había tenido el pleno convencimiento de que existía pero, de algún modo, no estaba preparado para ver confirmada en la realidad su teoría. El hecho le sobrecogió el ánimo.

Hammond le explicó la terrible muerte de un agente llamado Gordy Brogan.

Salvo Timothy, únicamente Sal Corello pareció asombrado y aterrorizado por el relato de Hammond. Era evidente que Mercer y los demás ya conocían la historia desde hacía horas.

–¿Lo han visto y siguen vivos? –comentó Flyte, admirado.

–Ha tenido que dejar con vida a algunos de nosotros –respondió Hammond– para que intentemos convencerle de acudir aquí. Le garantiza a usted salvoconducto.

Flyte se mordió el labio inferior, pensativo.

–¿Doctor Flyte? –dijo Hammond–. ¿Sigue usted ahí?

–¿Cómo? ¡Ah...! Sí, sigo aquí. ¿A qué se refiere usted con eso de que me garantiza paso libre?

Hammond le explicó un asombroso relato sobre cómo habían entrado en comunicación con el antiguo enemigo mediante un ordenador.

Mientras el comisario hablaba, Timothy se puso a sudar. Vio una caja de pañuelos de papel en una esquina del escritorio, tomó un puñado de ellos y se secó el rostro.

Cuando Hammond terminó, el profesor soltó un ligero resoplido y respondió con un hilillo de voz:

–Nunca pensé... Es decir..., bueno, nunca se me pasó por la imaginación que...

–¿Qué sucede? –quiso saber Hammond.

Timothy carraspeó.

–Jamás se me ocurrió pensar que el antiguo enemigo pudiera poseer una inteligencia equivalente a la humana.

–Sospecho que incluso puede ser superior –replicó Hammond.

–Pero yo siempre había creído que sólo era un animal poco inteligente, con una conciencia de sí mismo muy limitada.

–Pues no.

–Eso le hace mucho más peligroso. ¡Dios mío, mucho más peligroso!

–¿Vendrá usted a Snowfield? –preguntó Hammond.

–No tenía intención de acercarme un milímetro más a esa criatura –respondió Timothy–, pero si es inteligente... y si me ofrece su salvoconducto...

En la conversación terció una voz infantil, la vocecilla dulce de un niño de quizá cinco o seis años:

–¡Por favor, por favor, venga a jugar conmigo, doctor Flyte! Por favor. Nos lo pasaremos muy bien.

Y luego, antes de que Timothy pudiera responder, se oyó la voz suave y musical de una mujer:

–Sí, querido doctor Flyte. Cuánto nos gustaría que nos visitara. Será usted bien recibido. Nadie le hará daño.

Por último, llegó del otro lado de la línea la voz cálida y tierna de un anciano:

–Tiene usted mucho que aprender acerca de mí, doctor Flyte. Muchos conocimientos que adquirir. Venga, por favor, e iniciemos los estudios. El ofrecimiento de paso libre es sincero.

Silencio.

Confuso, Timothy murmuró:

–¿Hola? ¿Hola? ¿Quién habla?

–Sigo aquí –respondió Hammond.

Las demás voces no respondieron.

–Ahora sólo estoy yo –repitió Hammond.

–Pero ¿quiénes eran los que hablaban?

–En realidad, no eran personas. Sólo se trata de fantasmas. Imitaciones. ¿No lo ha comprendido? Con tres voces distintas, eso le ha vuelto a ofrecer el salvoconducto. El antiguo enemigo, doctor.

Timothy observó a los otros cuatro hombres que ocupaban la estancia. Todos miraban fijamente hacia el altavoz por el que había surgido la voz de Hammond... y las tres voces de la criatura.

Tomando un puñado de pañuelos de papel ya húmedos con una mano, Timothy se secó de nuevo el rostro bañado en sudor.

–Iré.

Ahora, todos los presentes volvieron la mirada hacia él.

Al otro lado de la línea, el comisario Hammond comentó:

–Doctor, no existe ninguna razón para creer que mantendrá esa promesa. Una vez esté usted aquí, tal vez deba considerarse hombre muerto, como los demás.

–Pero si es inteligente...

–Eso no significa que vaya a jugar limpio –dijo Hammond–. En realidad, aquí arriba todos estamos convencidos de una cosa: Esta criatura es la misma esencia del Mal. Del Mal, doctor Flyte. ¿Confiaría usted en las promesas del Diablo?

La voz infantil surgió de nuevo por el auricular, todavía dulce y melodiosa.

–Si viene, doctor Flyte, no sólo le dejaré sano y salvo a usted sino también a esas seis personas que tengo atrapadas aquí. Les dejaré si viene usted a jugar conmigo. Pero si no viene, me llevaré a esos cerdos. Les aplastaré. Les estrujaré hasta que no quede en ellos una gota de sangre, daré cuenta de ellos y les reduciré a pulpa.

Estas palabras fueron pronunciadas en tono ligero, inocente, infantil. .. lo cual las hacía, en cierto modo, mucho más temibles que si hubieran sido gritadas por una voz ronca de bajo profundo, cargada de rabia.

Timothy Flyte notó que el corazón le galopaba.

–Esto es definitivo –musitó–. Voy a ir. No tengo otra elección.

–No lo haga por nosotros –replicó Hammond–. Tal vez le perdone la vida a usted porque es su san Mateo, su Marcos, su Lucas y su Juan. Pero es indudable que no va a dejarnos con vida a los demás, por mucho que afirme lo contrario.

–Iré –insistió Flyte.

Hammond titubeó. Después, dijo por fin:

–Muy bien. Haré que uno de mis hombres le lleve hasta el control de carreteras del cruce de Snowfield. Desde allí, tendrá que acudir usted solo. No puedo poner en peligro a otro hombre. ¿Sabe usted conducir?

–Sí, señor –respondió Timothy–. Ponga un coche a mi disposición e iré solo.

La comunicación se cortó.

–¿Hola? –dijo Timothy–. ¿Comisario?

No hubo respuesta.

–¿Está ahí? ¿Comisario Hammond?

Nada.

Aquello había cortado la línea.

Timothy alzó la mirada hacia Sal Corello, Charlie Mercer y los dos hombres cuyos nombres no conocía.

Todos le miraban como si ya estuviera muerto y en el ataúd.

Pero si muero en Snowfield, si el ser multiforme se apodera de mí, no habrá ataúd. Ni tumba. Ni paz eterna.

–Yo le llevaré hasta el control –dijo Charlie Mercer–. Le llevaré personalmente.

Timothy asintió con la cabeza. Era hora de irse.

## Cara a cara

A las 3.12 de la madrugada, las campanas de la iglesia de Snowfield empezaron a repicar.

En el vestíbulo del Hilltop Inn, Bryce se levantó de su silla. Los demás le imitaron.

La sirena de los bomberos se puso a aullar.

–Flyte debe de haber llegado –dijo Jenny.

Los seis salieron del edificio.

Las farolas se encendían y apagaban rítmicamente, formando sombras chinescas que saltaban entre los cambiantes bancos de niebla.

Al pie de Skyline Road, un coche dobló la curva. Los faros hendieron la oscuridad proporcionando un resplandor plateado a la bruma.

Las campanas continuaron sonando y la sirena mantuvo su aullido mientras el vehículo ascendía pausadamente la larga cuesta. Era un coche patrulla blanco y verde del departamento de Policía. Aparcó junto al bordillo y se detuvo a tres metros de donde se encontraba Bryce. El conductor desconectó las luces.

La portezuela se abrió y Flyte se apeó del coche patrulla. No era como Bryce había esperado. Llevaba unas gafas gruesas con las cuales sus ojos parecían anormalmente grandes. Su cabello fino, cano y enmarañado estaba erizado formando un halo en torno a su cráneo. En la comisaría, alguien le había prestado una chaqueta aislante con la insignia del Departamento de Policía del Condado de Santa Mira en el bolsillo superior izquierdo.

Las campanas dejaron de sonar.

La sirena enmudeció.

El silencio que siguió fue como una losa.

Flyte echó un vistazo a la calle envuelta en la niebla, escuchando y esperando.

Por fin, Bryce dijo:

–Parece que no está dispuesto a dejarse ver.

–¿Comisario Hammond? –preguntó Flyte, volviéndose hacia él.

–Sí. Vayamos adentro y pongámonos cómodos mientras esperamos.

El comedor del hotel. Café caliente.

Unas manos temblorosas dejaron caer las jarras de loza sobre la mesa. Unas manos nerviosas se cerraron y se apretaron en torno a las jarras calientes para conseguir levantarlas sin verter su contenido.

Los seis supervivientes se inclinaron hacia adelante, apretados en torno a la mesa, para escuchar mejor a Timothy Flyte.

Lisa estaba claramente entusiasmada con el científico británico, pero Jenny, al principio, tuvo serias dudas. Parecía una perfecta caricatura del sabio despistado. Sin embargo, cuando empezó a hablar de sus teorías, Jenny se vio obligada a modificar su desfavorable opinión original y pronto se sintió tan fascinada como Lisa.

Flyte les habló de los ejércitos desaparecidos en España y China, de las ciudades mayas abandonadas y de la colonia de Roanoke Island.

Y les habló de Joya Verde, un asentamiento en la jungla sudamericana que había sufrido un destino similar al de Snowfield. Joya Verde era un puesto comercial situado en el río Amazonas, lejos de la civilización. En 1923, seiscientos cinco personas –absolutamente todos los hombres, mujeres y niños que vivían en el lugar– se desvanecieron en Joya Verde en una sola tarde, en algún momento entre las visitas matinal y vespertina de unos barcos fluviales de rutas regulares. Al principio se creyó que los indios de los alrededores, habitualmente pacíficos, se habían vuelto inexplicablemente hostiles y habían desencadenado un ataque por sorpresa. Sin embargo, no se encontró ningún cuerpo ni indicios de lucha o señales de saqueo. En el encerado de la escuela misional se descubrió un mensaje: «No tiene forma, pero tiene todas las formas». Muchos de los investigadores que estudiaron el misterio de Joya Verde se apresuraron a afirmar que las palabras garabateadas en la pizarra no tenían relación con las desapariciones. Flyte tenía otra opinión y, después de escucharle, Jenny le dio la razón.

–También nos ha llegado otro mensaje parecido de una de esas antiguas ciudades mayas –dijo Flyte–. Los arqueólogos han desenterrado una tablilla con un fragmento de plegaria, escrita en jeroglíficos, que data de la época de la gran desaparición. –El profesor citó de memoria–: «En la tierra viven dioses maléficos cuyo poder duerme en la roca. Cuando despiertan, surgen como la lava, pero una lava fría, y fluyen y adquieren muchas formas. Entonces, los hombres valerosos comprenden que sólo son voces en el trueno, rostros en el viento, que se desvanecen como si nunca hubieran existido». –A Flyte le habían resbalado las gafas hacia la punta de la nariz y volvió a colocarlas en el lugar correcto–. Bien, hay quien opina que ese fragmento de la plegaria, en concreto, hace referencia al poder de los terremotos y los volcanes. Pero yo creo que alude al antiguo enemigo.

–Nosotros también encontramos un mensaje aquí –dijo Bryce–. Parte de una palabra.

–Pero no pudimos descifrarla –añadió Sara Yamaguchi.

Jenny habló a Flyte de las dos letras, una P y una R, que Nick Papandrakis había pintado con tintura de yodo en la pared del baño.

–También había un fragmento de una tercera letra. Podría ser el principio de una U o de una O.

–Papandrakis –repitió Flyte, asintiendo enérgicamente–. Griego. Sí, sí, puede ser una confirmación de lo que estoy contando. Ese Papandrakis, ¿era un hombre orgulloso de sus orígenes?

–Sí –respondió Jenny–. Tremendamente orgulloso. ¿Por qué?

–Bien, si se sentía ufano de sus raíces griegas –dijo Flyte–, es muy probable que conociera la mitología clásica. Verán, en la antigua Grecia había un dios llamado Proteo. Sospecho que ésa es la palabra que el señor Papandrakis intentó escribir en la pared: Proteo. Un dios que vivía en la tierra, que se arrastraba por sus entrañas. Un dios que carecía de forma propia. Un dios que podía adoptar la forma que quisiese, y que devoraba todas las cosas y todos los seres que le apetecía.

Con voz de frustración, Tal Whitman preguntó:

–¿A qué viene toda esa palabrería sobrenatural? Cuando nos comunicamos por el ordenador, esa cosa insistió en atribuirse los nombres de los demonios.

–El demonio amorfo, el dios informe y habitualmente maléfico que puede adoptar la personalidad y la forma que desee... Se trata de una figura relativamente frecuente en la mayoría de mitologías antiguas y en muchas, si no todas, de las grandes religiones mundiales. En todas las culturas aparece una figura mitológica de esas características bajo cientos de nombres. Tomemos el Antiguo Testamento, por ejemplo. Satán aparece primero como una serpiente y luego como una cabra, un carnero, un ciervo, un escarabajo, una araña, un niño, un mendigo y muchas otras cosas. Entre otros, recibe los nombres de Señor del Caos y de la Amorfía, Maestro del Engaño, Bestia de Múltiples Rostros. La Biblia nos dice que Satán es «cambiante como las sombras» y «astuto como el agua pues, así como el agua puede convertirse en vapor o en hielo, también Satán puede convertirse en lo que desee».

–¿Pretende decir que este ser multiforme de Snowfield es Satán?

–Bien, en cierto modo... sí.

Frank Autry meneó la cabeza.

–No, doctor Flyte. No soy hombre que crea en espíritus.

–Yo tampoco –le aseguró Flyte–. No estoy afirmando que ese ser tenga una naturaleza sobrenatural. No la tiene. Es una criatura tangible, aunque su carne no sea como la nuestra. No es un espíritu ni un demonio. Pero..., en cierto modo..., creo que, efectivamente, es Satán. Creo que ha sido esta criatura (o alguna otra como ella, algún otro monstruo superviviente de la era mesozoica) lo que ha inspirado el mito de Satán. En tiempos prehistóricos, los hombres debieron de topar con una de esas cosas y alguno debió de sobrevivir para contarlo. Naturalmente, describieron sus experiencias en la terminología de los mitos y las supersticiones. Sospecho que la mayoría de las formas demoníacas de las diversas religiones mundiales son, en realidad, descripciones de esos seres multiformes, informaciones transmitidas a lo largo de incontables generaciones hasta quedar grabadas en jeroglíficos, pergaminos y libros impresos. Son informes acerca de un animal muy raro, muy real, muy peligroso... pero descrito en el lenguaje de los mitos religiosos.

A Jenny, esta parte de la teoría de Flyte le pareció a la vez extravagante y brillante, improbable aunque coherente.

–De alguna manera, esa cosa absorbe los conocimientos y recuerdos de aquellos que le sirven de alimento –continuó Flyte–. Así, sabe que muchas de sus víctimas le

consideran el Diablo y le produce una especie de placer perverso representar ese papel.

–Parece gozar burlándose de nosotros –añadió Bryce.

Sara Yamaguchi se recogió el cabello tras las orejas y preguntó:

–¿Existe alguna explicación científica para la existencia de esa criatura, doctor Flyte? ¿Cómo puede vivir un ser así? ¿Cuál puede ser su funcionamiento biológico? ¿Qué teoría científica sostiene usted al respecto, profesor?

Antes de que Flyte pudiera responder, aquello se presentó.

En lo alto de una de las paredes, cerca del techo, una rejilla metálica que cubría un conducto de la calefacción saltó súbitamente de sus tornillos, voló por la sala, aterrizó en una mesa vacía, resbaló sobre ella y cayó al suelo con estrépito.

Jenny y los demás saltaron de sus asientos.

Lisa lanzó un grito y señaló algo con la mano.

El ser multiforme brotó por el conducto y se quedó adherido a la pared. Oscuro. Pulsante. Húmedo. Como un gran moco brillante y sanguinolento suspendido en la punta de una nariz.

Bryce y Tal se llevaron la mano al revólver, pero titubearon. No había absolutamente nada que pudieran hacer.

La cosa continuó saliendo del conducto, hinchándose, agitándose, creciendo hasta formar una masa obscena, informe, cambiante, del tamaño de un hombre. Luego, mientras seguía brotando de la pared, empezó a deslizarse hacia el suelo. Al llegar a él, formó un bulto mucho mayor que el de un ser humano. Y continuó manando. Y creciendo sin cesar.

Jenny miró a Flyte.

El rostro del profesor no lograba detenerse en una única expresión. Reflejaba asombro, luego terror, luego temor reverencial, luego asco, luego espanto y terror y asombro otra vez.

La masa viscosa y siempre cambiante de oscuro protoplasma tenía ahora el tamaño de tres o cuatro hombres y su sustancia repugnante seguía surgiendo del conducto de la calefacción en un flujo vomitivo.

Lisa soltó un jadeo y apartó el rostro.

Jenny, en cambio, no podía desviar sus ojos de aquel ser, que le producía una innegable y enfermiza fascinación.

En la ya enorme aglomeración de tejido informe que había invadido la estancia empezaron a formarse extremidades, aunque ninguna de ellas mantuvo su forma más de unos segundos. Brazos humanos, tanto de hombre como de mujer, se extendieron como si pidieran auxilio. Unos agitados bracitos infantiles se formaron en el tejido gelatinoso, algunos de ellos con sus manitas abiertas en una súplica silenciosa y patética. Resultaba difícil aceptar el hecho de que no eran los brazos de unos niños atrapados dentro de la criatura, pero de eso se trataba: de imitaciones, de brazos fantasmales, de una parte de aquella cosa, y no de las extremidades de niños de verdad. Y también había garras. Una sorprendente y escalofriante variedad de garras y extremidades de animales surgió del caldo protoplasmático. Y había partes

de insectos, también; enormes, tremendamente exageradas, aterradoramente frenéticas y espasmódicas. Pero todo aquello volvía a fundirse rápidamente en el protoplasma sin forma casi en el mismo instante de hacerse reconocible.

El ser multiforme ocupaba ahora la estancia en toda su anchura. Su tamaño era ya mayor que un elefante.

Mientras la cosa se entregaba a una serie de cambios continuos, inexorables y misteriosos sin ningún propósito aparente, Jenny y los demás retrocedieron hacia las ventanas.

Fuera, en la calle, la niebla se agitaba en su propio baile informe, como un reflejo fantasmal de la criatura.

Flyte, con voz cargada de súbita urgencia, respondió a las preguntas que le había formulado Sara Yamaguchi como si pensara que no le quedaba mucho tiempo para explicaciones.

—Hace unos veinte años, se me ocurrió que debía de haber una relación entre las desapariciones en masa y la extinción inexplicable de ciertas especies en las eras geológicas anteriores al ser humano. Como los dinosaurios, por ejemplo.

El ser de formas cambiantes latió y se agitó, alzándose casi hasta el techo y llenando todo el fondo de la sala.

Lisa se agarró a Jenny.

Un olor indefinido pero repulsivo impregnó el aire. Ligeramente azufrado. Como una vaharada salida del Infierno.

—Existe un sinnúmero de teorías que pretenden explicar la desaparición de los dinosaurios —dijo Flyte—, pero ninguna de ellas responde a todos los interrogantes. De modo que me pregunté... ¿y si los dinosaurios fueron exterminados por otra criatura, por un enemigo natural que fuera mejor cazador y luchador? Habría tenido que ser algo muy grande. Y dotado de un esqueleto muy frágil o incluso carente de él, puesto que jamás se ha encontrado un fósil de alguna especie que pudiera haber planteado auténtica batalla a los grandes saurios.

Un estremecimiento recorrió toda la masa viscosa, tenebrosa y agitada. En la superficie del bulto rezumante empezaron a aparecer decenas de rostros.

—¿Qué sucedería si algunas de esas criaturas ameboides hubieran sobrevivido millones de años... —dijo Flyte.

Rostros humanos y animales surgieron de la carne amorfa y brillaron levemente en ella.

—... viviendo en ríos o lagos subterráneos...

Había rostros que no tenían ojos. Otros carecían de boca. Pero entonces aparecieron los ojos, y se abrieron en un parpadeo. Eran unos ojos penetrantes, dolorosamente reales, llenos de agonía y de miedo y de abatimiento.

—... o en profundos cañones submarinos...

Y unas bocas cobraron existencia en aquellos rostros hasta entonces carentes de orificios.

—... a miles de metros bajo la superficie del mar...

Unos labios se formaron en torno a las bocas abiertas.



–... alimentándose de la vida marina...

Los rostros fantasmagóricos estaban gritando, aunque no emitían sonidos.

–... emergiendo rara vez en busca de alimento...

Caras de gatos. Caras de perros. Facciones de reptiles prehistóricos. Hinchándose en la masa como globos.

–... y aún más rara vez cebándose en los seres humanos...? –concluyó Flyte.

A Jenny le pareció como si los rostros estuvieran asomando desde el otro lado de un espejo ahumado. Ninguno de ellos llegaba nunca a tomar forma del todo. Tenían que difuminarse en seguida, pues incontables nuevas caras surgían y se aglutinaban de inmediato bajo ellos. Era un interminable espectáculo de sombras parpadeantes; el espectáculo de los perdidos y de los condenados.

Entonces, los rostros dejaron de formarse.

La enorme masa se apaciguó por un instante, latiendo de forma lenta y casi imperceptible pero sin otras exhibiciones.

Sara Yamaguchi emitía unos espantados gemidos por lo bajo.

Jenny apretó contra sí a Lisa.

Nadie dijo una palabra. Por unos instantes, nadie se atrevió ni siquiera a respirar.

Entonces, en una nueva demostración de su plasticidad, el antiguo enemigo emitió de pronto un puñado de tentáculos. Algunos de ellos eran gruesos, con ventosas similares a las de un calamar o un pulpo. Otros eran delgados y fibrosos; de éstos, algunos eran lisos y otros segmentados, pero todos ellos resultaban todavía más obscenos que los tentáculos gruesos, de aspecto húmedo. Varios apéndices se deslizaron adelante y atrás en el suelo, derribando sillas y apartando mesas, mientras otro grupo se agitaba en el aire como cobras meciéndose a la música de un encantador de serpientes.

Y entonces, la cosa atacó. Se movió de prisa, estalló hacia adelante.

Jenny dio un paso atrás y tropezó con algo. Estaba contra la pared más alejada de la criatura.

Los tentáculos se extendieron hacia el grupo como látigos, cortando el aire con un susurro.

Lisa no pudo resistir más tiempo sin mirar. Y soltó un jadeo ante lo que vio.

En apenas una fracción de segundo, los tentáculos crecieron espectacularmente.

Una cuerda de carne fría, resbaladiza, absolutamente extraña, rozó el revés de la mano de Jenny y se enroscó en torno a su muñeca.

«¡No!»

Con un escalofrío de alivio, se desasíó del tentáculo. No le costó apenas liberarse. Evidentemente, la cosa no estaba interesada en ella. Todavía.

Se agachó mientras los apéndices azotaban el aire sobre su cabeza, y Lisa se acuclilló junto a ella.

En sus prisas por apartarse de la criatura, Flyte tropezó y cayó al suelo.

Un tentáculo se movió hacia él.

Flyte retrocedió a rastras hasta topar con la pared.

El tentáculo le siguió y se cernió sobre él como si fuera a descargar un golpe. Luego, se retiró. Tampoco estaba interesado por el profesor. Aunque el gesto era inútil, Bryce disparó su revólver.

Tal gritó algo que Jenny no alcanzó a entender y se colocó delante de las dos hermanas, entre ellas y el ser multiforme.

Después de pasar por encima de Sara, la cosa agarró a Frank Autry. Era a él a quien quería. Dos gruesos tentáculos se enroscaron en el torso de Frank y le arrastraron lejos de los demás.

Pataleando, golpeando con los puños, clavando los dedos en la cosa que le sujetaba, Frank gritó sin palabras, con el rostro contorsionado de terror.

Todos gritaban ahora. Incluso Bryce. Y Tal.

Bryce fue tras Frank, le asió del brazo derecho y trató de arrancarle de la criatura, que seguía arrastrándole.

–¡Suéltame! ¡Suéltame! –gritó Frank.

Bryce intentó separar uno de los tentáculos del cuerpo del policía.

Otro de los apéndices gruesos y viscosos se alzó del suelo, empezó a dar vueltas, soltó un latigazo y golpeó a Bryce con tremenda fuerza, arrojándole al suelo conmocionado.

Frank fue levantado del suelo y sostenido en el aire. Los ojos casi se le salieron de las órbitas cuando miró hacia la masa oscura, viscosa y cambiante del antiguo enemigo. Pataleó y se resistió sin la menor esperanza.

Otro pseudópodo más surgió de la masa central del ser multiforme y se alzó en el aire, vibrando de incontenible voracidad. En algunas zonas del repulsivo apéndice, la piel veteada gris–marrón–roja–granate pareció disolverse y apareció el tejido vivo, rezumante.

Lisa soltó un alarido.

No era sólo la visión de la carne supurante lo que resultaba repulsivo y vomitivo. También el hedor se había intensificado.

Un líquido amarillento empezó a resbalar de la herida abierta del tentáculo. Allí donde las gotas tocaron el suelo, el líquido burbujeó y silbó y espumeó hasta corroer las baldosas.

–¡Ácido! –oyó Jenny que alguien exclamaba.

Los gritos de Frank se convirtieron en un alarido desesperado y espeluznante de puro terror.

El tentáculo rezumante de ácido se deslizó sinuosamente en torno al cuello del hombre y apretó con la fuerza de un garrote vil.

–¡Oh, Dios mío, no!

–No mires –dijo Jenny a Lisa.

La criatura estaba enseñándoles cómo había decapitado a Jakob y Aida Liebermann. Como un niño exhibiéndose.

El grito de Frank Autry murió en un barboteo sofocado por la sangre, envuelto en mucosidades. El tentáculo devorador le segó el cuello con pasmosa rapidez. Un

par de segundos después de que Frank quedara en silencio, su cabeza saltó del mortal abrazo y rodó por el suelo, resonando sobre las baldosas.

Jenny notó un regusto a bilis en el fondo de su garganta y reprimió el vómito.

Sara Yamaguchi sollozaba.

La criatura todavía sostenía en el aire el cuerpo decapitado de Frank. Ahora, en la masa de tejido amorfo del cual surgían los tentáculos, una enorme boca desdentada se abrió, golosa. Su tamaño era más que suficiente para tragar a un hombre entero. Los tentáculos acercaron el cadáver descabezado a la boca abismal, dantesca. La carne oscura envolvió el cuerpo. Luego la boca se cerró y dejó de existir.

Frank Autry también había dejado de existir.

Bryce contempló conmovido la cabeza seccionada. Los ojos sin vida de Frank miraban hacia él, a través de él.

Frank estaba muerto. Frank, que había sobrevivido a varias guerras, que había sobrevivido a toda una vida de trabajo peligroso, no había logrado salir de ésta.

Bryce pensó en Ruth Autry. Su corazón, ya encogido, se retorció de pena al imaginarse a Ruth en soledad. El matrimonio había estado excepcionalmente unido y comunicar la noticia a la viuda resultaría muy doloroso.

Los tentáculos se recogieron en el bulto pulsante de tejido amorfo; en un par de segundos, todos ellos desaparecieron.

La masa ondulante y sin forma ocupaba un tercio de la sala.

Bryce se la imaginó reptando rápidamente por los pantanos prehistóricos, confundida con el humus, acechando a su presa. Sí, habría sido todo un reto para los dinosaurios.

Horas antes, Bryce había pensado que el ser multiforme había mantenido con vida a un puñado de gente para que le sirviera de cebo cuando llegara Flyte y para convencer a éste de que acudiera a Snowfield. Ahora se daba cuenta de que no era así. Podría haberles devorado y luego haber imitado sus voces por teléfono: Flyte habría sido atraído al pueblo con idéntica facilidad. No, les mantenía vivos por alguna otra razón. Tal vez para irles matando de uno en uno delante de Flyte, de modo que éste pudiera comprobar con detalle su manera de actuar.

«Dios santo.»

El ser multiforme se alzó por encima de sus cabezas, temblando como gelatina, con toda su grotesca masa vibrando como impulsada por los latidos desacompañados de una decena de corazones.

Con voz aún más temblorosa de cómo se sentía Bryce, Sara Yamaguchi musitó:

—Ojalá hubiera un modo de conseguir una muestra de tejido. Daría cualquier cosa por poder estudiarla al microscopio... hacerme una idea de la estructura celular. Tal vez pudiéramos encontrar algún punto débil... algún modo de enfrentarnos a eso, quizá incluso derrotarlo.

Flyte replicó:

—A mí me gustaría estudiarlo... sólo para lograr entender..., sólo por saber.

Una eyección de tejido se proyectó del centro de la masa y empezó a adquirir forma humana. Bryce quedó paralizado al ver a Gordy Brogan materializándose frente a él. Antes de que el fantasma terminara de formarse, mientras el cuerpo todavía era un bulto a medio perfilar, y aunque el rostro no estaba terminado, la boca se abrió de todos modos y la réplica de Gordy habló, aunque no con su voz sino con la de Stu Wargle. El toque desconcertante supremo.

–Vaya al laboratorio –dijo la boca sólo medio formada, pero hablando con perfecta claridad–. Le enseñaré todo lo que desea ver, doctor Flyte. Usted es mi Mateo, mi Lucas. Vaya al laboratorio. Al laboratorio.

La imagen sin terminar de Gordy Brogan se disolvió casi como si hubiera estado compuesta de humo.

La prominencia de tejido informe se fundió de nuevo con la masa principal.

Toda la criatura pulsante y hinchida empezó a retirarse por el cordón umbilical que subía la pared y se perdía en el conducto de calefacción.

¿Qué parte más de aquel ser ocupaba los espacios entre las paredes del edificio? ¿Cuánta más de aquella criatura esperaba abajo, en las alcantarillas y los desagües? ¿Qué tamaño tiene el dios Proteo?, se preguntó Bryce con un escalofrío.

Mientras la criatura se retiraba, por toda su superficie se abrieron orificios de extrañas formas, ninguno mayor que una boca humana; una decena de ellos, dos decenas y surgieron los sonidos: el gorjeo de los pájaros, los gritos de las gaviotas, el zumbido de las abejas, relinchos, siseos, tiernas risas infantiles, cantos lejanos, el ulular de un búho, la advertencia de la serpiente de cascabel, como una maraca. Todos estos sonidos, emitidos al unísono, se fundían en un coro desagradable, irritante, decididamente siniestro.

Y, a continuación, el ser multiforme terminó de perderse por el conducto de la pared. Únicamente la cabeza cortada de Frank y la rejilla doblada del hueco de la calefacción quedaban como prueba de que algo surgido del Infierno había estado allí.

Según el reloj eléctrico de la pared, eran las 3.44.

La noche casi había terminado.

¿Cuánto quedaba para el alba? ¿Una hora y media?, se preguntó Bryce. ¿Una hora y cuarenta o más?

Pensó que no importaba.

En cualquier caso, no esperaba vivir para ver el amanecer.

## Ego

La puerta del segundo laboratorio estaba abierta de par en par. Las luces estaban encendidas y las pantallas del ordenador despedían su fulgor incandescente. Todo estaba dispuesto para ellos.

Jenny había intentado mantener la esperanza de que todavía podían resistir, de que aún les quedaba alguna oportunidad, por remota que fuera, de influir en el curso de los acontecimientos. Ahora, aquella frágil ilusión se había desvanecido. Estaban impotentes. Solamente harían lo que esa cosa quisiera. Sólo irían donde esa cosa les permitiera.

El sexteto se apretujó en el interior del laboratorio.

–Y ahora, ¿qué?

–A esperar –respondió Jenny.

Flyte, Sara y Lisa se instalaron ante las tres brillantes pantallas de los terminales de ordenador. Jenny y Bryce se apoyaron contra un aparador y Tal se quedó junto a la puerta abierta, observando el exterior.

Afuera la niebla era cada vez más densa.

A esperar, había dicho Jenny a Lisa. Sin embargo, la espera no resultaba fácil. Cada segundo era una tortura de tensas y morbosas expectativas.

¿De dónde vendría la muerte la próxima vez?

¿Y en qué forma fantástica?

¿Y a quién le tocaría ser el siguiente?

Por fin, Bryce dijo:

–Doctor Flyte, si esas criaturas prehistóricas han sobrevivido millones de años, en lagos y ríos subterráneos, en las simas marinas más profundas... o donde sea... y si salen a la superficie para alimentarse... ¿cómo es que no son más frecuentes las desapariciones en masa?

Flyte se frotó el mentón con una mano delgada y de largos dedos antes de responder:

–Porque sólo encuentra seres humanos en contadas ocasiones.

–¿Y eso?

–Dudo que exista más de un reducido puñado de estas bestias. Tal vez se ha producido algún cambio climático que mató a la mayoría y obligó a las restantes a mantener una existencia subterránea y subacuática.

–De todos modos, incluso un puñado de esas criaturas...

–Un puñado reducidísimo –insistió Flyte–, repartido por la Tierra. Y tal vez sólo se alimentan de vez en cuando. Piense en la boa constrictor, por ejemplo. Esa serpiente se nutre sólo una vez cada varias semanas. Así pues, tal vez esa cosa se

alimento de manera irregular, a intervalos de varios meses o incluso pongamos que una vez cada par de años. Su metabolismo es tan radicalmente distinto del nuestro que casi resulta posible cualquier suposición.

–¿Podría su ciclo vital incluir períodos de hibernación que duraran no ya una estación o dos, sino años, enteros? –preguntó Sara.

–Sí, sí –dijo Flyte, asintiendo con la cabeza–. Muy bien pensado. Eso explicaría también por qué son infrecuentes sus encuentros con el hombre. Y permítame recordar que la humanidad puebla menos del uno por ciento de la superficie del planeta. Incluso si se alimentara con cierta frecuencia, el antiguo enemigo sólo toparía con nuestra raza en escasas ocasiones.

–Y cuando tal encuentro se produjera –añadió Bryce–, sería muy probable que tuviera lugar en el mar, ya que la mayor parte de la superficie terrestre está cubierta por las aguas.

–Exacto –asintió Flyte–. Y si atrapara a todos los ocupantes de un barco, no quedarían testigos y jamás tendríamos noticia de tales contactos. La historia del mar está, en efecto, llena de relatos de naves desaparecidas y barcos fantasmas de los que jamás se han encontrado las tripulaciones.

–El *Mary Celeste* –dijo Lisa, mirando a Jenny.

Jenny recordó que su hermana había mencionado aquel caso durante la tarde del domingo, cuando habían acudido a la casa de sus vecinos, los Santini, y habían encontrado la mesa preparada para la cena.

–El *Mary Celeste* es un caso famoso –asintió Flyte–, pero no es el único. Son cientos y cientos los barcos que han desaparecido en circunstancias misteriosas desde que existen registros náuticos fiables. Con buen tiempo, en épocas de paz y sin la menor explicación «lógica». En conjunto, los marinos desaparecidos deben de sumar decenas de miles.

–Esa zona del Caribe donde se han esfumado tantas naves... –dijo

Tal desde su posición junto a la puerta abierta.

–El Triángulo de las Bermudas –apuntó Lisa al instante.

–Sí –asintió Tal–. ¿No podría ser que... ?

–¿Que indique la presencia de uno de esos seres multiformes? –adivinó Flyte–. Sí, es posible. A lo largo de los años, se han producido también en esa zona algunas misteriosas desapariciones de poblaciones de peces, de modo que parece aplicable la teoría del antiguo enemigo.

En las pantallas destellaron unos datos:

OS ENVÍO UNA ARAÑA.

–¿Qué se supone que significa eso? –preguntó Flyte.

Sara tecleó:

ACLARACIÓN.

Se repitió el mismo mensaje.

OS ENVÍO UNA ARAÑA.

ACLARACIÓN.

MIRAD POR AHÍ.

Jenny fue la primera en verla. Estaba sobre la mesa de trabajo a la izquierda del terminal que estaba utilizando Sara. No era tan grande como una tarántula, pero sí era mucho mayor que una araña corriente.

Se enroscó sobre sí misma retrayendo las patas hacia el cuerpo. Y cambió. Primero, tembló ligeramente. El color negro fue reemplazado por el familiar gris-marrón-rojo de la criatura multiforme. La masa de carne amorfa asumió otra forma más grande: se convirtió en una cucaracha, un insecto terriblemente repugnante y demasiado grande para ser real. Y luego, en un ratoncillo de bigotes retorcidos.

En las pantallas aparecieron nuevas palabras.

AQUÍ TIENE LA MUESTRA DE TEJIDO QUE HA SOLICITADO, DOCTOR FLYTE.

–¡Cuánta colaboración, de repente! –se admiró Tal.

–Porque sabe que nada de cuanto descubramos nos ayudará a destruirlo –replicó Bryce, de mal talante.

–Tiene que haber un modo –insistió Lisa–. No podemos perder la esperanza. Sencillamente, no podemos.

Jenny contempló con asombro cómo el ratón se disolvía en un moco de tejido informe.

ÉSTE ES MI SANTO CUERPO, QUE YO OS ENTREGO, escribió la criatura, prosiguiendo sus burlas con referencias religiosas.

La masa vibró y se agitó internamente, formando pequeñas concavidades y convexidades, nódulos y huecos. Era incapaz de permanecer totalmente inmóvil, igual que había sucedido con la gran masa que había matado a Frank Autry; también ésta había parecido no poder o no querer estar quieta ni siquiera un segundo.

CONTEMPLAD EL MILAGRO DE MI CARNE, PUES SÓLO EN MÍ PODRÉIS ALCANZAR LA INMORTALIDAD. NO EN DIOS. NO EN CRISTO. SÓLO EN MÍ.

–Ya entiendo a qué se refieren cuando dicen que eso se complace en burlarse y ridiculizar –comentó Flyte.

La pantalla parpadeó. Apareció un nuevo mensaje:

PODÉIS TOCARLA.

Parpadeo.

NO SUFRIRÉIS DAÑO SI LA TOCÁIS.

Nadie se movió hacia el bulto pulsante de carne extraña.

TOMAD MUESTRAS PARA VUESTRAS PRUEBAS. HACED CON ELLA LO QUE DESEÉIS.

Parpadeo.

QUIERO QUE ME ENTENDÁIS.

Parpadeo.

QUIERO QUE CONOZCÁIS MIS MARAVILLAS.

–No sólo tiene conciencia de sí mismo, sino que parece poseer también un ego muy desarrollado –comentó Flyte.

Por fin, con un titubeo, Sara Yamaguchi alargó la mano y puso la yema de un dedo contra la pequeña masa de protoplasma.

–No es caliente como nuestra carne. Es fría. Fría y un poco... grasienta.

La pequeña muestra de tejido del ser multiforme se agitó, temblorosa.

Sara retiró rápidamente la mano.

–Necesitaré seccionarla.

–Aja –dijo Jenny–. Necesitaremos un par de cortes transversales para el microscopio óptico.

–Y otro para el microscopio electrónico –dijo Sara–. Y otro fragmento mayor para los análisis de composición química y mineral.

A través del ordenador, el antiguo enemigo les animó.

ADELANTE, ADELANTE, ADELANTE, ADELANTE

ADELANTE

ADELANTE

ADELANTE



## Una oportunidad de luchar

Unos zarcillos de niebla se deslizaron al interior del laboratorio por la puerta abierta del vehículo.

Sara estaba sentada junto a una mesa de trabajo, inclinada sobre un microscopio.

–Es increíble –dijo en voz baja.

Jenny estaba sentada ante otro microscopio, al lado de Sara, y examinaba una de las muestras del tejido del ser multiforme.

–Jamás he visto una estructura celular como ésta.

–Es imposible... pero aquí está –musitó Sara.

Bryce se colocó detrás de Jenny, esperando con ansia a que la doctora le permitiera echar un vistazo a la muestra. Naturalmente, no entendería gran cosa. No sabría diferenciar una estructura celular normal de otra anormal. Sin embargo, era preciso que la viera.

Aunque el doctor Flyte era un científico, su especialidad no era la biología; la estructura celular significaría poco más para él que para Bryce. Sin embargo, también él estaba impaciente por echar una ojeada. Se inclinó sobre el hombro de Sara, esperando. Tal y Lisa permanecían cerca, nerviosos también por contemplar al Diabolo en un portaobjetos.

Volcada todavía sobre el microscopio, Sara dijo:

–La mayor parte del tejido carece de estructura celular.

–Lo mismo sucede con esta muestra –confirmó Jenny.

–Pero toda la materia orgánica debe tener estructura celular –continuó la genetista–. La estructura celular es, prácticamente, una definición de la materia orgánica, un requisito de todo tejido vivo, animal o vegetal.

–La mayor parte de esta sustancia me parece inorgánica –afirmó Jenny–. Aunque, naturalmente, eso no puede ser.

–Desde luego –intervino Bryce–, Todos sabemos muy bien lo vivo que está.

–Bueno, algunas células sí que tiene, aquí y allá –dijo Jenny–. No muchas. Unas pocas.

–En esta muestra también hay algunas –confirmó Sara–. Pero cada una parece existir con independencia de las demás.

–Están muy separadas, en efecto –continuó Jenny–. Es como si nadaran en un mar de materia indiferenciada.

–Membranas celulares muy flexibles –dijo Sara–. Un núcleo trifurcado. Eso es muy raro. Y ocupa aproximadamente la mitad del espacio interior de la célula.

–¿Qué significa eso? –preguntó Bryce–. ¿Es importante?

–Ignoro si es importante o no –contestó Sara, frunciendo el ceño–. La verdad es que no sé qué pensar de ello.

En las tres pantallas destelló una pregunta:

¿NO ESPERABAIS QUE LA CARNE DE SATÁN FUERA MISTERIOSA?

El ser multiforme les había enviado una muestra de su carne del tamaño de un ratón, pero hasta entonces sólo habían utilizado una parte para realizar diversas pruebas. La mitad de la sustancia permanecía en una cápsula hermética sobre la mesa de trabajo.

El tejido tembló como si fuera gelatina.

Se convirtió de nuevo en una araña y empezó a dar vueltas sin cesar dentro del recipiente.

Se convirtió en una cucaracha y corrió durante unos momentos de un lado a otro del platillo.

Se convirtió en una babosa.

En un grillo.

En un escarabajo verde con un delicado dibujo en el caparazón.

Bryce y el doctor Flyte ocupaban ahora los asientos ante los microscopios, mientras Lisa y Tal esperaban su turno.

Jenny y Sara se colocaron ante una de las pantallas del ordenador, donde se estaba reflejando el resultado de un examen automático de muestras en el microscopio electrónico. La genetista había programado el aparato para que se concentrara en el núcleo de una de las células del ser multiforme.

–¿Tienes alguna idea? –preguntó Jenny.

Sara asintió pero no apartó los ojos de la pantalla.

–De momento sólo puedo hacer suposiciones con muy poca base. Con todo, diría que la materia indiferenciada, que forma sin duda la gran masa de la criatura, es la sustancia que puede transformarse en cualquier estructura celular que desee. Es el tejido que imita las células de un perro, de un conejo, de un ser humano... Sin embargo, cuando la criatura está en reposo, esa materia carece de estructura celular propia. En cuanto a las células dispersas que pueden observarse... bueno, de algún modo deben ser quienes controlan el tejido amorfo. Las células dan las órdenes liberando una serie de enzimas o señales químicas que indican a ese tejido sin estructurar la forma que debe adoptar.

–Entonces, esas células dispersas deben permanecer intactas en todo momento, sea cual sea la forma que adopta la criatura.

–En efecto, eso parece. Por ejemplo, si el ser multiforme adoptara el aspecto de un perro y tomáramos una muestra del tejido de éste, encontraríamos células de perro. Pero aquí y allá, dispersas entre el resto de la muestra, encontraríamos

también esas células flexibles con sus núcleos trifurcados que nos permitirían demostrar que el perro no era un animal real.

–¿Crees que alguno de estos datos nos puede ayudar a salvar la vida? –preguntó Jenny.

–No veo cómo.

En la cápsula de Petri, el recipiente de cristal que contenía el resto de la muestra de tejido, el pedazo de carne amorfa había asumido de nuevo la identidad de una araña. A continuación, la araña se disolvió en varias decenas de pequeñas hormigas que se arremolinaron unas contra otras y recorrieron en grupo el fondo del platillo. Pronto, las hormigas se juntaron de nuevo para formar una sola criatura, un gusano. Éste se agitó durante unos instantes antes de convertirse en una cochinilla de gran tamaño. Y ésta, a su vez, se convirtió en un escarabajo. El ritmo de los cambios parecía estar acelerándose.

–¿Qué hay del cerebro? –exclamó Jenny en voz alta.

–¿A qué te refieres? –replicó Sara.

–Ese ser debe de tener un centro inteligente. Desde luego, su memoria, sus conocimientos y su inteligencia no deben de estar almacenados en esas células dispersas.

–Es probable que tengas razón –asintió la genetista–. Es muy posible que en algún lugar de esa criatura haya un órgano análogo al cerebro humano. No con las características del nuestro, desde luego, sino algo muy distinto. Muy distinto pero, en el fondo, dedicado a funciones similares. Probablemente, ese órgano debe de controlar las células que hemos visto y éstas, a su vez, dirigen el protoplasma informe.

Con creciente excitación, Jenny añadió:

–Esas células cerebrales deberían tener al menos una característica importante en común con las células dispersas del tejido amorfo: Nunca cambian de forma.

–Seguramente tienes razón. Resulta difícil imaginar que la memoria, la inteligencia y el pensamiento lógico puedan almacenarse en un tejido que no tenga una estructura celular permanente, relativamente rígida.

–En tal caso, ese cerebro sería vulnerable –dijo Jenny.

Un destello de esperanza brilló en los ojos de Sara.

–Si el cerebro no es un tejido amorfo –continuó Jenny–, no puede ser reparado cuando ha sufrido daños. Si se le hiciera un agujero, éste permanecería. Y si los daños son suficientemente graves, ese cerebro podría perder la capacidad para controlar el tejido amorfo que forma su cuerpo, y éste moriría también.

Sara contempló fijamente a su interlocutora.

–Jenny, creo que acabas de encontrar algo.

Bryce intervino para decir:

–Si localizáramos el cerebro y le disparáramos unas cuantas balas, tal vez lograríamos detener a esa criatura. Sin embargo, ¿cómo podríamos encontrar ese centro vital? Algo me dice que ese ser multiforme mantiene su cerebro muy protegido, oculto bajo el suelo y muy lejos de nosotros.

Jenny advirtió que sus expectativas empezaban a difuminarse. Bryce tenía razón. Tal vez el cerebro fuera el punto débil de la criatura, pero no tendrían ocasión de comprobar tal teoría.

Sara estudió el resultado de los análisis químicos y mineralógicos de la muestra de tejido.

–Una lista de hidratos de carbono extremadamente larga –explicó–. Y algunos de ellos en cantidades considerables. Sí, un contenido muy elevado de hidratos de carbono.

–Bueno, los compuestos de carbono son elementos básicos de todo el tejido vivo –comentó Jenny–. ¿Qué tiene de especial esta muestra?

–Su abundancia –respondió Sara–. Esa sustancia posee un grado anormalmente alto de carbono en muchos y muy distintos compuestos.

–¿Nos puede ayudar eso de algún modo?

–No lo sé –dijo Sara, pensativa.

Después continuó repasando las hojas impresas donde se reflejaban los restantes datos.

Cochinilla.

Saltamontes.

Oruga.

Escarabajo. Hormigas. Oruga. Cochinilla.

Araña, tijereta, cucaracha, ciempiés, araña.

Escarabajo–gusano–araña–caracol–tijereta.

Lisa contempló la masa de tejido del recipiente, el cual estaba experimentando una serie de rápidos cambios que se sucedían mucho más de prisa que antes, más y más de prisa a cada minuto que pasaba.

Algo iba mal.

–Petrolato –dijo Sara.

–¿Qué es eso? –quiso saber Bryce.

–Una especie de gel de petróleo.

–¿Un gel? ¿Algo parecido a la vaselina? –intervino Tal.

Flyte se volvió hacia Sara y comentó:

–No pretenderá usted decirnos que ese tejido amorfo está compuesto sencillamente de petrolato.

–No, no –se apresuró a responder Sara–. Desde luego que no. Esto es materia viva. Sólo afirmo que existen semejanzas en los índices de hidrocarburos. La composición del tejido es mucho más compleja que la del petrolo, por supuesto. Contiene una serie de elementos químicos y minerales más extensa incluso que la presente en el ser humano. Una larga lista de ácidos y alcaloides... Todavía no alcanzo a imaginar cómo efectúa el proceso de nutrición, cómo respira, cómo funciona sin sistema circulatorio y sin un sistema nervioso visible, ni cómo elabora nuevo tejido sin utilizar la reproducción celular. Sin embargo, esas cifras excepcionalmente altas de hidrocarburos...

La genetista dejó la frase a medias. Sus ojos parecieron perder la concentración. Su mirada se perdió en el infinito, sin reaccionar ante los datos que tenía ante sí.

Tal Whitman observó a Sara y tuvo la sensación de que la mujer se había excitado repentinamente por alguna razón. Aunque ni su rostro ni sus gestos experimentaron el menor cambio, se apreciaba en Sara un innegable aire nuevo y el teniente intuyó que la mujer acababa de intuir algo importante.

El teniente volvió los ojos hacia Bryce. Las miradas de ambos hombres se cruzaron y Tal comprendió que el comisario también se había dado cuenta del cambio experimentado por Sara.

Casi inconscientemente. Tal Whitman cruzó los dedos.

–Será mejor que vengáis a ver esto –dijo Lisa en tono urgente.

La chiquilla estaba de pie ante la cápsula de Petri que contenía la porción de tejido que no habían utilizado en las pruebas.

–¡De prisa, venid aquí! –insistió Lisa al ver que no respondían inmediatamente.

Jenny y los demás se congregaron a su alrededor y contemplaron la masa encerrada en el recipiente.

Saltamontes–gusano–ciempiés–caracol–tijereta.

–Está cambiando cada vez más de prisa –dijo Lisa.

Araña–gusano–ciempiés–araña–caracol–araña–gusano–araña–gusano...

Y, luego, todavía más rápido:

...arañagusanosarañagusanosarañagusanos...

–Apenas ha empezado a cambiar a gusano cuando ya vuelve a iniciar el cambio a araña otra vez –comentó Lisa–. Es un absoluto frenesí, ¿lo veis? Le está sucediendo algo.

–Parece como si hubiera perdido el control, como si se hubiera vuelto loca –dijo Tal.

–Como si sufriera una especie de crisis –apostilló Flyte.

De pronto, la composición de la pequeña masa de tejido amorfo cambió. Brotó de ella un fluido lechoso y, finalmente, el tejido quedó reducido a una pasta húmeda, inerte y sin vida.

No volvió a moverse.

No siguió cambiando de forma.

Jenny deseó tocarla, pero no se atrevió.

Sara tomó una cucharilla de laboratorio y tanteó con ella el tejido del recipiente. Continuó sin moverse.

Sara lo agitó con el instrumento.

El tejido soltó más de aquel fluido, pero no reaccionó de ningún otro modo.

–Está muerto –dijo Flyte en voz baja.

Bryce pareció electrizado ante aquella novedad y se volvió hacia Sara.

–¿Qué había en ese recipiente antes de que depositara la muestra de tejido? – preguntó la genetista.

–Nada.

–Debía de tener algún residuo...

–No.

–Piense, por favor. Nuestras vidas dependen de esto.

–No había nada en esa cápsula, estoy segura. La saqué del esterilizador.

–Unas trazas de algún elemento químico...

–Estaba absolutamente limpia.

–Aguarde, aguarde –insistió Bryce–. En ese recipiente debía de haber algo que ha reaccionado en contacto con el tejido del ser multiforme, ¿no cree? ¿No le parece evidente?

–Y, sea lo que sea, esa sustancia es nuestra arma –dijo Tal.

–Sí, esa sustancia es lo que causa la muerte al multiforme –añadió Lisa.

–No necesariamente –intervino Jenny, lamentando tener que echar por tierra las esperanzas de su hermanita.

–En efecto, parece demasiado sencillo –asintió Flyte mientras se pasaba una mano temblorosa por sus rebeldes cabellos canos–. No saquemos conclusiones precipitadas.

–Sobre todo cuando existen otras posibilidades –añadió Jenny.

–¿Otras? ¿Cuáles? –preguntó Bryce.

–Bien... sabemos que la masa principal de esa criatura puede desprenderse de partes de sí misma y darles cualquier forma que desee, que puede dirigir la actividad de esas partes desprendidas y que puede traerlas de nuevo a su seno como hizo con esa parte con forma de perro que envió para matar a Gordy. En cambio, supongamos ahora que una parte desprendida del cuerpo principal sólo puede sobrevivir un breve período de tiempo en esa situación, separado del cuerpo madre. Supongamos que el tejido amorfo precisa de un aporte constante de una enzima concreta para mantener la cohesión. De una enzima que no se fabrica en esas células de control independientes repartidas por el tejido...

–... una enzima que sólo es producida por el cerebro del ser multiforme – terminó la frase Sara, al hilo de las palabras de Jenny.

–Exacto –asintió Jenny–. En tal caso... cualquier parte separada de la masa principal debería reintegrarse a ésta para reponer el suministro de esa enzima vital, o de la sustancia que sea.

–No parece una teoría inverosímil –concedió Sara–. Al fin y al cabo, el cerebro humano produce también enzimas y hormonas sin las cuales nuestro cuerpo no podría sobrevivir. ¿Por qué no habría de desempeñar funciones parecidas el cerebro de ese ser multiforme?

–Está bien –dijo Bryce–. Entonces, ¿qué significa este descubrimiento para nosotros?

–Si realmente es un descubrimiento y no una mera suposición equivocada –respondió Jenny–, significa que podríamos destruir a todo ese ser multiforme si lográramos dañar su cerebro. El antiguo enemigo no podría separarse en varias partes y escapar para continuar viviendo en otras encarnaciones. Sin las enzimas esenciales, hormonas o lo que sea elaboradas por el cerebro, las partes separadas terminarían por disolverse en una masa sin vida, igual que ha sucedido con la muestra contenida en ese recipiente.

Bryce exhaló un suspiro, decepcionado.

–Volvemos a estar como antes. Sería preciso localizar su cerebro para tener alguna posibilidad de asestarle un golpe mortal, pero esa cosa jamás nos permitirá algo así.

–No estamos como al principio –replicó Sara. Señaló hacia la masa pastosa del recipiente y añadió–: Esto nos revela otro hecho interesante.

–¿Cuál? –preguntó Bryce con la voz ronca de frustración–. ¿Es algo útil, algo que nos dé esperanzas de salvarnos, o se trata de otra información que no nos lleva a ninguna parte?

–Ahora sabemos que ese tejido amorfo existe en un delicado equilibrio químico que es posible romper.

La genetista dejó que sus palabras calaran en los demás.

Las profundas arrugas de preocupación del rostro de Bryce se suavizaron ligeramente.

–La carne de esa criatura puede ser dañada –continuó entonces Sara–. Puede ser destruida. En esa cápsula de vidrio está la prueba.

–¿Y cómo vamos a usar ese descubrimiento? –quiso saber Tal–. ¿Cómo podemos romper ese equilibrio químico?

–Esto es precisamente lo que debemos determinar –contestó Sara.

–¿Tiene alguna idea? –preguntó Lisa a la experta.

–No –respondió Sara–. Ninguna.

Pero Jenny tuvo de pronto la sensación de que Sara Yamaguchi estaba mintiendo.

Sara ardía en deseos de explicarles el plan que se le había ocurrido, pero se obligó a no decir una palabra. Por un lado, su estrategia sólo permitía un leve hálito de esperanza y no deseaba despertar en los demás expectativas sin base que tal vez luego habrían de olvidar. Por otra parte, había algo más importante: si les contaba lo que tenía en mente, y si por algún milagro resultaba que había dado con el medio de destruir al ser multiforme, éste podría oírla, conocer sus planes y detenerla. No había ningún lugar seguro donde pudiera discutir sus pensamientos con Jenny, Bryce y los

demás. Lo mejor que podía hacer por el momento era mantener al antiguo enemigo satisfecho y complaciente.

Pero también debía disponer de tiempo, de algunas horas, durante las cuales poner en marcha el plan. El ser multiforme tenía millones de años, de edad; era prácticamente inmortal. ¿Qué representaban unas pocas horas para él? Probablemente, accedería a su petición. Sólo probablemente.

Tomó asiento ante una de las terminales de ordenador con los ojos ardiéndole de fatiga. Necesitaba dormir. Todos lo necesitaban. La noche estaba a punto de terminar. Se pasó la mano por el rostro como si con ello pudiera quitarse de encima el cansancio. Después, tecleó:

¿ESTÁS AHÍ?

Sí.

HEMOS REALIZADO UNA SERIE DE PRUEBAS, escribió mientras los demás se congregaban en torno a ella.

LO SÉ, replicó la criatura.

ESTAMOS FASCINADOS. DESEARÍAMOS CONOCER MUCHAS COSAS MÁS.

DESDE LUEGO.

QUERRÍAMOS HACER OTRAS PRUEBAS.

¿PARA QUÉ?

PARA SABER MÁS ACERCA DE TI.

ACLARA ESO, replicó la criatura, burlona.

Sara meditó la respuesta un instante, y luego escribió:

EL DOCTOR FLYTE NECESITARÁ UNOS DATOS ADICIONALES PARA PODER ESCRIBIR ACERCA DE TI CON SUFICIENTES DATOS.

ÉL ES MI MATEO.

FLYTE NECESITA MÁS INFORMACIONES PARA ESCRIBIR TU HISTORIA COMO ES DEBIDO.

La criatura hizo destellar una respuesta de tres líneas en el centro de la pantalla:

UNA FANFARRIA DE TROMPETAS  
LA HISTORIA MÁS GRANDE JAMÁS CONTADA  
UNA FANFARRIA DE TROMPETAS

Sara no estuvo segura de si sólo estaba burlándose de ellos o si realmente el ego de la criatura era tan enorme como para comparar en serio su propia biografía con la vida de Cristo.

Hubo un parpadeo en la pantalla y apareció una nueva frase:

LLEVAD ADELANTE ESAS PRUEBAS.

TENDREMOS QUE SOLICITAR MÁS EQUIPO DE LABORATORIO. ¿POR QUÉ? AQUÍ YA TENÉIS UN LABORATORIO PERFECTAMENTE EQUIPADO.

A Sara le sudaban las manos. Las restregó contra sus pantalones antes de teclear la respuesta.



ESTE LABORATORIO ESTÁ PERFECTAMENTE EQUIPADO, PERO SÓLO PARA UN REDUCIDO CAMPO DE INVESTIGACIONES: EL ANÁLISIS DE LOS AGENTES QUÍMICOS Y BIOLÓGICOS UTILIZADOS EN LA GUERRA. NO TENÍAMOS PREVISTO UN ENCUENTRO CON UN SER DE TUS CARACTERÍSTICAS. NECESITAMOS OTROS APARATOS DE LABORATORIO PARA PODER HACER LAS INVESTIGACIONES PRECISAS.

ADELANTE.

TARDAREMOS VARIAS HORAS EN TENER LOS APARATOS AQUÍ.

ADELANTE.

Sara contempló la palabra en la pantalla, verde sobre fondo verde, sin atreverse casi a creer que hubiera sido tan sencillo ganar esas horas preciosas.

Una vez más, escribió en el teclado:

TENDREMOS QUE VOLVER AL HOTEL PARA UTILIZAR EL TELÉFONO.

ADELANTE, PERRA ASQUEROSA. ADELANTE, ADELANTE, ADELANTE, ADELANTE.

Sara tenía de nuevo las manos húmedas. Volvió a secarse el sudor en los pantalones tejanos y se puso en pie.

Por el modo en que los demás la miraban, comprendió que se habían dado cuenta de que ocultaba algo y que entendían sus razones para guardar silencio.

Sin embargo, ¿cómo era posible que lo supieran? ¿Tanto se le notaba? Y si ellos lo sabían, ¿lo habría percibido también esa cosa?

Sara carraspeó. Luego, con voz temblorosa, murmuró:

—Vámonos.

—Vámonos —dijo Sara Yamaguchi con voz temblorosa.

Sin embargo, Timothy Flyte intervino de inmediato:

—Esperad. Sólo un par de minutos, por favor. Tengo que comprobar una cosa.

Tomó asiento ante la terminal del ordenador. Aunque había echado una cabezada durante el vuelo, su mente no estaba todo lo despierta que debería. Sacudió la cabeza, respiró profundamente varias veces y, por fin, tecleó:

SOY TIMOTHY FLYTE.

LOSÉ.

TENEMOS QUE CONVERSAR.

ADELANTE.

¿HEMOS DE HACERLO A TRAVÉS DEL ORDENADOR?

ES MEJOR QUE LAS ZARZAS ARDIENDO.

Durante un par de segundos, Timothy no comprendió a qué se refería. Cuando al fin captó el chiste, casi se echó a reír en voz alta. Aquel condenado ser tenía un sutil y perverso sentido del humor. Flyte tecleó:

TU ESPECIE Y LA MÍA DEBEMOS VIVIR EN PAZ.

¿PORQUÉ?

PORQUE COMPARTIMOS LA TIERRA.

IGUAL QUE EL GANADERO COMPARTE LA TIERRA CON SUS RESES.  
VOSOTROS SOIS MI GANADO.

SOMOS LAS DOS ÚNICAS ESPECIES INTELIGENTES SOBRE LA TIERRA.  
CREES QUE SABES MUCHO, PERO EN REALIDAD CONOCES MUY POCO.  
DEBEMOS COLABORAR, insistió Flyte con terquedad.  
VOSOTROS SOIS INFERIORES A MÍ.

TENEMOS MUCHO QUE APRENDER LOS UNOS DE LOS OTROS.  
YO NO TENGO NADA QUE APRENDER DE TU ESPECIE.  
PODEMOS SER MÁS LISTOS DE LO QUE TU CREES.  
VOSOTROS SOIS MORTALES, ¿NO ES CIERTO?

SÍ.

PARA MÍ, VUESTRAS VIDAS SON TAN BREVES Y CARENTES DE  
IMPORTANCIA COMO PUEDEN SERLO PARA VOSOTROS LA CORTA VIDA DE  
LAS MOSCAS EFÍMERAS.

SI ESO ES LO QUE OPINAS, ¿POR QUÉ TE INTERESA QUE YO ESCRIBA O  
NO ACERCA DE TI?

ME DIVIERTES QUE UN MIEMBRO DE TU ESPECIE HAYA LLEGADO A  
PLANTEAR LA TEORÍA DE MI EXISTENCIA. ES COMO SI UN MONO HUBIERA  
APRENDIDO ALGÚN TRUCO DIFÍCIL.

YO NO CREO QUE SEAMOS INFERIORES A TI, tecleó Flyte con gesto  
decidido.

SOIS GANADO.

CREO QUE DESEAS QUE ESCRIBA SOBRE TI PORQUE HAS  
DESARROLLADO UN EGO MUY HUMANO.

TE EQUIVOCAS.

CREO QUE NO FUISTE UNA CRIATURA INTELIGENTE HASTA QUE  
EMPEZASTE A ALIMENTARTE DE CRIATURAS INTELIGENTES, DE SERES  
HUMANOS.

TU IGNORANCIA ME DISGUSTA.

Timothy Flyte continuó desafiándole:

CREO QUE JUNTO A LOS CONOCIMIENTOS Y LOS RECUERDOS QUE HAS  
ABSORBIDO DE TUS VÍCTIMAS HUMANAS, TAMBIÉN HAS ADQUIRIDO TU  
INTELIGENCIA. NOS DEBES A NOSOTROS TU PROPIA EVOLUCIÓN.

La criatura no respondió.

Timothy borró la pantalla y continuó tecleando:

TU MENTE PARECE TENER UNA ESTRUCTURA MUY HUMANA: EGO,  
SUPEREGO, ETCÉTERA.

SOIS GANADO, replicó la criatura.

Parpadeo.

CERDOS, escribió el ser.

Parpadeo.

ANIMALES DOMÉSTICOS.

Parpadeo.

ME ABURRES.

Y, a continuación, todas las pantallas se quedaron en blanco.

Timothy se echó hacia atrás en su asiento y exhaló un suspiro.

–Un buen intento, doctor Flyte –comentó el comisario Hammond.

–¡Qué arrogante es! –exclamó Flyte.

–Propia de un dios –asintió la doctora Paige–. Y ésa es, más o menos, la opinión que tiene de sí mismo ese ser.

–En cierto modo –intervino Lisa Paige–, puede decirse que realmente lo es.

–Sí –murmuró Tal Whitman–. A todos los efectos prácticos, podría perfectamente ser un dios. Tiene todos los poderes que atribuimos a una divinidad, ¿no es cierto?

–O a un demonio –añadió Lisa.

Más allá de las farolas y por encima de la niebla, la noche tenía ahora un tono gris. La primera claridad difusa del alba había surgido en el horizonte.

Sara habría preferido que el doctor Flyte no desafiara tan abiertamente al ser multiforme. Le preocupaba que hubiera provocado su enfado y que ahora se echara atrás de la promesa de concederles más tiempo.

Durante el breve paseo desde el laboratorio móvil hasta el Hilltop Inn, la mujer avanzó esperando que alguna criatura monstruosa surgiera de entre la niebla y se abatiera sobre ellos. Aquella cosa no debía llevárselos. Ahora, no. Ahora, por fin, tenían un leve destello de esperanza.

Entre la niebla y las sombras que cubrían el resto del pueblo se escuchaban extraños sonidos animales, lúgubres ruidos ululantes distintos de cualquier cosa que Sara hubiese oído en su vida. La criatura seguía dedicada a sus incesantes imitaciones. Un aullido infernal, inquietantemente próximo, hizo que los supervivientes se apretaran todavía más unos junto a otros.

Sin embargo, nada les atacó.

Las calles, aunque no silenciosas, estaban vacías y tranquilas. No había ni un sople de brisa y la niebla flotaba inmóvil en el aire.

Tampoco les acechaba nada en el interior del hotel.

Sara tomó asiento ante la mesa central de operaciones y marcó el número de la base de la Unidad de Defensa Civil en Dugway, Utah.

Jenny, Bryce y los demás se colocaron a su alrededor para escuchar la conversación.

Debido a la crisis de Snowfield, el habitual sargento de guardia del turno de noche en el cuartel general de Dugway no estaba solo. El capitán Daniel Tersch, médico del cuerpo de Sanidad del Ejército y especialista en contención de las enfermedades contagiosas, tercero en el mando de la unidad, estaba de servicio para dirigir cualquier operación de apoyo que fuera necesario emprender.

Sara le explicó sus últimos descubrimientos –los exámenes al microscopio del tejido del ser multiforme y el resultado de los diversos análisis mineralógicos y

químicos– y Tersch se mostró fascinado aunque el tema quedaba lejos de su especialidad.

–¿Petrotrato? –preguntó en un momento de la narración, sorprendido por lo que Sara Yamaguchi le estaba contando.

–El tejido amorfo sólo se parece a esa sustancia en que posee una combinación similar de hidrocarburos que registra valores muy elevados. Sin embargo, su composición es mucho más compleja, mucho más sofisticada.

La genetista hizo hincapié en aquel descubrimiento particular pues quería asegurarse de que Tersch lo comentaría con otros científicos del equipo de Dugway. Si algún genetista o bioquímico tomaba en cuenta este dato y luego revisaba la lista de aparatos y materiales que Sara se disponía a solicitar, indudablemente sabría reconocer el plan que tenía en mente. Si algún miembro de la unidad de Defensa Civil captaba realmente su mensaje, podría preparar el arma en la propia base antes de enviarlo todo a Snowfield, ahorrándole a Sara la tarea lenta y peligrosa de montarla con la criatura multiforme mirando en todo momento por encima de su hombro.

Lo que no podía hacer Sara era explicar abiertamente a Tersch su plan, pues tenía la absoluta certeza de que el antiguo enemigo estaba escuchando la conversación. Había un extraño y ligero zumbido en la línea telefónica...

Finalmente, Sara expuso su necesidad de conseguir aparatos de laboratorio complementarios.

–La mayoría de ellos pueden pedirse prestados a universidades y laboratorios industriales del norte de California –indicó a Tersch–. Necesito que utilice usted los hombres, los transportes y la autoridad del ejército para reunir y hacerme llegar todo eso lo antes posible.

–¿Qué necesita? –respondió Tersch–. Usted dígamelo y lo tendrá ahí en cinco o seis horas.

Sara recitó una lista de aparatos y utensilios que, en realidad, no le interesaban en absoluto y terminó diciendo:

–También necesitaré la mayor cantidad que sea posible reunir del pequeño milagro de la cuarta generación del doctor Chakrabarty. Y dos o tres unidades dispersoras de aire comprimido.

–¿Quién es Chakrabarty? –preguntó Tersch, sorprendido.

–Usted no le conoce.

–¿Cuál es ese pequeño milagro? ¿A qué se refiere?

–Usted límitese a tomar nota: Chakrabarty, cuarta generación.

Sara deletreó el apellido.

–No tengo la más remota idea de qué es todo esto –murmuró él.

Magnífico, pensó Sara con considerable alivio. Perfecto.

Si Tersch hubiera sabido cuál era el pequeño milagro del doctor Ananda Chakrabarty, seguramente habría soltado algún comentario inconveniente antes de que ella pudiera impedirlo. Y habría puesto sobre aviso al antiguo enemigo.

–Está fuera de su especialidad –respondió–. Es muy lógico que no conozca ese apellido ni haya oído hablar del aparato. –Sara habló ahora apresuradamente, tratando de cambiar de tema con disimulo y lo antes posible–. Ahora no tengo tiempo de explicárselo, doctor Tersch. Hay otras personas del programa ABQ que, sin duda, sabrán qué aparato es el que le pido. Póngase a trabajar en esto. El doctor Flyte arde en deseos de continuar sus estudios de la criatura y necesita todos los objetos de la lista lo antes posible. ¿Ha dicho cinco o seis horas?

–Con eso bastará –afirmó Tersch–. ¿Cómo se lo hacemos llegar?

Sara volvió la mirada hacia Bryce. El comisario no quería poner en peligro a otro más de sus hombres para que llevara el cargamento hasta el pueblo. Por eso, indicó al capitán Tersch:

–¿Podría traerlo un helicóptero militar?

–Así lo haremos.

–Será mejor decirle al piloto que no intente aterrizar. La criatura multiforme podría pensar que intentamos escapar y, en tal caso, lo más probable es que atacara a la tripulación y nos matara a todos el mismo instante en que el helicóptero tocara tierra. Indique al piloto que permanezca en el aire y haga bajar el paquete mediante un cable.

–El bulto será bastante voluminoso –comentó Tersch.

–Estoy segura de que podrán bajarlo –replicó ella.

–Está bien. Voy a ponerme manos a la obra inmediatamente. Y que tengan buena suerte.

–Gracias –dijo Sara–. La necesitamos.

Colgó el aparato.

–Así, de pronto, cinco o seis horas parece mucho tiempo –comentó Jenny.

–Una eternidad –asintió Sara.

Todos estaban visiblemente ansiosos por conocer su plan pero sabían que no podían hacer el menor comentario al respecto. Sin embargo, incluso en su silencio, Sara detectó una nueva nota de optimismo.

«No tengas demasiadas esperanzas», se dijo a sí misma, presa de los nervios.

Cabía la posibilidad de que el plan no funcionara. De hecho, las probabilidades estaban en su contra. Y si el plan fracasaba, el ser multiforme descubriría lo que habían intentado hacer y daría cuenta de ellos de alguna manera especialmente brutal.

Fuera, había empezado a amanecer.

La niebla había perdido su fulgor pálido. Ahora la bruma era deslumbrante, blanca como la nieve, y destellaba con los reflejos de los primeros rayos matinales.

## La aparición

Fletcher Kale despertó a tiempo de ver las primeras luces del alba.

El bosque seguía casi por completo en sombras. La lechosa luz del amanecer filtraba sus rayos por los contados agujeros que se abrían en el tupido dosel verde que formaban las ramas entrecruzadas de los árboles gigantescos. La luz solar quedaba difusa, sofocada por la niebla, sin apenas iluminar nada.

Kale había pasado la noche en el vehículo todo terreno que perteneciera a Jake Johnson. Ahora, salió del coche y permaneció junto a éste con el oído atento a los ruidos del bosque, en busca de algún sonido que le anunciara la proximidad de algún perseguidor.

La noche anterior, unos minutos después de las once, Kale había tomado la carretera hacia Mount Larson en dirección al refugio secreto de Jake Johnson; después había guiado el vehículo hacia el camino de tierra que conducía hacia la inexplorada ladera norte de Snowtop... y se había encontrado de pronto con un problema. Apenas diez metros después del desvío, los faros de su todo terreno habían iluminado unas señales colocadas a ambos lados del camino: en grandes letras rojas sobre fondo blanco, pudo leer CUARENTENA. Tomó una curva a excesiva velocidad y topó de bruces con un control policial. Un coche patrulla de la policía del condado cerraba el paso, cruzado en mitad del camino. Los dos agentes que lo ocupaban empezaron a bajar del coche.

Kale recordó haber oído algo acerca de una zona en cuarentena en torno a Snowfield; sin embargo, había pensado que la medida sólo tendría efecto al otro lado de la montaña. Pisó el freno deseando, por una vez, haber prestado más atención a las noticias.

Sabía que debía circular una orden de busca y captura contra él, con su fotografía. Aquellos dos hombres le reconocerían y, en el plazo de una hora, volvería a encontrarse en la cárcel.

Su único recurso era el efecto sorpresa. Los dos agentes no debían esperar problemas. La vigilancia de un control de caminos para mantener una cuarentena debía de ser una tarea sencilla, tranquila.

Kale llevaba el fusil de asalto HK91 en el asiento contiguo, cubierto con una manta. Asió el arma, bajó del todo terreno y abrió fuego contra los policías. Se escuchó un tableteo del fusil semiautomático y los agentes efectuaron una breve y descontrolada danza mortal, como figuras espectrales en la niebla.

Arrastró los cuerpos hasta una zanja, apartó el coche patrulla del camino y pasó el todo terreno al otro lado del puesto de control. Después retrocedió a pie y colocó de nuevo el vehículo policial donde se encontraba previamente, buscando con ello

crear la impresión de que el asesino de los agentes no había continuado montaña arriba.

Avanzó cinco kilómetros más por la tortuosa senda de tierra hasta llegar a un sendero todavía más escarpado y lleno de matorrales. Un par de kilómetros más allá, al final de este sendero, Kale aparcó el todo terreno en un túnel de vegetación y saltó del vehículo.

Además del HK91, llevaba otras armas del arsenal de Johnson en una bolsa y los sesenta y tres mil cuatrocientos cuarenta dólares distribuidos en los siete bolsillos herméticos de su chaqueta de caza. Sólo portaba un complemento más, una linterna; en realidad, era lo único que necesitaba ya que en la cueva encontraría todo el resto del equipo que pudiera necesitar.

El último medio kilómetro debía cubrirse a pie y Kale había previsto terminar el viaje de inmediato, pero pronto descubrió que, incluso con la linterna, el bosque resultaba desorientador bajo la niebla, en plena noche. En tales circunstancias, resultaba casi imposible no perderse y, una vez desorientado en aquellas fragosas tierras vírgenes, uno podía empezar a dar vueltas en círculo, a apenas unos metros de su destino, sin llegar a descubrir lo cerca que estaba de la salvación. Por eso, tras avanzar sólo unos pasos, Kale había decidido regresar hasta el coche y aguardar en él a que se hiciera de día.

Aunque los dos policías muertos en el control de caminos fueran descubiertos antes del amanecer, y aunque la policía llegara a la conclusión de que el asesino se había internado en las montañas, Kale estaba seguro de que la batida no se organizaría hasta las primeras luces del alba. Cuando la partida policial llegara hasta donde ahora se encontraba, Kale ya estaría a buen cubierto en las cuevas que le servirían de refugio.

Durmió en el asiento delantero del coche. No era el hotel Plaza, pero le pareció más cómodo que la cárcel.

Ahora, de pie junto al vehículo bajo la luz difusa del amanecer, aguzó el oído tratando de descubrir el sonido de alguna partida de búsqueda. No escuchó nada. En realidad, era lo que esperaba. Su destino no era pudrirse en la cárcel. Su futuro era de oro. Fletcher Kale estaba seguro de ello.

Bostezó, se estiró y, a continuación, orinó contra el tronco de un gran pino.

Treinta minutos después, cuando hubo más luz, tomó el sendero que la noche anterior no había sabido encontrar y comprobó algo que no había podido apreciar en la oscuridad: Los arbustos estaban en gran medida pisoteados. Por allí había pasado algún grupo de gente recientemente.

Continuó avanzando con cautela, asiendo el HK91 con el brazo derecho y dispuesto a disparar contra el primero que intentara aproximarse a él.

Tardó menos de media hora en alcanzar el claro que circundaba la cabaña de madera; cuando salió de la arboleda, comprendió por qué los matorrales estaban tan destrozados. Junto a la cabaña estaban aparcadas ocho grandes motocicletas Harley Davidson, en cada una de las cuales aparecía grabado el nombre DEMONIOS DEL CROMADO.

El grupo de inadaptados de Gene Terr. No todos ellos. Aproximadamente la mitad de la banda, calculó Kale.

El hombre se agachó junto a un afloramiento de piedra caliza y estudió la cabaña envuelta en niebla. No había nadie a la vista. Sin hacer ruido, rebuscó en la bolsa que portaba, encontró un cargador de repuesto para el HK91 y lo ajustó al arma.

¿Cómo habían podido llegar hasta allí Gene Terr y sus perversos colegas? La ascensión de la montaña en vehículos a dos ruedas debía de haber sido difícil y tremendamente peligrosa. Un tramo de motocross capaz de hacer saltar los nervios de cualquiera. Aunque, por supuesto, aquellos cerdos motorizados eran amantes del peligro.

¿Qué diablos estaría haciendo allí la banda? ¿Cómo habían encontrado la cabaña y por qué habían acudido a aquel paraje inhóspito?

Kale aguzó de nuevo el oído en busca de alguna voz, de alguna pista sobre dónde estaban los motoristas y qué estaban haciendo, y advirtió que no se escuchaba el menor ruido de animales. Ningún trino de ave. Ningún zumbido de insectos. Absolutamente nada. Un silencio espectral, inquietante.

Entonces, a su espalda, escuchó un crujido entre los matorrales. Un ruido sordo que, en aquel silencio sobrenatural, retumbó como un cañonazo.

Kale había hincado una rodilla en tierra y, con rapidez felina, se dejó caer de costado, rodó sobre su espalda y puso el dedo en el gatillo del HK91.

Estaba dispuesto a matar a quien fuera, pero no estaba preparado para lo que vio. A unos diez metros de él, surgiendo de entre los árboles y la niebla, apareció Jake Johnson. En cueros. Absolutamente desnudo. Con una gran sonrisa en el rostro.

Otro movimiento. A la izquierda de Johnson. Un poco más allá, en el lindero del bosque.

Kale lo percibió por el rabillo del ojo y volvió la cabeza en aquella dirección, apuntando también el arma hacia allí.

Otro hombre salió de los árboles entre la niebla, con la hierba alta agitándose en torno a sus piernas descubiertas. También iba desnudo. Y sonreía abiertamente.

Pero no era esto lo peor. Lo más desconcertante era que este segundo hombre también era Jake Johnson.

Kale miró alternativamente a ambos hombres, sorprendido y desconcertado. Eran absolutamente iguales, como dos gemelos idénticos.

Pero Jake era hijo único, ¿verdad? Kale no había oído nunca comentar que el policía tuviera un hermano mellizo.

Una tercera figura avanzó desde las sombras bajo las extensas ramas de un enorme abeto. Y también éste era Jake Johnson.

A Kale se le cortó la respiración.

Tal vez cabía alguna posibilidad remota de que Jake Johnson tuviera un hermano gemelo, pero desde luego era imposible que fueran trillizos.



Algo iba terriblemente mal. No era sólo la presencia de aquellos trillizos imposibles lo que asustaba a Kale. De pronto, todo parecía amenazador: el bosque, la niebla, los contornos roqueños de la montaña...

Los tres Jake Johnson empezaron a ascender con paso lento la pendiente en la cual estaba tendido Kale, aproximándose a él desde diferentes ángulos. Sus ojos eran extraños y sus bocas tenían un rictus de crueldad.

Kale se incorporó con el corazón desbocado.

—¡Quietos donde estáis! —gritó.

Sin embargo, los aparecidos no le obedecieron pese a que Kale blandió el fusil, apuntándoles.

—¿Quiénes sois? ¿Qué sois? ¿Qué es esto? —quiso saber Kale.

No obtuvo respuesta. Los hombres continuaron acercándose. Como zombis.

Kale asió la bolsa de las armas y retrocedió con paso rápido y torpe para alejarse del trío de pesadilla.

No, ya no era un trío. Era un cuarteto. Ladera abajo, un cuarto Jake Johnson salió de entre los árboles, absolutamente desnudo como los demás.

Kale empezó a temblar, al borde del pánico. Los cuatro Jake Johnson avanzaron hacia Kale sin apenas ruido. Sólo se escuchaba el crujir de las hojas bajo sus pies; nada más. No parecían notar las piedras, las afiladas espinas y las ásperas hojas que debían lacerar sus carnes. Uno de los cuatro empezó a relamerse con aire voraz. Los demás le imitaron de inmediato.

Un escalofrío de helado temor recorrió las entrañas de Kale mientras se preguntaba si no habría perdido la razón. Sin embargo, el pensamiento desapareció de su mente muy pronto. Poco habituado a dudar de sí mismo, no supo qué hacer con aquella sospecha.

Dejó caer la bolsa de las armas, asió el HK91 con ambas manos y abrió fuego, describiendo un arco con el cañón del arma. Las balas dieron en los blancos. Pero no brotó sangre de ellos y, apenas se hicieron visibles las heridas, éstas empezaron a cerrarse; en cuestión de segundos, todos los agujeros de bala desaparecieron de los cuerpos sin dejar el menor rastro.

Los cuatro hombres continuaron acercándose.

No. No eran hombres. Eran otra cosa.

¿Alucinaciones? años atrás, en la escuela superior, Kale había tomado mucho ácido. Ahora, recordó que las visiones del ácido podían repetirse espontáneamente durante meses, o incluso años después de haber dejado de usar el LSD. Hasta entonces, a él no le había repetido ningún ácido, pero sabía que el fenómeno podía producirse. ¿Era eso lo que le estaba sucediendo ahora? ¿Sufría alguna alucinación?

Tal vez.

Sin embargo... los cuatro hombres aparecían brillantes, como si el rocío matinal se estuviera condensando en su piel desnuda, y aquél era un tipo de detalle que uno no solía advertir en una alucinación. Además, toda la situación era muy diferente a cualquier experiencia con drogas que hubiera conocido hasta entonces.

Sin dejar de sonreír, el doble de Jake Johnson más próximo a Kale alzó el brazo y lo extendió hacia él. Increíblemente, Kale observó que la carne de la mano extendida se separaba de los huesos, dejando pelados los dedos y la palma. En realidad, la carne pareció retraerse hacia el brazo sin soltar una sola gota de sangre, como si fuese cera fundida retirándose de la proximidad de una llama; la muñeca se hizo más gruesa con dicho tejido y, en un abrir y cerrar de ojos, la mano extendida no fue más que un conjunto de huesos, blancos y pelados. Un dedo esquelético apuntó hacia Kale.

Le apuntó con cólera, con desdén y con aire acusatorio.

A Kale le dio vueltas la cabeza.

Los otros tres sosias de Jake Johnson habían experimentado, al tiempo que el primero, una serie de cambios todavía más macabros. Uno de ellos había perdido parte de la carne del rostro: un pómullo blanco quedó a la vista, y una hilera de dientes; el ojo derecho, privado de párpado y de todo el tejido muscular circundante, refulgía húmedo en la cuenca ósea. Al tercer Jake Johnson le faltaba un pedazo de carne del torso y se podían observar sus prominentes costillas y los órganos húmedos, viscosos, latiendo tenebrosamente bajo ellas. El cuarto espectro caminaba sobre una pierna normal y otra que sólo constaba de huesos y tendones.

Al aproximarse a Kale, uno de ellos masculló:

–Asesino de niños.

Kale lanzó un grito, soltó el arma y echó a correr, pero se detuvo en seco cuando vio a dos sosias más del policía muerto que se acercaban a él por detrás, procedentes de la cabaña. No tenía adonde huir, salvo ladera arriba hacia los grandes afloramientos calizos sobre la cabaña. Se lanzó en esa dirección entre jadeos y gemidos, alcanzó el matorral gimoteando, se adentró entre los arbustos hasta la boca de la cueva, volvió la vista atrás, comprobó que los seis gemelos de pesadilla seguían acosándole y se adentró en la cueva, en la oscuridad, deseando haber conservado la linterna, y tanteó la pared con una mano y avanzó arrastrando los pies, tratando de recordar el recorrido, de visualizar mentalmente el largo túnel que terminaba en una serie de revueltas... y de pronto se dio cuenta de que tal vez aquél no era un lugar seguro; al contrario, quizá fuera una trampa; sí, ahora estaba seguro: aquellos espectros querían llevarle hasta allí... y cuando miró atrás de nuevo, vio a dos de los hombres en la entrada, se oyó a sí mismo gimoteando y echó a correr más y más de prisa hacia la oscuridad pues sabía que no tenía otro sitio donde ir, aunque fuera una trampa, y se golpeó la mano contra un afilado saliente rocoso, tropezó, se tambaleó, continuó adelante, llegó a las curvas, las dejó atrás una tras otra y llegó a la puerta y la cruzó; la cerró tras él con un gran estruendo, pero tuvo la certeza de que eso no les detendría. Y entonces percibió una luz procedente de la cámara siguiente y empezó a avanzar hacia ella sobrecogido por una dantesca sensación de terror, dejando atrás fardos de provisiones y suministros.

La luz procedía de una lámpara de fuel oil.

Kale penetró en la tercera cámara.

Bajo el pálido resplandor helado, vio algo que le dejó paralizado. Había surgido del río subterráneo a través del piso de la cueva, por el agujero en el cual Jake

Johnson había instalado una bomba de agua. Aquello se agitaba, vibraba, ondulaba. Era una masa oscura, salpicada de manchas de color sangre. Y no tenía forma definida.

Entonces, en aquello empezaron a brotar unas alas, que perdieron su forma de inmediato.

Un olor azufrado, no muy penetrante pero nauseabundo.

A lo largo de la columna de materia viscosa, cuya altura superaba los dos metros, se abrió una serie de ojos. Todos ellos se volvieron hacia Kale.

Se apartó de ellos cuanto pudo, retrocedió hasta una de las paredes y se agarró a la roca como si ésta fuera la última cosa real, el último lugar al que asirse en la caída al precipicio de la locura.

Algunos ojos eran humanos. Otros, no. Las pupilas se concentraron en él... y luego los ojos se cerraron y desaparecieron.

Se abrieron unas bocas donde antes no las había. Dientes. Colmillos. Lenguas bifurcadas enroscadas sobre labios negros. De otras bocas surgieron tentáculos parecidos a gusanos que se agitaron en el aire antes de desaparecer. Igual que las alas y los ojos, las bocas desaparecieron finalmente en la masa informe.

En el suelo de la estancia había un hombre sentado. Se hallaba a unos palmos de la cosa pulsante que había surgido de debajo de la caverna y estaba sentado en la penumbra que producía el resplandor de la linterna, con el rostro oculto en las sombras.

Consciente de que Kale le había visto, el hombre se inclinó ligeramente hacia adelante, permitiendo que la luz mostrara sus facciones. El tipo medía uno noventa o más, tenía el cabello largo y rizado y lucía barba. Llevaba un pañuelo enrollado en la cabeza, a la altura de la frente, y un pendiente de oro en la oreja. Dedicó a Kale la sonrisa más extraña que Fletcher había visto nunca y levantó una mano en señal de saludo. En la palma de la mano lucía el tatuaje rojo y amarillo de un globo ocular.

Era Gene Terr.

## Guerra biológica

El helicóptero militar llegó tres horas y media después de que Sara hablara con Daniel Tersch en Dugway, con dos horas de adelanto sobre lo prometido. Evidentemente había sido enviado desde alguna base de California, y también evidentemente, los colegas de la genetista en el programa de guerra química y bacteriológica habían sabido comprender su plan. Habían entendido que, en realidad, Sara no necesitaba la mayor parte de los aparatos y materiales que había pedido y, en consecuencia, sólo habían reunido lo que su compañera necesitaba para atacar al multiforme. De no haberlo hecho así, no habrían podido ser tan rápidos.

El helicóptero, pintado de camuflaje, era de gran tamaño y tenía dos juegos completos de aspas. Inmovilizado a unos veinte metros de altura sobre Skyline Road, el aparato batió el aire matutino y creó un torbellino que dispersó la escasa niebla que aún quedaba. Poderosas oleadas de sonido barrieron el pueblo como el tableteo de una ametralladora.

Una de las portezuelas laterales del helicóptero se abrió y un hombre asomó la cabeza desde la bodega de carga. No hizo ningún intento de conversar con la gente de tierra, pues el rugido de los motores y el tartamudeo de las aspas habrían ahogado sus palabras. En cambio, utilizó una serie de gestos incomprensibles con las manos.

Por fin Sara dedujo que la tripulación aguardaba alguna indicación de que aquél era el punto donde debían soltar la carga. También por gestos, indicó a todos los supervivientes que formaran un círculo con ella en mitad de la calle. No se dieron las manos, sino que dejaron un par de metros de distancia entre cada uno. Así, el círculo alcanzó un diámetro de cuatro o cinco metros.

Un fardo envuelto en lona, algo mayor que un hombre, apareció al costado del helicóptero. Iba atado a un cable que era movido mediante un manubrio eléctrico. Al principio, el fardo descendió despacio, luego más despacio todavía, y por fin se posó en el pavimento, en el centro del círculo, con tal suavidad que dio la impresión de que los tripulantes del helicóptero estuvieran transportando huevos crudos.

Bryce rompió la formación antes de que el paquete tocara el suelo y fue el primero en llegar hasta él. Localizó el acoplador y soltó el cable antes de que Sara y los demás se aproximaran.

Cuando el helicóptero hubo recogido el cable, se deslizó valle abajo para alejarse de la zona de peligro y ganó altura rápidamente.

Sara se agachó junto al fardo y empezó a aflojar la sogá de nailon que cerraba los ojales de la lona. Se dedicó febrilmente a la tarea y, en unos segundos, empezó a desembalar el contenido.

Había dos botes azules que llevaban unas letras y cifras blancas grabadas en las tapas. Al verlos, Sara suspiró de alivio. Su mensaje había sido interpretado correctamente. También localizó tres aerosoles dispersores, parecidos en tamaño y aspecto a los utilizados para fumigar los campos, sólo que activados por cilindros de aire comprimido en lugar de por bombas manuales. Cada aerosol, de gran tamaño, iba dotado de unos correajes que permitían colgárselo a la espalda como una mochila. Un tubo de goma flexible, terminado en una extensión metálica de un metro de longitud con una boquilla de alta presión, permitía al portador permanecer a cuatro o cinco metros de distancia del lugar que se pretendía rociar.

Sara levantó uno de los aerosoles. El peso le indicó que debía de estar lleno del mismo fluido que contenían los botes azules.

El helicóptero se desvió hacia el oeste en el firmamento y Lisa murmuró:

–Esto no es todo lo que has pedido, ¿verdad?

–Es todo lo que necesitamos –respondió Sara, evasiva.

Miró a un lado y a otro con gesto nervioso, temiendo ver al ser multiforme abatiéndose sobre el grupo. Sin embargo, no había el menor rastro de la criatura.

–Bryce, Tal... –indicó entonces–. Si quieren tomar dos de esos aerosoles...

El comisario y su ayudante le obedecieron, pasaron los brazos por los correajes, se ajustaron las hebillas al pecho y encogieron los hombros para colocarse los recipientes lo más cómodamente posible.

Sin que nadie se lo hubiera dicho, ambos hombres se daban perfecta cuenta de que los aerosoles contenían algún arma que podía destruir al ser multiforme. Sara sabía que debía corroerles la curiosidad y le impresionó que no hicieran ninguna pregunta.

La genetista había pensado en colocarse el tercer aerosol ella misma, pero resultaba considerablemente más pesado de lo que había previsto. Esforzándose mucho sería capaz de transportarlo, pero no podría maniobrar con rapidez. Y durante la hora siguiente la supervivencia dependería de su agilidad y su rapidez de movimientos.

De ese tercer aspersor debería encargarse otro. Lisa no, pues era de tamaño similar al de Sara. Flyte, tampoco; tenía un poco de artritis en las manos, de la cual se había quejado la noche anterior, y parecía demasiado frágil. Por tanto, sólo quedaba Jenny. Apenas medía diez centímetros más que Sara y sólo pesaba unos ocho o diez kilos más, pero parecía estar en excelentes condiciones físicas. Era casi seguro que podría manejar el aerosol.

Flyte protestó, pero se rindió después de sostener el depósito unos instantes.

–Debo de estar más viejo de lo que pensaba –dijo, abatido.

Jenny estuvo de acuerdo en que era la más adecuada y Sara le ayudó a colocarse las cinchas. Por fin, estaban dispuestos para la batalla.

Seguía sin haber el menor rastro del multiforme.

Sara se secó el sudor de la frente.

–Muy bien. En el momento en que aparezca, rociadle con esto. No perdáis un segundo. Rociadlo, saturadlo, seguid retrocediendo si es posible, tratad de atraer la

mayor masa posible de esa cosa, haciéndola salir de su escondrijo, y seguid rociándola.

–¿Es alguna especie de ácido... o qué? –quiso saber Bryce.

–No es ácido –respondió Sara–, aunque el efecto será muy similar... si llega a funcionar.

–Si no es un ácido –intervino Tal–, ¿de qué se trata entonces?

–De un microorganismo único, altamente especializado –dijo Sara.

–¿Gérmenes? –preguntó Jenny, abriendo los ojos como platos.

–Sí. Se encuentran en suspensión en un caldo de cultivo que los mantiene.

–¿Vamos a poner enfermo al multiforme? –preguntó Lisa, frunciendo el ceño.

–Le pido a Dios que así sea –asintió Sara.

Nada se movió. Nada. Pero allí cerca había algo y, probablemente, había oído los comentarios. Con el oído de un gato. Con el oído de un zorro. Con un oído agudísimo de su propia invención.

–Muy, muy enfermo, si tenemos suerte –añadió Sara–. Porque la única manera de acabar con esa criatura parece ser la enfermedad.

Ahora, sus vidas corrían peligro porque aquella cosa sabía que la habían engañado. Flyte sacudió la cabeza.

–Pero el antiguo enemigo es tan absolutamente distinto, tan diferente del hombre y de los animales... Las enfermedades más peligrosas para otras especies podrían no tener el menor efecto en ese ser.

–En efecto –asintió Sara–, pero este microbio no causa ninguna enfermedad ordinaria. En realidad, no es en absoluto un organismo causante de enfermedades.

Snowfield seguía mudo, tendido sobre la ladera como un paisaje de postal.

Mientras echaba nerviosas miradas a su alrededor, alerta a cualquier movimiento en el interior o en las cercanías de los edificios, Sara les habló de Ananda Chakrabarty y de su descubrimiento.

En 1972, la General Electric Corporation, empresa para la cual trabajaba el doctor Chakrabarty, solicitó por primera vez la patente de una bacteria elaborada por el hombre. Utilizando refinadas técnicas de fusión celular, Chakrabarty había creado un microorganismo que podía devorar, digerir y, en último término, transformar los compuestos de hidrocarburos en petróleo crudo.

El bichito de Chakrabarty poseía, al menos, una aplicación comercial evidente: podía ser utilizado para la limpieza de los vertidos accidentales de petróleo en el mar. La bacteria se comía literalmente las manchas de crudo, siendo inocua para el medio ambiente.

Tras una serie de intensas disputas legales de diversos tipos, la General Electric obtuvo el derecho a patentar el descubrimiento de Chakrabarty. En junio de 1980, el Tribunal Supremo adoptó una decisión que marcó época, sentenciando que el descubrimiento de Chakrabarty «no era producto de la naturaleza sino de su trabajo; por lo tanto era un producto patentable».

–Es cierto –dijo Jenny–. Leí algo sobre el caso. Fue una gran noticia por esas fechas: el hombre compitiendo con Dios y todo eso.

–En un primer momento –continuó Sara–, la General Electric no tenía intención de sacar el bicho al mercado. Se trataba de un organismo frágil que no podía sobrevivir fuera de unas condiciones estrictamente controladas en el laboratorio. La solicitud de la patente se realizó para comprobar la situación legal, para dejar resuelto el tema antes de que otros experimentos de ingeniería genética produjeran unos descubrimientos más útiles y más valiosos. Sin embargo, tras la decisión del tribunal, otros científicos pasaron varios años, trabajando con aquel organismo hasta conseguir unas cepas más resistentes, capaces de sobrevivir fuera del laboratorio entre doce y dieciocho horas. De hecho, se ha lanzado al mercado bajo el nombre comercial de Biosan-4 y ha sido utilizado con éxito para limpiar manchas de crudo por todo el mundo.

–¿Y eso es lo que contienen los aerosoles? –preguntó Bryce.

–Sí. Biosan-4. En solución para aspersores.

El pueblo producía una sensación fúnebre. El sol caía a plomo de un cielo absolutamente despejado, pero la atmósfera seguía helada. Pese al sobrenatural silencio, Sara tenía la firme sensación de que la criatura se acercaba, de que les había oído y que se aproximaba; de hecho, casi podía percibirla muy, muy cerca.

Los demás también lo notaron y todos miraron a su alrededor, inquietos.

–¿Recordáis lo que descubrimos al estudiar el tejido del ser multiforme? –preguntó Sara.

–Te refieres al alto contenido en hidrocarburos, ¿no? –apuntó Jenny.

–Sí, pero no sólo de hidrocarburos, sino de todas las formas de carbono. Unas cifras muy altas en todos los compuestos de ese elemento.

–Nos dijiste que se parecía al petrolato –comentó Tal.

–No es idéntico, pero recuerda a esa sustancia en algunos aspectos –asintió Sara–. Estamos hablando de un tejido vivo, muy extraño pero complejo y vivo. Y con un contenido de carbono extraordinariamente elevado... Bien, lo que quiero decir es que el tejido de esa cosa parece un primo orgánico, metabólicamente activo, del petrolato. por eso espero que el microorganismo de Chakrabarty...

Algo se acerca.

–Espero que se coma a ese multiforme igual que devora las manchas de petróleo –dijo Jenny.

Algo... algo...

–Sí –dijo Sara con voz nerviosa–. Espero que ataque el carbono y descomponga el tejido. O, al menos, espero que afecte su delicado equilibrio químico lo suficiente para...

Se acerca... se acerca...

–... lo suficiente para desestabilizar al conjunto de su organismo –terminó la frase Sara, abrumada por una sensación de inminente peligro.

–¿Es ésta la mejor opción que tenemos? ¿Lo es de verdad? –preguntó Flyte.

–Creo que sí.

¿Dónde está? ¿Por dónde aparecerá?, se preguntó Sara contemplando los edificios desiertos, la calle vacía, los árboles inmóviles.

–Me parece terriblemente remota –comentó Flyte, dubitativo.

–En efecto, es muy remota –asintió Sara–. No parece gran cosa, pero es lo único que tenemos.

Un ruido. Un siseo penetrante que erizaba el vello.

Todos permanecieron inmóviles. Aguardaron.

Pero de nuevo el pueblo quedó envuelto en una capa de silencio.

El sol de la mañana bañaba con su llameante resplandor algunas ventanas y se reflejaba en el cristal curvo de las farolas callejeras. Parecía como si los techos de pizarra negra hubieran sido abrillantados durante la noche; los últimos jirones de niebla se habían condensado sobre sus lisas superficies, dejando en la piedra una pátina de humedad.

Nada se movió. Nada sucedió. El sonido no se repitió.

Bryce Hammond tenía el rostro empañado de preocupación.

–Ese Biosan... supongo que no tendrá efectos nocivos para nosotros.

–Absolutamente ninguno –le aseguró Sara.

De nuevo, el sonido. Un breve estallido de ruido. Luego, el silencio.

–Algo se acerca –dijo Lisa en voz baja.

Que Dios nos ayude, pensó Sara.

–Algo se acerca –dijo Jenny en voz baja.

Bryce lo percibió también. Una sensación de creciente horror. La atmósfera, más fría y, a la vez, más sofocante. Un nuevo matiz depredador en aquel silencio. ¿Realidad? ¿Imaginación? No estaba seguro. Sólo sabía que podía notarlo.

El ruido volvió a escucharse, esta vez en un chillido sostenido, no en un mero estampido breve. Bryce se encogió sobre sí mismo. Era un chillido desgarrador, un zumbido, un gemido. Como una taladradora. Pero Bryce sabía que no se trataba de algo tan inocuo y corriente como aquello.

Insectos. La frialdad del sonido, su cualidad metálica le hizo pensar en insectos. Abejas. Sí. Era el zumbido y el crepitar tremendamente amplificado de las avispas.

–Los tres que no estáis armados con los aspersores, colocaos en el centro.

–Sí –añadió Tal–. Formaremos un círculo alrededor vuestro y os protegeremos un poco.

Condenadamente poco si este Biosan no funciona, pensó Bryce.

El extraño sonido se hizo más potente.

Sara, Lisa y el doctor Flyte permanecieron juntos mientras Bryce, Jenny y Tal les cubrían, vueltos hacia fuera.

Entonces, calle abajo, cerca de la panadería, apareció en el cielo algo monstruoso que rozó los techos de los edificios antes de sobrevolar durante unos segundos Skyline Road. Era una avispa. Un engendro fantasmal del tamaño de un pastor alemán. Nada que se pareciera remotamente a aquel insecto había existido durante las decenas de millones de años, que el ser multiforme llevaba con vida. Sin duda, aquello había surgido de su retorcida imaginación, era un horrible engendro del antiguo enemigo. Sus alas opalescentes, de dos metros de extensión cada una, batían el aire furiosamente, destellando con todos los colores del arco iris. Los ojos



negros de múltiples facetas estaban colocados a cada lado de la cabeza estrecha, puntiaguda y malévola. Tenía cuatro patas finas terminadas en pinza. El cuerpo redondeado, segmentado y blanquecino, finalizaba en un aguijón de un palmo de longitud con la punta afilada como un alfiler.

A Bryce le pareció que las entrañas se le volvían agua helada.

La avispa dejó de sobrevolar al grupo. Se abatió sobre él.

Jenny lanzó un grito cuando la avispa se lanzó en picado contra ellos, pero no corrió. Apuntó la boquilla del aspersor hacia la criatura y apretó el mando que dejaba paso al líquido a presión. Una niebla lechosa, en forma de cono, surgió del aparato hasta una distancia de un par de metros.

La avispa se encontraba a unos siete metros y se acercaba muy de prisa.

Jenny pulsó a fondo el mando. La niebla se convirtió en un chorro que se elevó a más de cinco metros de la boquilla.

Bryce accionó la palanca del aspersor. Los dos chorros de Biosan se cruzaron en el aire, corrigieron el ángulo hasta apuntar ambos en la misma dirección y se alzaron en paralelo hacia el aire.

La avispa entró en el radio de acción de los aspersores. El doble chorro a presión la alcanzó, oscureció el color irisado de sus alas y empapó su cuerpo segmentado.

El insecto se detuvo bruscamente, titubeó y perdió altura, como si fuera incapaz de mantener el vuelo. Permaneció inmóvil en el aire unos instantes. Habían conseguido detener su ataque, aunque el animal todavía les observaba con ojos llenos de odio.

Jenny sintió una explosión de alivio y esperanza.

—¡Funciona! —exclamó Lisa.

Entonces, la avispa se abatió de nuevo sobre ellos.

En el preciso instante en que Tal empezaba a pensar que estaban a salvo, la avispa volvió a lanzarse hacia ellos entre la niebla del Biosan-4, volando lentamente pero sosteniéndose todavía en el aire.

—¡Al suelo! —gritó Bryce.

Todos se agacharon y la avispa pasó por encima de sus cabezas rezumando un líquido lechoso por sus patas monstruosas y por el vértice de su aguijón.

Tal se incorporó de nuevo pero, antes de que pudiera accionar su aspersor, la avispa vaciló, aleteó desconsoladamente y se derrumbó a plomo sobre el pavimento. Allí batió las alas con un furioso zumbido. Intentó remontar el vuelo pero no lo consiguió. Entonces se transformó.

Se transformó.

Timothy Flyte se aproximó un poco más al insecto junto con el resto del grupo y observó cómo la avispa se fundía en una masa informe de protoplasma. Empezaron a formarse en él los cuartos traseros de un perro. Y el hocico. Iba a ser un doberman, a juzgar por el hocico. Empezó a formársele un ojo. Pero el multiforme no consiguió completar la transformación; los rasgos del perro desaparecieron. El tejido amorfo vibró y latió de manera distinta a como Timothy le había visto hacerlo antes.

–Está muriéndose –dijo Lisa.

Timothy contempló con asombro las convulsiones de la extraña masa carnosa. Aquel ser hasta entonces inmortal conocía ahora el significado de la muerte y el temor a ella.

La masa informe se abrió en una serie de llagas purulentas que liberaron un fluido amarillento. La masa sufrió unos violentos espasmos. Nuevas llagas se abrieron en ella con tremenda profusión; lesiones de todos los tamaños y formas burbujeaban, hendían y cuarteaban su superficie pulsante. Y por fin, igual que había sucedido con la muestra de tejido del recipiente del laboratorio móvil, el fantasma degeneró en un charco sin vida de una pasta acuosa y maloliente.

–¡Dios santo, lo has conseguido! –exclamó Timothy, volviéndose hacia Sara.

Tentáculos. Tres de ellos. Detrás de la mujer.

Surgieron de una rejilla de las alcantarillas, a cinco metros de distancia. Cada uno tenía el diámetro de la muñeca de Timothy. Los extremos de los tres apéndices se deslizaban ya por el pavimento a apenas un metro de Sara.

Timothy lanzó un grito de advertencia, pero fue demasiado tarde.

Flyte lanzó un grito, y Jenny se volvió. La criatura se hallaba entre ellos.

Tres tentáculos se alzaron del pavimento como látigos con asombrosa rapidez, se lanzaron hacia adelante con malévola sinuosidad y se abatieron sobre Sara. En un abrir y cerrar de ojos, uno de los apéndices se enroscó en torno a las piernas de la genetista, otro alrededor de su cintura y el tercero en torno a su esbelto cuello.

«¡Señor! –se dijo Jenny–, esa cosa es demasiado rápida para nosotros.»

Apuntó la boquilla de su aspersor al tiempo que se volvía y, lanzando una maldición, apretó a fondo el mando del aparato hasta envolver a Sara y los tentáculos en una nube de Biosan-4.

Bryce y Tal se aproximaron rápidamente para emplear también sus aspersores, pero ya era demasiado tarde.

Sara abrió los ojos como platos y su boca lanzó un grito mudo. Los tentáculos se alzaron en el aire y...

¡No!, rogó Jenny.

... la agitaron de un lado a otro como si fuera una muñeca de trapo...

¡No!

... y, a continuación, la cabeza le saltó de los hombros y cayó a la calle con un ruido seco, nauseabundo.

Jenny retrocedió unos pasos. Estuvo a punto de vomitar.

Los tentáculos se alzaron casi cinco metros sobre el suelo, se agitaron y se retorcieron y espumearon. En su superficie se abrieron llagas mientras las bacterias destruían la estructura molecular del tejido amorfo. Tal como Sara había esperado, el Biosan afectaba al ser multiforme igual que el ácido sulfúrico lo hacía en el ser humano.

Tal pasó a toda prisa junto a Jenny, cargando de frente contra los tres tentáculos y la doctora le gritó que se detuviera.

¡Dios santo!, exclamó para sí. ¿Qué se proponía el teniente?

Tal corrió entre las sombras serpenteantes producidas por los tentáculos agitados y rogó mentalmente que nadie le siguiera. Cuando alcanzó la alcantarilla de la que habían surgido los apéndices, observó que éstos se estaban separando de la masa principal de protoplasma oscuro, pulsante, oculto en los desagües subterráneos. El ser multiforme estaba desprendiéndose del tejido infectado antes de que las bacterias pudieran alcanzar la masa principal. Tal introdujo la boquilla del aspersor por la rendija y lanzó una rociada de Biosan-4 al interior de la alcantarilla.

Los tentáculos se desprendieron del resto de la criatura. Se agitaron y retorcieron en plena calle. En el interior del desagüe, la masa viscosa y rezumante se retiraba de la lluvia infecciosa al tiempo que se desprendía de otro pedazo de tejido, el cual empezó de inmediato a espumear, a moverse espasmódicamente y a morir.

Incluso el Demonio podía ser herido. Hasta Satán resultaba vulnerable.

Animado por el éxito, Tal volvió a rociar la alcantarilla con el fluido biológico.

El tejido amorfo se retiró lejos de su vista, ocultándose en lo más profundo de los pasadizos subterráneos, desprendiéndose sin duda de nuevos fragmentos infectados.

Tal se alejó de la alcantarilla y observó que los tentáculos cortados habían perdido su forma definida; ahora sólo eran unas largas tiras retorcidas de tejido supurante que se enroscaban unas a otras en una manifiesta agonía, para degenerar rápidamente en una pasta hedionda e inerte.

El teniente volvió la vista hacia la boca de alcantarilla, hacia los edificios silenciosos, hacia el cielo, preguntándose de dónde vendría el siguiente ataque.

De pronto, el pavimento vibró y se levantó bajo sus pies. Delante de Tal, el doctor Flyte fue arrojado al suelo y se le rompieron las gafas. Tal se tambaleó de costado, casi tropezando con Flyte.

La calle tembló y se estremeció de nuevo, con más energía que antes, como si estuviera afectada por las vibraciones de un terremoto. Sin embargo, no se trataba de ningún seísmo. Aquella cosa se estaba acercando. No un mero fragmento, no otro fantasma más, sino la mayor parte de su cuerpo, tal vez toda su masa, impulsándole hacia la superficie con un poder destructivo inimaginable, alzándose como un dios traicionado que quisiera descargar su venganza y su cólera impía sobre los hombres y mujeres que habían osado atacarle, transformándose en una enorme masa de fibra muscular y empujando, empujando, hasta que el asfalto se hinchó y se agrietó.

Tal se vio arrojado al suelo y su mentón golpeó con fuerza el asfalto. Aturdido, trató de reincorporarse para poder utilizar el aspersor cuando apareciera la criatura,

pero sólo logró ponerse a gatas pues la calle seguía moviéndose demasiado. Se tendió de nuevo en el suelo a esperar que la sacudida cesara.

«Vamos a morir», se dijo.

Bryce estaba tendido boca abajo, abrazado al pavimento.

Lisa se hallaba a su lado. Estaba llorando o gritando; el comisario no podía oírla debido al tremendo estruendo que acompañaba a las sacudidas.

En todo aquel tramo de Skyline Road, una sinfonía atonal de destrucción alcanzó un crescendo que hería los oídos: chirridos, rozaduras, crujidos, desgarros... El mundo entero parecía estar rompiéndose en pedazos. El aire estaba lleno de polvo que brotaba de las amplias fisuras del pavimento.

El firme de la calle principal se inclinó con tremenda fuerza. Pedazos de asfalto saltaron al aire. La mayoría de ellos tenía el tamaño de pequeños guijarros, pero había algunos grandes como puños. Incluso los había mayores: bloques de pavimento de veinte, cincuenta y hasta cien kilos de peso se alzaron hasta dos o tres metros de altura mientras la criatura proteica seguía impulsándose sin cesar hacia la superficie.

Bryce apretó a Lisa contra sí e intentó protegerla de la lluvia de piedras. Al hacerlo, notó los violentos temblores que recorrían a la muchacha.

El suelo se levantó bajo sus pies y volvió a caer con un estampido. Se alzó y cayó de nuevo. Una lluvia de grava les alcanzó, rebotó en el depósito del aspersor que Bryce llevaba atado a la espalda, le alcanzó en las piernas y le golpeó la cabeza, obligándole a encogerse para intentar cubrirse.

¿Dónde estaba Jenny?

El comisario miró a su alrededor, presa de una repentina desesperación.

La calle se había abombado, formando una loma en mitad de Skyline Road. Aparentemente, Jenny se hallaba al otro lado del abultamiento, sujetándose al asfalto fuera de la vista de Bryce.

Está viva, pensó el comisario. Jenny está viva. ¡Tiene que estarlo, maldita sea!

Una enorme losa de asfalto surgió del pavimento a la izquierda de su posición y se elevó más de tres metros en el aire. Bryce creyó que iba a aplastarles y apretó a Lisa contra sí lo más fuerte que pudo, aunque todo sería inútil si la losa les caía encima. Sin embargo, ésta alcanzó a Timothy Flyte. Cayó sobre las piernas del científico, rompiéndole ambas y atrapando a Flyte, quien lanzó un aullido de dolor. Aulló tan fuerte que Bryce logró oírle a pesar del tremendo rugido del asfalto al desintegrarse.

El temblor de tierra continuó. La calle se abombó todavía más. Unos dientes aserrados de cemento cubierto de una capa de asfalto mordieron el aire matinal.

En cuestión de segundos, aquello aparecería del subsuelo y se abatiría sobre ellos sin darles tiempo ni oportunidad de resistirse.

Un proyectil de asfalto del tamaño de una pelota de béisbol, escupido al aire por el ser multiforme que emergía con la fuerza de un volcán desde los desagües subterráneos, cayó al pavimento a apenas unos centímetros de la cabeza de Jenny. Una astilla de cemento le produjo un rasguño en la mejilla, de la cual manó un leve reguero de sangre.

Entonces la presión que había causado el abombamiento de la calzada cesó de pronto. La calle dejó de vibrar. Dejó de elevarse.

El estruendo de la destrucción decreció. Jenny pudo escuchar su propia respiración, áspera y atormentada.

A unos pasos de distancia, Tal Whitman empezó a incorporarse.

Al otro lado de la loma formada en el pavimento, alguien emitía unos gemidos agónicos. Jenny no alcanzaba a ver de quién se trataba. Intentó ponerse en pie, pero la calle se estremeció una vez más y de nuevo se vio arrojada de bruces al suelo.

Tal cayó también, mascullando una maldición.

De pronto, la calle empezó a abombarse hacia abajo. Con un ruido torturante, los fragmentos se quebraron a lo largo de las líneas de fractura. Grandes rocas cayeron rodando hacia el vacío del fondo. Un vacío excesivo; sonaba como si las cosas estuvieran cayendo a una sima y no a un mero canal de desagüe. A continuación, toda la parte que formaba la loma se hundió con un rugido atronador y Jenny se encontró en el borde del enorme socavón.

Tendida boca abajo, con la cabeza levantada, esperó a que algo se elevase de las profundidades y tuvo miedo de contemplar la forma que asumiría esta vez el ser multiforme.

Pero éste no apareció. Nada surgió del gran hueco.

El agujero medía tres metros de ancho y, al menos, veinte de largo. Al otro lado, Bryce y Lisa trataban de ponerse en pie. Jenny casi lloró de felicidad al verles. ¡Estaban vivos!

Entonces vio a Timothy Flyte, con las piernas apresadas bajo una mole enorme de cemento. Peor aún, estaba atrapado en un fragmento de asfalto que se sostenía en un precario equilibrio al borde del hueco, sin ningún apoyo debajo. En cualquier momento, el fragmento podía desprenderse y caer al fondo del agujero arrastrando consigo a Flyte.

Jenny se arrastró unos centímetros hacia adelante y se asomó al gran socavón. Tenía al menos diez metros de profundidad, probablemente más en algunos puntos; no pudo calcularlo con precisión por las muchas sombras que ocultaban el fondo a lo largo de sus veinte metros de extensión. Al parecer, el antiguo enemigo no procedía simplemente de los canales de desagüe, sino que había ascendido de alguna cueva subterránea de piedra caliza situada a gran profundidad bajo el terreno sólido sobre el cual se había construido la calle.

¿Qué fuerza descomunal tenía la criatura? ¿Qué tamaño inconcebiblemente enorme debía poseer aquel ser para poder mover no sólo la calle, sino también las formaciones rocosas del subsuelo? ¿Y dónde se había metido?

El hueco de Skyline Road parecía desierto pero Jenny sabía que esa cosa debía de estar allá abajo en alguna parte, en las regiones más profundas, en sus madrigueras subterráneas, a resguardo del Biosan, esperando y escuchando.

Alzó la mirada y vio a Bryce encaminándose hacia Flyte.

Un sonido seco, un crujido, hendió el aire. La plancha de cemento donde se encontraba Flyte se movió. Estaba a punto de soltarse y caer al abismo.

Bryce vio el peligro y trepó a gatas sobre la losa de asfalto inclinada en su intento de alcanzar a tiempo a Flyte.

Jenny no creyó que pudiera lograrlo.

Entonces el suelo tembló y chirrió bajo la muchacha y ésta se dio cuenta de que también ella se encontraba en terreno traicionero. Empezó a incorporarse. Bajo sus pies, el cemento estalló con el estruendo de una bomba.

## Lucifer

Las sombras en las paredes de la caverna cambiaban incesantemente, igual que el Hacedor de Sombras. Bajo la luz de la linterna de petróleo, como el reflejo de una luna extraña, la criatura parecía una columna de humo denso que se agitaba, informe y del color de la sangre coagulada.

Aunque Kale deseaba creer que sólo era humo, sabía muy bien que no era así. Estaba ante un ectoplasma. Sí, eso debía de ser. La materia sobrenatural de la cual se decía que estaban compuestos los demonios, los fantasmas y los espíritus.

Kale no había creído nunca en los fantasmas. La creencia en la vida después de la muerte era un asidero para los débiles de espíritu, pero no para Fletcher Kale. Ahora, en cambio...

Gene Terr estaba sentado en el suelo, contemplando la aparición. Su pendiente de oro resplandecía en una de sus orejas.

Kale permaneció con la espalda contra la fría pared de piedra caliza. Era casi como si se hubiera fundido con la roca.

El hedor azufrado, repulsivo, todavía impregnaba el aire rancio.

A la izquierda de Kale, un hombre penetró en la estancia procedente de la primera sala de aquel escondite subterráneo. No, no era un hombre. Era uno de los sosias de Jake Johnson. El que le había llamado asesino de niños.

Kale emitió un breve jadeo de desesperación.

Aquella era la versión demoníaca de Johnson cuyo cráneo estaba medio desprovisto de carne y de piel. Un globo ocular húmedo, sin párpado, asomaba de la cuenca ósea y contemplaba a Kale con aire malévolo. Entonces, la copia diabólica del policía se volvió hacia la monstruosidad pulsante del centro de la cámara. Se encaminó hacia la columna de materia viscosa y turbulenta, abrió los brazos, abrazó el tejido gelatinoso... y, sencillamente, se fundió con él.

Kale contempló la escena, incrédulo.

Otro Jake Johnson hizo su aparición en la estancia. Era el que carecía de carne en el costado. Tras la caja torácica al descubierto, el corazón sanguinolento seguía latiendo y los pulmones seguían expandiéndose; sin embargo, misteriosamente, los órganos internos no se escapaban por los huecos entre las costillas. Y eso era imposible. Salvo que se trataba de una aparición, una presencia salida del Infierno, surgida del Averno –jaquel hedor a azufre, el olor de Satán!– y, por tanto, cualquier cosa resultaba posible.

Ahora, Kale se convenció.

Tenía que creer en lo que veía. La única alternativa a la fe era la locura.

Uno tras otro, los cuatro socios restantes de Jake Johnson penetraron en la cueva, contemplaron a Kale y fueron absorbidos por la masa temblorosa y rezumante.

La lámpara producía un siseo continuado de fondo.

Del tejido gelatinoso del visitante del otro mundo empezó a tomar forma un par de alas negras, terribles.

El siseo de la lámpara resonó, sibilante, en las paredes de piedra.

Las alas a medio formar degeneraron hasta confundirse de nuevo con la columna de la cual habían surgido. Unas extremidades de insecto empezaron a brotar de la masa al instante.

Por último, Gene Terr rompió su silencio. Daba la impresión de estar en trance... salvo por el vivo resplandor que iluminaba sus ojos.

–Yo y alguno de mis muchachos solemos venir por aquí dos o tres veces al año, ¿sabes? Este rincón..., en fin, este lugar es perfecto para las fiestas de follar y lo que sigue. Nadie puede oír nada. Ni ver nada. ¿Te das cuenta?

Tras estas palabras, Jeeter el motorista apartó sus ojos de la criatura y cruzó su mirada con la de Kale.

–¿Qué diablos es... una fiesta de follar y lo que sigue? –quiso saber Kale.

–¡Ah! Cada par de meses o, en ocasiones, más a menudo, aparece alguna chica que quiere unirse a los Demonios del Cromado, que quiere convertirse en la chica de alguien, ¿entiendes?, no importa de quién, o que está dispuesta a ser la golfa para todo, la que está a disposición de cualquiera de los muchachos si éstos quieren un poco de variedad en la cama, ¿me sigues? –Jeeter estaba sentado con las piernas cruzadas en una postura de yoga. Sus manos estaban inmóviles sobre los muslos. Tenía el aire de un Buda perverso–. A veces, alguno de nosotros anda buscando casualmente algún nuevo ligue o la chica es realmente de primera, de modo que le hacemos sitio en el grupo. Sin embargo, esto no sucede muy a menudo. La mayoría de las ocasiones les decimos que se larguen.

En el centro de la estancia, las patas de insecto se fundieron de nuevo en la columna de masa. Decenas de manos empezaron a formarse abriendo los dedos como pétalos de extraños capullos.

–Pero de vez en cuando –prosiguió Jeeter–, aparece alguna chica realmente apetitosa en el momento en que no necesitamos ni queremos tenerla con nosotros, sino sólo divertirnos con ella. O nos encontramos con alguna niña que se ha escapado de casa, alguna quinceañera haciendo autostop, y entonces la subimos a la moto tanto si le gusta como si no. Le damos un poco de polvos o unos canutos, la ponemos bien y luego la traemos aquí arriba, a este rincón remoto donde nunca aparece nadie; entonces, nos divertimos con ella durante un par de días, le hacemos todo lo que nos apetece y, cuando a ninguno de nosotros le queda ya ganas de más, nos deshacemos de la chica de maneras realmente interesantes.

La presencia demoníaca del centro de la caverna volvió a cambiar. La multitud de manos se fundió en la masa y decenas de bocas se abrieron a lo largo de la oscura columna, cada una de ellas repleta de colmillos afilados como cuchillas.



Gene Terr contempló esta última manifestación pero no pareció atemorizado. De hecho, Jeeter sonrió al verla.

–¿Os deshacéis de ella? –dijo Kale –. ¿La matáis?

–Aja –asintió Jeeter–. De la manera más interesante que se nos ocurre. También las enterramos por los alrededores. ¿Quién va a encontrar nunca los cuerpos en medio de la nada? Siempre resulta emocionante. Excitante. Hasta el domingo. A última hora de la tarde, estábamos ahí fuera en la hierba, junto a la cabaña, bebiendo y gozando de una chica y de pronto aparece Jake Johnson del interior del bosque, absolutamente desnudo, como si también él quisiera aprovecharse de nuestra chica. Al principio, pensé que podríamos divertirnos con él. Me dije: bueno, nos desharemos de él cuando lo hagamos de la chica. Así nos librábamos de un testigo, ¿entiendes?; pero antes de que pudiéramos agarrarle, aparece otro Jake Johnson de entre los árboles, y un tercero...

–Lo mismo me ha sucedido a mí –intervino Kale.

–... y otro, y otro. Los chicos y yo nos pusimos a dispararles de lleno en el pecho, en el rostro, pero los recién aparecidos no cayeron, ni siquiera se detuvieron, sino que siguieron acercándose. Entonces, Little Willie, uno de mis mejores muchachos, se lanza contra el más próximo y utiliza su navaja, pero no sirve de nada. Al contrario, ese Jake Johnson agarra a Willie y éste no logra desasirse y entonces, de repente... bueno... Johnson ya no es Johnson. Pasa a ser esa cosa, ese ser de aspecto sanguinolento e informe. La cosa se come entonces a Willie... se lo come como si... bueno, como si lo disolviera. Y la cosa se hace más y más grande y luego se transforma en el lobo más grande y extraño que...

–¡Señor! –exclamó Kale.

–... el lobo más grande que he visto nunca; a continuación, los demás Jakes se transforman también en otros seres, como grandes lagartos de mandíbulas terribles; pero uno de ellos no es un lagarto ni un lobo, sino un animal que no sé describir, y todos ellos nos persiguen. Y no podemos volver a nuestras motos porque esas cosas están justo entre nosotros y ellas. Y nos persiguen, y matan a dos más de los muchachos y empiezan a conducirnos a los demás ladera arriba.

–Hacia las cavernas –intervino Kale–. Es lo que me han obligado a hacer a mí.

–Nosotros ni tan sólo conocíamos su existencia –continuó Terr–. Así pues, nos metemos en la cueva, avanzamos en la oscuridad, y esas cosas se ponen a matar a más de nosotros, nos van matando en la oscuridad, tío...

Las bocas repletas de colmillos se desvanecieron.

–...y sólo se oían gritos terribles, ¿entiendes? Yo era incapaz de ver dónde estaba, de modo que me arrastré hasta un rincón para esconderme, esperando que no me descubrieran por el olfato aunque estaba seguro de que lo harían...

El tejido veteado de manchas sanguinolentas se agitó y latió.

–... y, al cabo de un rato, los gritos cesan. Todos están muertos. El silencio es absoluto... Y entonces escucho algo que se mueve cerca de mí.

Kale escuchaba a Terr pero seguía contemplando la columna de materia viscosa. Apareció un tipo de boca distinto, una ventosa como la que poseen ciertos peces exóticos. La boca aspiró el aire con voracidad, como si buscara carne fresca.

Kale se estremeció. Terr sonrió.

Otras bocas semejantes empezaron a formarse a lo largo de la columna. Sin dejar de sonreír, Jeeter continuó:

—De modo que me encuentro aquí, a oscuras, y oigo algo que se mueve, pero nada me ataca. Al contrario, se enciende una luz. Tenue al principio; después más brillante. Es uno de los Jake Johnson, que lleva una lámpara de petróleo en la mano. Me dice que vaya con él y yo no quiero hacerlo. Me agarra del brazo y le noto la mano muy fría, ¿sabes? Y muy fuerte. No me suelta, me hace venir aquí donde esa cosa surge del suelo, y te juro que nunca he visto nada parecido; nunca. En ninguna parte. Por poco me cago encima. Me obliga a sentarme aquí, me deja la lámpara y, a continuación, avanza hacia esa masa húmeda de ahí y se funde con ella sin más. Entonces, me quedo solo con la cosa, que empieza a experimentar de inmediato todo tipo de cambios.

La cosa todavía seguía empeñada en esa actividad, comprobó Kale. Las bocas como ventosas desaparecieron. Unos cuernos malévolamente puntiagudos se formaron a lo largo de los flancos pulsantes de la criatura; decenas de cuernos, de diversas texturas y colores, surgiendo de la masa gelatinosa.

—Y así llevo aproximadamente un día y medio —prosiguió Terr—. He estado aquí sentado, observando esa cosa, salvo cuando me adormezco o cuando paso a la otra cueva para comer algo. A veces eso me habla, ¿sabes? Parece conocer prácticamente todo cuanto se puede saber de mí, cosas que sólo he compartido con mis hermanos de moto más íntimos. Lo sabe todo de los cuerpos enterrados aquí arriba y de esos cerdos mexicanos que nos cargamos después de quitarles la droga, y lo del policía que descuartizamos hace dos años. Incluso está al corriente de que la policía no sospecha que tuviéramos nada que ver con eso. Esta cosa de ahí, esta cosa extraña y hermosa, conoce todos mis secretos, tío. Y lo que aún no sabe, me pide que se lo explique y me escucha con atención. Le caigo bien. Yo nunca había pensado en llegar a conocerle de verdad. Siempre había tenido esa esperanza, pero no creía que fuera a cumplirse. Llevo años, adorándole, y cada semana celebrábamos una de esas misas negras todo el grupo, pero jamás me imaginé que un día se me aparecería de verdad. Le hemos ofrecido sacrificios, incluso sacrificios humanos, y hemos realizado todos los encantamientos debidos, pero nunca logramos conjurar nada. Por eso, su presencia aquí es un milagro. —Jeeter soltó una carcajada—. Durante toda mi vida he estado haciendo su obra. Le he rezado desde siempre. He invocado muchas veces a la Bestia. Y ahora, aquí está. Es un condenado milagro.

Kale no quiso entender.

—Creo que no te sigo.

Terr le contempló fijamente.

—¿No? Sabes perfectamente de qué estoy hablando, tío. Lo sabes muy bien.

Kale no respondió.

–Has estado pensando que eso debe de ser un demonio, algo salido del Infierno. Y en efecto, del Infierno ha salido. Pero no es un demonio. Es Él. Él. Lucifer.

Entre las decenas de puntiagudos cuernos, unos ojillos encarnados se abrieron en la carne tenebrosa. Una multitud de sobrecogedores ojillos carmesí miraban con expresión de odio y perversidad.

Terr hizo un gesto a Kale para que se acercara.

–Me permite seguir viviendo porque sabe que soy Su fiel discípulo.

Kale no se movió. El corazón parecía querer salirse del pecho. No era el miedo lo que liberaba la adrenalina en su interior. Al menos no era sólo el miedo. Había otra emoción que le estremeció, que se adueñó de él. Una emoción que no terminaba de identificar...

–Me permite vivir –repitió Jeeter– porque sabe que siempre me dedicaré a hacer Su obra. Algunos de los miembros de la banda... bien, tal vez no eran tan devotos de Su obra como yo, de modo que los ha destruido. En cambio, yo... Yo soy diferente. Y Él me permitirá seguir viviendo para hacer Su obra. Quizá me permita vivir eternamente, tío.

Kale parpadeó.

–Y a ti también te deja vivir por la misma razón, ¿no? –añadió el motorista–. Claro. Eso debe de ser. Claro que sí: te deja vivir porque tú también haces Su obra.

Kale movió la cabeza en señal de negativa.

–Yo nunca he sido un... un adorador del Demonio. Jamás he creído en Él.

–No importa. A pesar de ello sigues haciendo Su obra, y te complaces en ella.

Los ojos encarnados contemplaron a Kale.

–Mataste a tu esposa –continuó Jeeter.

Kale asintió en silencio.

–Incluso acabaste con tu propio hijo, tío. Si eso no es hacer Su obra, ¿qué es entonces?

Ninguno de los brillantes ojos parpadeó. Kale empezó a identificar la emoción que le invadía. Una sensación de júbilo, de temor reverencial, de éxtasis religioso.

–Quién sabe qué más has hecho a lo largo de los años, –dijo Jeeter–. Debes de haber hecho montones de cosas que eran Su obra. Tal vez casi todo lo que has ido haciendo a lo largo de tu vida era Su obra. Eres como yo. Has nacido para seguir a Lucifer. Tú y yo... está en nuestros genes. En nuestros genes, tío.

Por fin, Kale se separó de la pared.

–Eso es –murmuró Jeeter–. Ven aquí. Acércate a Él.

Kale estaba sobrecogido de emoción. Siempre había sabido que era distinto a los demás hombres. Superior. Especial. Siempre lo había sabido, pero nunca hubiera imaginado que se tratara de esto. Sin embargo, allí tenía la prueba irrefutable de que era un elegido. Una alegría impetuosa, ardiente, le embargó.

Se arrodilló junto a Jeeter, cerca de aquella presencia milagrosa.

Por fin había llegado.

Su momento había llegado.

«Aquí –pensó Kale–, está mi destino.»

## El otro lado del Infierno

Debajo de Jenny el firme de cemento se quebró con un ruido semejante a un cañonazo.

¡Braaam!

Trató de retroceder gateando, pero no le dio tiempo. El pavimento se hundió y empezó a desaparecer debajo de ella.

Iba a caer al agujero. ¡Santo Dios, no! Si no la mataba la caída, esa cosa saldría de su escondite y la atraparía, la arrastraría hacia abajo, fuera de la vista, y la devoraría antes de que nadie pudiera hacer el menor intento de ayudarla...

Tal Whitman la agarró por los tobillos y la sostuvo. Jenny quedó colgando boca abajo sobre el vacío. La losa de cemento cayó rodando por el agujero y dio en el fondo con un gran estruendo. El asfalto bajo los pies de Tal vibró, empezó a ceder y estuvo a punto de hacerle soltar a Jenny. Después, el teniente retrocedió, tirando de ella y alejándola del borde de la grieta, del que seguían desprendiéndose fragmentos. Cuando estuvieron de nuevo en tierra firme, Tal la ayudó a incorporarse.

Aunque Jenny sabía que era biológicamente imposible que el estómago se le hubiera subido a la garganta, volvió a tragarlo de todos modos.

–¡Dios mío, muchas gracias! –dijo, sin aliento–. Tal, si no hubieras...

–No ha sido nada –respondió él, aunque había estado a punto de seguirla en su caída a la boca del lobo.

«Un día corriente», pensó Jenny, recordando la anécdota de Tal que había oído contar a Bryce.

Entonces vio que Timothy Flyte, al otro lado de la grieta, no iba a ser tan afortunado como ella. Bryce no iba a llegar a tiempo de agarrarle.

El pavimento cedió debajo de Flyte. Una losa de tres metros por uno y medio cayó al agujero llevándose consigo al arqueólogo. Sin embargo no se estrelló contra el fondo como había sucedido en el caso de Jenny. En aquel lugar la zanja tenía una ladera por la cual se deslizó la losa unos diez metros hasta la base, donde quedó frenada contra otros fragmentos y piedras.

Flyte seguía vivo y lanzaba alaridos de dolor.

–Tenemos que sacarle de ahí en seguida –dijo Jenny.

–Es inútil intentarlo siquiera –respondió Tal.

–Pero...

–¡Mira!

La criatura acudió a por Flyte. Surgió con un estallido de uno de los túneles que recorrían el fondo de la zanja y que, al parecer, conducían a alguna profunda caverna. Un enorme pseudópodo de protoplasma amorfo se alzó tres metros en el

aire, se agitó, cayó al suelo, se separó del cuerpo–madre que se ocultaba debajo y tomó la forma repulsiva de una gruesa araña negra del tamaño de un pony. Sólo estaba a tres o cuatro metros de Flyte y se abrió paso entre los pedazos de pavimento, dirigiéndose hacia él con ánimo asesino.

Tendido en la losa de asfalto que le había llevado al fondo de la zanja, incapacitado para moverse, Timothy vio acercarse a la araña. Su dolor quedó sofocado por una oleada de terror.

Las patas negras y peludas encontraron fáciles apoyos en las ruinas y la criatura avanzó mucho más de prisa de lo que lo habría hecho un hombre. Aquellas patas quebradizas tenían miles de pelillos negros, hirsutos, como alambres. El vientre bulboso era liso, lustroso, pálido.

Tres metros. Dos y medio.

Emitía un sonido que helaba la sangre, medio chillido y medio siseo.

Dos metros. Uno y medio.

Se detuvo frente a Timothy y éste se encontró contemplando encima de él un par de mandíbulas enormes, una boca de afilados bordes quitinosos.

La puerta entre la cordura y la locura empezó a abrirse en la mente de Flyte.

De pronto, una lluvia lechosa cayó sobre él. Por un instante, pensó que la araña estaba rociándole de veneno. Entonces comprendió que era el Biosan–4. Bryce y los demás estaban arriba, en el borde de la zanja, apuntando sus aspersores hacia el fondo.

El líquido cayó también sobre la araña. Unos puntos blancos empezaron a salpicar su cuerpo negro.

El aspersor de Bryce había resultado dañado por un fragmento de asfalto y no consiguió extraer una sola gota de él.

Con una maldición se desembarazó del correa y del aparato dejando caer el depósito en mitad de la calle. Mientras Tal y Jenny lanzaban el Biosan desde el otro lado de la grieta, Bryce corrió a la cuneta y asió los dos recipientes de reserva de aquella solución rica en bacterias que habían rodado por la calzada hasta ir a detenerse junto al bordillo. Cada recipiente tenía un asa y Bryce agarró ambas. El peso era considerable. Bryce corrió de nuevo al borde de la zanja, titubeó y, finalmente, se lanzó ladera abajo hasta llegar al fondo. Consiguió mantenerse en pie y mantuvo asidos con fuerza los recipientes.

No se acercó a Flyte. Jenny y Tal ya estaban haciendo todo lo que podían para destruir la araña. Por su parte, se abrió paso entre los fragmentos de asfalto, dirigiéndose hacia el agujero por el cual había despachado su último fantasma el ser multiforme.

Timothy Flyte contempló horrorizado cómo la araña que se cernía sobre él se metamorfoseaba en un perro enorme. No era un can corriente; era una bestia

infernol, un perro de rostro en parte canino y en parte humano. Su pelaje (allí donde no estaba salpicado de Biosan) era mucho más negro que el de la araña y sus grandes patas mostraban unas garras afiladas; sus dientes eran casi tan largos como los dedos de la mano de Timothy. Su aliento hedía a azufre o algo todavía peor.

Empezaron a aparecer heridas en el perro mientras las bacterias devoraban el tejido amorfo, y Flyte recobró un hálito de esperanza.

Mirándole fijamente, el perro le habló con una voz como un puñado de grava deslizándose por un canalón de hojalata.

–Pensé que eras mi Mateo, pero has sido mi Judas.

Las mandíbulas enormes se abrieron de par en par.

Timothy lanzó un grito.

Al tiempo que el fantasma sucumbía a los efectos degenerativos de las bacterias, el animal lanzó una dentellada y le mordió el rostro con furia salvaje.

Desde el borde de la grieta, Tal Whitman contemplaba la escena con su atención dividida entre el espantoso espectáculo de la muerte de Flyte y la misión suicida de Bryce con los recipientes de Biosan.

Flyte. Aunque el perro fantasma se estaba disolviendo bajo los efectos del preparado bacteriológico, cuya acción era similar a la de un ácido corrosivo, su desaparición no se producía a tiempo. El animal mordió al científico en el rostro, y luego en el cuello.

Bryce. A menos de diez metros del perro infernal, Bryce había alcanzado el agujero por el cual había surgido el protoplasma un par de minutos antes. Empezó a desenroscar la tapa de uno de los botes.

Flyte. El perro se cebó con malicia en la cabeza de Timothy. Los cuartos traseros del animal habían perdido su forma y espumeaban mientras se descomponían, pero el fantasma se esforzaba por conservar su forma y seguir lanzando sus dentelladas contra el hombre hasta el último momento.

Bryce. Quitó por fin la tapa del primer bote. Tal la oyó rebotar en un fragmento de asfalto cuando Bryce la arrojó a un lado. El teniente estaba convencido de que algo iba a surgir del agujero, de las profundas cavernas subterráneas, para envolver a Bryce en un abrazo mortal.

Flyte. Sus gritos habían cesado.

Bryce. Incluyó el recipiente y vertió la solución bacteriana en la madriguera subterránea bajo el fondo de la zanja.

Flyte estaba muerto.

Lo único que quedaba del perro infernal era su gran cabeza. Pese a que su cuerpo había desaparecido, pese a estar llenas de llagas supurantes, las mandíbulas fantasmales continuaron cebándose en los restos del difunto arqueólogo.

Allá abajo, Timothy Flyte yacía convertido en un guiñapo sanguinolento.

El pobre hombre habría parecido un viejo encantador.

Con un estremecimiento de repulsión, Lisa, que se encontraba sola en uno de los lados de la grieta, retrocedió apartándose del borde de ésta. Alcanzó la cuneta, avanzó cautelosamente junto a ella y, por fin, se detuvo y permaneció allí, inmóvil y temblando...

...hasta que se dio cuenta de que estaba justo al lado de una boca de alcantarilla. Recordó los tentáculos que habían surgido del desagüe para atrapar y dar muerte a Sara Yamaguchi. Rápidamente, dio un salto para subirse a la acera.

Echó un vistazo a los edificios que tenía a su espalda. Se encontraba en las proximidades de uno de los pasadizos cubiertos entre dos tiendas y contempló con aprensión la verja que lo cerraba.

¿Había algo acechándola, vigilándola desde el interior del túnel?

Lisa se dispuso a saltar de nuevo a la calzada, contempló otra vez la boca de la alcantarilla y decidió quedarse en la acera.

Dio un paso de tanteo hacia la izquierda, titubeó, se movió hacia la derecha y volvió a vacilar. En ambas direcciones había pasadizos y verjas de mal agüero. No tenía sentido moverse. No había ningún lugar donde pudiera considerarse a salvo.

En el preciso instante en que empezaba a verter el Biosan-4 del recipiente azul sobre el agujero del fondo de la zanja, Bryce creyó distinguir algo moviéndose en la oscuridad del hueco. Esperaba ver surgir por él algún fantasma que le atraparía y le arrastraría consigo hacia su guarida subterránea, pero consiguió vaciar el contenido del recipiente sin que nada le acosara.

Bañado en sudor, el comisario se abrió paso entre los fragmentos de cemento y las losas de asfalto y los restos de tuberías arrastrando consigo el segundo bote. Con esfuerzo, rodeó unos cables eléctricos que todavía chisporroteaban al hacer contacto entre sí; después, vadeó un pequeño charco producido por un escape en una conducción de agua. Pasó junto al cuerpo destrozado de Flyte y junto a los restos hediondos del fantasma en descomposición que le había dado muerte.

Cuando alcanzó el siguiente hueco en el fondo de la zanja, Bryce se acuclilló, desenroscó la tapa del segundo recipiente y vertió el contenido en la oscura abertura. Cuando lo hubo vaciado, arrojó el bote a un lado, se apartó del agujero y echó a correr. Estaba ansioso por salir de la grieta antes de que acudiera a por él algún fantasma, como había sucedido con Flyte.

Apenas había cubierto una tercera parte de la pronunciada pendiente, cuya ascensión le resultaba considerablemente más difícil de lo que había pensado, cuando oyó algo terrible a su espalda.

Jenny seguía con la mirada la lenta ascensión de Bryce hacia la calle. La muchacha contuvo la respiración, temiendo que el comisario no fuera capaz de conseguirlo.

De pronto, algo atrajo su atención hacia el primer agujero en el que Bryce había vertido el Biosan. El multiforme surgió del subsuelo y se desparramó por el fondo de la zanja. Tenía el aspecto de una oleada de aguas fecales espesas, gelatinosas; su color era ahora más oscuro que antes, salvo en los lugares donde la masa estaba teñida por

la solución bacteriana. El tejido vibraba, se agitaba y hervía como nunca, lo cual era tal vez una señal de degeneración. Las manchas lechosas de la infección se extendían visiblemente a lo largo de la criatura: una serie de ampollas tomaba forma, se hinchaba y reventaba; unas llagas de aspecto desagradable se abrían en su superficie y supuraban un fluido amarillento de consistencia acuosa. En apenas unos segundos, al menos una tonelada del tejido amorfo había brotado por el agujero. Toda la masa parecía afectada por la enfermedad y continuaba saliendo, más de prisa todavía, como una erupción de lava, como un impetuoso manantial de tejido vivo y gelatinoso que empezó a manar también de otro de los agujeros de la zanja. La enorme masa rezumante se extendió entre los guijarros y formó unos pseudópodos, unos brazos que se agitaban, informes, y se alzaban en el aire para caer rápidamente con unos movimientos espasmódicos, espumeantes. Y a continuación, surgieron de otros agujeros unos sonidos espantosos: eran las voces de cientos, miles de hombres, mujeres, niños y animales, todas ellas gritando de dolor, terror y absoluta desesperación. Era un gemido agónico tan abrumador que Jenny no podía soportarlo, sobre todo porque algunas de las voces le sonaban extrañamente familiares, como si pertenecieran a viejos amigos o a buenos vecinos de la muchacha. Se llevó las manos a los oídos, pero fue inútil; el rugido de la doliente multitud seguía taladrándole el cerebro. Naturalmente sólo era el alarido de la muerte de una única criatura, el ser multiforme; sin embargo, dado que éste no tenía una voz propia, se veía obligado a emplear las de sus víctimas para expresar sus emociones inhumanas y su terror en términos intensamente humanos.

La criatura se alzó entre los fragmentos de asfalto caídos al fondo de la zanja. Y trató de alcanzar a Bryce.

A mitad de la ascensión, Bryce escuchó cómo el sonido a sus espaldas, el lamento de un millar de voces desesperadas, se convertía en un rugido de furia.

Se atrevió a volver la mirada y observó que tres o cuatro toneladas de tejido amorfo se habían desparramado ya en el fondo de la grieta, y todavía seguía brotando más, como si las entrañas de la tierra se estuvieran vaciando. La carne del antiguo enemigo se agitaba, saltaba, se llenaba de lesiones como si estuviera afectada por una especie de lepra. El multiforme intentó crear sus fantasmas alados, pero estaba demasiado débil e inestable para completar ninguna transformación; las aves y los enormes insectos a medio formar se descompusieron en una pasta que recordaba al pus, o cayeron de nuevo al charco de tejido del cual habían surgido. A pesar de todo, el antiguo enemigo se aproximaba a Bryce, avanzando en un frenesí de vibraciones y temblores. La criatura ya había inundado casi por completo la base de la zanja y ahora emitía unos tentáculos en plena descomposición, pero todavía poderosos, tras sus talones.

El comisario apartó la mirada y redobló sus esfuerzos para alcanzar el borde de la grieta.



Los dos grandes ventanales del bar Towne, ante el cual se encontraba Lisa, estallaron de pronto llenando de fragmentos de cristal la acera. Uno de ellos le rozó la frente, pero la chiquilla salió indemne del suceso pues la mayoría de los cristales cayó entre el edificio y el lugar que ocupaba.

Una masa obscena, sombría, asomó a través de los ventanales destrozados.

Lisa retrocedió, dio un traspié y estuvo a punto de caer del bordillo.

El tejido repugnante, viscoso, parecía llenar el edificio del cual empezaba a sobresalir.

Algo se enroscó en torno al tobillo de Lisa.

Unos zarcillos de carne amorfa habían surgido entre las rejas de la boca del alcantarillado situada a su espalda. Y se habían agarrado a sus pantorrillas.

Con un chillido, Lisa intentó desasirse... y descubrió que podía conseguirlo con sorprendente facilidad. Los tentáculos, delgados como gusanos, se desprendieron de sus tobillos. A lo largo de los zarcillos empezaron a aparecer llagas y lesiones que se abrieron de inmediato y, en cuestión de segundos, el tejido quedó reducido a una pasta fangosa, inanimada.

La masa repulsiva que sobresalía del bar también estaba sucumbiendo ante las bacterias. Fragmentos de tejido espumeante se desprendieron de la masa principal y cayeron a la acera con un chapoteo. Aun así, la criatura continuó esforzándose en formar tentáculos que se agitaron con el aire buscando a Lisa, pero con la torpeza de algo enfermo y ciego.

Tal vio estallar los cristales del Bar Towne, al otro lado de la calle, pero antes de que pudiera dar un paso para ayudar a Lisa, otras ventanas reventaron también detrás de él, en el vestíbulo y el comedor del hotel Hilltop Inn. Se volvió, sorprendido, en el instante en que las puertas delanteras del hotel salían despedidas: por ellas y por las ventanas destrozadas surgieron toneladas de protoplasma pulsante (¡Oh, Dios santo! ¿Cómo era de grande aquella maldita cosa? ¿Como el pueblo entero? ¿Como la montaña de la cual había salido? ¿Infinita?) que se desparramó formando un sinnúmero de tentáculos como látigos, marcados por la enfermedad pero apreciablemente más activos que la parte de la criatura que perseguía a Bryce en la zanja. Antes de que Tal tuviera tiempo de alzar la boquilla de su aspersor y pulsar el mando de apertura, los fríos tentáculos le encontraron, le sujetaron con una fuerza incontenible y empezaron a arrastrarle por la calzada en dirección al hotel, hacia el muro de materia viscosa que todavía seguía surgiendo por las ventanas. Los tentáculos empezaron a quemarle a través de las ropas y notó la piel escaldada, llena de ampollas. Soltó un aullido: los ácidos digestivos de la criatura le estaban corroyendo la carne y notó quemaduras como de un hierro de marcar en el pecho y los brazos. Notó un dolor lacerante que le recorría el muslo izquierdo y recordó el tentáculo que había decapitado a Frank Autry segándole el cuello con el ácido. Pensó en su tía Becky y...

Jenny esquivó un tentáculo que trataba de alcanzarla.

Roció con el aspersor a Tal y los tres apéndices como serpientes que le habían inmovilizado.

El tejido en descomposición empezó a afectar a los tentáculos, pero éstos no degeneraron por entero.

En la carne de la bestia surgieron nuevas heridas, incluso allí donde no había alcanzado la rociada de Jenny. La criatura entera estaba contaminada; estaba siendo corroída por dentro. No podía durar mucho más. Tal vez sólo el tiempo justo de matar a Tal Withman.

El teniente estaba gritando, debatiéndose.

Jenny, frenética, soltó la boquilla del aspersor y se acercó más a Tal. Asió entre las manos uno de los tentáculos que apresaban al hombre e intentó soltarlo.

Otro tentáculo se enroscó en torno a ella.

Jenny se desembarazó de su vacilante abrazo y comprendió que la facilidad con que lo había logrado era una demostración evidente de que la criatura estaba perdiendo rápidamente la guerra con las bacterias.

Producto de la pugna, quedaron entre sus manos pedazos de tentáculo, masas de tejido muerto que despedían un hedor terrible.

Entre náuseas tiró cada vez con más fuerza del tentáculo que apresaba a Tal hasta que, por fin, cedió; a continuación hizo lo mismo con los dos apéndices restantes y el teniente cayó como un fardo al pavimento, sangrando y jadeando.

Los tentáculos ciegos, torpes, no llegaron a rozar a Lisa. Se retiraron al interior de la masa vomitiva que había surgido del bar Towne. Ahora, aquella enorme monstruosidad latía espasmódicamente y soltaba pedazos espumeantes, infectados, de su masa.

–Está agonizando –dijo Lisa en voz alta, aunque no había nadie lo bastante cerca para oírla–. El Diablo está agonizando.

Bryce cubrió a rastras los últimos metros, casi en vertical, de la pared de la grieta. Alcanzó el borde y se encaramó a él con un último esfuerzo.

Volvió la vista hacia la pendiente que acababa de salvar. Un lago increíblemente grande de tejido amorfo gelatinoso ocupaba el fondo de la zanja inundando los restos de rocas caídas, pero estaba prácticamente inactivo. Algunas formas humanas y animales intentaban todavía cobrar forma en su superficie, pero el antiguo enemigo estaba perdiendo su capacidad para reproducir otros seres. Sus fantasmas eran ahora imperfectos y de movimientos lentos. El ser multiforme desaparecía lentamente bajo una capa de su propio tejido muerto y descompuesto.

Jenny se arrodilló junto a Tal. Observó en los brazos y el pecho del teniente unas marcas amoratadas. Además, una herida abierta, sangrante, cruzaba en toda su longitud el muslo izquierdo.

–¿Te duele? –preguntó.

–Cuando me tenía agarrado, entonces sí que me dolía. Muchísimo. Ahora no tanto –respondió Tal, aunque su expresión no dejaba lugar a dudas sobre el padecimiento que debía estar soportando.

La enorme masa de tejido viscoso que había surgido del hotel Hilltop Inn empezó ahora a retirarse, a retroceder hacia las conducciones subterráneas de las cuales había salido, dejando tras sí el residuo gomoso de su carne descompuesta.

Una retirada mefistofélica. Un regreso al inframundo. Una vuelta al otro lado del Infierno.

Satisfecha al comprobar que no corrían un peligro inminente, Jenny estudió con más detenimiento las heridas de Tal.

–¿Mal asunto? –preguntó él.

–No tanto como temía –respondió Jenny, obligándole a permanecer tendido–. Te falta la piel en algunas zonas. Y parte del tejido adiposo bajo la epidermis.

–¿Las venas? ¿Las arterias?

–Nada. Esos tentáculos ya estaban muy debilitados cuando te atraparon. Demasiado para causarte quemaduras profundas. Hay muchos capilares rotos en el tejido superficial y ésta es la causa de la pérdida de sangre, pero las hemorragias no son tan graves como cabría esperar. Iré a por mi maletín cuando consideremos que se puede entrar en el hotel sin peligro y te medicaré contra una posible infección. Creo que tal vez tendrás que internarte en un hospital durante un par de días en observación, sólo para estar seguros de que no se produce una reacción alérgica retardada al ácido o a alguna toxina. Sin embargo, lo cierto es que te encuentro en buen estado.

–¿Sabes una cosa? –dijo Tal.

–¿Qué?

–Estás hablando como si todo hubiera terminado.

Jenny parpadeó.

Volvió la vista hacia el hotel. Escrutó el comedor a través de las ventanas destrozadas. No había rastro del antiguo enemigo.

Dio media vuelta y contempló la calle. Lisa y Bryce estaban rodeando la zanja abierta por la criatura para reunirse con ellos.

–Creo que así es –respondió Tal–. Creo que todo ha terminado.

## Apóstoles

Fletcher Kale ya no tenía miedo. Se sentó al lado de Jeeter y contempló la carne satánica metamorfoseándose en formas cada vez más extrañas.

Poco a poco, cobró conciencia de que le escocía la pantorrilla de la pierna derecha. Se rascaba continuamente sin apenas darse cuenta, mientras seguía admirando la transformación, realmente milagrosa, del demoníaco visitante.

Encerrado desde el domingo en la caverna, Jeeter no sabía nada de lo sucedido en Snowfield. Kale le resumió lo poco que él conocía y Jeeter se mostró muy excitado.

—¿Lo ves? Eso es una señal. Una señal. Lo que Él ha hecho en Snowfield es una señal para anunciar al mundo que Su tiempo ha llegado. Su reino empezará pronto, y Él dominará la Tierra durante mil años. Es lo que la propia Biblia dice, tío: mil años, de Infierno en la Tierra. Todo el mundo padecerá... excepto tú y yo y otros como nosotros. Porque nosotros somos los elegidos. Somos Sus apóstoles. Nosotros gobernaremos el mundo con Lucifer, y el mundo será nuestro y podremos hacerle a quien nos plazca las cosas más excitantes y atroces que se nos ocurran. A cualquiera. Y nadie nos tocará. Nadie. Nunca. ¿Lo entiendes?

Terr agarró a Kale por el brazo y alzó la voz presa de la excitación, temblando de pasión evangélica, de un apasionamiento que contagió fácilmente a Kale y llevó a éste a un arrebató impío, embriagador.

Con la mano de Jeeter en torno a su brazo, Kale imaginó que podía notar la mirada ardiente del ojo amarillo y rojo tatuado en su palma. Era un ojo mágico que escrutaba su alma y reconocía en ella un cierto oscuro parentesco.

Carraspeó, se rascó el tobillo y la pantorrilla y dijo:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo entiendo! ¡De veras que lo entiendo!

La columna de tejido viscoso del centro de la estancia empezó a adoptar la forma de una cola como un látigo. Aparecieron unas alas, se abrieron, batieron el aire una vez. Surgieron unos brazos, largos y nervudos. Las manos eran enormes, con dedos poderosos que terminaban en unos afilados espolones. En la parte superior de la columna tomó forma un rostro en la masa rezumante. Unas mandíbulas y un mentón que parecían tallados en granito; una boca como una cuchillada, de labios finos, dientes corvos y amarillentos, colmillos viperinos; una nariz como el hocico de un cerdo; unos ojos carmesí, furiosos, ni remotamente humanos, como los de un insecto. Unos cuernos sobresalían de la frente, como una concesión a la iconografía cristiana. El cabello parecía una masa de gusanos que brillaban, gruesos y verde negruzcos, agitándose continuamente en apretados mechones.

La boca se abrió con un rictus cruel. Y el Diablo dijo:

—¿Creéis en mí?

–Sí –dijo Terr lleno de fervor–. Tú eres mi señor.

–Sí –dijo Kale con un temblor en la voz–. Creo en ti. –Se rascó la pantorrilla derecha–. Creo de todo corazón.

–¿Sois míos? –preguntó la aparición.

–Sí, siempre –respondió Terr, y Kale asintió.

–¿No me abandonaréis nunca?

–No.

–Jamás.

–¿Queréis servirme?

–Sí –se apresuró a decir Terr.

–Mándanos lo que deseéis –añadió Kale.

–Pronto os dejaré –les reveló la aparición–. Todavía no ha llegado mi tiempo. Ese día se acerca. Será muy pronto. Pero antes tienen que darse unas condiciones, tienen que cumplirse unas profecías. Entonces regresaré, no sólo a mostrar una señal a toda la humanidad, sino para reinar durante mil años. Hasta ese momento, os concederé la protección de mi poder, que es inmenso. Nadie podrá haceros daño ni contrariaros. Os garantizo la vida eterna. Os prometo que el Infierno será, para vosotros, un lugar de grandes placeres e inmensas recompensas. A cambio, vosotros tendréis que cumplir cinco tareas.

Les dijo entonces lo que quería de ellos para demostrar su fidelidad a Él y par complacerle. Mientras hablaba, empezaron a abrirse en Él llagas, pústulas y lesiones de las que rezumaba un líquido acuoso amarillento.

Kale se preguntó qué significado tendrían aquellas llagas, pero luego comprendió que Lucifer era el padre de toda enfermedad. Tal vez era un recordatorio nada sutil de las plagas terribles que Él podía desencadenar sobre ellos si se negaban a acometer sus cinco encargos.

La masa de tejido viscoso espumeó, se disolvió. Varios fragmentos cayeron al suelo de la caverna y otros salieron despedidos contra las paredes mientras la figura se retorció y agitaba. La cola del diablo cayó del resto del cuerpo y serpenteó en el suelo; en unos segundos, quedó reducida a una pasta inanimada que hedía a muerte.

Cuando terminó de decirles lo que quería de sus acólitos, Él añadió:

–¿Queda sellado nuestro pacto?

–Sí –respondió Terr.

–Sí, queda sellado –concluyó Kale.

El rostro de Lucifer, cubierto de pústulas abiertas, perdió sus facciones. Los cuernos y las alas se fundieron también. Vibrando y supurando una sustancia purulenta, el ser se retiró por el agujero del suelo y desapareció en el río subterráneo bajo la caverna.

Sorprendentemente el hediondo tejido muerto no se desvaneció. Se suponía que el ectoplasma debía desaparecer con la partida de la presencia sobrenatural, pero aquella materia continuó donde estaba, nauseabunda, repulsiva, brillante bajo la luz de la lámpara.

Kale fue saliendo del trance gradualmente. Empezó a percibir el frío procedente de la roca caliza a través de los pantalones.

Gene Terr carraspeó.

–Bueno... ¡Vaya!, no ha estado mal todo eso, ¿verdad?

Kale se rascó la pierna. Bajo el escozor, percibió ahora un pequeño punto de dolor sordo, palpitante.

*Había llegado al término de su período de alimentación. De hecho, se había saciado. Su intención había sido retirarse hacia el mar durante aquel día, a través de una serie de cavernas, conductos subterráneos y ríos bajo tierra. Había previsto viajar más allá de la plataforma continental, hacia las simas abisales. Eran incontables las veces que, hasta entonces, había pasado sus períodos letárgicos –algunos de los cuales duraban muchos años– en las frías y oscuras profundidades del océano. Allí abajo, donde la presión era tan enorme que pocas formas de vida podían sobrevivir, donde la oscuridad completa y el silencio absoluto proporcionaban pocos estímulos, el antiguo enemigo era capaz de ralentizar sus procesos metabólicos; allí abajo, podía entrar en el estado de ensoñación que tanto apreciaba, en el cual podía rumiar en perfecta soledad.*

*Pero ya nunca volvería a alcanzar el mar. Nunca más. Estaba muriéndose.*

*La idea de su propia muerte era tan novedosa que aún no lograba acomodarse a tan terrible realidad. En los sustratos geológicos del monte Snowtop, el multiforme continuó desprendiéndose de fragmentos de sí mismo. Se arrastró más y más abajo, dejó atrás el río que fluía en aquella oscuridad estigia, más abajo todavía, hacia las regiones infernales de la Tierra, hacia las cámaras de Orco, de Hades, de Osiris, Erebus, Minos, Loki, Satán. Cada vez que se creía libre del voraz microorganismo, una especial sensación de escozor, una sensación extraña, surgía en algún punto del tejido amorfo... y a continuación le asaltaba un dolor muy distinto de cualquier dolor humano, y se veía obligado a librarse de un nuevo fragmento de carne infectada. Continuó su descenso al Jahanna, al Gehena, al Sheol, al Abbadon, al Averno. A lo largo de los siglos, había asumido con gusto el papel de Satán y de otras representaciones demoníacas que los hombres le habían atribuido. Se había divertido dando forma real a sus supersticiones. Ahora estaba condenado a un destino coherente con la mitología que había contribuido a crear. El ser multiforme era amargamente consciente de aquella ironía. Había sido derrotado. Había sido maldecido y condenado a morar en la oscuridad y a sufrir con desesperación el resto de su vida... que podía medirse en horas.*

*Al menos, había dejado en el mundo dos apóstoles. Kale y Terr. Ellos seguirían su obra incluso después de que muriera. Ellos extenderían el terror y se tomarían venganza. Estaban perfectamente preparados para cumplir el trabajo que les había encargado.*

*Ahora, reducido apenas a un cerebro y un mínimo tejido de sostén, el multiforme se acurrucó en un nicho funerario de roca densa y comprimida y aguardó el final. Sus últimos minutos de vida los pasó ardiendo de odio, maldiciendo a toda la humanidad.*

Kale se remangó la pernera del pantalón y estudió la pantorrilla de su pierna derecha. Bajo la luz de la lámpara distinguió dos pequeños puntos rojos; la zona estaba hinchada, sensible al tacto, y el escozor no cesaba.

–Son picaduras de insecto –dijo.

Gene Terr echó un vistazo.

–Garrapatas –comentó–. Se entierran bajo la piel. El escozor no cesará hasta que las extraigas. Quémalas con una punta de cigarrillo. ¿Tienes alguno?

–Un par de porros –sonrió Kale–. El efecto será el mismo, hombre. Y las garrapatas morirán felices.

Se fumaron los cigarrillos de hierba y Kale utilizó la colilla del suyo para quemar las garrapatas. Apenas le dolió.

–En el bosque –comentó Terr–, se deben llevar los pantalones por dentro de las botas.

–¡Así los llevaba!

–¿De verdad? Entonces, ¿cómo se coló ese par de bichos?

–No lo sé.

Después de fumar un poco más de hierba, Kale frunció el ceño y murmuró:

–Él nos prometió que nadie podría detenernos ni hacernos daño. Dijo que estábamos bajo Su protección.

–Y así es, hombre. Somos invencibles.

–Pero si de verdad estamos protegidos...

–Escucha, tal vez esas picaduras de garrapata son de algún modo Su manera de sellar el pacto que has cerrado con Él. Con un poco de sangre, ¿comprendes?

–Entonces, ¿por qué no te han picado a ti? –inquirió Kale.

–¡Vamos, hombre, no hay para tanto! –replicó Jeeter, encogiéndose de hombros–. Además esas condenadas garrapatas te picaron antes de que cerraras el pacto con Él, ¿no es cierto?

–¡Hum! –Kale asintió, algo mareado por la droga–. Creo que tienes razón.

Permanecieron en silencio unos instantes. Por último, Kale lo rompió para decir:

–¿Cuándo crees que podremos salir de aquí?

–Es probable que todavía tengas detrás a toda la policía.

–Pero si no pueden hacerme daño...

–No tiene sentido hacer las cosas aún más difíciles para nosotros –replicó Terr.

–Supongo que tienes razón otra vez.

–Seguiremos quietos unos cuantos días más. Para entonces, lo peor de la persecución habrá pasado ya.

–Y entonces cumpliremos los cinco encargos que Él nos ha hecho. ¿Qué sucederá luego?

–Seguiremos adelante. Pasaremos a otra cosa. Nos largaremos a otra parte.

–¿Adonde?

–A cualquier sitio. Él nos mostrará el camino. –Terr permaneció un largo rato en silencio. Por fin, añadió–: Explícame cómo fue. Cuéntame cómo mataste a tu mujer y a tu hijo.

–¿Qué quieres saber?

–Todo lo que me puedas contar. Explícame qué sentiste, qué notaste al liquidar a tu costilla. Sobre todo háblame del bebé. ¿Qué siente uno cuando se carga a un niño de pecho? Yo nunca lo he hecho con alguien tan pequeño. ¿Le mataste de prisa o lentamente? ¿Tus sensaciones fueron distintas a cuando mataste a la mujer? ¿Qué le hiciste exactamente al bebé?

–Sólo lo que debía hacer. Se interponían en mi camino.

–No te dejaban en paz, ¿verdad?

–Exacto. Ninguno de los dos.

–Claro, te entiendo muy bien, pero cuéntame cómo lo hiciste.

–A ella le pegué un tiro.

–¿Y al niño, le disparaste también?

–No. Lo descuarticé. Con un hacha de carnicero.

–¿No me engañas?

Fumaron unos porros más y la lámpara continuó su siseo, y el murmullo cantarín del río subterráneo continuó surgiendo por el agujero del suelo y Kale contó a Jeeter cómo había dado muerte a Joanna, a Danny y a los policías.

De vez en cuando, subrayando las revelaciones de su interlocutor con una risilla producto de la marihuana, Jeeter comentaba:

–¡Vaya, tío, lo que nos vamos a divertir! ¡Lo bien que vamos a pasarlo juntos! ¿No te parece? Sigue contando cosas, amigo. Sigue contando. ¡Qué bien nos lo vamos a pasar!



## ¿Victoria?

Bryce permaneció en la acera estudiando el pueblo con cautela. Aguzó el oído y esperó. No se observaba la menor señal del multiforme pero el comisario era reacio a aceptar que la criatura hubiera muerto. Temía que ésta saltara sobre él en el mismo instante en que bajara la guardia.

Tal Whitman estaba tendido en mitad de la calzada. Jenny y Lisa le limpiaron las quemaduras de ácido, aplicaron sobre ellas unos polvos antibióticos y las cubrieron con unos vendajes provisionales.

Y Snowfield permaneció tan silencioso como si estuviera en el fondo del mar.

Cuando terminó de administrar sus cuidados a Tal, Jenny comentó:

–Deberíamos llevarle al hospital lo antes posible. Las quemaduras no son profundas, pero puede sufrir algún tipo de reacción alérgica a las toxinas del multiforme. Tal podría presentar de pronto dificultades respiratorias o problemas de presión sanguínea. El hospital está equipado para cualquier eventualidad; yo, no.

Bryce dirigió la mirada a un extremo y otro de la calle antes de responder:

–¿Y si nos metemos en el coche, nos encerramos en la trampa de un vehículo en movimiento, y esa cosa reaparece?

–Llevaremos con nosotros un par de aspersores.

–Probablemente no nos daría tiempo a usarlos. La criatura podría surgir de una boca de alcantarillado, volcar el coche y matarnos así, sin siquiera tocarnos. Y sin darnos la menor oportunidad de utilizar los aerosoles.

Los cuatro escucharon con atención. No se oía nada en el pueblo. Sólo la brisa.

–Está muerta –declaró Lisa por fin.

–No podemos estar seguros de eso –replicó Bryce.

–¿No lo notas? –insistió Lisa–. ¿No aprecias la diferencia? ¡Se ha ido! Esa cosa ha muerto. Se puede apreciar la diferencia en el aire.

Bryce comprendió que la muchacha tenía razón. El ser multiforme no había sido una mera presencia física, sino también espiritual; el comisario había podido percibir la naturaleza malévola del antiguo enemigo, una maldad casi tangible. Al parecer, el antiguo enemigo había emitido unas emanaciones sutiles –¿vibraciones? ¿ondas psíquicas?– que no podían verse ni escucharse, pero que ejercían cierto efecto a nivel instintivo en todos ellos. Y que dejaban una huella indeleble en sus espíritus. Ahora dichas vibraciones habían desaparecido. La sensación de amenaza ya no impregnaba el aire.

Bryce inspiró profundamente. El aire era limpio, fresco, vigorizante.

–Si no quieres meterte en un coche de momento, no te preocupes por mí –dijo Tal–. Podemos esperar un rato. Estoy bien. No me pasará nada.

–He cambiado de idea –respondió Bryce–. Podemos irnos. Nada ni nadie va a detenernos. Lisa tiene razón: esa cosa ha muerto.

Ya en el coche patrulla, mientras Bryce ponía en marcha el motor, Jenny comentó:

–¿Recuerdas lo que dijo Flyte sobre la inteligencia de la criatura? Mientras hablaba con el antiguo enemigo a través del ordenador, Flyte le planteó que, probablemente, sólo había adquirido su inteligencia y su conciencia después de empezar a consumir y devorar criaturas inteligentes, seres humanos.

–Lo recuerdo –intervino Tal desde el asiento trasero, donde viajaría junto a Lisa–. No le gustó escuchar eso.

–¿Y bien? –inquirió Bryce–. ¿Qué pretendes decir con ello?

–Bueno... Si ese ser adquirió su inteligencia absorbiendo nuestros conocimientos y nuestros mecanismos cognitivos..., ¿no hemos de aceptar, entonces, que también ha adquirido su crueldad y su perversidad de nosotros, de la humanidad? –Jenny advirtió que la pregunta incomodaba a Bryce, pero continuó su razonamiento–: Si vamos al fondo de las cosas tal vez los únicos demonios de verdad son los seres humanos; no todos nosotros, no la especie en su conjunto, sino sólo algunos, los perversos, los que en toda su vida no sienten ni demuestran amor y comprensión por los demás. Si el ser multiforme era realmente el Satán de la mitología, tal vez el mal que anida en los seres humanos no es un reflejo del Demonio; tal vez el Demonio es sólo un reflejo de la brutalidad y de los impulsos salvajes que anidan en nuestra propia especie. Quizá lo que hemos hecho ha sido... crear al Diablo a nuestra imagen y semejanza.

Bryce permaneció en silencio. Por último respondió:

–Tal vez tengas razón. Sospecho que así es. No merece la pena desperdiciar nuestras energías temiendo a los diablos, los espíritus perversos y los seres de ultratumba que acechan en la noche... porque en último término nunca encontraremos nada más terrible que los monstruos que habitan entre nosotros. El Infierno está allí donde nosotros lo creamos.

El coche patrulla avanzó Skyline Road abajo.

Snowfield tenía un aspecto sereno y hermoso.

Nada intentó detenerles.

## El Bien y el Mal

El domingo por la tarde, una semana después de que Jenny y Lisa encontraran Snowfield sumido en el silencio sepulcral, cinco días después de la muerte del ser multiforme, las dos hermanas se hallaban en el hospital visitando a Tal Whitman. Finalmente éste había sufrido la temida reacción tóxica a algún fluido segregado por la criatura multiforme y había presentado también una infección leve, aunque su salud en ningún momento había corrido un riesgo grave. Ahora ya estaba casi como nuevo... e impaciente por volver a casa.

Cuando Lisa y Jenny entraron en su habitación, Tal estaba sentado junto a la ventana, leyendo una revista y vestido de uniforme. La pistola y la cartuchera estaban a la vista sobre una mesilla, al alcance de su mano.

Lisa le estrechó contra sí sin darle tiempo a levantarse, y Tal le devolvió el abrazo.

–Tienes buen aspecto –dijo al teniente.

–Tú también –respondió Tal.

–Mejor que nunca.

–Sí, mejor que nunca.

–Vas a volver locas a las mujeres.

–Y tú vas a dejar alelados a los chicos.

Era un ritual que habían repetido cada día, una pequeña ceremonia de intercambio de afectos que siempre provocaba una sonrisa en la chiquilla. A Jenny le encantaba ver así a su hermana, pues Lisa rara vez se mostraba alegre. Durante la última semana, la pequeña no había sonreído una sola vez, salvo en las visitas a Tal.

Tal se puso en pie y Jenny le abrazó también.

–Bryce está con Timmy –dijo la doctora–. Vendrá por aquí dentro de un rato.

–¿Sabéis? –respondió Tal–, el comisario parece estar afrontando mucho mejor la situación. Durante todo el año pasado, cualquiera podía apreciar que el estado de su hijo le estaba matando. Ahora, en cambio, parece capaz de asumir los hechos.

Jenny asintió y explicó:

–Bryce tenía metido en la cabeza que Timmy estaría mejor muerto. Sin embargo, ahí arriba, en Snowfield, cambió de opinión. Me parece que llegó a la conclusión de que, al fin y al cabo, no había un destino peor que la muerte. Mientras hay vida, hay esperanza.

–Así reza el refrán.

–Si Timmy sigue en coma un año más, tal vez Bryce cambie nuevamente de opinión. Sin embargo, de momento parece satisfecho con poder sentarse a su lado un ratito cada día, sosteniendo entre las suyas la cálida manita de su hijo. –Jenny

recorrió con la mirada a Tal, de pies a cabeza, y preguntó al teniente–: ¿Qué haces en ropa de calle?

–Van a darme el alta.

–¡Estupendo! –exclamó Lisa.

El compañero de habitación de Timmy en esos días era un anciano de ochenta y dos años, que estaba conectado a un sonoro respirador, a un monitor cardíaco que reproducía sus latidos y a un frasco de suero intravenoso.

Aunque Timmy sólo estaba conectado a otro frasco de suero, permanecía sumido en una inconsciencia tan profunda como el coma del octogenario. Un par de veces por hora, no más de un minuto en cada ocasión, nunca con más frecuencia, los párpados del chiquillo se agitaban, o sus labios se apretaban, o algún músculo vibraba en su mejilla. Eso era todo.

Bryce permanecía junto al lecho con las manos entre los barrotes de protección, asiendo con dulzura la manita de su hijo. Desde los sucesos de Snowfield, aquel breve contacto le bastaba. Cada día, al dejar la habitación, el comisario se sentía un poco mejor.

Con la caída de la tarde, la habitación estaba ahora poco iluminada. En la pared a la cabecera de la cama había una lámpara mortecina cuyo breve resplandor apenas iluminaba a Timmy hasta los hombros, dejando en sombras el resto de su cuerpo, cubierto con una sábana. En la penumbra, Bryce advirtió que el chiquillo estaba más delgado, que había perdido peso a pesar de la solución intravenosa. Los huesos de los pómulos eran demasiado prominentes y presentaba unas profundas ojeras. La mandíbula inferior y el mentón tenían un aspecto patéticamente frágil. El chiquillo siempre había sido menudo para su edad, pero ahora la mano que Bryce sostenía parecía pertenecer a un niño mucho más pequeño que Timmy; parecía casi la manita de un bebé.

Pero estaba caliente. Conservaba el calor.

Tras unos minutos en aquella posición, Bryce soltó a regañadientes la mano de su hijo, alisó los cabellos del chiquillo, estiró la sábana y aireó la almohada para dejarla más mullida.

Era hora de irse, pero no podía hacerlo; todavía no. Bryce estaba llorando y no quería salir al pasillo con el rostro bañado en lágrimas.

Extrajo varios pañuelos de papel de la caja colocada sobre la mesilla de noche, se incorporó, se acercó a la ventana y contempló las calles de Santa Mira.

Aunque Bryce lloraba cada vez que acudía a aquel hospital, en esta ocasión las lágrimas eran diferentes de las que había derramado hasta entonces. Ahora ardían en sus ojos y, al caer por sus mejillas, se llevaban con ellas el abatimiento y la pena de Bryce. Ahora, su efecto era curativo. Poco a poco, una a una, las lágrimas iban curando las heridas de su espíritu.

–¿El alta? –inquirió Jenny, frunciendo el ceño–. ¿Quién lo ha dicho?

–Yo –sonrió Tal.

–¿Desde cuándo te has convertido en tu propio médico?

–He pensado que parecía oportuno consultar una segunda opinión, de modo que me he hecho un examen a mí mismo y me he recomendado volver a casa lo antes posible.

–Tal...

–De verdad, doctora, me siento estupendamente. La hinchazón ha desaparecido. Llevo dos días enteros sin fiebre. Soy un candidato de primera para el alta. Si intentas retenerme aquí por más tiempo, mi muerte estará en tus manos.

–¿Tu muerte?

–La comida del hospital me matará, sin duda.

–Parece en forma incluso para salir a bailar –intervino Lisa.

–¿Cuándo te han dado el título en medicina? –preguntó Jenny. Se volvió hacia Tal y añadió–: Está bien, deja que te examine. Quítate la camisa.

El teniente se la quitó con rapidez y facilidad, sin mostrar en absoluto la torpeza y rigidez del día anterior. Jenny quitó los vendajes con cuidado y observó que Tal tenía razón: las heridas no estaban hinchadas ni se apreciaban grietas en las costras.

–El asunto ya está superado –le aseguró el teniente.

–Por norma general, no se da el alta a los pacientes por la tarde. Los papeles se firman por la mañana y el alta se produce entre las diez y las doce de la mañana.

–Las normas se han hecho para saltárselas.

–Muy bonito, escuchar eso de labios de un agente de policía –se burló Jenny–. Escucha, Tal, yo preferiría que te quedaras aquí una noche más, por si acaso...

–Y yo preferiría no quedarme, para evitar volverme loco.

–¿Estás decidido a marcharte?

Lo está por completo –intervino Lisa.

–Mira, doctora –añadió Tal–, la gente del hospital tenía mi arma en una caja fuerte, junto con los suministros de drogas. He tenido que halagar, suplicar, rogar y engatusar a una enfermera encantadora, llamada Paula, para que me la trajera esta tarde. Le aseguré que tú me dejarías volver a casa esta misma noche. Esa Paula... es mi alma gemela, una chica muy atractiva, soltera, deliciosa. Un buen partido.

–No te entusiasmes demasiado –dijo Lisa–. Aquí dentro hay una menor de edad.

–Me encantaría tener una cita con Paula –continuó Tal–. Me gustaría vivir eternamente con ella. Y ahora, Jenny, si insistes en que no puedo volver a casa, tendré que guardar de nuevo el revólver en la caja fuerte y tal vez la supervisora descubrirá entonces que Paula me la ha entregado antes de tener el alta definitiva, y es posible que eso le cueste el empleo y, si la despiden por mi culpa, nunca podré pedirle una cita. Y sin una primera cita no podré casarme con ella y, sin boda, no podrá haber ningún pequeño Tal Whitman enredando por ahí; no podrá haberlo jamás, porque me retiraré a un monasterio y conservaré el celibato toda la vida, pues he llegado a la conclusión de que Paula es la única mujer para mí. Así pues, si no me das el alta, no sólo habrás echado a perder mi vida sino que estarás privando al mundo de un pequeño Einstein negro o tal vez un pequeño Beethoven de color.

Jenny soltó una carcajada y movió la cabeza.

–Está bien, está bien. Te firmaré el alta y podrás marcharte esta misma noche.

El teniente la abrazó y empezó a ponerse rápidamente la camisa.

–Será mejor que Paula se ande con cuidado –comentó Lisa–. Estás demasiado guapo para dejarte suelto entre las mujeres sin un cascabel al cuello.

–¿Yo? ¿Guapo? –Tal se ajustó la cartuchera a la cintura–. Sigo siendo el mismo Tal Whitman de toda la vida, tímido y vergonzoso.

–Sí, claro –replicó Lisa.

–Escucha, tal vez... –empezó a decir Jenny.

Y de repente, Tal se volvió loco. De un empujón, apartó a un lado a Jenny y ésta, después de golpearse el hombro contra el pie de la cama, cayó al duro suelo. Escuchó un disparo y vio caer a Lisa sin poder cerciorarse de si la bala había alcanzado a la chiquilla o si ésta sólo trataba de buscar refugio. Por un instante, Jenny pensó que Tal estaba disparando contra ellas. Luego, advirtió que el teniente todavía estaba desenfundando su revólver.

Simultáneamente al estampido del disparo en la habitación, un cristal saltó en pedazos. Era la ventana situada detrás de Tal.

–¡Suelta eso! –gritó el teniente.

Jenny volvió la cabeza y descubrió a Gene Terr de pie en la puerta de la habitación, con la silueta recortada contra la intensa luz del pasillo del hospital.

Inmóvil junto a la ventana, al amparo de la oscuridad de la estancia, Bryce terminó de secarse las lágrimas y estrujó entre la manos los pañuelos de papel que había utilizado. Escuchó un leve ruido a su espalda, en el interior de la habitación; creyendo que sería alguna enfermera dio media vuelta... y vio a Fletcher Kale. Por un instante, Bryce quedó paralizado de asombro e incredulidad.

Kale estaba al pie del lecho de Timmy, con una pistola en la mano. La débil luz apenas permitía identificarlo. No había advertido la presencia de Bryce y estaba contemplando al pequeño... con una sonrisa en los labios. Sus facciones reflejaban un estado de profunda locura y el comisario pudo advertir que empuñaba un revólver.

Bryce se apartó de la ventana y movió la mano para desenfundar su arma. Entonces se dio cuenta de que no vestía de uniforme y de que no portaba el arma en la sobaquera. Sólo llevaba un revólver de cañón corto del 38 en una funda atada a la parte inferior de la pantorrilla y se agachó para asirlo.

Pero Kale le había descubierto. El revólver del intruso vomitó uno, dos, tres disparos en rápida sucesión.

Bryce notó un impacto en su costado izquierdo y una punzada de dolor le cruzó el pecho. Mientras caía al suelo hecho un ovillo, escuchó rugir tres veces más el arma del asesino.

–¡Suelta eso! –gritó Tal.

Y Jenny vio a Jeeter y escuchó un segundo disparo que rebotó en la barandilla de la cama y debió de incrustarse en el techo, pues de éste cayeron varios fragmentos de revestimiento acústico.

Tal, en cuclillas, efectuó dos disparos. El primero hirió a Jeeter en el muslo izquierdo. El segundo proyectil le dio en el vientre, le levantó del suelo y le lanzó hacia atrás, hacia un rincón de la habitación, donde cayó formando un gran charco de sangre. No volvió a moverse.

—¿Qué diablos...?

Jenny gritó el nombre de Lisa y rodeó la cama a gatas, preguntándose si su hermanita seguiría con vida.

Kale se había sentido muy mal durante un par de horas. Tenía fiebre alta y los ojos le escocían como si estuvieran llenos de arenilla. El malestar le había sobrevenido de pronto. También le dolía la cabeza y en aquel mismo instante, mientras permanecía al pie del lecho del chiquillo, empezó a sentirse mareado y con ganas de vomitar. Las piernas apenas le sostenían. Kale no lo entendía: se suponía que era invencible, que estaba protegido de todo mal. Aunque por supuesto, tal vez Lucifer estaba impaciente con él por haber esperado cinco días antes de abandonar las cavernas. Tal vez la enfermedad era una señal para que continuara desarrollando Su obra. Probablemente, los síntomas desaparecerían en el mismo instante en que el niño muriera. Sí, esto era lo que sucedería, sin duda. Kale dirigió una sonrisa al chiquillo en coma, empezó a levantar el revólver e hizo una mueca mientras un doloroso calambre le atenazaba las entrañas.

Entonces apareció un movimiento en las sombras. Se apartó de la cama de un salto. Era un hombre. Un hombre que venía hacia él. Hammond. Kale abrió fuego y disparó las seis balas para no correr el menor riesgo. Estaba mareado, su visión era borrosa, notaba el brazo muy débil y apenas lograba sostener el arma; incluso a la corta distancia que le separaba del policía, no podía confiar en su pulso.

Hammond cayó en redondo y se quedó muy quieto.

Aunque la luz era mortecina y sus ojos todavía no se habían acostumbrado a ver en la penumbra, distinguió varias salpicaduras de sangre en la pared y en el suelo.

Con una carcajada de alegría, mientras se preguntaba cuándo desaparecería su malestar ahora que había completado una de las tareas que Lucifer le había encomendado, Kale se aproximó al cuerpo del comisario dispuesto a administrarle el tiro de gracia. Aunque Hammond estuviera muerto y bien muerto, Kale quería meterle una bala a aquel rostro presuntuoso y sarcástico. Sí, quería ver aquel rostro convertido en una masa irreconocible.

Después se ocuparía del niño.

Eso era lo que Lucifer quería. Cinco muertes. Hammond, el niño, Whitman, la doctora Paige y su hermanita.

Llegó junto a Hammond, empezó a inclinarse sobre él...

...y el comisario se movió. Su mano fue rauda como una centella. Desenfundó el arma de su pantorrilla y, antes de que Kale pudiera reaccionar, se produjo un fogonazo.

Kale recibió el impacto, se tambaleó y cayó al suelo. El revólver le resbaló de la mano y lo escuchó golpear la pata de una de las camas.

«Todo esto no puede ser verdad», se dijo. «Estoy protegido. Nadie puede hacerme daño.»

Lisa estaba ilesa. Si había saltado de la cama había sido sólo para ponerse a cubierto, no porque estuviera herida. Jenny la estrechó con fuerza entre sus brazos.

Tal estaba agachado sobre Gene Terr. El jefe de la pandilla de motoristas estaba muerto, con un gran agujero en medio del pecho.

Una muchedumbre se había reunido en torno a ellos: enfermeras, auxiliares, un par de médicos y algunos pacientes en bata y zapatillas. Un enfermero pelirrojo llegó corriendo, con el rostro desencajado.

–¡También ha habido otro tiroteo en el segundo piso!

–Bryce... –musitó Jenny, al mismo tiempo que la atravesaba una punzada helada de temor.

–¿Qué está sucediendo aquí? –exclamó Tal.

Jenny corrió hacia la puerta del fondo del pasillo, la abrió a la carga y tomó la escalera subiendo los peldaños de dos en dos. Tal fue tras ella y la alcanzó en el rellano del segundo piso.

Otra multitud se había congregado ante la habitación de Timmy. Con el corazón latiéndole al galope, Jenny se abrió paso entre los mirones.

Había un cuerpo en el suelo y una enfermera inclinada sobre él.

Jenny creyó que era Bryce. Entonces vio a éste sentado en una silla. Otra enfermera le estaba quitando la camisa para dejar el hombro al descubierto. Sólo estaba herido.

Bryce forzó una sonrisa hacia ella.

–Será mejor que andes con cuidado, doctora. Si siempre llegas tan pronto a la escena del desastre, empezarán a pensar que rondas como un buitre en busca de pacientes.

Jenny se echó a llorar. No pudo evitarlo. Jamás se había alegrado tanto de algo como de escuchar su voz en aquel instante.

–Es sólo un rasguño –dijo Bryce.

–Me parece estar oyendo a Tal –respondió, mezclando risas y lágrimas-. ¿Está bien Timmy?

–Kale iba a matarle. Si no hubiera estado aquí...

–¿Ése de ahí es Kale?

–Sí.

Jenny se secó los ojos con la manga de su blusa y examinó el hombro de Bryce. La bala había atravesado el músculo, con entrada por delante y salida por detrás. No



había ninguna razón para pensar que se hubiera fragmentado, pero la doctora insistió en hacerle unas radiografías a pesar de todo. La herida seguía sangrando aunque la hemorragia no era importante y Jenny indicó a una enfermera que cortara la pérdida de sangre mediante compresas empapadas en ácido bórico.

El comisario iba a recuperarse sin problemas.

Cuando estuvo segura del estado de Bryce, Jenny se volvió hacia el hombre tendido en el suelo. La situación de éste era más grave. La enfermera le había abierto la chaqueta y la camisa para dejar al descubierto una gran herida en mitad del pecho. Kale tosió y una bocanada de sangre brotó entre sus labios.

Jenny indicó a la enfermera que buscara una camilla e hizo llamar al cirujano de guardia por la megafonía interior del hospital. Entonces se dio cuenta de que Kale presentaba una fiebre alta. La frente le ardía y su rostro estaba enrojecido y sudoroso. Cuando le asió la muñeca para tomarle el pulso, comprobó que la zona estaba cubierta de puntos rojos muy inflamados. Levantó la manga de la camisa y observó que los puntos rojos se extendían hasta el codo. El otro brazo estaba en las mismas condiciones. En cambio, no tenía ninguna señal en el rostro o en el cuello. Jenny había apreciado unas marcas rojo pálido en el pecho, pero las había tomado por restos de sangre. Al observarlas de nuevo, más detenidamente que antes, comprobó que eran idénticas a los puntos de los brazos.

¿Sarampión? No. Otra cosa. Una afección mucho peor que el sarampión.

La enfermera regresó con dos auxiliares y una camilla con ruedas. Jenny les indicó:

–Tendremos que poner en cuarentena toda esta planta. Y la de encima. Este hombre sufre alguna enfermedad infecciosa y no estoy muy segura de cuál es.

Después de las radiografías y de serle vendada la herida, Bryce fue internado en una habitación cercana a la que ocupaba Timmy. El dolor del hombro no remitió, sino todo lo contrario, mientras las terminaciones nerviosas afectadas empezaban a recuperar su funcionamiento. El comisario rechazó los analgésicos para poder mantener la claridad mental hasta saber a ciencia cierta qué había sucedido y por qué.

Jenny acudió a verle media hora después de que le llevaran a la habitación. La doctora parecía agotada, pero el cansancio y la preocupación no habían afectado a su belleza. Y su presencia era la única medicina que Bryce necesitaba.

–¿Cómo está Kale? –preguntó el comisario.

–La bala no le afectó el corazón. Le atravesó un pulmón y le rozó levemente una arteria. En condiciones normales, el pronóstico sería bueno. Sin embargo, Kale no sólo tendrá que superar la intervención quirúrgica necesaria, sino también un episodio grave de fiebre de las Montañas Rocosas.

–Una especie de tifus, ¿verdad? –dijo Bryce, parpadeando.

–Tiene dos quemaduras de cigarrillos en la pantorrilla derecha o, más bien, las cicatrices de dos quemaduras con las cuales pretendía librarse de unas garrapatas.

Estos ácaros son los transmisores de la enfermedad. A juzgar por el aspecto de las cicatrices, yo diría que le picaron hace cinco o seis días, que es aproximadamente el período de incubación de esa dolencia. Los síntomas deben haberle afectado gravemente durante las últimas horas. Ha debido sufrir mareos, escalofríos, debilidad en las articulaciones...

–¡Ahora entiendo su mala puntería! –intervino Bryce–. Ha hecho tres disparos casi a bocajarro y sólo me ha acertado una vez.

–Será mejor que agradezcas a Dios que le enviara esas garrapatas. Bryce meditó las palabras que Jenny acababa de pronunciar y musitó: –En efecto, casi parece una intervención divina, ¿verdad? Sin embargo, ¿qué pretendían hacer Kale y Terr? ¿Por qué se han arriesgado a acudir aquí con esas armas? Puedo entender que Kale quisiera matarme a mí e incluso a Timmy, pero ¿por qué a Tal y a ti y a Lisa?

Jenny respondió:

–No te lo vas a creer, pero desde el martes pasado por la mañana, Kale ha estado escribiendo una crónica de lo que él denomina «Los sucesos acaecidos después de la Epifanía». Al parecer, Kale y Terr hicieron un pacto con el Diablo.

A las cuatro de la madrugada del lunes, sólo seis días después de la epifanía a la cual se había referido Kale, éste murió en el hospital. Antes de abandonar este mundo, el hombre abrió los ojos y miró a una enfermera con expresión agitada. A continuación fijó la mirada en un punto más allá de la enfermera y vio algo que le aterrorizó. Algo que la enfermera no podía ver. Logró reunir las fuerzas necesarias para alzar las manos, como si quisiera protegerse, y lanzó un grito; un alarido agudo, agónico. Cuando la enfermera intentó calmarle, Kale murmuró:

–¡Pero éste no es mi destino!

Instantes después estaba muerto.

El 31 de octubre, más de seis semanas después de los sucesos de Snowfield, Tal Whitman y Paula Thorne (la enfermera con la que había estado saliendo) celebraron una fiesta de disfraces en casa de Tal en Santa Mira. Bryce acudió vestido de vaquero y Jenny, de chica del oeste. Lisa apareció con un disfraz de bruja, incluido un gorro puntiagudo y un montón de maquillaje.

Tal les recibió a la puerta de la casa.

–¡Quiquiriquí! –fue su saludo, enfundado en un disfraz de gallo.

Jenny no había visto nunca una cosa más estrafalaria. Soltó una carcajada tan sonora que, por un instante, no advirtió que Lisa también estaba riéndose.

Era la primera vez que la chiquilla lo hacía desde la terrible experiencia. Hasta entonces, apenas había exhibido alguna sonrisa. Ahora estalló en carcajadas hasta que las lágrimas le bañaron el rostro.

–¡Eh, eh, un momento! –exclamó Tal, con aire fingidamente ofendido–. Tú también pareces una bruja bastante ridícula.

Tal acompañó sus palabras con un guiño dirigido a Jenny y ésta comprendió que el teniente había escogido el traje de gallo precisamente por el efecto que produciría en Lisa.

–Por el amor de Dios, Tal, hazte a un lado y déjanos entrar –dijo Bryce–. Si la gente te ve con eso puesto, perderá el poco respeto que le quede por el departamento de Policía.

Durante la fiesta, Lisa participó en las conversaciones y los juegos, y se rió a gusto. Era un nuevo comienzo.

En agosto del año siguiente, el primer día de su luna de miel, Jenny encontró a Bryce apoyado en el balcón de la habitación del hotel, contemplando la playa de Waikiki con el ceño fruncido.

–No estarás preocupado por encontrarte tan lejos de Timmy, ¿verdad? –le preguntó.

–No, pero precisamente estaba pensando en él. Estos últimos tiempos... bueno, he tenido el presentimiento de que, finalmente, todo va a salir bien. Es extraño. Como una premonición. Anoche tuve un sueño: Timmy se levantaba de la cama, me decía hola y me pedía una hamburguesa. Lo extraño es que... que no se parecía a ningún sueño que haya tenido nunca. Resultaba muy real.

–Bueno, Bryce, tú nunca has perdido la esperanza.

–Sí, durante un tiempo la perdí, pero la he recuperado.

Permanecieron un rato en silencio, dejándose acariciar por la cálida brisa marina y escuchando el rumor de las olas que rompían en la playa.

Después, hicieron el amor otra vez.

Esa noche cenaron en un buen restaurante chino de Honolulu. Acompañaron todos los platos con cava, aunque el camarero les sugirió cortésmente que tomaran té con la comida para no «contaminar» sus paladares.

Mientras tomaban el postre, Bryce comentó:

–En ese sueño, Timmy me dijo más cosas. Cuando advirtió mi sorpresa al verle despertar del coma, me dijo: «Pero, papá, si existe un Diablo, también debe haber un Dios. ¿No se te ocurrió pensarlo cuando topaste con el Diablo? Dios no me dejaría pasar inconsciente el resto de mi vida».

Jenny contempló a Bryce con aire perplejo. Él sonrió.

–No te preocupes, no estoy desvariando ni pienso empezar a enviar dinero a esos predicadores charlatanes de la televisión para que recen por Timmy. ¡Qué diablos, ni siquiera pienso empezar a frecuentar la iglesia! El domingo es el único día que puedo dormir hasta tarde. No estoy refiriéndome a esa religión superficial, espectacular...

–Sí, pero esa cosa no era realmente el Demonio –le interrumpió Jenny.

–¿De veras?

–Era una criatura prehistórica que...

–¿Y no podría ser ambas cosas a la vez?

–¿Qué pretendes con todo esto?

–Nada. Una simple discusión filosófica.

–¿En plena luna de miel?

–Si me he casado contigo, ha sido en parte por tu inteligencia.

Más tarde, en la cama, poco antes de que el sueño se adueñara de ellos, Bryce comentó:

–Lo único que sé es que el ser multiforme hizo que me diera cuenta de que en este mundo hay muchos más misterios de lo que había pensado. En adelante, creo que nunca voy a dar nada por imposible. Cuando vuelvo la vista atrás y pienso cómo sobrevivimos en Snowfield, en cómo logró utilizar su arma Tal Whitman cuando irrumpió Jeeter, en la fiebre y la infección que afectaron profundamente la puntería de Kale... Bueno, todo eso me lleva a pensar que tal vez estábamos predestinados a salir con bien de la experiencia.

Se durmieron, despertaron casi al amanecer, hicieron el amor y volvieron a dormirse.

Por la mañana, Jenny dijo:

–Una cosa sé segura.

–¿Qué es?

–Que estábamos predestinados a casarnos.

–Sin duda.

–No importa cómo, el destino nos habría llevado a conocernos antes o después.

Por la tarde dieron un paseo junto a la playa y Jenny imaginó las olas como enormes rodillos que retumbaban con un ruido sordo. El sonido le recordó un viejo dicho que decía que «las ruedas de molino del Paraíso giran lentamente». El rugido de las olas reforzaba esa imagen y, en su mente, Jenny pudo ver unas inmensas ruedas de molino girando una contra otra.

–Así pues, ¿crees que tiene un sentido, un significado? –preguntó.

Bryce no tuvo que preguntarle a qué se refería.

–Sí –respondió–. Todo, cada detalle y cada vuelta que da la vida, tiene un sentido, un propósito.

El mar espumeaba sobre la arena.

Jenny escuchó el sonido de las ruedas de molino y se preguntó qué misterios y milagros, qué horrores y alegrías estaban siendo molidos en aquel mismo instante para tomar forma en los tiempos venideros.

## Una nota al lector

Como el resto de los personajes de esta novela, Timothy Flyte es una figura de ficción; sin embargo, muchas de las desapariciones en masa a que hace referencia no son meros productos de la imaginación del autor. La mayoría de ellas han sucedido de verdad. La desaparición de la colonia de Roanoke, el misterioso abandono del pueblo esquimal de Anjikuni, las poblaciones mayas esfumadas en la selva, la pérdida inexplicable de miles de soldados españoles en 1711, la pérdida igualmente desconcertante de los batallones chinos en 1939 y algunos otros casos citados en este libro son, en realidad, sucesos históricos bien documentados.

Asimismo, existe un doctor Ananda Chakrabarty de carne y hueso. En la novela, los detalles de su desarrollo del primer microorganismo patentado están sacados de noticias publicadas en la prensa. La bacteria del doctor Chakrabarty, según se indica en el libro, era demasiado débil para sobrevivir fuera del laboratorio. El Biosan-4, nombre comercial de la supuesta cepa más resistente del microorganismo de Chakrabarty, es un producto inexistente, de ficción; hasta donde sé, no se ha realizado ningún esfuerzo para refinar y mejorar el descubrimiento del doctor Chakrabarty, que sigue siendo una rareza de laboratorio cuya principal importancia es el papel que jugó en la decisión del Tribunal Supremo, que sentó jurisprudencia.

Y, por supuesto, el antiguo enemigo es un producto de la imaginación del autor. Pero ¿y si...?